



# Cthulhu

*una celebración de los mitos*

**H.P. LOVECRAFT** Y OTROS



Aunque la literatura gótica suele confinarse académicamente a un periodo de unas pocas décadas (1760-1820), lo cierto es que esa corriente literaria amante de los misterios del Mal y las atmósferas penumbrosas se extiende como una corriente viva hasta nuestros días. Pero el sentido del horror gótico ha evolucionado con los tiempos adaptándose a los nuevos miedos, y una buena muestra la tenemos en la presente antología, y en la propia evolución creadora de su inspirador: H.P. Lovecraft.

Y esa nueva fuente del terror para el siglo xx y xxi no podía ser otra que el Cosmos, cuyos misterios comenzaba a desentrañar la Ciencia a comienzos de siglo. Así, Lovecraft no sólo se sentía extraño en su tiempo y en su entorno —siempre fue un escritor inadaptado—; él, que era un desposeído, se sentía también extraño en el cosmos: en la ficción de Cthulhu (denominación de una serie de relatos, relacionados entre sí y escritos inicialmente por Lovecraft, sobre ocultas y abominables deidades cósmicas) el hombre moderno es una entidad extraña, perdida, a la deriva, que oscila en el orbe de un abismo espantoso. Había nacido el «horror cósmico».

Tras la muerte de Lovecraft en 1937, su legado literario siguió vivo merced a un círculo de amigos y admiradores que conservaron y recrearon el Mito de Cthulhu como miembros de una sociedad secreta que guardara su ciencia y sus iconos sagrados.

Los relatos de H.P. Lovecraft, August Derleth, Clark Ashton Smith, Robert Bloch, Robert E. Howard, Frank Belknap Long, Henry Kuttner, Fritz Leiber, Ramsey Campbell, Brian Lumley, Colin Wilson y Stephen King, entre otros, que conforman esta antología son el ejemplo del influjo oscuro y permanente de H.P. Lovecraft en un grupo dispar de escritores que hasta hoy han aportado sus inimitables contribuciones al Mito.



AA. VV.

# **Cthulhu. Una celebración de los mitos**

**Valdemar: Gótica - 39**

ePub r1.1  
Titivillus 19.05.18

Título original: *Tales of the Cthulhu Mythos*

AA. VV., 2001

Traducción: Francisco Torres Oliver

Ilustración de cubierta: José Hernández, *La galería de los prestigios usados (detalle)* (1983)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



# IÄ! IÄ! CTHULHU FHTAGN!

## INTRODUCCIÓN

«¿Por qué, en nombre de la ciencia-ficción, se les ha ocurrido publicar un relato como “En las montañas de la locura”, de Lovecraft? ¿Tan apurados están que necesitan publicar esas chocheces? Si son relatos de ese género —un par de sujetos que casi se mueren de miedo al ver los relieves de unas antiguas ruinas, y son perseguidos por algo que ni siquiera el autor es capaz de describir, con balbuceos sobre horrores innominados tales como sólidos sin ventanas de cinco dimensiones, Yog-Sothoth, etc. los que van a marcar la futura línea de *Astounding Stories*, entonces que el cielo se apiade de la ciencia-ficción».

El blanco de esta animosidad epistolar, tomada de la sección de cartas del número de *Astounding Stories* correspondiente a junio de 1956, era evidentemente uno de los dos relatos del Mito de Cthulhu de H. P. Lovecraft que la revista estaba publicando este mismo año. La respuesta de los lectores a los relatos de Lovecraft no fue invariablemente negativa, pero los comentarios favorables solían quedar arrinconados por las manifestaciones de indignación, consternación y perplejidad.

Durante la década de 1930, la ciencia-ficción de las revistas americanas constituían en gran medida el terreno de un grupo marginal de escritores mercenarios de la acción y la aventura que se limitaban a transformar el rancho Lazy X en el Planeta X y a escribir a continuación los mismos mismos relatos formularios sustituyendo a los abigeos por piratas espaciales. Para los entusiastas de la SF de 1936, acostumbrados a saltar a bordo de una nave espacial, emprender viaje a velocidades superiores a la luz (sin importarles lo que dijera la teoría de Einstein) y cargarse hombres octópodos de Betelguese, la morada meticulosamente detallada y morosamente atmosférica de Lovecraft en el desierto de la Antártida, en la que sus dos intrépidos exploradores farfullan y profieren alaridos sobrecogidos de horror, resultaba bastante incomprensible.

Y la diferencia entre la ficción del Mito de Lovecraft y la efervescencia galáctica de Doc Smith y sus cohortes es más fundamental que una simple dicotomía tipo acción-ambiente. Muchos cultivadores de la *space-opera* de esa época, como E. E. Smith, Nat Schachner y Ralph Milne Farley, habían nacido en el siglo anterior, cuando el universo se percibía aún como funcionando en un inmutable orden newtoniano: cada estrella era un sol como el nuestro, y cuando los astrónomos del siglo XIX apuntaban sus espectroscopios hacia el cielo recibían el mensaje tranquilizador de que las estrellas contenían hidrógeno, helio, magnesio, sodio y otros elementos idénticos a los hallados en nuestro sistema solar. Hacia finales de siglo, cuando los físicos se congratulaban por lo que creían que era su completa

comprensión del universo, ¿era la definitiva conquista humana del cosmos realmente tan improbable?

No según Albert Einstein, que en 1905 inauguró la revolución en la ciencia del siglo xx que finalmente echaría por tierra los dogmas de la física clásica. Con los progresos subsiguientes en el terreno de la relatividad, la mecánica cuántica, las partículas subatómicas y demás, el universo dejó de parecer abarcable. Así como Copérnico y Galileo habían arrojado a la humanidad del centro de la creación, del mismo modo el hombre moderno ha llegado a la conclusión de que no sólo no es el centro del cosmos, sino que además es una rareza en él. El universo, con sus estrellas de neutrones, sus quásares y sus agujeros negros, es extraño a nosotros, y nosotros lo somos aún más a él.

De todos los escritores de ciencia-ficción cuyas obras aparecieron en revistas durante la década de 1930, sólo Lovecraft trasciende las insipideces de sus colegas para transmitir una sensibilidad, ya del siglo xx, del misterio esencial del cosmos. «Todos mis relatos —escribe en una carta en 1927— se basan en la premisa fundamental de que las leyes e intereses y emociones comunes carecen de validez e importancia en la inmensidad del cosmos»; afirmación que encierra prácticamente la revolución que en esos momentos se estaba operando en la moderna ciencia, mientras los científicos, con ojos asombrados, estaban descubriendo un mundo nuevo y extraño no autorizado por la mecánica newtoniana. Así, los ángulos no-euclidianos de la ciudad sumergida de Cthulhu suponen las mismas geometrías no-euclidianas en las que Einstein había de anclar su teoría general, mientras que las emanaciones extraterrestres del meteorito de «El color que cayó del cielo» reproducen los experimentos con el radio emprendidos anteriormente por Becquerel y los Curie. Incluso los progresos actuales de la matemática superior —el fenómeno del caos— se prefiguran ya en los relatos del Mito, porque la suprema deidad del panteón imaginario de Lovecraft, el dios ciego e idiota Azathoth, reina «en los negros vórtices espirales de ese vacío último del caos». Convenientemente pertrechado de *fractals* de Mandelbrot y equipado con la constante de Feigenbaum, Azathoth se sentiría enormemente a gusto en medio de las permutaciones y perturbaciones de la contemporánea teoría del caos.

Carecería de sentido alargar las correspondencias entre el mito de Cthulhu y la ciencia del siglo xx, toda vez que la apropiación por Lovecraft de tales conceptos no parte de un conocimiento formal de la matemática superior como requiere, por ejemplo, la relatividad, sino que más bien consiste en una digamos incursión intelectual, de amante de los libros, en esos «asaltos del caos y los demonios del espacio insondable». Históricamente, Lovecraft se había identificado con una aristocracia social y económica que el moderno siglo xx había dejado atrás; extraño en su tiempo y en su entorno, este desposeído se había convertido también en un extraño en el cosmos. El escritor argentino Julio Cortázar ha sugerido que «todos los relatos buenos, sobre todo los fantásticos, son producto de neurosis, pesadillas o

alucinaciones neutralizadas mediante la objetivación y traducidas a un medio ajeno al terreno neurótico». En el caso de Lovecraft, su concepción del universo como refugio de prodigios espantosos es simplemente la transcripción literaria de su complejo de extraño: del mismo modo que él era un extraño en su Providence contemporánea, en la ficción de Cthulhu el hombre moderno es una entidad extraña, perdida, a la deriva, que oscila en el borde de un abismo espantoso.

Así, «En las montañas de la locura», con sus alusiones a misteriosas inmensidades del cosmos, relato publicado por entregas en *Astounding Stories* que los lectores de 1936 habían considerado una «chochez», se ha revelado como una verdad tras la revolución científica de este siglo. Como el físico Lewis Thomas ha dicho en un reciente artículo, «el logro más grande del siglo xx ha sido el descubrimiento de la ignorancia humana». Con esta afirmación presente en el pensamiento, detengámonos un momento y leamos el párrafo inicial de «La llamada de Cthulhu».

Tras la muerte de Lovecraft en 1957, siguieron abundando los horrores fantásticos. Por unos años, Lovecraft no llegó a coincidir con la incorporación a *Astounding Stories* de John W. Campbell, cuya influencia y competencia editorial iban a contribuir a que mejorase considerablemente el campo entero de las revistas de ciencia-ficción norteamericanas. Sin embargo, a pesar de su talento prodigioso, Campbell seguía teniendo una mentalidad esencialmente técnica —una fe inquebrantable en el triunfo de la tecnología y en la absoluta eficacia del ingenio y la inventiva del ser humano—, frente a la cual Lovecraft parecía una anomalía en el firmamento de la ciencia-ficción.

El solitario de Providence y su legado literario, en cambio, siguieron vivos merced a un círculo de amigos y admiradores que conservaron el Mito de Cthulhu como miembros de una sociedad secreta que guardaba su ciencia y sus iconos sagrados. A estos nobles esfuerzos de conservación, que incluye la fundación de Arkham House en 1939 por August Derleth y Donald Wandrei, se sumó la empresa, más discutible, de imitarle.

Durante la década de 1930, el propio Lovecraft había elaborado una serie de historias pseudomíticas para varios clientes de revisiones; historias sobre las que de manera significativa dijo que «bajo ningún concepto permitiría que mi nombre se relacionara con ellas». Años después de su muerte se inició —empezando por el glosario de Francis T. Laney de 1942 sobre la terminología del Mito— una época en la que se examinó, se ordenó en categorías, se analizó, se sistematizó, se dobló, se plegó, se grapó... y se mutiló el Mito de Cthulhu y su cohorte cósmica. De manera que hacia finales de los años setenta, en un libro bastante superficial sobre el Mito, un autor de relatos fantásticos norteamericano llegó a decir que observaba «lagunas» en la concepción de Lovecraft que a él y a otros incumbía «rellenar» con nuevos relatos.

Antes de Lovecraft, el mercado de relatos sobre antropofagia batracia había sido limitado; en los años posteriores a su muerte, el pastiche sobre Cthulhu & Cía. se convirtió en una industria de proporciones ciclópeas.

Que la preponderancia de tales subproductos haya generado, en palabras del difunto E. Hoffmann Price, una «bazofia inmunda» es menos relevante que la injusticia que con ellos se ha infligido efectivamente al Mito. La cosmogonía imaginaria de Lovecraft jamás fue un sistema rígido sino más bien una especie de construcción estética siempre adaptable a su personalidad en evolución y a su cambio de intereses. Así, su goticismo fue dando paso al extraterrestrianismo de sus diez últimos años de vida, con lo que un relato temprano del Mito como «El horror de Dunwich» (1928) se encuentra firmemente alojado en un rincón remoto y degenerado de Nueva Inglaterra, mientras que seis años más tarde, en «La sombra fuera del tiempo», la narración de Lovecraft se convierte en una pirueta deslumbrantemente stapledoniana a través del pasado, el presente y el futuro del universo. De manera semejante, podemos observar cómo Lovecraft empieza a dejar atrás definitivamente el tema del horror, en la década de 1930, cuando comparamos, una vez más, «El horror de Dunwich», en el que las deidades del Mito son todavía entidades demoníacas mantenidas a raya mediante conjuros de grimorios, con «La sombra fuera del tiempo», donde los extraterrestres se han convertido en socialistas de carnet, reflejo directo del incipiente interés de Lovecraft por la sociedad y su reforma. De haber llegado al decenio de los cuarenta, el Mito habría seguido evolucionando con su creador. Nunca hubo un sistema rígido del que pudiera apropiarse ningún profesional del pastiche.

En segundo lugar, la esencia del Mito no reside en un panteón de deidades imaginarias ni en una colección de libros prohibidos, sino más bien en cierta actitud cósmica convincente. *Cósmico* es el término incansablemente repetido por Lovecraft para describir su estética central: «Elijo el relato preternatural porque es el que mejor se adapta a mi inclinación; uno de mis más profundos y persistentes deseos es lograr, momentáneamente, la ilusión de cierta extraña suspensión o violación de las irritantes limitaciones de tiempo, espacio y leyes naturales que nos tienen perpetuamente aprisionados y frustran nuestra curiosidad acerca de los espacios cósmicos infinitos...».

En un sentido, la obra entera del Lovecraft adulto está formada por relatos de prodigio cósmico; pero durante los últimos diez años de su vida, cuando empezó a abandonar el exotismo dunsaniano y la magia negra de Nueva Inglaterra, y a adoptar como asunto los abismos misteriosos del espacio exterior, desarrolló una obra que después de su muerte se ha dado en llamar el Mito de Cthulhu. En otras palabras, el Mito lo configuran esos relatos lovecraftianos de prodigio cósmico en los que el autor había empezado a centrar su atención en el universo científico moderno; y las deidades del Mito, a su vez, personifican las cualidades de un universo sin finalidad, indiferente, indeciblemente ajeno. Y así, mientras los imitadores de Lovecraft se han



dedicado durante años a perpetrar pastiches del Mito en los que solitarios excéntricos de Nueva Inglaterra recitan oportunos conjuros de un libro prohibido y son puntualmente devorados por un batracio gigante llamado Cthulhu, el Mito en sí no es una concatenación de fórmulas fáciles y un glosario escogido, sino más bien cierto *talante* cósmico.

Las precisiones que anteceden no son aplicables, como es natural, al presente conjunto de relatos, que se encuentran entre ese puñado de obras afortunadas influidas por el Mito de Cthulhu. En algunas de las primeras piezas de este volumen, de determinados «autores diversos», nos parece percibir, quizá, un tufillo a cultura popular *kitsch*, pero el resto es asombroso. Los relatos de Robert Bloch («Cuaderno hallado en una casa deshabitada»), Fritz Leiber, Ramsey Campbell, Colin Wilson, Joanna Rus y Stephen King en particular, son ejemplo del influjo oscuro y permanente de H. P. Lovecraft en un grupo dispar de escritores que han aportado sus inimitables contribuciones al Mito.

En cuanto a Richard A. Lupoff, autor del último relato de esta recopilación, posiblemente nos aporta algo más: «El descubrimiento de la zona ghoórica» no es un relato destacado del Mito de Cthulhu: es el único relato del Mito que he encontrado de un autor distinto de Lovecraft que transmite esa audacia iconoclasta que impregnaba las primeras publicaciones de Lovecraft y que ofendió a los lectores contemporáneos de *Astounding Stories*. En este espléndido relato Lupoff consigue incluir no sólo la terminología requerida del Mito sino también el ambiente esencial de prodigio cósmico; pero además, adicionalmente, recrea en cierto modo la efervescente excitación que contienen esos relatos originales del Mito. Si el lector prefiere descubrir por sí mismo de qué se hablaba con calor en 1936, no tiene más ir directamente a la página? de este volumen y leer cómo los tres ciborgs copulan a bordo de una nave espacial mientras viajan más allá de Plutón, hacia un planeta misterioso y desconocido llamado Yuggoth.

James Turner

# **LA LLAMADA DE CTHULHU**

**H.P. LOVECRAFT**

**(The Call of Cthulhu)**

## I. El horror en arcilla

Lo más piadoso del mundo, creo, es la incapacidad de la mente humana para relacionar todos sus contenidos. Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de negros mares de infinitud, y no estamos hechos para emprender largos viajes. Las ciencias, esforzándose cada una en su propia dirección, nos han causado hasta ahora poco daño; pero algún día el ensamblaje de todos los conocimientos disociados abrirá tan terribles perspectivas de la realidad y de nuestra espantosa situación en ella, que o bien enloqueceremos ante tal revelación, o bien huiremos de esa luz mortal y buscaremos la paz y la seguridad en una nueva edad de tinieblas.

Los teósofos han sospechado la tremenda magnitud del ciclo cósmico del que nuestro mundo y el género humano constituyen efímeros incidentes. Han insinuado extrañas pervivencias en términos que helarían la sangre, si no quedaran enmascaradas por un optimismo complaciente. Pero no es de ellos de quienes me llegó la fugaz visión de evos prohibidos que me hace estremecer cuando me vuelve a la memoria y enloquecer cuando sueño con ella. Esa visión, como todas las visiones de la verdad, surgió como un relámpago al encajar accidentalmente las piezas separadas, en este caso, un artículo de un periódico atrasado y las notas de un profesor ya fallecido. Espero que nadie más llegue a encajar estas piezas; ciertamente, si vivo, no facilitaré jamás intencionadamente un eslabón a tan horrible cadena. Creo que el profesor también trató de guardar silencio respecto de la parte que él sabía, y que había destruido sus notas de no sobrevenirle accidentalmente la muerte.

Empecé a enterarme del asunto en el invierno de 1926-27, con la muerte de mi tío abuelo George Gammell Angell, profesor honorario de lenguas semíticas de la Universidad de Brown, Providence, Rhode Island. El profesor Angell era ampliamente conocido como una autoridad en epigrafía, y había sido consultado frecuentemente por directores de prominentes museos; así que muchos recordarán su fallecimiento a los noventa y dos años. Localmente, el interés aumentó debido a la oscura causa de su muerte. El profesor murió cuando regresaba del barco de Newport; se derrumbó súbitamente, como declaró un testigo, tras recibir un empujón de un marinero negro que surgió de una de esas casuchas oscuras y extrañas de la empinada cuesta que constituye un atajo desde el muelle a la casa del difunto en Williams Street. Los médicos no pudieron descubrir ninguna causa visible, aunque concluyeron, después de una perpleja deliberación, que la causa del desenlace debió de ser un oscuro fallo del corazón provocado por el rápido ascenso de una cuesta tan pronunciada para un hombre de tantos años. En aquel entonces no encontré ninguna razón para disentir del dictamen, pero recientemente me inclino a dudar... y más que a dudar.

Como heredero y testamentario de mi tío abuelo, pues murió viudo y sin hijos, era natural que revisase yo sus papeles con cierto detenimiento; así que con ese motivo

me llevé toda la serie de archivos y cajas a mi casa de Boston. Gran cantidad del material que he logrado ordenar lo publicará más adelante la Sociedad Americana de Arqueología; pero había una caja que me pareció enigmática por demás y no me sentía decidido a enseñársela a nadie. Estaba cerrada, y no encontré la llave hasta que se me ocurrió examinar el llavero personal que el profesor llevaba siempre en el bolsillo. Entonces, efectivamente, logré abrirla; pero fue para encontrarme tan sólo con un obstáculo aún más grande y hermético. Pues ¿qué podían significar el extraño bajorrelieve en arcilla y las notas y apuntes y recortes de periódico que contenía? ¿Se había vuelto mi tío crédulo de las más superficiales imposturas? Decidí buscar al excéntrico escultor que ocasionó esta supuesta turbación de la paz espiritual del anciano.

El bajorrelieve era un tosco rectángulo de unos dos centímetros de espesor, y una superficie de doce por quince centímetros, de origen moderno evidentemente. Sus dibujos, no obstante, no eran modernos ni mucho menos, tanto por su atmósfera como por lo que sugerían; pues, aunque los desvaríos del cubismo y del futurismo son muchos y extravagantes, no suelen reproducir esa misteriosa regularidad que encierra la escritura prehistórica. Y ciertamente, escritura parecía aquella serie de trazos; aunque mi memoria, pese a estar muy familiarizada con los papeles y colecciones de mi tío, no lograba identificar en ningún sentido aquel tipo de escritura en particular, ni descubrir su más remoto parentesco.

Sobre estos supuestos jeroglíficos había una figura de evidente carácter representativo, aunque su ejecución impresionista impedía hacerse una idea sobre su naturaleza. Parecía una especie de monstruo, o símbolo representativo de un monstruo, de una forma que sólo una imaginación enferma podría concebir. Si digo que a mi imaginación algo extravagante le sugirió imágenes de un pulpo, un dragón y una caricatura humana, no sería infiel a la naturaleza del diseño. Una cabeza pulposa, tentaculada, coronaba un cuerpo grotesco y escamoso, dotado de unas alas rudimentarias; pero era el contorno general lo que lo hacía más estremecedor. Detrás de la figura, un vago bosquejo de arquitectura ciclópea servía de fondo.

El escrito que acompañaba a esta rareza, aparte del montón de recortes de periódico, estaba redactado con la más reciente letra del profesor Angell, sin la menor pretensión literaria. El principal documento, al parecer, era el que llevaba por título «EL CULTO DE CTHULHU», escrito cuidadosamente en caracteres de imprenta para evitar la lectura errónea de palabra tan insólita. Dicho manuscrito estaba dividido en dos secciones; la primera se titulaba: «1925. Sueño y obra ejecutada en sueños, de H. A. Wilcox; Thomas St., 7; Providence, R. I.»; y la segunda: «Informe del Inspector John R. Legrassé; Bienville St., 121; Nueva Orleans, La., a la A. A. Mtg., 1928. Notas sobre la misma, y declaración del profesor Webb». Los demás escritos eran todos anotaciones breves; algunas, referencias a extraños sueños de distintas personas; otras, citas de libros teosóficos y revistas (en particular, *La Atlántida* y *la Lemuría perdida*, de W. Scott-Elliott), y el resto, comentarios sobre

pasajes de textos mitológicos y antropológicos como *La rama dorada*, de Frazer y *El culto de las brujas en la Europa occidental*, de Margaret Murray. Los recortes de periódicos aludían ampliamente al desencadenamiento de una extraña enfermedad mental y accesos de locura o manía colectiva en la primavera de 1925.

La primera mitad del manuscrito principal relataba una historia muy curiosa. Parece ser que el 1 de marzo de 1925, un joven delgado, moreno y de aspecto neurótico y excitado había ido a visitar al profesor Angell, con el singular bajo relieve de arcilla, entonces excesivamente húmedo y fresco. Su tarjeta ostentaba el nombre de Henry Anthony Wilcox, y mi tío le había reconocido como el hijo más joven de una excelente familia ligeramente conocida suya, el cual había estudiado recientemente escultura en la Escuela de Bellas Artes de Rhode Island y había vivido solo en la Residencia Fleur-de-Lys, próxima a dicha institución. Wilcox era un joven precoz de reconocido genio pero de gran excentricidad, y había llamado la atención desde niño por las extrañas historias y singulares sueños que acostumbraba relatar. Decía de sí mismo que era «físicamente hipersensible», pero la gente seria de la antigua ciudad comercial le tenía simplemente por «raro». No relacionándose nunca mucho con sus semejantes, se había ido alejando gradualmente de la visibilidad social, y ahora sólo era conocido de un reducido grupo de estetas de otras ciudades. El Círculo Artístico de Providence, deseoso de preservar su conservadurismo, lo había considerado un caso perdido.

En esta visita, decía el manuscrito del profesor, el escultor recabó precipitadamente los conocimientos arqueológicos de su anfitrión para que identificase los jeroglíficos del bajo relieve. Hablaba en un tono altisonante y pomposo que delataba afectación y le enajenaba toda simpatía; y mi tío le contestó con cierta sequedad, pues el evidente frescor de la tablita presuponía cualquier cosa menos que se relacionara con la arqueología. La respuesta del joven Wilcox, que impresionó a mi tío hasta el punto de recordarla después y consignarla al pie de la letra, fue de una naturaleza tan fantásticamente poética que debió de simbolizar su conversación entera, y que más tarde he observado como característica suya. Dijo:

—Es reciente, en efecto, pues la hice anoche mientras soñaba extrañas ciudades; y los sueños son más antiguos que la taciturna Tiro, la contemplativa Esfinge o la ajardinada Babilonia.

Y entonces comenzó a relatar esa peregrina historia que, súbitamente, brotó de su memoria dormida, acaparando febrilmente el interés de mi tío. Había habido un ligero temblor de tierra la noche antes, el más fuerte que se había notado en Nueva Inglaterra desde hacía años, y la imaginación de Wilcox se había visto hondamente afectada. Una vez en la cama, había tenido un sueño sin precedentes sobre ciudades ciclópeas de gigantescos sillares y monolitos que se erguían hasta el cielo, que rezumaban un limo verdoso e irradiaban un aura siniestra de latente horror. Los muros y pilares estaban cubiertos de jeroglíficos, y desde algún lugar indeterminado de la parte inferior había brotado una voz que no era voz, sino una sensación caótica

que sólo la fantasía podía transmutar en sonido, pero que él intentó traducir en una impronunciable confusión de letras: *Cthulhu fhtagn*.

Este galimatías fue la clave del recuerdo que excitó y turbó al profesor Angell. Interrogó al escultor con minuciosidad científica y examinó casi con frenética intensidad el bajorrelieve en el que el joven se había sorprendido a sí mismo trabajando, muerto de frío y en pijama, cuando, paulatinamente, se despertó desconcertado. Mi tío atribuyó a su avanzada edad, dijo después Wilcox, su lentitud en reconocer los jeroglíficos y el dibujo. Muchas de sus preguntas parecieron sin sentido a su visitante, en especial las que pretendían relacionarle con cultos o sociedades extrañas; y Wilcox no logró comprender las repetidas promesas de silencio que le ofreció a cambio de que admitiese su afiliación a alguna sociedad religiosa mística o pagana de ámbito mundial. Cuando el profesor Angell se convenció de que el escultor ignoraba por completo todo culto o sistema de ciencia críptica, asedió a su visitante con peticiones de que le tuviese al corriente sobre sus nuevos sueños. Su petición produjo cierto fruto, pues a partir de la primera entrevista, el manuscrito registraba diarias visitas del joven, durante las cuales le contaba fragmentos espantosos de nocturnas fantasías cuyo contenido se relacionaba siempre con algún terrible escenario ciclópeo de oscura y rezumante piedra, con una voz o llamada subterránea que gritaba monótonamente en forma de enigmáticos impulsos sensitivos imposibles de describir. Los dos sonidos más frecuentemente repetidos son los que podrían transcribirse por las palabras *Cthulhu* y «R'lyeh».

El 23 de marzo, proseguía el manuscrito, Wilcox dejó de acudir; y al preguntar por él en la residencia, el profesor se enteró de que le había dado una oscura especie de fiebre y había regresado a casa de su familia en Waterman Street. Había empezado a gritar por la noche, despertando a varios otros artistas que vivían en el edificio, y desde entonces alternaba su estado entre períodos de inconsciencia y de delirio. Mi tío telefoneó inmediatamente a la familia, y a partir de entonces siguió el caso de cerca, acudiendo frecuentemente al despacho del doctor Tobey de Thayer Street, el médico que le atendía. La mente febril del joven repetía con insistencia, al parecer, cosas extrañas, y el médico se estremecía cada vez que hablaba de ellas. No sólo repetía lo que había soñado al principio, sino que aludía a un ser gigantesco que tenía «millas de estatura» y caminaba o avanzaba pesadamente. En ningún momento describió a este ser completamente, pero, por las palabras frenéticas que el doctor Tobey recordaba, el profesor se convenció de que debía de ser la misma criatura monstruosa que había tratado de representar en su escultura. Cada vez que el joven aludía a este ser, añadió el doctor, era invariablemente preludio de una recaída en el letargo. Su temperatura, cosa rara, no era superior a la normal; pero su estado parecía deberse más a una fiebre violenta que a un trastorno mental.

El 2 de abril, a eso de las tres de la tarde, cesaron súbitamente todos los síntomas de enfermedad en Wilcox. Se incorporó en la cama, asombrado de encontrarse en su casa, completamente ignorante de cuanto le había sucedido en sueños o en la realidad

desde la noche del 22 de marzo. Declarado sano por el médico, regresó a su residencia a los tres días; pero ya no le sirvió de ninguna ayuda al profesor Angell. Con su recuperación desaparecieron todos sus sueños extraños, y tras una semana de anotar observaciones triviales sobre visiones completamente ordinarias, mi tío dejó de consignar sus nocturnas figuraciones.

Aquí termina la primera parte del manuscrito, pero las alusiones a ciertas notas dispersas me dieron mucho que pensar... tanto, que sólo el arraigado escepticismo que entonces constituía mi filosofía puede explicar mi persistente desconfianza con respecto al artista. Las notas a que me refiero describían los sueños de diversas personas durante el mismo período en que el joven Wilcox había tenido sus extrañas visiones. Mi tío, al parecer, había iniciado rápidamente una dilatada encuesta entre casi todos los amigos a quienes podía interrogar sin pecar de indiscreto, pidiéndoles que le contasen sus sueños y le facilitasen los detalles de cualquier visión excepcional que hubiesen tenido anteriormente. La información recibida era muy variada; pero, en definitiva, debió de recibir más respuestas de las que un hombre corriente habría podido manejar sin ayuda de un secretario. No conservó la correspondencia original, pero sus notas constituían una síntesis de lo más completa y significativa. Las gentes corrientes y hombres de negocios —la tradicional «sal de la tierra» de Nueva Inglaterra— dieron un resultado casi completamente negativo, aunque aparecieron casos, dispersos aquí y allá, de inquietantes aunque imprecisas impresiones nocturnas, siempre entre el 23 de marzo y el 2 de abril, período del delirio del joven Wilcox. Los hombres de ciencia no se sintieron muy afectados, si bien cuatro de los casos describían vagas visiones de extraños paisajes, y uno de ellos atribuía el miedo a algo anormal.

Fue de los artistas y poetas de quienes recibió las respuestas más interesantes, y comprendo el pánico que se habría desencadenado, de haber podido ellos mismos comparar notas. Dado que no existían las cartas originales, deduje que el compilador les había hecho preguntas específicas, o había dirigido la correspondencia con el fin de corroborar lo que personalmente había decidido ver. Ésa es la razón por la que seguí convencido de que Wilcox, conocedor de los viejos documentos de mi tío, había estado embaucando al viejo científico. Estas respuestas de los artistas contaban una historia turbadora. Del 28 de febrero al 2 de abril, muchos tuvieron sueños muy extraños, que alcanzaron su máxima intensidad durante el período de delirio del escultor. Una cuarta parte narraban escenas y sonidos parecidos a los descritos por Wilcox; y algunos confesaron haber experimentado un gran miedo ante un ser abominable. Un caso, que las notas describían con énfasis, resultaba particularmente triste. El sujeto, un arquitecto muy conocido con afición a la teosofía y al ocultismo, se volvió repentinamente loco el día que el joven Wilcox sufrió el ataque, y murió unos meses más tarde, gritando innecesariamente que le salvaran de cierta criatura escapada del infierno. De haber dejado mi tío la referencia nominal de estos casos, en vez de reducirlos a números, habría intentado yo alguna comprobación; de este modo,

en cambio, sólo pude seguir la pista de unos cuantos. Todos, sin embargo, corroboraron plenamente las notas. Me he preguntado a menudo si todos aquellos a quienes el profesor había interrogado se sentirían tan intrigados como éstos. Bien está que no hayan llegado a saber jamás la explicación.

Los recortes de prensa, como he dicho ya, referían los casos de pánico, manía o excentricidad durante dicho período. El profesor Angell debió de emplear una oficina de recortes, pues el número de extractos era enorme, y además procedían de todas las partes del mundo. Uno hablaba de un suicidio en Londres durante la noche, en que un hombre se había levantado de la cama y arrojado por la ventana, luego de lanzar un grito espantoso. Otro era una carta incoherente dirigida a un periódico sudamericano, en la que un fanático auguraba un espantoso futuro por las visiones que había tenido. Otro era un despacho procedente de California que relataba que una colonia de teósofos empezó a vestirse en masa con ropas blancas para cierto «glorioso acontecimiento» que nunca llegaba, mientras que otras noticias de la India hablaban cautelosamente de una gran agitación entre los nativos que había tenido lugar a finales de marzo. Las orgías del vudú se habían multiplicado en Haití, y las agencias africanas de noticias hablaban de murmullos presagiosos. Los oficiales americanos con destino en Filipinas habían observado la inquietud de algunas tribus en este mismo tiempo, y algunos policías neoyorquinos habían sido atropellados por orientales histéricos la noche del 22 al 23 de marzo. En el oeste de Irlanda también corrían rumores insensatos, y un pintor llamado Ardois-Bonnot colgó un blasfemo *Paisaje onírico* en el Salón de Primavera de París, en 1926. Por otra parte, fueron tan numerosos los disturbios registrados en los manicomios que sólo un milagro pudo impedir que el cuerpo médico advirtiese extraños paralelismos y extrajese confusas conclusiones. En suma, se trataba de una escalofriante colección de noticias; y aún hoy, no comprendo que sequedad racionalista me impulsó a desecharlas. Pero estaba convencido de que el joven Wilcox había tenido noticia de unos casos anteriores citados por el profesor.

## II. El relato del inspector Legrasse

Los casos anteriores que movieron a mi tío a dar tanta importancia al sueño y el bajorrelieve del escultor constituían el tema de la segunda parte de su largo manuscrito. Al parecer, el profesor Angell había visto anteriormente la infernal silueta de la anónima monstruosidad, había estudiado los desconocidos jeroglíficos y



había oído los siniestros vocablos que podrían traducirse por la palabra *Cthulhu*, encontrándolo todo tan horriblemente relacionado que no es extraño que acosara al joven Wilcox con preguntas y precisiones de fechas.

Esta experiencia anterior había tenido lugar diecisiete años antes, en 1908, cuando la Sociedad Americana de Arqueología celebró su congreso anual en Saint Louis. El profesor Angell, debido a su autoridad y sus méritos, había desempeñado un destacado papel en todas las deliberaciones, viéndose abordado por varios extranjeros que aprovecharon su ofrecimiento para aclarar las preguntas y problemas que le quisieran formular.

El jefe de este grupo de extranjeros, que se convirtió pronto en centro de atención de todo el congreso, era un hombre de aspecto ordinario y edad mediana, que había venido de Nueva Orleans en busca de cierta información que no había podido conseguir de fuentes locales. Se llamaba John Raymond Legrasse, y era inspector de policía. Con él traía el objeto motivo de su viaje: una estatuilla de piedra, de aspecto grotesco y repulsivo, aparentemente muy antigua, cuyo origen no acertaba a determinar.

Esto no significaba que el inspector Legrasse tuviera el más mínimo interés por la arqueología. Al contrario, su deseo de saber se debía a consideraciones puramente profesionales. La estatuilla, ídolo, fetiche o lo que fuera, había sido confiscada unos meses antes en los pantanos boscosos del sur de Nueva Orleans, durante una incursión para disolver una supuesta sesión de vudú; y tan extraños y horribles eran los ritos relacionados con ella, que la policía no pudo por menos de comprender que acababan de dar con un oscuro culto totalmente desconocido para ellos e infinitamente más diabólico que los más tenebrosos ritos de los círculos de vudú africanos. No pudieron averiguar nada sobre su origen, aparte de las disparatadas e increíbles historias arrancadas por la fuerza a los miembros capturados; de ahí los deseos de la policía de acudir a algún arqueólogo que pudiese ayudarles a identificar el espantoso símbolo, y por él seguir la pista del culto hasta su fuente.

El inspector Legrasse no se esperaba la impresión que su ofrecimiento causó. La aparición del objeto bastó para provocar en los científicos una tensa excitación, e inmediatamente se congregaron en torno a la estatuilla para contemplar la pequeña figura cuya rareza y auténticamente abismal antigüedad hacían vislumbrar perspectivas insospechadas y arcaicas. No aparentaba pertenecer este objeto terrible a ninguna escuela escultórica conocida, aunque parecían haberse inscrito los siglos y hasta los milenios en la oscura y verdosa superficie de su piedra.

La figura, que finalmente pasó de mano en mano para ser examinada cuidadosa y detenidamente, tenía unos veinte centímetros de altura, y estaba artísticamente labrada. Representaba un monstruo de contornos vagamente antropomorfos, aunque con cabeza de octópodo, y cuyo rostro era una masa de palpos, un cuerpo de aspecto gomoso y cubierto de escamas, garras prodigiosas en las extremidades traseras, y unas alas estrechas en la espalda. Este ser, que parecía dotado de una perversidad

espantosa y antinatural, evidenciaba una pesada corpulencia, y descansaba sobre un bloque rectangular o pedestal, cubierto de caracteres indescifrables. Las puntas de las alas rozaban el borde posterior del bloque, la figura ocupaba el centro, mientras que las largas y curvadas garras de las cuatro patas plegadas llegaban al borde delantero y colgaban una cuarta de la altura del pedestal. Tenía la cabeza del cefalópodo inclinada hacia adelante, de suerte que los extremos de los tentáculos faciales rozaban el dorso de las enormes zarpas posadas sobre las rodillas levantadas. La impresión general que producía era de vida anormal y del más penetrante pavor, dado su origen absolutamente desconocido. Su inmensa, espantosa e incalculable edad era innegable; sin embargo, no parecía tener relación con ningún tipo conocido de arte perteneciente a los albores de la civilización... ni, desde luego, con ningún otro tiempo.

Totalmente diverso e ignorado, su mismo material era un misterio; aquella piedra jabonosa, verdinegra, con sus doradas e iridiscentes manchas y estrías, resultaba desconocida para la geología y la mineralogía. Los caracteres de la base eran igualmente desconcertantes, y ninguno de los miembros del congreso, a pesar de que constituían una representación de expertos de medio mundo ya cada uno era una autoridad en este campo, pudo aportar la más ligera idea del parentesco lingüístico. Tanto la figurilla como el material pertenecían a algo tremendamente remoto y distinto de la humanidad tal como la conocemos; a algo que sugería de manera estremecedora viejos e impíos ciclos de vida, en los que no participaban nuestro mundo ni nuestras concepciones.

Y sin embargo, mientras algunos de los miembros movían la cabeza y confesaban su impotencia ante el problema del inspector, un hombre de la reunión confesó que tanto la monstruosa figura como la escritura le resultaban vagamente familiares, y a continuación contó con cierta timidez un extraño incidente que conocía. Esta persona era el fallecido William Channing Webb, profesor de antropología de la Universidad de Princeton y explorador de no poca reputación. El profesor Webb había participado, cuarenta y ocho años antes, en una expedición a Groenlandia e Islandia, en busca de inscripciones rúnicas que no pudo descubrir; y estando en la costa occidental de Groenlandia, se habían tropezado con una extraña y degenerada tribu de esquimales cuya religión, una rara forma de culto al diablo, les había hecho estremecer por sus deliberadas ansias de sangre y su repulsión. Era una fe poco conocida por los demás esquimales, a la que aludían con un escalofrío, y decían que provenía de edades inconcebiblemente remotas, aun anteriores a los comienzos del mundo. Además de los ritos innominados y los sacrificios humanos, había ciertos rituales transmitidos hereditariamente que se dirigían a un demonio supremo y más antiguo o *tornasuk*; el profesor Webb había tomado cuidadosa nota de la expresión fonética de un anciano *angedkok* o sacerdote-hechicero, y transcribió los sonidos lo mejor que pudo en caracteres latinos. Pero ahora lo más importante era el fetiche que adoraba ese culto, alrededor del cual danzaban sus adeptos cuando la aurora boreal se derramaba por encima de los acantilados de hielo. Era, declaró el profesor, un bajorrelieve de piedra,

formado por una figura horrenda y una especie de escritura críptica. Y por lo que él podía decir, guardaba un rudimentario paralelo con los rasgos esenciales de la bestial criatura que ahora constituía el centro de atención de toda la asamblea.

Estos datos, acogidos con asombro y duda por los miembros allí reunidos, parecieron excitar al inspector Legrasse, quien empezó inmediatamente a asediar al profesor con preguntas. Dado que había copiado una invocación ritual de los adoradores de los pantanos que sus hombres habían arrestado, suplicó al profesor que tratase de recordar lo mejor que pudiese las palabras de los esquimales diabolistas. A continuación siguió una exhaustiva comparación de detalles, y un silencio espantoso cuando el detective y el científico coincidieron en la virtual identidad de frases en dos rituales demoníacos separados por una distancia de tantos mundos. Lo que en definitiva habían entonado los hechiceros esquimales y los sacerdotes de los pantanos de Luisiana a sus ídolos era algo muy parecido a esto —deducidas las separaciones entre vocablos de las tradicionales pausas en la frase al cantar en voz alta:

*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.*

Legrasse había tenido más suerte que el profesor Webb, pues algunos de sus prisioneros le habían revelado la significación de esas palabras. La frase decía más o menos así:

«En su morada de R'lyeh, Cthulhu muerto aguarda soñando».

Y a continuación, respondiendo a una insistente petición general, relató lo más detalladamente que pudo su experiencia con los adoradores de los pantanos; y contó una historia a la que, ahora me doy cuenta, mi tío debió de conceder suma importancia. Tenía cierta semejanza con los sueños más absurdos y disparatados de los teósofos y mistificadores, y revelaba un asombroso grado de imaginación cósmica, jamás sospechada en una sociedad de parias y de mestizos.

El 1 de noviembre de 1907, la policía de Nueva Orleans había recibido una llamada de los pantanos y la región situada al sur de la laguna. Los colonos, gentes primitivas en su mayoría, pero afables descendientes de los hombres de Lafitte, se sentían presa de un insuperable terror a causa de algo desconocido que les había sorprendido en la noche. Al parecer era un rito vudú, pero de una naturaleza más terrible que los conocidos hasta entonces por ellos. Y desde que empezó el incesante batir del tam-tam en el corazón de los negros bosques donde ningún habitante se aventuraba, habían desaparecido algunas mujeres y niños. Se oían gritos enloquecedores y alaridos demenciales, cánticos estremecedores e infernales llamas que crepitaban inquietas; y, añadió el aterrado mensajero, la gente no podía resistirlo más.

Así que, atardecido ya, había salido un cuerpo de policías en dos furgonetas y un automóvil, guiados por un colono tembloroso. Cuando el camino se hizo intransitable, dejaron los vehículos y avanzaron durante varios kilómetros

chapoteando en silencio a través de los terribles bosques de cipreses donde nunca penetraba la luz del día. Las raíces retorcidas y el nudoso musgo español obstruían el paso, y de cuando en cuando, algún montón de piedras húmedas o los fragmentos de un muro en ruinas hacían más intensa la opresiva sensación que cada árbol deformado y cada islote fangoso contribuía a crear. Finalmente, surgió ante ellos el poblado de colonos, una miserable agrupación de cabañas; y los histéricos habitantes salieron presurosos y se apiñaron alrededor de las balanceantes linternas. El apagado batir de los tam-tam se oía ahora en la lejanía; y a intervalos prolongados se escuchaba un alarido aterrador, cuando el viento soplaba en dirección hacia ellos. Un resplandor rojizo parecía filtrarse a través de la pálida maleza, más allá de las interminables avenidas de la negrura del bosque. A pesar de la repugnancia a quedarse solos otra vez, los colonos se negaron a dar un paso más hacia el escenario del impío culto, de modo que el inspector Legrasse y sus diecinueve hombres se sumergieron sin nadie que les guiase en las negras arcadas de horror que ninguno de ellos había hollado jamás.

La región en que ahora penetraba la policía tenía tradicionalmente una fama maligna, y en su mayor parte estaba inexplorada por el hombre blanco. Había leyendas sobre un lago secreto jamás contemplado por ojos humanos, en el que habitaba un inmenso ser informe, blancuzco, semejante a un pólipo y de ojos refulgentes; y decían los colonos en voz baja que había demonios con alas de murciélago que surgían volando de las cavernas para adorarlo a medianoche. Afirmaban que estaba allí antes que D'Iberville, antes que La Salle, antes que los indios, y antes incluso que las saludables bestias y aves de los bosques. Era una pesadilla, y verlo significaba la muerte. Pero se aparecía en sueños a los hombres, y eso bastaba para mantenerles alejados. La actual orgía vudú se desarrollaba, efectivamente, en los límites de esta zona execrable, pero aun así el paraje era bastante malo, y quizá fuera eso, más que los espantosos gritos e incidentes, lo que había aterrorizado a los colonos.

Sólo la poesía o la locura podían hacer justicia a los ruidos que oyeron los hombres de Legrasse al abrirse paso a través de las negras ciénagas hacia el rojo resplandor y los apagados sonos del tam-tam. Hay calidades vocales características de los animales; y nada hay más terrible que oír una de ellas cuando su fuente se halla en otra. La furia animal y la licencia orgiástica se elevaban a unas alturas demoníacas con aullidos y graznidos extáticos que se desgarraban y reverberaban a través de esos bosques tenebrosos como tempestades de pestilencia surgidas de los abismos del infierno. De cuando en cuando cesaban los gritos incoherentes y se elevaba un coro de voces entonando la horrenda fórmula ritual:

*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.*

Finalmente, los hombres llegaron a un lugar donde los árboles eran más raros, y

vieron de repente ante sí el espectáculo. Cuatro de ellos se tambalearon, uno se desmayó y dos prorrumpieron en gritos frenéticos que afortunadamente apagó la demente cacofonía. Legrasse roció con agua el rostro del hombre desmayado; luego se quedaron todos contemplando el espectáculo hipnotizados de horror.

En un claro natural del pantano había una isla cubierta de yerba de quizá un acre de extensión, vacía de árboles y relativamente seca. En ella saltaba y se contorsionaba la más indescriptible horda de humana deformidad que nadie, a no ser un Sime o un Angarola, sería capaz de plasmar. Despojados de toda indumentaria, aquella horda híbrida bramaba, rugía y se contorsionaba alrededor de una hoguera monstruosa de forma circular; en su centro, al rasgarse de cuando en cuando la cortina de las llamas, se veía un gran monolito de granito de unos dos metros y medio de altura; en la parte superior, desproporcionadamente pequeña, descansaba la maléfica estatuilla. En diez cadalsos erigidos en espacios regulares formando círculo en torno a las llamas, colgaban, cabeza abajo, los cuerpos desfigurados de los desdichados colonos que habían desaparecido. Dentro de este círculo, los adoradores saltaban y rugían, girando en masa de izquierda a derecha en una interminable bacanal, entre el círculo de cuerpos y el círculo de fuego.

Puede que fuera sólo producto de la imaginación, y puede que fuese sólo el eco lo que indujo a uno de los hombres, un español excitable, a creer que había oído respuestas antifonales del ritual desde algún punto lejano, no iluminado, más al interior del bosque de antigua leyenda y horror. Este hombre, José D. Gálvez, a quien fui a ver e interrogar más tarde, era exageradamente imaginativo. Efectivamente, llegó incluso a insinuar que había oído el batir de unas alas enormes, y que vio el brillo de unos ojos fulgurantes y un bulto blancuzco y montañoso, más allá de los lejanos árboles... pero supongo que habría oído demasiados rumores supersticiosos de los nativos.

De hecho, la horrorizada pausa de los hombres fue de corta duración. El deber era ante todo; y aunque debía de haber cerca de un centenar de celebrantes mestizos, los policías sacaron sus armas y se internaron decididamente en la repulsiva barahúnda. Durante cinco minutos, el tumulto que se produjo fue indescriptible. Hubo golpes, disparos y carreras; pero al final Legrasse pudo contar unos cuarenta y siete prisioneros, a los que obligó a vestirse apresuradamente y formar fila entre sus policías. Cinco de los celebrantes murieron, y otros dos, heridos de gravedad, fueron transportados en improvisadas parihuelas por sus camaradas prisioneros. La imagen del monolito, naturalmente, fue retirada cuidadosamente y confiscada por Legrasse.

Examinados en el cuartel de la policía, tras un viaje agotador, todos los prisioneros resultaron ser de muy baja condición, mestizos y mentalmente trastornados. La mayoría eran marineros, entre ellos negros y mulatos, casi todos originarios de las Islas Occidentales, o portugueses procedentes de las islas de Cabo Verde, que daban cierto matiz vudú a este culto heterogéneo. Pero, tras las primeras preguntas, se puso de manifiesto que dicho culto era infinitamente más antiguo que el

fetichismo negro. A pesar de ser ignorantes y degradadas, estas criaturas sostenían con sorprendente coherencia la idea central de su repugnante culto.

Adoraban, dijeron, a los Grandes Primordiales, que eran muy anteriores a la aparición del hombre y habían llegado al joven mundo desde el cielo. Estos Primordiales se habían retirado ahora al interior de la tierra y bajo el mar, pero sus cuerpos muertos revelaron secretos al primer hombre, mediante sueños, y éste instauró un culto que jamás había muerto. Éste era ese culto, y los prisioneros dijeron que siempre había existido y siempre existiría, ocultándose en alejados yermos y parajes retirados de todo el mundo hasta el tiempo en que el gran sacerdote Cthulhu saliese de su tenebrosa morada en la poderosa ciudad sumergida de R'lyeh y sometiese a la Tierra una vez más a su poder. Algún día vendría, cuando los astros fueran favorables; y el culto secreto estaría siempre allí, dispuesto a liberarlo.

Entretanto, nada más podían decir. Se trataba de un secreto que ni aun la tortura les podría arrancar. La humanidad no era la única clase de seres con conciencia sobre la Tierra, pues había formas que surgían de las tinieblas para visitar a los pocos fieles. Pero éstas no eran los Grandes Primordiales. El ídolo esculpido representaba al gran Cthulhu, aunque nadie podía decir si los demás eran o no semejantes a él. Nadie era capaz de descifrar ahora la antigua escritura, si bien se transmitían cosas oralmente. El cántico ritual no era el secreto; éste no se expresaba jamás en voz alta. El cántico significaba sólo esto: «En su morada de R'lyeh, Cthulhu muerto aguarda soñando».

Sólo dos de los prisioneros fueron declarados mentalmente sanos y se les ahorcó; los demás fueron trasladados a diversas instituciones. Todos negaron haber participado en los homicidios rituales, y afirmaron que las muertes habían sido perpetradas por los Alas-Negras, que habían venido desde su inmemorial refugio en el bosque encantado. Pero no hubo manera de sacar en claro una descripción coherente de estos misteriosos aliados. Lo que la policía pudo averiguar se debió mayormente a un mestizo casi centenario llamado Castro, el cual pretendía haber tocado extraños puertos en sus viajes y haber hablado con los inmortales dirigentes del culto en las montañas de China.

El viejo Castro recordaba fragmentos de una espantosa leyenda que haría palidecer las lucubraciones de los teósofos y presentaban al hombre y al mundo como algo reciente y efímero. Hubo milenios en que la Tierra estuvo gobernada por otros Seres que habitaron en inmensas ciudades. Sus vestigios, le habían contado los chinos inmortales, se encontraban aún en forma de piedras ciclópeas en las islas del Pacífico. Habían muerto miles y miles de años antes de la aparición del hombre en la Tierra, pero había artes que podían hacerlos revivir, cuando los astros volvieran a la correcta posición en el ciclo de la eternidad. Habían venido, efectivamente, de las estrellas, y habían traído sus imágenes con Ellos.

Estos Grandes Antiguos, prosiguió Castro, no estaban hechos de carne y hueso. Tenían forma —¿no lo probaba acaso esta imagen de silueta estrellada?—, pero esta forma no era material. Cuando los astros se hallaban en la posición correcta, Ellos

podían precipitarse de mundo en mundo a través del firmamento; pero cuando los astros estaban en posición adversa, no podían vivir. Pero aunque ya no viviesen, tampoco morían definitivamente. Reposaban en las moradas de piedra de la gran ciudad de R'lyeh, protegidos por los sortilegios del poderoso Cthulhu, y aguardaban una gloriosa resurrección, el día en que los astros y la Tierra estuviesen una vez más preparados para Ellos. Pero aun entonces, alguna fuerza del exterior debía ayudarles a liberar sus cuerpos. Los encantamientos que les conservaban intactos les impedían asimismo realizar el movimiento inicial, y sólo podían reposar despiertos en la oscuridad y pensar, mientras transcurrían incontables millones de años. Todos Ellos sabían qué ocurría entretanto en el universo, pues su lenguaje era telepático. Aun ahora hablaban en sus tumbas. Cuando, después de infinitos caos, aparecieron los primeros hombres, los Grandes Primordiales hablaron a los más sensibles modulando sus sueños; pues sólo así podía llegar su lenguaje a las mentes orgánicas de los mamíferos.

Luego, prosiguió Castro en voz baja, esos primeros hombres instituyeron un culto en torno a pequeños ídolos que los Primordiales les mostraron: ídolos traídos en edades lejanas desde las oscuras estrellas. Ese culto no moriría jamás, hasta que las estrellas volvieran a su correcta posición y los sacerdotes secretos sacaran al gran Cthulhu de Su tumba para revivir a sus vasallos y recobrar su dominio sobre la Tierra. Sería fácil conocer la llegada de ese momento, pues entonces la humanidad se parecerá a los Primordiales: será libre y salvaje y estará más allá del bien y del mal, arrojará a un lado las leyes y la moral, y todos los hombres gritarán y matarán y se refocilarán jubilosos. Entonces los Primordiales liberados les enseñarán nuevas formas de gritar y matar y refocilarse y regocijarse, y toda la Tierra arderá en el holocausto del éxtasis y la libertad. Entretanto, el culto, ejecutado mediante ritos apropiados, debe mantener vivo el recuerdo de esas antiguas formas y evocar la profecía de su retorno.

En otros tiempos, algunos escogidos habían hablado en sueños con los Primordiales que descansaban en sus tumbas; pero luego algo había ocurrido. La gran ciudad de piedra de R'lyeh, con sus monolitos y sepulcros, se había hundido bajo las olas; y las aguas profundas, henchidas de un misterio primitivo, impenetrable incluso para el pensamiento, habían interrumpido la espectral comunicación. Pero no había muerto el recuerdo, y los altos sacerdotes decían que la ciudad surgiría otra vez, cuando los astros fuesen favorables. Entonces saldrían los negros espíritus de la tierra, mohosos y sombríos, y propagarían los rumores recogidos en las cavernas de los olvidados fondos de los mares. Pero de esto último no se atrevió a hablar mucho el viejo Castro. Calló repentinamente, y no hubo medio de persuasión ni de astucia que lograra sonsacarle nada más al respecto. También se negó a dar detalles sobre el *tamaño* de los Primordiales. En cuanto al culto, dijo que creía que su centro se encontraba en la inexplorada región central de los desiertos de Arabia, donde Irem, la Ciudad de los Pilares, sueña oculta e intacta. No tenía relación alguna con el culto de

las brujas en Europa, y era prácticamente desconocido fuera del círculo de sus adeptos. Ningún libro aludía realmente a él, aunque los chinos inmortales decían que en el *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred subyacía un sentido oculto que los iniciados podían interpretar a su criterio, especialmente el discutidísimo dístico:

*Que no está muerto lo que puede yacer eternamente,  
y en los eones venideros hasta la muerte puede morir.*

Legrasse, hondamente impresionado y no poco confundido, había tratado sin éxito de averiguar la filiación histórica del culto. Parecía ser que Castro había dicho la verdad al afirmar que era totalmente secreto. Las autoridades de la Universidad de Tulane no pudieron arrojar ninguna luz sobre dicho culto ni sobre la imagen, y ahora el detective había acudido a las personalidades más competentes del país, y se encontraba nada menos que con la historia de Groenlandia del profesor Webb.

El febril interés que despertó en la asamblea la historia de Legrasse, corroborada por la estatuilla, tuvo algún eco en la correspondencia que luego intercambiaron los congresistas; en la publicación oficial de la sociedad, en cambio, se citó meramente de pasada. La prudencia es el primer cuidado de quienes están acostumbrados a enfrentarse con el charlatanismo y la impostura. Legrasse dejó la imagen durante un tiempo al profesor Webb, pero a la muerte de éste volvió a sus manos, y sigue en su posesión, donde la he visto no hace mucho. Es algo verdaderamente terrible, y se parece de manera inequívoca a la escultura que modeló en sueños el joven Wilcox.

No me cabía la menor duda de que mi tío se excitó ante la historia del escultor; ¿qué pensamientos debieron venirle, sabiendo lo que Legrasse había averiguado de ese culto, al contarle un joven sensible que había *soñado* no sólo la figura y los exactos jeroglíficos de la imagen encontrada en el pantano y de la tableta de Groenlandia, sino que además había oído *en sus sueños* tres palabras de la fórmula que pronunciaban tanto los diabolistas esquimales como los mestizos de Luisiana? Evidentemente, era natural que el profesor Angell iniciara una investigación minuciosa; aunque yo sospechaba, personalmente, que el joven Wilcox había oído hablar del culto y había inventado una serie de sueños para acrecentar el misterio a costa de mi tío. Los relatos de los demás sueños y los recortes coleccionados por el profesor constituían una sólida corroboración de la historia del joven; pero mi acendrado racionalismo y la extravagancia de todo este asunto me llevaron a adoptar lo que me pareció la conclusión más palmaria. Así que, después de estudiar con atención el manuscrito y cotejar las notas teosóficas y antropológicas con el informe de Legrasse, hice un viaje a Providence para ver al escultor y decirle lo que pensaba de él por haber embaucado tan descaradamente a un sabio de tan avanzada edad.

Wilcox vivía aún solo en la Residencia Fleur-de-Lys de Thomas Street, horrenda imitación victoriana de la arquitectura bretona del siglo XVII, con su fachada de estuco en medio de amables casas coloniales y a la sombra del más fino campanario



georgiano que pudiera verse en América. Le encontré trabajando en sus habitaciones, e inmediatamente descubrí, por las obras que tenía allí, que su genio era profundo y auténtico. Creo que dentro de un tiempo figurará entre los grandes decadentes, pues ha logrado plasmar en barro y en mármol esas pesadillas y fantasías que Arthur Machen evoca en su prosa y Clark Ashton Smith ha hecho visibles en verso y en pintura.

Moreno, endeble y de aspecto algo descuidado, se volvió lánguidamente al llamar yo y me preguntó qué deseaba sin levantarme de su silla. Cuando le dije quién era, manifestó cierto interés; pues mi tío había despertado su curiosidad al estudiar sus extraños sueños, aunque nunca había explicado la razón de su estudio. Yo no le aclaré demasiado el asunto, y traté de sonsacarle con tacto.

Me bastó poco tiempo para convencerme de su absoluta sinceridad, pues me habló de los sueños de un modo que nadie podría tergiversar. Tanto los sueños como su residuo subconsciente habían influido en su arte hondamente, y me enseñó una morbosa escultura cuyos contornos casi me hicieron estremecer por su oscura potencia sugestiva. No recordaba él si había visto el original de esta criatura, a no ser en su propio bajorrelieve que modelara en sueños, pero sus perfiles habían surgido insensiblemente bajo sus manos. Era sin duda la forma gigantesca que tanto le atormentara en su delirio. Seguidamente, aclaró que él no sabía en verdad nada del misterioso culto, aparte de lo que las incansables preguntas de mi tío le habían permitido inferir; y nuevamente me esforcé en averiguar de qué manera pudo haber recibido las horribles impresiones.

Habló de sus sueños de un modo extrañamente poético, haciéndome ver con terrible intensidad la húmeda ciudad ciclópea de piedras verdosas y cubiertas de limo, cuya *geometría*, dijo extrañamente, *era totalmente errónea*, y oír con aterrada expectación la incesante, semimental llamada que surgía de la tierra: *Cthulhu fhtagn*, *Cthulhu fhtagn*.

Estas palabras formaban parte de aquel espantoso ritual que hablaba del sueño vigil de Cthulhu muerto en la cripta de piedra de R'lyeh, y me sentí hondamente impresionado, a pesar de mis convicciones racionales. Wilcox, estoy seguro, había oído hablar del culto de alguna manera casual, y había debido de olvidarlo poco después, en medio de la masa de sus igualmente inquietantes lecturas y figuraciones. Más tarde, en virtud de su acusada impresionabilidad, debió de encontrar la expresión subconsciente en sus sueños, en el bajorrelieve y en la terrible estatua que ahora tenía yo delante; de modo que su impostura había sido involuntaria. El joven era a la vez un poco afectado y descortés, la clase de carácter que nunca me ha gustado; pero ahora estaba dispuesto a admitir su genio y su honestidad. Me despedí amistosamente de él, y le deseé todos los éxitos a su prometedor talento.

El asunto del culto seguía fascinándome, y a veces me imaginaba a mí mismo alcanzando fama mundial al averiguar sus orígenes y relaciones. Visité Nueva Orleans, hablé con Legrasse y otros sobre aquella antigua redada, vi la espantosa

imagen y hasta interrogué a los mestizos prisioneros que aún vivían. El viejo Castro, desgraciadamente, había fallecido hacía unos años. Lo que escuché entonces de viva voz, aunque en realidad no fue más que una confirmación de lo que mi tío había escrito, excitó de nuevo mi interés; pues sentí la seguridad de que me hallaba sobre la pista de una auténtica, secreta y antigua religión cuyo descubrimiento me convertiría en un antropólogo de renombre. Mi actitud era todavía absolutamente materialista, *como aún quisiera que lo fuese*, y deseché con la más inexplicable perversidad mental la coincidencia de las transcripciones de sueños con los extraños recortes coleccionados por el profesor Angell.

Una cosa empecé entonces a sospechar, y ahora *temo saber*, y es que la muerte de mi tío no fue ni mucho menos natural. Se cayó en un estrecho callejón que ascendía del barrio marineró donde pululan los mestizos extranjeros, tras un empujón sin importancia de un marineró negro. No olvidaba yo la mezcla de sangre y las ocupaciones marineras de los miembros del culto de Luisiana, y no me hubiera sorprendido averiguar la existencia de métodos secretos y agujas envenenadas hace tiempo conocidas, y tan crueles como los misteriosos ritos. Legrasse y sus hombres, es cierto, no han sido molestados; pero en Noruega ha muerto cierto marineró que había visto ciertas cosas. ¿No podría ser que hubiesen llegado a oídos siniestros las averiguaciones de mi tío, tras haber recogido la información del escultor? Creo que el profesor Angell murió porque sabía demasiado, o porque probablemente estaba a punto de sacar a la luz demasiadas cosas. Ahora falta ver si voy a correr yo esa misma suerte, pues he llegado demasiado lejos.

### **III. La locura del mar**

Si alguna vez el cielo desea concederme un don, que sea el total olvido del descubrimiento que hice casualmente al fijarse mis ojos en determinado trozo de periódico que cubría un estante. Era un ejemplar atrasado del australiano *Sydney Bulletin*, del 18 de abril de 1925, y no tenía nada que me llamase la atención en mi rutina diaria. Incluso había escapado a la agencia de recortes que en esas fechas andaba recogiendo ávidamente material para mi tío.

Yo había abandonado casi por completo mis investigaciones sobre lo que el profesor Angell llamaba el «Culto de Cthulhu», y había ido a visitar a un científico amigo de Paterson, en Nueva Jersey, conservador de un museo local y mineralogista de renombre. Al examinar un día los ejemplares de reserva, amontonados en

desorden en los estantes de una estancia de la parte trasera del museo, me fijé en una extraña fotografía que traía una de las hojas del periódico extendidas debajo de las piedras. Era el *Sydney Bulletin* al que me he referido, pues mi amigo estaba suscrito a la prensa de todos los países imaginables; era una fotografía en sepia de una espantosa imagen de piedra, casi idéntica a la que Legrasse había encontrado en el pantano.

Despejé ansiosamente la hoja de su precioso contenido, leí el artículo con toda atención, y me sentí decepcionado ante su brevedad. Lo que sugería, sin embargo, era sumamente significativo para mi poco animada investigación; lo recorté con cuidado, dispuesto a ocuparme de él inmediatamente. Decía lo siguiente:

### MISTERIOSO HALLAZGO DE UN BUQUE ABANDONADO EN ALTA MAR

El *Vigilant* llega a puerto remolcando un yate armado de Nueva Zelanda. Un superviviente y un muerto encontrados a bordo. Historia de una desesperada batalla con muertes en alta mar. El marinero rescatado se niega a dar detalles de tan extraña experiencia. Misterioso ídolo encontrado en su posesión. Se inician las investigaciones.

El carguero *Vigilant* de la compañía Morrison, procedente de Valparaíso, ha atracado esta mañana en los muelles de Darling Harbour trayendo a remolque, desmantelado y con grandes averías, pero fuertemente armado, el yate de vapor *Alert* de Dunedin, N. Z., al que avistó el 12 de abril en 34° 21' latitud sur, 152° 17', longitud oeste, con un superviviente y un muerto a bordo.

El *Vigilant* había zarpado de Valparaíso el 25 de marzo, y el 2 de abril se vio obligado a desviarse considerablemente hacia el sur, debido a fuertes temporales que provocaban olas excepcionalmente grandes. El 12 de abril avistó el buque a la deriva; al principio parecía abandonado, pero luego descubrieron a bordo a un superviviente en estado de delirio y a un hombre que evidentemente llevaba muerto más de una semana.

El superviviente tenía apretado en sus manos un horrible ídolo de piedra de origen desconocido, de unos treinta centímetros de alto, cuya procedencia tiene confundidas a las autoridades de la Universidad de Sidney, de la Royal Society y del Museo de College Street, y que el superviviente declaró haber encontrado en la cabina del yate, en una pequeña hornacina.

Este hombre, tras recobrar el sentido, contó una historia de lo más extraña de piratería y de muertes. Se trata de un noruego llamado Gustaf Johansen, de cierta cultura, el cual iba de segundo piloto en la goleta de dos palos *Emma* de

Auckland, que había zarpado con destino a El Callao el 20 de febrero, con una dotación de once hombres.

La *Emma*, dijo, se demoró y se desvió considerablemente hacia el sur en su rumbo por el gran temporal del 1 de marzo, y el 22 de ese mismo mes se cruzó con el *Alert* en 49° 51' latitud sur, 128° 34' longitud oeste, tripulado por un grupo de canacos y mestizos mal encarados y extraños. El capitán Collins se negó a obedecer la orden de virar en redondo, y la extraña tripulación abrió fuego contra la goleta sin previo aviso con un cañón enormemente pesado que formaba parte del armamento del yate.

Los hombres de la *Emma* opusieron resistencia, dijo el superviviente, y aunque la goleta comenzó a hundirse al ser alcanzada por los disparos por debajo de la línea de flotación, se las arreglaron para acercarse al enemigo para abordarlo, entablado lucha en la cubierta del yate, y viéndose obligados a matar a todos sus tripulantes, pese a su número ligeramente superior, por su repugnante aunque torpe manera de luchar.

Tres hombres de la *Emma*, incluidos el capitán Collins y el primer piloto Green, murieron; los ocho restantes, bajo el mando del segundo piloto Johansen, siguieron navegando en el yate capturado, reanudando su rumbo original para ver si había alguna razón por la que les habían ordenado virar en redondo.

Al día siguiente desembarcaron en un islote, aunque este no figuraba en sus cartas; allí murieron seis de los hombres, aunque Johansen se muestra extrañamente reservado acerca de esta parte del relato; sólo dice que se cayeron por una quebrada.

Más tarde, él y un compañero subieron a bordo del yate y trataron de gobernarlo, pero el temporal les barloventeó el 2 de abril.

Desde ese día hasta el 12 de abril en que fue rescatado, recuerda poco, y ni siquiera sabe cuándo murió William Briden, su compañero. La muerte de Briden no revela otra causa aparente que la excitación o las privaciones.

Los cables recibidos de Dunedin informan que el *Alert* era muy conocido allí como barco mercante, y que tenía mala fama. Su tripulación la componía un extraño grupo de mestizos cuyas frecuentes reuniones y excursiones nocturnas a los bosques habían despertado no poca curiosidad; tras la tormenta y los temblores de tierra del 1 de marzo, se echó a la mar apresuradamente.

Nuestro corresponsal en Auckland afirma que la *Emma* y su tripulación gozaban de una excelente reputación, y describe a Johansen como un hombre serio y digno de toda estima.

El almirantazgo iniciará una investigación sobre todo este asunto, y presionará a Johansen para que sea más explícito de lo que ha sido hasta ahora.

Esto era todo, además de la fotografía de la infernal imagen; pero ¡qué cantidad de ideas suscitó en mi mente! Aquí tenía datos preciosísimos sobre el culto de Cthulhu que probaban que contaba con extraños seguidores tanto en el mar como en tierra. ¿Qué motivo impulsaría a la híbrida tripulación a ordenar a la *Emma* que diese media vuelta, mientras ellos navegaban con su ídolo espantoso? ¿Cuál era la desconocida isla en la que murieron seis de los tripulantes de la *Emma*, y sobre la que tan reservado se mostraba el piloto Johansen? ¿Qué habría averiguado ya el almirantazgo, y qué se sabía del repulsivo culto en Dunedin? Y lo más sorprendente, ¿qué profunda y natural relación de datos era ésta, que daba una maligna y ya innegable significación a los diversos sucesos meticulosamente consignados por mi tío?

El 1 de marzo —28 de febrero, según el huso horario internacional—, tuvieron lugar el temporal y el terremoto. El *Alert* y su repulsiva tripulación habían zarpado precipitadamente de Dunedin como si hubiesen sido llamados imperiosamente, y en otra parte de la Tierra, los poetas y los artistas habían empezado a soñar una extraña ciudad ciclópea, mientras un joven escultor modelaba en sueños la forma terrible de Cthulhu. El 23 de marzo, la tripulación de la goleta *Emma* desembarcó en una isla desconocida, dejando en ella seis hombres muertos; y en esa misma fecha, los sueños de los hombres de acusada sensibilidad adquirieron una mayor intensidad y se vieron atormentados por el temor de la malévola persecución de un monstruo gigantesco, al tiempo que un arquitecto enloquecía y un escultor era presa del delirio. ¿Y qué pensar de esta tormenta del 2 de abril, fecha en que todos los sueños sobre la húmeda ciudad cesaron, y Wilcox quedó libre de la esclavitud de la extraña fiebre? ¿Qué, de aquellas alusiones del viejo Castro sobre los sumergidos, estelares Primordiales, y sobre su reino venidero, su culto fiel y su *dominio de los sueños*? ¿Acaso vacilaba yo en el borde de un abismo de horrores cósmicos, insoportables para las fuerzas humanas? Si era así, entonces se trataba de horrores mentales tan sólo, pues de algún modo, el 2 de abril quedó paralizada la monstruosa amenaza que había empezado a asediar el espíritu de los hombres.

Aquella noche, tras un día de enviar precipitados cablegramas y de hacer preparativos, me despedí de mi anfitrión y cogí el tren para San Francisco. Menos de un mes después estaba en Dunedin, donde, no obstante, me encontré con que se sabía bien poco de los extraños miembros del culto que habían vivido en las viejas tabernas portuarias. La escoria es demasiado frecuente en los barrios marineros para mencionarla especialmente; pero corría el rumor de que estos mestizos por los que yo preguntaba habían realizado una incursión hacia el interior, durante la cual se había escuchado el lejano percutir de unos tambores y se había visto un resplandor rojo en las lejanas colinas.

En Auckland me enteré de que Johansen había regresado de Sidney *con el pelo blanco*, tras un interrogatorio poco convincente, y que poco después vendió la casa

que tenía en West Street y embarcó con su esposa regresando a su vieja casa en Oslo. De su tremenda experiencia no contó a sus amigos más que lo que ya había dicho a los oficiales del Almirantazgo, y todo lo que ellos pudieron hacer fue facilitarme su dirección en Oslo.

Después de eso fui a Sidney y hablé infructuosamente con los marineros y los miembros del tribunal del Vicealmirantazgo. Vi el *Alert* en el Circular Quay de la bahía de Sidney, pero su casco no me dijo nada. La imagen acurrucada con su cabeza de pulpo, cuerpo de dragón, alas escamosas y jeroglíficos en el pedestal, se conservaba en el Museo de Hyde Park; y yo la examiné larga y minuciosamente, y me pareció un objeto exquisitamente labrado, con el mismo profundo misterio, la misma terrible antigüedad y la misma rareza de material que había observado en el pequeño ejemplar de Legrasse. Los geólogos, me dijo el conservador, la consideraban un enigma monstruoso, y juraban que no existía en el mundo roca parecida. Entonces recordé con un escalofrío lo que el viejo Castro le había contado a Legrasse sobre los Primordiales: «Vinieron de las estrellas, y trajeron sus imágenes con Ellos».

Profundamente turbado ante un impacto de esta naturaleza, decidí visitar al piloto Johansen en Oslo. Embarqué para Londres, y a continuación volví a embarcar rumbo a la capital noruega; y un día de otoño pisé tierra en los cuidados muelles al cobijo del Egeberg.

La casa de Johansen, descubrí, se hallaba situada en la Ciudad Vieja del rey Harold Haardrada, que conservó el nombre de Oslo durante los siglos en que la ciudad más grande se disfrazara con el nombre de Cristianía. Hice un breve viaje en taxi, y llamé, con el corazón palpitante, a la puerta de un cuidado y antiguo edificio de enjalbegada fachada. Una mujer de rostro triste y vestida de negro respondió a mi llamada, y en un inglés vacilante me informó de que Gustaf Johansen había fallecido.

No había sobrevivido mucho tiempo a su regreso, dijo su esposa, pues su experiencia en el mar en 1925 le había quebrantado. No le había confiado a ella más que lo que había dicho públicamente, pero había dejado un largo manuscrito —sobre «asuntos técnicos», decía él—, escrito en inglés, evidentemente con el propósito de salvaguardarla del peligro de una lectura casual. Cuando paseaba por un callejón próximo a la dársena de Gothenburg, le cayó encima un paquete de viejos periódicos desde la ventana de un ático y le derribó. Dos marineros indios le ayudaron inmediatamente a ponerse de pie, pero antes de que pudiese llegar la ambulancia había muerto. Los médicos no encontraron una causa adecuada que justificase su muerte, y la atribuyeron a una deficiencia del corazón y a su debilidad.

Entonces sentí en mis entrañas la mordedura de ese terror tenebroso que ya nunca me abandonará hasta que yo muera también, «accidentalmente» o como sea. Tras convencer a la viuda de que mi relación con los «asuntos técnicos» de su marido era suficiente como para autorizarme el acceso a su manuscrito, me llevé el documento y comencé a leerlo en el barco que me llevaba de regreso a Londres.

Era una historia simple, desordenada; un diario redactado de memoria en el que

trataba de consignar día a día aquel viaje espantoso. No me es posible transcribirlo textualmente, a causa de su oscuridad y sus redundancias, pero haré un resumen para mostrar por qué el sonido del agua contra los costados del barco se me hizo tan insoportable hasta el punto de tener que taponarme los oídos con algodones.

Johansen, gracias a Dios, no lo sabía todo, aun cuando había visto la ciudad y el monstruo, pero yo no volveré a dormir en paz mientras recuerde los horrores que acechan constantemente detrás de la vida, en el tiempo y el espacio, y las impías blasfemias venidas de las más antiguas estrellas, que sueñan bajo el mar, conocidas y favorecidas por un culto de pesadilla, deseoso de liberarlas sobre nuestro planeta tan pronto como un temblor de tierra haga surgir nuevamente su monstruosa ciudad de piedra al sol y a la luz.

El viaje de Johansen había empezado exactamente como había declarado él al Vicealmirantazgo. La goleta *Emma* había zarpado de Auckland con lastre el 20 de febrero, y había sentido toda la fuerza del temporal originado por el terremoto que debió de sacar del fondo del mar los horrores que invadieron los sueños de los hombres. Recuperado el gobierno, el barco proseguía con normalidad, cuando le salió al encuentro el *Alert* el 22 de marzo, y comprendí el sentimiento del piloto cuando tuvo que describir el bombardeo y hundimiento de su nave. Hablaba de los atezados adoradores del demonio que tripulaban el *Alert* con significativo horror. Había en ellos algo abominable que hacía que su exterminio pareciese casi un deber, y Johansen manifiesta una auténtica sorpresa ante la acusación de crueldad lanzada contra su grupo durante el curso de la encuesta judicial. Luego, llenos de curiosidad, una vez que el yate capturado estuvo bajo el mando de Johansen, los hombres vieron un gran pilar que surgía del mar, y en 47° 9', latitud sur, 126° 43' longitud oeste, avistaron una costa, mezcla de negro barro, légamo, y ciclópea albañilería cubierta de algas que no podía ser sino la materialización del supremo terror del mundo: la pesadillesca ciudad-cadáver de R'lyeh, construida hace innumerables evos antes del comienzo de la historia por las inmensas y horrendas entidades que descendieron de las oscuras estrellas. Allí, yacían el gran Cthulhu y sus hordas, ocultos en criptas verdosas y cubiertas de légamo, desde donde enviaban, después de un número incalculable de ciclos, los pensamientos que infundían miedo a los sueños de quienes poseían una naturaleza sensible, y llamaban imperiosamente a sus fieles para que acudiesen en peregrinaje de liberación y restauración. Johansen no llegó a sospechar todo esto, ¡pero bien sabe Dios que había visto bastante!

Creo que sólo emergió de las aguas una simple cima de montaña, la horrenda ciudadela que corona el monolito en donde está enterrado el gran Cthulhu. Cuando pienso en las *dimensiones* de lo que puede estar latente allí abajo, casi me dan ganas de quitarme inmediatamente la vida. Johansen y sus hombres estaban aterrados ante el poder cósmico de esta chorreante Babilonia habitada por demonios, y debieron de adivinar que no pertenecía a un planeta normal. El terror ante las increíbles proporciones de los bloques de verdosa piedra, ante la vertiginosa altura del gran

monolito labrado y ante la turbadora identidad de las colosales estatuas y bajorrelieves con la extraña imagen encontrada en la hornacina del *Albert*, se hace patéticamente visible en cada línea de la aterrada descripción del piloto.

Sin tener idea de futurismo, Johansen llevó a cabo algo muy semejante al hablar de la ciudad; pues en lugar de describir una construcción concreta o un edificio cualquiera, hace hincapié sólo en las impresiones generales de inmensos ángulos y superficies de piedra... superficies demasiado grandes para que puedan corresponder a seres normales o propios de esta tierra, e impíos con sus horribles imágenes y jeroglíficos. Menciono su referencia a los *ángulos* porque sugieren algo que Wilcox me había contado de sus horribles sueños. Había dicho que la geometría del lugar soñado por él era anormal, no euclidiana, y de repugnantes esferas y dimensiones distintas de las nuestras. Ahora, un marinero profano sentía lo mismo al contemplar la terrible realidad.

Johansen y sus hombres desembarcaron en un plano sesgado y cubierto de limo de esta monstruosa acrópolis, y subieron gateando por la resbaladiza superficie de los titánicos bloques que de ningún modo podían haber sido una escalera para hombres mortales. El mismo sol del cielo parecía deformado al atravesar los polarizadores miasmas que emanaban de esta perversión empapada de mar, y trenzaba la amenaza y la incertidumbre que acechaban de soslayo en aquellos ángulos locamente esquivos de roca tallada, en los que una segunda mirada descubría una concavidad donde antes había visto una convexidad.

Un terror indeterminado se apoderó de todos los exploradores, antes de llegar a ver otra cosa que rocas y limo y algas. Por sí mismos, cada uno habría echado a correr, de no haber temido la burla de los demás; así que muy poco convencidos, buscaron —en vano, como quedó demostrado— algún recuerdo que llevarse.

El portugués Rodríguez trepó hasta el pie del monolito y gritó que había encontrado algo. Los demás le siguieron, y miraron curiosos la inmensa puerta labrada con el ahora familiar bajorrelieve del dragón-cefalópodo. Era, dice Johansen, como una gran puerta de granero; y les pareció puerta por los adornos del dintel, umbral y jambas, aunque no pudieron determinar si estaba horizontal como una trampa o inclinada como la puerta exterior de una bodega. Como Wilcox había dicho, la geometría de este lugar era totalmente errónea. Uno no podía estar seguro de que el mar y el suelo fuesen horizontales, de aquí que la relativa posición de todo lo demás pareciese fantasmalmente variable.

Briden empujó la piedra en varios lugares sin resultado. Luego Donovan la palpó delicadamente en los bordes, presionando cada punto separadamente. Subió muy despacio por la grotesca piedra esculpida —o sea, puede decirse que subía si es que la piedra no estaba, en definitiva, horizontal—, y los hombres se preguntaban cómo una puerta, por grande que fuese, podía serlo tanto. En ese momento, el descomunal panel empezó a ceder hacia el interior, girando sobre el quicio de arriba, y vieron que la piedra estaba contrapesada.



Donovan se deslizó o subió de algún modo hacia abajo o a lo largo de la jamba y se unió a sus compañeros, y todos contemplaron el extraño retroceso de la monstruosa puerta esculpida. En esta fantasía de distorsión prismática, la piedra se movía de manera anormal, diagonalmente, de modo que parecía transgredir todas las leyes de la materia y la perspectiva.

La abertura dejó ver una oscuridad casi material. Esta negrura era efectivamente una *cualidad positiva*, pues oscurecía la parte de las paredes interiores que debían ser visibles, y de hecho, brotó como el humo liberado de su milenario encierro, oscureciendo visiblemente el sol al esparcirse en aleteos membranosos por el contraído y curvado cielo. El hedor que se elevó de las recién abiertas profundidades se hizo intolerable; por último, a Hawkins le pareció oír un ruido nauseabundo, cenagoso, en el interior. Prestaron todos atención, y aún escuchaban, cuando surgió la monstruosidad, baboseando y tanteando, constriñó su verde inmensidad gelatinosa en la entrada, y se irguió en el aire mefítico de esa ciudad de locura.

La letra del pobre Johansen se vuelve nerviosa al hablar de esto. De los seis hombres que no llegaron jamás al barco, cree que dos perecieron de miedo en ese instante fatal. No es posible describir a ese Ser; no hay lenguaje que pueda transcribir semejante abismo de locura inmemorial, semejante transgresión de las leyes de la materia, la fuerza y el orden cósmico. Era una montaña lo que caminaba bamboleante. ¡Dios! ¿Qué tiene de extraño que en la Tierra se volviese loco un gran arquitecto, y que el pobre Wilcox delirase de fiebre en aquel instante telepático? La Entidad de los ídolos, la viscosa criatura de las estrellas, había despertado para reclamar lo que era suyo. Las estrellas estaban en conjunción otra vez, y lo que un culto intemporal no había conseguido intencionadamente, un grupo de inocentes marineros lo había hecho por casualidad. Después de millones de años, el gran Cthulhu era libre otra vez, y estaba sediento de goce.

Tres hombres fueron barridos por las blandas zarpas antes de que nadie tuviese tiempo de volverse. Dios les dé eterno descanso, si es que hay descanso en el universo. Eran Donovan, Guerrero y Angstrom. Parker resbaló mientras los otros tres echaban a correr frenéticamente por el interminable pasaje de roca verdosa en dirección al barco, y Johansen jura que se sintió absorbido hacia arriba por un ángulo rocoso que no debía haber estado allí, un ángulo que era agudo, pero que se comportó como si fuese obtuso. Así que sólo Brinden y Johansen llegaron al bote, y bogaron desesperadamente hasta el *Alert*, mientras la montañosa monstruosidad se dejaba deslizar por el limo de las piedras y vacilaba en el borde del agua.

La caldera no había perdido presión, a pesar de que todos los hombres habían saltado a tierra, y tras unos momentos de afanoso correr entre engranajes y mecanismos, pusieron al *Alert* en movimiento. Lentamente, en medio de los horrores distorsionados de aquel escenario indescriptible, comenzó el barco a agitar sus aguas letales; entretanto, sobre las rocas de esa costa sepulcral, ajena a este mundo, el titánico Ser de las estrellas baboseaba y farfullaba como Polifemo maldiciendo el

barco fugitivo de Ulises. Luego, más audaz que los cíclopes, el gran Cthulhu se deslizó vigorosamente en el agua y comenzó a perseguirlos dando enormes zarpazos de cósmica potencia que levantaban grandes olas. Briden miró hacia atrás y enloqueció, y no paró de soltar carcajadas, hasta que la muerte le sorprendió en el camarote, mientras Johansen deambulaba delirando por la cubierta.

Pero Johansen no se había rendido todavía. Sabiendo que el monstruo alcanzaría indefectiblemente al *Alert* antes de que la caldera tuviese toda la presión, decidió probar una posibilidad desesperada; dio toda la potencia a la máquina, subió veloz a cubierta y giró la rueda del timón todo lo que daba de sí. Se produjo un fuerte remolino en las pestilentes aguas y, mientras aumentaba la presión, el valeroso noruego enfiló la proa de su embarcación contra el gelatinoso Ser que le perseguía, y que se elevaba por encima de la turbia espuma como la popa de un galeón diabólico. Su espantosa cabeza de cefalópodo de tentáculos contorsionantes llegaba casi hasta el bauprés del porfiado yate, pero Johansen siguió implacablemente.

Hubo un estallido como si se reventase una vejiga, manó una fangosa suciedad como cuando se rasga el cuerpo de un pez luna, un hedor equivalente a un millar de tumbas abiertas, y se oyó un rugido que el cronista no tuvo el valor de consignar en un manuscrito. Por un instante, el barco quedó envuelto en una nube verdosa, acre, cegadora, y luego sólo hubo una ponzoñosa efervescencia a popa, donde —¡Dios del cielo!— la dispersa plasticidad de aquella abominable criatura estelar se *recomponía* nebulosamente y recobraba su horrenda forma original, mientras se agrandaba la distancia, a medida que el *Alert* ganaba velocidad al aumentar la presión.

Eso fue todo. Después, Johansen se limitó a meditar sobre el ídolo de la cabina y a procurar un poco de alimento para sí y para el maníaco que tenía a su lado. No trató de gobernar la nave; pues después de su audaz maniobra, había perdido como una parte de su alma. Luego sobrevino la tormenta del 2 de abril, y un cúmulo de nubes ofuscaron aún más su conciencia. Se apoderó de él una sensación de vértigo espectral, de que giraba en un torbellino que descendía hacia líquidos abismos de infinitud, era arrastrado vertiginosamente por la cola de un cometa fugaz y sacudido históricamente de los abismos marinos a la luna, y de la luna a los abismos marinos, azuzado por el coro de carcajadas de los antiguos dioses y de los verdosos y burlescos trasgos del Tártaro, de alas de murciélago.

De más allá del sueño le llegó el rescate: el *Vigilant*, el tribunal del Vicealmirantazgo, las calles de Dunedin y el largo viaje de regreso a su casa natal junto al Egeberg. Nada podía contar: todos pensarían que se había vuelto loco. Escribiría cuanto sabía antes de que le sobreviniese la muerte, pero su esposa no debía saber nada. La muerte sería una bendición que le borraría esos recuerdos.

Éste es el documento que leí, y ahora lo he guardado en una caja de hojalata junto al bajorrelieve y los papeles del profesor Angell. Guardaré también mi relato, esta prueba de mi propia cordura, en donde he unido lo que espero no se vuelva a unir jamás. He considerado todo lo que en el universo puede haber de horroroso, y aun los

cielos de la primavera y las flores del verano me parecerán ponzoñosos. Pero no creo que mi vida sea muy larga. Tal como desapareció mi tío, tal como ha desaparecido el pobre Johansen, así moriré yo. Sé demasiado, y el culto sigue vivo aún.

Cthulhu vive aún, también, supongo, en ese refugio de piedra que le ha protegido desde que el Sol era joven. Su ciudad maldita se ha sumergido otra vez, pues el *Vigilant* cruzó por su demarcación después de la tormenta de abril; pero sus ministros en la Tierra rugen y se contorsionan y matan en torno a los monolitos coronados por el ídolo, en los parajes solitarios. Ha debido de quedar encerrado en su trampa y hundirse en los negros abismos; si no, el mundo gritaría ahora de horror. ¿Quién conoce el final? Lo que ha emergido puede sumergirse, y lo que se hundió puede volver a emerger. La abominación aguarda y sueña en las profundidades, y sobre las vacilantes ciudades de los hombres fluctúa la destrucción. Llegará un tiempo..., ¡pero no debo ni puedo pensarlo! Pido que, si no sobrevivo a este manuscrito, mis albaceas eviten cometer imprudencias, e impidan que caiga en manos de nadie.

# **EL RETORNO DEL BRUJO**

**CLARK ASHTON SMITH**

**(The Return of the Sorcerer)**

Me encontraba sin trabajo desde hacía varios meses, y mis ahorros estaban peligrosamente próximos al agotamiento. Así que me llevé una gran alegría al recibir respuesta favorable de John Carnby, invitándome a que presentara mis informes personalmente. Carnby había puesto un anuncio pidiendo un secretario, especificando que los interesados debían enviar previamente una relación de sus aptitudes por carta, y yo había escrito solicitando la plaza.

Carnby, evidentemente, era un intelectual solitario que sentía aversión a tomar contacto con una larga lista de desconocidos y había elegido el modo de eliminar de antemano, si no a todos los descartables, por lo menos a gran número de ellos. Había especificado los requisitos de manera exhaustiva y escueta, y éstos eran de naturaleza tal que excluían aun a las personas normalmente bien instruidas. Entre otras cosas se necesitaba conocer el árabe, y por fortuna yo poseía cierto dominio de esta rara lengua.

Encontré su casa, de cuya situación tenía una vaga idea, al final de una avenida de las afueras de Oakland. Era una casa grande de dos plantas, a la sombra de añosos robles, oscurecida por una frondosa y exuberante hiedra, entre setos de ligustro sin podar y una maleza que lo había ido invadiendo todo durante muchos años. Estaba separada de sus vecinos, a un lado por un solar vacío y cubierto de hierba, y al otro por una maraña de parras y árboles que rodeaban las negras ruinas de una mansión quemada.

Aparte de su aspecto de prolongado abandono, había algo lúgubre y triste en el lugar; algo inherente a la silueta de la casa, a las furtivas y oscuras ventanas, a los mismos perfiles deformados de los robles y a la extrañamente invasora maleza. De algún modo, mi entusiasmo menguó un tanto al entrar en el terreno y avanzar por un camino sin limpiar, hasta la puerta principal.

Cuando me encontré en presencia de John Carnby, mi júbilo disminuyó aún más; no habría podido dar una razón concreta de este escalofrío premonitorio, de la oscura, lúgubre sensación de alarma que experimente, y del precipitado hundimiento de mi alegría. Puede que influyera en mí, tanto como el hombre mismo, la oscura biblioteca en que me recibió: una estancia cuyas sombras mohosas jamás podrían ser disipadas por el sol o las luces de una lámpara. Efectivamente, debía de ser esto; pues John Carnby era casi exactamente la clase de persona que yo me había imaginado.

Tenía todo el aspecto de un sabio solitario que ha dedicado pacientes años a algún tema de investigación erudita. Era delgado y encorvado, con la frente abultada y una mata de pelo gris; y la palidez de la biblioteca se reflejaba en sus mejillas cavernosas y bien afeitadas. Pero junto a esto, denotaba un medroso encogimiento que indicaba algo más que la timidez normal de una persona de vida retirada, y una incesante aprensión que se delataba en cada mirada de sus ojos febriles y ojerosos, en cada movimiento de sus huesudas manos. Con toda probabilidad, su salud se había visto gravemente deteriorada por el exceso de trabajo, y no pude por menos de preguntarme cuál sería la naturaleza de los estudios que le habían convertido en una

temblorosa ruina. Sin embargo, tenía algo —quizá la anchura de sus hombros inclinados, y el decidido perfil aguileño de su rostro— que daba la impresión de haber gozado en otro tiempo de gran fuerza y un vigor no enteramente agotados.

Su voz fue inesperadamente profunda y sonora.

—Creo que se quedará usted, señor Ogden —dijo, tras unas cuantas preguntas formularias, casi todas relativas a mis conocimientos lingüísticos, y en particular a mi dominio del árabe—. Sus obligaciones no serán muy pesadas; pero necesito a alguien que esté disponible en cualquier momento en que yo lo necesite. Así que deberá vivir conmigo. Puedo darle una habitación cómoda, y le garantizo que mis guisos no le envenenarán. Trabajo a menudo de noche; espero que no le resulte demasiado enojosa la irregularidad del horario.

Sin duda debería haber experimentado una inmensa alegría ante la seguridad de que el puesto de secretario iba a ser para mí. Pero en vez de eso, sentí una confusa, irracional renuencia, y una vaga advertencia de maldad al darle las gracias a John Carnby y decirle que estaba dispuesto a trasladarme a su casa cuando él deseara.

Parecía muy complacido; y por un momento desapareció el extraño recelo de su actitud.

—Véngase en seguida... esta misma tarde, si puede —dijo—. Me alegraré mucho de tenerle aquí, y cuanto antes mejor. He estado viviendo completamente solo durante algún tiempo, y debo confesar que la soledad está empezando a cansarme. Además, me he ido retrasando en mis trabajos por falta de la ayuda adecuada. Mi hermano vivía conmigo y solía ayudarme, pero ha emprendido un largo viaje.

Volví a mi alojamiento en el pueblo, pagué la cuenta con los últimos dólares que me quedaban, recogí mis cosas, y menos de una hora después estaba de nuevo en casa de mi patrón. Me asignaron una habitación del segundo piso, la cual, aunque polvorienta y sin ventilación, era más que lujosa en comparación con el cuartucho que la falta de dinero me había obligado a ocupar durante algún tiempo. Luego me llevó a su estudio, que estaba también en el piso de arriba, al final del rellano. Allí, me explicó, era donde llevaría a cabo la mayor parte de mi futura tarea.

Apenas pude contener una exclamación de sorpresa al contemplar el interior del aposento. Era muy semejante a lo que yo imaginaba que podría ser la madriguera de algún brujo. Había mesas esparcidas con arcaicos instrumentos de dudoso uso, cartas astrológicas, cráneos y alambiques y vasijas de cristal, incensarios como los de las iglesias católicas, y volúmenes encuadernados en piel carcomida con cierres manchados de verdín. En un rincón se alzaba el esqueleto de un gran simio; en otro, un esqueleto humano; y del techo colgaba un cocodrilo disecado.

Había estanterías repletas de libros, y tras una mirada superficial a los títulos me di cuenta de que constituían una colección particularmente amplia de obras antiguas y modernas sobre demonología y artes negras. Había algunos cuadros y grabados

horripilantes en las paredes, alusivos a temas parecidos; y toda la atmósfera de la habitación exhalaba una mezcla de supersticiones semiolvidadas. Normalmente, habría sonreído al encontrarme ante semejantes cosas; pero de alguna manera, en esta casa solitaria, junto al neurótico Carnby, me fue difícil reprimir un verdadero estremecimiento.

Sobre una de las mesas, contrastando diametralmente con esta mezcla de medievalismo y satanismo, había una máquina de escribir, rodeada de montones de desordenadas hojas manuscritas. En un extremo de la habitación había una alcoba pequeña aislada por una cortina, con una cama en la que dormía Carnby. En el extremo opuesto, entre el esqueleto humano y el de simio, descubrí un armario cerrado, pegado a la pared.

Carnby había notado mi sorpresa, y me miró con una expresión aguda, analítica, que me fue imposible interpretar. Empezó a hablar en tono explicativo.

—He escrito una historia del demonismo y la hechicería —declaró—. Es un campo fascinante al que siempre han dado de lado. Ahora voy a preparar una monografía en la que trato de relacionar las prácticas mágicas y el culto al demonio de todas las épocas y pueblos. Su trabajo, al menos durante un tiempo, consistirá en pasar a máquina y ordenar las extensas notas preliminares que he redactado, y ayudarme a extraer otras citas y ordenar la correspondencia. Sus conocimientos del árabe me serán inestimables; para ciertos datos esenciales, dependo de un ejemplar del *Necronomicón* en su texto árabe original. Tengo motivos para pensar que hay ciertas omisiones y errores en la versión latina de Olaus Wormius.

Yo había oído hablar de este raro y casi fabuloso libro, pero jamás lo había visto. Se decía que en él se contenían los últimos secretos del saber maligno y prohibido; y que además, el texto original, escrito por el árabe loco Abdul Alhazred, era una rareza inconseguible. Me pregunté cómo habría ido a parar a manos de Carnby.

—Le mostraré el libro después de cenar —prosiguió Carnby—. Seguramente podrá desentrañar uno o dos pasajes que me han tenido desorientado durante mucho tiempo.

La cena, preparada y servida por mi propio patrón, supuso un feliz cambio en los menús de restaurante barato a los que estaba habituado. Carnby parecía haber perdido casi todo su nerviosismo. Era muy locuaz y hasta empezó a dar muestras de cierta jovialidad de intelectual después de compartir una botella de suave sauterne. No obstante, sin motivo aparente, me sentía turbado por celos y presentimientos cuyo verdadero origen no podía analizar ni averiguar.

Regresamos al estudio, y Carnby sacó de un cajón que tenía cerrado con llave el volumen del que había hablado. Era enormemente viejo; tenía unas cubiertas de ébano adornadas con arabescos de plata y estaba rotulado con un rojo brillante. Cuando abrí sus páginas amarillentas me hice atrás con un gesto involuntario, debido al olor que emanó de él: un olor semejante al de la descomposición física, como si el libro hubiese estado entre cadáveres, en algún cementerio olvidado, y le hubiese

afectado la corrupción.

Los ojos de Carnby centellearon con una luz febril al coger de mis manos el viejo manuscrito y abrirlo por en medio. Señaló un pasaje con su flaco dedo.

—Dígame qué dice aquí —pidió con un susurro tenso, excitado.

Descifré el párrafo, lentamente, con cierta dificultad, y escribí una versión inglesa aproximada con el lápiz que Carnby me ofreció. Luego, a petición suya, lo leí en voz alta:

«Es sabido verdaderamente por muy pocos, pero es un hecho comprobable, que la voluntad de un hechicero muerto tiene poder sobre su propio cuerpo y puede levantarlo de la tumba y hacerle ejecutar luego cualquier acción que no haya cumplido en vida. Y tales resurrecciones sirven invariablemente para llevar a cabo acciones malévolas y en perjuicio de los demás. Muy prontamente puede el cadáver ser animado, si todos sus miembros se han conservado intactos; y no obstante, hay casos en que la superior voluntad del brujo ha levantado los miembros separados de un cuerpo cortado en muchos trozos, haciendo que cumplieran su fin, tanto separadamente como en transitoria reunión. Pero en todos los casos, después de haberse cumplido la acción, el cuerpo vuelve a su anterior estado».

Naturalmente, esto era una sarta de incoherencias de lo más absurda. Probablemente, fue la expresión extraña, obsesionada con que escuchaba mi patrón, más que este detestable pasaje del *Necronomicón*, lo que me produjo un escalofrío y me hizo estremecer violentamente cuando, hacia el final de mi lectura, oí el roce indescriptible de alguien o algo que se escabullía en el rellano de fuera. Pero al terminar el párrafo y alzar la vista hacia Carnby, me quedé aún más impresionado, ante la expresión de rigidez y estupor que había asumido su semblante: parecía que acababa de ver el espectro de un condenado. De algún modo, tuve la sensación de que estaba atento a aquel ruido singular del pasillo, más que a mi traducción de Abdul Alhazred.

—La casa está llena de ratas —explicó, al captar mi mirada inquisitiva—. Nunca he podido librarme de ellas, a pesar de todos mis esfuerzos.

El ruido, que aún seguía, era semejante al que podía producir una rata al arrastrar algún objeto por el suelo. Pareció acercarse, venir hacia la puerta de la habitación de Carnby; luego, tras una pausa, comenzó de nuevo y se alejó; la turbación de mi patrón era manifiesta. Escuchó con temerosa atención y pareció seguir el avance del ruido con un terror que iba en aumento conforme se acercaba, y disminuía visiblemente al retirarse.

—Estoy muy nervioso —dijo—. He trabajado demasiado últimamente, y éste es el resultado. Hasta un pequeño ruido me trastorna.

El ruido se había alejado ahora hacia algún rincón de la casa. Carnby pareció



recobrase ligeramente.

—¿Le importaría volver a leerme su traducción? —pidió—. Quiero seguirla muy atentamente, palabra por palabra.

Obedecí. Él escuchó con la misma expresión preocupada de antes, y esta vez no nos vino a interrumpir ningún ruido del rellano. El rostro de Carnby se puso más pálido aún, como si la última gota de sangre le hubiera abandonado, cuando leí las frases finales; y el fuego de sus ojos cavernosos se asemejó a una fosforescencia en el fondo de una cripta.

—Es un pasaje de lo más notable —comentó—. Tenía mis dudas sobre su significado, dado mi escaso conocimiento del árabe; sabía que este párrafo estaba completamente suprimido en la traducción latina de Olaus Wormius. Gracias por su buena traducción. Me lo ha aclarado totalmente.

Su tono fue seco y formulario, como si se contuviese y pugnara por reprimir un mundo de inimaginables pensamientos y emociones. De algún modo, sentía que Carnby estaba más nervioso y trastornado que antes, y también que mi lectura del *Necronomicón* había contribuido de alguna misteriosa manera a que aumentara su turbación. Su expresión era lívida y abstraída, concentrada, como si su mente estuviese absorta en algún asunto desagradable y prohibido.

Sin embargo, tras recobrase, me pidió que le tradujese otro pasaje. Éste resultó ser una rara fórmula mágica para exorcizar a los muertos, con un ritual que implicaba el uso de exóticos bálsamos de Arabia y el correcto recitado de lo menos un centenar de nombres de gules y demonios. Lo transcribí todo para Carnby, y él lo estudió durante largo rato con una ansiedad que me pareció muy distinta de la preocupación científica.

—Esto también falta en Olaus Wormius —observó, y tras leerlo por dos veces dobló el papel cuidadosamente y lo guardó en el mismo cajón donde tenía el *Necronomicón*.

Esa noche fue de las más extrañas que he pasado jamás. Mientras permanecimos sentados discutiendo hora tras hora las versiones de este impío volumen, me fui dando cuenta más y más claramente de que mi patrón estaba mortalmente asustado por algo; temía estar solo y me retenía a su lado más que nada por esa razón. Parecía estar constantemente esperando y escuchando con penosa, torturada expectación, y veía que tenía sólo una conciencia maquinal de cuanto decíamos él y yo. Entre los inquietantes objetos de la habitación, en aquella atmósfera de maldad solapada, de horror inconfesable, la parte racional de mi mente empezaba a sucumbir lentamente ante una recrudescencia de oscuros terrores ancestrales. Aunque en mis momentos normales he despreciado siempre tales cosas, estaba dispuesto ahora a creer en los más disparatados desvaríos de la fantasía supersticiosa. Indudablemente, merced a una especie de contagio mental, había captado el terror oculto que Carnby padecía.

Sin embargo, el hombre no admitió los verdaderos sentimientos que evidenciaba su actitud, sino que habló repetidamente de una afección nerviosa. Más de una vez,

durante nuestra conversación, trató de darme a entender que su interés por lo preternatural y lo satánico era enteramente intelectual, que al igual que yo, no creía en tales cosas. Sin embargo, me di cuenta de que sus explicaciones eran falsas; que estaba imbuido y obsesionado por una auténtica fe en todo aquello que pretendía considerar con científica objetividad, y que evidentemente había caído víctima de algún horror imaginario relacionado con sus investigaciones ocultistas. Pero mi intuición no me permitió dar con la clave de la naturaleza de este horror.

No se repitieron los ruidos que habían alarmado tanto a mi patrón. Estuvimos allí hasta después de las doce ocupados en el texto del árabe loco abierto ante nosotros. Por último, Carnby pareció darse cuenta de lo avanzado de la hora.

—Me temo que le he retenido demasiado —dijo excusándose—. Debe irse a dormir. Soy un egoísta; he olvidado que estas horas no son tan habituales para los demás como para mí.

Rechacé formalmente su autorreproche como exigía la cortesía, le di las buenas noches y me dirigí a mi habitación con una enorme sensación de alivio. Me pareció como si hubiese dejado detrás de mí, en la habitación de Carnby, todo el sombrío temor y la opresión a que había estado sometido.

En el largo corredor sólo ardía una luz. Estaba cerca de la puerta de Carnby; mi puerta, en el extremo, cerca del arranque de la escalera, se hallaba sumida en completa oscuridad. Al alargar la mano para coger el picaporte, oí un ruido detrás de mí; volví la cabeza y vi un bulto confuso que saltó del rellano al último escalón, desapareciendo de mi vista. Me quedé horriblemente sobresaltado; pues aunque fue una visión fugaz y vaga, me pareció un cuerpo demasiado pálido para que fuese una rata; por otra parte, su silueta no sugería la de ningún animal. No habría podido asegurar qué era, pero su aspecto me pareció indeciblemente monstruoso. Las piernas me temblaban violentamente, y más arriba oí golpes extraños, como el rodar de un objeto y el caer de escalón en escalón. El ruido se repitió a intervalos regulares, y finalmente cesó.

Aun cuando la seguridad del alma y el cuerpo hubiesen dependido de ello, no habría podido volver a la escalera; no habría podido acercarme a los escalones de arriba para averiguar la causa de los poco naturales golpes. Cualquiera otro, quizá, habría ido. Yo, en cambio, tras permanecer un momento petrificado, entré en mi habitación, cerré la puerta y me metí en la cama con un torbellino de dudas irresueltas y presa de un equívoco terror. Dejé la vela encendida, y permanecí despierto durante horas, esperando de un momento a otro la repetición de ese abominable ruido. Pero la casa estaba en silencio como un depósito de cadáveres, y no oí nada. Por último, a pesar de mis previsiones en sentido contrario, me quedé dormido, y no me desperté sino después de muchas horas de sueño pesado y reparador.

Eran las diez, como indicaba mi reloj. Me pregunté si mi patrón me habría dejado

que durmiese deliberadamente, o no se había levantado tampoco. Me vestí y bajé, descubriendo que me esperaba ante la mesa del desayuno. Estaba más pálido y tembloroso que el día anterior, como si hubiese dormido mal.

—Espero que las ratas no le hayan molestado demasiado —observó, tras un saludo preliminar—. Verdaderamente, hay que hacer algo con ellas.

—No me han molestado en absoluto —contesté. En cierto modo, me fue completamente imposible aludir al extraño y ambiguo ser que había visto y oído retirarse la noche anterior. Evidentemente, me había equivocado; era indudable que no había sido sino una rata, en definitiva, que arrastraba algo escaleras abajo. Traté de olvidar la cadencia espantosa del ruido y la fugaz visión de la inconcebible silueta en la oscuridad.

Mi patrón me miró con suma atención, como si quisiese penetrar en lo más recóndito de mi espíritu. El desayuno transcurrió lúgubrememente. Y el día que siguió no fue menos triste. Carnby se recluyó hasta mediada la tarde y me dejó que campara por mis respetos en la bien surtida pero convencional biblioteca de abajo. No se me ocurría qué podía hacer Carnby a solas en su habitación; pero más de una vez me pareció oír las débiles y monótonas entonaciones de una voz solemne. Mil ideas alarmantes y presentimientos desagradables invadieron mi cerebro. Cada vez más, la atmósfera de esta casa me envolvía y ahogaba con su misterio infecto y ponzoñoso; en todas partes percibía la invisible acechanza de íncubos malévolos.

Casi sentí alivio cuando mi patrón me llamó a su estudio. Al entrar, noté el aire impregnado de un olor pungente y aromático, y me llegaron las volutas evanescentes de un vapor azulenco, como de gomas y esencias orientales ardiendo en incensarios de iglesia. La alfombrilla de Ispahan había sido corrida de su sitio, junto a la pared, al centro de la habitación, pero no bastaba para cubrir una señal redonda de color violáceo semejante al dibujo de un círculo mágico en el suelo. Indudablemente, Carnby había estado ejecutando alguna especie de conjuro; y me vino al pensamiento la pavorosa fórmula que había traducido.

Sin embargo, no dio ninguna explicación de lo que había estado haciendo. Su actitud había cambiado notablemente y tenía más aplomo y confianza que el día anterior. De un modo casi profesional, depositó ante mí un mazo de hojas manuscritas que quería que pasase a máquina. El tecleo de la máquina me ayudó un poco a disipar las malignas aprensiones que me asediaban, y casi pude sonreír ante la *recherche* y terrible información contenida en las notas de mi patrón, casi todas relativas a fórmulas para la adquisición de poderes ilícitos. Pero no obstante, por debajo de mi confianza, había una vaga, amplia inquietud.

Llegó la noche; y después de cenar regresamos otra vez al estudio. Había ahora una tensión en la actitud de Carnby, como si aguardase ansiosamente el resultado de algún experimento secreto. Seguí con mi trabajo; pero me contagió un poco su emoción, y una y otra vez me sorprendía a mí mismo en una actitud de forzada atención.

Finalmente, por encima del tecleo de la máquina, oí el extraño caminar vacilante en el rellano. Carnby lo oyó también, y su expresión de confianza se esfumó completamente, siendo sustituida por la de deplorable terror.

El ruido se fue acercando, seguido de un roce apagado de arrastrar algo; luego se oyeron más ruidos, como titubeos y carreritas, de las más diversas calidades, pero igualmente imposibles de identificar. Al parecer, el rellano estaba atestado, como si todo un ejército de ratas tirara de alguna carroña y se la llevase como botín. Y no obstante, ningún roedor ni manada de roedores podía haber producido tales ruidos ni habría podido arrastrar nada tan pesado como el objeto que venía detrás. Había algo en la naturaleza de estos ruidos, algo sin nombre ni definición, que hizo que me subiera un lento escalofrío por el espinazo.

—¡Dios mío! ¿Qué es todo este estrépito? —exclamé.

—¡Las ratas! ¡Le digo que son las ratas! —la voz de Carnby fue un alarido histérico.

Un momento más tarde sonó la inequívoca llamada a la puerta, muy cerca del suelo. Al mismo tiempo, oí un sonoro topetazo en el armario cerrado del otro extremo de la habitación. Carnby había permanecido de pie, pero ahora se hundió sin fuerzas en una silla. Su semblante estaba ceniciento, y tenía la expresión contraída por un pavor casi demencial.

La duda y tensión pesadillescas se hicieron insufribles; corrí a la puerta y la abrí de golpe a pesar de la frenética oposición de mi patrón. Yo no tenía idea de lo que me iba a encontrar al otro lado del umbral, en el oscuro rellano.

Cuando miré y vi la cosa que estuve a punto de pisar, mi sensación fue de estupor y de auténtica náusea. Era una mano humana que había sido cortada por la muñeca; una mano huesuda, azulenta, como la de un cadáver de una semana, con tierra vegetal en los dedos y bajo las largas uñas. *¡El infame miembro se había movido!* ¡Se había retirado para evitarme, y se arrastraba por el pasillo a la manera de un cangrejo! Y siguiendo con la mirada, vi que había otras cosas más allá, una de las cuales identifiqué como un pie humano y otra como un antebrazo. No me atreví a mirar lo demás. Todo se alejaba lenta, horriblemente, en macabra procesión, y no puedo describir la forma en que se movía. La vitalidad individual de cada sección era horrible hasta más allá de lo soportable. Era una vitalidad que estaba más allá de la vida; sin embargo, el aire estaba cargado de corrupción, de carroña. Aparté los ojos, retrocedí a la habitación de Carnby y cerré tras de mí con mano temblorosa. Carnby estaba a mi lado con la llave, que hizo girar en la cerradura con dedos torpes, tan débiles como los de un anciano.

—¿Los ha visto? —me preguntó con un susurro seco, quebrado.

—¡En nombre de Dios!, ¿qué significa todo eso? —grité.

Carnby volvió a su silla, tambaleándose por la flojedad. Sus facciones parecían consumidas por algún horror interior que le devoraba, y se estremecía visiblemente como por un interminable escalofrío. Me senté en una silla junto a él y entonces

comenzó a contarme entre tartamudeos su increíble confesión, medio incoherente, haciendo muecas, y muchas interrupciones y pausas:

—Es más fuerte que yo... incluso muerto, incluso con el cuerpo desmembrado por el bisturí y el serrucho de cirujano que he utilizado. Yo creía que no podría regresar después de eso... después de haberle enterrado a trozos en una docena de sitios diferentes, en el sótano, bajo los arbustos, al pie de las hiedras. Pero el *Necronomicón* tiene razón... y Helman Carnby lo sabía. Me lo advirtió antes de matarle, me dijo que podía volver, *aun en esas condiciones*.

»Pero no le creí. Odiaba a Helman, y él me odiaba a mí también. Él había alcanzado un poder y un conocimiento superiores, y los Oscuros le protegían más que a mí. Por eso maté a mi hermano gemelo, hermano además en el culto de Satanás y de Aquellos que existían aun antes que Satanás. Habíamos estudiado juntos durante muchos años. Habíamos celebrado misas negras juntos y éramos asistidos por los mismos demonios familiares. Pero Helman Carnby había ahondado en lo oculto, en lo prohibido, hasta unos niveles que me fue imposible seguir. Le temía, y llegó un momento en que no pude soportar más su superioridad.

»Hace más de una semana... hace diez días, cometí el crimen. Pero Helman, o alguna parte de él, ha regresado noche tras noche... ¡Dios! ¡Sus malditas manos se arrastran por el suelo! ¡Sus pies, sus brazos, los trozos de sus piernas, suben las escaleras de algún modo abominable para perseguirme!... ¡Cristo! Su torso espantoso, sanguinolento, yace a la espera. Se lo aseguro, sus manos han venido incluso de día a llamar y tantear a mi puerta... y hasta he tropezado con sus brazos en la oscuridad.

»¡Oh, Dios! Me volveré loco con todos estos terrores. Pero él quiere atormentarme, quiere torturarme hasta que mi cerebro sucumba. Por eso me persigue, despedazado de esta manera. Podría acabar conmigo cuando quisiese, con el poder demoníaco que posee. Podría reunir sus miembros separados y su cuerpo y matarme como le maté a él.

»¡Cuán cuidadosamente enterré sus trozos, con qué infinita previsión! ¡Y qué inútil ha sido! Enterré el serrucho, también, en el rincón más apartado del jardín, lo más lejos posible de sus manos perversas y ansiosas. Pero su cabeza no la enterré con los demás trozos: la guardé en ese armario del fondo de la habitación. A veces la oigo moverse dentro, como la ha oído usted hace un rato... Pero él no necesita la cabeza, su voluntad está en otra parte, y puede actuar inteligentemente a través de todos sus miembros.

»Naturalmente, cerré todas las puertas y ventanas por la noche, cuando descubrí que iba a volver... Pero fue inútil. Y he tratado de exorcizarlo con los conjuros adecuados; con todos los que conozco. Hoy he probado esa efficacísima fórmula del *Necronomicón* que usted ha traducido para mí. Le he contratado para que me la tradujera. Además, no podía ya soportar por más tiempo el estar solo, y pensé que sería una ayuda tener a alguien más en la casa. Esa fórmula era mi última esperanza.

Creía que le detendría; se trata del conjuro más antiguo y terrible. Pero, como ha visto, no sirve...

Su voz se apagó en un murmullo entrecortado, y se quedó mirando ante sí con ojos ciegos, insoportables, en los que sorprendí la llama incipiente de la locura. No pude decir nada; la confesión que acababa de hacerme era indeciblemente atroz. La tremenda impresión moral y el horror preternatural me habían dejado casi estupefacto. Mis sentidos quedaron anulados; y hasta que no empecé a recobrarlos, no sentí que me invadía irresistiblemente una oleada de aversión por el hombre que tenía junto a mí.

Me puse de pie. La casa había quedado cada vez más silenciosa, como si el ejército horripilante y macabro se hubiese retirado ahora a sus diversas sepulturas. Carnby había dejado la llave en la cerradura, así que me dirigí a la puerta y la hice girar rápidamente.

—¿Se va? No se marche —suplicó Carnby con una voz temblorosa de alarma, al verme con la mano en el picaporte.

—Sí, me marcho —dije fríamente—. Renuncio a mi puesto ahora mismo; voy a recoger mis cosas y marcharme de aquí lo antes posible.

Abrí la puerta y salí, negándome a escuchar los argumentos y súplicas y protestas que había empezado a murmurar. Por esta vez, preferí afrontar cualquier cosa que acechase en el oscuro pasillo, por horrenda y terrible que fuese, a soportar por más tiempo la compañía de John Carnby.

El rellano estaba vacío; me estremecí de repulsión ante el recuerdo de lo que había visto, y eché a correr hacia mi habitación. Creo que habría gritado, de haber notado el más leve movimiento en las sombras.

Empecé a hacer la maleta con un sentimiento de la más frenética urgencia y premura. Me parecía que no podría escapar inmediatamente de esta casa de secretos abominables, en cuya atmósfera reinaba una asfixiante amenaza. Con las prisas me equivocaba, tropezaba con las sillas y el cerebro y los dedos se me acorchaban y paralizaban de miedo.

Casi había terminado mi tarea, cuando oí un ruido de pasos lentos y regulares que subían las escaleras. Sabía que no era Carnby, pues se había encerrado con llave inmediatamente después de salir yo de su habitación, y estaba seguro de que nada habría podido hacerle salir. En cualquier caso, difícilmente habría podido bajar sin que yo le hubiese oído.

Los pasos llegaron al rellano y pasaron por delante de mi puerta con la misma mortal repetición, inexorable como el movimiento de una máquina. Efectivamente, no eran los pasos nerviosos y furtivos de John Carnby.

¿Quién podía ser, entonces? Se me heló la sangre en las venas; no me atreví a concluir el razonamiento que se suscitó en mi mente.

Los pasos se detuvieron; yo sabía que habían llegado a la puerta de la habitación de Carnby. Siguió una pausa en la que apenas me fue posible respirar; a continuación,

oí un estrépito espantoso de madera destrozada, y, más fuerte aún, el penetrante alarido de un hombre en el más extremo grado de terror.

Me sentí inmovilizado, como si una invisible mano de hierro me sujetase; y no tengo idea de cuánto tiempo esperé y escuché. El grito se había apagado en un repentino silencio; y no oí nada ahora, salvo un apagado, singular, periódico ruido que mi cerebro se negó a identificar.

No fue mi propia decisión, sino otra voluntad más fuerte que la mía, la que me movió finalmente y me impulsó a ir al estudio de Carnby. Sentí la presencia de esa voluntad como una fuerza irresistible, sobrehumana: como un poder demoníaco, un maligno hipnotismo.

La puerta del estudio había sido hundida, y colgaba de una bisagra. Estaba astillada como por un impacto superior al de una fuerza mortal. Aún ardía una luz en la estancia, y el abominable ruido que oía cesó al aproximarme al umbral. Fue seguido de una quietud malévola y absoluta.

Me detuve nuevamente, incapaz de dar un paso más. Pero esta vez fue algo muy distinto del infernal e irresistible magnetismo lo que me petrificó las piernas y me detuvo ante el umbral. Mire hacia la habitación —el rectángulo de la puerta estaba iluminado por una luz invisible desde donde yo estaba—, y vi a un lado la alfombrilla oriental, y la horrenda silueta de una sombra monstruosa e inmóvil que se proyectaba fuera de ella, en el suelo. Enorme, alargada y contrahecha, la sombra parecía proyectada por los brazos y el torso de un hombre desnudo e inclinado hacia adelante, con una sierra de cirujano en la mano. Su monstruosidad consistía en que, si bien los hombros, pecho, abdomen y brazos se distinguían perfectamente, la sombra carecía de cabeza, y parecía terminar bruscamente en un cuello cercenado. Era imposible, según su postura, que la cabeza quedara oculta por el escorzo.

Me quedé expectante, incapaz de entrar ni de retirarme. La sangre se me había escapado del corazón en una especie de oleada fría, y pensé que se me había helado el cerebro. Hubo una interminable pausa de horror, y luego, en un lugar oculto de la habitación de Carnby, en el armario cerrado, sonó el estallido espantoso y violento, de madera astillada y chirriar de bisagras, seguido del topetazo lúgubre y siniestro de un objeto desconocido al golpear el suelo.

Otra vez reinó el silencio; un silencio de concentrada Maldad, por encima de su triunfo abominable. La sombra no se había movido. Su actitud era de horrenda contemplación, con la sierra todavía en su mano serena, como si examinase su obra ejecutada.

Transcurrió otro intervalo, y luego, súbitamente, presencié la espantosa e inexplicable *desintegración* de la sombra, que pareció fragmentarse fácil y suavemente en múltiples sombras diferentes, antes de desaparecer de la vista. No sé describir en que forma, ni especificar en qué trozos tuvo lugar esta singular fragmentación, esta división múltiple. Al mismo tiempo, oí el apagado chocar de una herramienta metálica sobre la alfombrilla persa, y un sonido producido, no por la

caída de un cuerpo, sino de muchos.

Una vez más reinó el silencio, un silencio como de algún cementerio nocturno, cuando los sepultureros y los gules han concluido ya su macabra tarea y quedan solos los muertos.

Atraído por un fatal mesmerismo, guiado como un sonámbulo por un demonio invisible, entré en la habitación. Yo sabía, con una presencia abominable, cuál era el espectáculo que me aguardaba al otro lado del umbral: el *doble* montón de trozos humanos; unos, frescos y sanguinolentos, otros ya azules y putrefactos y manchados de tierra, en horrenda confusión sobre la alfombra.

Del montón sobresalían una sierra de cirujano y un bisturí enrojecidos; y cerca, entre la alfombra y el armario abierto con la puerta destrozada, yacía una cabeza humana de cara a los restos y en postura erecta, en el mismo estado de corrupción incipiente que el cuerpo al que pertenecía; pero juro que vi borrar una malévolamente mueca de gozo de su semblante cuando entré. Aun bajo los signos de corrupción, mostraba un evidente parecido con el de John Carnby, y no podía pertenecer sino a un hermano gemelo de éste.

Es imposible describir aquí las horribles deducciones que obnubilaban mi cerebro como una nube negra y viscosa. El horror que contemple —y el horror aún mayor que supuse— habrían hecho palidecer a las más inmundas enormidades del infierno en sus helados abismos. Sólo una cosa pudo servir de consuelo y misericordia: aquella fuerza me obligó a contemplar la intolerable escena unos instantes nada más. Luego, de repente, sentí que algo se retiraba de la habitación; el maligno encanto se había roto, la irresistible voluntad que me había tenido cautivo se había ido. Me había dejado ahora, a la vez que abandonaba el cadáver desmembrado de Helman Carnby. Me sentí libre de marcharme; y salí apresuradamente de la horrible cámara, y eché a correr temerariamente por la casa, hasta salir a la oscuridad exterior de la noche.



**UBBO-SATHLA**

**CLARK ASHTON SMITH**

**(Ubbo-Sathla)**

...Porque Ubbo-Sathla es el origen y el fin. Antes de que llegaran Zhothaquah o Yok-Zothoth o Kthulhut de las estrellas, habitó los brumosos pantanos de la recién creada Tierra Ubbo-Sathla, masa sin cabeza ni miembros, engendrados los grises, amorfos reptiles originales, pavorosos prototipos de la vida terrena... Y toda la vida terrestre, se ha dicho, regresará finalmente, a través del gran círculo del tiempo, a Ubbo-Sathla.

*El libro de Eibon*

Paul Tregardis encontró el cristal lechoso entre un montón de cachivaches de todas las tierras y épocas. Había entrado en la tienda de curiosidades llevado de un impulso impremeditado, sin ningún fin concreto en su mente, aparte del de distraerse mirando y revolviendo en una mescolanza de objetos heterogéneos. Y andaba mirando al azar, cuando le llamó la atención un reflejo apagado de una de las mesas; sacó la rara piedra esférica de su atestado sitio entre un feo idolillo azteca, un huevo fósil de dinornis y un fetiche obscuro de negra madera del Níger.

El objeto era como del tamaño de una naranja pequeña y estaba ligeramente aplastado en los extremos, como un planeta en sus polos. Tregardis lo examinó con perplejidad; no le parecía un cristal ordinario, ya que era nebuloso y cambiante con un resplandor intermitente en su centro, como si se iluminara y se apagara desde el interior. Lo llevó junto a la ventana y lo examinó durante un rato sin poder determinar el secreto de esta extraña y singular alternancia. Su perplejidad no tardó en aumentar ante la incipiente sensación de que le resultaba vaga e indefinidamente familiar, como si hubiese visto dicho objeto anteriormente bajo circunstancias ahora enteramente olvidadas.

Llamó al dueño del establecimiento, un hebreo diminuto que tenía pinta de polvoriento antigualla y daba la impresión de estar inmerso en reflexiones mercantiles en alguna maraña de fantasías cabalísticas.

—¿Puede informarme sobre esto?

El marchante, con un gesto indescriptible, encogió a un tiempo los hombros y las cejas.

—Es muy antigua; creo que del paleógeno. No puedo decirle mucho porque tengo pocas referencias. La encontró un geólogo en Groenlandia, bajo una capa de hielo, en los estratos del Mioceno. ¿Quién sabe? Puede haber pertenecido a algún hechicero de la primitiva Thule. Groenlandia era una región fértil y cálida bajo el sol en el periodo mioceno. Indudablemente, es un cristal mágico; cualquier persona puede contemplar extrañas visiones en su corazón, si lo mira fijamente mucho tiempo.

Tregardis se sintió completamente alarmado; pues la fantástica sugerencia del marchante le había traído a la memoria sus propios escauceos en cierta rama de oscuro saber; concretamente, le había recordado *El libro de Eibon*, el más extraño y raro de los libros ocultos y olvidados, del que se decía que había llegado hasta aquí merced a numerosas traducciones del texto prehistórico original, escrito en la lengua de Hiperbórea. Tregardis, con enorme dificultad, había conseguido la versión francesa medieval —un ejemplar que había pertenecido durante generaciones a hechiceros y satanistas—, pero nunca había logrado encontrar el manuscrito griego del cual procedía su versión.

Se suponía que el remoto y fabuloso original se debía a un gran dibujo hiperbóreo, de quien había tomado el nombre. Era una colección de mitos oscuros y malignos, de liturgias, rituales y sortilegios perversos y esotéricos. No sin estremecimientos, en el curso de estudios que una persona corriente habría considerado más que singulares, Tregardis había cotejado el texto francés con el espantoso *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred. Había encontrado correlaciones de la más negra y aterradora significación, así como innumerables datos prohibidos que o bien el árabe desconocía, o bien fueron omitidos por él... o sus traductores.

¿Era esto lo que trataba de recordar, se preguntó Tregardis, la breve, casual referencia del *Libro de Eibon* a un cristal nebuloso que había pertenecido al brujo Zon Mezzamalech de Mhu Thulan? Naturalmente, era demasiado fantástico, demasiado hipotético, demasiado increíble... pero se suponía que Mhu Thulan, esa región septentrional de la antigua Hiperbórea, correspondía *grosso modo* a la moderna Groenlandia, y que en otro tiempo había estado unida al gran continente como una península. ¿Podía la piedra que tenía en la mano, por algún fabuloso azar, ser el cristal de Zon Mezzamalech?

Tregardis sonrió para él con ironía, ante tan absurda idea. Estas cosas no ocurrían... al menos en el Londres actual; y con toda probabilidad, *El libro de Eibon* no era, en definitiva, sino una pura fantasía supersticiosa. Sin embargo, había algo en el cristal que seguía preocupándole y subyugándole. Acabó por comprarlo por un precio razonablemente moderado. El marchante pidió una cantidad y el comprador la abonó sin regateos.

Con el cristal en el bolsillo, Paul Tregardis se apresuró a regresar a su alojamiento en vez de reanudar su ocioso vagabundeo. Colocó la esfera lechosa sobre su escritorio, quedó ésta descansando sobre uno de sus polos aplastados, y luego,

sonriéndose aún ante su propia absurdidad, sacó el manuscrito de amarillento pergamino de *El libro de Eibon* de su sitio en una colección amplia de literatura *recherchée*. Abrió la tapa de piel carcomida con cierres de deslucido hierro, y leyó para sí, traduciendo del arcaico francés, el párrafo que se refería a Zon Mezzamalech:

«Este brujo, que era poderoso entre los hechiceros, había encontrado una piedra nebulosa, de forma esférica y algo aplastada en los extremos, en la que podía contemplar muchas visiones terrenales del pasado, incluso del principio de la Tierra, cuando Ubbo-Sathla, origen sin origen, yacía inmenso e hinchado y espumeante en medio de un légamo del que emanaban sofocantes vapores... Pero Zon Mezzamalech tomaba breves notas de cuanto veía, y la gente dice que desapareció hace poco, nadie sabe cómo, y después de él, el cristal nebuloso se perdió».

Paul Tregardis apartó el manuscrito. Nuevamente sintió que algo le tentaba y fascinaba, como un sueño perdido o un recuerdo relegado al olvido. Impulsado por un sentimiento que no se detuvo a considerar ni a analizar, se sentó ante la mesa y comenzó a mirar con atención la fría y brumosa esfera... Experimentaba una expectación que, de algún modo, era una parte tan familiar, tan penetrante de su conciencia, que ni siquiera se la declaró a sí mismo.

Permaneció sentado minuto tras minuto, contemplando el intermitente encenderse y apagarse de la misteriosa luz del corazón del cristal. Gradualmente y de manera imperceptible, le invadió una especie de sensación de ensoñadora dualidad, respecto de su persona y de su entorno. Era todavía Paul Tregardis, y sin embargo era otro; estaba en su apartamento de Londres, y en la cámara de algún extraño aunque conocido lugar. Y en los dos sitios se asomaba fijamente al mismo cristal.

Tras un intervalo, sin sorpresa alguna por parte de Tregardis, el proceso de identificación se completó. Sabía que era Zon Mezzamalech, hechicero de Mhu Thulan, y estudioso de todo el saber anterior a su propia época. Conocedor de espantosos secretos ignorados por Paul Tregardis, aficionado a la antropología y a las ciencias ocultas en el Londres actual, trataba, por medio del cristal lechoso, de adquirir un saber aún más antiguo y pavoroso.

Había conseguido la piedra mediante dudosos procedimientos, de una fuente más que siniestra. Era única, y jamás había habido otra igual en país ni tiempo algunos. En sus profundidades parecían reflejarse todas las cosas que alguna vez habían existido, y revelarse al paciente visionario. Y Zon Mezzamalech soñaba con recobrar a través del cristal la sabiduría de los dioses que murieron antes de que la Tierra comenzase el ciclo de su existencia. Habían pasado a las tinieblas del vacío, dejando su saber escrito en tabletas de piedras ultraestelares; y guardaron las tabletas en el primordial légamo junto al amorfo, estúpido demiurgo Ubbo-Sathla. Sólo por medio del cristal podía esperar descubrir y leer dichas tabletas.

Por primera vez, comprobaba las famosas virtudes de la esfera. En torno suyo, una cámara de paredes de ébano, repletas de libros mágicos y aparatos extraños, se disipaba lentamente de su conciencia. Ante sí, sobre la mesa de oscura madera hiperbórea tallada con grotescos caracteres, el cristal pareció inflarse y ahondarse, y en su cambiante profundidad contempló una rápida y fragmentada sucesión de escenas evanescentes como el burbujeo de un molino. Como si se asomase a un mundo verdadero, surgieron bajo su mirada ciudades, bosques, montañas, mares y campos, iluminándose y apagándose como por el paso de los días y las noches, en algún vertiginoso suceder de tiempo.

Zon Mezzamalech había olvidado a Paul Tregardis: había perdido el recuerdo de su propia identidad y su entorno de Mhu Thulan. Instante tras instante, la fluida visión del cristal se fue volviendo más definida y distinta y la propia esfera se ahondó hasta provocarle vértigo, como si mirase desde una altura insegura hacia un abismo insondable. Sabía que el tiempo estaba retrocediendo velozmente en el cristal, que desarrollaba el proceso de todos los días pasados; pero le invadió una extraña alarma, y tuvo miedo de seguir mirando. Como el que ha estado a punto de caer a un precipicio, se agarró con un violento sobresalto, y se apartó de la mítica esfera.

Una vez más, el enorme torbellino del mundo al que se había asomado fue un cristal pequeño y brumoso sobre la mesa labrada de Mhu Thulan. Luego, gradualmente, le pareció que la gran habitación de tallados entrepaños en marfil de mamut se encogía, convirtiéndose en una estancia distinta y más oscura; y Zon Mezzamalech, perdiendo su sabiduría preternatural y su poder de brujo, volvió a ser, merced a una sobrecogedora regresión, Paul Tregardis.

Y sin embargo, no fue capaz, al parecer, de regresar enteramente. Tregardis, aturdido y maravillado, se encontró ante la mesa donde había puesto la achatada esfera. Sintió la confusión del que ha soñado y aún no se ha despertado totalmente. Le resultaba vagamente ajena la habitación, como si encontrara algo extraño en sus dimensiones y su mobiliario; y su recuerdo de haber comprado el cristal en la tienda de curiosidades estaba singular y paradójicamente mezclado con una sensación de que lo había conseguido de muy diferente manera.

Tenía la sensación de que le había sucedido algo muy insólito, cuando contempló el cristal; pero al parecer no podía recordar el qué. Le había dejado en esa especie de torpor psíquico que sigue a una orgía de hashish. Se aseguraba a sí mismo que era Paul Tregardis, que vivía en determinada calle de Londres, que era el año 1933; pero estas verdades triviales habían perdido en cierto modo su significado y validez; y todo cuanto se refería a él era brumoso e inconsciente. Las mismas paredes parecían fluctuar como el humo; las gentes de las calles eran fantasmas de fantasmas; y él mismo era una sombra perdida, un eco errabundo de algo largo tiempo olvidado.

Decidió no repetir el experimento de mirar el cristal. Los efectos eran demasiado desagradables y equívocos. Pero al día siguiente, movido por un impulso irrazonado al que obedeció casi mecánicamente, sin oposición, se encontró sentado ante la

brumosa esfera. Nuevamente se convirtió en el hechicero Zon Mezzamalech de Mhu Thulan; nuevamente soñó que recobraba el saber de los dioses premundanos; nuevamente se apartó del profundo cristal con el terror del que teme caer; y una vez más —pero dudosa y oscuramente, como un espectro que se desvanece—, fue Paul Tregardis.

Tres veces repitió Tregardis la experiencia en los días subsiguientes, y cada una de ellas su propia persona y el mundo de su alrededor se volvió más sutil y confuso que en la anterior. Sus sensaciones eran las del soñador que está a punto de despertar; y el mismo Londres era tan irreal como las tierras que se deslizan del ámbito de los sueños, retirándose en forma de bruma y vaporosa luz. Detrás de todo eso, sentía el espejismo y el agolpamiento de imágenes inmensas, extrañas, aunque medio familiares. Era como si la fantasmagoría del tiempo y el espacio se disolviese a su alrededor para revelar una verdadera realidad... u otro sueño del espacio y el tiempo.

Llegó por fin el día en que se sentó ante el cristal... y no regresó como Paul Tregardis. Fue la vez que Zon Mezzamalech, menospreciando fríamente las portentosas y malévolas advertencias, decidió superar su extraño temor a caer corporalmente en el mundo ilusorio que contemplaba, temor que hasta ahora le había impedido seguir el fluir retrospectivo del tiempo de manera excesivamente sostenida. Debía, se aseguró a sí mismo, dominar su miedo, si quería llegar alguna vez a ver y leer las perdidas tabletas de los dioses. No había visto más que unos cuantos fragmentos de años de Mhu Thulan, inmediatamente anteriores al presente: los años de su propia vida; y había inestimables ciclos entre estos años y el Principio.

Parecía vivir incontables vidas, morir miríadas de muertes olvidando cada vez la vida que había tenido antes. Luchó como guerrero en batallas semilegendarias; fue niño jugando en las ruinas de la antigua ciudad de Mhu Thulan; fue el rey que había gobernado cuando la ciudad estaba en sus albores, el profeta que había predicho su nacimiento y su destrucción; como mujer, lloró por los muertos olvidados de la necrópolis largo tiempo derruida; como antiguo hechicero, murmuró los toscos conjuros de la primitiva hechicería; como sacerdote de algún dios prehumano, esgrimió el cuchillo sacrificial en templos subterráneos de pilares de basalto. Vida tras vida, era tras era, desanduvo los largos y oscuros ciclos a través de los cuales Hiperbórea se había elevado del estado salvaje al de una avanzada civilización.

Se convirtió en bárbaro de una tribu troglodita, huyendo del hielo lento y montañoso de una antigua glaciación, hacia tierras iluminadas por el resplandor rojizo de los perpetuos volcanes. Luego, tras incontables años, ya no fue sino bestia humanoide que vagaba por bosques de gigantescos helechos, o construyendo toscos nidos en las ramas de las poderosas palmeras.

A través de milenios de sensaciones inmemoriales, de cruda lujuria y de hambre, de locura y terror primitivos, alguien —o algo— retrocedía permanentemente en el tiempo. La muerte se volvió nacimiento, y el nacimiento muerte. En una lenta visión de cambio hacia atrás, la tierra pareció derretirse, desprenderse de la costra de colinas

y montañas que formaban sus más recientes estratos. El sol seguía haciéndose más grande y caliente por encima de los humeantes pantanos rebosantes de vida rudimentaria y bordeados de una vegetación grosera. Y el ser que había sido Paul Tregardis, y que había sido Zon Mezzamalech, pasó a formar parte de toda la monstruosa involución. Voló con las ganchudas alas de pterodáctilo, nadó en mares tibios con el inmenso y combado cuerpo de un ictiosaurio, y bramó groseramente con la acorazada garganta de un behemoth a la enorme Luna que ardía a través de las brumas liásicas.

Finalmente, después de miles y miles de años de inmemorial brutalidad, se convirtió en uno de los hombres-serpiente que erigieron sus ciudades de negro gneis y entablaron sus venenosas guerras en el primer continente del mundo. Caminó reptando por las calles ante-humanas, por extraños y sinuosos subterráneos; contempló las primitivas estrellas desde altísimas torres babelianas; se inclinó, susurrando sibilantes letanías, ante grandes ídolos-serpiente. Recorrió hacia atrás los años y milenios de la era de los ofidios, y fue un ser que se arrastraba en el limo, que no había aprendido aún a pensar, a soñar y a construir. Y llegó el tiempo en que ya no hubo continente, sino sólo un inmenso y caótico cenagal, un mar de légamo sin límites ni horizonte que hervía con ciegas contorsiones de vapores amorfos.

Allí, en el principio gris de la Tierra, la masa informe que era Ubbo-Sathla descansaba en medio del légamo y los vapores. Acéfalas, sin órganos ni miembros, se desprendían de la costra de sus costados cenagosos, en una lenta, incesante ondulación, las formas amébricas que eran los arquetipos de la vida terrena. Habría sido horrible, de haber habido alguien capaz de captar el horror; y nauseabundo, de haber habido alguien capaz de sentir repugnancia. En torno a él —tendido o inclinado en el cieno—, estaban las poderosas tabletas traídas de las estrellas, las cuales contenían la inconcebible sabiduría de los dioses premundanos.

Y hacia allí, movido por una búsqueda ya olvidada, se arrastró el ser que había sido —o que sería alguna vez— Paul Tregardis y Zon Mezzamalech. Convirtiéndose en una informe lagartija original, se arrastró pesada e indolentemente por encima de las tabletas caídas de los dioses, y luchó y forcejeó ciegamente con la otra progenie de Ubbo-Sathla.

En ninguna parte se hace alusión a Zon Mezzamalech ni a su desaparición, aparte del breve pasaje de *El libro de Eibon*. Por lo que se refiere a Paul Tregardis, que también desapareció, varios periódicos de Londres se limitaron a insertar una breve nota. Nadie parece saber nada de él: ha desaparecido como si nunca hubiese existido; y el cristal probablemente, ha desaparecido también. Al menos, nadie lo ha encontrado.

# **LA PIEDRA NEGRA**

**ROBERT E. HOWARD**

**(The Black Stone)**



Dicen que los seres inmundos de los Viejos Tiempos acechan en oscuros rincones olvidados de la Tierra, y que aún se abren las Puertas que liberan, ciertas noches, a unas formas prisioneras del Infierno.

JUSTIN GEOFFREY

La primera vez que leí algo sobre esta cuestión fue en el extraño libro de Von Junzt, aquel extravagante alemán que vivió tan singularmente y murió en circunstancias misteriosas y terribles. Quiso la suerte que cayese en mis manos su obra *Cultos innominados*, llamada también el Libro Negro, en su edición original publicada en Düsseldorf en 1859, poco antes de que al autor le sorprendiese su terrible destino. Los bibliógrafos suelen conocer los *Cultos innominados* a través de la edición barata y mal traducida que publicó Bridewell en Londres, en el año 1845, o de la edición cuidadosamente expurgada que sacó a la luz la Golden Globin Press de Nueva York en 1909. Pero el volumen con el que yo me tropecé era uno de los ejemplares alemanes de la edición completa, encuadernado con pesadas cubiertas de piel y cierres de hierro herrumbroso. Dudo que haya más de media docena de estos ejemplares en todo el mundo hoy en día; primero, porque no se imprimieron muchos, y además, porque cuando corrió la voz de cómo había encontrado la muerte su autor, muchos de los que poseían el libro lo quemaron asustados.

Von Junzt (1795-1840) pasó toda su vida buceando en temas prohibidos. Viajó por todo el mundo, consiguió ingresar en innumerables sociedades secretas y llegó a leer un sinfín de libros y manuscritos esotéricos. En los densos capítulos del Libro Negro, que oscilan entre una sobrecogedora claridad de exposición y la oscuridad más ambigua, hay detalles y alusiones que helarían la sangre del hombre más equilibrado. Leer lo que Von Junzt se *atrevió* a poner en letra de molde suscita conjeturas inquietantes sobre lo que *no* se atrevió a decir. ¿De qué tenebrosas cuestiones, por ejemplo, trataban aquellas páginas, escritas con apretada letra, del manuscrito en que trabajaba infatigablemente pocos meses antes de morir, y que se encontró destrozado y esparcido por el suelo de su habitación cerrada con llave, donde Von Junzt fue hallado muerto con señales de garras en el cuello? Eso nunca se sabrá, porque el amigo más allegado del autor, el francés Alexis Landeau, después de

una noche de recomponer los fragmentos y leer el contenido, lo quemó y se cortó el cuello con una navaja de afeitar.

Pero el contenido del volumen publicado es ya suficientemente estremecedor, aun admitiendo la opinión general de que tan sólo representa una serie de desvaríos de un enajenado. Entre multitud de cosas extrañas encontré una alusión a la Piedra Negra, ese monolito siniestro que se cobija en las montañas de Hungría y en torno al cual giran tantas leyendas tenebrosas. Von Junzt no le dedicó mucho espacio. La mayor parte de su horrendo trabajo se refiere a los cultos y objetos de adoración satánica que, según él, existen todavía; y esa Piedra Negra representaría algún orden o algún ser perdido, olvidado hace ya cientos de años. No obstante, al mencionarla, se refiere a ella como a una de las *llaves*. Esa expresión se repite muchas veces en su obra, en diversos pasajes, y constituye uno de los elementos oscuros de su trabajo. Insinúa brevemente haber visto escenas singulares en torno a un monolito, en la noche del 24 de junio. Cita la teoría de Otto Dostmann, según la cual este monolito sería un vestigio de la invasión de los hunos, erigido para conmemorar una victoria de Atila sobre los godos. Von Junzt rechaza esta hipótesis sin exponer ningún argumento para rebatirla; únicamente advierte que atribuir el origen de la Piedra Negra a los hunos es tan ilógico como suponer que Stonehenge fue erigido por Guillermo el Conquistador.

La enorme antigüedad que esto daba a entender excitó extraordinariamente mi interés y, tras haber salvado algunas dificultades, conseguí localizar un ejemplar, roído por las ratas, de *Los restos arqueológicos de los Imperioi Perdidos* (Berlín, 1809; Ed. Der Drachenhau), de Dostmann. Me decepcionó comprobar que la referencia que hacía Dostmann a la Piedra Negra era más breve que la de Von Junzt, despachándola en pocas líneas como monumento relativamente moderno comparado con las ruinas grecorromanas de Asia Menor, que eran su tema favorito. Admitía, eso sí, su incapacidad para descifrar los deteriorados caracteres grabados en el monolito, pero declaraba que eran inequívocamente mongólicos. Sin embargo, entre los pocos datos de interés que suministraba Dostmann, figuraba su referencia al pueblo vecino a la Piedra Negra: Stregoicavar, nombre nefasto que significa algo así como Pueblo Embrujado. No logré más información, a pesar de la minuciosa revisión de guías y artículos de viajes que llevé a cabo. Stregoicavar, que no venía en ninguno de los mapas que cayó en mis manos, está situado en una región agreste, poco frecuentada, lejos de la ruta de cualquier viajero casual. En cambio, encontré motivo de meditación en las *Tradiciones y costumbres populares de los magiares*, de Dornly. En el capítulo que se refiere a «Mitos sobre los sueños» cita la Piedra Negra y cuenta extrañas supersticiones a este respecto. Una de ellas es la creencia de que, si alguien duerme en la proximidad del monolito, se verá perseguido para siempre por monstruosas pesadillas; y cita relatos de aldeanos que hablaban de gentes demasiado curiosas que se aventuraban a visitar la Piedra Negra en la noche del 24 de junio, y que morían en loco desvarío a causa de *algo* que habían visto allí.

Eso fue todo lo que saqué en claro de Dornly, pero mi interés había aumentado

muchísimo al presentir que en torno a esa piedra había algo claramente siniestro. La idea de una antigüedad tenebrosa, las repetidas alusiones a acontecimientos monstruosos en la noche del 24 de junio, despertaron algún instinto dormido de mi ser, de la misma forma que se siente, más que se oye, la corriente de algún oscuro río subterráneo en la noche.

Y de pronto me di cuenta de que existía una relación entre esta Piedra y cierto poema fantástico y terrible escrito por el poeta loco Justin Geoffrey: *El pueblo del monolito*. Las indagaciones que realicé me confirmaron que, en efecto, Geoffrey había escrito este poema durante un viaje a Hungría; por consiguiente, no cabía duda de que el monolito a que se refería en sus versos extraños era la misma Piedra Negra. Leyendo nuevamente sus estrofas sentí una vez más las extrañas y confusas agitaciones de los mandatos del subconsciente que había observado la primera vez que tuve conocimiento de la Piedra.

Había estado pensando qué sitio elegir para pasar unas cortas vacaciones, hasta que me decidí. Fui a Stregocavar. Un tren anticuado me llevó a Temesvar hasta una distancia todavía respetable de mi punto de destino; luego, en tres días de viaje en un coche traqueteante, llegué al pueblecito, situado en un fértil valle encajonado entre montañas cubiertas de abetos. El viaje transcurrió sin incidencias. Durante el primer día, pasamos por el viejo campo de batalla de Schomvaal, donde un bravo caballero polaco-húngaro, el conde Boris Vladinoff, había presentado una valerosa e inútil resistencia frente a las victoriosas huestes de Solimán el Magnífico, cuando, en 1526, el Gran Turco se lanzó a la invasión de la Europa oriental.

El cochero me señaló un gran túmulo de piedras desmoronadas en una colina próxima, bajo el cual descansaban, según dijo, los huesos del valeroso conde. Recordé entonces un pasaje de las *Guerras turcas*, de Larson; «Después de la escaramuza (en la que el conde había rechazado la vanguardia de los turcos con un reducido ejército), el conde permaneció al pie de la muralla del viejo castillo de la colina para disponer el orden de sus fuerzas. Un ayudante le trajo una cajita lacada que había encontrado en el cuerpo del famoso escriba e historiógrafo Selim Bahadur, caído en la refriega. El conde extrajo de ella un rollo de pergamino y comenzó a leer. No bien terminó las primeras líneas, palideció intensamente y, sin pronunciar una palabra, metió el documento en la caja y la ocultó bajo su capa. En ese preciso momento abría fuego un cañón turco, y los proyectiles dieron contra el viejo castillo ante el espanto de los húngaros, que vieron derrumbarse las murallas sobre el esforzado conde. Sin caudillo, el valeroso ejército se desbarató, y en los años de guerra asoladora que siguieron, no llegaron a recuperarse los restos mortales del noble caballero. Hoy, los naturales del país muestran un inmenso montón de ruinas cerca de Schomvaal, bajo las cuales, según dicen, todavía descansa lo que los siglos hayan respetado del conde Boris Vladinoff».

Stregoicavar me dio la sensación de un pueblecito dormido que desmentía su nombre siniestro, un remanso de paz respetado por el progreso. Los singulares edificios, y los trajes y costumbres aún más extraños de sus gentes, pertenecían a otra época. Eran amables, algo curiosos, sin ser preguntones, a pesar de que los visitantes extranjeros eran sumamente escasos.

—Hace diez años, llegó otro americano. Estuvo pocos días en el pueblo —dijo el dueño de la taberna donde me había hospedado—. Era un muchacho bastante raro —murmuró para sí—; un poeta, me parece.

Comprendí que debía de referirse a Justin Geoffrey.

—Sí, era poeta —contesté—; y escribió un poema sobre un paraje próximo a este mismo pueblo.

—¿De veras? —mi patrón se sintió interesado—. Entonces, si todos los grandes poetas son raros en su manera de hablar y de comportarse, él debe de haber alcanzado gran fama, porque las cosas que hacía y sus conversaciones eran lo más extraño que he visto en ningún hombre.

—Eso les ocurre a casi todos los artistas —observé—. La mayor parte de su mérito se le ha reconocido después de muerto.

—¿Ha muerto, entonces?

—Murió gritando en un manicomio hace cinco años.

—Lástima, lástima —suspiró con simpatía—. Pobre muchacho... Miró demasiado la Piedra Negra.

Me dio un vuelco el corazón. No obstante, disimulé mi enorme interés y dije como por casualidad:

—He oído algo sobre esa Piedra Negra. Creo que está por aquí cerca, ¿no?

—Más cerca de lo que la gente cristiana desea —contestó—. ¡Mire!

Me condujo a una ventana enrejada y me señaló las laderas, pobladas de abetos, de las acogedoras montañas azules.

—Allá, al otro lado de la gran cara desnuda de ese risco tan saliente que ve usted, ahí se levanta esa piedra maldita. ¡Ojalá se convirtiese en polvo, y el polvo se lo llevara el Danubio hasta lo más profundo del océano! Una vez, los hombres quisieron destruirla, pero todo el que levantaba el pico o el martillo contra ella moría de una manera espantosa. Ahora la rehúyen.

—¿Qué maldición hay sobre ella? —pregunté interesado.

—El demonio, el demonio que la está rondando siempre —contestó con un estremecimiento—. En mi niñez conocí a un hombre que subió de allá abajo y se reía de nuestras tradiciones... tuvo la temeridad de visitar la Piedra en la noche del 24 de junio, al amanecer entró de nuevo en el pueblo como borracho, enajenado, sin habla. Algo le había destrozado el cerebro y le había sellado los labios, pues hasta el momento de su muerte, que ocurrió poco después, tan sólo abrió la boca para proferir blasfemias o babear una jerigonza incomprensible.

»Mi sobrino, de pequeñito, se perdió en las montañas y durmió en los bosques inmediatos a la Piedra, y ahora, en su madurez, se ve atormentado por sueños enloquecedores, de tal manera que a veces te hace pasar una noche espantosa con sus alaridos, y luego se despierta empapado de sudor frío.

»Pero cambiemos de tema, *Herr*. Es mejor no insistir en estas cosas.

Yo hice un comentario sobre la manifiesta antigüedad de la taberna, y me dijo orgulloso:

—Los cimientos tienen más de cuatrocientos años. El edificio primitivo fue la única casa del pueblo que no destruyó el incendio, cuando los demonios de Solimán cruzaron las montañas. Aquí, en la casa que había sobre estos mismos cimientos, se dice que tenía el escriba Selim Bahadur su cuartel general durante la guerra que asoló toda esta comarca.

Luego supe que los habitantes de Stregoicavar no son descendientes de los que vivieron allí antes de la invasión turca de 1526. Los victoriosos musulmanes no dejaron con vida a ningún ser humano —ni en el pueblo ni en sus contornos— cuando atravesaron el territorio. Los hombres, las mujeres y los niños fueron exterminados en un rojo holocausto, dejando una vasta extensión del país silenciosa y desierta. Los actuales habitantes de Stregoicavar descienden de los duros colonizadores que llegaron de las tierras bajas y reconstruyeron el pueblo en ruinas, una vez que los turcos fueron expulsados.

Mi patrón habló sin resentimiento de la matanza de los primitivos habitantes. Me enteré de que sus antecesores de las tierras bajas miraban a los montañeses incluso con más odio aversión que a los propios turcos. Habló con vaguedad respecto a las causas de esta enemistad, pero dijo que los anteriores vecinos de Stregoicavar tenían la costumbre de hacer furtivas excursiones a las tierras bajas, robando muchachas y niños. Además, contó que no eran exactamente de la misma sangre que su pueblo; el vigoroso y original tronco eslavomagiar se había mezclado, cruzándose con la degradada raza aborígen hasta fundirse en la descendencia y dar lugar a una infame amalgama. Él no tenía la más ligera idea de quiénes fueron esos aborígenes; únicamente sostenía que eran «paganos», y que habitaban en las montañas desde tiempo inmemorial, antes de la llegada de los pueblos conquistadores.

Di poca importancia a esta historia. En ella no veía más que una leyenda semejante a las que dieron origen a la fusión de las tribus celtas y los aborígenes mediterráneos de las montañas de Escocia, y las razas mestizas resultantes que, como los pictos, tanta importancia tienen en las leyendas escocesas. El tiempo produce un curioso efecto de perspectiva en el folklore. Los relatos de los pictos se entremezclaron con ciertas leyendas sobre una raza mongólica anterior, hasta el punto de que, con el tiempo, se llegó a atribuir a los pictos los repulsivos caracteres del achaparrado hombre primitivo, cuya individualidad fue absorbida por las leyendas pictas, perdiéndose en ellas. Del mismo modo, pensaba yo, podría seguirse la pista de los supuestos rasgos inhumanos de los primeros pobladores de Stregoicavar hasta sus

orígenes en los más viejos y gastados mitos de los pueblos invasores, los mongoles y los hunos.

A la mañana siguiente de mi llegada pedí instrucciones a mi patrón —que por cierto me las dio de muy mala gana—, y me puse en camino, en busca de la Piedra Negra. Después de una caminata de varias horas cuesta arriba, por entre los abetos de las laderas, llegué a la cara abrupta de la escarpa que sobresalía poderosamente del costado de la montaña. De allí ascendía un estrecho sendero que la coronaba. Subí por él, desde arriba contemplé el tranquilo valle de Stregoicavar, que parecía dormir protegido a uno y otro lado por las grandes montañas azules. Entre la escarpa donde estaba yo y el pueblo no se veían cabañas ni signo alguno de vida humana. Había bastantes granjas diseminadas por el valle, pero todas estaban situadas al otro lado de Stregoicavar. El pueblo mismo parecía huir de los ásperos riscos que ocultaban la Piedra Negra.

La cima de las escarpas formaba una especie de meseta cubierta de denso bosque. Caminé por la espesura y en seguida llegué a un claro muy grande, y en el centro de ese claro se alzaba un descarnado monolito de Piedra negra.

Era de sección octogonal, y tendría unos cuatro o cinco metros de altura y medio metro aproximadamente de diámetro. Se veía bien que había sido perfectamente pulimentado en su tiempo, pero ahora la superficie de la piedra mostraba numerosas mellas, como si se hubiesen llevado a cabo salvajes esfuerzos por demolerla. Pero los picos apenas habían conseguido desconcharla y mutilar los caracteres que la ornaban en espiral hasta arriba, en torno al fuste. Hasta una altura de dos metros y medio o poco más, las inscripciones estaban casi totalmente destruidas, de tal manera que resultaba muy difícil averiguar sus características. Más arriba se veían mucho mejor conservadas, y yo me las arregle para trepar por la columna y examinarlas de cerca. Todas estaban deterioradas en mayor o menor grado, pero era evidente que no pertenecían a ninguna lengua que yo pudiera recordar en ese momento sobre la faz de la Tierra. Lo que más llegaba a parecérseles, de todo cuanto había visto en mi vida, eran unos toscos garabatos trazados sobre cierta roca gigantesca, extrañamente simétrica, de un valle perdido del Yucatán. Recuerdo que, al señalarle aquellos trazos a mi compañero, que era arqueólogo, él sostuvo que eran efecto natural de la erosión, o el inútil garabateo de un indio. Yo le expuse mi teoría de que la roca era realmente la base de una columna desaparecida, pero él se limitó a reír, y me dijo que reparase en las dimensiones que suponía; de haberse levantado allí una columna de acuerdo con las normas ordinarias de las proporciones arquitectónicas, habría tenido lo menos trescientos metros de altura. Pero no me dejó convencido.

No quiero decir que los caracteres grabados sobre la Piedra Negra fuese semejantes a los de la descomunal roca del Yucatán, sino que me los sugerían. En cuanto a la materia del monolito, también me desconcertó. La piedra que habían

empleado para tallarla era de un color negro y tenía un brillo mate; y su superficie, allí donde no había sido raspada o desconchada, producía un curioso efecto de semitransparencia.

Pasé en aquel lugar la mayor parte de la mañana y regresé perplejo. La Piedra no me sugería ninguna relación con ningún otro monumento del mundo. Era como si el monolito hubiese sido erigido por manos extrañas en una edad remota y ajena a la humanidad.

Regresé al pueblo. De ninguna manera había disminuido mi interés. Ahora que había visto aquella piedra tan singular, sentía mucho más apremiante el deseo de investigar el asunto con mayor amplitud e intentar descubrir por qué extrañas manos y con qué extraño propósito fue levantada la Piedra Negra, en lejanos tiempos.

Busqué al sobrino del tabernero y le pregunté sobre sus sueños, pero estuvo muy confuso, aun cuando hizo lo posible por complacerme. No le importaba hablar de ellos, pero era incapaz de describirlos con la más mínima claridad. Aunque tenía siempre los mismos sueños, y a pesar de que se le presentaban espantosamente vívidos, no le dejaban huellas claras en la conciencia. Los recordaba como un caos de pesadilla en las que inmensos remolinos de fuego arrojaban tremendas llamaradas y retumbaba incesantemente un tambor. Sólo recordaba con claridad que una noche había visto en sueños la Piedra Negra, no en la falda de la montaña, sino rematando la cima de un castillo negro y gigantesco.

En cuanto al resto de los vecinos, observé que no les gustaba hablar de la Piedra, excepto al maestro, hombre de una instrucción sorprendente, que había pasado mucho más tiempo fuera que cualquier otro de sus convecinos.

Se interesó muchísimo en lo que le conté sobre las observaciones de Von Juntz relativas a la Piedra Negra, y manifestó vivamente que estaba de acuerdo con el autor alemán en cuanto a la edad que atribuía al monolito. Estaba convencido de que alguna vez existió en las proximidades una sociedad satánica, y que posiblemente todos los antiguos vecinos habían sido miembros de ese culto de la fertilidad que amenazó con socavar la civilización europea y dio origen a tantas historias de brujería. Citó el mismo nombre del pueblo para probar su punto de vista. Originalmente no se llamaba Stregocavar, dijo; de acuerdo con las leyendas, los que fundaron el pueblo lo llamaron Xuthltan, que era el primitivo nombre del lugar sobre el que asentaron sus casas, hace ya muchos siglos.

Este hecho me produjo otra vez un indescriptible sentimiento de desazón. El nombre bárbaro no me sugería relación alguna con las razas escitas, eslavas o mongolas a las que deberían haber pertenecido los habitantes de estas montañas.

Los magiares y los eslavos de las tierras bajas creían sin duda que los primitivos habitantes del pueblo eran miembros de un culto maléfico como se demostraba, a juicio del maestro, por el nombre que dieron al pueblo y que se mantuvo aun después de ser aniquilados los antiguos pobladores por los turcos y haberlo reconstruido una raza más pura.

No creía él que fueran los iniciados en ese culto quienes erigieron el monolito, aunque opinaba que lo emplearon como centro de sus actividades; y, basándose en vagas leyendas que se venían transmitiendo desde antes de la invasión turca, expuso una teoría según la cual los degenerados pobladores antiguos lo habían usado como una especie de altar sobre el cual ofrecieron sacrificios humanos, empleando como víctimas a las muchachas y a los niños robados a los propios antepasados de los actuales pobladores, que a la sazón vivían en las tierras bajas.

Desestimaba el mito de los horripilantes sucesos de la noche del 24 de junio, así como la leyenda de una deidad extraña que el pueblo hechicero invocaba por medio de rituales cantos salvajes, de flagelaciones y de sadismo, como se decía.

No había visitado la Piedra en la noche del 24 de junio, según confesó, pero no le daría miedo hacerlo; lo que *había existido* o lo que allí sucedió en otro tiempo, fuera lo que fuese, se había sumido en la niebla del tiempo y del olvido. La Piedra Negra había perdido su significado salvo el de ser el nexo de unión con un pasado muerto y polvoriento.

Hacía cosa de una semana que estaba yo en Stregoicavar cuando, una noche, al volver de una visita al maestro, me quedé impresionado de pronto al recordar que... ¡estábamos a 24 de junio! Era, pues, la noche en que, según las leyendas, sucedían cosas misteriosas en relación con la Piedra Negra. En vez de meterme en la taberna, crucé el pueblo a buen paso. Stregoicavar estaba en silencio; los vecinos solían retirarse temprano. No vi a nadie en mi camino. Me interné por entre los abetos que ocultaban las faldas de las montañas en una susurrante oscuridad. Una gran luna plateada parecía suspendida encima del valle, inundando los peñascos y pendientes con una luz inquietante y perfilando negras sombras en el suelo. No soplaban aire entre los abetos, y, no obstante, se oía elevarse un murmullo fantasmal y misterioso. Mi fantasía evocaba quimeras. Seguramente en una noche como ésta, hacía siglos, volaban por el valle las brujas desnudas, a horcajadas sobre sus escobas, perseguidas por sus burlescos demonios familiares.

Encaminé mis pasos hacia las escarpas. Me sentía algo inquieto al notar que la engañosa luz de la luna les prestaba un aspecto artificioso que no había notado antes: bajo aquella luz fantástica, habían perdido su apariencia de escarpas naturales para convertirse en ruinas de gigantescas murallas que sobresalían de la ladera.

Esforzándome por apartar de mí esta ilusión extraña, subí hasta la meseta y dudé un momento antes de sumergirme en la tremenda oscuridad de los bosques. Una especie de tensión mortal se cernía sobre las sombras, como si un monstruo invisible contuviera su aliento para no ahuyentar a su presa.

Deseché este sentimiento —perfectamente natural, considerando el carácter imponente del lugar y su infame reputación— y me abrí paso a través del bosque, experimentando la desagradable sensación de que me seguían. Tuve que detenerme



una vez, seguro de que algo vacilante y pegajoso me había rozado la cara en la oscuridad.

Salí al claro y vi el alto monolito alzando su silueta desnuda sobre la hierba. En la linde del bosque, en dirección a la escarpa, había una piedra que formaba como una especie de asiento natural. Me senté en ella, pensando que probablemente fue allí donde el poeta loco Justin Geoffrey había escrito su fantástico *El pueblo del monolito*. El tabernero pensaba que era la Piedra lo que había ocasionado la locura de Geoffrey, pero la semilla de la locura estaba sembrada en el cerebro del poeta mucho antes de haber visitado Stregoicavar.

Eché una mirada al reloj. Eran casi las doce. Me recosté en espera de cualquier manifestación espectral que pudiese aparecer. Comenzaba a levantarse una brisa suave entre las ramas de los abetos y su música me recordaba la de unas gaitas invisibles y lánguidas susurrando una melodía pavorosa y maligna. La monotonía del sonido y mi mirada invariablemente fija en el monolito me produjeron una especie de autohipnotismo; me estaba quedando amodorrado. Luché contra esta sensación, pero el sueño pudo conmigo. El monolito parecía ladearse, danzar extrañamente, retorcerse. Entonces me dormí.

Abrí los ojos y traté de levantarme, pero no me fue posible; parecía como si una mano helada me agarrara sin que yo pudiera hacer nada. Un frío terror se apoderó de mí. El claro del bosque ya no estaba desierto. Se veía atestado de una silenciosa multitud de gentes extrañas. Mis ojos dilatados repararon en los raros y bárbaros detalles de sus atuendos. Mi entendimiento me decía que eran remotísimos, olvidados incluso en esta tierra atrasada. «Seguramente —pensé—, son gentes del pueblo que han venido aquí para celebrar algún cónclave grotesco». Pero otra mirada me hizo comprender que aquellas gentes no eran de Stregoicavar. Eran más bajos de estatura, más rechonchos, tenían la frente más deprimida, la cara más ancha y abotargada. Algunos poseían rasgos eslavos y magiares, pero dichos rasgos se veían degradados por la mezcla con alguna raza extranjera más baja que no me era posible clasificar. Muchos de ellos vestían con pieles de bestias feroces, y todo su aspecto, tanto el de los hombres como el de las mujeres, era de una brutal sensualidad. Aquellas gentes me horrorizaban y me repugnaban, aunque no me prestasen atención alguna. Habían formado un inmenso semicírculo delante del monolito. Empezaron una especie de cántico extendiendo los brazos al unísono y balanceando sus cuerpos rítmicamente de cintura para arriba. Todos los ojos estaban fijos en la cúspide de la Piedra, a la que parecían estar invocando. Pero lo más extraño de todo era el tono apagado de sus voces; a menos de cincuenta metros de donde yo estaba, centenares de hombres y mujeres levantaban sus voces en una melodía salvaje y, sin embargo, aquellas voces me llegaban como un murmullo débil, confuso, como si viniera de muy lejos, a través del espacio... o del *tiempo*.

Delante del monolito había como un brasero, del que se elevaban vaharadas de un humo amarillo, repugnante, nauseabundo, que se enroscaba en torno al monumento formando una extraña espiral, como una serpiente inmensa y borrosa.

A un lado de este brasero yacían dos figuras: una muchacha completamente desnuda, atada de pies y manos, y un niño que tendría tan sólo unos meses. Al otro lado, se acuclillaba una vieja hechicera con un extraño tambor en su regazo. Tocaba con las manos abiertas, con golpes pausados y leves; pero ya no la oía.

El ritmo de los cuerpos balanceantes empezó a adquirir mayor rapidez. Entonces saltó una mujer desnuda al espacio que quedaba libre entre la multitud y el monolito; llameaban sus ojos, su larga cabellera flotaba alborotada mientras danzaba vertiginosamente sobre la punta de sus pies, dando vueltas por todo el espacio libre, hasta que cayó prosternada ante la Piedra y allí quedó inmóvil. Inmediatamente, la siguió una figura fantástica, un hombre vestido tan sólo con una piel de macho cabrío colgando de la cintura, y cuyas facciones estaban ocultas por una máscara fabricada con una enorme cabeza de lobo, de tal manera que daba la impresión de un ser monstruoso, pesadillesco, mezcla horrible de elementos humanos y bestiales. Sostenía en la mano un haz de varas de abeto, atado por los extremos más gruesos. La luz de la luna brillaba en una pesada cadena de oro que llevaba enlazada en el cuello. Prendida a esta cadena, llevaba otra de cuyo extremo debería haber colgado algún objeto que, sin embargo, faltaba.

La multitud agitaba los brazos con violencia y redoblaba sus gritos, mientras esa grotesca criatura galopaba por el espacio abierto dando saltos y cabriolas. Se acercó a la mujer que yacía al pie del monolito y comenzó a azotarla con las varas; entonces ella se levantó de un salto y se entregó a la danza más salvaje e increíble que había visto en mi vida. Su atormentador bailó con ella manteniendo el mismo ritmo, colocándose a su altura en cada giro y cada salto, al tiempo que descargaba despiadados golpes sobre su cuerpo desnudo. Y a cada golpe que le daba, gritaba una palabra extraña; y así una y otra vez, y toda la gente le coreaba. Podía verles mover los labios. Ahora el débil murmullo de sus voces se fundió y se hizo un solo grito, distante y lejano, repetido continuamente en un éxtasis frenético. Pero no logré entender lo que gritaban.

Los danzantes giraban en vertiginosas vueltas, mientras los espectadores, de pie todavía en sus sitios, seguían el ritmo de la danza con el balanceo de sus cuerpos y los brazos entrelazados. La locura aumentaba en los ojos de la mujer que cumplía aquel rito violento, y se reflejaba en la mirada de los demás. Se hizo más salvaje y extravagante el frenético girar de aquella danza enloquecedora... Se convirtió en un cuadro bestial y obscuro, en tanto que la vieja hechicera aullaba y batía el tambor como una enajenada, y las varas componían una canción demoníaca.

La sangre corría por los miembros de la danzante, pero ella parecía no sentir la flagelación sino como un acicate para continuar el salvajismo de sus movimientos desenfrenados. Al saltar en medio del humo amarillento que empezaba a extender sus

tenues tentáculos para abrazar a las dos figuras danzantes, se hundió en aquella niebla hedionda y desapareció de la vista. Volvió a surgir otra vez, seguida inmediatamente de aquel individuo bestial que la flagelaba, y prorrumpió en un indescriptible furor de movimientos enloquecedores hasta que, en el colmo del delirio, cayó de pronto sobre la yerba, temblando y jadeando, completamente vencida por el frenético esfuerzo. Siguió la flagelación con inalterable violencia, y ella comenzó a arrastrarse boca abajo hacia el monolito. El sacerdote —por llamarle así— continuó azotando su cuerpo indefenso con todas sus fuerzas, mientras ella se retorció dejando un pegajoso rastro de sangre sobre la tierra pisoteada. Llegó por fin al monolito, y boqueando, sin resuello, le echó sus brazos en torno y cubrió la fría piedra de besos feroces, como en una adoración delirante y profana.

El grotesco sacerdote saltaba en el aire; había arrojado las varas salpicadas de sangre. Los adoradores comenzaron a aullar y a echar espuma por la boca, y de pronto se volvieron unos contra otros y se atacaron con uñas y dientes, desgarrándose las vestiduras y la carne en una ciega pasión de bestialidad. El sacerdote se acercó al pequeñuelo que lloraba desconsolado, lo levantó con su largo brazo y, gritando una vez más ese Nombre, lo hizo girar en el aire y lo estrelló contra el monolito, en cuya superficie quedó una mancha espantosa. Muerto de terror, vi cómo abría en canal el cuerpecillo con sus dedos brutales y arrojaba sobre la columna la sangre que recogía en el hueco de sus manos. Luego tiró el cuerpo rojo y desgarrado al brasero, extinguiendo las llamas y el humo en una lluvia de chispas, en tanto que detrás los brutos enloquecidos aullaban una y otra vez ese Nombre. Después, de repente, todo el mundo cayó prosternado sin dejar de retorcerse, al tiempo que el sacerdote extendía sus manos con gesto amplio y triunfal. Abrí la boca y quise gritar horrorizado, pero únicamente pude articular un ruido seco. ¡Un animal enorme, monstruoso, como un sapo, se hallaba agazapado encima del monolito!

Contemplé la hinchada y repulsiva silueta recortada contra la luz de la luna, y en el sitio en que una criatura normal hubiera tenido el rostro, vi sus tremendos ojos parpadeantes, en los que se reflejaba toda la lujuria, toda la insondable concupiscencia, la obscena crueldad y la perversidad monstruosa que han atemorizado a los hijos de los hombres desde que sus antepasados se ocultaban, ciegos y sin pelo, en las copas de los árboles. En aquellos ojos espantosos se reflejaban todas las cosas sacrílegas y todos los malignos secretos que duermen en las ciudades sumergidas, que se ocultan de la luz en las tinieblas de las cavernas primordiales. Y así, aquella cosa repulsiva que el sacrílego ritual de crueldad, de sadismo y de sangre había despertado del silencio de los cerros, parpadeaba y miraba de soslayo a sus brutales adoradores, que se arrastraban ante él en una repugnante humillación.

Ahora, el sacerdote disfrazado de bestia alzó a la débil muchachita maniatada y la mantuvo levantada con sus manos brutales ante el monolito. Y cuando aquella monstruosidad lujuriosa y babeante comenzó a succionar en su pecho, algo estalló en

mi cerebro y me desvanecí.

Abrí los ojos sobre una claridad lechosa. Todos los acontecimientos de la noche me vinieron de golpe a la memoria y me levanté de un salto. Entonces miré a mi alrededor con asombro. El monolito se alzaba, descarnado y mudo, sobre la hierba ondulante, verde, intacta, bajo la brisa matinal. Atravesé el claro con paso rápido. Aquí habían saltado y brincado tantas veces que la hierba debería haber desaparecido; y aquí la mujer del ritual se arrastró en su doloroso camino hacia la Piedra, derramando su sangre sobre la tierra. Sin embargo, ni una sola gota de sangre se veía en el césped intacto. Miré, temblando de horror, la cara del monolito contra la que el brutal sacerdote estampó a la criatura robada..., pero no había ninguna mancha, nada.

¡Un sueño! Había sido una espantosa pesadilla... o qué sé yo... Me encogí de hombros. ¡Qué intensa claridad para ser un sueño! Regrese tranquilamente al pueblo y entré en la posada sin ser visto. Una vez allí, me senté a meditar sobre los acontecimientos de la noche. Cada vez me sentía más inclinado a descartar la teoría de un sueño. Era evidente que lo que había visto era una ilusión inconsciente. Pero estaba convencido de que aquello era la sombra, el reflejo de un acto espantoso perpetrado realmente en tiempos lejanos. Pero ¿cómo podía saberse? ¿Qué pruebas podrían confirmar que había sido una visión de una asamblea de espectros, más que una mera pesadilla forjada por mi propio cerebro?

Como una respuesta a este mar de dudas, me vino un nombre a la cabeza: ¡Selim Bahadur! Según la leyenda, este hombre que había sido tanto soldado como cronista, mandó el cuerpo del ejército de Solimán que había devastado Stregoicavar. Parecía lógico; y si era así, había marchado directamente de este lugar arrasado al sangriento campo de Schomvaal y a su destino final. No pude contener una exclamación de sorpresa: aquel manuscrito que encontraron en el cuerpo del turco y que hizo temblar al conde Boris... ¿no podría contener alguna indicación de lo que los conquistadores turcos habían encontrado en Stregoicavar? ¿Qué otra cosa pudo hacer temblar los nervios de hierro del poderoso guerrero? Y, puesto que los restos mortales del conde no fueron rescatados jamás, ¿qué duda cabía de que el estuche de laca y su misterioso contenido permanecían aún bajo las ruinas que cubrían a Boris Vladinoff? Me puse a recoger mis cosas con agitada precipitación.

Tres días más tarde me encontraba en una aldea a pocos kilómetros del viejo campo de batalla. Cuando salió la luna, ya estaba yo trabajando febrilmente en el gran túmulo de piedras desmoronadas que coronaba la colina. Fue un trabajo agotador... Pensándolo ahora, no comprendo cómo pude llevar a cabo esa tarea; y no obstante, trabajé sin descanso desde la salida de la luna hasta que empezó a clarear el día. Justamente estaba yo apartando las últimas piedras, cuando el sol asomó por el horizonte. Allí estaba todo lo que había quedado del conde Boris Vladinoff —unos pocos fragmentos de huesos—, y entre ellos, totalmente aplastado, el estuche cuya

superficie de laca había preservado el contenido a través de los siglos.

Lo recogí con ansiedad y, después de apilar unas piedras sobre aquellos huesos, me marché precipitadamente. No deseaba que me descubriese ningún viajero suspicaz en aquella acción aparentemente profanadora.

De nuevo en mi cuarto de la taberna, abrí el estuche y encontré el pergamino relativamente intacto. Y había algo más: un objeto pequeño y aplastado, envuelto en un trozo de seda. Estaba ansioso por descifrar los secretos de aquellas hojas amarillentas, pero no podía más de cansancio. Apenas había dormido desde que saliera de Stregoicavar, y los terribles esfuerzos de la noche anterior acabaron de vencerme. A pesar de mi excitación, no tuve más remedio que echarme un poco, pero ya no me desperté hasta que empezaba a anochecer.

Cené rápidamente y después, a la luz de una vela, me senté a leer los limpios caracteres turcos que cubrían el pergamino. Representaba un trabajo penoso para mí, porque mis nociones de turco no son ni mucho menos profundas, y el estilo arcaico del texto me desorientaba. Pero luchando afanosamente, conseguí descifrar una palabra aquí, otra allá, encontrar sentido en alguna frase, y una vaga impresión de horror me oprimió el corazón. Me aplique con todas mis fuerzas a la tarea de traducir, y cuando el relato se hizo claro y asequible, la sangre se me heló en las venas, se me pusieron los pelos de punta, y hasta la lengua se me endureció. Todas las cosas externas participaron de la espantosa locura de aquel manuscrito infernal; incluso los ruidos de los insectos nocturnos y de los animales del bosque adquirieron forma de murmullos horribles y pisadas furtivas de seres espantosos, y los quejidos del viento en la noche se tornaron en la risa obscena y perversa de las fuerzas del mal que dominan el espíritu de los hombres.

Al fin, cuando la claridad gris se filtraba ya entre las rejas de la ventana, dejé a un lado el manuscrito. La rosa envuelta en el trapo de seda estaba allí. Alargué la mano y la desenvolví. Me quedé petrificado, porque comprendí que, aun poniendo en duda la veracidad de lo que decía el manuscrito, aquello era la prueba de que todo había sido real.

Volví a meter esos dos objetos repulsivos en el estuche, y no descansé ni probé bocado hasta que no lo arrojé, lastrándolo con una piedra, a lo más profundo de la corriente del Danubio, el cual —quiera Dios que así sea— se lo llevaría al Infierno, de donde debió salir lo que llevaba dentro.

No fue un sueño lo que tuve la noche del 24 de junio en los montes de Stregoicavar. De haber presenciado el horrible ceremonial, Justin Geoffrey, que sólo estuvo allí a la luz del sol y después siguió su camino, habría enloquecido mucho antes. Por lo que a mí respecta, no sé cómo no llegué a perder el juicio.

No... no fue un sueño... Yo había presenciado el rito inmundo de unos adoradores desaparecidos hace siglos, surgidos del Infierno para celebrar sus ceremonias como lo hicieran en otro tiempo; yo vi a unos espectros postrarse ante otro espectro. Porque hace tiempo que el Infierno reclamó a ese dios horrendo. Hace

muchos, muchísimos años, habitó entre las montañas como reliquia viva de una edad ya extinguida; pero sus garras asquerosas ya no atrapan a los espíritus de los seres humanos de este mundo, y su reino es un reino muerto, poblado tan sólo por los fantasmas de aquellos que le sirvieron en vida.

Por qué alquimia perversa, por qué impío sortilegio se abren las Puertas del Infierno en esa noche pavorosa, no lo sé, pero mis propios ojos lo han visto. Yo sé que no vieron a ningún ser viviente aquella noche, pues en el manuscrito que redactó la cuidadosa mano de Selim Bahadur se explica detalladamente lo que él y sus compañeros de armas descubrieron en el valle de Stregaicavar. Y leí, descritas con todo detalle, las abominables obscenidades que la tortura arrancaba de los labios de los aullantes adoradores; y también leí lo que contaba sobre cierta caverna perdida, tenebrosa, en lo alto de las montañas, donde los turcos, horrorizados, habían encerrado a un ser monstruoso, hinchado, viscoso como un sapo, dándole muerte con el fuego y el acero antiguo, bendecido siglos antes por Mahoma, y mediante conjuros que ya eran viejos cuando Arabia era joven. Y aun así, la mano firme del anciano Selim temblaba al evocar el cataclismo, las sacudidas de tierra, los aullidos agónicos de aquella monstruosidad, que no murió sola, pues hizo perecer consigo —en forma que Selim no quiso o no pudo describir— a diez de los hombres encargados de darle muerte.

Y aquel ídolo achaparrado, fundido en oro y envuelto en seda, era la imagen de ese mismo ser, que Selim había arrancado de la cadena que rodeaba el cuello del cadáver del gran sacerdote-lobo.

¡Bien está que los turcos barrieran ese valle impuro con el fuego y con la espada! Visiones como las que han contemplado estas montañas desoladas deben pertenecer a las tinieblas y a los abismos de edades prohibidas. No, no hay que temer que esa especie de sapo me haga temblar de horror por la noche. Está encadenado en el Infierno, junto con su horda nauseabunda, y sólo es liberado con ellos una hora, en la noche más espantosa que he visto jamás. En cuanto a sus adoradores, ninguno queda ya en este mundo.

Pero, al pensar que tales cosas dominaron una vez el espíritu de los hombres, me siento invadido por un sudor frío. Tengo miedo de leer las páginas abominables de Von Junzt, porque ahora comprendo lo que significa esa expresión que tanto repite: *¡Las llaves!...* ¡Ah! Las llaves de las Puertas Exteriores, enlaces con un pasado aborrecible y, quién sabe, con aborrecibles esferas del *presente*. Y comprendo por qué las escarpas parecían murallas almenadas bajo la luz de la luna, y por qué el sobrino del tabernero, acosado por las pesadillas, vio en sueños la Piedra Negra surgiendo como remate de un castillo negro y gigantesco. Si los hombres excavaran entre esas montañas, puede que hallaran cosas increíbles bajo las laderas que las enmascaran. En cuanto a la caverna donde los turcos encerraron a aquella... *bestia*, no era propiamente una caverna. Me estremecí al imaginar el insondable abismo de tiempo que se abre entre el presente y aquella época en que la Tierra se estremeció,

levantando como una ola aquellas montañas azules que cubrieron cosas inconcebibles. ¡Ojalá ningún hombre cave al pie de ese remate horrible que se llama Piedra Negra!

¡Una llave! ¡Ah, la Piedra es una Llave, símbolo de un horror olvidado! Ese horror se ha diluido en el limbo del que surgió como una pesadilla durante el nebuloso amanecer de la Tierra. Pero ¿qué hay de las otras posibilidades diabólicas que insinúa Von Junzt...? ¿De quién era esa mano monstruosa que estranguló su vida? Desde que leí el manuscrito de Selim Bahadur, ya no he albergado ninguna duda sobre la Piedra Negra. No ha sido siempre el hombre señor de la Tierra... Pero *¿lo es ahora?*

Y obsesivamente, me vuelve un solo pensamiento: si un ser monstruoso como el Señor del Monolito había logrado sobrevivir de algún modo a su propia era incalculablemente lejana, *¿qué formas sin nombre podrían acechar aún en los lugares tenebrosos del mundo?*

# **LOS PERROS DE TÍNDALOS**

**FRANK BELKNAP LONG**

**(The Hounds of Tindalos)**



# I

—Me alegro de que haya venido —dijo Chalmers.

Estaba sentado junto a la ventana y tenía el semblante muy pálido. Dos altas velas que goteaban cerca de su codo arrojaban una luz enfermiza y ambarina sobre su larga nariz y su barbilla ligeramente deprimida. No había nada moderno en el apartamento de Chalmers. Tenía alma de asceta medieval, y prefería los manuscritos ilustrados a los automóviles, y las gárgolas de piedra de torva mirada a los aparatos de radio y las máquinas de calcular.

Al cruzar la habitación hasta el sofá, que había despejado para mí, miré hacia su mesa y me sorprendió descubrir que había estado estudiando las fórmulas matemáticas de un célebre físico contemporáneo, y que había llenado cantidades de hojas de delgado y amarillento papel con curiosos dibujos geométricos.

—Extraña vecindad la de Einstein y John Dee —dije, al tiempo que mis ojos iban de los diagramas matemáticos a los sesenta o setenta libros raros que componían su curiosa y pequeña biblioteca. Plotino y Emmanuel Moscopulus, santo Tomás de Aquino y Frenicle de Bessy se codeaban en la oscura estantería de ébano, y las sillas, la mesa y el escritorio estaban repletos de folletos sobre hechicería y brujería medievales y magia negra, así como sobre todas las cosas fascinantes y audaces que el mundo moderno ha arrumbado.

Chalmers sonrió con simpatía, y me tendió un cigarrillo ruso en una bandeja curiosamente tallada.

—Estamos descubriendo ahora precisamente —dijo— que los viejos alquimistas y hechiceros tenían *razón* en unas dos terceras partes, y que su moderno biólogo materialista está *equivocado* en nueve décimas.

—Usted siempre se ha burlado de la ciencia moderna —dije con cierta simpatía.

—Sólo del dogmatismo científico —replicó—. Siempre he sido un rebelde, un defensor de las causas perdidas; por eso he decidido rechazar las conclusiones de los biólogos contemporáneos.

—¿Y Einstein? —pregunté.

—¡Es un sacerdote de las matemáticas trascendentales! —murmuró reverentemente—. Es un místico profundo, un explorador de la gran *sospecha*.

—Entonces no menosprecia enteramente la ciencia.

—Por supuesto que no —afirmó—. Simplemente desconfío del positivismo científico de estos últimos cincuenta años, del positivismo de Haeckel y de Darwin y de Bertrand Russell. Creo que la biología ha fracasado lamentablemente al intentar explicar el misterio del origen y destino del hombre.

—Deles tiempo —repliqué.

Los ojos de Chalmers relampaguearon.

—Amigo mío —murmuró—, su juego de palabras es sublime. Darles *tiempo*. Eso es precisamente lo que haría. Pero su moderno biólogo se ríe del tiempo. Tiene la

clave, pero se niega a utilizarla. ¿Qué sabemos del tiempo, en realidad? Einstein cree que es relativo, que puede interpretarse en términos de espacio, de un espacio *curvo*. Pero ¿debemos detenernos aquí? Cuando las matemáticas nos abandonan, ¿no podemos seguir con... la intuición?

—Está usted pisando un terreno peligroso —observé—. Ésa es una trampa que el verdadero investigador evita. Por eso ha avanzado tan despacio la ciencia moderna. No acepta nada que no pueda demostrarse. Pero usted...

—Yo tomaría hachís, opio, toda clase de drogas. Yo quisiera emular a los sabios orientales. Y entonces, quizá, captaría...

—¿El qué? —La cuarta dimensión.

—Eso es un disparate teosófico.

—Quizá. Pero creo que las drogas dilatan la conciencia humana. William James coincide conmigo. Y he descubierto una nueva.

—¿Una nueva droga?

—La utilizaban hace siglos los alquimistas chinos; pero es prácticamente desconocida en Occidente. Sus propiedades ocultas son asombrosas. Con ayuda de mis conocimientos matemáticos, creo que puedo *retroceder en el tiempo*.

—No comprendo.

—El tiempo es meramente nuestra percepción imperfecta de una nueva dimensión del espacio. Tiempo y movimiento son dos ilusiones. Todo lo que ha existido desde el principio del mundo *existe todavía*. Los acontecimientos que ocurrieron hace siglos en este planeta siguen existiendo en otra dimensión del espacio. Los acontecimientos que sucederán dentro de siglos *existen ya*. Nosotros no podemos percibir su existencia porque no podemos entrar en la dimensión del espacio que los contiene. Los seres humanos, tal como los conocemos, son meramente fracciones, fracciones infinitamente pequeñas de un todo enorme. Cada ser humano se halla vinculado a *toda* la vida que le ha precedido en este planeta. Todos sus antepasados son partes de él. Sólo el tiempo le separa de sus predecesores, y el tiempo es una ilusión y no existe.

—Creo que comprendo —murmuré.

—Bastará para mi propósito con que se forme una vaga idea de lo que deseo llevar a cabo. Quiero arrancarme de los ojos el velo de la ilusión que el tiempo ha arrojado sobre ellos, y ver *el principio y el fin*.

—¿Y cree usted que esta nueva droga le ayudará?

—Estoy seguro de que sí. Y quiero que me ayude usted. Me propongo tomar la droga inmediatamente. No puedo esperar. Debo ver —sus ojos fulguraron extrañamente—. Voy a retroceder, a retroceder en el tiempo.

Se levantó y dio unos pasos hasta la chimenea. Cuando se volvió hacia mí otra vez sostenía en la palma de la mano una cajita cuadrada.

—Aquí tengo cinco gránulos de la droga Liao. Fue utilizada por el filósofo chino Lao-Tsé, y bajo su influjo llegó a ver el Tao. El Tao es la fuerza misteriosa del

mundo; lo envuelve y lo penetra todo; contiene al universo visible, a todo cuanto llamamos realidad. El que capte los misterios del Tao ve claramente todo cuanto existió y cuanto existirá.

—¡Tonterías! —repliqué.

—El Tao asemeja a un gran animal, tumbado, inmóvil, que contiene en su inmenso cuerpo todos los mundos de nuestro universo, los pasados los presentes y los futuros. Nosotros vemos las porciones del inmenso monstruo a través de un resquicio que llamamos tiempo. Con la ayuda de esta droga, ensancharé este resquicio. Contemplaré la gran figura de la vida, la gran bestia yacente en su totalidad.

—¿Y qué es lo que desea que haga yo?

—Presenciarlo, amigo mío. Presenciarlo y tomar nota. Y si retrocedo demasiado de prisa, devolverme a la realidad. Puede hacerlo sacudiéndome violentamente. Si le parece que sufro algún dolor físico agudo, debe hacerme volver inmediatamente.

—Chalmers —dije—, desearía que no hiciese ese experimento. Va a correr riesgos horribles. No creo que exista ninguna cuarta dimensión, y además no creo en absoluto en el Tao. No apruebo su deseo de someterse a drogas desconocidas.

—Conozco las propiedades de esta droga —replicó él—. Sé con toda precisión de qué modo actúa sobre el animal humano y conozco sus peligros. El riesgo no reside en la droga misma. Mi único temor es el de perderme en el tiempo. Mire, ayudaré a la droga. Antes de tragarme esta píldora concentraré mi atención en los símbolos geométricos y algebraicos que he trazado sobre este papel —alzó la carta matemática que tenía sobre sus rodillas—. Prepararé mi mente para un viaje por el tiempo. Me acercaré a la cuarta dimensión con la mente consciente, antes de tomar la droga que me permitirá ejercer poderes ocultos de percepción. Antes de penetrar en el mundo del sueño de los místicos orientales recabaré toda la ayuda matemática que la moderna ciencia puede ofrecer. Estos conocimientos matemáticos, este acercamiento consciente a una aprehensión real de la cuarta dimensión del tiempo, complementa la acción de la droga. La droga abrirá nuevas y prodigiosas perspectivas; la preparación matemática me permitirá aprehenderlas intelectualmente. He captado a menudo la cuarta dimensión en sueños, emocionalmente, instintivamente, pero nunca he podido recordar, en la vida vigil, los ocultos esplendores que se me revelaron de manera fugaz.

»Pero con su ayuda, creo que podré recordarlos. Usted tomará nota de todo lo que diga mientras esté bajo el influjo de la droga. Por muy extraño e incoherente que sea lo que diga, no deberá omitir nada. Cuando despierte, podré facilitar la clave de todo cuanto parezca misterioso o increíble. No estoy seguro de lograrlo, pero si lo consigo —sus ojos centellearon extrañamente—, *¡el tiempo dejará de existir para mí!*

Se sentó repentinamente.

—Haré la prueba ahora mismo. Por favor, póngase allí, junto a la ventana, y preste atención. ¿Tiene una pluma estilográfica?

Asentí lúgubrementemente y saqué mi pluma Waterman verde del bolsillo superior de

mi chaqueta.

—¿Y cuaderno de notas, Frank?

Saqué a regañadientes una agenda.

—Insisto en que desapruébo este experimento —murmuré—. Va a correr un riesgo espantoso.

—¡No se ponga usted como una vieja medrosa! —me reprendió—. Nada de cuanto diga me hará detenerme ahora. Le ruego que guarde silencio mientras estudio estos diagramas.

Alzó los diagramas y los examinó atentamente. Miré cómo el reloj de la repisa de la chimenea marcaba los segundos; una rara sensación de miedo me oprimía el corazón hasta sofocarme.

De súbito, se paró el reloj, y exactamente en ese instante Chalmers se tragó la droga.

Me levanté inmediatamente y fui hacia él, pero sus ojos me suplicaron que no interfiriese.

—El reloj se ha detenido —murmuró—. Las fuerzas que lo controlan aprueban mi experimento. El *Tiempo* se ha parado, y yo he tomado la droga. Pido a Dios que no extravíe mi camino.

Cerró los ojos y se reclinó en el sofá. La sangre había desaparecido en su rostro y respiraba con fatiga. Evidentemente, la droga estaba obrando con extraordinaria rapidez.

—Empieza a oscurecer —murmuró—. Escriba eso. Empieza a oscurecer, y los objetos familiares de la habitación están desapareciendo. Puedo distinguirlos vagamente a través de las pestañas, pero están desvaneciéndose rápidamente.

Sacudí la pluma para hacer salir la tinta, y escribí taquigráficamente, mientras él seguía hablando.

—Voy a abandonar la habitación. Las paredes se están diluyendo y ya no puedo ver ninguno de los objetos familiares. Su rostro, sin embargo, aún sigue siendo visible para mí. Espero que siga escribiendo. Creo que voy a dar un gran salto... un salto a través del espacio. O quizás a través del tiempo. No sé. Todo es oscuro, distinto.

Permaneció en silencio durante un rato, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Luego, de pronto, se enderezó y sus párpados se agitaron y abrieron.

—¡Dios del cielo! —exclamó—. ¡Veo!

Hacía esfuerzos en su butaca como para incorporarse, mirando fijamente hacia la pared opuesta. Pero yo sabía que miraba más allá del muro, y que los objetos de la habitación no existían para él.

—¡Chalmers! —grité—. Chalmers, ¿le despierto?

—¡No! —gritó—. ¡Lo veo *todo*! Todos los billones de vidas que me precedieron en este planeta están ante mí en este momento. Veo hombres de todas las épocas, de todas las razas, de todos los colores. Luchan, se matan, construyen, bailan, cantan. Se

sientan alrededor de toscas fogatas en desiertos solitarios y grises, y surcan el aire en monoplanos. Cruzan los mares en canoas y en enormes vapores, pintan bisontes y mamuts en las paredes de oscuras cavernas y cubren enormes telas con extraños dibujos futuristas. Contemplo las migraciones desde Atlanta. Y desde Lemuria. Veo las razas anteriores: una horda extraña de enanos negros sojuzga el Asia, y los neandertales de cabeza hundida y de rodillas encorvadas se extienden obscenamente por Europa. Veo a los aqueos invadiendo las islas griegas, y los rudos comienzos de la cultura helénica. Estoy en Atenas y Pericles es joven. Estoy en tierras de Italia. Asisto al rapto de las sabinas; marchó con las legiones imperiales. Tiemblo con pasmo y horror al avanzar los enormes estandartes, y el suelo se estremece bajo las pisadas de los victoriosos *hastati*. Mil esclavos desnudos se arrastran ante mí cuando paso en una litera de oro y marfil tirada por bueyes de Tebas negros como la noche, y las jóvenes, arrojándome flores, me gritan al pasar: *Ave Cæsar*; y yo hago un gesto de asentimiento y sonrío. Ahora soy esclavo en una galera mora. Veo cómo erigen una gran catedral. Se levanta piedra a piedra, y a lo largo de meses y años sigo ahí, y veo cómo van encajando cada piedra en su sitio. Me quemán en una cruz con la cabeza hacia abajo en los perfumados jardines de Nerón, y contemplo con burla y regocijo a los afanosos torturadores en las cámaras de la Inquisición.

»Recorro los más sagrados santuarios; entro en los templos de Venus. Me arrodillo en adoración ante la Magna Mater, y arrojo monedas a las rodillas desnudas de las sagradas cortesanas sentadas con velado rostro en los bosquecillos de Babilonia. Entro en un teatro isabelino y me mezclo con el populacho maloliente y aplaudo *El mercader de Venecia*. Paseo con Dante por las estrechas calles de Florencia. Veo a la joven Beatriz, y el borde de su vestido roza mis sandalias mientras la miro con arrobamiento. Soy sacerdote de Isis, y mi magia maravilla a las naciones. Simón el Mago se arrodilla ante mí, implorando mi ayuda, y el faraón tiembla cuando yo me acerco. En la India, hablo con los Maestros y huyo gritando de su presencia, pues sus revelaciones son como sal en la herida que sangra.

»Lo percibo todo *simultáneamente*. Lo contempló todo desde todos los ángulos, soy una parte de esos prolíficos miles de millones de seres que bullen a mi alrededor. Existo en todos los hombres y todos los hombres existen en mí. Percibo la totalidad de la humana historia en un simple instante, la pasada y la presente.

»Con un simple *esfuerzo*, puedo ver más y más atrás. Ahora retrocedo a través de extraños ángulos y curvas. Los ángulos y las curvas se multiplican en torno a mí. Percibo grandes segmentos de tiempo a través de las curvas. Hay un *tiempo curvo* y un *tiempo angular*. Los seres que existen en el tiempo angular no pueden entrar en el tiempo curvo. Es muy extraño.

»Retrocedo más y más. El hombre ha desaparecido de la Tierra. Los reptiles gigantescos se acurrucan bajo las enormes palmeras y nadan en las aguas repugnantemente negras de los lagos. Ahora han desaparecido los reptiles. No quedan animales en la tierra; pero bajo las aguas, claramente visibles para mí, se mueven

lentamente oscuras formas por entre una vegetación corrompida.

»Las formas se vuelven cada vez más simples. Ahora son meras células. A mi alrededor hay ángulos... ángulos extraños sin paralelo en la Tierra. Estoy desesperadamente asustado.

»Hay un abismo del ser que el hombre no ha sospechado jamás.

Le miré fijamente. Chalmers se había puesto de pie y gesticulaba con los brazos.

—Ahora cruzo ángulos extraterrestres; me acerco... ¡Oh, el miedo abrasador!

—¡Chalmers! —exclamé—. ¿Quiere que le interrumpa? Se llevó vivamente la mano derecha al rostro, como para cubrir una visión inenarrable.

—¡Aún no! —exclamó—; seguiré. Veré... lo que... hay... más allá...

Un sudor frío bañó su frente, y sus hombros se estremecieron espasmódicamente.

—Más allá de la vida —su rostro se puso ceniciento de terror—, hay seres que no puedo distinguir. Se mueven con lentitud a través de los ángulos. No tienen cuerpo, y se desplazan lentamente por ángulos atroces.

Fue entonces cuando me di cuenta del olor que reinaba en la habitación. Era un olor acre, indescriptible, tan nauseabundo que apenas se podía soportar. Me dirigí rápidamente a la ventana y la abrí de par en par. Cuando me volví hacia Chalmers, y le miré a los ojos, casi me desmayé.

—¡Creo que me han olfateado! —exclamó—. Se están volviendo hacia mí.

Temblaba horriblemente. Por un momento, arañó en el aire con las manos. Luego sus piernas perdieron fuerzas y se desplomó de bruces, gimiendo y profiriendo ruidos inarticulados.

Le contemplé en silencio mientras se arrastraba por el suelo. Ya no era un hombre. Enseñaba los dientes y le caía la saliva por las comisuras de la boca.

—¡Chalmers —exclamé—, déjelo! ¡Déjelo!, ¿me oye?

Como en respuesta a mi súplica comenzó a proferir una serie de sonidos roncós y convulsivos que más parecían ladridos de perro que otra cosa, y a retorcerse espantosamente en círculo alrededor de la habitación. Me incliné y le agarré por los hombros. Le sacudí violentamente, desesperadamente. Él volvió la cabeza y me mordió la muñeca. Me puse enfermo de horror, pero no me atrevía soltarlo por temor a que se destruyese a sí mismo en un paroxismo de rabia.

—Chalmers —murmuré—, deténgase. No hay nada en la habitación que pueda hacerle ningún daño. ¿Me entiende?

Seguí sacudiéndole y amonestándole, y, gradualmente, la locura se fue borrando de su rostro. Temblando convulsivamente, se desplomó grotescamente acurrucado sobre la alfombra china.

Lo llevé al sofá y lo acomodé en él. Su semblante estaba contraído de dolor; comprendí que luchaba torpemente por escapar de los abominables recuerdos.

—Whisky —susurró—. Encontrará una botella en la vitrina junto a la ventana... en el estante de arriba a la izquierda.

Cuando le tendí la botella, sus dedos se apretaron alrededor de ella hasta que sus

nudillos se pusieron azules.

—Casi acaban conmigo —boqueó. Tomó grandes sorbos de la estimulante bebida, y poco a poco le volvió el color a la cara.

—Esa droga es muy perniciosa —murmuré.

—No ha sido la droga —gimió él.

Sus ojos no habían perdido el fulgor demente, pero todavía tenía el aspecto de alma perdida.

—Me habían olfateado en el tiempo —gimió—. He ido demasiado lejos.

—¿Cómo eran? —pregunté, por seguirle la corriente.

Se inclinó hacia adelante y me agarró del brazo. Temblaba horriblemente.

—¡No hay palabras en nuestra lengua que puedan describirlos! —hablaba en un ronco susurro—. Simbolizan vagamente el mito de la Caída, en una forma obscena que a veces se encuentra grabada en antiguas tabletas. Los griegos tenían un nombre para ellos, que ocultaba su impureza esencial. El árbol, la serpiente y la manzana son símbolos vagos de un misterio espantoso.

Su voz se había elevado hasta el grito.

—Frank, Frank, en el principio se cometió una terrible e inenarrable *acción*. Antes del tiempo, aconteció esa *acción*, y a partir de ella...

Se había levantado y paseaba histéricamente por la habitación.

—Las acciones de los muertos se desplazan a través de ángulos en las oscuras oquedades del tiempo. ¡Están hambrientos y sedientos!

—Chalmers... —Supliqué que se sosegara—. Vivimos en la tercera década del siglo xx.

—¡Están flacos y sedientos! —gritó—. ¡Son los Perros de Tíndalos!

—Chalmers, ¿quiere que llame a un médico?

—Un médico no puede ayudarme ahora. Son horrores del alma, y sin embargo —se miró las manos y gimió—, son reales, Frank. Los he visto durante un horrible momento. Durante un instante, he estado en el *otro lado*. He estado en las grises y pálidas orillas del otro lado del tiempo y del espacio. En una horrible luz que no era luz, en un silencio que gritaba, y *los* he visto.

»En sus cuerpos flacos y hambrientos se concentraba toda la maldad del universo. Pero ¿tenían cuerpo? Los he visto sólo un momento; no estoy seguro. *Pero los he oído resollar*. Durante un instante indescriptible los he sentido respirar sobre mi rostro. Se han vuelto hacia mí, y he huido gritando. En un instante, he huido gritando a través del tiempo. Me he alejado millones y millones de años.

»Pero me han olfateado. Los hombres despiertan en ellos un hambre cósmica. Hemos escapado momentáneamente de la impureza que los circundaba. Tienen sed de aquello que hay de limpio en nosotros, de aquello que dimana de las acciones sin mancha. Hay una parte de nosotros que no participa de la acción, y que ellos odian. Pero no imagine que son literalmente, prosaicamente malvados. Están más allá del bien y del mal, según los conocemos nosotros. Son ellos quienes se apartaron al

principio de la pureza. Por medio de la acción, se convirtieron en cuerpo de muerte, receptáculos de toda impureza. Pero no son malos en *nuestro* sentido, porque en las esferas, a través de las cuales se mueven, no existe el pensamiento, ni la moral, ni lo justo, ni lo injusto, según lo entendemos nosotros. Únicamente existe lo puro y lo impuro. Lo impuro se expresa mediante el ángulo; lo puro mediante las curvas. El hombre, su parte pura, procede de una curva. No se ría. Me refiero literalmente.

Me levanté y busqué mi sombrero.

—Le compadezco de veras, Chalmers —dije, y me dirigí a la puerta—. Pero no tengo intención de seguir escuchando semejante galimatías. Le mandaré mi médico para que le vea. Es persona madura y amable, y no se ofenderá si le manda usted al diablo. Pero espero que escuche su consejo. Una semana de descanso en un buen sanatorio le sentará inmensamente bien.

Le oí reírse mientras bajaba yo las escaleras, pero su risa era tan absolutamente carente de alegría que me hizo llorar.

## II

Cuando Chalmers telefoneó a la mañana siguiente, mi primer impulso fue colgar el receptor en el acto. Su petición era tan inusitada y su voz tan tremendamente histérica que temí que el seguir relacionándome con él pusiese en peligro mi propia salud mental. Pero no podía dudar de su aflicción, y cuando se desmoronó completamente y le oí sollozar por el teléfono, decidí acceder a lo que me pedía.

—Muy bien —dije—. Iré inmediatamente y llevaré el yeso.

De camino a casa de Chalmers, me detuve en un almacén y compré veinte libras de yeso de París. Cuando entré en la habitación de mi amigo, se hallaba éste acurrucado junto a la ventana, vigilando la pared opuesta con unos ojos enfebrecidos de pavor. Al verme se levantó y agarró el saco de yeso con una avidez que me asombró y horrorizó. Había desalojado todo el mobiliario y la habitación presentaba un aspecto desolado.

—¡Cabe dentro de lo posible que podamos burlarlos! —exclamó—. Pero debemos actuar rápidamente. Tráigala aquí deprisa, Frank; hay una escalera de mano en el recibidor. Tráigala en seguida. Y traiga un cubo con agua.

—¿Para qué? —murmuré.

Se volvió vivamente, y vi su rostro agitado.

—¡Para amasar el yeso! —exclamó—. Para amasar el yeso que salvará nuestros



cuerpos y nuestras almas de una contaminación nefanda. Para amasar el yeso que salvará al mundo de... ¡Frank, *hay que impedir que entren!*

—¿Quiénes? —pregunté.

—¡Los Perros de Tíndalos! —gruñó—. Sólo pueden llegar hasta nosotros a través de los ángulos. Voy a enyesar todos los rincones, todas las aberturas. Debemos hacer que esta habitación se parezca al interior de una esfera.

Yo sabía que habría sido inútil discutir con él. Traje la escalera de mano, Chalmers amasó el yeso, y trabajamos febrilmente durante tres horas. Recubrimos las cuatro esquinas de la pared y las intersecciones del suelo con la pared y de la pared con el techo, y redondeamos los ángulos del hueco de la ventana.

—Permaneceré en esta habitación hasta que vuelvan en el tiempo —afirmó cuando nuestra tarea quedó concluida—. Cuando descubran que el olor les lleva a través de curvas, darán media vuelta. Regresarán hambrientos, gruñendo insatisfechos, a la impureza que existió en el principio antes del tiempo, más allá del espacio.

Asentí cortésmente y encendí un cigarrillo.

—Ha hecho bien en ayudar —dijo.

—¿Irás a que le vea un médico, Chalmers? —le rogué.

—Tal vez... mañana —murmuró—. Ahora tengo que vigilar y esperar.

—¿Esperar a qué? —pregunté apremiante.

—Sé que cree que estoy chiflado —dijo—. Tiene usted una mente perspicaz pero prosaica, y no puede concebir un ser que no dependa para existir de la fuerza y de la materia. Pero ¿se le ha ocurrido alguna vez, amigo mío, que la fuerza y la materia son meramente barreras para la percepción impuestas por el tiempo y el espacio? Cuando uno sabe, como yo, que el tiempo y el espacio son idénticos y que son falaces porque no son sino manifestaciones imperfectas de una realidad superior, uno ya no busca en el mundo visible una explicación del misterio y del terror del ser.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta.

—Perdóneme —exclamó—. No quiero ofenderle. Usted tiene una inteligencia superlativa, pero yo... yo la tengo *sobrehumana*. Es natural que yo comprenda sus limitaciones.

—Telefonéeme si me necesita —dije, y bajé los escalones de dos en dos—. Le enviaré un médico en seguida —murmuré para mis adentros—. Es un caso perdido, y sabe Dios lo que sucederá si no le atiende alguien inmediatamente.

### III

*Lo que sigue es un resumen de dos noticias que aparecieron en la Partridgeville Gazette del 3 de julio de 1928.*

#### UN TERREMOTO SACUDE EL DISTRITO FINANCIERO

A las dos en punto de esta madrugada, un temblor de tierra de inusitada intensidad ha roto varios cristales de ventanas en Central Square y ha averiado completamente el sistema eléctrico y los raíles del tranvía. La sacudida se ha sentido en los distritos periféricos, y el campanario de la Primera Iglesia Anabaptista y de Angell Hill (construida por Christopher Wren en 1717) se ha derrumbado completamente. Los bomberos están tratando actualmente de apagar un incendio que amenaza destruir la fábrica de adhesivos de Partridgeville. Se ha prometido la más urgente y completa investigación para determinar la responsabilidad de tan desastroso suceso.

#### ESCRITOR OCULTISTA ASESINADO POR UN VISITANTE DESCONOCIDO

---

Crimen horrible en Central Square

---

#### *El misterio rodea la muerte de Halpin Chalmers*

A las 9 horas del día de hoy ha sido hallado el cuerpo de Halpin Chalmers, escritor y periodista, en una habitación vacía sobre la joyería de Smithwick SC Isaacs, en el número 25 de Central Square. Las indagaciones del forense han revelado que la habitación había sido alquilada amueblada por el señor Chalmers el 1 de mayo, y que éste había eliminado los muebles hacía un par de semanas. Chalmers era autor de varios libros sobre temas de ocultismo y miembro de la Sociedad de Bibliófilos. Anteriormente había residido en Brooklyn, Nueva York.

A las 7, el señor L. E. Hancock, que ocupa el apartamento opuesto a la habitación de Chalmers del edificio Smithwick & Isaacs, notó un olor extraño al abrir la puerta para entrar a su gato y recoger la edición matinal de la *Partridgeville Gazette*. Describe el olor como extremadamente acre y nauseabundo, y afirma que era tan fuerte en la proximidad de la habitación de Chalmers, que se vio obligado a taparse la nariz al pasar por delante.

Estaba a punto de volver a su propio apartamento, cuando se le ocurrió que Chalmers podía haber olvidado accidentalmente cerrar el gas de su pequeña cocina.

Se sintió alarmado ante tal pensamiento, así que decidió averiguarlo; y al no obtener respuesta de Chalmers a sus repetidas llamadas a la puerta, lo notificó al conserje. Éste abrió con una llave maestra, y los dos hombres irrumpieron rápidamente en la habitación de Chalmers. La estancia se hallaba totalmente desprovista de mobiliario, y Hancock afirma que tan pronto como vio el suelo se le heló el corazón; el conserje, sin decir palabra, se dirigió a la ventana abierta y desde allí inspeccionó el edificio de enfrente lo menos durante cinco minutos.

Chalmers yacía tendido de espaldas en el centro de la habitación. Estaba totalmente desnudo, y tenía el pecho y los brazos cubiertos de un extraño pus o licor azulenco. La cabeza descansaba grotescamente sobre el pecho, cercenada del cuerpo, y tenía la cara contraída y horriblemente mutilada. No se veían rastros de sangre en ninguna parte.

La habitación presentaba un aspecto de lo más singular. Las intersecciones de las paredes, techo y suelo habían sido rellenadas con yeso de París, si bien algunos trozos se habían resquebrajado y desprendido, y alguien había reunido los cascotes en el suelo alrededor del hombre asesinado, de suerte que formaban un triángulo.

Junto al cadáver se han encontrado varias hojas de papel amarillento y chamuscado. Dichas hojas contenían fantásticos dibujos geométricos y símbolos y varias frases garabateadas apresuradamente. Estas frases resultan casi ilegibles, y tan absurdas que no han proporcionado ninguna clave sobre la identidad del que ha perpetrado el crimen: «Espero y vigilo —escribió Chalmers—. Estoy sentado junto a la ventana y vigilo las paredes y el techo. No creo que puedan cogerme, pero debo tener cuidado con los Doels. Tal vez ellos puedan contribuir a que irrumpen aquí. Los sátiros colaborarán, y pueden avanzar a través de los círculos escarlata. Los griegos sabían un medio de prevenir eso. Es una lástima que hayamos olvidado tantas cosas».

En otra hoja de papel, la más chamuscada de los siete u ocho fragmentos encontrados por el sargento detective Douglas (del destacamento de Partridgeville), tenía garabateado lo siguiente:

«¡Gran Dios, el yeso se está cayendo! Una terrible sacudida ha desprendido el yeso y se está cayendo. ¡Tal vez haya sido un temblor de tierra! No podía haber previsto esto. Se está haciendo oscuro en la habitación. Tengo que telefonar a Frank. Pero ¿llegará a tiempo? Lo intentaré. Recitaré la fórmula de Einstein. Recitaré... ¡Dios, están irrumpiendo! ¡Están entrando! De los rincones de la pared brota humo. Sus lenguas... ¡Aaahhh!...».

En opinión del sargento detective Douglas, Chalmers ha sido también envenenado por algún químico desconocido. Ha enviado muestras del extraño limo azul encontrado sobre el cuerpo de Chalmers a los Laboratorios Químicos de Partridgeville, y espera que el informe arroje alguna luz sobre uno de los más misteriosos crímenes de los recientes años. Es cierto que Chalmers tuvo un invitado la noche antes del terremoto, pues su vecino oyó claramente un murmullo bajo de conversación en la habitación de aquél, al cruzar por delante de la puerta cuando se

dirigía a la escalera. Se sospecha seriamente de este desconocido visitante, y la policía se esfuerza activamente en descubrir su identidad.

## IV

### INFORME DE JAMES MORTON, QUÍMICO Y BACTERIÓLOGO

Estimado señor Douglas:

El fluido que usted me envió para su análisis es el más raro que he examinado jamás. Parece protoplasma viviente, pero carece de las sustancias conocidas como enzimas. Los enzimas catalizan las reacciones químicas que tienen lugar en las células vivas, y cuando la célula muere, la desintegran por hidrólisis. Sin enzimas, el protoplasma poseería una vitalidad resistente, esto es, la inmortalidad. Los enzimas son componentes negativos, por así decir, del organismo unicelular, que es la base de toda vida. Los biólogos niegan categóricamente que la materia viviente pueda existir sin enzimas. Y sin embargo, la sustancia que usted me ha enviado está viva y carece de estos cuerpos «indispensables». Buen Dios, señor, ¿se da cuenta de las asombrosas perspectivas que esto abre?

## V

### EXTRACTO DE El Vigilante Secreto, DEL FALLECIDO HALPIN CHALMERS

¿Qué diríamos si, paralelamente a la vida que conocemos, existiese otra vida que no muere, que carece de los elementos que destruyen *nuestra* vida? Quizá en otra dimensión existe una fuerza distinta de aquella que genera nuestra vida. Quizá esta fuerza emite energía, o algo similar a la energía, que

pasa de la dimensión desconocida donde está y crea una nueva forma de vida celular en nuestra dimensión. Nadie sabe que dicha nueva vida celular existe en nuestra dimensión. Ah, pero yo he visto sus manifestaciones. He *hablado* con ellos. En mi habitación, de noche, he hablado con los Doels. Y en sueños, he visto a su hacedor. He estado en el dudoso borde del otro lado del tiempo y la materia y lo he visto. Se mueve a través de extrañas curvas y atroces ángulos. Algún día viajaré en el tiempo, y me enfrentaré con *ello* cara a cara.

# **LOS DEVORADORES DEL ESPACIO**

**FRANK BELKNAP LONG**

**(The Space-Eaters)**

# I

El horror llegó a Partridgeville en forma de niebla impenetrable.

Toda aquella tarde, los espesos vapores del mar se habían arremolinado y remansado alrededor de la granja, y la humedad flotaba en la habitación en la que estábamos sentados. La niebla ascendía en espirales desde debajo de la puerta, y sus largos y húmedos dedos rozaban mi pelo hasta hacerlo gotear. Las ventanas de cuadrados cristales estaban cubiertas de una película espesa y perlada de humedad; el aire era pesado y denso e increíblemente frío.

Miré con tristeza a mi amigo. Se había vuelto de espaldas a la ventana, y escribía furiosamente. Era un hombre alto, delgado, algo cargado de espaldas y de hombros muy anchos. De perfil, su cara era impresionante. Tenía una frente extremadamente ancha, la nariz larga y la barbilla algo pronunciada; un rostro sólido, sensitivo, que sugería una naturaleza sobremanera imaginativa, reprimida por una inteligencia escéptica y auténticamente extraordinaria.

Mi amigo escribía relatos cortos. Lo hacía por placer, desafiando el gusto contemporáneo, y sus cuentos eran insólitos. Habrían encantado a Poe, y también a Hawthorne, a Ambrose Bierce o a Villiers de l'Isle Adam. Eran bosquejos de hombres anormales, de bestias anormales, de plantas anormales. Escribía sobre remotas regiones de imaginación y de horror, y los colores, ruidos y olores que se atrevía a evocar jamás se habían visto, oído ni olido bajo la cara familiar de la luna. Proyectaba sus creaciones sobre fondos estremecedores. Caminaban furtivas por entre los altos y solitarios bosques, subían a las agrestes montañas, bajaban vacilantes por las escalinatas de antiguas casas y andaban entre los bloques de los negros muelles corroídos.

Uno de sus cuentos, *La casa del gusano*, había inducido a un joven estudiante de la Universidad Midwestern a buscar refugio en un enorme edificio de ladrillo, donde a todos pareció natural que se sentase en el suelo y gritase a voz en cuello: «Mi bienamada es más pura que todas las lilas entre las lilas del jardín de las lilas». Otro, *Los corruptores*, fue la causa de que recibiera ciento diez cartas indignadas de los lectores locales, cuando apareció en la *Partridgeville Gazette*.

Estaba yo mirándole todavía, cuando dejó de escribir súbitamente y sacudió la cabeza.

—No puedo —dijo—. Tendría que inventar un lenguaje nuevo. Y no obstante, puedo comprenderlo emocionalmente, intuitivamente, si quieres. Si al menos pudiese expresarlo en una frase, algo así como «el extraño reptar de su espíritu descarnado».

—¿Es algún nuevo horror? —pregunté. Movié la cabeza negativamente.

—No es nuevo para mí. Lo conozco y lo siento desde hace años: es un horror absolutamente inconcebible para tu prosaico cerebro.

—Muchas gracias —dije.

—Todos los cerebros humanos son prosaicos —explicó—. No quería ofenderte.

Son los sombríos terrores que acechan detrás y por encima de ellos, lo que es misterioso y espantoso. ¿Qué pueden saber nuestros pequeños cerebros de las vampiresas entidades que acaso acechan en dimensiones que están por encima de las nuestras, o más allá del universo de las estrellas?

Ahora me miraba con fijeza.

—¡Pero no puedes creer sinceramente en semejantes tonterías! —exclamé.

—¡Por supuesto que no! —sacudió la cabeza y rió—. Demasiado sabes que soy profundamente escéptico para creer en nada. He descrito meramente las reacciones de un poeta ante el universo. Si uno desea escribir historias espectrales y de verdad logra plasmar una sensación de horror, deberá creer en todo... y en *cualquier cosa*. Por *cualquier cosa* entiendo el horror que trasciende *cualquier cosa*, que es más terrible e imposible que nada. Debe creer que hay seres en el espacio exterior que pueden descender y cebarse en nosotros con una maldad capaz de destruirnos completamente: tanto corporal como espiritualmente.

»Pero ¿cómo podría describir esta monstruosidad del espacio exterior si no conoce su forma, tamaño y color?

»Es prácticamente imposible hacerlo. Eso es lo que yo he intentado... y he fracasado. Quizá algún día..., pero entonces, dudo que pueda conseguirlo. Aunque el artista puede insinuarlo, sugerirlo...

—¿Sugerir qué? —pregunté, un poco desconcertado.

—Sugerir un horror que es completamente extraterreno, que se deja sentir en términos que no tienen parangón alguno en la Tierra.

Yo estaba aún perplejo. Él sonrió cansadamente, y explicó su teoría.

—Hay algo prosaico —dijo— aun en los mejores relatos clásicos de misterio y terror. La vieja señora Radcliffe, con sus subterráneos secretos y sus espectros ensangrentados; Maturin, con sus alegóricos héroes perversos del estilo de Fausto y sus llamaradas surgiendo de la boca del infierno; Edgar Poe, con sus cadáveres manchados de grumos de sangre y sus gatos negros, sus corazones delatores y sus Valdemares en descomposición; Hawthorne, con su divertida preocupación por los problemas y horrores derivados del mero pecado humano (como si los pecados humanos tuviesen algún significado para la maligna inteligencia de más allá de las estrellas). Luego, los maestros modernos: Algernon Blackwood, que nos invita al festín de los altos dioses y nos muestra a una vieja de labio leporino sentada ante un tablero mágico manoseando unas cartas manchadas, o un absurdo nimbo de ectoplasma emanando de algún estúpido clarividente; Bram Stoker con sus vampiros y hombres lobos, meros mitos convencionales residuos del folklore medieval; Wells, con sus vehículos, hombres peces del fondo del mar, damas de la luna; y el centenar de idiotas que escriben constantemente historias de fantasmas para revistas... ¿en que han contribuido a la literatura de lo espantoso?

»¿No somos de carne y hueso? Es natural que nos rebelemos y horricemos cuando se nos muestra la carne y los huesos en estado de corrupción y



descomposición, con los gusanos pululando por debajo y por encima. Es natural que una historia que trata de un cadáver nos haga estremecer, nos llene de miedo y horror y repugnancia. Cualquier imbécil puede suscitar esas emociones en nosotros... Poe hizo bien poco con su lady Usher y su licuescente Valdemar. Recurrió a las simples, naturales y comprensibles emociones, y era inevitable que sus lectores respondiesen.

»¿No somos descendientes de los bárbaros? ¿No habitamos durante un tiempo en altos y siniestros bosques, a merced de las bestias que desgarran y destrozan? Es inevitable que temblemos y nos rebajemos cuando tropezamos en literatura con sombras tenebrosas de nuestro propio pasado. Arpías y vampiros y hombres lobos... ¿qué son sino ampliaciones, distorsiones de los grandes pájaros y murciélagos y perros feroces que hostigaban y torturaban a nuestros antepasados? Es muy fácil suscitar el miedo manejando tales medios. Es muy fácil asustar a los hombres con las llamas de la boca del infierno, porque son ardientes y consumen y queman la carne, y ¿quién no comprende y tiene miedo del fuego? Golpes que matan, fuegos que abrasan, sombras que horrorizan porque sus sustancias acechan perversamente en los negros corredores de nuestros recuerdos heredados... Estoy cansado de los escritores que nos aterrorizan con semejantes elementos patéticamente fáciles y triviales.

Una auténtica indignación fulguraba en sus ojos.

—¿Y si existiese un horror más grande? —prosiguió—. ¿Y si seres perversos de alguna otra parte del universo decidiesen invadir éste? ¿Y si no pudiésemos verlos? ¿Y si no pudiésemos percibir su presencia? ¿Y si fuesen de un color desconocido en la Tierra, o más bien, de un *aspecto* que careciese de color?

»¿Y si tuviesen una forma desconocida en la Tierra? ¿Y si fuesen tetradimensionales, o tuviesen cinco o seis dimensiones? ¿Y si tuviesen cien? ¿O no tuviesen dimensiones, y existiesen no obstante? ¿Qué haríamos?

»¿No existirían para nosotros? Existirían, si nos causaran dolor. ¿Y si no fuese el dolor del calor ni del frío ni de nada que conozcamos, sino un dolor nuevo? ¿Y si afectasen a algo más que a nuestros nervios y llegasen a nuestro cerebro de una manera nueva y terrible? ¿Y si se hiciesen sentir de un modo nuevo y extraño e indecible? ¿Qué haríamos? Tendríamos las manos atadas. No puedes defenderte de lo que está dotado de mil dimensiones. ¡*Imagina que, devorando, pudiesen esos seres abrirse camino hacia nosotros a través del espacio!*

Ahora hablaba con una intensidad de emoción que contradecía el escepticismo que se había atribuido un momento antes.

—Sobre eso he intentado escribir. Quería hacer que mis lectores sintiesen y viesen a ese ser de otro universo, de más allá del espacio. Podría insinuarlo o sugerirlo fácilmente —cualquier idiota puede hacerlo—, pero quisiera describirlo realmente. ¡Describir un color que no es color, una forma que es amorfa!

»Un matemático podría, quizá, sugerirlo un poco más. Habría extrañas curvas y ángulos que un inspirado matemático en pleno frenesí de cálculo podría bosquejar vagamente. Es absurdo decir que los matemáticos no han descubierto la cuarta

dimensión. La han vislumbrado frecuentemente, se han acercado a menudo a ella, la han intuido infinidad de veces; pero son incapaces de demostrarla. Conozco a un matemático que jura que vio una vez la sexta dimensión en una ascensión a los sublimes cielos de los cálculos diferenciales.

»Desgraciadamente, no soy matemático. Soy tan sólo un pobre artista loco y creador, y el ser del espacio exterior se me escapa completamente.

Alguien aporreó sonoramente la puerta. Crucé la habitación y retiré el cerrojo.

—¿Qué desea? —pregunté—. ¿Qué ocurre?

—Siento molestarle, Frank —dijo una voz familiar—, pero tengo que hablar con alguien.

Reconocí la cara flaca y blanca de mi más inmediato vecino, y me hice a un lado en seguida.

—Pase —dije—. Pase, no faltaba más. Howard y yo hemos estado hablando de fantasmas, y los seres que hemos invocado no son del todo agradables. Tal vez pueda usted conjurarlos.

Llamé fantasmas a los horrores de Howard porque no quería impresionar a mi vulgar vecino. Henry Wells era muy alto y corpulento, y al entrar en la habitación pareció introducir consigo una parte de la noche.

Se derrumbó en un sofá y nos miró con ojos asustados. Howard abandonó la historia que había estado leyendo, se quitó y limpió las gafas, y arrugó el ceño. Era relativamente tolerante con mis bucólicos visitantes. Aguardó quizá un minuto, y luego empezamos los tres a hablar casi al mismo tiempo.

—¡Qué noche más horrible!

—Espantosa, ¿verdad?

—¡Aciaga!

Henry Wells arrugó el ceño.

—Esta noche —dijo—, me ha... me ha ocurrido un curioso incidente. Iba con Hortense por Mulligan Wood...

—¿Con Hortense? —interrumpió Howard.

—Su yegua —expliqué impaciente—. Regresaba de Brewster, ¿no es así, Harry?

—De Brewster, sí —dijo—. Marchaba entre los árboles, atento con cien ojos a las luces deslumbrantes de los coches que surgían de la oscuridad y venían derechos hacia mí, y escuchaba las sirenas de la bahía roncar y gemir, cuando me cayó en la cabeza una cosa mojada. «Va a llover —pensé—, espero que no se me mojen las provisiones».

»Me volví para asegurarme de que iban bien cubiertas la mantequilla y la harina, y algo blando como una esponja se elevó del fondo del carro y me golpeó en la cara. Di una manotada y lo cogí entre los dedos.

»Me dio la sensación de que tenía en las manos una especie de gelatina. La apreté, y la cosa mojada se me escurrió muñeca abajo. El caso es que no estaba tan oscuro como para no verlo. Es extraña la claridad que encierra la niebla... parece

hacer la noche más diáfana. Había una especie de luminosidad en el ambiente. No sé, puede que no fuera la niebla, en definitiva. Los árboles parecían apartarse. Podía verlos recortados y claros. Como iba diciendo, miré aquello y ¿qué creerán ustedes que parecía? Pues parecía un trozo de hígado crudo. O sesos de vaca. Ahora que me paro a pensarlo, creo que se parecía más a unos sesos de vaca. Tenía pliegues, y los hígados no tienen muchos pliegues. El hígado es por lo general terso como un cristal.

»Pasé un momento espantoso. “Debe de haber alguien en lo alto de estos árboles —pensé—. Debe de ser algún trampero, o algún chiflado, y ha estado comiendo hígado. Mi carro le ha asustado y lo ha dejado caer... bueno, un trozo nada más”. No cabe duda. No había ningún hígado en el carro al salir de Brewster.

»Miré hacia arriba. Usted sabe lo altos que son los árboles en Mulligan Wood. No pueden verse las copas de algunos de ellos desde el camino en un día luminoso. Y ya sabe lo retorcidos y extraños que resultan algunos. Es curioso, pero siempre me han parecido hombres viejos... viejos y enormemente altos, por supuesto; altos y encorvados y perversos. Siempre los he imaginado como deseando causar algún daño. Hay algo malsano en esos árboles que crecen tan juntos y tan retorcidos.

»Alcé los ojos.

»Al principio no vi más que los corpulentos árboles, blancos y relucientes debido a la niebla, y por encima de ellos, una bruma espesa y blancuzca que ocultaba las estrellas. Y entonces, algo largo y blanco descendió velozmente por el tronco de uno de ellos.

»Bajó tan deprisa que no pude verlo claramente. De todos modos era tan delgado que no pude distinguirlo muy bien. Pero parecía un brazo. Era como un brazo largo, blanco y muy delgado. ¿Quién ha visto jamás un brazo tan largo como un árbol? No sé qué me induce a compararlo con un brazo, porque no era más que una línea delgada... como un alambre o una cuerda. Además, no estoy siquiera seguro de haberlo visto. Puede que lo imaginara. Ni siquiera estoy seguro de que tuviese el grosor de una cuerda. Pero tenía mano. ¿O no? Cuando pienso en eso se me ofusca la cabeza. Bueno, se movió tan deprisa que no me dio tiempo a verlo con claridad.

»Pero me dio la impresión de que buscaba algo que había caído. Por un instante, la mano pareció extenderse por encima de la carretera, y luego se apartó del árbol y se dirigió hacia el carro. Era como una mano enorme y blancuzca que avanzaba sobre sus dedos con un brazo terriblemente largo unido a ella que se elevaba hasta la niebla, o quizá hasta las estrellas.

»Solté un grito y fustigué a Hortense con las riendas, pero el animal no necesitaba que lo apremiasen. Se puso fuera del alcance antes de que yo tuviese tiempo de arrojar el hígado o los sesos de vaca o lo que fuese al camino. Salió disparada a tal velocidad que casi vuelca el carro, pero yo no tiré de las riendas. Prefería caerme en una zanja y romperme una costilla a que una mano larga y blancuzca me cogiese por el cuello y me cortase la respiración.

»Casi habíamos salido del bosque y empezaba a respirar nuevamente, cuando se

me heló el cerebro. No puedo describir lo que sucedió de ningún otro modo. Sentí que el cerebro se me quedaba frío como el hielo dentro de la cabeza. Les aseguro que estaba asustado.

»No crean que no podía pensar claramente. Tenía conciencia de todo lo que sucedía a mi alrededor, pero mi cerebro estaba tan frío que grité de dolor. ¿Han sostenido alguna vez un trozo de hielo en la palma de la mano durante dos o tres minutos? Quema, ¿verdad? El hielo quema más que el fuego. Bien, sentí el cerebro como si hubiese estado en hielo durante horas y horas. Tenía un horno dentro de la cabeza, pero era un horno de frío. Rugía de frío violento.

»Tal vez debiera dar gracias de que no durara el dolor. Me desapareció a los diez minutos, y cuando llegué a casa no se me ocurrió que hubiera sufrido daño alguno por esta experiencia. No pensé efectivamente en eso, hasta que me miré en el espejo. Entonces descubrí este agujero en la cabeza.

Henry Wells se inclinó hacia adelante y se apartó el pelo de la sien derecha.

—Aquí está la herida —dijo—. ¿Qué piensa de ello? —Se golpeó con los dedos debajo de un pequeño orificio redondo en dicho lugar—. Es como una herida de bala —comentó—, pero no me ha salido sangre y se puede ver que es bastante profundo. Parece como si me llegara al centro de la cabeza. No debería estar vivo.

Howard se había levantado y miraba fijamente a mi vecino con ojos furiosos y acusadores.

—¿Por qué nos ha mentado? —gritó—. ¿Por qué nos ha contado esta absurda historia? ¡Una mano larga! Usted está bebido. Borracho... y sin embargo, ha logrado lo que a mí me habría costado sudar sangre. Si yo lograra hacer que mis lectores pudiesen sentir ese horror, sentir por un momento ese miedo que nos ha descrito usted de los bosques, me situaría entre los inmortales... sería más grande que Poe, más grande que Hawthorne. Y usted... un burdo embustero borracho...

Me puse de pie con una furiosa protesta.

—No es un embustero —dije—. Le han disparado un tiro... alguien le ha disparado un tiro en la cabeza. Mira esta herida. ¡Dios mío, no tienes ningún derecho a insultarle!

La ira de Howard se desvaneció y el fuego desapareció de sus ojos.

—Perdóneme —dijo—. No puedes figurarte de qué manera necesitaba yo atrapar ese horror fundamental, traspasarlo al papel; y él lo ha dicho con toda facilidad. Si me hubiese advertido que iba a describir una cosa así habría tomado notas. Pero naturalmente, él no sabe que es un artista. Se trata de un *tour de force* casual lo que ha hecho; no podría hacerlo otra vez, estoy seguro. Siento haberme acalorado... discúlpeme. ¿Quiere que vaya a buscarle un médico? Esa herida es grave.

Mi vecino negó con la cabeza.

—No quiero médicos —dijo—. Ya he visto a uno. No tengo ninguna bala en la cabeza... el agujero no ha sido causado por una bala. Cuando el médico no pudo explicarlo, me reí de él. Odio a los médicos; y me tiene sin cuidado la gente estúpida

que cree que tengo por costumbre mentir. Me tiene sin cuidado la gente que no me cree cuando digo que he visto deslizarse por un árbol una cosa larga, blancuzca, con tanta claridad como si fuese de día.

Pero Howard examinaba la herida pese a la indignación de mi vecino.

—Ha sido hecha por algo redondo y afilado —dijo—. Es extraño, pero la carne no ha sido destrozada. Un cuchillo o una bala habría desgarrado la carne, habría dejado un borde destrozado. Asentí, y me incliné para examinar la herida, cuando Wells gritó, y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ahhhh! —farfulló—. Ha vuelto... el terrible, terrible frío.

Howard le miró fijamente.

—¡No espere de mí que crea semejante tontería! —exclamó disgustado.

Pero Wells siguió sujetándose la cabeza y danzando por la habitación en un delirio de agonía.

—¡No puedo soportarlo! —gritaba—. Se me está congelando el cerebro. No es un frío normal. ¡Oh, Dios! Es algo como no ha sentido nadie jamás. Muerde, abrasa, despedaza. Es como el ácido.

Le puse una mano sobre el hombro y traté de apaciguarle, pero él me apartó y se dirigió hacia la puerta.

—Tengo que salir de aquí —exclamó—. Ese ser necesita espacio. Mi cabeza no puede contenerlo. Necesita la noche... la inmensidad de la noche. Quiere revolcarse en la noche.

Abrió la puerta y desapareció en la niebla. Howard se secó la frente con la manga de la chaqueta y se derrumbó en la silla.

—Loco —murmuró—. Es un caso trágico de psicosis maníaco-depresiva. ¿Quién lo habría sospechado? La historia que nos ha contado no era en absoluto una invención consciente. Era simplemente un producto pesadillesco concebido por el cerebro de un lunático.

—Sí —dije—. Pero ¿cómo explicas el agujero de su cabeza?

—¡Ah, eso! —Howard se encogió—. Probablemente lo tiene de siempre... a lo mejor es de nacimiento.

—Tonterías —dije—. Ese hombre no tenía antes ningún agujero en la cabeza. Personalmente, creo que le han pegado un tiro. Deberíamos hacer algo. Necesita atención médica. Será mejor que telefonee al doctor Smith.

—Es inútil intervenir —dijo Howard—. Ese agujero no ha sido causado por una bala. Te aconsejo que lo olvides hasta mañana. Su locura puede ser temporal; puede que se le pase, y entonces nos reprocharía el habernos entrometido. Si mañana se encuentra todavía emocionalmente trastornado, si vuelve otra vez e intenta armar jaleo, puedes dar parte a las autoridades correspondientes. ¿Se ha comportado de modo extraño con anterioridad?

—No —dije—. Siempre ha estado completamente sano. Creo que seguiré tu consejo y esperaré. Pero quisiera poder explicarme el agujero de la cabeza.

—La historia que ha contado me interesa más —dijo Howard—. Voy a escribirla antes de que se me olvide. Por supuesto, no sere capaz de hacer que el horror resulte tan real como él, pero quizá pueda reflejar un poco la impresión de extrañeza y fascinación.

Desenroscó el capuchón de su estilográfica y empezó a rellenar una cuartilla con extrañas frases.

Sentí un escalofrío y cerré la puerta.

Durante varios minutos, no se oyó otro ruido en la habitación que el del garabateo de su pluma al correr por el papel. Durante varios minutos hubo silencio... y luego, empezaron los alaridos. ¿O eran gemidos?

Los oímos a través de la puerta cerrada, por encima del ulular de las sirenas y el oleaje de la playa de Mulligan. Los oímos por encima de un millón de ruidos de la noche que nos habían horrorizado y deprimido, mientras estuvimos sentados charlando en la casa solitaria y envuelta por la niebla. Y los oímos tan claramente que por un momento creímos que provenían de muy cerca de la casa. Hasta que no los escuchamos una y otra vez —prolongados, taladrantes gemidos—, no descubrimos una calidad de lejanía. Poco a poco, nos fuimos dando cuenta de que provenían de muy lejos, muy lejos; quizá del bosque de Mulligan.

—Es un alma en pena —murmuró Howard—. Una pobre alma condenada, en las garras del horror del que te he hablado... el horror que yo he conocido y sentido durante años.

Se puso en pie inquieto. Sus ojos centelleaban y respiraba agitadamente.

Le cogí por los hombros y lo sacudí.

—No deberías proyectarte en tus historias de esa manera —exclamé—. Probablemente es algún desdichado que se encuentra en apuros. No sé qué habrá pasado. Puede que haya naufragado algún barco. Voy a ponerme un chubasquero y averiguar que ocurre. Me parece que nos necesitan.

—*Puede* que nos necesiten —repitió Howard lentamente—. Puede que nos necesiten de verdad. No se quedarán satisfechos con una simple víctima. Pienso en el gran viaje a través del espacio, ¡la sed y el hambre que deben de haber pasado! ¡Es absurdo imaginar que se contentarán con una simple víctima!

Luego, de pronto, le sobrevino un cambio. Se apagó la luz de sus ojos y su voz perdió su vibración. Se estremeció.

—Perdóname —dijo—. Tengo miedo de que pienses que estoy tan loco como el patán que ha estado aquí hace unos minutos. Pero no puedo por menos de identificarme con mis personajes cuando escribo. He descrito algo tremendamente perverso, y esos alaridos... bueno, son exactamente como los que daría un hombre si...

—Comprendo —le interrumpí—, pero no tengo tiempo para hablar de eso ahora. Hay un pobre hombre allá —señalé vagamente hacia la puerta—, sin duda en apuros. Está tratando de liberarse de algo... no sé de qué. Tenemos que ayudarle.

—Por supuesto, por supuesto —accedió él, y me siguió a la cocina.

Sin decir palabra, bajé, cogí un chubasquero y se lo tendí. Le di también un gran sombrero de hule.

—Póntelos lo más pronto que puedas —dije—. Ese hombre debe de necesitar ayuda desesperadamente.

Había cogido yo mi propio chubasquero de la percha y forcejeaba para meter los brazos en sus pegajosas mangas. Un momento después, nos abríamos paso a través de la niebla.

La niebla parecía un ser vivo. Sus largos dedos nos alcanzaban y abofeteaban incesantemente en la cara. Se enroscaba alrededor de nuestros cuerpos y se elevaba en enormes espirales grisáceas desde lo alto de nuestras cabezas. Retrocedía ante nosotros, y de pronto se precipitaba sobre nosotros y nos envolvía.

A lo lejos, confusamente, vimos las luces de unas cuantas granjas solitarias. Detrás de nosotros, palpitaba el mar y las sirenas emitían un ulular continuo y lúgubre. El cuello del chubasquero de Howard estaba levantado por encima de las orejas, y la humedad goteaba de su larga nariz. Había una torva decisión en sus ojos, y tenía la mandíbula apretada.

Caminamos durante largo rato en silencio, sin decir palabra, hasta que nos aproximamos al bosque de Mulligan.

—Si es preciso —dijo—, entraremos en el bosque.

—No hay razón para que no entremos —dije—. No es un bosque muy grande.

—¿Podría salir en seguida, sí. ¡Dios mío!, ¿has oído eso?

Los gritos habían aumentado horriblemente.

—Ése está sufriendo —dijo Howard—. Está sufriendo terriblemente. ¿Crees... crees que puede ser tu amigo el chiflado?

Había formulado una pregunta que me había estado haciendo yo mismo desde hacía un rato.

—Es posible —dije—. Pero tenemos que intervenir, si está loco. Me habría gustado traer a algunos vecinos con nosotros.

—¿Y por qué, en nombre de cielo, no lo has hecho? —exclamó Howard—. Puede que haga falta una docena de hombres para sujetarlo.

No apartaba la vista de los altos árboles que se elevaban ante nosotros, y no creo que dedicara a Henry Wells un solo pensamiento.

—Ése es el bosque de Mulligan —dije. Tragué saliva—. No es muy grande —añadí estúpidamente.

—¡Oh, Dios mío! —De la niebla nos llegó el sonido de una voz en la última extremidad del dolor—. Me están devorando el cerebro. ¡Oh, Dios mío!

Yo estaba en ese momento mortalmente asustado, a punto de volverme tan loco como el hombre del bosque. Agarré el brazo de Howard.

—Vámonos —grité—. Vámonos inmediatamente. Sería una insensatez entrar. Aquí no vamos a encontrar sino la locura y el sufrimiento y quizá la muerte.

—Puede ser —dijo Howard—, pero vamos a entrar.

Su rostro estaba ceniciento bajo el gran sombrero goteante, y sus ojos eran dos delgadas rendijas azules.

—Muy bien —dije de mala gana—. Pues entremos.

Nos internamos lentamente por entre los árboles. Éstos se elevaban inmensos por encima de nosotros, y la espesa niebla los deformaba y fundía de tal modo que parecían avanzar con nosotros. La niebla colgaba en jirones de sus ramas retorcidas. ¿He dicho jirones? Eran más bien serpientes de niebla, serpientes contorsionantes de venenosas lenguas y ojos hipnóticos. A través de las alborotadas nubes de niebla, vimos los escamosos, nudosos troncos de los árboles, y cada uno de ellos se asemejaba al cuerpo torcido de un anciano perverso. Sólo la pequeña mancha oblonga de luz de mi linterna nos protegía contra su malevolencia.

Avanzábamos a través de los grandes bancos de niebla, y a cada paso los gritos se hacían más audibles. No tardamos en distinguir fragmentos de frases, gritos histéricos que se fundían en gemidos prolongados: «Más, más, más frío... me van devorando el cerebro, ¡más frío! ¡Ahhh!».

Howard me apretó el brazo.

—Lo encontraremos —dijo—. No podemos volver atrás ahora. Lo encontramos tendido de costado. Se apretaba la cabeza con las manos y tenía el cuerpo doblado en dos con las rodillas tan encogidas que casi le tocaban el pecho. Estaba callado. Nos inclinamos y lo sacudimos, pero no emitió sonido alguno.

—¿Está muerto? —pregunté con voz ahogada. Sentía desesperados deseos de dar media vuelta y echar a correr. Los árboles estaban muy cerca de nosotros.

—No sé —dijo Howard—. No sé. Espero que sí.

Le vi arrodillarse y deslizar una mano bajo la camisa del pobre desdichado. Durante un momento, su rostro fue una máscara. Luego se levantó vivamente y movió negativamente la cabeza.

—Está vivo —dijo—. Debemos ponerle ropas secas lo antes posible.

Le ayudé. Entre los dos levantamos la doblada figura del suelo y la transportamos entre los árboles. Tropezamos dos veces y estuvimos a punto de caer, y las enredaderas nos desgarraban las ropas. Las enredaderas eran pequeñas manos malévolas que agarraban y desgarraban según la maligna instigación de los grandes árboles. Sin una estrella que nos guiase, sin otra luz que la pequeña linterna de mi bolsillo, cada vez más débil, nos abrimos paso hasta salir del bosque de Mulligan.

El zumbido no comenzó hasta que salimos del bosque. Al principio apenas lo oíamos; era muy bajo, como el ronroneo de aparatos gigantescos muy dentro de la tierra. Pero lentamente, mientras caminábamos con nuestra carga, se fue elevando hasta que ya resultó imposible ignorarlo.

—¿Qué es eso? —murmuró Howard, y a través de los espectrales jirones de la niebla vi que su rostro tenía un tinte verdoso.

—No sé —murmuré—. Es algo horrible. Jamás había oído nada semejante. ¿No



puedes caminar más deprisa?

Hasta ese momento habíamos estado luchando contra horrores familiares, pero el zumbido y el ronroneo que aumentaba detrás de nosotros no se parecía a nada de lo que pudiera oírse en la Tierra. Preso de incontenible horror, grité:

—¡Más deprisa, Howard, más deprisa! ¡En nombre de Dios, salgamos de aquí!

Mientras hablaba, el cuerpo que transportábamos se retorció, y de sus labios contraídos brotó un torrente de palabras incoherentes:

—Yo iba entre los árboles, mirando hacia arriba. No podía ver las copas. Miraba hacia arriba, y luego de pronto miré hacia abajo y esa cosa aterrizó sobre mis hombros. Era todo patas... unas patas largas y serpeantes. Se lanzaron en seguida sobre mi cabeza. Yo quería alejarme de los árboles, pero no podía. Estaba solo en el bosque con eso a mi espalda, en mi cabeza, y cuando traté de correr, los árboles me alcanzaron y me hicieron caer. Me ha hecho el agujero para poder penetrar. Quiere mi cerebro. Me ha hecho el agujero y se me ha metido dentro y no hace más que sorber y sorber y sorber. Es frío como el hielo y hace un ruido como de un enorme moscardón. Pero no es un moscardón. Y no es una mano. Me equivoqué cuando dije que era una mano. No se le puede ver. Yo no lo hubiera visto ni sentido de no haberme hecho un agujero, de no haber entrado dentro de mí. Cuando casi lo ves, cuando casi lo sientes, significa que se está preparando para penetrar.

—¿Puede caminar, Wells? ¿Puede caminar?

Howard había soltado las piernas de Wells, y pude oír el áspero jadeo de su respiración mientras forcejeaba por librarse de su chubasquero.

—Creo que sí —sollozó Wells—. Pero no importa. Ahora me tiene en su poder. Déjenme y sálvense ustedes.

—¡Tenemos que correr! —grité yo.

—Es nuestra única posibilidad —exclamó Howard—. Wells, síganos. Síganos, ¿entiende? Le consumirán el cerebro si le atrapan. Hay que correr, muchacho, ¡síganos!

Se alejó a través de la niebla. Wells se tambaleó y le siguió como un hombre en trance. Yo sentí un horror más terrible que la muerte. El ruido era espantosamente alto, lo sentía en mis oídos, y sin embargo, en ese momento no me fue posible moverme. El muro de niebla se hizo más espeso.

—¡Frank se perderá! —dijo la voz de Wells, que se elevó en un grito desesperado.

—¡Volvamos! —fue Howard el que gritó ahora—. Será la muerte, o algo peor, pero no podemos abandonarlo.

—Seguid —dije en voz alta—. No me cogerán. ¡Salvaos vosotros!

En mi ansiedad por evitar que se sacrificaran, eché a correr alocadamente. Un instante después me había reunido con Howard y le agarraba del brazo.

—¿Qué es eso? —exclamó—. ¿De qué tenemos que tener miedo?

El zumbido nos envolvía ahora, pero no era más fuerte.

—¡Sigue corriendo o estaremos perdidos! —me instó él frenéticamente—. Han

derribado todas las barreras. Ese zumbido es un aviso. Nosotros somos sensitivos... hemos sido advertidos, pero si aumenta estaremos perdidos. Ellos son fuertes cerca del bosque de Mulligan; es aquí donde se han hecho sentir. Están tanteando ahora... abriéndose camino. Más tarde, cuando hayan aprendido, se extenderán. Si pudiésemos llegar a la granja...

—¡Llegaremos! —grité, mientras me abría paso a manotazos entre la niebla.

—¡El cielo nos ayude si no podemos! —gimió Howard.

Iba sin chubasquero, y su camisa empapada se pegaba trágicamente a su cuerpo flaco. Avanzaba en la negrura a largas y furiosas zancadas. Muy delante de nosotros oímos los alaridos de Henry Wells. Las sirenas gemían incesantemente, e incesantemente, la niebla se enroscaba en torno a nosotros y nos envolvía.

Y el zumbido continuaba. Parecía increíble que pudiéramos encontrar el camino de la granja en la negrura. Pero lo logramos, y entramos precipitadamente en ella dando gritos de alegría.

—¡Cierra la puerta! —exclamó Howard. Cerré la puerta.

—Aquí estamos a salvo, creo —dijo—. Aún no han alcanzado la granja.

—¿Qué le habrá ocurrido a Wells? —pregunté sin aliento, y entonces vi las huellas mojadas que conducían a la cocina. Howard las vio también. Sus ojos brillaron momentáneamente de alivio.

—Me alegra ver que está a salvo —murmuró—. Temía por él.

Luego su rostro se ensombreció. La cocina estaba a oscuras, y ningún ruido salía de allí.

Sin decir palabra, Howard cruzó la habitación y se internó en la oscuridad del otro lado. Yo me dejé caer en una silla, me enjuagué el agua de los ojos y me eché hacia atrás el pelo que me había caído en mojados mechones sobre la cara. Permanecí sentado un momento, respirando agitadamente, y cuando la puerta crujió, sentí un escalofrío. Pero en seguida recordé lo que había dicho Howard: «Aquí estamos a salvo, creo. Aún no han alcanzado la granja».

En cierto modo, yo confiaba en Howard. Él se daba cuenta de que nos amenazaba un nuevo y desconocido horror, y de alguna oscura manera había captado sus limitaciones.

Confieso, sin embargo, que cuando oí los gritos de la cocina mi fe en mi amigo se tambaleó ligeramente. Oí gruñidos como no creo que hayan brotado jamás de una garganta humana, y la voz de Howard se elevó en una violenta reconvención.

—¡Apártese! ¿Está usted completamente loco? ¡Nosotros le hemos salvado! ¡No, por favor... deje mi pierna! ¡Ahhh!

Al ver a Howard entrar tambaleante en la habitación, corrí hacia él y le cogí en brazos. Estaba cubierto de sangre de pies a cabeza y su rostro era de color ceniza.

—Se ha vuelto loco, furioso —gimió—. Va a cuatro patas como un perro. Se me ha lanzado encima y casi me mata. He logrado zafarme de él, pero me ha dado un terrible mordisco. Le he pegado en la cara... le he dejado inconsciente. Puede que lo

haya matado. Es un animal... tenía que defenderme.

Depositó a Howard en el sofá y me arrodillé a su lado, pero él rechazó mi ayuda.

—¡No te preocupes por mí! —me instó—. Coge una cuerda, rápido, y átalos. Si vuelve en sí tendremos que luchar para defender nuestras vidas.

Lo que siguió fue una pesadilla. Recuerdo vagamente que entré en la cocina con una cuerda y até al pobre Wells en una silla; luego lavé y vendé las heridas de Howard, y encendí un fuego en la chimenea. Recuerdo también que telefoneé pidiendo un médico. Pero los incidentes se confunden en mi memoria, y no tengo una noción clara de nada, hasta la llegada de un hombre alto y grave, de ojos afables y simpáticos, cuya presencia resultaba tan sedante como un narcótico.

Examinó a Howard, asintió con la cabeza, y explicó que las heridas no eran graves. Después examinó a Wells, pero no asintió. Luego dijo lentamente:

—Sus pupilas no responden a la luz. Será necesario operarle inmediatamente. Con franqueza, no creo que podamos salvarle.

—Esa herida de la cabeza, doctor —dijo—, ¿ha sido hecha por una bala?

El médico arrugó el ceño.

—Me tiene perplejo —dijo—. Naturalmente, ha sido hecha por una bala, pero debería estar parcialmente cerrada. Penetra directamente en el cerebro. Usted dice que no sabe cómo ocurrió. Le creo, pero pienso que debería notificarlo inmediatamente a las autoridades. Seguramente se pondrán a buscar al homicida; a menos... —hizo una pausa—, a menos que sea él mismo quien se haya infligido la herida. Lo que usted me cuenta es muy raro. Parece increíble que haya sido capaz de caminar durante horas. La herida se ha curado, evidentemente. No hay sangre coagulada en absoluto.

Paseó arriba y abajo.

—Debemos operarle aquí, en seguida. Existe una ligera posibilidad. Por fortuna, he traído algunos instrumentos. Vamos a despejar esta mesa y... ¿Cree usted que podría sostenerme una lámpara?

Asentí.

—Lo intentaré —dijo.

—¡Bien!

El médico se ocupó de los preparativos mientras yo deliberaba en mi interior sobre si telefonar a la policía o no.

—Estoy convencido —dijo finalmente— de que la herida se la ha hecho él mismo. Wells se comportaba de un modo muy extraño. Si usted no tiene inconveniente, doctor...

—¿Sí?

—Guardaremos silencio sobre este asunto hasta después de la operación. Si Wells vive, no habrá necesidad de involucrar al pobre hombre en una investigación policial.

El doctor asintió.

—Muy bien —dijo—. Le operaremos primero y decidiremos después.

Howard se rió en silencio, desde el lecho.

—La policía —dijo en tono de burla—. ¿De qué serviría que corriese detrás de esos seres del bosque de Mulligan?

Había un acento irónico y siniestro en su risa que me turbó. Los horrores que habíamos conocido en la niebla parecían absurdos e imposibles ante la fría y científica presencia del doctor Smith, y no quise acordarme de ellos.

El doctor se apartó de sus instrumentos y me susurró al oído:

—Su amigo tiene un poco de fiebre, y parece que delira. Tráigame un vaso de agua y le prepararé un sedante.

Corrí a buscar el vaso, y un momento después Howard dormía profundamente.

—Tome —dijo el doctor al darme la lámpara—. Debe sostenerla firmemente, y enfocarla según le diga yo.

La blanca e inconsciente forma de Henry Wells yacía sobre la mesa que el doctor y yo habíamos despejado, y temblé de pies a cabeza al pensar en el panorama que tenía delante.

Tendría que estar presente y contemplar el cerebro vivo de mi propio amigo cuando el doctor lo dejara implacablemente al descubierto.

Con dedos rápidos y experimentados, el doctor administró el anestésico. Yo me sentía oprimido por una espantosa sensación de que estábamos cometiendo un crimen, de que Henry Wells había rechazado violentamente la operación, de que había preferido morir. Es espantoso mutilar el cerebro de un hombre. Y no obstante, sabía que la decisión del doctor estaba por encima de todo reproche, y que la ética de su profesión le exigía operar.

—Ya estamos preparados —dijo el doctor Smith—. Baje la lámpara. ¡Ahora tenga cuidado!

Vi moverse el bisturí entre sus dedos hábiles y competentes. Estuve mirando un momento, y luego volví la cabeza. Lo que capté en una fugaz mirada me puso enfermo y me marcó. Puede que fuese la imaginación, pero en el instante de fijar los ojos en la pared tuve la impresión de que el doctor estaba a punto de desvanecerse. No pronunció sonido alguno, pero estaba casi seguro de que había hecho un horrible descubrimiento.

—Baje la lámpara —dijo. Su voz fue ronca y pareció provenir de lo más profundo de su garganta.

Bajé la lámpara unos centímetros sin volver la cabeza. Esperé un reproche suyo, una maldición quizá, pero permaneció tan callado como el hombre que yacía en la mesa. Sabía, sin embargo, que sus dedos seguían trabajando, pues los oía moverse. Podía escuchar sus manos ágiles y veloces en torno a la cabeza de Henry Wells.

De pronto, tuve conciencia de que mi mano temblaba. Tenía ganas de dejar caer la lámpara; sentía que no podía sostenerla más.

—¿Está terminando ya? —murmuré con desesperación.

—¡Sostenga esa lámpara con firmeza! —me ordenó el doctor—. Si mueve la

lámpara otra vez... no... no podré terminar de coser. ¡Me importa un bledo que me ahorquen! ¡No soy curador de demonios!

Yo no sabía qué hacer. Apenas podía sostener la lámpara, y la amenaza del doctor me horrorizó.

—Haga todo lo que esté de su parte —insté históricamente—. Dele una posibilidad de volver a la vida. Era un hombre afable y bueno... ¡antes!

Durante un momento hubo silencio, y yo temí que no me hubiese escuchado. Esperé durante un rato que arrojara el escalpelo y la esponja para echar yo a correr y salir a la niebla. Cuando oí otra vez el movimiento de dedos, supe que había decidido dar al condenado una posibilidad.

Pasada la medianoche, me dijo el doctor que ya podía dejar la lámpara. Me volví con una exclamación de alivio, y me encontré con un rostro que nunca olvidaré. En tres cuartos de hora, el doctor había envejecido diez años. Tenía oscuras ojeras bajo los ojos, y su boca estaba contraída convulsivamente.

—No sobrevivirá —dijo—. Tardará menos de una hora en expirar. No he tocado su cerebro. No podía hacer nada. Al ver... su estado... lo he cosido inmediatamente.

—¿Qué ha visto? —medio susurré. Una expresión de indecible terror asomó a los ojos del doctor.

—He visto..., he visto... —su voz se quebró, y todo su cuerpo se estremeció—. He visto... ¡Oh!, la gran vergüenza, el mal que carece de forma y de figura...

De pronto, se enderezó y miró desorbitadamente en torno suyo.

—¡Vendrán aquí y lo reclamarán! —exclamó—. Han dejado su marca en él, y vendrán por él. No deben quedarse ustedes aquí. ¡Esta casa está condenada a la destrucción!

Le miré desamparadamente mientras cogía su sombrero y su maletín y se dirigía hacia la puerta. Con dedos blancos, temblorosos, quitó el cerrojo y por un instante su delgada figura se recortó en el rectángulo de ondulante vapor.

—¡Recuerde lo que le he advertido! —gritó; luego se lo tragó la niebla.

Howard se había incorporado y se frotaba los ojos.

—¡Ha sido una mala jugada! —murmuró—. ¡Drogarme deliberadamente! De haber sabido yo que ese vaso de agua...

—¿Cómo te sientes? —le pregunté, sacudiéndole violentamente por los hombros—. ¿Crees que podrás caminar?

—¡Me drogas, y luego me pides que camine! Frank, eres un artista muy poco razonable. ¿Qué pasa ahora?

Señalé la muda figura de la mesa.

—El bosque de Mulligan es más seguro que esto —dije—. ¡Este hombre les pertenece ahora!

Howard se puso en pie de un salto y me sacudió por el brazo.

—¿Qué quieres decir? —exclamó—. ¿Cómo lo sabes?

—El doctor ha visto su cerebro —expliqué—. Y ha visto también algo que no ha

querido... que no ha podido describir. Pero ha dicho que vendrían por él, y yo le creo.

—¡Deberíamos marcharnos de aquí inmediatamente! —exclamó Howard—. Tu médico tiene razón. Corremos un peligro mortal. Hasta el bosque de Mulligan..., pero no necesitamos regresar al bosque. ¡Tenemos tu lancha!

—¡Tenemos la lancha! —repetí, con la esperanza despertando débilmente en mi mente.

—La niebla será nuestra más mortal amenaza —dijo Howard con el ceño fruncido—. Pero hasta la muerte en el mar es preferible a este horror.

El muelle no estaba lejos, y en menos de un minuto se encontró a Howard sentado a popa de la lancha, y yo manipulando furiosamente en el motor. Las sirenas gemían todavía, pero no se veían luces en ningún punto del puerto. No podíamos ver a un metro de nuestras narices. Los blancos fantasmas de la niebla se hacían vagamente visibles en la oscuridad, pero más allá de ellos se extendía la noche interminable, oscura y cargada de terror.

Howard estaba hablando.

—Siento como si reinase la muerte ahí fuera —dijo.

—Hay algo más que la muerte ahí —dije, poniendo el motor en marcha—. Creo que podremos evitar las rocas. Hay muy poco viento y conozco el puerto.

—Y, naturalmente, contaremos con las sirenas que nos guiarán —murmuró Howard—. Creo que será mejor que salgamos a mar abierto.

Yo era del mismo parecer.

—La lancha no resistiría un temporal —dije—, pero no tengo el menor deseo de permanecer en el puerto. Si llegamos a mar abierto, probablemente nos recogerá algún barco. Sería un disparate quedarnos donde nos puedan alcanzar.

—¿Cómo sabemos hasta dónde pueden llegar? —gimió Howard—. ¿Qué representan las distancias de la Tierra para seres que han viajado a través del espacio? Invadirán la Tierra. Nos destruirán a todos completamente.

—Discutiremos eso más tarde —grité, mientras rugía el motor lleno de vida—. Nos alejaremos lo más posible. ¡Tal vez no se hayan *enterado* todavía! Mientras tengan limitaciones, podemos escapar.

Avanzábamos lentamente por el canal, y el chapoteo del agua contra los costados de la lancha resultaba extrañamente tranquilizador. A sugerencia mía, Howard había tomado la rueda del timón y la movía lentamente.

—Mantente a la vía —grité—. No hay peligro hasta que lleguemos a los estrechos.

Durante varios minutos seguí ocupado en el motor, mientras Howard gobernaba el timón en silencio. Luego, de pronto, se volvió hacia mí con un gesto de júbilo.

—Creo que la niebla se está levantando —dijo.

Miré hacia la oscuridad que tenía ante mí. Efectivamente, parecía menos opresiva, y las blancas espirales de bruma que se habían estado elevando en ella sin cesar se disolvían ahora en flecos inconsistentes.

—Mantente a la vía —grité—. Estamos de suerte. Si levanta la niebla podremos ver los estrechos. Estate atento a ver si descubrimos el faro de Mulligan.

No es posible describir la alegría que nos invadió cuando vimos el faro. Amarillo y brillante, barría el agua e iluminaba vivamente las siluetas de las grandes rocas que se alzaban a ambos lados de los estrechos.

—Déjame la rueda —grité, y me acerqué rápidamente—. Este paso es peliagudo, pero ahora lo cruzaremos con facilidad.

En medio de nuestra excitación y alegría, casi habíamos olvidado el horror que habíamos dejado atrás. Me hice cargo del timón y sonreí con confianza mientras nos desplazábamos por las negras aguas. Las rocas se aproximaron rápidamente, hasta que sus enormes sombras se elevaron por encima de nosotros.

—¡Lo conseguiremos! —grité.

Pero no obtuve respuesta de Howard. Le oí toser y respirar con dificultad.

—¿Qué pasa? —pregunté de pronto, y al volverme, vi que estaba encogido de miedo sobre el motor. Se hallaba de espaldas a mí, pero supe instintivamente en qué dirección miraba.

La oscura orilla que habíamos abandonado brillaba como un crepúsculo inflamado. El bosque de Mulligan ardía. Unas llamas enormes se elevaban desde las crestas más altas de los árboles, y una espesa cortina de humo negro se desplegaba lentamente hacia el este, oscureciendo las pocas luces que quedaban en el puerto.

Pero no fueron las llamas lo que me hizo gritar de miedo y horror. Fue la forma que se alzaba por encima de los árboles, la inmensa, amorfa silueta que se desplazaba lentamente por el firmamento.

Bien sabe Dios que traté de creer que no había visto nada. Que traté de creer que la forma era una mera sombra que proyectaban las llamas, y recuerdo que agarré el brazo de Howard para darle confianza.

—El bosque quedará destruido completamente —grité—, y esos seres horribles que han venido morirán en él.

Pero cuando Howard se volvió y movió negativamente la cabeza, comprendí que la oscura, informe monstruosidad que se elevaba por encima de los árboles era algo más que una sombra.

—¡Si lo vemos claramente, estamos perdidos! —advirtió con la voz temblorosa por el terror—. ¡Reza porque sigamos viéndolo sin forma!

—«Es más viejo que el mundo —pensé—, más viejo que toda religión. Antes del alba de la civilización, los hombres se arrodillaron ante él para adorarlo. Está presente en todas las mitologías. Es el símbolo primordial. Quizá, en el oscuro pasado, hace miles y miles de años, acostumbraba a... rechazar a los invasores. Combatiré en la sombra con un alto y terrible misterio».

De pronto, me sentí extrañamente sereno. Sabía que apenas tenía medio minuto que perder, que algo más que nuestras vidas estaba en peligro, pero dejé de temblar. Me agaché tranquilamente bajo el motor y saqué un montón de algodón sucio de

grasa.

—Howard —dije—, enciende una cerilla. Es nuestra única esperanza. Enciende una cerilla inmediatamente.

Durante lo que me pareció una eternidad, Howard se me quedó mirando sin comprender. Luego, quebró el silencio de la noche con su risa.

—¡Una cerilla! —gritó—. ¡Una cerilla para calentar nuestros pequeños cerebros! Sí; necesitamos una cerilla.

—¡Confía en mí! —supliqué—. Hazlo así... es nuestra única esperanza. Enciende una cerilla rápidamente.

—¡No comprendo! —Howard estaba serio ahora, pero le temblaba la voz.

—Se me ha ocurrido algo que puede salvarnos —dije—. Por favor, enciéndeme este algodón grasiento.

Asintió lentamente. Yo no le había dicho nada, pero sabía que había adivinado lo que me proponía hacer. Su intuición era a veces impresionante. Con dedos desmañados, sacó un fósforo y lo encendió.

—Ten valor —dijo—. Demuéstrales que no tienes miedo. Haz el signo con valentía.

Cuando se prendió el algodón, la forma que se extendía sobre los árboles cobró espantosa claridad.

Alcé el algodón en llamas y lo cruce en línea recta por delante de mi cuerpo desde mi hombro izquierdo al derecho. Luego me lo puse en la frente y lo bajé hasta mis rodillas.

Seguidamente cogió Howard el tizón y repitió el signo. Hizo dos cruces, una sobre su cuerpo y otra sobre la oscuridad, sosteniendo la antorcha en el extremo del brazo.

Cerré un instante los ojos, pero aún pude ver la forma por encima de los árboles. Después, se fue haciendo poco a poco más borrosa, más vasta y caótica... y cuando volví a abrirlos, había desaparecido. No se veía nada más que el bosque en llamas y las sombras que arrojaban los corpulentos árboles.

El horror había pasado, pero no me moví. Permanecí como una imagen de piedra contemplando el agua negra. Luego, algo pareció estallar en mi cabeza. Mi cerebro comenzó a girar, y me di un golpe contra la borda.

Habría caído, pero Howard me cogió por los hombros.

—¡Estamos salvados! —gritó—. ¡Hemos vencido!

—Me alegro —dije. Pero estaba demasiado exhausto para alegrarme realmente. Mis piernas cedieron y mi cabeza cayó hacia adelante. Todas las visiones y ruidos de la Tierra se sumieron en una piadosa negrura.



## II

Howard estaba escribiendo cuando entre en la habitación.

—¿Cómo va la historia? —pregunté.

Por un momento, ignoró mi pregunta. Luego, lentamente, se volvió y me miró de frente. Tenía los ojos hundidos, y su palidez era alarmante.

—No va bien —dijo finalmente—. No me acaba de gustar. Hay facetas que todavía se me escapan. No he logrado plasmar *todo* el horror de ese ser del bosque de Mulligan.

Me senté y encendí un cigarrillo.

—Quiero que me expliques ese horror —dije—. Hace semanas que estoy esperando que hables. Sé que hay algunas cosas que me ocultas. ¿Qué fue aquella cosa húmeda y esponjosa que le cayó en la cabeza a Wells en el bosque? ¿Por qué oímos un zumbido cuando huíamos en la niebla? ¿Qué significaba la forma que vimos por encima de los árboles? ¿Y por qué, en nombre del cielo, no se extendió el horror a través de la noche como temíamos? ¿Qué lo detuvo? Howard, ¿qué crees que le sucedió realmente al cerebro de Wells? ¿Ardió su cuerpo con la casa, o lo... *lo reclamaron*? Y el otro cuerpo que encontraron en el bosque de Mulligan, aquel horror flaco y ennegrecido de cabeza acribillada... ¿cómo lo explicas?

(Dos días después del fuego habían encontrado un esqueleto en el bosque de Mulligan. Todavía había unos cuantos trozos de carne socarrada adherida a los huesos, y le faltaba la parte superior del cráneo).

Transcurrió un largo rato antes de que Howard tomara la palabra. Estaba sentado con la cabeza inclinada y manoseaba su cuaderno de notas, y su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Por último, alzó los ojos. Le brillaban con una luz salvaje, y sus labios eran color ceniza.

—Sí —dijo—. Hablemos de ese horror. La semana pasada no quise abordar el tema. Parecía demasiado espantoso para expresarlo con palabras. Pero no descansaré en paz hasta que lo haya tejido en un relato, hasta que haya hecho que mis lectores sientan y vean aquel horrible inexpresable ser. Y no puedo escribir sobre este asunto mientras no disipe por completo la sombra de una duda que me asalta. Puede que me ayude el hablar de todo ello.

»Me has preguntado qué era la cosa húmeda que le cayó a Wells en la cabeza. Bien, pues creo que era un cerebro humano... la sustancia de un cerebro humano, extraída a través de un agujero, o de varios, practicados en una cabeza humana. Creo que el cerebro fue extraído gradual e imperceptiblemente y reconstruido de nuevo por el monstruo. Creo que ese ser utiliza cerebros humanos con algún fin personal... quizá para aprender de ellos. O quizá jugaba meramente con ellos. ¿El cuerpo ennegrecido y acribillado del bosque de Mulligan? Era el cuerpo de la primera víctima, algún pobre diablo que se extravió entre los árboles. Sospecho más bien que los árboles contribuyeron. Creo que el horror los dotó de una extraña vida. En

cualquier caso, el pobre hombre perdió su cerebro. El horror se apoderó del cerebro, y jugó con él, y se le cayó accidentalmente. Cayó sobre la cabeza de Wells. Wells dijo que el brazo largo, delgado, blanquísimo, que vio, tanteaba buscando algo que se le había caído. Naturalmente, Wells no vio en realidad el brazo, objetivamente hablando, sino que el horror que carece de forma y color había penetrado ya en su cerebro y se revestía de pensamiento humano.

»En cuanto al zumbido que oímos y la forma que creímos ver por encima del bosque en llamas... eran el horror que trataba de hacerse sentir, que intentaba derribar las barreras, penetrar en nuestros cerebros y revestirse de nuestros pensamientos. Casi lo logró. De haber visto el brazo blanco, habríamos estado perdidos.

Howard se acercó a la ventana. Retiró las cortinas y contempló un momento el puerto populoso y los altos y blancos edificios que se alzaban contra la luz de la luna. Contempló el horizonte del Manhattan inferior. Exactamente debajo de él, los acantilados de las alturas de Brooklyn se veían surgir oscuramente.

—¿Por qué no se salieron con la suya? —exclamó—. Podían habernos destruido por completo. Podían habernos barrido de la Tierra... toda nuestra riqueza y nuestro poderío habrían sucumbido ante ellos.

Me estremecí.

—Sí... ¿por qué no se extendió el horror? —pregunté.

Howard se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá descubrieron que los cerebros humanos eran demasiado triviales y absurdos como para ocuparse de ellos. Quizá dejamos de interesarles. Puede que se cansaran de nosotros. Pero es posible también que los destruyera el *signo*. O los hicieran regresar a través del espacio. Para mí que habían venido hace ya millones de años, y el signo les ahuyentó. Cuando vieron que no habíamos olvidado el empleo del signo, seguramente huyeron aterrados. Desde luego, no han dado señales de su presencia en estas tres últimas semanas. Creo que se han ido.

—¿Y Henry Wells? —pregunté.

—Bueno, su cuerpo no ha sido encontrado. Supongo que se lo llevaron.

—¿Y tú te propones honradamente incluir esta... esta obscenidad en una historia? ¡Oh, Dios mío! Todo es tan increíble, tan inaudito, que no puedo pensar que sea verdad. ¿No lo habremos soñado? ¿Hemos estado verdaderamente alguna vez en Partridgeville? Estuvimos en una casa vieja y hablamos de cosas horribles mientras la niebla se enroscaba a nuestro alrededor. ¿Es cierto que nos internamos en aquel bosque impío? ¿Estaban efectivamente vivos los árboles, y andaba Henry Wells a cuatro patas como un lobo?

Howard se sentó tranquilamente y se subió una manga. Extendió su brazo delgado ante mí.

—¿Puedes rebatir la realidad de esta cicatriz? —dijo—. Es la huella del animal que me atacó, del hombre-bestia que era Henry Wells. ¿Un sueño? Me cortarían el brazo inmediatamente por el codo si me convenciese de que ha sido un sueño.

Me acerqué a la ventana y me quedé contemplando Manhattan durante largo rato. *Ahí —pensé—, hay una realidad consistente. Es absurdo imaginar que algo puede destruirla. Es absurdo imaginar que el horror era realmente tan terrible como nos parecía en Partridgeville. Debo persuadir a Howard para que no escriba eso. Debemos tratar de olvidarlo.*

Me volví hacia donde estaba sentado y le puse una mano en el hombro.

—¿Por qué no renuncias a incluir eso en tu relato? —le pedí suavemente.

—¡Nunca! —se puso de pie, y sus ojos llamearon—. ¿Cómo piensas que puedo dejarlo cuando casi lo he conseguido? Escribiré una historia que penetrará hasta lo más profundo de un horror que carece de forma y de sustancia, pero que es más terrible que una ciudad asolada por una plaga cuando el tañido de la campana proclama el fin de toda esperanza. Superaré a Poe. Superaré a todos los maestros.

—Supérales, y condénate si quieres —dije airadamente—. Por ese camino se va a la locura, pero es inútil discutir contigo. Tu egoísmo es demasiado descomunal.

Di media vuelta y salí de la habitación. Se me ocurrió, mientras bajaba, que había hecho el ridículo con mis miedos: pero, con todo, miré receloso por encima del hombro, como si temiese que cayera rodando una piedra enorme y me aplastase contra el suelo. *Howard debería olvidar el horror —pensé—. Debería apartarlo de su mente. Se volverá loco si se empeña en escribir sobre eso.*

Pasaron tres días antes de que volviera a ver a Howard.

—Pase —dijo con voz extrañamente ronca cuando llamé a su puerta.

Le encontré en bata y zapatillas, y tan pronto como le vi comprendí que estaba tremendamente eufórico.

—¡Lo he conseguido, Frank! —exclamó—. ¡He reproducido la forma que es informe, la gran vergüenza que jamás ha visto hombre alguno, la rastrera y descarnada Obscenidad que sorbe nuestros cerebros!

Antes de que yo pudiese abrir la boca, me puso en las manos el voluminoso mazo de hojas.

—Léelo, Frank —me ordenó—. ¡Siéntate ahora mismo y léelo!

Me dirigí a la ventana y me senté en el diván. Estuve allí abstraído de todo cuanto no fueran las hojas mecanografiadas que tenía delante. Confieso que me consumía la curiosidad. Jamás había puesto en duda el poder de Howard. Sabía obrar milagros con las palabras; de sus páginas emanaban siempre hálitos desconocidos, y a su invocación retornaban a la Tierra criaturas del más allá. Pero ¿podría sugerir siquiera el horror que los dos habíamos conocido?, ¿podría esbozar la repugnante, rastrera monstruosidad que había reclamado para sí el cerebro de Henry Wells?

Leí la historia de punta a cabo. La leí lentamente, agarrado a los cojines que tenía junto a mí en un frenesí de repugnancia. Tan pronto como la terminé, Howard me la arrebató. Evidentemente, temía que yo pudiera romperla.

—¿Qué te parece? —gritó rebosante de gozo.

—¡Es terriblemente inmunda! —exclamé yo—. Viola intimidades de la mente

que jamás deberían ponerse al descubierto.

—Pero ¿concederás que he logrado plasmar el horror de manera convincente?

Asentí, y recogí el sombrero.

—Te ha salido tan convincente que no puedo quedarme a charlar contigo. Saldré a pasear hasta que amanezca. Hasta que esté tan cansado que no tenga fuerzas para preocuparme, ni pensar, ni recordar.

—¡Es un relato muy bueno! —me gritó, pero yo bajé las escaleras y salí de la casa sin contestar.

### III

Eran pasadas las doce de la noche cuando sonó el teléfono. Dejé el libro que estaba leyendo y cogí el receptor.

—¿Sí, diga? —pregunté.

—¡Frank, soy Howard! —la voz era extrañamente alta—. ¡Ven lo más deprisa que puedas! ¡*Han regresado!* Y, Frank, el signo carece de poder. He probado a hacerlo, pero el zumbido se hace cada vez más fuerte, y hay una forma confusa... —la voz de Howard se apagó desdichadamente.

Grité con sinceridad al receptor:

—¡Valor, muchacho! No dejes que sospechen que tienes miedo. Haz el signo una y otra vez. Iré en seguida.

La voz de Howard llegó de nuevo, más ronca esta vez.

—La forma se va haciendo más y más definida. ¡Y no puedo hacer nada! Frank, no tengo poder para hacer el signo. Me he convertido en un sacerdote del Diablo. Esa historia... no debí haberla escrito jamás.

—Demuéstrales que no tienes miedo —grité.

—¡Lo intentaré! ¡Lo intentaré! ¡Ah, Dios mío! ¡La forma está...!

No esperé a escuchar más. Cogí frenéticamente mi sombrero y mi chaqueta, y eché a correr escaleras abajo y salí a la calle. Cuando llegaba al bordillo de la acera sentí vértigo. Me agarre a una farola para no caerme e hice con la mano una vaga seña a un taxi que pasaba. Afortunadamente, el taxista me vio. Detuvo el coche y yo bajé tambaleándome a la calzada y me metí en él.

—¡Rápido! —grité—. ¡Lléveme al diez de Brooklyn Heights!

—Sí, señor. Fría noche, ¿no es verdad?

—¡Fría! —grité—. Fría será, efectivamente, cuando consigan penetrar. Fría

cuando empiecen a...

El conductor me miró con asombro.

—Está bien, señor —dijo—. Llegaremos en seguida a su casa, señor. ¿Ha dicho Brooklyn Heights, señor?

—Brooklyn Heights —gruñí, y me hundí en el asiento.

Mientras el coche corría, traté de no pensar en el horror que me aguardaba. Me agarraba desesperadamente a un clavo ardiendo. *Es posible —pensé— que Howard haya perdido temporalmente el juicio. ¿Cómo podría haberle encontrado el horror entre tantos millones de personas? No puede ser que haya ido a buscarle expresamente a él, entre tantas multitudes. Es demasiado insignificante. Jamás irían eligiendo a los seres humanos de un modo deliberado. Jamás irían tras los seres humanos..., pero han ido a buscar a Henry Wells. ¿Y qué ha dicho Howard? «Me he convertido en sacerdote del Diablo». ¿Por qué no en sacerdote de ellos? ¿Y si Howard se ha convertido en su sacerdote en la Tierra? ¿Y si su historia le ha valido que le eligiesen como sacerdote?».*

Este pensamiento resultaba una pesadilla para mí, así que lo deseché furiosamente. *Tendrá valor para resistir —pensé—. Les demostraré que no tiene miedo.*

—Hemos llegado, señor. ¿Le ayudo a entrar en la casa, señor?

El coche se había detenido, y yo gemí al darme cuenta de que estaba a punto de entrar en lo que podría resultar mi propia tumba. Bajé a la acera y le di al taxista todo el dinero suelto que llevaba encima. Él me miró asombrado.

—Me ha dado demasiado —dijo—. Tenga, señor...

Pero le despedí con un gesto y subí la escalinata de la entrada a toda prisa. Cuando metí la llave en la puerta, pude oírle que decía:

—¡Es el borracho más extravagante que he visto jamás! Me da cuatro dólares por llevarle a diez manzanas de distancia, y no quiere ni las gracias.

La entrada estaba a oscuras. Me detuve al pie de la escalera y grité:

—¡Estoy aquí, Howard! ¿Puedes bajar?

No hubo respuesta. Aguardé quizá unos diez minutos, pero no se oía ruido alguno en la habitación de arriba.

—¡Voy a subir! —grité con desesperación, y empecé a subir las escaleras. Temblaba de pies a cabeza.

*Le han cogido —pensé—. He llegado demasiado tarde. Quizá sea mejor que no... ¡Gran Dios!, ¿qué ha sido eso?*

Estaba indeciblemente aterrado. Los ruidos de la habitación de arriba eran inequívocos, alguien suplicaba y gritaba en la agonía. ¿Era la voz de Howard? Capté confusamente algunas palabras: «¡Reptando, uf! ¡Reptando, uf! ¡Oh, ten piedad! Frío y cla-aro. ¡Reptando, uf! ¡Dios del cielo!».

Llegué al rellano, y cuando las súplicas se elevaron en roncros alaridos caí de rodillas, e hice sobre mi cuerpo y sobre la pared que tenía a mi lado la señal. Hice el

signo original que nos había salvado en el bosque de Mulligan, pero esta vez la hice imperfectamente, no con fuego, sino con dedos que temblaban y se agarraban a mi ropa, sin valor ni esperanza, confusamente, con la convicción de que nada podría salvarme.

Y entonces me levanté rápidamente y acabé de subir las escaleras. Todo lo que pedía era que se apoderase de mí rápidamente, que mis sufrimientos fuesen breves bajo las estrellas.

La puerta de la habitación de Howard estaba entornada. Con un tremendo esfuerzo, alargué la mano y cogí el pomo. Lentamente, hice girar la puerta hacia dentro.

Durante un instante no vi nada, sino la forma inmóvil de Howard en el suelo. Estaba de espaldas. Tenía las rodillas levantadas y se había llevado una mano a la cara con la palma hacia afuera, como para tapar una visión atroz.

Al entrar en la habitación, reduje mi campo visual intencionadamente bajando los ojos. Sólo vi el suelo y la parte inferior de la estancia. No quise levantar la vista. La había bajado como medida de protección, por temor a lo que pudiese haber en la habitación.

No quería levantar la vista, pero allí dentro había poderes, que actuaron en ese momento, a los que no me fue posible resistir. Sabía que si miraba de frente, el horror podría destruirme, pero no tenía elección.

Lenta, dolorosamente, alcé los ojos y miré de frente la habitación. Habría sido preferible, creo, haberme arrojado inmediatamente y haberme entregado a la monstruosidad que se alzaba en el centro. La visión de esa terrible forma oscuramente velada se interpondrá entre mí y los placeres del mundo mientras viva.

Desde el techo al suelo flotaba e irradiaba una luz cegadora. Y atravesadas por las extremidades que giraban a un lado y a otro, estaban las páginas de la historia de Howard.

En el centro de la habitación, entre el techo y el suelo, giraban las páginas, y la luz iba quemando las hojas y los dardos espirales y descendentes penetraban en el cerebro de mi pobre amigo. La luz fluía en una continua corriente hacia el interior de su cabeza, y arriba, el Señor de la luz se movía con el lento balanceo de toda su magnitud. Solté un grito y me tapé los ojos con las manos, pero el Señor siguió moviéndose... adelante y atrás, adelante y atrás. Y siguió irradiando su luz hacia el cerebro de mi amigo.

Y entonces brotó de la boca del Señor el más espantoso sonido... Yo había olvidado el signo que había hecho tres veces abajo en la oscuridad. Había olvidado el inmenso y terrible misterio ante el cual son impotentes todos los invasores. Pero cuando lo vi formarse en la habitación, adquirir de manera inmaculada una configuración, con una terrible integridad por encima de la luz, supe que estaba salvado.

Sollocé y caí de rodillas. La luz disminuyó, y el Señor se contrajo ante mis ojos.

Y entonces, desde los muros, desde el techo, desde el suelo, brotaron llamas: una llama blanca y pura que consumía, que devoraba y destruía para siempre.  
Pero mi amigo había muerto.

# **EL MORADOR DE LA OSCURIDAD**

**AUGUST DERLETH**

**(The Dweller in Darkness)**



Los amantes del horror frecuentan parajes extraños y apartados. Para ellos existen las catacumbas de los Ptolomeos y los esculpidos mausoleos de regiones de pesadilla. Escalan a la luz de la luna las torres de los ruinosos castillos del Rhin, y bajan vacilantes los negros peldaños cubiertos de telarañas que descienden bajo los dispersos sillares de olvidadas ciudades asiáticas. El bosque encantado y la desolada montaña son sus altares, y se demoran junto a los siniestros monolitos de las islas deshabitadas. Pero el verdadero epicúreo de lo terrible, para quien un nuevo estremecimiento de horror inexpresable es el fin principal y la justificación de la existencia, estima más que nada las antiguas y solitarias casas de campo de las regiones boscosas; pues en ellas se combinan los elementos de poder, soledad, ignorancia y primitivismo para constituir la perfección de lo espantoso.

H. P. Lovecraft

## I

Hasta hace poco, si un viajero del norte de Wisconsin central tomaba la bifurcación izquierda en el punto donde coinciden la carretera de Brule River y el pico de Chequamegon en dirección a Pashepaho, se encontraba en una región tan primitiva que le parecía enormemente lejos de todo contacto humano. Si siguiera por la poco transitada carretera, cruzaría ante unas cuantas chozas destruidas, donde probablemente alguna vez vivieron personas que se marcharon ante el continuo avance del bosque; no es una región desolada, sino zona de espesa vegetación, y sobre toda su extensión subsiste el aura intangible de lo siniestro, una especie de opresión ominosa del espíritu pronto a manifestarse aun en el viajero más casual, pues la carretera que ha tomado se vuelve cada vez más impracticable, hasta que se

pierde finalmente poco después de pasar un albergue deshabitado edificado al borde de un lago de aguas tranquilas y azules, en torno al cual crecen eternamente árboles centenarios, y donde los únicos ruidos que se oyen son los gritos de los búhos, de los chotacabras y de los tétricos somorgujos en la noche, o la voz del viento entre los árboles, y..., ¿pero es siempre la voz del viento lo que se oye entre los árboles? ¿Quién puede decir si la rama que cruje al romperse es indicio del paso de un animal... o de algo distinto, de alguna criatura que escapa a la comprensión humana?

Entre las gentes que vivían en los alrededores del bosque, el albergue abandonado del lago Rick tenía una extraña fama mucho antes de que yo lo conociese, fama que rebasaba esas historias que suelen circular sobre parajes primitivos similares. Corrían curiosos rumores de que en lo más profundo y negro del bosque habitaba un ser —de ningún modo se trataba de las consabidas consejas de fantasmas—, un ser que era mitad animal y mitad hombre, según contaban los obstinados y descreídos indios que de cuando en cuando abandonaban la comarca y se marchaban hacia el Sur. El bosque tenía mala fama, eso era evidente; y ya antes del cambio de siglo contaba con una historia que disuadía aun al más intrépido aventurero.

Aparece recogida por primera vez en unas anotaciones que hizo un misionero cuando cruzaba la región para acudir en ayuda de una tribu de indios, la cual, según habían informado al puesto militar de Chequamegon Bay, se estaba muriendo de hambre en el Norte. Fray Piregard desapareció, pero los indios trajeron más tarde sus pertenencias: una sandalia, un rosario y un breviario en el que había escrito ciertas observaciones raras, conservadas cuidadosamente: «Tengo la convicción de que me sigue alguna criatura. Al principio me ha parecido que era un oso, pero ahora me inclino a creer que es algo infinitamente más monstruoso que cualquier animal de la Tierra. Está oscureciendo, y creo que estoy cayendo en un ligero delirio, pues sigo oyendo una extraña música y otros raros sonidos que no pueden derivar, seguramente, de ninguna fuente natural. Tengo también una inquietante ilusión como de grandes pasos que hacen estremecer realmente la tierra, y varias veces me he tropezado con huellas de pies muy grandes y de formas diversas...».

La segunda anotación es muchísimo más siniestra. Cuando Big Bob Hiller, uno de los madereros más rapaces de todo el Medio Oeste, empezó a anexionar a sus posesiones territorios de la comarca del lago Rick, a mediados del pasado siglo, no pudo por menos de sentirse impresionado ante los pinos de la zona próxima al lago; y aunque no le pertenecían, siguió la costumbre de los grandes madereros y mandó a sus hombres que entraran a talar desde una zona contigua que poseía, con el deliberado pretexto de que no sabía por dónde pasaban sus límites. Trece de los hombres no regresaron ese primer día de trabajo en el borde del área del bosque que rodeaba el lago Rick; dos de los cuerpos no se llegaron a recuperar; cuatro fueron encontrados —inconcebiblemente— en el lago, a varias millas de donde habían estado talando árboles; los demás fueron descubiertos en diversos lugares del bosque. Hiller creyó que había estallado una guerra entre los madereros; envió a otra parte a

sus hombres para despistar a su desconocido adversario, y luego ordenó de pronto que volviesen a trabajar en la región prohibida. Después de perder cinco hombres más, Hiller renunció, y ninguna mano volvió a tocar desde entonces el bosque, salvo unos cuantos individuos que fueron allí a tomar posesión de tierras y se adentraron en la zona.

Al poco tiempo salieron estos individuos uno por uno, y hablaron poco aunque dieron a entender bastante. Sin embargo, la naturaleza de sus veladas alusiones fue tal que pronto se vieron obligados a abandonar todo tipo de explicación; eran increíbles las historias que contaban, sobre cosas demasiado horribles para describirlas y de una maldad ancestral anterior a cuanto pudiera concebir el más docto arqueólogo. Sólo uno de ellos desapareció, y jamás llegaron a encontrar rastro de él. Los otros regresaron todos del bosque, y en el curso del tiempo se perdieron entre las demás gentes de Estados Unidos... todos, menos un mestizo al que llamaban el Viejo Peter, el cual estaba obsesionado con la idea de que había yacimientos minerales en la vecindad del bosque, e iba a acampar de cuando en cuando en su lindero, cuidando de no aventurarse a entrar.

Era inevitable que las leyendas del lago Rick atrajesen finalmente la atención del profesor Upton Gardner, de la Universidad del Estado; había completado colecciones de cuentos de Paul Bunyan, Whiskey Jack y Hodag, y se hallaba ocupado en compilar leyendas locales, cuando se tropezó por primera vez con los curiosos y semiolvidados relatos procedentes de la región del lago Rick. Averigüé más tarde que su primera reacción fue la de un interés casual; abundan las leyendas en todos los parajes apartados, y no había nada que indicase que éstas tuviesen más importancia que las demás. Lo cierto es que no había similitud alguna, en el más estricto sentido de la palabra, con las historias de tipo más familiar; pues mientras las leyendas corrientes se referían a apariciones fantasmales de animales y hombres, tesoros perdidos, creencias tribales y cosas por el estilo, las del lago Rick chocaban por su insistencia en criaturas totalmente *outré*... o criatura, ya que nadie contó jamás haber visto más de una, y vagamente, en la oscuridad del bosque, mitad animal y mitad hombre, dando a entender siempre que su descripción era inadecuada, en el sentido de que no hacía justicia al concepto del narrador de qué era lo que se escondía en la vecindad del lago. Sin embargo, el profesor Gardner les habría concedido escasa importancia al escucharlas, con toda probabilidad, de no haber sido porque se enteró de dos noticias —al parecer sin relación entre sí— muy singulares, y por el descubrimiento de un tercer hecho.

Las dos noticias aparecieron en los periódicos de Wisconsin con una semana de por medio. La primera era una reseña breve, medio humorística, titulada: *¿Una serpiente de mar en el lago de Wisconsin?*, y contaba: «El piloto Joseph X. Castleton manifiesta haber visto, durante un vuelo de prueba realizado ayer por el norte de Wisconsin, un gran animal no identificado que se bañaba durante la noche en un lago del bosque próximo a Chequamegon. Castleton fue sorprendido por una turbonada de

agua y truenos, y tuvo que volar bajo; en un esfuerzo por identificar la situación, miró hacia abajo en el momento en que fulguró un relámpago, y vio lo que le pareció un animal muy grande que surgía de las aguas del lago que él sobrevolaba, y desaparecía en el bosque. El piloto no añade ningún detalle a su relato, pero afirma que la criatura que vio no era el monstruo de Loch Ness». La segunda noticia era un cuento absolutamente fantástico sobre el descubrimiento del cuerpo de fray Piregard, bien conservado, en el tronco hueco de un árbol junto al río Brule. Aunque al principio creyeron que se trataba de un miembro extraviado de la expedición Marquette-Joliet, fray Piregard fue identificado rápidamente. A esta noticia se añadía una fría declaración del presidente de la State Historical Society, tachando el descubrimiento de puro infundio.

El descubrimiento que el profesor Gardner hizo fue simplemente que un antiguo amigo suyo era en realidad el propietario del albergue abandonado y de la mayor parte de la orilla del lago Rick.

La conexión entre los acontecimientos fue de este modo claramente inevitable. El profesor Gardner relacionó inmediatamente las dos noticias de los periódicos con las leyendas del lago Rick; esto podía no haber bastado para moverle a abandonar sus investigaciones sobre las leyendas que abundaban en Wisconsin e iniciar una indagación concreta de naturaleza enteramente distinta; pero entonces sucedió algo aún más asombroso que le impulsó a acudir urgentemente al propietario del albergue abandonado y pedirle que le dejase ocuparlo en interés de la ciencia. En principio, lo que le movió a tomar esta determinación fue nada menos que un ruego del conservador del Museo del Estado para que visitase su despacho una noche y viese un nuevo ejemplar que había llegado. Acudió acompañado de Laird Dorgan; y fue Laird quien acudió a mí.

Pero eso fue cuando desapareció el profesor Gardner.

Porque desapareció; durante tres meses estuvo enviando informes esporádicos desde el lago Rick, y luego se dejaron de recibir noticias suyas, y no volvió a saberse nada más del profesor Upton Gardner.

Laird vino a la habitación que yo ocupaba en el University Club una noche de octubre a una hora avanzada; traía nublados sus ojos azules y francos, los labios tirantes, el ceño arrugado, y todas las trazas de hallarse en un estado de relativa excitación que nada tenía que ver con el alcohol. Supongo que estaba trabajando mucho; acababan de terminar las pruebas del primer período del curso en la Universidad de Wisconsin; y Laird se tomaba habitualmente las pruebas muy en serio... antes como estudiante, y ahora como educador, había sido siempre doblemente concienzudo.

Pero no era eso. El profesor Gardner faltaba a clase desde hacía un mes, y esto era lo que atormentaba su mente. Dijo todo eso en un largo discurso, y añadió:

—Jack, voy a ir allá a ver que puedo hacer.

—Hombre, si el jefe de policía y su ayudante no han descubierto nada, ¿qué

puedes hacer tú? —pregunté.

—En primer lugar, sé más que ellos.

—Si es así, ¿por qué no fuiste a dar parte?

—Porque no es la clase de cosa a la que ellos prestan atención.

—¿Alguna leyenda?

—No.

Me miró calculadoramente, como preguntándose si podría confiar en mí. De pronto tuve el convencimiento de que sabía algo que consideraba de la más grave importancia; y al mismo tiempo sentí la más extraña sensación de premonición y advertencia que jamás había experimentado. En ese instante la habitación entera pareció tensa, el aire electrizado.

—Si voy... ¿crees que podrías acompañarme?

—Supongo que podría arreglarlo.

—Bien. —Dio una vuelta o dos por la habitación, y sus ojos pensativos, cada vez que me miraban, denotaban incertidumbre e indecisión.

—Vamos, Laird... siéntate y tranquilízate. Este comportamiento de león enjaulado no es bueno para tus nervios.

Siguió mi consejo; se sentó, se cubrió la cara con las manos y se estremeció. Por un momento me sentí alarmado; pero abandonó esta actitud a los pocos segundos, se echó hacia atrás y encendió un cigarrillo.

—¿Conoces esas leyendas sobre el lago Rick, Jack?

Le aseguré que las conocía, así como la historia del lugar, desde el principio... es decir, todo lo que se había escrito sobre el asunto.

—¿Y esas noticias de los periódicos de que te he hablado?

Las noticias también. Las recordaba, dado que Laird había discutido conmigo el efecto que habían producido en su jefe.

—La segunda, la que se refiere a fray Piregard... —empezó, vaciló, y se calló. Pero luego, tras aspirar profundamente, prosiguió—: Como sabes, Gardner y yo fuimos al despacho del conservador una noche de la primavera pasada.

—Sí, yo estaba en el Este por entonces.

—Por supuesto. Bien, fuimos allí. El conservador quería enseñarnos algo. ¿Qué crees que era?

—No tengo ni idea. ¿Qué era?

—¡El cuerpo del árbol!

—¡NO!

—El corazón nos dio un salto. Allí estaba, con el tronco hueco y todo, tal como había sido encontrado. Lo habían transportado al museo para exhibirlo. Pero no fue exhibido jamás, naturalmente... por una poderosa razón. Cuando Gardner lo vio, creyó que se trataba de una figura de cera. Pero no.

—¿Quieres decir que era real?

Laird asintió.

—Sé que te parece increíble.

—No es posible.

—Pues sí, supongo que es imposible. Pero así era. Por eso no fue exhibido... así que lo enterraron.

—No me había enterado.

Se inclinó hacia adelante y dijo gravemente:

—Cuando lo trajeron tenía todo el aspecto de estar completamente conservado, como embalsamado por algún proceso natural. No era así. Estaba congelado. Comenzó a deshelarse aquella noche. Y había ciertos detalles que indicaban que fray Piregard no había muerto hacía trescientos años como decía su historia. El cuerpo empezó a descomponerse de mil maneras..., pero no se convirtió en polvo ni mucho menos. Gardner estimó que no hacía más de cinco años que habría muerto. Así que, ¿dónde había estado entretanto?

Era completamente sincero. Yo, al principio, no le había creído. Pero la inquietante seriedad de Laird impedía veleidad alguna por mi parte. De haber considerado su historia como una broma, como me sentía impulsado a creer, se habría cerrado como una concha y habría abandonado mi habitación para rumiar este asunto en secreto, con sabe Dios qué daño para sí. Durante un rato no dije absolutamente nada.

—Tú no lo crees.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo noto.

—No. Es difícil de creer. Digamos que creo en tu sinceridad.

—Al menos eres franco —dijo lúgubrementemente—. ¿Crees en mí lo bastante como para acompañarme al albergue y averiguar qué puede haber ocurrido allí?

—Sí, por supuesto.

—Pero creo que sería mejor que primero leyese estos extractos de las cartas de Gardner —los puso sobre mi mesa como un reto. Las había transcrito a una simple hoja de papel, y mientras la depositaba, siguió explicando muy deprisa que eran las cartas que Gardner le había escrito desde el albergue. Cuando terminó, cogí la hoja y leí:

No puedo negar que hay en el albergue, en el lago, y aun en el bosque, un aura de maldad, de peligro, de amenaza..., es algo más que eso, Laird; me gustaría explicártelo, pero mi fuerte es la arqueología y no la ficción. Porque habría que recurrir a la ficción, creo, para hacer justicia a esto que siento... Sí, hay veces en que tengo la clara sensación de que *alguien* o *algo* me vigila desde el bosque o desde el lago; en esto no estoy tan seguro como me gustaría, y aunque no me llega a inquietar, sin embargo es suficiente para hacerme vacilar. El otro día me las arregle para ponerme en contacto con el Viejo Peter, el mestizo. Estaba un poco bebido, pero cuando le mencioné el

albergue y el bosque, se encerró en sí mismo como una concha. Pero le dio nombre a lo que sentía: lo llamó el Wendigo... ya conoces esa leyenda que pertenece a la región franco-canadiense.

Ésta era la primera carta, escrita como a la semana de llegar Gardner al albergue abandonado del lago Rick. La segunda era muy breve, y fue enviada por correo especial:

¿Podrías cablegrafiarle a la Miskatonic University de Arkham, Massachusetts, para averiguar si hay disponible una fotocopia de un libro conocido como el *Necronomicón*, de un escritor árabe llamado al parecer Abdul Alhazred? Pregunta también por los *Manuscritos Pnakóticos* y el *Libro de Eibon*, y averigua si es posible comprar en alguna librería local un ejemplar de *The outsider and others*, de H. P. Lovecraft, publicado en Arkham House, el año pasado. Creo que estos libros, individual y colectivamente, pueden ayudar a determinar qué es exactamente lo que habita en este lugar. Porque *hay* algo; no puede haber error en esto; estoy convencido, y cuando te digo que creo que ese algo ha vivido aquí no durante años, sino durante siglos —quizá desde antes de la aparición del hombre— comprenderás que puedo encontrarme en el umbral de grandes descubrimientos.

Aunque esta carta era alarmante, la tercera lo era aún más. Entre la segunda y la tercera transcurrió un intervalo de un par de semanas, y era evidente que había sucedido algo que amenazaba la serenidad del profesor Gardner, ya que esta tercera carta evidenciaba, pese a tratarse de un párrafo, una extremada turbación.

Todo es perverso aquí... No se si se trata de la Cabra Negra de las Mil Crías o del Sin Rostro o algo distinto que camina sobre el viento. ¡Por amor de Dios, estos malditos fragmentos...! Hay algo en el lago, también, ¡y los ruidos de la noche! ¡Qué quietud, y luego, de pronto, esas horribles flautas, esos aullidos lastimeros! No se oye entonces ni un pájaro, ni un animal; ¡sólo esos ruidos espantosos! ¡Y las voces...! ¿O no es más que un sueño? ¿Es sólo mi propia voz, lo que oigo en la oscuridad...?

Me di cuenta de que yo mismo temblaba cada vez más, a medida que leía estos resúmenes. Las implicaciones y sugerencias que podían leerse entre las líneas que el profesor Gardner había escrito hacían pensar en una maldad terrible e inmemorial, y comprendí que ante Laird Dorgan y ante mí se abría una aventura tan increíble, tan extraña y tan imponderablemente peligrosa, que hacía muy probable que no regresáramos para contarla. No obstante, aun entonces abrigaba una secreta duda en

mi mente de que dijéramos nada sobre lo que encontraríamos en el lago Rick.

—¿Qué dices? —preguntó Laird con impaciencia.

—Que iré.

—¡Bien! Está todo preparado. He conseguido una grabadora y pilas suficientes para que funcione. Me he puesto de acuerdo con el jefe de policía del condado de Pashepaho para volver a colocar las notas de Gardner allí mismo y dejarlo todo tal como estaba.

—¿Una grabadora? —le interrumpí—. ¿Para qué?

—Para esos sonidos de los que habla... así podremos identificarlos de una vez por todas. Si se pueden oír, la grabadora los recogerá; si son meramente imaginarios, no —guardó silencio; sus ojos estaban muy graves—. Escucha, Jack; puede que no salgamos de este asunto con vida.

—Lo sé.

No dije nada porque sabía que Laird sentía también lo mismo que yo; pero iríamos como dos David enanos a enfrentarnos con un enemigo más grande que ningún Goliat, con un adversario invisible y desconocido, que no tenía nombre y estaba envuelto por la leyenda y el miedo, un morador no sólo de las oscuridades del bosque, sino de esa otra oscuridad aún mayor que la mente del hombre ha tratado de explorar desde sus albores.

## II

El sheriff Cowan estaba ya en el albergue cuando nosotros llegamos. Era un individuo alto, reservado, de raza claramente yanqui; aunque representaba a la cuarta generación de su familia en el área, hablaba con un acento gangoso que persistía evidentemente de generación en generación. El mestizo que le acompañaba era un tipo de piel oscura y aspecto desaliñado que de cuando en cuando enseñaba los dientes o sonreía como por algún chiste secreto.

—He traído los paquetes que hace tiempo le enviaron al profesor —dijo el sheriff—. Uno de ellos era de algún sitio de Massachusetts, y el otro de cerca de Madison. Me pareció que no valía la pena devolverlos. Así que cogí y los guardé junto con las llaves. No sé lo que ustedes encontrarán por ahí. Mis ayudantes y yo traspasamos la linde del bosque, pero no vimos nada.

—Pero cuéntelo todo —terció el mestizo con una mueca.

—No hay nada más que contar.



—¿Y lo de la piedra labrada?

El sheriff se encogió de hombros molesto.

—Maldita sea, Peter, eso no tiene nada que ver con la desaparición del profesor.

—Pero sacó un dibujo, ¿no?

Presionado de este modo, el sheriff confesó que dos de sus ayudantes habían encontrado una gran laja o roca en el centro del bosque; que estaba cubierta de musgo y hierba, pero sobre su superficie había labrado un dibujo extraño, y se veía claramente que era tan viejo como el bosque... obra probablemente de una de las primitivas tribus indias que, según se sabía, habitaron la región del norte de Wisconsin antes que los sioux Dakota y los winnebago...

El Viejo Peter gruñó con desprecio:

—No es un dibujo indio.

El sheriff rechazó con un gesto el comentario y prosiguió. El dibujo representaba una especie de criatura, pero nadie podía decir qué era; evidentemente, no se trataba de un hombre, aunque, por otra parte, no era peludo como un animal. Es más, el desconocido artista se había olvidado de ponerle rostro.

—Y al lado tenía dos seres —comentó el mestizo.

—No le hagan caso —dijo entonces el sheriff.

—¿Qué clase de seres? —preguntó Laird.

—Pues seres —contestó el mestizo con una mueca—. ¡Je, je! No se puede decir de otra forma... no eran personas, tampoco eran animales, así que eran seres.

Cowan estaba enojado. De pronto se puso violento; ordenó al mestizo que se callase, y siguió diciendo que si le necesitábamos estaría en su oficina de Pashepaho. No explicó cómo podíamos ponernos en contacto con él, puesto que no había teléfono en el albergue, pero evidentemente no hacía mucho caso de las leyendas que abundaban en la región en la que nos habíamos internado con tanta decisión. El mestizo nos miraba con una casi impasible indiferencia que tan sólo rompía periódicamente una mueca de astucia, y sus negros ojos examinaban nuestro equipaje con aguda evaluación e interés. Laird se encontraba con su mirada de cuando en cuando, cada vez que el Viejo Peter desviaba indolentemente los ojos. El sheriff seguía hablando, las notas y dibujos que el hombre desaparecido había hecho estaban en la mesa que había utilizado en la habitación grande, que ocupaba casi entera la planta baja del albergue, exactamente donde él los había encontrado; eran propiedad del Estado de Wisconsin y debíamos devolverlos a la oficina del sheriff cuando hubiésemos terminado con ellos. En el umbral, se volvió rápidamente para despedirse y nos dijo que esperaba que no permaneciésemos mucho tiempo allí, porque «aunque no acepto ninguna de esas ideas extravagantes... el lugar no resultó muy saludable para algunos de los que vinieron aquí».

—El mestizo sabe o sospecha algo —me dijo Laird en cuanto se marcharon—. Tenemos que ponernos en contacto con él cuando no esté el sheriff.

—¿No escribió Gardner que era bastante reservado cuando se trataba de

preguntarle datos concretos?

—Sí, pero indicó la solución: aguardiente.

Nos pusimos a trabajar para instalarnos; guardamos nuestras provisiones, montamos la grabadora y preparamos las cosas para pasar al menos un par de semanas; teníamos provisiones suficientes para ese tiempo, y si debíamos prolongar nuestra estancia siempre podíamos ir a Pashepaho a comprar más comida. Además, Laird había traído dos docenas de pilas para la grabadora, de modo que teníamos para tiempo indefinido, sobre todo teniendo en cuenta que no pensábamos conectarlas más que cuando nos fuésemos a dormir... y esto no sería con mucha frecuencia, pues habíamos acordado que uno de nosotros vigilaría mientras el otro descansara, plan en el que no confiábamos lo bastante como para considerarlo infalible, de ahí el aparato. Hasta que acomodamos nuestra impedimenta, no nos ocupamos de las cosas que había traído el sheriff; entretanto, tuvimos amplia oportunidad de captar la muy definida aurora del lugar.

Porque no era imaginación aquello de que reinaba un aura extraña en el albergue y alrededores. No era sólo la quietud presagiosa, casi siniestra, no sólo los altos pinos que se cernían sobre el albergue, no sólo las oscuras aguas, sino algo más: un callado, casi amenazador aire de espera, una especie de lejana seguridad ominosa... como podía uno imaginar lo que sentiría un halcón planeando serenamente por encima de su presa sabiendo que no iba a escapar de sus garras. Tampoco era ésta una impresión fugaz, pues se hizo evidente casi en seguida y aumentó de manera constante durante la hora o así que estuvimos ocupados; es más, se percibía con tanta claridad que Laird lo comentó como si se tratase de algo largo tiempo aceptado, ¡seguro que yo también lo sentía! Sin embargo, no había nada primitivo a lo que pudiese atribuirse. Hay miles de lagos como el Rick al norte de Wisconsin y de Minnesota, y aunque muchos de ellos no están en zonas forestales, los que sí lo están no difieren grandemente en su aspecto del de Rick; así que no había nada en el paraje que contribuyese en absoluto a esa soterrada sensación de horror que parecía invadirnos desde el exterior. Efectivamente, la puesta del sol era más bien lo contrario; bajo el sol del atardecer, el viejo albergue, el lago, el alto bosque de los alrededores, tenían un aire agradable de soledad... un aspecto que contrastaba con la intangible aurora de maldad, tanto más penetrante y terrible. La fragancia de los pinos, junto con el frescor del agua, contribuía también a acentuar la sutil sensación de amenaza.

Por último, nos ocupamos del material abandonado en el escritorio del profesor Gardner. Los paquetes postales contenían, como esperábamos, un ejemplar del *The outsider and others* de H. P. Lovecraft, expedido por los editores, y las fotocopias del manuscrito y las páginas impresas del *Texto de R'lyeh* y del *De vermibus mysteriis* de Ludig Prinn, al parecer enviados para completar los datos suministrados anteriormente al profesor por el bibliotecario de la Miskatonic University, pues encontramos además entre el material que nos trajo el sheriff, ciertas páginas del *Necronomicón* en su traducción de Olaus Wormius, así como de los *Manuscritos*

*Pnakóticos*. Pero no fueron estas páginas, en su mayoría ininteligibles para nosotros, las que nos llamaron la atención, sino las notas fragmentarias del propio profesor Gardner.

Era absolutamente evidente que no había tenido tiempo de hacer otra cosa que escribir las cuestiones y pensamientos tal como se le ocurrían; y aunque explicitaban poca cosa, sin embargo había en todo ello terribles sugerencias que adquirían dimensiones gigantescas al hacerse evidente aquello que no dejó consignado:

«¿Es la laja a) sólo una antigua ruina?, b) ¿una señal semejante a una lápida?, c) ¿o un punto focal para Él? En el último caso, ¿del exterior? ¿O de abajo? (NB: Nada indica que ese ser haya sido molestado). “Cthulhu o Kthulhut”. ¿En el lago Rick? ¿Pasadizo subterráneo al Superior y al mar vía San Lorenzo? (NB: Salvo la historia del aviador, nada indica que el Ser tenga conexión con el agua. Probablemente no es uno de los acuáticos).

»Hastur. Pero sus manifestaciones tampoco parecen haber sido de seres aéreos.

»Yog-Sothoth. Ciertamente de la tierra... pero no es el Morador de la Oscuridad. (NB: El Ser, sea lo que fuere, debe de pertenecer a las deidades de la tierra, aun cuando viaja en el tiempo y el espacio. Puede que haya más, y que sólo el terrestre se deje ver ocasionalmente. ¿Ithaqua, quizá?).

»El Morador de la Oscuridad. ¿Será éste el Ciego, el Sin Rostro? Desde luego, podría decirse que habita en la oscuridad. ¿Nyarlathep? ¿O Shub-Niggurath?

»¿Y del fuego qué? Debe de haber una deidad también. Pero no hay referencias (NB: Posiblemente, si los Seres Terrestres y Acuáticos se oponen a los Aires, entonces deben oponerse igualmente a los del Fuego. Sin embargo, hay pruebas aquí y allá que indican que hay más lucha constante entre los Seres del Aire y el Agua que entre los de la Tierra y el Aire). Abdul Alhazred es condenadamente oscuro en algunos pasajes. No existe una clave que facilite la identidad de Cthugha en esa terrible nota de pie de página.

»Partier afirma que sigo una pista equivocada. No me convence. Quienquiera que sea el que toca esa música por la noche es maestro en lo que atañe a cadencias y ritmos infernales. Y, sí, en cacofonías (Cf. Bierce y Chambers)».

Eso era todo.

—¡Qué galimatías más increíble! —exclamé.

Y no obstante... y no obstante, comprendía que no era un galimatías. Aquí había cosas extrañas, cosas que requerían una explicación extraterrena; y aquí, en las notas manuscritas de Gardner, estaba la prueba que indicaba que no sólo había llegado a la misma conclusión, sino que la rebasaba. Sonata a lo que sonase, Gardner lo había escrito con toda seriedad, y evidentemente para uso personal, tan sólo, ya que lo único claro eran los rasgos más vagos y genéricos. Por otra parte, las notas produjeron un efecto tremendo en Laird; se había quedado impresionantemente pálido, y ahora las miraba como si no diese crédito a lo que había visto.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Jack... él estaba en contacto con Partier.

—No consta —contesté, pero aun mientras hablaba, recordé el secreto que siguió a la separación del viejo profesor Partier de la Universidad de Wisconsin. La prensa había divulgado la noticia de que el anciano había sido un poco demasiado liberal en sus clases de antropología... es decir, que era de «¡tendencia comunista!», cosa que todos los que conocían a Partier sabían que estaba muy lejos de la realidad. Pero él había dicho cosas extrañas en sus clases, había hablado de cuestiones horribles y prohibidas, y las autoridades académicas consideraron como más prudente alejarle en silencio. Por desgracia, Partier armó un alboroto, cosa muy propia de su carácter, y resultó imposible tapar el asunto satisfactoriamente.

—Ahora vive en Wausau —dijo Laird.

—¿Crees que podría traducir todo esto? —pregunté, y me di cuenta de que acababa de expresar los pensamientos de Laird.

—Está a tres horas de viaje en coche. Copiaremos estas notas, y si no ocurre nada... si no descubrimos nada, iremos a verle.

¡Si no sucedía nada!

Si el albergue nos había parecido tenso con su atmósfera ominosa, por la noche nos pareció sobrecargado de amenaza. Por otra parte, los incidentes comenzaron a sucederse súbita e insidiosamente a partir de la media tarde, cuando Laird y yo estábamos sentados ante esas extrañas fotocopias enviadas por la Miskatonic University *au lieu* de los libros y manuscritos propiamente dichos, demasiado valiosos como para autorizar que saliesen de su refugio. La primera manifestación fue tan simple que, durante un rato, ninguno de los dos notó nada raro. Fue sencillamente el rumor de los árboles como cuando se levanta viento, un creciente gemido entre los pinos. La noche era cálida, y todas las ventanas del albergue estaban abiertas. Laird hizo un comentario acerca del viento, y siguió hablando sobre su perplejidad respecto a los fragmentos que teníamos delante. Hasta que no transcurrió media hora, y el rumor del aire se elevó y adquirió las proporciones de un viento más bien fuerte, no reparó Laird en ello y alzó los ojos, yendo su mirada de una a otra ventana con inquietud. Fue entonces cuando me di cuenta yo también.

¡A pesar del ruido, no se notaba en la habitación ninguna corriente, ni ninguna de las ligeras cortinas de las ventanas hizo otra cosa que temblar levemente!

Con un movimiento simultáneo, nos dirigimos a la amplia terraza del albergue.

No hacía viento: ni el más leve soplo llegaba a rozar nuestras manos y nuestras caras. Sólo se oía el rumor del bosque. Y los dos miramos hacia donde los pinos se recortaban contra el firmamento salpicado de estrellas, esperando ver inclinarse sus copas ante la creciente ráfaga; pero no se percibía movimiento alguno; los pinos estaban quietos, inmóviles; mientras, el rumor como de viento seguía en torno nuestro. Permanecimos en la terraza durante media hora, tratando en vano de determinar la procedencia del ruido... y entonces, del mismo modo repentino que había comenzado, ¡paró!

Eran casi las doce de la noche, y Laird se dispuso a meterse en la cama; había dormido poco la noche anterior, y acordamos que yo haría la primera guardia hasta las cuatro de la madrugada. Ninguno de los dos comentó el ruido de los pinos, pero lo que dijimos indicaba un deseo de creer que había una explicación natural para dicho fenómeno, si podíamos establecer un punto de referencia para comprenderlo. Era inevitable, supongo, que ante todos estos hechos singulares que llamaban nuestra atención, hubiese en nosotros un serio anhelo de encontrarles explicación natural. Ciertamente, el más viejo y más grande temor del que es presa el hombre es el temor a lo desconocido; todo lo que es susceptible de racionalización y explicación deja de ser temido; pero, hora tras hora, se iba haciendo más patente que nos enfrentábamos con algo que desafiaba toda racionalización y todo credo, y que dependía de un sistema de creencias anterior incluso al hombre primitivo; efectivamente, según las diversas alusiones de las páginas fotocopiadas de la Miskatonic University, era anterior incluso a la Tierra misma. Por otro lado, estaba aquella tensión, aquella ominosa sensación de amenaza de algo que estaba infinitamente más allá del alcance de una inteligencia tan limitada como la del hombre.

Así que me dispuse a iniciar mi vigilia con cierto nerviosismo. Cuando Laird se hubo retirado a su habitación —que estaba junto al remate de la escalera y cuya puerta daba a un corredor con balaustrada que se asomaba a la sala donde yo me encontraba leyendo, un poco al azar, un libro de Lovecraft—, me entró una especie de sensación de tensa expectativa. No es que temiese que fuera a ocurrir algo, sino más bien tenía miedo de no encontrar explicación a lo que ocurriese. Sin embargo, a medida que transcurrían los minutos, me fui enfrascando en *The Outsider and Others*, con sus infernales alusiones a una maldad inmemorial, a entidades coexistentes a todos los espacios, y empecé a captar, aunque vagamente, una relación entre los escritos de este creador de fantasías y las extrañas anotaciones que el profesor Gardner había dejado. Lo más inquietante era el saber que el profesor Gardner había escrito sus notas independientemente del libro que ahora estaba leyendo yo, puesto que había llegado después de su desaparición. Además, aunque había ciertas claves para lo que Gardner había escrito en el primer material que había recibido de la Miskatonic University, aumentaba ahora el número de pruebas que indicaban que el profesor había tenido acceso a alguna otra fuente de información.

¿Cuál era esa fuente? ¿Llegó a saber algo por medio del Viejo Peter? Era muy poco probable. ¿Acudió tal vez a Partier? No parecía imposible, aunque no se lo había comunicado a Laird. Sin embargo, no debía darse por supuesto que hubiese establecido contacto con alguna otra fuente de información sin haber hecho ninguna alusión a dicha fuente en sus notas.

Estando enfrascado en estas absorbentes especulaciones, me di cuenta de la música. Tal vez hacía rato que estaba sonando, antes de que me percatase, pero no lo creo. Era una extraña melodía lo que tocaban, que empezaba arrulladora y armoniosa, y luego, sutilmente, se volvía cacofónica y demoníaca, el ritmo se hacía más vivo,

aunque me llegaba siempre como desde una gran distancia. La escuché con creciente asombro; al principio no me di cuenta de la sensación de malignidad que se abatía sobre mí, hasta que salí y comprobé que la música provenía de las profundidades del oscuro bosque. Entonces tuve conciencia de su carácter preternatural: era una melodía ultraterrena, absolutamente singular y extraña, y los instrumentos parecían flautas; en todo caso, alguna variante de la flauta.

Hasta ese momento, no hubo realmente nada alarmante. O sea, no hubo otra cosa que el temor inspirado por esos dos hechos. En resumen, había posibilidad de que existiese una explicación natural tanto para el rumor del viento como para la música.

Pero ahora, de pronto, ocurrió algo tan horrible, tan aterrador, que inmediatamente me sentí presa del más terrible miedo experimentado por el hombre, de un horror primitivo que surgía de lo desconocido, del exterior... porque si había abrigado dudas sobre los seres a que aludían las notas de Gardner y el material que las acompañaba, ahora supe instintivamente que eran infundadas, pues el sonido que sucedió a las melodías de aquella música ultraterrena fue de naturaleza tal que desafiaba toda descripción, y aún la desafía ahora. Fue simplemente un ulular espantoso, imposible de ser producido por un animal conocido del hombre. Se elevó en horrible crescendo y decreció hasta apagarse en un silencio aún más terrible que el paralizante lamento. Empezó con una llamada compuesta de dos notas, repetida dos veces, de manera espantosa: «*¡Y gnaiih! ¡Y gnaiih!*», que luego se convirtió en un grito lastimero, triunfal, que brotó como un aullido del bosque y se propagó en la noche como la voz tremenda del propio abismo: «*Eh-ya-ya-ya-yahaaahaaahaaahaaah-ah-ah-ah ngh'aa-ng'haa-ya-ya-ya...*».

Permanecí un minuto absolutamente helado en la terraza. No habría podido proferir un sonido aun si mi vida hubiese dependido de ello. La voz había cesado, pero los árboles parecieron repetir todavía las sílabas espantosas. Oí saltar a Laird de la cama, le oí correr escaleras abajo gritando mi nombre, pero no fui capaz de contestar. Salió a la terraza y me agarró del brazo.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso?

—¿Lo has oído?

—De sobra.

Seguimos aguardando por si sonaba otra vez, pero no se repitió. Tampoco se repitió la música. Regresamos a la sala de estar y esperamos allí, incapaces de acostarnos ninguno de los dos.

¡Pero no hubo ningún incidente más durante el resto de la noche!

### III

Los sucesos de esa primera noche decidieron más que ninguna otra cosa el curso del siguiente día. Pues, al comprender lo mal informados que estábamos para hacernos cabal idea de lo que estaba ocurriendo, Laird preparó la grabadora para la segunda noche, y salimos para Wausau con el fin de visitar al profesor Partier y regresar al día siguiente. Como medida de previsión, Laird se llevó consigo la copia de las notas que Gardner había dejado, pese a lo escuálidas que eran.

Al principio, el profesor Partier se mostró contrariado al vernos; finalmente, nos hizo pasar a su despacho, en el corazón de Wisconsin, y despejó de libros y papeles dos sillas para que nos sentásemos. Aunque tenía aspecto de anciano, con una larga barba blanca y un fleco de pelo cano asomando por debajo del gorro negro que cubría su cráneo, era tan ágil como un joven; era delgado, y tenía los dedos huesudos y la cara chupada, con unos ojos hundidos y negros, y su semblante mostraba una expresión de profundo cinismo, desdén, casi de desprecio, y no hizo el menor esfuerzo para que nos sintiéramos a gusto, aparte de darnos un sitio donde sentarnos. Reconoció a Laird como el secretario del profesor Gardner, dijo bruscamente que era un hombre ocupado y que preparaba lo que indudablemente sería su último libro, y que nos agradecería que le expusiésemos el objeto de nuestra visita lo más escuetamente posible.

—¿Qué es lo que sabe usted sobre Cthulhu? —preguntó Laird bruscamente.

La reacción del profesor fue asombrosa. La actitud del anciano, que antes había sido de superioridad y lejano desdén, se volvió instantáneamente cautelosa y alerta; con exagerado cuidado, dejó el lápiz que tenía en las manos, sin apartar sus ojos ni una sola vez del rostro de Laird, y se inclinó hacia adelante un poco sobre la mesa.

—Por eso —dijo— acuden ustedes a mí. —Se echó a reír entonces, con una risa que era como el cacareo de un carcamal—. Acuden a mí para preguntarme qué sé sobre Cthulhu. ¿Por qué?

Laird explicó brevemente que estábamos decididos a averiguar qué le había sucedido al profesor Gardner. Contó lo que consideró imprescindible mientras el anciano cerraba los ojos, tomaba el lápiz una vez más y, golpeando suavemente con él, escuchaba con cuidadosa atención, animando de vez en cuando a Laird para que siguiese. Cuando éste hubo terminado, el profesor Partier abrió los ojos lentamente y nos miró a los dos con una expresión que no estaba muy lejos de la compasión y el dolor.

—Así que me citó a mí, ¿eh? Pero yo no he tenido contacto con él más que por teléfono —frunció los labios—. Y se refirió más a una antigua controversia que a sus descubrimientos en el lago Rick. Ahora quisiera darles un pequeño consejo.

—A eso es a lo que hemos venido.

—Abandonen ese lugar, y olvídense de todo eso.

Laird movió negativamente la cabeza con decisión.

Partier le miró calculadoramente; sus ojos oscuros desafiaron su determinación; pero Laird no vaciló. Se había embarcado en esta aventura, y estaba dispuesto a llegar hasta el final.

—No son ésas fuerzas con las que el hombre corriente está acostumbrado a enfrentarse —dijo entonces el anciano—. Sinceramente, no estamos preparados para ello.

Entonces empezó, sin más preámbulos, a hablar de cuestiones tan alejadas de lo mundano que casi rayaban en lo inimaginable. En efecto, transcurrió un rato antes de que comenzara yo a comprender de qué hablaba, pues sus conceptos eran tan amplios y sobrecogedores que resultaban difíciles de captar para una persona acostumbrada a una vida prosaica como yo. Quizá fuera porque Partier empezó insinuando veladamente que no era Cthulhu, ni sus esbirros, quienes moraban en el lago Rick, sino otro ser muy distinto; la existencia de la losa y lo que tenía labrado encima indicaban claramente la naturaleza del ser que moraba allí de tiempo en tiempo. El profesor Gardner parecía haber dado con la verdadera pista, aunque Partier no lo creía. ¿Quién era el Ciego, el Sin Rostro, sino Nyarlathotep? Desde luego, no era Shub-Niggurath, la Cabra Negra de las Mil Crías.

Aquí Laird le interrumpió para rogarle que fuese más explícito, y entonces, comprendiendo finalmente que nosotros no sabíamos nada, el profesor siguió explicando mitología en esos términos irritables y velados... mitología de una vida prehumana, no sólo de la Tierra, sino de las estrellas de todo el universo.

—No sabemos nada —repetía de cuando en cuando—. No sabemos nada en absoluto. Pero hay signos, lugares... el lago Rick es uno de ellos.

Habló de seres cuyos nombres eran espantosos, de los Dioses Primigenios que viven en Betelgeuse, en una remota región en el tiempo y el espacio, los cuales habían arrojado a los espacios a los Primordiales, guiados por Azathoth y Yog-Sothoth, y entre quienes se contaba la fuerza primordial del anfibio Cthulhu, de los quirópteros seguidores de Hastur el Innombrable, de Lloigor, Zhar e Ithaqua, el que cabalgaba en los vientos y los espacios sidéreos, de los seres elementales de la Tierra, de Nyarlathotep y Shub-Niggurath —seres malvados que siempre trataban una vez más de derrotar a los Dioses Arquetípicos, que les habían expulsado o encarcelado—, y de cómo Cthulhu dormía desde hacía muchísimo tiempo en el reino oceánico de R'lyeh, y de cómo Hastur fue encarcelado en una estrella negra próxima a Aldebarán, en las Híades. Mucho antes de que los seres humanos caminaran sobre la tierra, tuvo lugar el conflicto entre los Dioses Arquetípicos y los Primordiales, y de tiempo en tiempo los Primordiales han resurgido y aspirado a imponerse, unas veces para ser detenidos por intervención directa de los Dioses Primigenios, pero más frecuentemente por intermedio de seres humanos o no humanos que se prestaban a provocar la disensión entre los seres elementales, pues según indicaban las notas de Gardner, los malvados Dioses Primordiales eran fuerzas elementales. Pero cada vez había habido una resurrección, cuya señal quedaba hondamente impresa en la



memoria del hombre... y en cada una de ellas habían pretendido eliminar la prueba, así como a los apacibles supervivientes.

—¿Qué ocurrió en Innsmouth, Massachusetts, por ejemplo? —preguntó tensamente—. ¿Qué ocurrió en Dunwich? ¿En las tierras vírgenes de Vermont? ¿O en la vieja casa de Turtle, en el pico de Aylesbury? ¿Qué hay del misterioso culto de Cthulhu, y del absolutamente extraño viaje de exploración de las montañas de la Locura? ¿Qué seres habitaron la oculta y misteriosa meseta de Leng? ¿Y la ciudad de Kadath en la Inmensidad Fría? ¡Lovecraft lo sabía! Gardner y muchos otros han tratado de descubrir todos esos secretos, han tratado de establecer una conexión entre los increíbles acontecimientos ocurridos aquí y allá, por toda la faz del planeta..., pero los Primordiales no quieren que simples hombres lleguen a saber demasiado. ¡Así que quedan ustedes advertidos!

Cogió las notas de Gardner sin darnos ocasión a ninguno de los dos de decir nada, y las estudió, colocándose unos lentes con montura de oro que le dieron un aspecto aún más viejo, y siguió hablando más bien consigo mismo que con nosotros, y dijo que afirmaba que los Primordiales habían alcanzado en ciertos aspectos un grado de desarrollo científico más grande que el que hasta ahora se consideraba posible; pero que, por supuesto, no se sabía nada. La forma con que recalcaba estas palabras indicaba bien a las claras que sólo un necio o un idiota podría permanecer incrédulo, tuviese pruebas o no. Pero a renglón seguido admitió que había una prueba: la placa repugnante que tenía grabada la representación de una monstruosidad infernal caminando sobre los vientos por encima de la tierra, encontrada en las manos de Josiah Alwyn cuando descubrieron su cuerpo en una pequeña isla del Pacífico, meses después de su increíble desaparición de su casa de Wisconsin; los dibujos trazados por el profesor Gardner eran otra... y sobre todo, aquella extraña losa labrada del bosque vecino al lago Rick.

—Cthugha —murmuró entonces, pensativo—. No he leído la nota de pie de página a la que hace referencia. Y en Lovecraft no hay nada —negó con la cabeza—. ¿No podrían sonsacarle algo al mestizo?

—Ya hemos pensado en eso —admitió Laird.

—Bien, entonces les aconsejo que lo intenten. Parece evidente que él sabe algo... puede que no sean más que exageraciones debidas a su mentalidad primitiva; pero por otro lado... ¿quién sabe?

El profesor Partier no pudo o no quiso decirnos más. Por otra parte, Laird desistió de seguir preguntándole, ya que era evidente que había una relación tremendamente inquietante entre lo que había revelado, por increíble que fuese, y lo que el profesor Gardner había escrito.

Nuestra visita, no obstante, a pesar de lo poco fructífera que fue —o quizá precisamente por ello—, produjo un singular efecto en nosotros. La misma vaguedad de las notas y comentarios del profesor, junto con la prueba fragmentaria e inconexa que nos había llevado independientemente por parte de Partier, nos devolvió la

serenidad y afianzó a Laird en su determinación de llegar al fondo del misterio que rodeaba a la desaparición de Gardner, misterio que ahora se había ampliado para abarcar el misterio aún mayor del lago Rick y del bosque que lo rodeaba.

Al día siguiente volvimos a Pashepaho, y quiso la suerte que nos cruzáramos con el Viejo Peter en la carretera que salía del pueblo. Laird aminoró la marcha, retrocedió y sacó la cabeza para encararse con la mirada escrutadora del viejo.

—¿Le llevo?

—De acuerdo.

Subió el Viejo Peter y se sentó en el borde del asiento hasta que Laird, sin protocolos de ningún género, sacó una botella y se la ofreció; entonces sus ojos se iluminaron; la cogió ansiosamente y echó un buen trago, mientras Laird se puso a charlar sobre la vida en los bosques del norte, animando al mestizo a que hablase de los yacimientos minerales que según él podían descubrirse en las proximidades del lago Rick. De este modo recorrimos buena parte del trayecto, sin que el mestizo soltase la botella, hasta que, finalmente, estuvo casi vacía. No se le notaba embriagado en el estricto sentido de la palabra, pero hablaba sin prejuicios, y no protestó cuando cogimos la carretera hacia el lago sin detenernos para que se bajase; aunque, cuando vio el albergue y supo dónde estaba, dijo estropajosamente que se había alejado de su camino, y que tenía que regresar antes de que se hiciese de noche.

Se habría marchado inmediatamente, pero Laird le convenció para que entrase, con la promesa de que le prepararía un buen vaso.

Entramos. Le preparó la bebida más fuerte que pudo, y Peter sucumbió.

Cuando empezó a sentir los efectos del alcohol, Laird abordó el tema y dijo que Peter sabía algo sobre el misterio de la región del lago Rick, e inmediatamente el mestizo enmudeció, farfullando que no diría nada, que no había visto nada, que todo era una mentira, mientras sus ojos iban de uno de nosotros al otro.

Pero Laird insistió. Había visto la losa de piedra tallada, ¿verdad? Sí... dijo de mala gana. ¿Quería llevarnos a ella? Peter negó con la cabeza violentamente. Ahora no. Era casi el atardecer; podía hacerse de noche antes de regresar. Pero Laird era duro como el diamante. Y convencido por la insistencia de Laird de que podíamos estar de regreso en el albergue y hasta en Pashepaho, si Peter quería, antes de la caída de la noche, consintió en llevarnos a la losa. Entonces, a pesar de su estado, se internó rápidamente en el bosque, tomó un sendero que apenas merecía el nombre de rastro por lo débil que era, y galopó por él invariablemente durante casi una milla, antes de detenerse. Entonces, situándose detrás de un árbol, como si temiese que le vieran, señaló temblorosamente un pequeño calvero rodeado de árboles corpulentos, lo bastante amplio como para dejar visible el firmamento por arriba.

—Ahí... ésa es.

La losa se veía sólo parcialmente, pues el musgo la había cubierto en gran parte. Laird, sin embargo, se interesaba por ella de manera secundaria en este momento; era evidente que el mestizo estaba mortalmente aterrado y sólo tenía deseos de huir.

—¿Te gustaría pasar la noche aquí, Peter? —preguntó Laird.

El mestizo le dirigió una mirada aterrada.

—¿A mí? ¡Dios, no!

De pronto, la voz de Laird se endureció:

—Pues a menos que nos digas qué viste aquí, eso es lo que vas a hacer.

El mestizo no estaba tan embriagado como para no prever lo que podía pasar: la posibilidad de que Laird y yo le cogiésemos y le atásemos a un árbol del borde de este calvero. Sencillamente, pensó en echar a correr, pero sabía que en su estado no podría dejarnos atrás.

—No me hagan hablar —dijo—. Son cosas que no deben contarse. No se las he contado jamás a nadie... ni siquiera al profesor.

—Queremos saberlas, Peter —dijo Laird amenazador.

El mestizo empezó a temblar; se volvió y miró la losa como si creyese que podía surgir de allí en cualquier momento un ser hostil y abalanzarse sobre él con intenciones homicidas.

—No puedo, no puedo —murmuró; y luego, clavando sus ojos sanguinolentos en los de Laird una vez más, dijo en voz baja—: No sé lo que era. ¡Dios!, pero era espantoso. Era un Ser... no tenía rostro; estuvo aullando hasta que creí que se me iban a reventar los tímpanos; y luego, aquellas criaturas que tenía a su alrededor... ¡Dios! —se estremeció y se apartó del árbol reuniéndose con nosotros—. Ahí, ahí lo vi una noche. Salió, al parecer, del aire, y hubo cánticos y lamentos, y las criaturas tocaban una música infernal. Creo que me volví loco durante un rato, antes de marcharme —su voz se quebró, su mirada excitada evocó las imágenes de las cosas que había visto; se volvió, gritando destempladamente—: ¡Vámonos de aquí!

Y echó a correr por donde habíamos venido, saltando entre los árboles.

Laird y yo corrimos tras él y le cogimos en seguida; Laird le aseguró que le sacaríamos del bosque en coche, y que estaría lejos de allí antes de que se nos echara encima la noche. Laird estaba tan convencido como yo de que no eran figuraciones lo que el mestizo había contado, que, efectivamente, nos había referido todo lo que sabía; y permaneció callado durante todo el trayecto desde el camino donde dejamos al Viejo Peter, después de obligarle a que tomara cinco dólares para que olvidase con el alcohol, que tanto le gustaba, lo que había visto.

—¿Qué te parece? —me preguntó Laird cuando llegamos al albergue.

Moví negativamente la cabeza.

—El lamento de anteanoche —dijo Laird—. Las cosas que oyó el profesor Gardner... y ahora esto. Todo encaja condenadamente, horriblemente —se volvió hacia mí con intensa y perentoria urgencia—. Jack, ¿te atreverías a visitar esa losa esta noche?

—Por supuesto.

—Pues iremos.

Hasta que no entramos en el albergue, no se nos ocurrió pensar en la grabadora;

entonces Laird rebobinó y la preparó para reproducir lo que hubiese quedado grabado hasta nuestro regreso. Esto al menos, comentó él, no dependía en absoluto de la imaginación de nadie; esto era producto de la máquina pura y simple, y cualquier persona inteligente sabía muy bien que las máquinas eran muchísimo más fiables que los hombres, dado que no tenían ni nervios ni imaginación, ni sabían nada del miedo o la esperanza. A lo sumo, contábamos con oír una repetición de los sonidos de la noche anterior; ni en nuestros más disparatados sueños habríamos podido prever lo que oímos en realidad, pues la grabación se elevó de lo prosaico a lo increíble, de lo increíble a lo horrible, y por último, a un cataclismo de revelación que borró por completo en nosotros toda fe en la existencia normal.

Empezamos con un ocasional concierto de somorgujos y búhos, seguido de un periodo de silencio. Luego se oyó una vez más el rumor prolongado y familiar como de viento entre los árboles, y a continuación vino la extraña cadencia cacofónica de las flautas. Después, había grabada una serie de gritos que transcribo aquí exactamente tal y como los oímos en aquella inolvidable noche:

*¡Y gnaiih! ¡Y gnaiih! ¡EEE-ya-ya-ya-Yahaahaa-haaahaaa-ah-ah-ah-ngh'aaa-ngh'-aaa-ya-ya-aaa!* (con voz que no era humana ni bestial, aunque tenía ambas calidades).

(Un tipo de música creciente, que se volvía más salvaje y demoníaca por momentos).

*Poderoso Mensajero... Niarlathotep, del mundo de los Siete Soles a este lugar terrestre, el bosque de N'gai, adonde puede venir El Que No Debe Ser Nombrado... Habrá abundancia de aquellos que vienen de la Cabra Negra de los Bosques, la Cabra Negra de las Mil Crías... (esto con una voz que era curiosamente humana).*

(Una sucesión de sonidos singulares, como si se tratase de la alternancia que resulta al escuchar y responder; un zumbido y susurros como de cables telegráficos).

*¡Ia! ¡Ia! ¡Shub-Niggurath! Y gnaiih! ¡Y gnaiih! ¡EEE-yaa-yaa-haa-haaa-haaaa!* (con la voz de antes, ni humana ni bestial, sino ambas cosas a la vez).

*Ithaqua te servirá, Padre del millón de los favorecidos, y Zhar será llamado de Arturo por mandato de 'Umr At-Tawil, Guardián de la Entrada... Te unirás en alabanza de Azathoth, del Gran Cthulhu, de Tsathoggua... (con voz humana otra vez).*

*Sal en forma suya, o en cualquier otra que quieras elegir como hombre, y destruye aquello que pueda conducirles a nosotros... (con voz medio bestial, medio humana una vez más).*

(Un intervalo de furiosa melodía acompañada nuevamente de un ruido como de batir de grandes alas).

*¡Y gnaiih! Y bthnk... h'ehye-n'grkdl'lh... ¡Ia! ¡Ia! ¡Ia!* (como un coro).

Estos sonidos estaban espaciados de tal modo que parecía como si los seres que los producían anduviesen por dentro o los alrededores del albergue, y el último cántico se perdió como si esas mismas criaturas se alejaran. Efectivamente, siguió un intervalo de silencio tan largos que Laird se levantó para desconectar el aparato, cuando surgió una voz de nuevo. Pero la voz que brotó ahora de la grabadora fue de tal naturaleza que, por sí misma, nos produjo de una vez todo el horror contenido en lo que había precedido; pues fuera lo que fuese lo que pudiese inferirse de los bramidos y cánticos semibestiales, la horriblemente sugestiva conversación en acusado inglés que ahora brotó de la grabadora resultaba indeciblemente aterradora:

—*¡Dorgan! ¡Laird Dorgan! ¿Puedes oírme?*

Fue un áspero, urgente susurro que llamaba a mi compañero que ahora estaba con el rostro blanco y la mirada fija en el aparato, sobre el cual tenía aún la mano en suspenso. Nuestras miradas se cruzaron. No era una súplica, no era nada de lo que había ocurrido antes; era la identidad de aquella voz... *¿porque era la voz del profesor Gardner!* Pero no tuvimos tiempo de reflexionar sobre el hecho, porque la grabadora siguió mecánicamente.

—*¡Escúchame! Deja este lugar. Olvídalo. Pero antes de irte, invoca a Cthugha. Durante siglos ha sido éste el sitio donde seres perversos del cosmos más exterior tocaron la Tierra. Lo sé. Soy de ellos. Se han apoderado de mí, como hicieron con Piregard y muchos otros, todos los cuales se internaron imprudentemente en su bosque, y no fueron destruidos inmediatamente. Éste es Su bosque: el bosque de N'gai, la morada terrestre del Ciego, del Sin Rostro, del Aullador de la Noche, del Morador de la Oscuridad, Nyarlathotep, quien sólo teme a Cthugha. He estado con él en los espacios estelares. He estado en la oculta meseta de Leng, en Kadath de la Inmensidad Fría, más allá de las Puertas de la Llave de Plata, incluso en Kythamil, cerca de Arturo y Mnar, en N'Kai y el lago de Hali, en K'n-yan y la fabulosa Carcosa, en Yaddith y en Y'ha-nthlei, próxima a Innsmouth, en Yoth y en Yuggoth, y he contemplado de lejos Zothique desde el ojo de Algod. Cuando Fomalhaut corone los árboles, invoca a Cthugha con estas palabras, repitiéndolas tres veces: «*¡Ph'nglui mglw'nafh Cthugha Fomalhaut n'gha-gha naf'l thagn! ¡Ia! ¡Crhugha!*». Cuando él acuda, corre, no vayas a ser destruido tú también. Porque es conveniente que este lugar maldito sea arrasado de modo que Nyarlathotep no venga más de los espacios interestelares. ¿Me oyes, Dorgan? ¿Me oyes? ¡Dorgan! ¡Laird Dorgan!*

Hubo un súbito ruido de viva protesta, seguido de otro como de alboroto y forcejeo, como si se hubiesen llevado a Gardner a la fuerza; luego, ¡siguió el silencio más completo y total!

Laird dejó correr la cinta durante unos minutos, pero no había nada más.

Finalmente desconectó el aparato y dijo muy tenso:

—Creo que será mejor que transcribamos eso lo mejor posible. Toma nota de todas las frases, y después copiaremos esa fórmula de Gardner.

—¿Era...?

—Reconocería su voz en cualquier parte —dijo brevemente.

—¿Está vivo, entonces?

Me miró; sus ojos se entrecerraron.

—Eso no lo sabemos.

—¡Pero ésa es su voz!

Movió negativamente la cabeza, pues empezaban los sonidos otra vez, y nos dedicamos los dos a copiar, tarea que resultó más fácil de lo que parecía al principio porque las pausas entre las frases eran lo bastante grandes como para permitirnos copiar sin apresuramientos. El lenguaje de los cánticos y las palabras dirigidas a Cthugha pronunciadas por la voz de Gardner presentaron enorme dificultad, pero merced a las múltiples repeticiones conseguimos transcribir el equivalente aproximado de los sonidos. Cuando finalmente hubimos terminado, Laird desconectó la grabadora y me miró con ojos extraños y turbados, llenos de inquietud e incertidumbre. No dije nada; lo que acabábamos de escuchar, unido a todo lo que había ocurrido anteriormente, no nos dejaba alternativa. Cabía dudar de las leyendas, creencias y demás; pero la inequívoca grabación de la cinta era concluyente, aun cuando no hiciera otra cosa que corroborar consejas oídas a medias, pues, efectivamente, no había aún nada concreto; era como si todo estuviese tan absolutamente fuera de la capacidad de comprensión del hombre que sólo en la velada sugerencia de partes aisladas podía entenderse algo, como si la totalidad fuese inexpresablemente agotadora para que la soportase la mente humana.

—Fomalhaut sale casi en el crepúsculo; un poco antes, creo —reflexionó Laird; evidentemente, igual que yo, había aceptado que acabábamos de oír incuestionablemente el misterio que ocultaba su significado—. La veríamos por encima de los árboles (probablemente quedará a veinte o treinta grados del horizonte, porque no pasa lo bastante cerca del cenit en estas latitudes para que salga por encima de los pinos) aproximadamente una hora después de la caída de la noche. Digamos a las nueve treinta o así.

—¿No estarás pensando en intentarlo esta noche? —pregunté—. Al fin y al cabo, ¿qué significa? ¿Quién o qué es Cthugha?

—No sé más que tú, y no voy a intentarlo esta noche. Has olvidado la losa. ¿Estás aún dispuesto a ir allí... después de esto?

Asentí. No me atreví a hablar, pero no me consumía el deseo de desafiar la oscuridad que se extendía como una criatura viviente por el bosque que rodeaba el lago Rick.

Laird miró su reloj y luego a mí, y sus ojos ardían ahora con una especie de febril determinación, como si se esforzase en tomar este paso final de enfrentarse a ese ser

desconocido cuyas manifestaciones se habían posesionado del bosque. Si esperaba que yo vacilase, le decepcioné; por muy acosado por el miedo que me sintiese, no deseaba manifestarlo. Me levanté y salí del albergue en su compañía.

## IV

Hay aspectos de la vida oculta, tanto del exterior como de las profundidades de la mente, que es preferible mantener en secreto y lejos del conocimiento del hombre común; pues en los lugares más oscuros de la Tierra acechan terribles deseos, horribles *revenants* de un estrato del subconsciente, por fortuna fuera del ámbito del hombre medio... En efecto, hay aspectos de la creación tan grotescamente estremecedores que su misma visión haría perder la razón al que los contemplara. Afortunadamente, no es posible evocar más que como una sugerencia lo que vimos en la losa del bosque del lago Rick aquella noche de octubre, porque fue todo tan increíble, rebasó a tal punto todas las leyes conocidas de la ciencia, que no existen en el lenguaje humano palabras adecuadas para describirlo.

Llegamos al círculo de árboles que rodeaba la losa mientras las últimas claridades se demoraban aún en el cielo de poniente, y con ayuda de la linterna que Laird traía consigo examinamos la superficie de la losa y lo que había tallado en ella: un ser inmenso y amorfo, trazado por un artista que, evidentemente, carecía de suficiente imaginación para diseñar el rostro de la criatura, ya que lo había dejado sin él, perfilando sólo una curiosa cabeza cónica que incluso en piedra parecía dotada de una enervante fluidez; además, la criatura estaba representada con apéndices tentaculares y manos... o excrecencias semejantes a manos; pero no tenía dos, sino varias, de suerte que en su conformación parecía a la vez humana y no humana. Junto a ella había talladas dos figuras agazapadas parecidas a calamares, y de una parte de ellas —probablemente de sus cabezas, aunque su silueta no estaba claramente definida— surgían lo que seguramente podía ser alguna clase de instrumentos musicales, dado que estos extraños y repugnantes seres parecían tocarlos.

Nuestra inspección fue necesariamente precipitada, puesto que no queríamos arriesgarnos a que nos viera aquí quien pudiese venir, y quizá, dadas las circunstancias, influyera en nosotros también la imaginación. Pero no creo. Es difícil sostener eso coherentemente, sentado aquí ante mi mesa, alejado en el espacio y el tiempo de cuanto allí sucedió; pero lo sostengo. A pesar del precipitado reconocimiento y del miedo irracional a lo desconocido que nos obsesionaba,

seguimos abiertos a todos los aspectos que habíamos decidido esclarecer. En todo caso, he errado en este relato al colocar la ciencia por encima de la imaginación. A la clara luz de la razón, las figuras labradas en aquella losa de piedra eran no sólo obscenas, sino bestiales y espantosas más allá de toda medida, particularmente a la luz de lo que Partier había insinuado y lo que las notas de Gardner y el material de la Miskanotic University había dejado entrever vagamente; y aun cuando hubiéramos tenido tiempo, dudo que nuestras miradas se hubieran demorado demasiado rato en ellas.

Nos retiramos a un lugar relativamente cercano al camino que debíamos tomar para regresar al albergue, y no muy alejado tampoco del calvero donde se encontraba la losa; queríamos ver bien, ocultos en un lugar de fácil acceso al sendero por el que regresaríamos. Nos apostamos allí y esperamos en la fría quietud de una noche de octubre, mientras una oscuridad estigia nos envolvía y sólo una o dos estrellas parpadeaban muy arriba, milagrosamente visibles entre las altísimas copas de los árboles.

Según el reloj de Laird, aguardamos exactamente una hora y diez minutos antes de que comenzara el rumor como de viento, e inmediatamente hubo una manifestación que tenía todas las trazas de sobrenatural, pues no bien hubo empezado el ruido de las ráfagas, la losa que acabábamos de abandonar empezó a adquirir un resplandor, al principio tan imperceptible que parecía una ilusión, luego una fosforescencia cada vez mayor, hasta que despidió tal luminiscencia que era como si un haz de luz se elevase hacia el cielo. Ésta fue la segunda circunstancia curiosa: la luz seguía los contornos de la losa, y se proyectaba hacia el cielo; no era difusa ni se dispersaba por el claro del bosque, sino que se proyectaba hacia el cielo con la potencia de un foco. Simultáneamente, el mismo aire pareció cargarse de maldad; en torno nuestro se extendió un aura tan densa de pavor que no tardó en hacerse imposible ignorar esta sensación. Era evidente que, por algún medio desconocido para nosotros, el ruido como de ráfagas de viento que ahora llenaba el aire no sólo se asociaba con el ancho haz de luz que se proyectaba hacia arriba, sino que era causado por él; es más, mientras mirábamos, el intenso color de la luz variaba constantemente, cambiando de un blanco cegador a un verde radiante, y de éste a una especie de verde espliego; de vez en cuando la luz se hacía tan intensa que era preciso apartar la vista, aunque la mayor parte del tiempo pudimos contemplarla sin que nos hiciese daño a los ojos.

De la misma forma repentina que había empezado, cesó el rumor del viento, se hizo difusa e indistinta la luz, y casi inmediatamente un espectral sonido de flautas traspasó nuestros oídos. No provenían de nuestro alrededor, sino de *arriba*, y de común acuerdo nos pusimos a mirar hacia el cielo hasta donde permitía la luz que ya se desvanecía.

No puedo explicar qué ocurrió exactamente ante nuestros ojos. ¿Fue realmente algo que se precipitó, que se derramó más bien, hacia abajo? Porque eran masas



informes; ¿o eran producto de nuestra imaginación, que volvió a mostrarse singularmente cuando más tarde tuvimos ocasión de contrastar notas Laird y yo? La ilusión de grandes seres negros deslizándose velozmente por aquel sendero de luz fue tan intensa que nos volvimos para mirar la losa.

Lo que vimos allí nos hizo huir locamente, incapaces de gritar, de aquel lugar infernal.

*Pues donde un momento antes no había nada, vimos ahora una masa protoplasmática gigantesca, de un ser colosal que se elevaba hacia las estrellas, y cuya corporeidad física real se hallaba en constante flujo; y flanqueándolo a cada lado, había dos criaturas menores, igualmente amorfas, sosteniendo una especie de flauta con sus apéndices y ejecutando esa música demoníaca que sonaba y resonaba por todo el ámbito del bosque. Pero la entidad de la losa, el Morador de la Oscuridad, era tremendamente horroroso; ¡pues de su masa de carne amorfa surgían caprichosamente, ante nuestros ojos, tentáculos, garras, manos, y se retraían otra vez; y la misma masa disminuía y se dilataba sin esfuerzo, y donde estaba su cabeza y debiera haber estado su semblante, no se veía sino un vacío tanto más horrible cuanto que, mientras mirábamos, brotó de él un profundo aullido, con esa voz semibestial, semihumana que nos era familiar por la grabación efectuada dos noches antes!*

Huimos, digo, tan trastornados, que sólo merced a un supremo esfuerzo de voluntad pudimos correr en la dirección adecuada. Y tras de nosotros se elevó una voz, la voz blasfema de Nyarlathotep, el Ciego, el Sin Rostro, el Poderoso Mensajero, cuando aún vibraban en los canales de nuestra memoria las medrosas palabras del mestizo, del Viejo Peter: *Era un ser... no tenía rostro; estuvo aullando hasta que creí que se me iban a reventar los tímpanos; y luego, aquellas criaturas que tenía a su alrededor... ¡Dios!, resonaban mientras la voz de aquella monstruosidad de los espacios exteriores gritaba y profería una algarabía y sonaba la música infernal que ejecutaban los espantosos músicos acompañantes, elevándose en un aullido desde el bosque y dejando para siempre su huella en la memoria.*

*—¡Y gnaiih! ¡Y gnaiih! ¡EEE-yayayayayaaa-haaa-haaahaaahaaa-ngh'aaa-ngh'aaa-ya-ya-yaaa!*

Luego se hizo el silencio.

Y no obstante, por increíble que parezca, aún nos aguardaba el horror final.

Porque cuando estábamos a medio camino del albergue, nos dimos cuenta de que nos seguían; detrás de nosotros sonaba un espantoso, horriblemente sugerente *chapoteo*, como si la amorfa entidad hubiese abandonado la losa que debieron erigir en tiempos remotos sus adoradores y se hubiese lanzado en pos de nosotros. Obsesionados por un pavor abismal, corrimos como no lo habíamos hecho jamás; y casi habíamos llegado al albergue, cuando nos dimos cuenta de que el chapoteo, el temblor y estremecimiento de la tierra —como bajo las pisadas de algún ser gigantesco— habían cesado, y en su lugar se oía sólo el tranquilo y sosegado ruido de

pasos.

¡Pero los pasos no eran nuestros! Y en el aura de irrealidad, en la espantosa atmósfera de enajenación en que nos movíamos y respirábamos, lo que sugerían aquellos pasos resultaba casi enloquecedor.

Llegamos al albergue, encendimos una lámpara y nos dejamos caer en unas sillas a esperar lo que quiera que fuese que avanzaba tan inexorablemente, sin apresuramientos, subía los peldaños de la terraza, ponía la mano en el pomo de la puerta y abría de par en par...

*¡Era el profesor Gardner quien estaba allí!*

Entonces Laird se puso en pie de un salto, gritando:

—¡Profesor Gardner!

El profesor sonrió reservadamente y alzó una mano para protegerse los ojos.

—Si no les importa, desearía que bajasen la luz. He estado en la oscuridad tanto tiempo...

Laird obedeció sin hacer preguntas, y entonces el profesor entró en la habitación, avanzando con el sosiego y aplomo del hombre que está seguro de sí, como si no hubiese desaparecido de la faz de la Tierra hacía más de tres meses, como si no nos hubiese lanzado una frenética llamada de auxilio durante la pasada noche, como si...

Miré a Laird; aún tenía la mano en la lámpara, pero sus dedos no giraban ya el pabilo, sino simplemente lo tenían cogido, mientras él lo contemplaba con ojos ausentes. Miré al profesor Gardner; se sentó, con la cabeza apartada de la luz, los ojos cerrados, y una leve sonrisa fluctuando en sus labios; en ese momento tenía exactamente el aspecto que a menudo le había visto en el University Club de Madison, y daba la sensación de que cuanto había ocurrido no era más que un mal sueño.

¡Pero no era un sueño!

—¿Salieron ustedes anoche? —preguntó el profesor.

—Sí. Pero, naturalmente, dejamos conectada la grabadora.

—¡Ah! ¿Oyeron algo, entonces?

—¿Le gustaría escuchar la grabación, señor?

—Sí, desde luego.

Laird se levantó, puso en marcha el aparato, y permanecimos sentados en silencio, sin decir palabra, hasta que terminó. Entonces el profesor volvió la cabeza lentamente.

—¿Qué van a hacer con eso?

—No lo sé, señor —contestó Laird—. Las frases son demasiado vagas... salvo para usted. Parece que tienen algún significado.

De repente, de modo inesperado, la habitación pareció inundarse de una atmósfera de amenaza; fue una impresión momentánea, pero Laird lo notó lo mismo que yo, pues se sobresaltó visiblemente. Estaba quitando la cinta del aparato, cuando el profesor habló otra vez:

—¿No se les ha ocurrido que pueden ser víctimas de un engaño?

—No.

—¿Y si les digo que he averiguado que es posible producir todos esos sonidos que hay registrados en esa cinta?

Laird le miró durante un minuto, antes de replicar en voz baja que, naturalmente, el profesor Gardner había estado investigando los fenómenos del bosque del lago Rick durante mucho más tiempo que nosotros, y que si él lo decía...

El profesor soltó una agria risotada.

—¡Son fenómenos enteramente naturales, muchacho! Hay un depósito mineral debajo de esa tosca losa del bosque; emite una luz y también los miasmas que producen alucinaciones. Así de sencillo. En cuanto a las diversas apariciones, se deben a la completa estupidez, a la imperfección humana, sólo a eso, y a una simple coincidencia. Yo vine aquí con grandes esperanzas de ver corroboradas algunas de las estupideces a las que el propio Partier prestó oídos, pero... —sonrió desdeñosamente, movió la cabeza negativamente, y extendió la mano—. Déjeme la cinta, Laird.

Sin hacer preguntas, Laird le entregó la cinta. El anciano la cogió y se la iba a acercar a los ojos, cuando se dio un golpe en el codo y, con un agudo grito de dolor, la dejó caer. Se rompió en mil pedazos en el suelo del albergue.

—¡Oh! —exclamó el profesor—. Lo siento —volvió los ojos hacia Laird—. Pero no se preocupe, puedo reproducírselo todo cuando quiera, según lo que he aprendido sobre este lugar, merced a las explicaciones de Partier... —se encogió de hombros.

—No importa —dijo Laird tranquilamente.

—¿Quiere decir que todo lo que contenía esa cinta no eran más que cosas de su imaginación, profesor? —interrumpí yo—. ¿Incluso ese cántico de invocación a Cthugha?

El anciano se volvió hacia mí; su sonrisa era sardónica.

—¿Cthugha? ¿Qué supone que es, sino producto de la imaginación de alguien? En cuanto a la conclusión... mi querido muchacho, utilice la cabeza. Supongamos que Cthugha tiene su morada en Fomalhaut, que se halla a veintisiete años luz de aquí, y que, por otro lado, si se repite tres veces este cántico, cuando Fomalhaut se ha elevado en el cielo, Cthugha se aparecerá para, de alguna manera, volver inhabitable este lugar a todo hombre o entidad venida del exterior. Pero ¿cómo supone que podría llevarlo a cabo?

—Pues mediante algo así como una transferencia de pensamiento —respondió Laird obstinadamente—; no es disparatado suponer que si dirigiésemos nuestros pensamientos hacia Fomalhaut, alguien podría recibirlos allí... caso de que hubiese vida. El pensamiento es instantáneo. Y, a su vez, podrían estar los de allá tan desarrollados que fuesen capaces de desmaterializarse y volverse a materializar a la velocidad del pensamiento.

—Mi querido muchacho, ¿habla usted en serio? —la voz del anciano delataba su desdén.

—Usted me ha preguntado.

—Bien, como respuesta hipotética a un problema teórico, puede pasar.

—Francamente —dije, haciendo caso omiso del extraño gesto negativo que Laird me hizo con la cabeza—, no creo que lo que hemos visto esta noche en el bosque sea una alucinación... producida por los miasmas brotados de la tierra o de dondequiera que sea.

El efecto de esta declaración fue extraordinario. Ostensiblemente, el profesor hizo todos los esfuerzos por dominarse; sus reacciones fueron exactamente las del sabio acosado por un cretino en una de sus clases. Tras unos momentos, recobró el dominio de sí y dijo solamente:

—Así que han estado allí. Supongo que es demasiado tarde para hacerles cambiar de idea...

—Yo siempre estoy abierto a cualquier posibilidad, señor, y me inclino ante el método científico —dijo Laird.

El profesor Gardner se llevó la mano a los ojos y dijo:

—Estoy cansado. La otra noche que estuve aquí observé que ha tomado mi habitación, Laird; así que me quedaré con la que esté junto a la de usted, en el lado opuesto a la de Jack.

Subimos, como si nada hubiese sucedido entre la última vez que estuvimos y ésta.

## V

El resto de la historia —y la culminación de esa noche apocalíptica— se puede resumir en pocas palabras.

No habría dormido más de una hora —era la una de la madrugada—, cuando me despertó Laird. Estaba junto a mi cama completamente vestido, y con voz tensa me ordenó que me levantara y me vistiese, que recogiese lo que considerara esencial entre las cosas que había traído y estuviese preparado. No me permitió siquiera encender una luz, aunque él llevaba una pequeña linterna que utilizaba de cuando en cuando. A todas mis preguntas contestó con el ruego de que esperase.

Cuando hube terminado, se encaminó hacia la puerta y susurró:

—Vamos.

Entró directamente en la habitación a la que se había retirado el profesor Gardner. Con la luz de la linterna, comprobó que la cama no había sido tocada; más aún, gracias a la fina capa de polvo que cubría el suelo, pudo ver que el profesor Gardner

había entrado en la habitación, había ido hasta la silla que estaba unta a la ventana y había salido otra vez.

—Como ves, no ha tocado la cama —susurró Laird.

—Pero ¿por qué?

Laird me agarró del brazo y me lo apretó.

—¿Recuerdas la monstruosidad a la que se refirió Partier, y que nosotros vimos en el bosque, el ser protoplasmático y amorfo? ¿Y lo que decía la grabación?

—Pero Gardner nos ha dicho... —protesté.

Sin añadir una palabra más, dio media vuelta. Bajó tras él, hasta que se detuvo junto a la mesa en la que habíamos estado trabajando; encendió la linterna y la alumbró. Me quedé tan sorprendido que proferí una exclamación, y Laird siseó inmediatamente para acallarme. Había desaparecido todo, salvo el ejemplar de *The Outsider and Others* y tres números de *Weird Tales*, una revista de narraciones del mismo género que el libro escritas por el excéntrico genio de Providence, Lovecraft. Todas las notas de Gardner, todos nuestros escritos, las fotocopias de la Miskatonic University, todo había desaparecido.

—Se lo ha llevado él —dijo Laird—. No ha podido ser nadie más.

—¿Adónde se ha ido?

—Ha regresado al lugar de donde había venido —se volvió hacia mí, y sus ojos centellearon bajo el resplandor de la linterna—. ¿Comprendes lo que eso significa, Jack?

Negué con la cabeza.

—Ellos saben que hemos estado allí, ellos saben lo que hemos visto, y que nos hemos enterado de demasiadas cosas.

—Pero ¿cómo?

—Porque se lo dijiste tú.

—¿Yo? ¡Pero, por Dios!, ¿te has vuelto loco? ¿Cómo puedo haberles dicho nada?

—Se lo dijiste aquí, en este albergue, esta noche; tú mismo lo has confesado, y no quiero ni pensar en lo que puede pasar ahora. Tenemos que marcharnos. Por un momento, todos los acontecimientos de los últimos días pasados parecieron fundirse en una masa ininteligible; la urgencia de Laird era inequívoca, y no obstante, lo que sugería era tan absolutamente increíble que el sólo considerarlo, siquiera fugazmente, me provocaba la más extrema confusión de pensamientos.

Laird habló ahora rápidamente:

—¿No te ha parecido extraña la manera de regresar del profesor? ¿Cómo salió del bosque *después* de esa monstruosidad que vimos allí... no antes? Y piensa en las preguntas que ha hecho, en la naturaleza de esas preguntas. ¿Y cómo se las arregló para estropear la cinta, nuestra única prueba científica de algo? Y ahora, ¿la desaparición de todas las notas, de todo cuanto pudiera aportar una corroboración a lo que él llamaba «una tontería de Partier»?

—Pero si debemos creer lo que él nos ha contado...

Me interrumpió antes de que yo pudiese terminar.

—Uno de los dos tiene razón. O la voz de la grabación llamándome, o el hombre que estuvo aquí anoche.

—¿El hombre...?

Pero fuera lo que fuese lo que yo iba a decir, Laird me hizo callar con brusquedad.

—*¡Escucha!*

Del exterior, de lo más hondo de la oscuridad —cielo y tierra para el Morador de la Oscuridad—, brotaron, por segunda vez en la noche, las bellas, espectrales, aunque cacofónicas melodías de una música de flauta, aumentando y decreciendo, acompañada de una especie de ulular modulado y como de un batir de grandes alas.

—Sí, lo oigo —susurré.

—*Escucha con atención.*

Incluso mientras hablaba, comprendí. Había algo más: los ruidos del bosque no sólo se elevaban y disminuían... *¡se estaban acercando!*

—¿Me crees ahora? —preguntó Laird—. *¡Vienen por nosotros!* —se volvió hacia mí—. *¡La fórmula!*

—¿Qué fórmula? —tartamudeé estúpidamente.

—La de Cthugha... ¿la recuerdas?

—La escribí en un papel. La tengo aquí.

Por un instante, tuve miedo de que también nos hubiesen quitado esto, pero no era así; me lo había guardado en el bolsillo. Con manos temblorosas, Laird me arrebató el papel.

—*¡Ph'nglui mglw'nafh Cthugha Fomalhaut n'gha-ghaa naf'l thagn! ¡Ia! ¡Cthugha!* —dijo, corriendo a la terraza, y yo tras él.

De los bosques surgió la voz bestial del Morador de la Oscuridad:

—*¡Ee-ya-ya-haa-haahaaa! ¡Y gnaiih! ¡Y gnaiih!*

—*¡Ph'nglui mglw'nafh Cthugha Fomalhaut n'gha-ghaa naf'l thagn! ¡Ia! ¡Cthugha!* —repitió Laird por segunda vez.

Siguieron aún los gritos horribles del bosque, con la misma intensidad, elevándose ahora a un extremo grado de terror, con la voz bestial de la entidad de la losa añadida a la música loca y salvaje de las flautas y al ruido de las alas.

Y entonces, una vez más, Laird repitió las palabras originales del conjuro.

En el instante en que el último sonido gutural salió de sus labios, comenzó una serie de acontecimientos jamás presenciados por ojos humanos. Pues, súbitamente, la oscuridad se disipó, dando paso a un pavoroso resplandor ámbar; al mismo tiempo, cesó la música de flautas, y en su lugar brotaron gritos de rabia y terror. Entonces aparecieron miles de puntos luminosos de tamaño diminuto, no sólo por encima y sobre los árboles, sino incluso por el suelo, en el albergue y sobre el coche que teníamos delante de la puerta. Durante un momento nos quedamos clavados donde estábamos, y poco después nos dimos cuenta de que las miríadas de puntitos de luz

eran ¡entidades vivas de llama! Pues donde tocaban, el fuego prendía; y Laird, al verlo, entró precipitadamente en el albergue y sacó todas las cosas que pudo, antes de que el incendio hiciese imposible la huida del lago Rick.

Salió corriendo —teníamos el equipaje abajo—, y dijo que era ya demasiado tarde para recoger la grabadora y demás, y echamos a correr juntos hacia el coche, protegiéndonos los ojos de la luz cegadora que nos rodeaba. Sin embargo, aunque íbamos con los ojos protegidos, no pudimos por menos de ver las grandes formas amorfas que abandonaban aquel paraje maldito y se elevaban hacia el firmamento, y el ser igualmente enorme que flotaba como una nube de fuego vivo por encima de los árboles. Todo eso vimos, antes de que la lucha por escapar del bosque en llamas nos obligase a olvidar misericordiosamente los pormenores de ese vuelo horrible y enloquecedor.

Aunque las cosas que ocurrieron en la oscuridad del bosque del lago Rick fueron terribles, hubo algo más tremendo aún, algo tan blasfemo y a la vez tan definitivo que aún ahora me estremezco y tiemblo sin poder evitarlo. Porque en aquella breve carrera hacia nuestro coche, vi algo que explicaba la duda de Laird; vi lo que le había inclinado a hacer caso de la voz de la grabación, y no de aquello que se presentó ante nosotros como el profesor Gardner. La clave la habíamos tenido allí delante, pero yo no la había visto; ni siquiera Laird había creído en ella plenamente. Aunque nos la había dado, nosotros no la habíamos reconocido. «Pero los Primordiales no quieren que simples hombres lleguen a saber demasiado», había dicho Partier. Y esa voz terrible de la grabación habían dicho aún más claramente: «*Aparecen en su forma o en cualquier otra que eligen a modo de hombres, y destruyen aquello que pueda guiarles hasta nosotros*»... ¡Destruir aquello que pueda guiarles hasta nosotros! Nuestra grabación, las notas, las fotocopias enviadas por la Miskatonic University, sí, ¡y también a Laird y a mí! Y había venido la monstruosidad, porque era Nyarlathotep, el Mensajero de la Noche, el Morador de la Oscuridad, quien había venido y había regresado luego al bosque para mandarnos a sus esbirros. Era él quien había llegado de los espacios interestelares, así como Cthugha, el ser-fuego, vino también de Fomalhaut al pronunciarse la invocación que le despertó de su eterno sueño en esa estrella de ámbar, invocación que Gardner, muerto-viviente cautivo del terrible Nyarlathotep, había descubierto en sus viajes fantásticos por el espacio y el tiempo; ¡y fue él quien regresó al lugar de donde había venido, con su cielo-tierra ahora inalcanzable para él, por haber sido destruido por los enviados de Cthugha!

Lo sé, y Laird también lo sabe. Aunque nunca hablamos de eso.

Aun si abrigásemos alguna duda, a pesar de lo ocurrido, no podríamos olvidar el descubrimiento aterrador y definitivo, lo que vimos al protegernos los ojos de las llamas que nos rodeaban y dejar de mirar hacia el cielo; las huellas de pies que salían del albergue en dirección a aquella losa infernal de las profundidades del bosque, *las*

*huellas que empezaban en el suelo blando de la terraza en forma de pies humanos y que se transformaban a cada paso en una impresión espantosamente sugeridora, hecha por una criatura de forma y peso increíbles, con tan grotescas variaciones de silueta y tamaño, que habrían resultado incomprensibles para cualquiera que no hubiese visto a la monstruosidad de la losa... y junto a estas huellas, desgarradas y rotas como por una fuerza expansiva, las ropas que un día pertenecieron al profesor Gardner, abandonadas trozo a trozo a lo largo del rastro que se internaba en el bosque, en el camino emprendido por la infernal monstruosidad que había salido de la noche, el Morador de la Oscuridad, ¡para visitarnos bajo la forma y el aspecto del profesor Gardner!*



# **AL OTRO LADO DEL UMBRAL**

**AUGUST DERLETH**

**(Beyond the Threshold)**

# I

En realidad, ésta es la historia de mi abuelo.

En cierto modo, sin embargo, pertenece a la familia entera, y por encima de ella, al mundo; y ya no existe razón alguna para ocultar los terribles detalles de lo que sucedió en la casa solitaria, perdida en lo más profundo de los bosques del norte de Wisconsin.

Las raíces de la historia se retrotraen a las brumas de los primeros tiempos, muchísimo antes de los principios de la familia Alwyn, pero de esta parte no sabía yo nada en la época de mi visita a Wisconsin en respuesta a la carta de mi primo sobre el extraño debilitamiento de nuestro abuelo. Desde niño, había considerado siempre a Josiah Alwyn algo así como un ser inmortal que no parecía cambiar a lo largo de los años: era un anciano de pecho abombado, con una cara llena y carnosa, decorada con un bigote muy recortado y una pequeña barba que suavizaba la angulosa línea de su mandíbula cuadrada. Sus ojos eran oscuros, no demasiado grandes, y sus cejas pobladas; llevaba el pelo largo, de suerte que su cabeza tenía un aspecto leonino. Aunque le vi poco en mi juventud, dejó en mí una huella imborrable, durante las breves visitas que nos hacía cuando pasaba por la casa solariega, próxima a Arkham, en Massachusetts; aquellas cortas visitas de paso hacia remotos rincones del mundo: el Tíbet, Mongolia, las regiones árticas y ciertas islas poco conocidas del Pacífico.

Hacía años que no le había visto, cuando me llegó la carta de mi primo Frolin, que vivía con él en la vieja mansión que tenía mi abuelo en el corazón de los bosques y lagos del norte de Wisconsin: «Desearía que pudieses ausentarte de Massachusetts lo suficiente como para venir hasta aquí. Ha pasado mucha agua bajo los puentes, y ha soplado mucho viento también, desde la última vez que estuviste. Francamente, creo que es muy importante que vengas. En las actuales circunstancias, no sé a quién dirigirme, ya que el abuelo no es el mismo, y necesito a alguien en quien poder confiar». No había nada que fuese claramente apremiante en la carta, y, sin embargo, daba una extraña sensación de perentoriedad; había algo entre líneas que inducía, invisiblemente, intangiblemente, a no dar más que una respuesta a la carta de Frolin; algo en la frase sobre el viento, en la forma de decir que *el abuelo no era el mismo*, y en la necesidad que expresaba de tener *a alguien en quien poder confiar*.

Pude pedir permiso en mi cargo de bibliotecario auxiliar de la Miskatonic University de Arkham, en el mes de septiembre; así que fui. Fui, inquieto por la casi misteriosa convicción de que la necesidad de ir urgentemente era grande: viajé en avión de Boston a Chicago, y de allí, en tren, al pueblo de Harmon, en lo más profundo de la región boscosa de Wisconsin: un lugar de gran belleza natural, no lejos de las costas del lago Superior, de suerte que era posible, en días de viento, escuchar el ruido del agua.

Frolin me esperaba en la estación. Mi primo frisaba casi los cuarenta años, pero aparentaba unos diez menos, con sus ardientes e intensos ojos castaños, su boca suave

y sensitiva, aunque él siempre había oscilado entre la gravedad y una especie de rudeza contagiosa: «La sangre irlandesa», como dijo una vez nuestro abuelo. Le miré directamente a los ojos al darnos la mano, tratando de descubrir alguna clave de su misteriosa zozobra, pero sólo vi que estaba efectivamente preocupado, pues sus ojos le traicionaban, al igual que las aguas de un estanque revelan las turbulencias del fondo, aunque tengan la superficie como el cristal.

—¿Qué ocurre? —pregunté, sentado a su lado en el cupé, mientras nos internábamos en la región de altos pinos—. ¿Está en cama el viejo?

Negó con la cabeza.

—¡Oh, nada de eso, Tony! —me lanzó una mirada extraña, contenida—. Ya lo verás. Espera y lo verás.

—¿Qué es, entonces? —insistí—. Tu carta era de lo más apremiante.

—Esperaba que lo fuera —dijo él, gravemente.

—Sin embargo, no es nada sobre lo que pueda preguntar —admití—. No obstante, algo pasa.

Sonrió.

—Sí, sabía que comprenderías. Te digo que ha sido difícil..., enormemente difícil. ¡Pensé en ti un montón de veces antes de sentarme a escribir esa carta, créeme!

—Pero si no está enfermo... Creí que me decías que no era el mismo.

—Sí, sí; eso te dije. Ahora espera, Tony; no seas tan impaciente; lo verás por ti mismo. Es su mente, creo.

—¡Su mente! —Sentí una clara oleada de sorpresa y pesar, ante la idea de que el espíritu de nuestro abuelo hubiera comenzado a flaquear; el pensamiento de que aquel cerebro magnífico hubiera declinado era intolerable, y me negué a admitirlo—. ¡Eso no! —exclamé—. Frolin, ¿qué diablos ocurre?

Él volvió sus ojos turbados hacia mí, una vez más.

—No lo sé. Pero creo que es algo terrible. Si fuese solamente el abuelo... Pero está la música, y luego todas esas cosas, los ruidos y olores y... —Captó mi mirada de asombro y desvió los ojos, casi con un esfuerzo físico, deteniendo su charla—. Pero se me olvidaba. No me preguntes más. Aguarda y lo verás por ti mismo —rió brevemente, con una risa forzada—. Quizá no sea el viejo el que está perdiendo el juicio. He pensado en eso a veces, también... con razón.

No dijo nada más, pero ahora empezaba a invadirme una especie de enervante temor, y durante un rato permanecí en silencio, junto a él, pensando solamente que Frolin y el viejo Josiah Alwyn vivían juntos en aquella vieja casa, ignorando los pinos inmensos de los alrededores y el sonido del viento, y el fragante humo de las hojas quemadas que el aire arrastraba desde el noroeste. La noche cayó pronto en esta comarca poblada de oscuros pinos, y aunque aún se demoraban las últimas claridades en poniente, la oscuridad, desplegándose hacia arriba en una inmensa oleada azafrán y amatista, tomaba ya posesión del bosque por el que viajábamos. De la oscuridad

brotaban los gritos de los grandes búhos cornudos y sus primos menores los auillos, prestando una magia imponderable a la quietud que sólo turbaban la voz del viento y el ruido del coche a través de la prácticamente solitaria carretera que conducía a la casa de los Alwyn.

—Ya casi estamos —dijo Frolin.

Las luces del coche cruzaron por encima de un pino desgarrado, fulminado por un rayo hacía años, el cual alzaba todavía dos ramas raquílicas arqueadas como brazos retorcidos hacia el camino: un viejo tocón hacia el que llamaron mi atención las palabras de Frolin, recordándome que estábamos a media milla de la casa.

—Si el abuelo te preguntara —me pidió entonces—, quisiera que no le dijese que te he llamado yo. No sé si le gustaría. Puedes decirle que te encontrabas no lejos de aquí, y se te ocurrió hacernos una visita.

Nuevamente sentí curiosidad, pero me abstuve de presionar más a Frolin.

—¿Sabe él que vengo?

—Sí. Le dije que había tenido noticias tuyas y que iba a bajar a la estación a esperarte.

Comprendí que si el viejo pensaba que Frolin me había llamado por su salud, se molestaría y quizá se enfadaría; sin embargo, la petición de Frolin implicaba algo más, más que el simple deseo de salvaguardar el orgullo del abuelo. De nuevo se despertó en mí esa singular, intangible alarma, esa sensación repentina, inexplicable de temor.

La casa surgió súbitamente en un claro entre los pinos. Había sido construida por un tío de nuestro abuelo en tiempos de la colonización de Wisconsin, allá por la década de 1850: uno de los Alwyn marineros de Innsmouth, ese pueblo extraño y oscuro de la costa de Massachusetts. Era una construcción poco atractiva, adosada a la falda del monte como una vieja arrugada y ridículamente ataviada. Desafiaba muchas normas arquitectónicas, sin que por ello dejase de reflejar las facetas de la arquitectura de 1850, adoptando el más grotesco y pomposo aspecto de las construcciones de aquel entonces. Poseía una amplia galería, uno de cuyos costados conducía directamente a los establos donde antiguamente se guardaban caballos, birlochos y calesas, y donde ahora se albergaban dos coches, único rincón del edificio que mostraba alguna evidencia de haber sido restaurado desde que lo construyeron. La casa alzaba dos plantas y media sobre un sótano; probablemente —la oscuridad me impedía precisarlo con seguridad— estaba pintada toda del mismo horrible color castaño; y a juzgar por la luz que salía de las ventanas encortinadas, el abuelo no se había tomado la molestia de instalar la luz eléctrica, contingencia para la que venía yo bien preparado, provisto de una linterna y una vela eléctrica, con pilas de repuesto para las dos.

Frolin metió el coche en el garaje, lo aparcó allí y sacó algo de equipaje, abriendo la marcha hacia la puerta de la entrada, una gran pieza de roble de gruesos entrepaños, decorada con una enorme y ridícula aldaba de hierro. El vestíbulo estaba

a oscuras, aunque de la puerta entreabierta del fondo surgía una débil luz que, no obstante, bastaba para iluminar espectralmente la amplia escalera que conducía al piso superior.

—Te llevaré primero a tu habitación —dijo Frolin, siguiendo escaleras arriba con el paso seguro del que frecuenta constantemente el lugar—. Hay una linterna en el pilar de la escalera, en el descansillo —añadió—, por si la necesitas. Ya conoces al viejo.

Encontré la luz y la encendí, entreteniéndome lo imprescindible, de modo que cuando subí a reunirme con Frolin, éste estaba ya junto a la puerta de mi habitación, la cual, como observé, se encontraba directamente encima de la entrada de la casa y, por tanto, orientada al oeste, como la propia casa.

—Nos está prohibido utilizar ninguna habitación de aquí arriba que dé al este del vestíbulo —dijo Frolin, clavando en mí sus ojos, como si dijese: «¡Ya sabes lo raro que se ha vuelto!»—. Esperó a que hiciera yo algún comentario, pero como seguí callado, prosiguió—: Así que tengo la habitación contigua a la tuya, y Hough está al otro lado de la mía, en el extremo sudeste. A propósito, como habrás adivinado, Hough está preparando algo de comer.

—¿Y el abuelo?

—Seguramente estará en su despacho. Recordarás la habitación.

Efectivamente, conocía aquella extraña habitación sin ventanas, construida bajo las explícitas indicaciones de nuestro tío-bisabuelo Leander, habitación que ocupaba casi toda la parte trasera de la casa, más el lado noroeste completo, y todo el ancho del costado oeste, salvo el pequeño ángulo sudoeste, acaparado por la cocina, cuya luz había visto yo filtrarse en el vestíbulo, al entrar. El despacho se había construido adentrándose en la ladera misma de la montaña, por lo que la pared este no tenía ventanas; pero no había razón, salvo la excentricidad del tío Leander, para no haber abierto ventanas en la pared norte. Aproximadamente en el centro de la pared este, efectivamente, y empotrado en el muro, había un enorme cuadro que llegaba del suelo al techo y ocupaba una anchura de casi dos metros. Si esta pintura, ejecutada al parecer por algún amigo desconocido de tío Leander —si no por mi propio tío-bisabuelo— hubiese tenido algún rasgo de genio o de talento fuera de lo usual, semejante ostentación podría haberse pasado por alto; pero no era así; se trataba de una representación prosaica por demás de un paisaje del norte de la comarca, en el que se veía una ladera, con una cueva rocosa que se abría en el centro del cuadro, un sendero borroso que conducía a ella, una bestia impresionante que evidentemente pretendía ser un oso, tan común en otro tiempo en esta región, dirigiéndose hacia ella, y por encima, algo que parecía una nube siniestra perdida entre los pinos, alzándose oscuramente en derredor. Esta dudosa obra de arte dominaba el despacho completa y absolutamente, a pesar de las estanterías de libros que ocupaban casi todo el espacio disponible de las paredes de la habitación, y de la absurda colección de rarezas diseminadas por todas partes: trozos de piedra y madera curiosamente labrados,

extraños recuerdos de la vida marinera de nuestro tío-abuelo. El despacho tenía toda la falta de vida de un museo y, sin embargo, respondía a mi abuelo como algo vivo; hasta la pintura de la pared parecía adquirir frescor cuando él entraba.

—No creo que nadie que haya entrado en esa habitación pueda olvidarla —dije con una mueca.

—Se pasa casi todo el tiempo ahí. No sale apenas, y supongo que cuando llega el invierno sólo aparece a la hora de las comidas. Se ha llevado allí la cama también.

Me estremecí.

—No puedo imaginarme que se pueda dormir en esa habitación.

—Ni yo. Pero ya sabes, está trabajando en algo, y creo sinceramente que tiene trastornado el juicio.

—¿Otro libro de viajes, quizá?

Movió negativamente la cabeza.

—No, creo que es una traducción. Algo distinto. Un día encontré unos vieios papeles de Leander, y desde entonces parece haber empeorado progresivamente. —Alzó las cejas y se encogió de hombros—. Vamos. Hough tendrá ya preparada la cena, y tú tendrás ocasión de juzgar por ti mismo.

Las críticas observaciones de Frolin me habían predisposto a ver a un anciano consumido. Al fin y al cabo, nuestro abuelo tenía setenta y tantos años, y no podía vivir eternamente. Pero físicamente no había cambiado en absoluto, por lo que pude apreciar. Allí estaba sentado para cenar: aún era el mismo anciano fuerte, su bigote y su barba no eran blancos, sino de un gris acerado, y su pelo era negro y abundante; tenía la cara igual de gruesa y colorada que siempre. En el momento de entrar yo, estaba comiendo con apetito un muslo de pavo. Al verme, alzó las cejas un poco, se quitó el muslo de la boca, y me saludó con el mismo calor que si me hubiese ausentado media hora.

—Tienes buen aspecto —dijo.

—Y tú —dije yo—. Estás hecho un curtido veterano.

Hizo una mueca.

—Muchacho, estoy detrás de la pista de algo nuevo: una región inexplorada, distinta de las africanas, asiáticas y árticas.

Lancé una mirada a Frolin. Evidentemente, esto era nuevo para él; fueran cuales fuesen las alusiones que nuestro abuelo había dejado escapar sobre sus actividades, no incluían esta novedad.

Me preguntó sobre mi viaje al Oeste, y el resto de la cena lo pasamos hablando de los demás parientes. Observé que el anciano volvía insistentemente sobre los largamente olvidados parientes de Innsmouth: ¿Qué había sido de ellos? ¿Les había visto alguna vez? ¿Qué aspecto tenían? Como yo no sabía prácticamente nada de nuestros parientes de Innsmouth, y abrigaba la firme convicción de que todos habían muerto durante la extraña catástrofe en la que muchos de los habitantes de esa apartada ciudad desaparecieron en el mar, no pude serle de ninguna ayuda. Pero el

giro de estas preguntas inocentes me desconcertaba un poco. En mi condición de bibliotecario de la Miskatonic University, había oído extrañas e inquietantes alusiones al caso de Innsmouth, y a la intervención de la policía federal, así como otras historias sobre extraños agentes, carentes todas ellas de ese esencial halo de veracidad que hiciera verosímil la explicación de los terribles acontecimientos que habían ocurrido en dicha ciudad. Quiso saber, por último, si había visto yo algún retrato de ellos, y cuando le dije que no, se quedó manifiestamente decepcionado.

—Mira —dijo con desaliento—, no hay retratos de tío Leander, pero las gentes de Harmon que le conocieron me contaron hace años que era un hombre muy casero, que su aspecto les recordaba al de una rana. —Súbitamente pareció más animado, comenzó a charlar con un poco más de vivacidad—. ¿Tienes idea de lo que eso significa, muchacho? No, por supuesto. Sería esperar demasiado...

Guardó silencio durante un rato, tomando a sorbos su café, tamborileando sobre la mesa con los dedos, y mirando fijamente al vacío con expresión singularmente preocupada, hasta que, de pronto, se levantó y abandonó la habitación, invitándonos a que fuésemos a su despacho cuando hubiéramos terminado.

—¿Qué opinas? —preguntó Frolin, tan pronto como oímos cerrarse la puerta del despacho.

—Es extraño —dije—. Pero no veo nada anormal, Frolin. Me temo...

Él sonrió lúgubrementemente.

—Espera. No emitas un juicio todavía; apenas hace dos horas que estás aquí.

Nos dirigimos al despacho después de cenar, dejando que recogieran la mesa Hough y su esposa, quienes habían servido a mi abuelo durante veinte años en esta casa. El despacho estaba intacto, aparte la adición de la vieja cama doble, arrimada contra la pared que separaba esta habitación de la cocina. Mi abuelo estaba esperándonos, evidentemente, o más bien esperándome a mí; y si había tenido motivos para considerar crítico al primo Frolin, no hay palabra adecuada para calificar la subsiguiente conversación con mi abuelo.

—¿Has oído hablar alguna vez de Wendigo? —preguntó.

Admití que había tenido ocasión de leer referencias a este tema, juntamente con otras leyendas indias de la región del Norte: consistía en la creencia en un ser sobrenatural y monstruoso, de aspecto horrendo, que habitaba en las grandes soledades de los bosques.

Quiso saber si había pensado yo alguna vez que podía existir una relación entre esta leyenda de Wendigo y los elementos aéreos; y al contestar yo en sentido afirmativo, me expresó su curiosidad por saber cómo había llegado a conocer la leyenda india, tomándose el trabajo de explicarme que su pregunta no tenía nada que ver con el Wendigo.

—En mi condición de bibliotecario, tengo ocasión de tropezarme con un montón de cosas raras —contesté.

—¡Ah! —exclamó, echando mano de un libro que tenía cerca de su butaca—.

Entonces, conoces indudablemente este libro.

Miré el pesado volumen de negra encuadernación, cuyo título en letras de oro iba estampado en el lomo únicamente: *The Outsider and Others*, de H. P. Lovecraft.

Asentí.

—Lo tenemos en nuestras estanterías.

—¿Lo has leído?

—Sí, claro. Es muy interesante.

—Entonces habrás leído lo que cuenta acerca de Innsmouth en su extraño relato, *La sombra sobre Innsmouth*. ¿Qué piensas de ello?

Reflexioné apresuradamente, traté de recordar la historia, y en seguida me vino a la memoria: era un cuento fantástico de horribles seres acuáticos, progenie de Cthulhu, bestia de origen primordial que vivía en las profundidades del mar.

—Ese hombre tenía bastante imaginación.

—¡Tenía! ¿Es que ha muerto?

—Sí, hace tres años.

—¡Ah! Y yo que pensaba aprender de él...

—Pero seguramente su ficción... —empecé.

Me detuvo.

—Si no puedes dar ninguna explicación sobre lo que ocurrió en Innsmouth, ¿cómo puedes estar tan seguro de que su relato es ficticio?

Admití que no podía; pero el anciano pareció perder todo interés. A continuación sacó un voluminoso sobre que tenía pegados muchos sellos de tres centavos de 1869, tan apreciados por los coleccionistas, y extrajo de él varios papeles que, según dijo, tío Leander había dejado con instrucciones de que fueran arrojados a las llamas. Su deseo, empero, no se había cumplido, explicó mi abuelo, y había venido a parar a sus manos. Me tendió unas hojas y me pidió mi opinión, sin apartar un momento sus sagaces ojos de mí.

Las hojas pertenecían evidentemente a una carta larga, escrita a mano y con las frases más torpes que cabe imaginar. Además, muchas de dichas frases carecían de sentido, y la hoja que tenía yo delante estaba repleta de alusiones extrañas. Mis ojos captaron palabras tales como Ithaqua, Lloigor, Hastur; hasta que no devolví las hojas a mi abuelo, no se me ocurrió que había leído esas palabras en otro sitio, no hacía mucho tiempo. Pero no dije nada. Explique que no podía evitar la sensación de que tío Leander escribía con innecesaria confusión.

Mi abuelo rió entre dientes.

—Creía que lo primero que se te ocurriría iba a ser algo muy parecido a mi propia reacción; pero no, ¡me has fallado! ¡Indudablemente, está claro que todo esto está en clave!

—¡Naturalmente! Eso explicaría la torpeza de sus líneas.

Mi abuelo sonrió con afectación.

—Una clave bastante simple, pero adecuada..., totalmente adecuada. Todavía no



he terminado de descifrarla. —Golpeó el sobre con el índice—. Parece que se refiere a esta casa, y hay una advertencia, repetida más de una vez, sobre que hay que tener cuidado de no traspasar el umbral so pena de horribles consecuencias. Muchacho, he cruzado y recruzado cada uno de los umbrales de este edificio docenas de veces, sin consecuencias de ningún género. Así que, por lo tanto, en alguna parte debe de haber un umbral que no he cruzado aún.

No pude reprimir una sonrisa ante su animación.

—Si a tío Leander se le extravió el juicio, el tuyo no parece irle muy en zaga — dije.

La conocida impaciencia de mi abuelo salió repentinamente a la superficie. Apartó los papeles de mi tío de una manotada, nos despidió a los dos con la otra, y dio a entender claramente que tanto Frolin como yo habíamos dejado de existir para él en ese instante.

Nos levantamos, murmuramos alguna disculpa y abandonamos la habitación.

En la semioscuridad del vestíbulo, Frolin me miró sin decir nada, contentándose con fijar sus ojos furibundos en los míos durante un minuto largo, antes de dar media vuelta y llevarme arriba, donde nos despedimos y nos retiramos cada uno a nuestra alcoba a descansar.

## II

La actividad nocturna de la mente subconsciente ha sido siempre de hondo interés para mí, ya que me parece que se abren oportunidades sin límite ante cada individuo que está alerta. Muchas son las veces que me he ido a la cama agobiado por un problema, para encontrarlo resuelto —en la medida en que soy capaz de resolverlo— al despertar. De las otras actividades más tortuosas de la mente nocturna sé menos. Pero lo que sí sé es que esa noche me retiré dándole vueltas a la cabeza sobre dónde me había tropezado con las extrañas palabras de mi tío Leander, con la más enérgica y lúcida razón, y que me dormí por último sin haber encontrado respuesta a esta cuestión.

Sin embargo, cuando me desperté en la oscuridad, unas horas más tarde, supe inmediatamente que había leído esos extraños nombres propios en el libro de H. P. Lovecraft que teníamos en la Miskatonic, y sólo en segundo lugar me di cuenta de

que alguien golpeaba a mi puerta, y que llamaba con voz apagada:

—Soy Frolin. ¿Estás despierto? Quiero pasar.

Me levanté, me puse la bata y encendí mi vela eléctrica. A todo esto, Frolin había entrado en la habitación; su cuerpo delgado temblaba ligeramente, quizá de frío, pues la brisa de la noche de septiembre que entraba por mi ventana no era ya veraniega.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Se acercó a mí, con una luz extraña en los ojos, y puso una mano sobre mi brazo.

—¿No oyes? —preguntó—. Dios mío, quizá sea mi cabeza...

—¡No, espera! —exclamé.

De alguna parte del exterior, venía al parecer una música espectralmente hermosa: «Son flautas», pensé.

—Es la radio del abuelo —dije—. ¿La suele escuchar a estas horas?

La expresión de su cara acalló mis palabras.

—La única radio de la casa la tengo yo. Está en mi habitación y no está tocando. Incluso te diré que tiene las pilas gastadas. Además, ¿has oído alguna vez esa clase de música por la radio?

Escuché con renovado interés. La música parecía extrañamente apagada, y no obstante, se oía bien. Observé, por otra parte, que no tenía una dirección definida: mientras al principio parecía provenir del exterior, ahora daba la sensación de que brotaba de debajo de la casa. Era como una rara melodía de flautas y caramillos.

—Es una orquesta de flautas —dije.

—O son las siringas de Pan —dijo Frolin.

—Esos instrumentos ya no se usan —objeté distraídamente.

—En la radio —puntualizó Frolin.

Le miré sorprendido; él me devolvió la mirada con seriedad. Se me ocurrió que su poco natural gravedad tenía una razón de ser, ya deseara él o no expresar con palabras esa razón. Le cogí del brazo.

—Frolin, ¿qué ocurre? Te noto alarmado.

Tragó saliva.

—Tony, esa música no viene de ninguna parte de la casa. Viene de fuera.

—Pero ¿quién iba a estar fuera? —pregunté.

—Nadie, ningún ser humano.

Por fin habíamos llegado. Casi con alivio, afronté esta posibilidad que había tenido que admitir ante mí mismo y que debía afrontar. *Nadie...*, *ningún ser humano*.

—Entonces, ¿quién? —pregunté.

—Creo que el abuelo lo sabe —dijo—. Ven conmigo, Tony. Deja la luz; podemos hallar el camino a oscuras.

En el vestíbulo, me detuvo una vez más su mano tensa, sujetándome del brazo.

—¿Has notado eso? —susurró, siseante—. ¿Has notado eso también?

—El olor —dije—. Es un olor vago, impreciso, a agua, a peces y a ranas y a habitantes de lugares acuáticos.

—¿Y ahora? —dijo él.

Súbitamente, el olor a humedad había desaparecido y en su lugar penetraba rápidamente un frío, derramándose en el vestíbulo como algo vivo la indefinible fragancia de la nieve, la apagada humedad del aire cargado de nieve.

—¿Comprendes por qué estaba yo preocupado? —preguntó Frolin.

Sin darme tiempo a contestar, abrió la marcha escaleras abajo hasta la puerta del despacho del abuelo, por debajo de la cual brillaba aún una delgada raya de luz amarilla. Me daba cuenta, a cada escalón que descendíamos, de que la música aumentaba de volumen, aunque no se hacía más comprensible, y ahora, ante la puerta del despacho, se hizo evidente que provenía de dentro, y que la extraña variedad de olores venía igualmente de dentro. La oscuridad parecía palpitar de amenaza, cargada de un terror inminente y presagioso que nos envolvía como en una concha, hasta el punto de que Frolin temblaba a mi lado.

Alcé impulsivamente la mano y llamé.

No hubo respuesta en el interior, ¡pero en el instante en que sonó el golpe en la puerta, la música se detuvo, y los extraños olores se desvanecieron en el aire!

—¡No debías haber hecho eso! —susurró Frolin—. Si él...

Empujé la puerta. Cedió a mi presión y se abrió.

No se qué esperaba ver allí en el despacho, pero desde luego no lo que vi. El aspecto de la habitación no había cambiado un ápice, quitando el hecho de que el abuelo se había acostado y la lámpara seguía ardiendo. Permanecí inmóvil unos instantes sin atreverme a creer el testimonio de mis ojos, estupefacto ante la prosaica escena que presenciaba. ¿De dónde había surgido la música que yo había oído? ¿Y los olores y fragancias del aire? La confusión se apoderó de mis pensamientos y estaba a punto de retirarme, turbado ante la expresión de descanso de mi abuelo, cuando habló él:

—Pasa, pasa —dijo, sin abrir los ojos—. Así que has oído la música también, ¿no? Había empezado a preguntarme por qué no la oía nadie más. Es mongólica, me parece. Hace tres noches era claramente india, del Norte otra vez, de Canadá y de Alaska. Creo que hay lugares donde Ithaqua es adorado todavía. Sí, sí..., y hace una semana, oí las últimas notas tocadas en el Tíbet, en la prohibida Lhasa de hace años, de hace décadas.

—¿Quién la tocaba? —exclamé—. ¿De dónde viene?

Abrió los ojos y se nos quedó mirando.

—Salía de aquí, creo —dijo, colocando la palma de la mano sobre el manuscrito que tenía delante, las hojas escritas por mi tío-bisabuelo—. Y la tocaban los amigos de Leander. Es la música de las esferas, muchacho... ¿Das crédito a tus sentidos?

—La he oído. Y Frolin también.

—¿Y qué pensará Hough? —murmuró el abuelo. Suspiró—: Casi lo tengo. Sólo falta determinar con cuál de ellos se comunicaba Leander.

—¿Con cuál? —repetí—. ¿Qué quieres decir?

Cerró los ojos y la sonrisa le volvió brevemente a los labios.

—Al principio creía que era Cthulhu; Leander era marinero, al fin y al cabo. Pero ahora me pregunto si no serían criaturas del aire: Lloigor, quizá, o Ithaqua, al que creo que algunos indios llaman el Wendigo. Hay una leyenda que dice que Ithaqua se lleva a sus víctimas consigo a los espacios lejanos que hay por encima de la Tierra..., pero se me está olvidando todo otra vez, mi mente divaga.

Sus ojos se abrieron, y vi que nos miraban con una expresión singularmente lejana.

—Es tarde —dijo—. Necesito dormir.

—¿De qué estaba hablando, en nombre de Dios? —preguntó Frolin, ya en el vestíbulo.

—Vamos —dije.

Pero una vez en mi habitación, con Frolin aguardando, expectante, a escuchar lo que yo tuviera que decir, no supe cómo empezar. ¿Cómo hablar del saber preternatural que encerraban los textos prohibidos de la Miskatonic University, el espantoso *Libro de Eibon*, los oscuros *Manuscritos Pnakóticos*, el terrible *Texto de R'lyeh*, y el más tenebroso de todos, el *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred? ¿Cómo contarle todas las cosas que se agolparon en mi mente al escuchar las extrañas palabras de mi abuelo, los recuerdos que emergían de lo más profundo...? ¿Cómo hablarle de los Primordiales, seres antiquísimos de increíble perversidad, dioses viejos que en un tiempo poblaron la Tierra y todo el universo que ahora conocemos, y quizá mucho más, y de los dioses arquetípicos del bien, y de las fuerzas del antiguo mal, ahora sometidas, y sin embargo, irrumpiendo eternamente, manifestándose en cortos períodos, de manera horrible, en el mundo de los hombres? Y si antes mi memoria no había sido bastante clara, o los había rechazado con la fuerza de mis prejuicios inherentes, ahora evocaba sus nombres terribles: Cthulhu, guía poderoso de las fuerzas de las aguas de la Tierra; Yog-Sothoth y Tsathouggua, moradores de las profundidades terrestres; Lloigor, Hastur e Ithaqua, el Ser-Nieve y El-Que-Camina-en-el-Viento, que son elementos aéreos todos ellos. Era de estos seres de quienes mi abuelo había hablado; y la conclusión que había sacado resultaba demasiado clara para que pudiese pasarse por alto, o aun interpretarse de otro modo: que mi tío-bisabuelo había vivido en la apartada y ahora deshabitada ciudad de Innsmouth, que había tenido trato con al menos uno de estos seres. Y había otro corolario al que él no había llegado, pero que se desprendía de algo que había dicho por la tarde: que en algún lugar de la casa había un umbral que un hombre no debía atreverse a traspasar, y que había un peligro acechando al otro lado de ese umbral que no era sino la vía de retroceso en el tiempo, el camino de espantosa comunicación con los dioses primordiales que tío Leander había tenido.

Y sin embargo, no había captado toda la importancia de las palabras de mi abuelo. Aunque había dicho mucho, aún había mucho más por decir, y más tarde no pude culparme de no haber comprendido plenamente que las actividades de mi abuelo se

orientaban hacia el descubrimiento de ese umbral secreto del que tío Leander hablaba tan crípticamente en sus cartas... *¡y a cruzarlo!* En la confusión mental en que ahora me encontraba, preocupado con la antigua mitología de Cthulhu, Ithaqua y los dioses arquetípicos, no seguí los evidentes indicios que conducían a tan lógica conclusión, posiblemente porque temía instintivamente llegar demasiado lejos.

Me volví a Frolin y se lo expliqué lo más claramente que pude. Él escuchó atentamente, haciendo de cuando en cuando alguna pregunta concreta, palideciendo ligeramente ante determinados detalles que no podía yo dejar de mencionar, y no se mostró tan escéptico como yo había pensado. Esto era en sí prueba del hecho de que aún había más cosas por descubrir sobre las actividades del abuelo e incidentes de la casa, aunque yo no me di cuenta inmediatamente. Sin embargo, iba a tardar poco en averiguar algo más sobre la razón fundamental de que Frolin hubiese aceptado en seguida mi explicación, necesariamente breve.

A mitad de una pregunta, dejó de hablar de repente, y asomó a sus ojos una expresión que indicaba que su atención se había desviado de mí, de la habitación, a algo más allá; se quedó en la actitud del que escucha, e impulsado por su gesto, me esforcé yo también por averiguar qué era lo que oía.

«Es sólo la voz del viento en los árboles, que se ha elevado ahora un poco — pensé—. Va a haber tormenta».

—¿Oyes? —preguntó él en un susurro estremecido.

—No —respondí quedamente—. Sólo el viento.

—Sí, sí... el viento. Te lo escribí, recuerda. Escucha.

—Vamos, Frolin, ten serenidad. Sólo es el viento.

Me lanzó una mirada compasiva y, dirigiéndose a la ventana, me hizo señas de que le siguiera. Me acerqué y me puse a su lado. Sin decir palabra, señaló hacia la oscuridad que envolvía la casa. Tardé un momento en acostumbrar mis ojos a la noche, pero después pude ver la línea de árboles recortada fuertemente contra el cielo limpio y estrellado. Y entonces, instantáneamente, comprendí.

*Aunque el viento rugía y tronaba alrededor de la casa, nada turbaba la quietud de los árboles que tenía ante mis ojos: ¡ni una hoja, ni una copa, ni una ramita se mecía lo que es el espesor de un cabello!*

—¡Dios mío! —exclamé, y retrocedí, alejándome del cristal como para borrar la visión de mis ojos.

—¿Comprendes ahora? —preguntó él, retirándose de la ventana también—. Yo ya lo he oído otras veces.

Se quedó inmóvil, como aguardando, y yo también esperé; a la sazón, el ruido del viento había alcanzado una intensidad sobrecogedora, de suerte que parecía como si la vieja casa fuera a ser arrancada de la ladera y lanzada valle abajo. En efecto, hubo un leve temblor en el mismo momento en que lo estaba pensando: una extraña vibración, como si la casa se *estremeciera*, y los cuadros de las paredes se movieran ligeramente, de manera casi *furtiva*, casi imperceptible, y sin embargo,

inequívocamente visible. Miré a Frolin, pero su semblante no se había alterado; siguió allí, escuchando, de modo que comprendí que aún no habíamos llegado al final de esta singular manifestación. El ruido del viento era ahora un terrible, demoníaco aullido, acompañado de notas de música que por un momento se hicieron distintas, aunque tan perfectamente mezcladas con la voz del viento que al principio no se distinguían. La música era semejante a la de antes, como de flautas, y de cuando en cuando, de instrumentos de cuerda, pero ahora mucho más violenta, resonando con aterrador desenfreno, con un carácter de abominable maldad. Al mismo tiempo, ocurrieron otras dos manifestaciones. La primera fue el ruido como de caminar de alguien, de un gran ser cuyos pasos parecieron penetrar en la habitación desde el corazón mismo del viento; ciertamente, no se produjeron dentro de la casa, aunque había en ellos el inequívoco crescendo que denotaba su gradual aproximación. El segundo fue un repentino cambio de temperatura.

La noche, fuera, era calurosa para el mes de septiembre en el nórdico estado de Wisconsin, y la casa, también, se había mantenido razonablemente confortable. Ahora, de pronto, coincidiendo los pasos que se acercaban, la temperatura comenzó a descender rápidamente, de modo que en poco tiempo el aire de la habitación se enfrió, y tanto Frolin como yo tuvimos que ponernos más ropa para no resfriarnos. Sin embargo, esto no parecía ser la culminación de las manifestaciones que tan claramente esperaba Frolin: seguía de pie, sin decir nada, aunque sus ojos, encontrándose con los míos de tiempo en tiempo, eran lo bastante elocuentes como para expresar su pensamiento. No sé el tiempo que permanecemos allí, escuchando los aterradores sonidos, antes de producirse el final.

Pero, súbitamente, Frolin me cogió del brazo, y con un ronco susurro, exclamó:

—¡Ahí! ¡Ahí están! ¡Escucha!

El ritmo de la espectral música había cambiado repentinamente y decrecía desde el violento frenesí anterior; ahora se transformó en una melodía de una dulzura casi insoportable, con cierto matiz melancólico, y resultaba tan agradable como perversa había sido la anterior; sin embargo, la nota de terror no había desaparecido completamente. Al mismo tiempo, se hizo evidente un sonido de voces que se elevaron progresivamente en una especie de cántico, desde algún lugar de detrás de la casa..., como del despacho.

—¡Gran Dios del cielo! —grité, aterrado a Frolin—. ¿Qué ocurre ahora?

—Es por el abuelo —dijo—. Tanto si lo sabe él como si no, ese ser viene y canta para él —sacudió la cabeza y cerró los ojos un instante, antes de añadir amargamente en voz baja e intensa—: ¡Si hubiese quemado esos malditos papeles de Leander, como debía haber hecho...!

—Casi podrían entenderse las palabras —dije, escuchando atentamente.

Se oían palabras, pero no palabras que yo hubiese oído nunca; eran una especie de berridos horribles y primitivos, como si alguna criatura bestial, dotada de media lengua, aullase sílabas de insensato horror. Echamos a correr y abrimos la puerta;

inmediatamente, los sonidos parecieron más claros, de forma que lo que yo había tomado por muchas voces era sólo una, capaz, no obstante, de producir la ilusión de multiplicidad. Las palabras —o quizá sería mejor que dijese *sonidos*, sonidos bestiales— se elevaban desde abajo como un aullido sobrecogedor:

—¡*Ia! ¡Ia! ¡Ithaqua! Ithaqua cf'ayak vulgthumm. ¡Ia! ¡Uhg! ¡Cthulhu fhtagn! ¡Shub-Niggurath! ¡Ithaqua naflfhtagn!*

Increíblemente, la voz del viento se elevaba y rugía cada vez más terriblemente, hasta el punto que pensé que la casa iba a salir despedida al vacío en cualquier momento, y Frolin y yo de sus habitaciones, y que nos iba a succionar el aliento de nuestros cuerpos desamparados. En la confusión del espanto y asombro que se apoderó de mí, pensé en ese instante en mi abuelo, que estaba abajo en el despacho, y, haciendo una seña a Frolin, eché a correr hacia la escalera, decidido, a pesar de mi horrible miedo, a ponerme entre el anciano y lo que le amenazase, fuera lo que fuese. Corrí a su puerta y me abalancé contra ella, y una vez más, como antes, cesaron todas las manifestaciones: como el chasquido de un interruptor, cayó el silencio, que momentáneamente se hizo aún más terrible.

Se abrió la puerta, y nuevamente me encontré ante mi abuelo.

Estaba sentado todavía como lo habíamos dejado antes, aunque ahora tenía los ojos abiertos, la cabeza un poco erguida y la mirada fija en el enorme cuadro de la pared este.

—¡En nombre de Dios! —grité—. ¿Qué es eso?

—Espero averiguarlo muy pronto —contestó con gran dignidad y gravedad.

Su absoluta carencia de temor sosegó algo mi propia alarma, y entré un poco más en la habitación, seguido de Frolin. Me incliné sobre su cama, procurando que fijara su atención en mí, pero siguió mirando el cuadro con singular intensidad.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté—. Sea lo que fuere, encierra peligro.

—Un explorador como tu abuelo difícilmente estaría satisfecho si no fuera así, muchacho —replicó en tono agrio y práctico.

Yo sabía que era verdad.

—Prefiero morir con las botas puestas a hacerlo aquí en la cama —prosiguió—. En cuanto a lo que has oído, no sé cuánto has oído tú..., pero es algo por el momento inexplicable. Pero quisiera llamar tu atención hacia la extraña acción del viento.

—No había viento —dije—. Me he asomado.

—Sí, sí —dijo con cierta impaciencia—. Muy cierto. Y sin embargo, ahí estaba el ruido del viento, y todas esas voces del viento... tal como las he oído en Mongolia, en las grandes regiones nevadas, en la lejana y secreta meseta de Leng, donde el pueblo Tcho-Tcho adora a extraños dioses antiguos... —De pronto se volvió hacia mí, y sus ojos me parecieron enfebrecidos—: ¿Te he hablado del culto a Ithaqua, al que algunos indios de Manitoba superior llaman a veces El-Que-Camina-en-el-Viento, y otros, efectivamente, el Wendigo, y sobre sus creencias de que El-Que-Camina-en-el-Viento ejecuta sacrificios humanos y se lleva a sus víctimas a parajes

apartados de la Tierra, abandonándolas finalmente muertas? ¡Oh!, hay historias, muchacho, y leyendas muy extrañas... y algo más —se inclinó hacia mí ahora con fiera intensidad—: Yo mismo he visto cosas..., cosas encontradas en un cuerpo caído del aire..., cosas que no es posible que existan en Manitoba, cosas que pertenecían a Leng, a las islas del Pacífico —y me despidió con un movimiento de brazo, y una expresión de disgusto cruzó por su rostro—. No me crees. Piensas que desvarío. ¡Vete, regresa a tu sueño mezquino, y espera tu final a lo largo de la eterna miseria de monotonía, día tras día!

—¡No! Cuéntamelo ahora.

—Hablaré contigo por la mañana —dijo él cansadamente, echándose hacia atrás.

Me tuve que contentar con eso; era duro como el diamante, y no había forma de ablandarle. Le di las buenas noches de nuevo, y me retiré al vestíbulo con Frolin, que movía la cabeza lenta, negativamente.

—Cada vez está peor —susurró—. Cada vez el viento sopla con más fuerza, el frío es más intenso, las voces y la música más claras... ¡y el ruido de esos pasos más terrible!

Dio media vuelta y comenzó a subir las escaleras; tras un momento de vacilación, le seguí.

Por la mañana, mi abuelo mostraba su habitual aspecto saludable. En el momento de entrar yo en el comedor, estaba hablando a Hough, evidentemente en respuesta a una petición, pues el viejo criado se mantenía respetuosamente inclinado mientras oía decir a mi abuelo que él y la señora Hough podían efectivamente tomarse una semana de vacaciones a partir de este momento, si la salud de la señora Hough requería ir a Wausau a visitar a un especialista. Frolin me miró a los ojos con crispada sonrisa; su rostro había perdido algo de color, lo que le daba un aspecto pálido y trasnochado, aunque comía con bastante apetito. Su sonrisa, y la breve mirada significativa de sus ojos hacia Hough cuando se retiraba, manifestaron a las claras que esta necesidad que les había sobrevenido a Hough y a su esposa era un modo de combatir la manifestaciones que tanto me habían perturbado en mi primera noche en la casa.

—Bueno, muchacho —dijo el abuelo alegremente—, ya casi se te ha ido el aspecto macilento que tenías anoche. Confieso que estaba preocupado por ti. Supongo que tampoco te sentirás tan escéptico como antes.

Rió entre dientes, como si acabara de decir un chiste. Por desgracia, yo no pude considerarlo así. Me senté y empecé a comer un poco, mirándole de cuando en cuando, esperando a que empezara la explicación de los extraños sucesos de la noche anterior. Como en seguida me di cuenta de que no tenía intención de explicarme nada, me vi obligado a pedirselo expresamente, cosa que hice con toda la dignidad posible.

—Siento mucho que no hayas podido descansar —dijo—. El hecho es que ese umbral del que habla Leander debe encontrarse en algún lugar del despacho; ¡noche sentí la absoluta certeza de que era así, antes de que irrumpieras en mi habitación por



segunda vez. Además, parece incuestionable que al menos un miembro de la familia tuvo relaciones con alguno de aquellos seres... Leander, naturalmente.

Frolin se inclinó hacia delante.

—¿Crees en ellos?

Nuestro abuelo sonrió agriamente.

—Debería resultar evidente que, cualesquiera que sean mis poderes, el alboroto que oísteis anoche difícilmente pudo ser provocado por mí.

—Sí, por supuesto —concedió Frolin—. Pero algún otro agente...

—No, no; queda por determinar solamente cuál. El olor a agua es signo de la progenie de Cthulhu, pero los vientos podrían deberse a Lloigor, o a Ithaqua, o a Hastur. Pero las estrellas no están en la posición favorable para que sea Hastur —prosiguió—. Así que debemos quedarnos con los otros dos. Son ellos, o uno de ellos, los que están justamente al otro lado del umbral. Quiero saber qué hay más allá de ese umbral, si puedo descubrirlo.

Parecía increíble que mi abuelo hablase con tanta indiferencia sobre estos seres antiguos; su aire prosaico era en sí mismo tan alarmante como los acontecimientos de la noche. La temporal sensación de seguridad que había sentido yo al verle desayunar desapareció; empecé a tener conciencia nuevamente de ese creciente temor que había experimentado cuando me aproximaba a la casa, la pasada tarde, y lamentaba haber forzado mi interrogatorio.

Si mi abuelo sabía algo, no lo manifestó. Siguió hablando con el tono del profesor que realiza una investigación científica para beneficio del auditorio que tiene delante. No cabía duda, dijo, que existía una relación entre los sucesos de Innsmouth y el contacto *exterior* no humano de Leander Alwyn. ¿Abandonó Leander la ciudad de Innsmouth originalmente por el culto a Cthulhu que existía allí, porque él también se vio aquejado de esa singular transformación facial que afectó a tantos habitantes de la maldita Innsmouth, confiriéndoles aquella extraña fisonomía de batracio que horrorizó a los investigadores federales que fueron a inspeccionar el caso? Quizá fuera eso. En todo caso, al dejar atrás el culto de Cthulhu, se abrió camino hacia las regiones inexploradas de Wisconsin y estableció contacto de algún modo con alguno de los otros seres más antiguos, Lloigor o Ithaqua; todos ellos, hay que decir, fuerzas elementales del mal. Al parecer, Leander Alwyn era un hombre perverso.

—Si hay alguna verdad en todo esto —exclamé—, entonces habría que hacer caso de la advertencia de Leander. ¡Abandona ese descabellado empeño en descubrir el umbral del que hablas!

Mi abuelo me miró un instante con calculada indulgencia; pero era evidente que no se sentía aludido por mi explosión.

—Ahora que me he embarcado en esta exploración, pienso seguirla. Al fin y al cabo, Leander murió de muerte natural.

—Pero, según tu propia teoría, había tenido relaciones con esos... seres —dije—. Tú no tienes ninguna. Te atreves a salir a los espacios desconocidos, por así decir, sin

tener en cuenta los horrores que puedes encontrar.

—Cuando estuve en Mongolia también me tropecé con horrores. Jamás en la vida pensé que saldría con vida de Leng. —Calló, meditabundo, y luego se levantó lentamente—. No; me propongo descubrir el umbral de Leander. Y esta noche, oigáis lo que oigáis, no tratéis de interrumpirme. Sería una lástima que, después de tanto tiempo, me volviese a retrasar vuestra impetuosidad.

—Y cuando hayas descubierto el umbral —exclamó—, ¿qué?

—No estoy seguro de que quiera cruzarlo.

—Puede que no dependa de ti el elegir.

Me miró un instante en silencio, sonrió amablemente, y abandonó la habitación.

### III

Aun ahora que ha pasado tanto tiempo, me resulta difícil narrar los acontecimientos de aquella noche catastrófica, por lo vívidamente que me vuelven a la memoria, a pesar del prosaico ambiente de la Miskatonic University, donde tantos y tan tremendos secretos se ocultan en textos antiguos y poco conocidos. Y sin embargo, para comprender los difundidos acontecimientos que ocurrieron después, es preciso conocer los sucesos de aquella noche.

Frolin y yo pasamos la mayor parte del día revisando los libros y papeles de mi abuelo, con intención de comprobar ciertas leyendas a las que se había referido en sus conversaciones, no sólo conmigo, sino con Frolin antes de mi llegada. A lo largo de toda su obra aparecían infinidad de alusiones crípticas, pero no encontramos más que un relato relacionado con nuestra investigación: una historia algo oscura, declaradamente de origen legendario, concerniente a la desaparición de dos habitantes de Nelson, Manitoba, y un oficial de la Real Policía Montada del Noroeste, y la reaparición de los tres como llovidos del cielo, helados y muertos o moribundos, balbuciendo palabras sobre Ithaqua, El-Que-Camina-en-el-Viento, y sobre muchos lugares de la faz de la Tierra, y portando consigo extraños objetos, propios de lejanas regiones, que jamás se había sabido que poseyeran en vida. La historia era increíble, y sin embargo, estaba claramente relacionada con la mitología consignada en *The Outsider and Others* y las que se relataban en los *Manuscritos Pnakóticos*, el *Texto de R'lyeh* y el terrible *Necronomicón*.

Aparte de esto, no encontramos nada que se relacionase de manera palpable con nuestro problema, así que nos resignamos a esperar a que llegase la noche.

En la comida y la cena, preparadas por Frolin en ausencia de Hough, mi abuelo se comportó con la normalidad de costumbre, sin aludir para nada a su extraña aventura, comentando solamente que ahora tenía la prueba concreta de que había sido Leander quien había pintado ese poco atractivo paisaje de la pared este del despacho, y que esperaba que pronto —dado que estaba llegando al final de su tarea de descifrar la larga y vana carta de Leander— descubriría la clave esencial de ese umbral del que hablaba, y al que se refería ahora cada vez más. Cuando se levantó de la mesa, nos advirtió de nuevo solemnemente que no le interrumpiésemos por la noche, so pena de causarle el mayor disgusto, y acto seguido se metió en aquel despacho, del que no volvió a salir ya nunca.

—¿Crees que vas a poder dormir? —me preguntó Frolin cuando nos quedamos solos.

Negué con la cabeza.

—Imposible. Permaneceré en vela.

—Creo que no le gustaría que nos quedásemos abajo —dijo Frolin, frunciendo levemente el ceño.

—Me iré entonces a mi habitación —dije—. ¿Y tú?

—Me quedaré contigo, si no te importa. Él se propone llegar al final, y no hay nada que podamos hacer hasta que nos necesite. Puede llamar...

Yo tenía la desagradable convicción de que si mi abuelo nos llamaba, sería demasiado tarde, pero me abstuve de expresar mis temores en voz alta.

Los sucesos de esa noche empezaron como en la anterior: con los acordes de aquella música espectralmente hermosa, como de flautas, que brotaba de la oscuridad que envolvía la casa. Después, al cabo de un rato, comenzó el viento, y el frío, y la voz ululante. Y entonces, precedido por un aura de maldad tan grande que casi nos asfixiaba en medio de la habitación, sucedió algo más, algo increíblemente espantoso. Frolin y yo estábamos a oscuras; yo no me había molestado en encender mi vela eléctrica, dado que ninguna luz podría revelarnos el origen de todas estas manifestaciones. Fui a la ventana y, cuando el viento empezó a levantarse, miré una vez más hacia la línea de árboles, pensando que, con toda certeza, se agitarían con la enorme embestida del viento; pero, una vez más, no vi nada, ni un leve movimiento en esa quietud. Ni una nube tampoco en el cielo; las estrellas brillaban vivamente, las constelaciones del verano descendían hacia el borde occidental de la Tierra indicando el otoño en el firmamento. El ruido del viento se había elevado invariablemente, de forma que ahora adquirió la furia de un ventarrón; y no obstante, ni un movimiento turbaba la línea de árboles más oscuros que la negrura del cielo.

Pero súbitamente —tan súbitamente que por un instante parpadeé en un esfuerzo por convencerme de que un sueño había nublado mi visión—, en una amplia zona del firmamento ¡desaparecieron todas las estrellas! Me puse de pie y pegué la cara contra

el cristal. Era como si hubiese surgido una nube de repente en el cielo, a la altura casi del cenit; pero no era posible que surgiese ninguna nube a esa velocidad. A ambos lados, y por encima, brillaban aún las estrellas. *¡Era el perfil de un animal inmenso, una horrible caricatura de hombre, la cual elevaba hasta el cielo la que semejaba una cabeza, y allí, en el lugar donde podían situarse los ojos, resplandecían con un rojo encendido como dos estrellas de fuego!* ¿O eran estrellas? En ese mismo instante, los ruidos de pasos que se aproximaban aumentaron hasta tal punto que la casa se estremecía y temblaba con sus vibraciones, la furia demoníaca del viento se elevó a unas proporciones indescriptibles, y el ulular alcanzó tal grado que resultaba enloquecedor.

—¡Frolin! —llamé roncamente.

Noté que se ponía a mi lado, y un instante después sentí que me apretaba frenéticamente el brazo. ¡Así pues, él también lo había visto, no era una alucinación, ni un sueño, ese ser gigantesco que se recortaba sobre las estrellas y se movía!

—¡Se mueve! —susurró Frolin—. ¡Oh, Dios, viene hacia aquí!

Se alejó despavorido de la ventana, y yo también. Pero un instante después, la sombra del cielo había desaparecido, y volvían a brillar las estrellas. El viento, no obstante, no había disminuido un ápice en intensidad; si era posible, se hacía más feroz y violento por momentos; la casa entera se estremecía y temblaba, mientras aquellas pisadas atronadoras sonaban y resonaban en el valle que se abría ante la casa. Y el frío se fue intensificando, de modo que el aliento nos salía en forma de un vapor blanco en el aire: era un frío como de los espacios exteriores.

Por encima de la confusión de la mente, pensé en la leyenda que contaban los papeles de mi abuelo: la leyenda de *Ithaqua*, cuya característica consistía en el frío y la nieve de las lejanas regiones árticas. Estaba recordando esto, cuando un coro espantoso de aullidos, cántico triunfal de miles de bocas bestiales, me lo borró todo de la mente:

—¡Ia! ¡Ia! ¡Ithaqua, Ithaqua! ¡Ai! ¡Ai! ¡Ai! *Ithaqua cf'ayak vulgtumm vugtlagln vulgtumm. ¡Ithaqua fhatagn! ¡Ugh! ¡Ia! ¡Ia! ¡Ai! ¡Ai! ¡Ai!*

Al mismo tiempo, sobrevino un estallido atronador, e inmediatamente después, la voz de mi abuelo se elevó en un grito terrible, un grito que se convirtió en un alarido de mortal terror, de forma que los nombres que quiso pronunciar —el de Frolin y el mío— se perdieron, se ahogaron en su garganta bajo la fuerza del horror que se le había manifestado.

Y tan repentinamente como se dejó de oír su voz, cesaron todos los demás fenómenos, dejando ese silencio espectral y prodigioso que nos envuelve como una nube de fatalidad.

Frolin llegó a la puerta de la habitación antes que yo, aunque no me quedé atrás. Se cayó en mitad de la escalera, pero se incorporó a la luz de mi vela eléctrica, que había cogido yo al salir, y juntos arremetimos contra la puerta del despacho, llamando al anciano.

No contestó ninguna voz, aunque la raya amarilla de la puerta probaba que aún ardía la luz de su lámpara.

La puerta estaba cerrada por dentro, de modo que fue necesario derribarla para poder entrar.

No encontramos rastro alguno de mi abuelo. En la pared este, en cambio, se abría una gran cavidad, donde había estado la pintura, ahora tumbada en el suelo —una abertura rocosa que conducía a las profundidades de la tierra—, y por encima de todo cuanto había en la habitación se extendía la marca de Ithaqua: una fina capa de nieve, cuyos cristales brillaban como un millón de joyas diminutas bajo la luz amarilla de la lámpara de mi abuelo. Aparte del cuadro, sólo la cama estaba desordenada, *¡como si el abuelo hubiera sido arrebatado de ella por una fuerza prodigiosa!*

Corrí apresuradamente a donde el anciano había guardado el manuscrito de tío Leander, pero no estaba; no había ni rastro de él. Frolin dio un grito repentino, y señaló el cuadro que tío Leander había pintado, y luego el boquete que se abría ante nosotros.

—Estaba ahí... el umbral —dijo.

*Y vi lo mismo que él, como lo había visto el abuelo, pero demasiado tarde: ¡el cuadro de tío Leander no era más que la representación del lugar donde se había construido la casa para ocultar la cavernosa abertura de la ladera, el umbral secreto sobre el que advertía el manuscrito de Leander, el umbral por el que mi abuelo había desaparecido!*

Aunque no hay mucho que añadir, queda por revelar el más maldito de todos los hechos extraños. La policía del condado practicó una inspección completa de la caverna, auxiliada por algunos intrépidos aventureros de Harmon; descubrió que tenía varias aberturas, y comprobó que cualquiera que quisiese llegar hasta la casa a través de la caverna habría tenido que entrar por una de las innumerables hendiduras descubiertas en los montes de los alrededores. La naturaleza de las actividades de tío Leander quedó revelada tras la desaparición del abuelo. Frolin y yo nos vimos en serias dificultades debido a las sospechas de la policía del condado, pero finalmente nos pusieron en libertad, al no aparecer el cuerpo de mi abuelo.

Pero desde esa noche, comenzaron a esclarecerse ciertos hechos; hechos que, a la luz de las alusiones de mi abuelo, juntamente con las horribles leyendas contenidas en los libros raros que guardamos en parte aquí, en la biblioteca de la Miskatonic University, son condenables y condenablemente incontrovertibles.

El primero de ellos es la serie de gigantescas huellas de pies encontradas en la tierra en el lugar donde se alzó aquella noche la sombra que cubría las estrellas de los cielos, la increíble anchura y profundidad que tenían, como si hubiese caminado por allí un monstruo prehistórico, y los pasos de un kilómetro de extensión que se dirigían más allá de la casa y desaparecían en una grieta que conducía a la caverna secreta, dejando un rastro idéntico al descubierto en la nieve al norte de Manitoba, donde aquellos desdichados viajeros, y el oficial enviado a buscarles, desaparecieron

de la faz de la Tierra.

El segundo es el descubrimiento del cuaderno de notas de mi abuelo, junto con una parte del manuscrito de tío Leander, encontradas ambas cosas en una capa de hielo, en el interior de los nevados bosques que hay más arriba de Saskatchewan, con todos los indicios de haber caído desde una gran altura. La última anotación estaba fechada el día de su desaparición, a finales de septiembre; el cuaderno no fue hallado hasta el mes de abril del siguiente año. Ni Frolin ni yo nos atrevimos a exponer la explicación de su extraña aparición que en seguida nos vino a la cabeza, y juntos quemamos aquella horrible carta y la imperfecta traducción que en sí misma, tal como estaba escrita, con todas las advertencias contra el terror del otro lado del umbral, había servido para invocar del *exterior* a una criatura tan horrible que jamás ha intentado nadie describirla, ni aun esos escritores antiguos cuyos tenebrosos relatos se hallan difundidos por toda la faz de la Tierra.

Y por último, la prueba más concluyente, la más tremenda de todas: el descubrimiento, siete meses más tarde, del cadáver de mi abuelo en una pequeñísima isla del Pacífico, no lejos de Singapur, al sudeste, y el singular informe que dieron de su estado: perfectamente conservado, *como* en hielo; tan frío, que nadie pudo tocarlo con las manos desnudas hasta los cinco días de su descubrimiento; aparte de esto, estaba el hecho singular de que lo encontraron medio enterrado en arena, *¡como si «hubiese caído de un aeroplano»!* Ni a Frolin ni a mí nos pudo caber la menor duda; ésta era la leyenda de Ithaqua: se llevaba a sus víctimas consigo hacia regiones apartadas de la Tierra en el tiempo y el espacio, antes de deshacerse de ellas. Y era innegable que mi abuelo había estado vivo durante parte de ese viaje, y si abrigábamos alguna duda sobre ello, las cosas encontradas en sus bolsillos, recuerdos recogidos de extraños y secretos lugares —y que nos enviaron a nosotros—, constituían el testimonio irrefutable y definitivo: la placa de oro, con una representación miniada de una lucha entre seres antiguos, la cual llevaba en su superficie inscripciones con trazos cabalísticos, placa que el doctor Backham de la Miskatonic University identificó como procedente de alguna región situada más allá de la memoria del hombre; el abominable libro escrito en birmano, que revelaba horripilantes leyendas de esa lejana y oculta meseta de Leng, tierra del terrible pueblo TchoTcho; y finalmente, *¡la repulsiva y bestial miniatura, tallada en piedra, de una monstruosidad infernal caminando sobre los vientos, por encima de la Tierra!*

# **EL VAMPIRO ESTELAR**

**ROBERT BLOCH**

**(The Shambler from the Stars)**

*Dedicado a H.P. Lovecraft*

# I

Confieso que sólo soy un simple escritor de relatos fantásticos. Desde mi infancia más temprana me he sentido subyugado por la secreta fascinación de lo desconocido y lo insólito. Los temores innominados, los sueños grotescos, las fantasías extrañas que obsesionan nuestra mente, han tenido siempre un poderoso e inexplicable atractivo para mí.

En literatura, he caminado con Poe por senderos ocultos, me he arrastrado con Machen entre las sombras, he cruzado con Baudelaire las regiones de las hórridas estrellas, o me he sumergido en las profundidades de la Tierra, guiado por los relatos de la antigua ciencia. Mi escaso talento para el dibujo me obligó a intentar describir con torpes palabras los seres fantásticos que moraban en mis sueños tenebrosos. Esta misma inclinación por lo siniestro se manifestaba también en mis preferencias musicales. Mis composiciones favoritas eran la *Suite de los planetas* y otras del mismo género. Mi vida interior se convirtió muy pronto en un perpetuo festín de horrores fantásticos, refinadamente crueles.

En cambio, mi vida exterior era insulsa. Con el transcurso del tiempo, me fui haciendo cada vez más insociable, hasta que acabé por llevar una vida tranquila y filosófica en un mundo de libros y de sueños.

El hombre debe trabajar para vivir. Incapaz por naturaleza de todo trabajo manual, me sentí desconcertado en mi adolescencia ante la necesidad de elegir profesión. Mi tendencia a la depresión vino a complicar las cosas, y durante algún tiempo estuve bordeando el desastre económico más completo. Entonces fue cuando me decidí a escribir.

Adquirí una vieja máquina, un montón de papel barato y unas cuantas hojas de papel carbón. Nunca me preocupó la búsqueda de un tema. ¿Qué mejor venero que las ilimitadas regiones de mi viva imaginación? Escribiría sobre temas de horror y de oscuridad y sobre el enigma de la muerte. Al menos, en mi inexperiencia y candidez, éste era mi propósito.

Mis primeros intentos fueron un fracaso rotundo. Los resultados quedaron lastimosamente lejos de mis soñados proyectos. En el papel, mis fantasías más brillantes se convirtieron en un revoltijo insensato de pesados adjetivos, y no encontré palabras de uso corriente con que expresar el terror portentoso de lo desconocido. Mis primeros manuscritos resultaron mediocres, vulgares; las pocas revistas especializadas en este género los rechazaron con significativa unanimidad.

Tenía que vivir. Lentamente, pero de manera segura, comencé a ajustar mi estilo a mis ideas. Trabajé laboriosamente las palabras, las frases y la estructura de las oraciones. Trabajé, trabajé febrilmente en ello. Pronto aprendí lo que era sudar. Y por fin, uno de mis relatos fue aceptado; después, un segundo, y un tercero, y un cuarto. En seguida comencé a dominar los trucos más elementales del oficio, y empecé finalmente a vislumbrar mi porvenir con cierta claridad. Retorné con el ánimo más



ligero a mi vida de ensueños y a mis queridos libros. Mis relatos me proporcionaban medios un tanto escasos para subsistir, y durante cierto tiempo no pedí más a la vida. Pero esto duró poco. La ambición, siempre engañosa, fue la causa de mi ruina.

Quería escribir una historia real; no uno de esos cuentos efímeros y estereotipados que producía para las revistas, sino una verdadera obra de arte. La creación de semejante obra maestra llegó a convertirse en mi ideal. Yo no era un buen escritor, pero ello no se debía enteramente a mis errores de estilo.

Presentía que mi defecto fundamental radicaba en el asunto escogido. Los vampiros, los hombres-lobo, los profanadores de cadáveres, los monstruos mitológicos, constituían un material de escaso mérito. Los temas e imágenes vulgares, el empleo rutinario de adjetivos y un punto de vista prosaicamente antropocéntrico eran los principales obstáculos para producir un cuento fantástico realmente bueno.

Debía elegir un tema nuevo, una intriga extraordinaria de verdad. ¡Si pudiera concebir algo monstruosamente increíble!

Estaba ansioso por aprender las canciones que cantaban los demonios al precipitarse más allá de las regiones estelares, por oír las voces de los dioses antiguos susurrando sus secretos al vacío preñado de resonancias. Deseaba vivamente conocer los terrores de la tumba: el roce de las larvas en mi lengua, la fría caricia de una mortaja podrida sobre mi cuerpo. Anhelaba hacer mías las vivencias que yacen latentes en el fondo de los ojos vacíos de las momias, y ardía en deseos de aprender la sabiduría que sólo el gusano conoce. Entonces podría escribir de verdad, y mis esperanzas se realizarían cabalmente.

Busqué el modo de conseguirlo. Serenamente, comencé a escribirme con pensadores y soñadores solitarios de todo el país. Mantuve correspondencia con un ermitaño de los Montes Occidentales, con un sabio de la región desolada del Norte y con un místico de Nueva Inglaterra. Por medio de éste, tuve conocimiento de algunos libros antiguos que eran tesoro y reliquia de una ciencia extraña. Primero me citó, con mucha reserva, algunos pasajes del legendario *Necronomicón*, luego se refirió a cierto *Libro de Eibon*, que tenía fama de superar a los demás por su carácter demencial y blasfemo. Él mismo había estudiado aquellos volúmenes que recogían el terror de los Tiempos Originales, pero me prohibió que ahondara demasiado en mis indagaciones. Me dijo que, como hijo que era de la embrujada ciudad de Arkham, donde aún palpitan y acechan sombras de otros tiempos, había oído cosas muy extrañas, por lo que decidió apartarse prudentemente de las ciencias negras y prohibidas.

Finalmente, después de mucho insistirle, consintió de mala gana en proporcionarme los nombres de ciertas personas que a su juicio podrían ayudarme en mis investigaciones. Mi corresponsal era un escritor de notable brillantez; gozaba de una sólida reputación en los círculos intelectuales más exquisitos, y yo sabía que

estaba tremendamente interesado en conocer el resultado de mi iniciativa.

Tan pronto como su preciosa lista estuvo en mis manos, comencé una masiva campaña postal con el fin de conseguir los libros deseados. Dirigí mis cartas a varias universidades, a bibliotecas privadas, a astrólogos afamados y a los dirigentes de ciertos cultos secretos de nombres oscuros y sonoros. Pero aquella labor estaba destinada al fracaso.

Sus respuestas fueron manifiestamente hostiles. Estaba claro que quienes poseían semejante ciencia se enfurecían ante la idea de que sus secretos fuesen desvelados por un intruso. Posteriormente, recibí varias cartas anónimas llenas de amenazas, e incluso una llamada telefónica verdaderamente alarmante. Pero lo que más me molestó fue el darme cuenta de que mis esfuerzos habían resultado fallidos. Negativas, evasivas, desaires, amenazas... ¡Aquello no me servía de nada! Debía buscar por otra parte.

¡Las librerías! Quizá descubriese lo que buscaba en algún estante olvidado y polvoriento.

Entonces empecé una cruzada interminable. Aprendí a soportar mis numerosos desengaños con impasible tranquilidad. En ninguna de las librerías que visité habían oído hablar del espantoso *Necronomicón*, del maligno *Libro de Eibon*, ni del inquietante *Cultes des Goules*.

La perseverancia acaba siempre por triunfar. En una vieja tiendecita de South Dearborn Street, en unas estanterías arrinconadas, acabé por encontrar lo que andaba buscando. Allí, encajado entre dos ediciones centenarias de Shakespeare, descubrí un gran libro negro con tapas de hierro. En ellas, grabado a mano, se leía el título: *De Vermis Mysteriis (Los misterios del gusano)*.

El propietario no supo decirme de dónde procedía el libro aquél. Quizá lo había adquirido hacía un par de años en algún lote de libros de segunda mano. Era evidente que desconocía su naturaleza, ya que me lo vendió por un dólar. Encantado por su inesperada venta, me envolvió el pesado mamotreto y me despidió con amable satisfacción.

Yo me marché apresuradamente con mi precioso botín debajo del brazo. ¡Lo había encontrado! Ya tenía referencias del libro. Su autor era Ludvig Prinn, y había perecido en la hoguera inquisitorial, en Bruselas, cuando los juicios por brujería estaban en su apogeo. Había sido un personaje extraño, alquimista, nigromante y mago de gran reputación; alardeaba de haber alcanzado una edad milagrosa, cuando finalmente fue inmolado por el feroz poder secular. De él se decía que se proclamaba el único superviviente de la novena cruzada, y exhibía como prueba ciertos documentos mohosos que parecían atestiguarlo. Lo cierto es que, en los viejos cronicones, el nombre de Ludvig Prinn figuraba entre los caballeros servidores de Montserrat; pero los incrédulos le seguían considerando un chiflado y un impostor, a lo sumo descendiente de aquel famoso caballero.

Ludvig atribuía sus conocimientos de hechicería a los años en que había estado

cautivo entre los brujos y encantadores de Siria, y hablaba a menudo de sus encuentros con los *djinns* y los *efreets* de los antiguos mitos orientales. Se sabe que pasó algún tiempo en Egipto, y entre los santones libios se cuentan ciertas leyendas que aluden a las hazañas del viejo adivino en Alejandría.

En todo caso, pasó sus postreros días en las llanuras de Flandes, su tierra natal, habitando —lugar muy adecuado— en las ruinas de un sepulcro prerromano que se alzaba en un bosque próximo a Bruselas. Se decía que allí moraba en las sombras, rodeado de demonios familiares y terribles sortilegios. Aún se conservan manuscritos que dicen, en forma un tanto evasiva, que era asistido por «compañeros invisibles» y «servidores enviados de las estrellas». Los campesinos evitaban pasar de noche por el bosque donde él vivía; no les gustaban ciertos ruidos que resonaban cuando había luna llena, y preferían ignorar qué clase de seres se prosternaban ante los viejos altares paganos que se alzaban, medio desmoronados, en lo más oscuro del bosque.

Sea como fuere, después de ser apresado Prinn por los esbirros de la Inquisición, nadie vio a las criaturas que había tenido a su servicio. Antes de destruir el sepulcro donde había morado, los soldados lo registraron a fondo y no encontraron nada. Seres sobrenaturales, instrumentos extraños, pócimas..., todo había desaparecido de la manera más misteriosa. Hicieron un minucioso reconocimiento del bosque prohibido, pero sin resultado. Sin embargo, antes de que terminara el proceso de Prinn, saltó sangre fresca en los altares, y también en el potro de tormento. Pero ni con las más atroces torturas lograron romper su silencio. Por último, cansados de interrogar, arrojaron al viejo hechicero a una mazmorra.

Y fue durante su prisión, mientras aguardaba la sentencia, cuando escribió ese texto morboso y horrible, *De Vermis Mysteriis*, conocido hoy por los *Misterios del gusano*. Nadie se explica cómo pudo hacerlo sin que los guardianes le sorprendieran; pero un año después de su muerte, el texto fue impreso en Colonia. Inmediatamente después de su aparición, el libro fue prohibido. Pero ya se habían distribuido algunos ejemplares, de los que se sacaron copias en secreto. Más adelante se hizo una nueva edición, censurada y expurgada, de suerte que únicamente se considera auténtico el texto original latino. A lo largo de los siglos, han sido muy pocos los que han tenido acceso a la sabiduría que encierra este libro. Los secretos del viejo mago son conocidos hoy por algunos iniciados, quienes, por razones muy concretas, se oponen a todo intento de divulgarlos.

Esto era, en resumen, lo que sabía del libro que había venido a parar a mis manos. Aun como mero coleccionista, el libro representaba un hallazgo fenomenal; pero, desgraciadamente, no podía juzgar su contenido, porque estaba en latín. Como sólo conozco unas cuantas palabras sueltas de esa lengua, al abrir sus páginas mohosas me tropecé con un obstáculo insuperable. Era exasperante poseer aquel tesoro de saber oculto y no tener la clave para descifrarlo.

Por un momento, me sentí desesperado. No me seducía la idea de poner un texto de semejante naturaleza en manos de un latinista de la localidad. Más tarde, tuve una

inspiración. ¿Por qué no coger el libro y visitar a mi amigo para solicitar su ayuda? Él era un erudito, leía en su idioma a los clásicos, y probablemente las espantosas revelaciones de Prinn le impresionarían menos que a otros. Sin pensarlo más, le escribí apresuradamente y muy poco después recibí su contestación. Estaba encantado de ayudarme. Por encima de todo, debía ir inmediatamente.

## II

Providence es un pueblo encantador. La casa de mi amigo era antigua, de un estilo georgiano bastante raro. La planta baja era una maravilla de ambiente colonial. El piso alto, sombreado por las dos vertientes del tejado e iluminado por un amplio ventanal, servía de estudio a mi anfitrión. Allí reflexionamos durante aquella espantosa y memorable noche del pasado abril, junto al ventanal abierto a la mar azulada. Era una noche sin luna, una noche lívida en la que la niebla llenaba la vacía oscuridad de sombras aladas. Todavía puedo imaginar con claridad la escena: la pequeña habitación iluminada por la luz de la lámpara, la mesa grande, las sillas de alto respaldo... Los libros tapizaban las paredes; los manuscritos se apilaban aparte, en archivadores especiales.

Mi amigo y yo estábamos sentados junto a la mesa, ante el misterioso volumen. El delgado perfil de mi anfitrión proyectaba una sombra inquieta sobre la pared, y su semblante de cera adoptaba, a la luz mortecina, una apariencia furtiva. En el ambiente flotaba como el presagio de una portentosa revelación. Yo sentía la presencia de unos secretos que acaso no tardarían en revelarse.

Mi compañero era sensible también a esa atmósfera expectante. Los largos años de soledad habían agudizado su intuición hasta unos extremos inconcebibles. No era el frío lo que le hacía temblar en su butaca, ni la fiebre lo que hacía llamear sus ojos con un fulgor de piedras preciosas. Aun antes de abrir aquel libro maldito, sabía que encerraba una maldición. El olor a moho que desprendían sus páginas antiguas traía consigo un vaho que parecía brotar de la tumba. Sus hojas descoloridas estaban carcomidas por los bordes. Su encuadernación de cuero estaba roída por las ratas, acaso por unas ratas cuyo alimento habitual fuera singularmente horrible.

Aquella noche había contado a mi amigo la historia del libro, y lo había desempaquetado en su presencia. Al principio parecía deseoso, ansioso, diría yo, por empezar en seguida su traducción. Ahora, en cambio, vacilaba.

Insistía en que no era prudente leerlo. Era un libro de ciencia maligna. ¿Quién

sabe qué conocimientos demoníacos se ocultaban entre sus páginas, o qué males podían sobrevenir al intruso que se atreviese a profanar sus secretos? No era conveniente saber demasiado. Muchos hombres habían muerto por practicar la ciencia corrompida que contenían esas páginas. Me rogó que abandonara mi investigación, ahora que no lo había leído aún, y que tratase de inspirarme en fuentes más saludables.

Fui un necio. Rechacé precipitadamente sus objeciones con palabras vanas y sin sentido. Yo no tenía miedo. Podríamos echar al menos una mirada al contenido de nuestro tesoro. Comencé a pasar las hojas.

El resultado fue decepcionante. Su aspecto era el de un libro antiguo y corriente de hojas amarillentas y medio deshechas, impreso en gruesos caracteres latinos... y nada más; ninguna ilustración, ningún grabado alarmante.

Mi amigo no pudo resistir la tentación de saborear semejante rareza bibliográfica. Al cabo de un momento, se levantó para echar una ojeada al texto por encima de mi hombro; luego, con creciente interés, empezó a leer en voz baja algunas frases en latín. Por último, vencido ya por el entusiasmo, me arrebató el precioso volumen, se sentó junto a la ventana y se puso a leer pasajes al azar. De vez en cuando, los traducía al inglés.

Sus ojos relampagueaban con un brillo salvaje. Su perfil cadavérico expresaba una concentración total en los viejos caracteres que cubrían las páginas del libro. Cuando traducía en voz alta, las frases retumbaban como una letanía del diablo; luego, su voz se debilitaba hasta convertirse en un siseo de víbora. Yo tan sólo comprendía algunas frases sueltas porque en su ensimismamiento, parecía haberse olvidado de mí. Estaba leyendo algo referente a hechizos y encantamientos. Recuerdo que el texto aludía a ciertos dioses de la adivinación, tales como el Padre Yig, Han el Oscuro, y Byatis, cuya barba estaba formada por serpientes. Yo temblaba; ya conocía esos nombres terribles. Pero más habría temblado, si hubiera llegado a saber lo que estaba a punto de ocurrir.

Y no tardó en suceder. De repente, mi amigo se volvió hacia mí, presa de gran agitación. Con voz chillona y excitada, me preguntó si recordaba las leyendas sobre las hechiceras de Prinn, y los relatos sobre los servidores invisibles que había hecho venir desde las estrellas. Dije que sí, pero sin comprender la causa de su repentino frenesí.

Entonces me explicó el motivo de su agitación. En el libro, en un capítulo que trataba de los demonios familiares, había encontrado una especie de plegaria o conjuro que tal vez fuera el que Prinn había empleado para traer a sus invisibles servidores desde los espacios ultraterrestres. Ahora iba a escucharlo, él me lo leería.

Yo permanecí sentado como un tonto, ignorante de lo que iba a pasar. ¿Por qué no gritaría entonces, por que no trataría de escapar o de arrancarle de las manos aquel

códice monstruoso? Pero yo no sabía nada, y me quedé sentado donde estaba, mientras mi amigo, con voz quebrada por la violenta excitación, leía una larga y sonora invocación:

«*Tibi, Magnum Innominandum, signa stellarum nigrarum et bufaniformis Sadoquae sigilum...*».

El ritual seguía; las palabras se alzaron como aves nocturnas de terror y de muerte; temblaron como llamas en el aire tenebroso y contagiaron su fuego letal a mi cerebro. Los acentos atronadores de mi amigo producían un eco en el infinito, más allá de las estrellas más remotas. Era como si su voz, a través de enormes puertas primordiales, alcanzara regiones exteriores a toda dimensión en busca de un oyente, y lo llamara a la Tierra. ¿Era todo esto una ilusión? No me paré a reflexionar.

Y aquella llamada, proferida de manera casual, obtuvo una respuesta. Apenas se había apagado la voz de mi amigo en nuestra habitación, cuando sobrevino el terror. El cuarto se tornó frío. Por el ventanal entró aullando un viento repentino que no era de este mundo. En él cabalgaba como un plañido, como una nota perversa y lejana; al oírla, el semblante de mi amigo se convirtió en una pálida máscara de terror. Luego, las paredes crujieron y las hojas de la ventana se combaron ante mis ojos atónitos. Desde la nada que se abría más allá de la ventana, llegó un súbito estallido de lúbrica risa, unas carcajadas histéricas, que parecían producto de la más absoluta locura. Aquellas carcajadas que no provenían de boca alguna alcanzaron la última esencia del horror.

Lo demás ocurrió a una velocidad pasmosa. Mi amigo se lanzó hacia el ventanal y comenzó a gritar, manoteando como si quisiera zafarse del vacío. A la luz de la lámpara vi sus rasgos contraídos en una mueca de loca agonía. Un momento después, su cuerpo se elevó del suelo y comenzó a doblarse hacia atrás, en el aire, hasta un grado imposible. Inmediatamente, sus huesos se rompieron con un chasquido horrible y su figura quedó suspendida en el vacío. Tenía los ojos vidriosos, y sus manos se crisparon convulsivamente como si quisieran agarrar algo que yo no veía. Una vez más, se oyó aquella risa vesánica, ¡pero ahora provenía de *dentro de la habitación!*

Las estrellas oscilaban en roja angustia, el viento frío silbaba estridente en mis oídos. Me encogí en mi silla, con los ojos clavados en aquella escena aterradora que se desarrollaba ante mí.

Mi amigo empezó a gritar. Sus alaridos se mezclaron con aquella risa perversa que surgía del aire. Su cuerpo combado, suspendido en el espacio, se dobló nuevamente hacia atrás, mientras la sangre brotaba del cuello desgarrado como agua roja de un surtidor.

Aquella sangre no llegó a tocar el suelo. Se detuvo en el aire, y cesó la risa, que se convirtió en un gorgoteo nauseabundo. Dominado por el vértigo del horror, lo comprendí todo. ¡La sangre estaba alimentando a un ser invisible del más allá! ¿Qué

cantidad del espacio había sido invocada tan repentina e inconscientemente? ¿Qué era aquel monstruoso vampiro que yo no podía ver?

Después, aún tuvo lugar una espantosa metamorfosis. El cuerpo de mi compañero se encogió, marchito ya y sin vida. Por último, cayó en el suelo y quedó allí horriblemente inmóvil. Pero en el aire de la estancia sucedió algo pavoroso.

Junto al ventanal, en el rincón, se hizo visible un resplandor rojizo..., *sangriento*. Muy despacio, pero de forma continua, la silueta de la Presencia fue perfilándose cada vez más, a medida que la sangre iba llenando la trama de la invisible entidad de las estrellas. Era una inmensidad de gelatina palpitante, húmeda y roja, una burbuja escarlata con miles de apéndices tentaculares que se enroscaban y desenroscaban en el vacío. En los extremos de estos apéndices, unas bocas se abrían y cerraban con horrible codicia... Era una cosa hinchada y obscena, un bulto sin cabeza, sin rostro, sin ojos, una especie de buche ávido, dotado de garras, que había brotado del vacío estelar. La sangre humana con la que se había nutrido revelaba ahora los contornos del comensal. No era un espectáculo para ser presenciado por un ser humano.

Afortunadamente para mi equilibrio mental, aquella criatura no se desmoronó ante mis ojos. Con un desprecio total por el cadáver flácido que yacía en el suelo, asió el espantoso libro con un tentáculo viscoso y retorcido, y se dirigió al ventanal con rapidez. Allí, comprimió su tembloroso cuerpo de gelatina a través de la abertura. Desapareció, y oí su risa sarcástica y lejana, arrastrada por las ráfagas del viento, mientras regresaba a los abismos de donde había venido.

Eso fue todo. Me quedé solo en la habitación, ante el cuerpo roto y sin vida de mi amigo. El libro había desaparecido. En la pared había huellas de sangre y abundantes salpicaduras en el suelo. El rostro de mi amigo era una calavera ensangrentada, vuelta hacia las estrellas.

Permanecí largo rato sentado en silencio, antes de prenderle fuego a la habitación. Después, me marché. Me reí, porque sabía que las llamas destruirían toda huella de lo ocurrido. Yo había llegado aquella misma tarde. Nadie me conocía ni me había visto llegar. Tampoco me vio partir nadie, ya que me fui antes de que las llamas empezaran a propagarse. Anduve horas y horas, sin rumbo, por las calles retorcidas, sacudido por una risa idiota, cada vez que divisaba las estrellas inflamadas, cruelmente jubilosas, que me miraban furtivamente a través de los desgarrones de la niebla fantasmal.

Al cabo de varias horas, me sentí lo bastante calmado como para tomar el tren. Durante el largo viaje de regreso, estuve tranquilo, y lo he estado igualmente ahora, mientras escribía esta relación de los hechos. Tampoco me alteré cuando leí en la prensa la noticia de que mi amigo había fallecido en un incendio que destruyó la vivienda.

Solamente a veces, por la noche, cuando brillan las estrellas, los sueños vuelven a conducirme hacia un gigantesco laberinto de horror y de locura. Entonces tomo

drogas, en un vano intento por distraer los recuerdos que me asaltan mientras duermo. Pero tampoco eso me preocupa demasiado, porque sé que no permaneceré mucho tiempo aquí.

Tengo la certeza de que veré, una vez más, aquella temblorosa entidad de las estrellas. Estoy convencido de que pronto volverá para llevarme a esa negrura que es hoy morada de mi amigo. A veces deseo vivamente que llegue ese día, porque entonces aprenderá, yo también, de una vez para siempre, los *Misterios del gusano*.



# **EL HUÉSPED DE LA NEGRURA**

**H.P. LOVECRAFT**

**(The Haunter of the Dark)**

*Dedicado a Robert Bloch*

Yo he visto abrirse el tenebroso universo donde giran sin rumbo los negros planetas, donde giran en su horror ignorado sin orden, sin brillo, sin nombre.

Némesis

Los investigadores precavidos dudarán antes de poner en tela de juicio la extendida opinión de que a Robert Blake le mató un rayo, o un *shock* nervioso producido por una descarga eléctrica. Es cierto que la ventana ante la cual se encontraba permanecía intacta, pero la naturaleza se ha manifestado a menudo capaz de hazañas aún más caprichosas. Es muy posible que la expresión de su rostro fuera ocasionada por contracciones musculares sin relación alguna con lo que tuviera ante sus ojos; en cuanto a las anotaciones de su diario, no cabe duda de que son producto de una imaginación fantástica, excitada por ciertas supersticiones locales y ciertos descubrimientos llevados a cabo por él. En lo que respecta a las extrañas circunstancias que concurrían en la abandonada iglesia de Federal Hill, el investigador sagaz no tardará en atribuir las al charlatanismo consciente o inconsciente de Blake, quien estuvo relacionado secretamente con determinados círculos esotéricos.

Porque, después de todo, la víctima era un escritor y pintor consagrado por entero al campo de la mitología, de los sueños, del terror y de la superstición, ávido en buscar escenarios y efectos extraños y espectrales. Su primera estancia en Providence —con objeto de visitar a un viejo extravagante, tan profundamente entregado a las ciencias ocultas como él— había acabado en muerte y llamas. Sin duda fue algún instinto morboso lo que le indujo a abandonar nuevamente su casa de Milwaukee para venir a Providence, o tal vez conocía de antemano las viejas leyendas, a pesar de negarlo en su diario, en cuyo caso su muerte malogró probablemente una formidable superchería destinada a preparar un éxito literario.

No obstante, entre los que han examinado y contrastado todas las circunstancias del asunto, hay quienes se adhieren a teorías menos racionales y comunes. Éstos se inclinan a dar crédito a lo constatado en el diario de Blake y señalan la importancia significativa de hechos, tales como la indudable autenticidad del documento hallado en la vieja iglesia, la existencia real de una secta heterodoxa llamada Sabiduría de las Estrellas, antes de 1877, la desaparición en 1893 de cierto periodista demasiado

curioso llamado Edwin M. Lillibridge, y —sobre todo— el miedo monstruoso y transfigurador que reflejaba el rostro del joven escritor en el momento de morir. Fue uno de éstos el que, movido por un extremado fanatismo, arrojó a la bahía la piedra de ángulos extraños, en su estuche metálico de singulares adornos, hallada en el chapitel de la iglesia, en el negro chapitel sin ventanas ni aberturas, y no en la torre, como afirma el diario. Aunque criticado oficial y públicamente, este individuo — hombre intachable, con cierta afición a las tradiciones raras— dijo que acababa de liberar al mundo de algo demasiado peligroso para dejarlo al alcance de cualquiera.

El lector puede escoger por sí mismo entre estas dos opiniones diversas. Los periódicos han expuesto los detalles más palpables desde el punto de vista escéptico, dejando que otros reconstruyan la escena tal como Robert Blake la vio, o creyó verla, o pretendió haberla visto. Ahora, después de estudiar su diario detenidamente, sin apasionamientos ni prisa alguna, nos hallamos en condiciones de resumir la oscura cadena de hechos desde el punto de vista de su protagonista.

El joven Blake volvió a Providence en el invierno de 1934-35, y alquiló el piso de una venerable residencia situada frente a una plaza cubierta de césped, cerca de College Street, en lo alto de la gran colina —College Hill— inmediata al campus de la Brown University, a espaldas de la biblioteca John Hay. Era un sitio cómodo y fascinante, con un jardín remansado, lleno de gatos lustrosos que tomaban el sol pacíficamente. El edificio era de estilo georgiano: tenía mirador, portal clásico con escalinatas laterales, vidrieras con trazado de rombos, y todas las demás características de principios del siglo XIX. En el interior había puertas de seis cuerpos, grandes entarimados, una escalera colonial de amplia curva, blancas chimeneas del período Aram, y una serie de habitaciones traseras situadas unos tres peldaños por debajo del resto del edificio.

El estudio de Blake era una pieza espaciosa que daba por un lado a la pared delantera del jardín; por el otro, sus ventanas —ante una de las cuales había instalado su escritorio— miraban a occidente, hacia la cresta de la colina. Desde allí se dominaba una vista espléndida de tejados pintorescos y místicos crepúsculos. En el lejano horizonte se extendían las violáceas laderas campestres. Contra ellas, a unos tres kilómetros, se recortaba la joroba espectral de Federal Hill, erizada de tejados y campanarios que se arracimaban en lejanos perfiles y adoptaban siluetas fantásticas cuando los envolvía el humo de la ciudad. Blake tenía la curiosa sensación de asomarse a un mundo desconocido y etéreo, capaz de desvanecerse como un sueño si intentara ir en su busca para penetrar en él.

Después de haber traído de su casa la mayor parte de sus libros, Blake compró algunos muebles antiguos, en consonancia con su vivienda, y la arregló para dedicarse a escribir y pintar. Vivía solo y se hacía él mismo las sencillas faenas domésticas. Instaló su estudio en una habitación del ático orientada al norte, y muy bien iluminada por un amplio mirador. Durante el primer invierno que pasó allí, escribió cinco de sus relatos más conocidos —*El socavador*, *La escalera de la cripta*,

*Shaggai, En el valle de Pnath y El devorador de las estrellas*—, y pintó siete telas sobre los temas de monstruos infrahumanos y paisajes extraterrestres profundamente extraños.

Cuando llegaba el atardecer, se sentaba a su mesa y contemplaba soñadoramente el panorama de poniente: las torres sombrías de Memorial Hill, que se alzaban al pie de la colina donde vivía, el torreón del Palacio de Justicia, las elevadas agujas del barrio céntrico de la población y, sobre todo, la distante silueta de Federal Hill, cuyas cúpulas resplandecientes, puntiagudas buhardillas y calles ignoradas excitaban tanto su fantasía. Por las pocas personas que conocía en la localidad se enteró de que en dicha colina había un barrio italiano, aunque la mayoría de los edificios databan de los viejos tiempos de los yanquis y los irlandeses. De cuando en cuando paseaba sus prismáticos por aquel mundo espectral, inalcanzable tras la neblina vaporosa; a veces los detenía en un tejado, o en una chimenea, o en un campanario, y divagaba sobre los extraños misterios que podía albergar. A pesar de los prismáticos, Federal Hill le seguía pareciendo un mundo extraño y fabuloso que encajaba asombrosamente con lo que él describía en sus cuentos y pintaba en sus cuadros. Esta sensación persistía mucho después de que el cerro se hubiera difuminado en un atardecer azul salpicado de lucecitas y se encendieran los proyectores del Palacio de Justicia y los focos rojos del Trust Industrial, dándole efectos grotescos a la noche.

De todos los lejanos edificios de Federal Hill, el que más fascinaba a Blake era una iglesia sombría y enorme que se distinguía con especial claridad a determinadas horas del día. Al atardecer, la gran torre rematada en un afilado chapitel se recortaba tremenda contra un cielo incendiado. La iglesia estaba construida sin duda sobre alguna elevación del terreno, ya que su fachada sucia y la vertiente del tejado, así como sus grandes ventanales ojivales, descollaban por encima de la maraña de tejados y chimeneas que la rodeaban. Era un edificio melancólico y severo, construido con sillares de piedra, muy maltratados, al parecer, por el humo y las inclemencias del tiempo. Su estilo, según se podía apreciar con los prismáticos, correspondía a los primeros intentos de reinstauración del gótico, y debía de datar, por tanto, de 1810 o 1815.

A medida que pasaban los meses, Blake contemplaba aquel edificio lejano y prohibido con creciente interés. Nunca veía iluminados los inmensos ventanales, por lo que dedujo que el edificio debía de estar abandonado. Cuanto más lo contemplaba, más vueltas le daba a la imaginación, y más cosas raras se figuraba. Llegó a parecerle que se cernía sobre él un aura de desolación y que incluso las palomas y las golondrinas evitaban sus aleros. Con los prismáticos distinguía grandes bandadas de pájaros en torno a las demás torres y campanarios, pero allí no se detenían jamás. Al menos, así lo creyó él y así lo consignó en su diario. Más de una vez preguntó a sus amigos, pero ninguno había estado nunca en Federal Hill, ni tenía la más remota idea de lo que esa iglesia pudiera ser.

En primavera, Blake se sintió dominado por un vivo desasosiego. Había

comenzado una novela larga basada en la supuesta supervivencia de unos cultos paganos en Maine, pero, incomprensiblemente, se había atascado y su trabajo no progresaba. Cada vez pasaba más tiempo sentado ante la ventana de poniente, contemplando el cerro distante y el negro campanario que los pájaros evitaban. Cuando las delicadas hojas vistieron los ramajes del jardín, el mundo se colmó de una belleza nueva, pero las inquietudes de Blake aumentaron más aún. Entonces se le ocurrió por primera vez atravesar la ciudad y subir por aquella ladera fabulosa que conducía al brumoso mundo de ensueños.

A últimos de abril, poco antes de la fecha sombría de Walpurgis, Blake hizo su primera incursión al reino desconocido. Después de recorrer un sinfín de calles y avenidas de la parte baja, y de plazas ruinosas y desiertas que bordeaban el pie del cerro, llegó por último a una calle en cuesta, flanqueada por gastadas escalinatas, de torcidos porches dóricos y cúpulas de cristales empañados. Aquella calle parecía conducir hasta un mundo inalcanzable más allá de la neblina. Los deteriorados letreros con los nombres de las calles no le decían nada. Luego reparó en los rostros atezados y extraños de los transeúntes, en los anuncios en idiomas extranjeros que campeaban en las tiendas abiertas al pie de añosos edificios. En parte alguna pudo encontrar los rincones y detalles que había visto con los prismáticos, de modo que una vez más imaginó que la Federal Hill que él contemplaba desde sus ventanas era un mundo de ensueño en el que jamás entrarían los seres humanos de esta vida.

De cuando en cuando, descubría la fachada derruida de alguna iglesia o algún desmoronado chapitel, pero nunca la ennegrecida mole que buscaba. Al preguntarle a un tendero por la gran iglesia de piedra, el hombre sonrió y negó con la cabeza, a pesar de que hablaba correctamente el inglés. A medida que Blake se internaba en el laberinto de callejones sombríos y amenazadores, el paraje resultaba más y más extraño. Cruzó dos o tres avenidas, y una de las veces le pareció vislumbrar una torre conocida. De nuevo preguntó a un comerciante por la iglesia de piedra, y esta vez habría jurado que fingía ignorancia, porque su rostro moreno reflejó un temor que trató de ocultar en vano. Al despedirse, Blake le sorprendió haciendo un signo extraño con la mano derecha.

Poco después, vio súbitamente, a su izquierda, una aguja negra que destacaba sobre el cielo nuboso, por encima de las filas de oscuros tejados. Blake lo reconoció inmediatamente y se adentró por sórdidas callejuelas que subían desde la avenida. Dos veces se perdió, pero, por alguna razón, no se atrevió a preguntar a los venerables ancianos y obesas matronas que charlaban sentados en los soportales de sus casas, ni a los chiquillos que alborotaban jugando en el barro de los oscuros callejones.

Por último, descubrió la torre junto a una inmensa mole de piedra que se alzaba al final de la calle. Él se encontraba en ese momento en una plaza empedrada de forma

singular, en cuyo extremo se alzaba una enorme plataforma rematada por un muro de piedra y rodeada por una barandilla de hierro. Allí finalizó su búsqueda, porque en el centro de la plataforma, en aquel pequeño mundo elevado sobre el nivel de las calles adyacentes, se erguía, rodeada de maleza, una masa titánica y lúgubre sobre cuya identidad, aun viéndola de cerca, no podía equivocarse.

La iglesia se encontraba en avanzado estado de ruina. Algunos de sus contrafuertes se habían derrumbado y varios de sus delicados pináculos se veían esparcidos por entre la hierba. Las ennegrecidas ventanas ojivales estaban intactas en su mayoría, aunque en muchas faltaba el ajimez de piedra. Lo que más le sorprendió fue que las vidrieras no estuviesen rotas, habida cuenta de las destructoras costumbres de la chiquillería. Las sólidas puertas permanecían firmemente cerradas. La verja que rodeaba la plataforma tenía una cancela —cerrada con candado— a la que se llegaba desde la plaza por un tramo de escalera, y desde ella hasta el pórtico se extendía un sendero enteramente cubierto de maleza. La desolación y la ruina envolvían el lugar como una mortaja; y en los aleros sin pájaros y en los muros desnudos de hiedra, veía Blake un toque siniestro imposible de definir.

Había muy poca gente en la plaza. Blake vio en un extremo a un guardia municipal, y se dirigió a él con el fin de hacerle unas preguntas sobre la iglesia. Para asombro suyo, aquel irlandés fuerte y sano se limitó a santiguarse y a murmurar entre dientes que la gente no mentaba jamás aquel edificio. Al insistirle, contestó atropelladamente que los sacerdotes italianos prevenían a todo el mundo contra dicho templo, y afirmaban que una maldad monstruosa había habitado allí en tiempos y había dejado su huella indeleble. Él mismo había oído algunas oscuras insinuaciones por boca de su padre, quien recordaba ciertos rumores que circularon en la época de su niñez.

Se había albergado allí, en aquellos tiempos, una secta que invocaba a seres que procedían de los abismos ignorados de la noche. Fue necesaria la valentía de un buen sacerdote para exorcizar la iglesia, pero hubo quienes afirmaron después que para ello habría bastado simplemente la luz. Si el padre O'Malley viviera, podría aclararnos muchos misterios de este templo. Pero, ahora, lo mejor era dejarlo en paz. A nadie hacía daño ahora, y sus antiguos moradores habían muerto o desaparecido. Huyeron como ratas, a la desbandada, en el año 1377, cuando las autoridades empezaron a inquietarse por la forma en que desaparecían los vecinos y hablaron de intervenir. Algún día, a falta de herederos, el Municipio tomaría posesión del viejo templo, pero más valdría dejarlo en paz y esperar a que se viniera abajo por sí solo, no fuera que despertase ciertas cosas que debían descansar eternamente en los negros abismos de la noche.

Después de marcharse el guardia, Blake permaneció allí, contemplando la tétrica aguja del campanario. El hecho de que el edificio resultara tan siniestro para los demás como para él le llenó de una extraña excitación. ¿Qué habría de verdad en las viejas patrañas que acababa de contarle el policía? Seguramente no eran más que

fábulas suscitadas por el lúgubre aspecto del templo. Pero aun así, era como si cobrase vida uno de sus propios relatos.

El sol de la tarde salió sin fuerza de entre las nubes para iluminar los sucios, los tiznados muros de la vieja iglesia. Era extraño que el verde jugoso de la primavera no se hubiese extendido por su patio, que aún conservaba una vegetación seca y agostada. Blake se dio cuenta de que había ido acercándose y de que observaba el muro y su verja herrumbrosa con idea de entrar. En efecto, de aquel edificio parecía desprenderse un influjo terrible al que no había forma de resistirse. La cancela estaba cerrada, pero en la parte norte de la verja faltaban algunos barrotes. Subió los escalones y avanzó por el estrecho reborde exterior hasta llegar al boquete. Si era verdad que la gente miraba con tanta aversión el lugar, no tropezaría con dificultades.

Recorrió el reborde de piedra. Antes de que nadie hubiera reparado en él, se encontraba ante el boquete. Entonces miró atrás y vio que las pocas personas de la plaza se alejaban recelosas y hacían con la mano el mismo signo que el comerciante de la avenida. Varias ventanas se cerraron de golpe, y una mujer gorda salió disparada a la calle, recogió a unos cuantos niños que había por allí, y los hizo entrar en un portal desconchado y miserable. El boquete era bastante ancho y Blake no tardó en hallarse en medio de la maleza podrida y enmarañada del patio desierto. A juzgar por algunas lápidas que asomaban erosionadas entre la hierba, debió de servir de cementerio en otro tiempo. Vista de cerca, la enhiesta mole de piedra resultaba opresiva. Sin embargo, venció su aprensión y probó a abrir las tres grandes puertas de la fachada. Estaban firmemente cerradas las tres, así que comenzó a dar la vuelta al edificio en busca de alguna abertura más accesible. Ni aun entonces estaba seguro de querer entrar en aquella madriguera de sombras y desolación, aunque se sentía arrastrado como por un hechizo insoslayable.

En la parte posterior encontró un tragaluz abierto y sin rejas que proporcionaba el acceso necesario. Blake se asomó y vio que correspondía a un sótano lleno de telarañas y polvo, apenas iluminado por los rayos del sol poniente. Escombros, barriles viejos, cajones rotos, muebles... de todo había allí; y encima descansaba un sudario de polvo que suavizaba los ángulos de sus siluetas. Los restos enmohecidos de una caldera de calefacción mostraban que el edificio había sido utilizado y mantenido por lo menos hasta finales del siglo pasado.

Obedeciendo a un impulso casi inconsciente, Blake se introdujo por el tragaluz y se dejó caer sobre la capa de polvo y los escombros esparcidos por el suelo. Era un sótano abovedado, inmenso, sin tabiques. A lo lejos, en un rincón, y sumido en una densa oscuridad, descubrió un arco que evidentemente conducía arriba. Una extraña sensación de ahogo le invadió al saberse dentro de este templo espectral, pero lo desechó y siguió explorando minuciosamente el lugar. Encontró un barril intacto aún, en medio del polvo, y lo rodó hasta colocarlo al pie del tragaluz para cuando tuviera que salir. Luego, haciendo acopio de valor, cruzó el amplio sótano plagado de telarañas y se dirigió al arco del otro extremo. Medio sofocado por el polvo

omnipresente y cubierto de suciedad, empezó a subir los gastados peldaños que se perdían en la negrura. No llevaba luz alguna, por lo que avanzaba a tientas, con mucha precaución. Después de un recodo repentino, notó ante sí una puerta cerrada; inmediatamente descubrió un viejo picaporte. Al abrirlo, vio ante sí un corredor iluminado débilmente, revestido de madera corroída por la carcoma.

Una vez en la planta baja, Blake comenzó a inspeccionar rápidamente. Ninguna de las puertas interiores estaba cerrada con llave, de modo que podía pasar libremente de una estancia a otra. La nave central era de enormes proporciones y sobrecogía por las montañas de polvo acumulado sobre los bancos, el púlpito y el órgano, y las inmensas colgaduras de telarañas que se desplegaban entre los apuntados arcos del triforio. Sobre esta muda desolación se derramaba una desagradable luz plomiza que provenía de las vidrieras ennegrecidas del ábside, sobre las cuales incidían los rayos del sol agonizante.

Aquellas vidrieras estaban tan sucias de hollín que a Blake le costó gran esfuerzo descifrar lo que representaban. Y lo poco que distinguió no le gustó en absoluto. Los dibujos eran emblemáticos, y sus conocimientos sobre simbolismos esotéricos le permitieron interpretar ciertos signos que aparecían en ellos. En cambio, había escasez de santos, y los pocos representados mostraban además expresiones abiertamente censurables. Una de las vidrieras representaba únicamente, al parecer, un fondo oscuro sembrado de espirales luminosas. Al alejarse de los ventanales observó que la cruz que coronaba el altar mayor era nada menos que la antiquísima *ankh* o *crux ansata* del antiguo Egipto.

En una sacristía posterior, contigua al ábside, encontró Blake un escritorio deteriorado y unas estanterías repletas de libros mohosos, casi desintegrados. Aquí sufrió por primera vez un sobresalto de verdadero horror, ya que los títulos de aquellos libros eran suficientemente elocuentes para él. Todos ellos trataban de materias atroces y prohibidas, de las que el mundo no había oído hablar jamás, a no ser a través de veladas alusiones. Aquellos volúmenes eran terribles recopilaciones de secretos y fórmulas inmemoriales que el tiempo ha ido sedimentando desde los albores de la humanidad, y aun desde los oscuros días que precedieron a la aparición del hombre. El propio Blake había leído algunos de ellos; una versión latina del execrable *Necronomicón*, el siniestro *Liber Ivonis*, el abominable *Cultes des Goules* del conde d'Erlette, el *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt, el infernal tratado *De Vermis Mysteriis* de Ludvig Prinn. Había otros muchos, además; unos los conocía de oídas y otros le eran totalmente desconocidos, como los *Manuscritos Pnakóticos*, el *Libro de Dzyan*, y un tomo escrito en caracteres completamente incomprensibles, que contenía, sin embargo, ciertos símbolos y diagramas de claro sentido para todo aquel que estuviera versado en las ciencias ocultas. No cabía duda de que los rumores del pueblo no mentían. Este lugar había sido foco de un Mal más antiguo que el hombre y más vasto que el universo conocido.

Sobre la desvencijada mesa de escritorio había un cuaderno de piel lleno de



anotaciones tomadas a mano en un curioso lenguaje cifrado. Este lenguaje estaba compuesto de símbolos tradicionales empleados hoy corrientemente en astronomía y en alquimia, en astrología y en otras artes equívocas de la antigüedad —símbolos del Sol, de la Luna, de los planetas, aspectos de los astros y signos del Zodiaco—, y aparecían agrupados en frases y apartes como nuestros párrafos, lo que daba la impresión de que cada símbolo correspondía a una letra de nuestro alfabeto.

Con la esperanza de descifrar más adelante el criptograma, Blake se metió el libro en el bolsillo. Muchos de aquellos enormes volúmenes que se hacinaban en los estantes le atraían irresistiblemente. Se sentía tentado de llevárselos. No se explicaba cómo habían estado aquí durante tanto tiempo sin que nadie echara mano de ellos. ¿Acaso era él el primero en superar aquel miedo que había defendido a este lugar abandonado durante más de sesenta años contra toda intrusión?

Una vez explorada toda la planta baja, Blake atravesó de nuevo la nave hasta llegar al vestíbulo donde había visto antes una puerta y una escalera que probablemente conduciría a la torre del campanario, tan familiar para él desde lejos. La subida fue muy trabajosa; la capa de polvo era aquí más espesa, y las arañas habían tejido redes aún más tupidas en este angosto lugar. Se trataba de una escalera de caracol con unos escalones de madera altos y estrechos. De cuando en cuando, Blake pasaba por delante de unas ventanas desde las que se contemplaba un panorama vertiginoso. Aunque hasta el momento no había visto ninguna cuerda, pensó que sin duda habría campanas en lo alto de aquella torre, cuyas puntiagudas ventanas superiores, protegidas por densas celosías, había examinado tan a menudo con sus prismáticos. Pero le esperaba una decepción: la escalera desembocaba en una cámara desprovista de campanas y dedicada, según todas las trazas, a fines totalmente diversos.

La estancia era espaciosa y estaba iluminada por una luz apagada que provenía de cuatro ventanas ojivales, una en cada pared, protegidas por unas celosías muy estropeadas. Después las debieron de reforzar con sólidas pantallas, que, sin embargo, presentaban ahora un estado lamentable. En el centro del recinto, cubierta de polvo, se alzaba una columna de metro y medio de altura y como medio de grosor. Este pilar estaba cubierto de extraños jeroglíficos toscamente tallados, y en su cara superior, como en un altar, había una caja metálica de forma asimétrica con la tapa abierta. En su interior, cubierto de polvo, había un objeto ovoide de unos diez centímetros de largo. Formando un círculo alrededor del pilar central, había siete sitials góticos de alto respaldo, todavía en buen estado, y tras ellos, siete imágenes colosales de escayola pintada de negro casi enteramente destrozadas. Estas imágenes tenían un singular parecido con los misteriosos megalitos de la isla de Pascua. En un rincón de la cámara había una escala de hierro adosada al muro, que subía hasta el techo, donde se veía una trampa cerrada que daba acceso al chapitel desprovisto de ventanas.

Una vez acostumbrado a la escasa luz del interior, Blake se dio cuenta de que aquella caja de metal amarillento estaba cubierta de extraños bajorrelieves. Se acercó,

le quitó el polvo con las manos y el pañuelo, y descubrió que las figurillas representaban unas criaturas monstruosas que parecían no tener relación alguna con las formas de vida conocidas en nuestro planeta. El objeto ovoide en su interior resultó ser un poliedro casi negro, surcado de estrías rojas, que presentaba numerosas caras, todas ellas irregulares. Quizá se tratase de un cuerpo de cristalización desconocida o tal vez de algún raro mineral, tallado y pulido artificialmente. No tocaba el fondo de la caja, sino que estaba sostenido por una especie de aro metálico fijo mediante siete soportes horizontales —curiosamente diseñados— a los ángulos interiores del estuche, cerca de la abertura. Esta piedra, una vez limpia, ejerció sobre Blake un hechizo alarmante. No podía apartar los ojos de ella, y al contemplar sus caras resplandecientes, casi parecía translúcida, y que en su interior tomaban cuerpo unos mundos prodigiosos. En su mente flotaron imágenes de paisajes exóticos y grandes torres de piedra, y titánicas montañas sin vestigio de vida alguna, y espacios aún más remotos, donde sólo una agitación entre tinieblas indistintas delataba la presencia de una conciencia y una voluntad.

Al desviar la mirada reparó en un sorprendente montón de polvo que había en un rincón, al pie de la escalera de hierro. No sabía bien por qué le resultaba sorprendente, pero el caso es que sus contornos le sugerían algo que no lograba determinar. Se dirigió a él apartando a manotadas las telarañas que obstaculizaban su paso y, en efecto, lo que allí había le causó una honda impresión. Una vez más echó mano del pañuelo, y no tardó en poner al descubierto la verdad: Blake abrió la boca sobrecogido por la emoción. Era un esqueleto humano, y debía de estar allí desde hacía muchísimo tiempo. Las ropas estaban deshechas; a juzgar por algunos botones y trozos de tela, se trataba de un traje gris de caballero. También había otros indicios: zapatos, broches de metal, gemelos de camisa, un alfiler de corbata, una insignia de periodista con el nombre del extinguido *Providence Telegram*, y una cartera de piel muy estropeada. Blake examinó la cartera con atención. En ella encontró varios billetes antiguos, un pequeño calendario de anuncio correspondiente al año 1893, algunas tarjetas con el nombre de Edwin E. Lillibridge, y una cuartilla llena de anotaciones.

Esta cuartilla era sumamente enigmática. Blake la leyó con atención, acercándose a la ventana para aprovechar los últimos rayos del sol. Decía así:

El Prof. Enoch Bowen regresa de Egipto, mayo 1844. Compra vieja iglesia Federal Hill en julio. Muy conocido por sus trabajos arqueológicos y estudios esotéricos.

El Dr. Drowe, anabaptista, exhorta contra la «Sabiduría de las Estrellas» en el sermón del 29 de diciembre de 1844.

97 fieles a finales de 1845.

1846: 3 desapariciones; primera mención de Trapezoedro Resplandeciente.

7 desapariciones en 1848. Comienzo de rumores sobre sacrificios de sangre.

La investigación de 1853 no conduce a nada; sólo ruidos sospechosos.

El padre O'Malley habla del culto al demonio mediante caja hallada en las ruinas egipcias. Afirma invocan algo que no puede soportar la luz. Rehúye la luz suave y desaparece ante una luz fuerte. En este caso, tiene que ser invocado otra vez. Probablemente lo sabe por la confesión de Francis X. Feney en su lecho de muerte, que ingresó en la «Sabiduría de las Estrellas» en 1849. Esta gente afirma que el Trapezoedro Resplandeciente les muestra el cielo y los demás mundos, y que el Huésped de la Negrura les revela ciertos secretos.

Relato de Orrin B. Eddy, 1857: Invocan mirando al cristal y tienen un lenguaje secreto particular.

Reun. de 200 o más en 1863, sin contar a los que han marchado al frente.

Muchachos irlandeses atacan la iglesia en 1869, después de la desaparición de Patrick Regan.

Artículo velado en J. el 14 de marzo de 1872; pero pasa inadvertido.

6 desapariciones en 1876: la junta secreta recurre al mayor Doyle.

Febrero 1877: se toman medidas, y se cierra la iglesia en abril.

En mayo, una banda de chicos de Federal Hill amenaza al Dr... y demás miembros.

181 personas huyen de la ciudad antes de finalizar el año 1877. No se citan nombres.

Historias sobre fantasmas comienzan alrededor de 1880. Indagar si es verdad que ningún ser humano ha penetrado en la iglesia desde 1877.

Pedir a Lanigan fotografía de iglesia tomada en 1851...

Guardó el papel en la cartera y se la metió en el bolsillo interior de su chaqueta. Luego se inclinó a examinar el esqueleto que yacía en el polvo. El significado de aquellas anotaciones estaba claro. No cabía duda de que este hombre había venido al edificio abandonado, cincuenta años atrás, en busca de una noticia sensacional, cosa que nadie se había atrevido a intentar. Quizá no había dado a conocer a nadie sus propósitos. ¡Quién sabe! De todos modos, lo cierto es que no volvió más a su periódico. ¿Se había visto sorprendido por un terror insuperable y repentino que le ocasionó un fallo del corazón? Blake se agachó y observó el peculiar estado de los huesos. Unos estaban esparcidos en desorden, otros parecían como *desintegrados* en sus extremos, y otros habían adquirido el extraño matiz amarillento de hueso calcinado o quemado. Algunos jirones de ropa estaban chamuscados también. El cráneo se encontraba en un estado verdaderamente singular: manchado del mismo color amarillento y con una abertura de bordes carbonizados en su parte superior, como si un ácido poderoso hubiese corroído el espesor del hueso. A Blake no se le

ocurrió qué podía haberle pasado al esqueleto aquel durante sus cuarenta años de reposo entre el polvo y el silencio.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, se puso a mirar la piedra otra vez, permitiendo que su influjo suscitase imágenes confusas en su mente. Vio cortejos de evanescentes figuras encapuchadas cuyas siluetas no eran humanas, y contempló inmensos desiertos en los que se alineaban filas interminables de monolitos que parecían llegar hasta el cielo. Y vio torres y murallas en las tenebrosas regiones submarinas, y vórtices del espacio en donde flotaban jirones de bruma negra sobre un fondo de púrpura y helada neblina. Y a una distancia incalculable, detrás de todo, percibió un abismo infinito de tinieblas en cuyo seno se adivinaban, por sus etéreas agitaciones, unas presencias inmensas, tal vez consistentes o semisólidas. Una urdimbre de fuerzas oscuras parecía imponer un orden en aquel caos, ofreciendo a un tiempo la clave de todas las paradojas y arcanos de los mundos que conocemos.

Luego, de pronto, su hechizo se resolvió en un acceso de terror pánico. Blake sintió que se ahogaba y se apartó de la piedra, consciente de una presencia extraña y sin forma que le vigilaba intensamente. Se sintió acechado por algo que no fluía de la piedra, pero que le había mirado a través de ella; algo que le seguiría y le espiaría intensamente, pese a carecer de un sentido físico a la vista. Pero pensó que, sencillamente, el lugar le estaba poniendo nervioso, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta su macabro descubrimiento. La luz se estaba yendo además, y puesto que no había traído linterna, decidió marcharse en seguida.

Fue entonces, en la agonía del crepúsculo, cuando creyó distinguir una vaga luminosidad en la desconcertante piedra de extraños ángulos. Intentó apartar la mirada, pero era como si una fuerza oculta le obligar a clavar los ojos en ella. ¿Sería fosforescente o radiactiva? ¿No aludían las anotaciones del periodista a cierto *Trapezoedro Resplandeciente*? ¿Qué cósmica malignidad había tenido lugar en este templo? ¿Y qué podía acechar aún en estas ruinas sombrías que los pájaros evitaban? En ese mismo instante notó que muy cerca de él acababa de desprenderse una ligera tufarada de fétido olor, aunque no logró determinar de dónde procedía. Blake cogió la tapa de la caja y la cerró de golpe sobre la piedra, que en ese momento relucía de manera inequívoca.

A continuación le pareció notar un movimiento blando, como de algo que se agitara en la eterna negrura del chapitel, al que daba acceso la trampa del techo. Ratas, seguramente, porque hasta ahora habían sido las únicas criaturas que se habían atrevido a manifestar su presencia en este edificio condenado. Y no obstante, aquella agitación de arriba le sobrecogió hasta tal extremo que se arrojó precipitadamente escaleras abajo, cruzó la horrible nave, el sótano, la plaza oscura y desierta, y atravesó los inquietantes callejones de Federal Hill hasta desembocar en las tranquilas calles del centro que conducían al barrio universitario donde habitaba.

Durante los días siguientes, Blake no habló a nadie de su expedición y se dedicó a leer detenidamente ciertos libros, a revisar periódicos atrasados en la hemeroteca local, y a intentar traducir el criptograma que había encontrado en la sacristía. No tardó en darse cuenta de que la clave no era sencilla ni mucho menos. La lengua que ocultaban aquellos signos no era inglés, latín, griego, francés, español ni alemán. No tendría más remedio que echar mano de todos sus conocimientos sobre las ciencias ocultas.

Por las tardes, como siempre, sentía la necesidad de sentarse a contemplar el paisaje de poniente y la negra aguja que sobresalía entre las erizadas techumbres de aquel mundo distante y casi fabuloso. Pero ahora se añadía una nota de horror. Blake sabía ya que allí se ocultaban secretos prohibidos. Además, la vista empezaba a jugarle malas pasadas. Los pájaros de la primavera habían regresado, y al contemplar sus vuelos en el atardecer, le pareció que evitaban más que antes la aguja negra y afilada. Cuando una bandada de aves se acercaba a ella, le parecía que daba la vuelta y cada una de ellas se escabullía despavorida, en completa confusión... y aun adivinaba los chillidos aterrados que no podía percibir en la distancia.

Fue en el mes de julio cuando Blake, según declara él mismo en su diario, logró descifrar el criptograma. El texto estaba en aklo, oscuro lenguaje empleado en ciertos cultos diabólicos de la antigüedad, y que él conocía muy someramente por sus estudios anteriores. Sobre el contenido de ese texto, el propio Blake se muestra muy reservado, aunque es evidente que le debió de causar un horror sin límites. El diario alude a cierto Huésped de la Negrura, que despierta cuando alguien contempla fijamente el Trapezoedro Resplandeciente, y aventura una serie de hipótesis descabelladas sobre los negros abismos del caos de donde procede aquél. Cuando se refiere a este ser, presupone que es omnisciente y que exige sacrificios monstruosos. Algunas anotaciones de Blake revelan un miedo atroz a que esa criatura, invocada acaso por haber mirado la piedra sin saberlo, irrumpa en nuestro mundo. Sin embargo, añade que la simple iluminación de las calles constituye una barrera infranqueable para ella.

En cambio se refiere con frecuencia al Trapezoedro Resplandeciente, al que califica de ventana abierta al tiempo y al espacio, y esboza su historia en líneas generales desde los días en que fue tallado en el enigmático Yoggoth, muchísimo antes de que los Primordiales lo trajeran a la Tierra. Al parecer, fue colocado en aquella extraña caja por los seres crinoideos de la Antártida, quienes lo custodiaron celosamente; fue salvado de las ruinas de este imperio por los hombres-serpiente de Valusia, y millones de años más tarde fue descubierto por los primeros seres humanos. A partir de entonces recorrió tierras exóticas y extraños mares y se hundió con la Atlántida, antes de que un pescador de Minos lo atrapara en su red y lo vendiera a los cobrizos mercaderes del tenebroso país de Khem. El faraón Nefrén-Ka

edificó un templo con una cripta sin ventanas donde adorar la piedra, y cometió tales horrores que su nombre fue borrado de todas las crónicas y monumentos. Luego la joya descansó entre las ruinas de aquel templo maligno, que fue destruido por los sacerdotes y el nuevo faraón. Más tarde, la azada del excavador la devolvió al mundo para maldición del género humano.

A primeros de julio, los periódicos locales publicaron ciertas noticias que, según escribe Blake, justificaban plenamente sus temores. Sin embargo, aparecieron de una manera tan breve y casual, que sólo él debió de captar su significado. En sí, parecían bastante triviales: por Federal Hill se había extendido una nueva ola de temor con motivo de haber penetrado un desconocido en la iglesia maldita. Los italianos afirmaban que en la aguja sin ventanas se oían ruidos extraños, golpes y movimientos sordos, y habían acudido a sus sacerdotes para que ahuyentasen a ese ser monstruoso que convertía sus sueños en pesadillas insoportables. Asimismo hablaban de una puerta, tras la cual había algo que acechaba constantemente en espera de que la oscuridad se hiciese lo bastante densa para permitirle salir al exterior. Los periodistas se limitaban a comentar la tenaz persistencia de las supersticiones locales, pero no pasaban de ahí. Era evidente que los jóvenes periodistas de nuestros días no sentían el menor entusiasmo por los antecedentes históricos del asunto. Al referir todas estas cosas en su diario, Blake expresa un curioso remordimiento y habla del imperioso deber de enterrar el Trapezoedro Resplandeciente y de ahuyentar al ser demoníaco que había sido invocado, permitiendo que la luz del día penetrase en el enhiesto chapitel. Al mismo tiempo, no obstante, pone de relieve la magnitud de su fascinación al confesar que aun en sueños sentía un morboso deseo de visitar la torre maldita para asomarse nuevamente a los secretos cósmicos de la piedra luminosa.

En la mañana del 17 de julio, el *Journal* publicó un artículo que causó a Blake una verdadera crisis de horror. Se trataba simplemente de una de las muchas reseñas de los sucesos de Federal Hill. Como todas, estaba escrita en un tono bastante jocoso, aunque a Blake no le hizo ninguna gracia. Por la noche se había desencadenado una tormenta que había dejado a la ciudad sin luz durante más de una hora. En el tiempo que duró la avería, los italianos casi enloquecieron de terror. Los vecinos de la iglesia maldita juraban que la bestia de la aguja se había aprovechado de la ausencia de iluminación en las calles para bajar a la nave de la iglesia, donde se habían oído torpes aleteos, como de un cuerpo inmenso y viscoso. Poco antes de volver la luz, había ascendido de nuevo a la torre, donde se oyeron ruidos de cristales rotos. Podía moverse hasta donde alcanzaban las tinieblas, pero la luz le obligaba invariablemente a retirarse.

Cuando volvieron a iluminarse todas las calles, hubo una espantosa conmoción en la torre, ya que el menor resplandor que se filtrara por las ennegrecidas ventanas y las rotas celosías era excesivo para aquella bestia que había huido a su refugio tenebroso. Efectivamente, una larga exposición a la luz la habría devuelto a los abismos de donde el desconocido visitante la había hecho salir. Durante la hora que duró el

apagón las multitudes se apiñaron alrededor de la iglesia a orar bajo la lluvia, con velas y lámparas encendidas que protegían con paraguas y papeles formando una barrera de luz que protegiese a la ciudad de la pesadilla que acechaba en las tinieblas. Los que se encontraban más cerca de la iglesia declararon que hubo un momento en que oyeron crujir la puerta exterior.

Y lo peor no era esto. Aquella noche leyó Blake en el *Bulletin* lo que los periodistas habían descubierto. Percatados al fin del gran valor periodístico del suceso, dos de ellos habían decidido desafiar a la muchedumbre de italianos enloquecidos y se habían introducido en el templo por el tragaluz, después de haber intentado inútilmente abrir las puertas. En el polvo del vestíbulo y la nave espectral observaron señales muy extrañas. El suelo estaba cubierto de viejos cojines deshechos y fundas de bancos, todo esparcido en desorden. Reinaba un olor desagradable, y de cuando en cuando encontraron manchas amarillentas parecidas a quemaduras y restos de objetos carbonizados. Abrieron la puerta de la torre y se detuvieron un momento a escuchar, porque les pareció haber oído como si arañasen arriba. Al subir, observaron que la escalera estaba aventada y barrida.

La cámara de la torre estaba igual que la escalera. En su reseña, los periodistas hablaban de la columna heptagonal, los sitiales góticos y las extrañas figuras de yeso. En cambio, cosa extraordinaria, no citaban para nada la caja metálica ni el esqueleto mutilado. Lo que más inquietó a Blake —aparte las alusiones a las manchas, chamuscaduras y malos olores— fue el detalle final que explicaba la rotura de los cristales. Eran los de las estrechas ventanas ojivales. En dos de ellas habían saltado en pedazos al ser taponadas precipitadamente a base de remeter fundas de bancos y crin de relleno de los cojines en las rendijas de las celosías. Había trozos de raso y montones de crin esparcidos por el suelo barrido, como si alguien hubiera interrumpido súbitamente su tarea de restablecer en la torre la absoluta oscuridad de que gozó en otro tiempo.

Las mismas quemaduras y manchas amarillentas se encontraban en la escala de hierro que subía al chapitel de la torre. Por allí trepó uno de los periodistas y abrió la trampa, deslizándola horizontalmente; pero al alumbrar con su linterna el fétido y negro recinto no apareció más que un montón informe de detritus cerca de la abertura. Todo se reducía, pues, a pura charlatanería. Alguien había gastado una broma a los supersticiosos habitantes del barrio. También pudo ser que algún fanático hubiera intentado tapar todo aquello en beneficio del vecindario, o que algunos estudiantes hubieran montado esta farsa para atraer la atención de los periodistas. La aventura tuvo un epílogo muy divertido, cuando el comisario de policía quiso enviar a un agente para comprobar las declaraciones de los periódicos. Tres hombres, uno tras otro, encontraron la manera de soslayar la misión que se les quería encomendar; el cuarto fue de muy mala gana, y volvió casi inmediatamente sin cosa alguna que añadir al informe de los periodistas.

A partir de aquí, el diario de Blake revela un creciente temor y aprensión.

Continuamente se reprocha a sí mismo su pasividad y se hace mil reflexiones fantásticas sobre las consecuencias que podría acarrear otro corte de luz. Se ha comprobado que en tres ocasiones —durante las tormentas— telefoneó a la compañía eléctrica con los nervios deshechos y suplicó desesperadamente que tomaran todas las medidas posibles para evitar un nuevo corte. De cuando en cuando, sus anotaciones hacen referencia al hecho de no haber hallado los periodistas la caja de metal ni el esqueleto mutilado, cuando registraron la cámara de la torre. Vagamente presentía quién o qué había intervenido en su desaparición. Pero lo que más le horrorizaba era cierta especie de diabólica relación psíquica que parecía haberse establecido entre él y aquel horror que se agitaba en la aguja distante, aquella bestia monstruosa de la noche que su temeridad había hecho surgir de los tenebrosos abismos del caos. Sentía él como una fuerza que absorbía constantemente su voluntad, y los que le visitaron en esa época recuerdan cómo se pasaba el tiempo sentado ante la ventana, contemplando absorto la silueta de la colina que se elevaba a lo lejos, por encima del humo de la ciudad. En su diario refiere continuamente las pesadillas que sufría por esas fechas y señala que el influjo de ese extraño ser de la torre aumentaba notablemente durante el sueño. Cuenta que una noche se despertó en la calle, completamente vestido, y caminando automáticamente hacia Federal Hill. Insiste una y otra vez en que aquella criatura sabía dónde encontrarle.

En la semana que siguió al 30 de julio, Blake sufrió su primera crisis depresiva. Pasó varios días sin salir de casa ni vestirse, encargando la comida por teléfono. Sus amistades observaron que tenía varias cuerdas junto a la cama, y él explicó que padecía sonambulismo, y que se había visto obligado a atarse los tobillos durante la noche.

En su diario refiere la terrible experiencia que le provocó la crisis. La noche del 30 de julio, después de acostarse, se encontró de pronto caminando por un sitio casi completamente oscuro. Sólo distinguía en las tinieblas unas rayas horizontales y tenues de luz azulada. Notó también una insoportable fetidez y oyó, por encima de él, unos ruidos blandos y furtivos. En cuanto se movía, tropezaba con algo, y cada vez que hacía ruido, le respondía arriba un rebullir confuso, al que se mezclaba como un roce cauteloso de una madera sobre otra.

Llegó un momento en que sus manos tropezaron con una columna de piedra, sobre la que no había nada. Un instante después, se agarraba a los barrotes de una escala de hierro y comenzaba a ascender hacia un punto donde el hedor se hacía aún más intenso. De pronto sintió un soplo de aire caliente y reseco. Ante sus ojos desfilaron imágenes calidoscópicas y fantasmales que se diluían en el cuadro de un vasto abismo de insondable negrura, en donde giraban astros y mundos aún más tenebrosos. Pensó en las antiguas leyendas sobre el Caos Esencial, en cuyo centro habita un dios ciego e idiota —Azathoth, Señor de Todas las Cosas—, circundado por una horda de danzantes amorfos y estúpidos, arrullado por el silbo monótono de una flauta manejada por dedos demoníacos.



Entonces, un vivo estímulo del mundo exterior le despertó del estupor que lo embargaba y le reveló su espantosa situación. Jamás llegó a saber qué había sido. Tal vez el estampido de los fuegos artificiales que durante todo el verano disparaban los vecinos de Federal Hill en honor de los santos patronos de sus pueblos natales de Italia. Sea como fuere, dejó escapar un grito, se soltó de la escala loco de pavor, yendo a parar a una estancia sumida en la más negra oscuridad.

En el acto se dio cuenta de dónde estaba. Se arrojó por la angosta escalera de caracol, chocando y tropezando a cada paso. Fue como una pesadilla: huyó a través de la nave invadida de inmensas telarañas, flanqueada de altísimos arcos que se perdían en las sombras del techo. Atravesó a ciegas el sótano, trepó por el tragaluz, salió al exterior y echó a correr por las calles silenciosas, entre las negras torres y las casas dormidas, hasta el portal de su propio domicilio.

Al recobrar el conocimiento, a la mañana siguiente, se vio caído en el suelo de su cuarto de estudio, completamente vestido. Estaba cubierto de suciedad y telarañas, y le dolía su cuerpo, tremendamente magullado. Al mirarse en el espejo, observó que tenía el pelo chamuscado. Y notó además que su ropa exterior estaba impregnada de un olor desagradable. Entonces le sobrevino un ataque de nervios. Después, vencido por el agotamiento, se encerró en casa, envuelto en una bata, y se limitó a mirar por la ventana. Así pasó varios días, temblando siempre que amenazaba tormenta y haciendo anotaciones en su diario.

La gran tempestad se desencadenó el 18 de agosto, poco antes de la medianoche. Cayeron numerosos rayos en toda la ciudad, dos de ellos excepcionalmente aparatosos. La lluvia era torrencial, y la continua sucesión de truenos impidió dormir a casi todos los habitantes. Blake, completamente loco de terror ante la posibilidad de que hubiera restricciones, trató de telefonar a la compañía a eso de la una, pero la línea estaba cortada temporalmente como medida de seguridad. Todo lo fue anotando en su diario. Su caligrafía grande, nerviosa y a menudo indescifrable, refleja en esos pasajes el frenesí y la desesperación que le iban dominando de manera incontenible.

Tenía que mantener la casa a oscuras para poder ver por la ventana, y parece que debió de pasar la mayor parte del tiempo sentado ante su mesa escudriñando ansiosamente —a través de la lluvia y por encima de los relucientes tejados del centro — la lejana constelación de luces de Federal Hill. De vez en cuando garabateaba torpemente algunas frases: «No deben apagarse las luces»... «Sabe dónde estoy»... «Debo destruirlo»... «Me está llamando, pero esta vez no me hará daño»... Hay dos páginas de su diario que llenó de frases así.

Por último, a las 2.12 exactamente, según los registros de la compañía de electricidad, las luces se apagaron en toda la ciudad. El diario de Blake no consigna la hora en que esto sucedió. Sólo figura esta anotación: «Las luces se han apagado. Dios tenga piedad de mí». En Federal Hill había también muchas personas tan expectantes

y angustiadas como él; en la plaza y en los callejones vecinos al templo maligno se fueron congregando numerosos grupos de hombres, empapados por la lluvia, portadores de velas encendidas bajo sus paraguas, linternas, lámparas de petróleo, crucifijos y toda clase de amuletos habituales en el sur de Italia. Bendecían cada relámpago, y hacían enigmáticos signos de temor con la mano derecha cada vez que el aparato eléctrico de la tormenta parecía disminuir. Finalmente cesaron los relámpagos y se levantó un fuerte viento que les apagó la mayoría de las velas, de forma que las calles quedaron amenazadoramente a oscuras. Alguien avisó al padre Merluzzo de la iglesia del Spirito Santo, el cual se presentó inmediatamente en la plaza y pronunció las palabras de aliento que le vinieron a la cabeza. Era imposible seguir dudando de que en la torre se oían ruidos extraños.

Sobre lo que aconteció a las 2.35, tenemos numerosos testimonios: el del propio sacerdote, que es joven, inteligente y culto; el del policía de servicio, William J. Monohan, de la Comisaría Central, hombre de toda confianza, que se había detenido durante su ronda para vigilar a la multitud, y el de la mayoría de los setenta y ocho italianos que se habían reunido cerca del muro que ciñe la plataforma donde se levanta la iglesia, muy especialmente el de aquellos que estaban frente a la fachada oriental. Desde luego, lo que sucedió puede explicarse por causas naturales. Nunca se sabe con certeza qué procesos químicos pueden producirse en un edificio enorme, antiguo, mal aireado y abandonado tanto tiempo: exhalaciones pestilentes, combustiones espontáneas, explosión de los gases desprendidos por la putrefacción..., cualquiera de estas causas puede explicar el hecho. Tampoco cabe excluir un elemento mayor o menor de charlatanismo consciente. En sí, el fenómeno no tuvo nada de extraordinario. Apenas duró más de tres minutos. El padre Merluzzo, siempre minucioso y detallista, consultó su reloj varias veces.

Empezó con un marcado aumento del torpe rebullir que se oía en el interior de la torre. Ya habían notado que de la iglesia emanaba un olor desagradable, pero entonces se hizo más denso y penetrante. Por último, se oyó un estampido de maderas astilladas y un objeto grande y pesado fue a estrellarse en el patio de la iglesia, al pie de su fachada oriental. No se veía la torre en la oscuridad, pero la gente se dio cuenta de que lo que había caído era la celosía de la ventana.

Inmediatamente después, de las invisibles alturas descendió un hedor tan insoportable, que muchas de las personas que rodeaban la iglesia se sintieron mal y algunas estuvieron a punto de marearse. Al mismo tiempo, el aire se estremeció como en un batir de alas inmensas, y se levantó un viento fuerte y repentino con más violencia que antes, arrancando los sombreros y paraguas chorreantes de la multitud. Nada concreto llegó a distinguirse en las tinieblas, aunque algunos creyeron ver desparramada por el cielo una enorme sombra aún más negra que la noche, una nube informe de humo que desapareció hacia el este a una velocidad meteórica.

Eso fue todo. Los espectadores, medio paralizados de horror y malestar, no sabían qué hacer, ni si había que hacer algo en realidad. Ignorantes de lo sucedido, no

abandonaron su vigilancia; y un momento después elevaban una jaculatoria en acción de gracias por el fogonazo de un relámpago tardío que, seguido de un estampido ensordecedor, desgarró la bóveda del cielo. Media hora más tarde escampó, y al cabo de quince minutos se encendieron de nuevo las luces de la calle. Los hombres se retiraron a sus casas cansados y sucios, pero considerablemente aliviados.

Los periódicos del día siguiente, al informar sobre la tormenta, concedieron escasa importancia a estos incidentes. Parece ser que el último relámpago y la explosión ensordecedora que le siguió habían sido aún más tremendos por el este que en Federal Hill. El fenómeno se manifestó con mayor intensidad en el barrio, donde también notaron una tufarada de insoportable fetidez. El estallido del trueno despertó al vecindario, lo que dio lugar a que más tarde se expresaran las opiniones más diversas. Las pocas personas que estaban despiertas a esas horas vieron una llamarada irregular en la cumbre de College Hill y notaron la inexplicable manga de viento que casi dejó los árboles despojados de hojas y marchitas las plantas de los jardines. Estas personas opinaban que aquel último rayo imprevisto había caído en algún lugar del barrio, aunque no pudieron hallar después sus efectos. A un joven del colegio mayor Tau Omega le pareció ver en el aire una masa de humo grotesca y espantosa, justamente cuando estalló el fogonazo; pero su observación no ha sido comprobada. Los escasos testigos coinciden, no obstante, en que la violenta ráfaga de viento procedía del oeste. Por otra parte, todos notaron el insoportable hedor que se extendió justo antes del trueno rezagado. Igualmente estaban de acuerdo sobre cierto olor a quemado que se percibió después en el aire.

Todos estos detalles se tomaron en cuenta por su posible relación con la muerte de Robert Blake. Los estudiantes de la residencia Psi Delta, cuyas ventanas traseras daban enfrente del estudio de Blake, observaron en la mañana del día nueve su rostro asomado a la ventana occidental, intensamente pálido y con una expresión muy rara. Cuando por la tarde volvieron a ver el rostro en la misma posición, empezaron a preocuparse y esperaron a ver si se encendían las luces de su apartamento. Más tarde, como el piso permanecía a oscuras, llamaron al timbre y, finalmente, avisaron a la policía para que forzara la puerta.

El cuerpo estaba sentado muy tieso ante la mesa de su escritorio, junto a la ventana. Cuando vieron sus ojos vidriosos y desorbitados y la expresión de loco terror del semblante, los policías apartaron la vista horrorizados. Poco después, el médico forense examinó el cadáver, y a pesar de estar intacta la ventana, declaró que había muerto a consecuencia de una descarga eléctrica o por el *shock* nervioso provocado por dicha descarga. Apenas prestó atención a la horrible expresión; se limitó a decir que sin duda se debía al profundo *shock* que experimentó una persona tan imaginativa y desequilibrada como era la víctima. Dedujo todo esto de los libros, pinturas y manuscritos que hallaron en el apartamento, y de las anotaciones garabateadas a ciegas en su diario. Blake había seguido escribiendo frenéticamente hasta el final. Su mano derecha aún empuñaba rígidamente el lápiz, cuya punta se

había debido de romper en una última contracción espasmódica.

Las anotaciones efectuadas después del apagón apenas resultaban legibles. Ciertos investigadores han sacado, sin embargo, conclusiones que difieren radicalmente del veredicto oficial, pero no es probable que el público dé crédito a tales especulaciones. La hipótesis de estos teóricos no se ha visto favorecida precisamente con la intervención del supersticioso doctor Dexter, que arrojó al canal más profundo de la bahía de Narragansett la extraña caja y la piedra resplandeciente que encontraron en el oscuro recinto del chapitel. La excesiva imaginación y el desequilibrio nervioso de Blake, agravados por su descubrimiento de un culto satánico ya desaparecido, son sin duda las causas del delirio que turbó sus últimos momentos. He aquí sus anotaciones postreras, o al menos, lo que de ellas se ha podido descifrar:

La luz todavía no ha vuelto. Deben de haber pasado cinco minutos. Todo depende de los relámpagos. ¡Ojalá Yaddith haga que continúen! A pesar de ello, noto el influjo maligno. La lluvia y los truenos son ensordecedores. Ya se está apoderando de mi mente.

Trastornos de la memoria. Recuerdo cosas que no he visto nunca: otros mundos, otras galaxias. Oscuridad. Los relámpagos me parecen tinieblas y las tinieblas, luz.

A pesar de la oscuridad total, veo la colina y la iglesia, pero no puede ser verdad. Debe de ser una impresión de la retina, por el deslumbramiento de los relámpagos. ¡Quiera Dios que los italianos salgan con sus cirios, si paran los relámpagos!

¿De qué tengo miedo? ¿No es acaso una encarnación de Nyarlathotep, que en el antiguo y misterioso Khem tomó incluso forma de hombre? Recuerdo Yuggoth, y Shaggai, aún más lejos, y un vacío de planetas negros al final.

Largo vuelo a través del vacío. Imposible cruzar el universo de luz. Recreado por los pensamientos apresados en Trapezoedro Resplandeciente. Enviado a través de horribles abismos de luz...

Soy Blake: Robert Harrison Blake. Calle East Knapp, 620; Milwaukee, Wisconsin. Soy de este planeta...

¡Azathoth, ten piedad! Ya no relampaguea horrible puedo verlo todo con un sentido monstruoso que no es la vista..., la luz es tiniebla y la tiniebla es luz esas gentes de la colina vigilancia cirios y amuletos sus sacerdotes.

Pierdo la noción de la distancia lo lejano está cerca y lo cercano lejos no hay luz no cristal veo la aguja la torre la ventana ruidos Roderick Usher estoy loco o me estoy volviendo loco ya se agita y aletea en la torre somos uno quiero salir debo salir y unificar mis fuerzas sabe dónde estoy

Soy Robert Blake, pero veo la torre en la oscuridad. Hay un olor terrible sentidos transfigurados saltan las tablas de la torre y se abre paso la ngai ygg

Lo veo viene hacia acá viento infernal sombra titánica negras alas Yog-Sothoth, sálvame tú, ojo ardiente de tres lóbulos.

# **LA SOMBRA QUE HUYÓ DEL CHAPITEL**

**ROBERT BLOCH**

**(The Shadow from the Steeple)**

William Hurley nació irlandés y creció para ser taxista, así que sería una redundancia, a la vista de ambas contingencias, decir que era charlatán.

Tan pronto como recogió a su pasajero en la zona comercial de Providence aquella tarde de verano, se puso a hablar. El pasajero, un hombre alto y delgado de treinta y tantos años, subió al taxi y se sentó atrás, abrazando su cartera. Dio una dirección en Benefit Street, y Hurley puso el taxi y la lengua a toda marcha.

Empezó Hurley lo que podría llamarse una conversación unilateral, comentando el partido que habían hecho los New York Giants esa tarde. Indiferente ante el silencio de su pasajero, hizo algunas observaciones sobre el tiempo: pasado, presente y previsible. Al no obtener respuesta, el conductor pasó a comentar un acontecimiento local, es decir, la noticia de la huida, esa mañana, de dos panteras negras o leopardos de las jaulas del Langer Brothers Circus, que estaba casi siempre en la ciudad. En respuesta a la pregunta directa de si había visto a dichos animales vagando libremente, el cliente de Hurley dijo con un movimiento de cabeza que no.

El conductor hizo entonces varias observaciones poco favorables acerca de la policía y su incapacidad para capturar a los animales. Era su modesta opinión que ni siquiera un pelotón entero sería capaz de coger un mal resfriado, aunque los encerrasen en un frigorífico durante un año. El chiste no pareció divertir al pasajero, y antes de que Hurley pudiese seguir su monólogo, habían llegado a la dirección de Benefit Street. Ochenta y cinco centavos pasaron de unas manos a otras, el pasajero y su cartera abandonaron el taxi, y Hurley emprendió la marcha.

En ese momento no podía saberlo, pero así es como resultó ser el último en poder testificar que había visto vivo a su pasajero.

El resto son conjeturas, y quizá sea mejor así. Desde luego, resulta bastante fácil sacar ciertas conclusiones sobre lo que ocurrió esa noche en la vieja casa de Benefit Street, pero el peso de esas conclusiones es difícil de sobrellevar.

Hay un misterio de poca importancia que resulta fácil de explicar: el extraño silencio y reserva del pasajero de Hurley. Dicho pasajero, Edmund Fiske, de Chicago, Illinois, meditaba sobre la culminación de quince años de averiguaciones; el recorrido en taxi representaba la última etapa de este largo viaje, y durante el trayecto fue evocando todas las incidencias.

Las pesquisas de Edmund Fiske habían empezado el 8 de agosto de 1935, con la muerte de su gran amigo Robert Harrison Blake, de Milwaukee.

Como el propio Fiske, Blake había sido un precoz adolescente interesado por la literatura fantástica y, como tal, pasó a formar parte del «círculo de Lovecraft», grupo de escritores que mantenían correspondencia entre sí y con el fallecido Howard Phillips Lovecraft, de Providence.

Fiske y Blake se conocieron por carta; fueron a visitarse el uno al otro a Milwaukee y a Chicago, respectivamente, y su común interés por lo preternatural y lo fantástico en la literatura y el arte sirvió para cimentar una sólida amistad que aún perduraba en el momento de la inesperada e inexplicable muerte de Blake.

La mayoría de los hechos —y algunas de las conjeturas— relacionados con la muerte de Blake los incorporó Lovecraft a su relato *El huésped de la negrura*, publicado más de un año después de la desaparición del joven escritor.

Lovecraft tuvo excelente ocasión de conocer de cerca el asunto, ya que fue por sugerencia suya por lo que el joven Blake había ido a Providence a principios de 1935; fue también él quien le había buscado alojamiento en College Street. Así que el maduro escritor fantástico obró como amigo y vecino, al narrar la singular historia de los últimos meses de Robert Harrison.

En dicha historia cuenta los esfuerzos de Blake por empezar una novela acerca de una pervivencia de ritos bruñeriles en Nueva Inglaterra, aunque omite modestamente su participación al proporcionarle a su amigo el material. Al parecer, Blake empezó a trabajar en su proyecto, y luego se vio atrapado en el más grande horror jamás vislumbrado por su imaginación.

Efectivamente, Blake se sintió impulsado a inspeccionar un decrepito y ennegrecido edificio de Federal Hill: las abandonadas ruinas de una iglesia que en otro tiempo cobijara a los adoradores de un culto esotérico. A principios de primavera visitó el apartado edificio y realizó entonces cierto descubrimiento que, en opinión de Lovecraft, acarrió su muerte inevitablemente.

En suma, Blake entró en la iglesia de Free Will, cuyas puertas estaban clavadas, y tropezó con el esqueleto de un periodista del *Providence Telegram*, un tal Edwin M. Lillibridge, quien al parecer había intentado realizar una inspección similar en 1893. El hecho de que su muerte quedara sin explicar parecía bastante alarmante, pero más inquietante aún resultaba el comprobar que nadie hubiese tenido el suficiente valor de entrar en la iglesia desde aquella fecha y descubrir el cadáver.

Blake encontró el cuaderno de notas del periodista en sus ropas, y su contenido le proporcionó una parcial revelación.

Un tal profesor Bowen, de Providence, había viajado ampliamente a Egipto, y en 1843, en el curso de unas investigaciones arqueológicas en la cripta de Nefrén-Ka, realizó un hallazgo inusitado.

Nefrén-Ka es el «faraón olvidado», cuyo nombre fue maldecido por los sacerdotes y suprimido de las inscripciones dinásticas oficiales. En aquel entonces, el nombre resultaba familiar al joven escritor, debido sobre todo a la obra de otro autor de Milwaukee, el cual había tratado de ese gobernante semilegendario en su cuento *El santuario del faraón negro*. Pero el descubrimiento que hizo Bowen en la cripta fue totalmente inesperado.

El cuaderno de notas del periodista hablaba poco de la verdadera naturaleza de ese descubrimiento, pero consignaba hechos subsiguientes de manera precisa y cronológica. Inmediatamente después de desenterrar su misterioso hallazgo en Egipto, el profesor Bowen abandonó sus excavaciones y regresó a Providence, donde compró la iglesia de Free Will en 1844, convirtiéndola en cuartel general de lo que se llamó la secta de la «Sabiduría de las Estrellas».



Los miembros de ese culto religioso, evidentemente reclutados por Bowen, declararon adorar a una entidad a la que llamaban el «Huésped de la Negrura». Invocaban la presencia real de esta entidad contemplando un cristal, y le tributaban sacrificios de sangre.

Ésta al menos era la fantástica historia que por entonces circulaba en Providence... y la iglesia se convirtió en un lugar que todo el mundo procuraba evitar. Los supersticiosos de la localidad aventaron la agitación, y la agitación precipitó la acción directa. En mayo de 1877 las autoridades, cediendo a la presión pública, disolvieron violentamente la secta, y varios centenares de miembros abandonaron súbitamente la ciudad.

La propia iglesia fue inmediatamente clausurada, y por lo visto la curiosidad individual no llegó a vencer nunca el extendido temor que siempre se impuso, ya que nadie se atrevió a turbar la tranquilidad del edificio con sus exploraciones, hasta que el periodista Lillibridge realizó su desventurada investigación personal en 1893.

Tal era, en esencia, la historia que se desprendía de las páginas del cuaderno. Blake lo leyó, pero su lectura no le disuadió de seguir adelante con su inspección del edificio. Finalmente, dio con el misterioso objeto que Bowen había encontrado en la cripta egipcia —objeto en el que se fundaba el culto de la Sabiduría de las Estrellas—, la asimétrica caja metálica con su tapa de curiosas bisagras, una tapa que no había sido cerrada desde hacía innumerables años. Blake miró su interior, contempló el poliedro de cristal negro y rojo de unos diez centímetros, sostenido por siete soportes. Contempló no sólo el *cristal*, sino el *interior* del poliedro, y precisamente del mismo modo que los adoradores lo habían contemplado intencionadamente, y con los mismos resultados. Se sintió asaltado por una extraña turbación psíquica; le pareció «ver visiones de otras tierras y de abismos de más allá de las estrellas», como decían los relatos supersticiosos.

Y entonces Blake cometió su más grande error.

Cerró la caja. Cerrar la caja —de acuerdo con las supersticiones recogidas también por Lillibridge— era el acto por el que se invocaba a la propia entidad extraña, al Huésped de la Negrura. Era una criatura de la oscuridad que no podía sobrevivir a la luz. Y favorecido por las tinieblas de la clausurada y ruinosa iglesia, el ser emergió de la noche.

Blake huyó aterrado, pero el daño estaba hecho. A mediados de julio, una tormenta dejó sin luz durante una hora a la ciudad de Providence, y la colonia italiana vecina a la abandonada iglesia oyó topetazos y porrazos en el interior del edificio envuelto en sombras.

La multitud se congregó en el exterior, bajo la lluvia, y rodeó con velas encendidas el edificio, formando una barrera de luz como protección contra la posible aparición de la temida entidad.

Al parecer, la historia había permanecido viva en toda la vecindad. Pasada la tormenta, los periódicos comenzaron a interesarse, y el 17 de julio entraron dos

periodistas en la iglesia, junto con un policía. No encontraron nada concreto, aunque notaron un olor raro e inexplicable y manchas en las escaleras y en los bancos.

Menos de un mes más tarde —a las 2.35 de la madrugada del 8 de agosto, para ser exactos—, Robert Harrison Blake encontró la muerte durante una tormenta eléctrica, sentado ante la ventana de su apartamento de College Street.

Durante la formación de la tormenta, antes de que ocurriese su muerte, Blake garabateó frenéticamente en su diario, revelando gradualmente sus más íntimas obsesiones y alucinaciones relativas al Huésped de la Negrura. Blake estaba convencido de que al contemplar fijamente el extraño cristal de la caja había establecido una especie de relación con la entidad no-terrestre. Creía, además, que al haber cerrado la caja, había llamado a la criatura para que habitara en la oscuridad del chapitel, y que de algún modo, su propio destino había quedado irrevocablemente vinculado al de la monstruosidad.

Todo esto es lo que revelaban los últimos mensajes que consignó él mientras contemplaba la evolución de la tormenta desde su ventana.

Entretanto, en la iglesia misma de Federal Hill, se congregaba una multitud de agitados espectadores que la rodeaban con luces encendidas. Es innegable que oían ruidos alarmantes en el interior del edificio clausurado; al menos hubo dos testigos dignos de fe que confirmaron el hecho. Uno, el padre Merluzzo, de la iglesia del Spirito Santo, se encontraba allí para tranquilizar a sus feligreses. El otro, el policía (ahora sargento) William J. Monahan, de la Comisaría Central, trataba de mantener el orden ante el creciente pánico. El propio Monahan vio la cegadora «mancha» que pareció brotar, semejante al humo, del chapitel del antiguo edificio en el momento del relámpago final.

El relámpago, meteoro, bola de fuego —como quiera que se llame—, cruzó por encima de la ciudad con una llamarada cegadora, quizá en el mismísimo instante en que Robert Harrison Blake, en el otro extremo de la ciudad, escribía: «¿No es una encarnación de Nyarlathotep, que ya en la antigua y sombría Khem adoptó la forma de hombre?».

Unos momentos más tarde había muerto. El médico forense dictaminó un veredicto por el que atribuía su muerte a un «*shock* eléctrico», aunque la ventana estaba intacta. Otro médico, conocido de Lovecraft, disintió particularmente del veredicto y al día siguiente intervino en el caso. Sin autoridad legal, penetró en la iglesia y subió a la aguja del campanario, donde descubrió la extraña caja asimétrica —¿sería de oro?— con la rara piedra en su interior. Al parecer, su primera medida fue alzar la tapa y exponer la piedra a la luz. Su siguiente paso, alquilar un bote, embarcar con la caja y la piedra de extraños ángulos, y arrojar ambas cosas en el canal más profundo de la bahía de Narragansett.

Aquí terminaba el relato novelado de la muerte de Blake, tal como lo redactó H. P. Lovecraft. Y aquí es donde empiezan las investigaciones de Edmund Fiske, que duraron quince años.

Fiske, naturalmente, había tenido noticias de algunos de los sucesos reseñados en la historia. Cuando Blake marchó a Providence aquella primavera, Fiske le había prometido que trataría de reunirse con él el otoño siguiente. Al principio, los dos amigos se habían escrito con regularidad, pero a primeros del verano Blake dejó de contestar.

Por entonces, Fiske ignoraba la exploración que Blake había efectuado en la iglesia en ruinas. No se explicaba el silencio de Blake, así que escribió a Lovecraft pidiéndole que le dijese a qué se debía.

Lovecraft pudo facilitarle escasa información. El joven Blake, dijo, le había visitado frecuentemente durante las primeras semanas de su estancia; le había consultado sobre lo que estaba escribiendo, y le había acompañado en algunos de sus paseos nocturnos por la ciudad.

Pero durante el verano dejó de comunicarse con él. No era propio del carácter retraído de Lovecraft el imponer su presencia a los demás, así que se abstuvo de invadir la vida privada de Blake durante varias semanas.

Cuando se decidió a hacerlo —y el casi histérico adolescente le contó sus experiencias en la horrible y prohibida iglesia de Federal Hill—, Lovecraft le brindó palabras de advertencia y consejo. Pero ya era tarde. Diez días después de su visita sobrevino el terrible desenlace.

Fiske se enteró de ese desenlace al día siguiente por Lovecraft. Asumió la tarea de llevar la noticia a los padres de Blake. Durante unas horas estuvo tentado de visitar Providence sin demora, pero la falta de dinero y la premura de sus propios asuntos domésticos le retuvieron. Los restos de su joven amigo llegaron puntualmente, y Fiske asistió a la breve ceremonia de cremación.

Fue entonces cuando Lovecraft empezó sus propias averiguaciones..., averiguaciones que dieron finalmente como resultado la publicación de su relato. Y así podía haber quedado el asunto.

Pero Fiske no estaba satisfecho.

Su mejor amigo había muerto en circunstancias que aun el más escéptico debía admitir que resultaban misteriosas. Las autoridades locales cerraron el caso con una explicación simplista e insuficiente.

Fiske decidió averiguar la verdad.

Hay que tener presente un hecho importante: estos tres hombres, Lovecraft, Blake y Fiske, eran escritores profesionales y estudiosos de lo sobrenatural. Los tres tenían acceso extraordinario a un ingente material bibliográfico relativo a leyendas y supersticiones antiguas. Paradójicamente, el único uso que hacían de tales conocimientos se limitaba a incursiones en el campo llamado de la «ficción fantástica»; pero ninguno de ellos, a la luz de sus respectivas experiencias, podía cabalmente tomar a broma, como hacían sus lectores, los mitos sobre los cuales escribían.

Efectivamente, como Fiske escribió a Lovecraft, «el término mito, tal como lo conocemos, es tan sólo un precioso eufemismo. La muerte de Blake no es un mito, sino una espantosa realidad. Le suplico que la investigue a fondo. Estudie este asunto hasta el final, pues si el diario de Blake encierra alguna verdad, por desfigurada que esté, no hay que decir lo que puede desatarse sobre el mundo».

Lovecraft prometió su cooperación, descubrió el destino de la caja metálica y su contenido, y trató de concertar una cita con el doctor Ambrose Dexter, el cual vivía en Benefit Street. El doctor Dexter, al parecer, se había ausentado de la ciudad inmediatamente después de su dramático robo del «Trapezoedro Resplandeciente», como lo llamaba Lovecraft, y de deshacerse de él.

Entonces parece ser que Lovecraft se entrevistó con el padre Merluzzo y con el policía Monahan, se enfrascó en la lectura de los ejemplares del Bulletin, y trató de reconstruir la historia de la secta de la Sabiduría de las Estrellas y del ser que ésta adoraba.

Naturalmente, averiguó muchas más cosas de las que se atrevió a revelar en su relato. Las cartas que escribió a Edmund Fiske desde finales de otoño hasta principios de la primavera de 1936 contienen cautas alusiones y referencias a «amenazas del Exterior». Pero parecía preocupado por garantizarle a Fiske que, de haber habido algún tipo de amenaza, aun cuando fuese de naturaleza más bien real que sobrenatural, el peligro habría sido conjurado, dado que el doctor Dexter había hecho desaparecer el Trapezoedro Resplandeciente que actuaba de talismán invocador. Esta era, en esencia, su información, y así quedó la cosa durante un tiempo.

A principios de 1937, Fiske trató de arreglar sus asuntos para visitar a Lovecraft, con la secreta intención de llevar a cabo otra investigación por su cuenta sobre la causa de la muerte de Blake. Pero una vez más, se lo impidieron las circunstancias. En efecto, en marzo de ese año murió Lovecraft. Su inesperada desaparición sumió a Fiske en un período de abatimiento, del que se recobró muy lentamente; así que, hasta casi un año después, no pudo Edmund Fiske visitar Providence por primera vez, y el escenario de los trágicos episodios que acabaron con la vida de Blake.

En cierto modo, persistía aún una sospecha soterrada. El médico forense se había comportado de un modo voluble, Lovecraft había sido discreto, la prensa y el público en general habían aceptado por completo las explicaciones..., pero Blake había muerto, y en la noche había surgido una entidad.

Fiske intuía que si podía visitar personalmente la iglesia nefasta, hablar con el doctor Dexter y averiguar qué le había hecho intervenir en este asunto, interrogar a los periodistas, y seguir cualquier dato o clave, podría descubrir finalmente la verdad, y con ello, al menos, dejar el nombre de su difunto amigo limpio de toda duda.

Así que el primer paso de Fiske, después de su llegada a Providence y de registrarse en un hotel, fue dirigirse a Federal Hill y su ruinoso iglesia.

La visita supuso una inmediata e irremediable decepción. Efectivamente, la iglesia ya no existía. Había sido demolida el otoño anterior y el terreno había pasado

a ser propiedad de las autoridades municipales. No difundía ya, la negra y tétrica espora, su hechizo sobre la colina.

Seguidamente, Fiske hizo lo posible por ver al padre Merluzzo en el Spirito Santo, unas manzanas más allá. Después se enteró por su patrón de que el padre Merluzzo había fallecido en 1935, meses después que el joven Blake.

Desalentado aunque decidido, intentó Fiske llegar hasta el doctor Dexter, pero encontró la vieja casa de Benefit Street cerrada. Llamó a la Oficina del Servicio Médico y obtuvo la críptica información de que Ambrose Dexter, doctor en medicina, se había ausentado de la ciudad por tiempo indefinido.

Tampoco dio resultado su visita a la redacción del Bulletin. Se le permitió la entrada al almacén del periódico y leer la irritantemente corta e insulsa reseña sobre la muerte de Blake, pero los dos periodistas que habían hecho el trabajo y habían visitado la iglesia de Federal Hill habían dejado el periódico tras aceptar ofertas de trabajo en otras ciudades.

Naturalmente, había otras pistas que seguir, y durante la semana siguiente Fiske las recorrió todas por entero. El ejemplar de *Quién es quién* no añadió nada relevante a la imagen que se había formado del doctor Ambrose Dexter. El médico había nacido en Providence, residía allí desde hacía mucho, tenía cuarenta años de edad, era soltero, ejercía la medicina general, era miembro de varias asociaciones médicas..., pero no había indicación alguna acerca de cualquier «afición» fuera de lo corriente o de «otros intereses», que pudiese proporcionarle una clave sobre su intervención en el caso.

Buscó al sargento William J. Monahan en la Jefatura Central, y por primera vez Fiske pudo hablar con alguien que admitía alguna relación tangible con los sucesos que conducían a la muerte de Blake. Monahan se mostró cortés, aunque deseoso de no comprometerse.

A pesar de que Fiske se sinceró completamente, el oficial de policía se mantuvo discretamente callado.

—En realidad, no hay nada que pueda decirle —dijo—. Es cierto, como declaró el señor Lovecraft, que yo estaba cerca de la iglesia aquella noche, pues había una multitud alborotada alrededor y no le digo de qué son capaces algunos de la vecindad cuando se ponen furiosos. Como se dice por ahí, la iglesia tenía mala fama; me figuro que Sheeley podría haberle informado mejor que yo sobre eso.

—¿Sheeley? —repitió Fiske.

—Bert Sheeley; era su ronda, no la mía. En aquella ocasión se encontraba enfermo con pulmonía, y yo le sustituí durante dos semanas. Luego, cuando murió...

Fiske movió la cabeza con tristeza. Otra posible fuente de información perdida. Blake había muerto; Lovecraft también; el padre Merluzzo, también; y ahora Sheeley. Los periodistas se habían marchado de la ciudad, y el doctor Dexter había desaparecido misteriosamente. Suspiró y siguió insistiendo.

—Sobre aquella noche en que vio la mancha —preguntó—, ¿puede recordar

usted algún otro detalle? ¿Hubo algún ruido? ¿Dijo alguien de la multitud algo especial? Trate de recordar... cualquier cosa que consiga añadir podría ser de gran ayuda para mí.

—Ruidos hubo muchos —dijo—. Pero con los truenos y demás, no podría decir con certeza si provenía alguno del interior, como dice la historia ésa. En cuanto a la chusma, con todas las mujeres llorando y los hombres murmurando entre dientes, y los truenos y el viento, que no podía oírme yo a mí mismo gritándoles que se mantuviesen en sus sitios, no pude entender ni mucho menos lo que decía.

—¿Y la mancha? —insistió Fiske.

—Era una mancha, eso es todo. Un humo, o una nube, o una sombra que apareció antes de que surgiera otro relámpago. Pero, desde luego, no vi ningún demonio, ni monstruo o abominación de las que describía el señor Lovecraft en sus relatos.

El sargento Monahan se encogió de hombros, satisfecho de su propia rectitud, y cogió el auricular para contestar una llamada. Evidentemente, la entrevista había terminado.

Y ésa fue, por esta vez, toda la investigación de Fiske. Sin embargo, no perdió la esperanza. Seguidamente se pasó un día entero encerrado en su hotel, telefoneando a todos los Dexter registrados en la guía, en un esfuerzo por localizar a un pariente del médico desaparecido; pero sin fruto. Después, pasó otro día embarcado en un bote, recorriendo la bahía de Narragansett, para familiarizarse detallada y concienzudamente con la situación del «canal más profundo», al que aludía Lovecraft en su relato.

Pero al cabo de una semana infructuosa en Providence, Fiske tuvo que confesarse derrotado. Regresó a Chicago, a su trabajo y sus ocupaciones habituales. Gradualmente, el asunto fue dejando de ocupar el primer plano de su conciencia, si bien no lo olvidó por entero, ni abandonó el proyecto de desentrañar definitivamente el misterio... si es que se trataba de un misterio.

En 1941, con motivo de un permiso de tres días que le concedieron en la base de entrenamiento, el soldado de primera Edmund Fiske pasó por Providence, de camino a la ciudad de Nueva York, y nuevamente trató de localizar al doctor Dexter, sin resultado.

Durante los años 1942 y 1943, el sargento Edmund Fiske escribió, desde sus diversos destinos en ultramar, al doctor Ambrose Dexter c/o Lista de Correos, Providence, R. I. Sus cartas no fueron jamás contestadas, si es que efectivamente fueron recibidas.

En 1945, en una sala de lectura para los oficiales estadounidenses en Honolulu, leyó Fiske una noticia en una revista de astrofísica, en la que se hablaba de una reciente convención en la Universidad de Princeton, en la que el conferenciante invitado, el doctor Ambrose Dexter, había pronunciado una ponencia sobre

«Aplicaciones prácticas en la tecnología militar».

Fiske no regresó a Estados Unidos hasta finales de 1946. Durante el año siguiente, como era natural, los asuntos familiares constituyeron su principal preocupación. Y fue en 1948 cuando volvió a tropezar accidentalmente con el nombre del doctor Dexter: ahora en una lista de «investigadores en el campo de la física nuclear», de una revista semanal de ámbito nacional. Escribió a la redacción pidiendo más información, pero no recibió respuesta. Otra carta que envió a Providence quedó igualmente sin respuesta.

Pero en 1949, a finales de otoño, el nombre de Dexter volvió a llamar su atención desde las columnas de los periódicos; esta vez en relación con un debate sobre la secreta bomba H.

Fuera lo que fuese lo que Fiske creía, temía o imaginaba disparatadamente, el caso es que se sintió impulsado a actuar. Fue entonces cuando escribió a un tal Ogden Purvis, investigador privado de la ciudad de Providence, y le encargó que localizase al doctor Ambrose Dexter. Todo lo que necesitaba era que le pusiese en contacto con Dexter; le pagaría un considerable anticipo. Purvis se hizo cargo del caso.

El detective privado envió varios informes al principio desalentadores a Fiske, a Chicago. El domicilio del doctor Dexter seguía deshabitado. El propio Dexter, según la información recogida de fuentes gubernamentales, se hallaba en una misión especial. El investigador privado parecía deducir de esto que era una persona irreprochable, ocupada en trabajos de secreto militar.

La reacción de Fiske fue de pánico.

Elevó la cifra de los honorarios e insistió a Ogden Purvis que continuase sus esfuerzos por encontrar al esquivo doctor.

Llegó el año 1950, y con él otra noticia. El investigador privado había seguido todas las pistas que Fiske le había sugerido, y una de ellas le condujo finalmente a Tom Jonas.

Tom Jonas era el propietario del bote que el doctor Dexter había alquilado una noche de finales del verano de 1935: el bote que había bogado hasta «el más profundo canal de la bahía de Narragansett».

Tom Jonas había dejado descansar los remos mientras Dexter arrojaba la asimétrica y deslucida caja metálica con la tapa abierta para que mostrase el Trapezoedro Resplandeciente.

El viejo pescador había hablado sin reserva con el detective privado; éste transcribió detalladamente sus palabras en el informe confidencial que envió a Fiske.

De lo más extraña fue la impresión que le produjo a Jonas el incidente. Dexter le ofreció veinte machacantes por llevarle en bote a medianoche y tirar al agua ese extraño objeto. «Dijo que no había nada malo en ello, y dijo que no era más que un viejo recuerdo del que quería deshacerse. Pero fue todo el trayecto mirando la especie de joya sujeta como en tiras de hierro dentro de la caja, y murmurando algo en una lengua extraña, supongo. No, no era ni francés, ni alemán, ni italiano. Puede que

fuese polaco. No recuerdo ninguna palabra tampoco. Pero estaba como borracho. No es que quiera hablar mal del Doctor Dexter, entiéndanme; es de una familia antigua y de categoría, aunque hace mucho que no viene por aquí, que yo sepa. Pero me dio la sensación de que andaba un poquillo cargado, diría. Si no, ¿me pagaría usted veinte machacantes por una estupidez como ésa?».

La transcripción del monólogo del viejo pescador seguía, pero no aclaraba nada.

«Desde luego, parecía alegrarse de tirar aquello, creo recordar. De regreso, me dijo que mantuviera la boca cerrada sobre el asunto, pero no veo qué mal hay en ello, después de tanto tiempo; además, a la ley hay que contárselo todo».

Evidentemente, el investigador privado había recurrido a una estratagema poco honesta: se había hecho pasar por un policía con el fin de hacer hablar a Jonas.

Esto no preocupaba a Fiske, que estaba en Chicago. Al fin había logrado algo tangible; de modo que envió otro giro a Purvis, con la instrucción de que siguiese la búsqueda de Ambrose Dexter. Transcurrieron varios meses de espera.

Luego, al final de la primavera, llegó la noticia que Fiske había estado deseando. El doctor Dexter había regresado; había vuelto a su casa de Benefit Street. Había desclavado las tablas, los camiones de la mudanza habían descargado su contenido, y un criado atendía la puerta y recogía los recados telefónicos.

El doctor Dexter no se hallaba en casa para el investigador ni para nadie. Al parecer, se estaba recuperando de una grave enfermedad contraída durante su trabajo para el gobierno. Purvis dejó su tarjeta, y el médico prometió enviarle recado, pero sus repetidas llamadas no obtuvieron la respuesta deseada.

Tampoco logró Purvis, que había «sitiado» escrupulosamente la casa y la vecindad, echarle la vista encima al doctor en persona, ni encontrar a nadie que hubiese visto al convaleciente médico en la calle.

Las tiendas le abastecían con regularidad; el correo aparecía en el buzón, y desde Benefit Street se veían encendidas las luces de la casa a todas las horas de la noche.

De hecho, el único dato concreto que Purvis pudo aportar referente a cualquier posible irregularidad en el modo de vida del doctor Dexter era éste: que parecía mantener las luces encendidas las veinticuatro horas del día.

Fiske envió en seguida otra carta al doctor Dexter, y luego otra. Tampoco le llegó respuesta alguna. Hasta que, tras unos meses de desalentadoras notificaciones de Purvis, decidió Fiske ir a Providence y ver a Dexter como fuese.

Puede que sus sospechas resultaran completamente infundadas; puede que estuviera totalmente equivocado al creer que el doctor Dexter podía dejar limpio el nombre de su difunto amigo; puede que se equivocara también al suponer una relación entre los dos..., pero había meditado sobre el asunto durante quince años, y ya era hora de poner fin a su propio conflicto interior.

Por tanto, a finales de ese verano, Fiske cablegrafió a Purvis comunicándole sus intenciones, y pidiéndole que, a su llegada, fuese a verle al hotel.

Así fue como Edmund Fiske llegó a Providence por última vez; fue el día en que



los Giant perdieron el partido, el día en que a los del Langer Brother Circus se les escaparon las dos panteras negras, el día en que el taxista William Hurley se sentía de lo más hablador.

Purvis no le esperaba en el hotel, pero era tal la frenética impaciencia de Fiske, que decidió actuar sin su colaboración, y se hizo llevar, como hemos visto, a Benefit Street a primeras horas de la noche.

Tan pronto como se alejó el taxi, Fiske alzó la vista hacia la acristalada puerta de la entrada; contempló las luces encendidas en las ventanas superiores del edificio georgiano. Un rótulo de brillante bronce, adosado a la misma puerta, y la luz que salía de las ventanas, hacían visible la inscripción: Ambrose Dexter, médico.

Pese a su escasa importancia, este detalle pareció tranquilizar a Edmund Fiske. El médico no ocultaba la presencia en la casa ante el mundo, aunque tal vez ocultase su persona real. Desde luego, las luces y el aspecto de la placa eran un buen augurio.

Fiske se encogió de hombros y llamó al timbre.

La puerta se abrió rápidamente. Apareció un hombre de baja estatura y piel oscura que hizo una leve reverencia, y formuló una pregunta con un simple monosílabo:

—¿Sí?

—¿El doctor Dexter, por favor?

—El doctor no recibe visitas. Está enfermo.

—¿Querría llevarle un recado, por favor?

—Desde luego —el criado de oscura piel sonrió.

—Dígale que Edmund Fiske, de Chicago, desearía verle unos momentos cuando él guste. He hecho un largo viaje sólo con este propósito, y lo que tengo que hablar con él sólo le robará un minuto o dos de su tiempo.

—Espere, por favor.

Se cerró la puerta. Fiske se quedó en la creciente oscuridad y se pasó la cartera de una mano a la otra. De pronto, volvió a abrirse la puerta. El criado le miró con ojos penetrantes.

—Señor Fiske, ¿es usted el señor que escribió las cartas?

—¿Las cartas? ¡Ah, sí, soy yo! No sabía que el doctor las hubiera recibido.

El criado movió la cabeza.

—Eso no lo sé. Sólo sé que el doctor Dexter ha dicho que si es usted el hombre que le ha escrito, que le deje pasar.

Fiske se permitió exhalar un audible suspiro de alivio al trasponer el umbral. Había tardado quince años en llegar hasta aquí, y ahora...

—Por esa escalera, por favor. Encontrará al doctor Dexter esperándole en su despacho, en la puerta del centro del corredor.

Edmund Fiske subió la escalera; al llegar arriba, se dirigió a una puerta y entró en

una habitación en la que la luz poseía una presencia casi palpable, tan intenso era su resplandor.

Y allí, levantándose de una butaca junto a la chimenea, estaba el doctor Ambrose Dexter.

Fiske se encontró a un hombre alto, delgado, impecablemente vestido, que podía contar unos cincuenta años, aunque apenas aparentaba treinta y cinco; un hombre cuya gracia enteramente natural y elegancia de movimientos disimulaban el único detalle incongruente de su aspecto: el color tremendamente tostado de su piel.

—Así que es usted Edmund Fiske.

Su voz era suave, modulada, con el inequívoco acento de Nueva Inglaterra; su apretón de manos fue cálido y firme. La sonrisa del doctor Dexter era natural y amistosa. Unos dientes blancos resplandecieron enmarcados por el tostado fondo de su semblante.

—¿Quiere sentarse? —invitó el médico.

Indicó una butaca con una leve inclinación. Fiske no pudo por menos de mirarle; desde luego, no veía el menor indicio de enfermedad, presente o reciente, en el aspecto ni en el comportamiento de su anfitrión. Mientras el doctor Dexter volvía a sentarse en su butaca junto al fuego y Fiske desplazaba su silla para estar a su lado, observó las estanterías de libros que cubrían las paredes de la habitación. El tamaño y forma de algunos volúmenes atrajeron inmediatamente su atención..., tanto, que vaciló antes de sentarse, y, por fin, optó por ir a echar una ojeada a los títulos de los lomos.

Por primera vez en su vida, Edmund Fiske se encontró ante el semilegendario *De Vermis Mysteriis*, ante el *Liber Ivoris*, y la casi mítica versión latina del *Necronomicón*. Sin pedir permiso a su anfitrión, sacó este último volumen de la estantería y pasó rápido las hojas amarillentas de la traducción española de 1622.

Luego se volvió hacia el doctor Dexter, dejando a un lado toda la calma que hasta ahora se había esforzado en mantener.

—Así que debió de ser usted quien encontró estos libros en la iglesia —dijo—. En la sacristía situada en la parte de atrás, junto al ábside. Lovecraft hablaba de ellos en su relato, y siempre me he preguntado qué habría sido de ellos.

El doctor Dexter asintió gravemente.

—Sí, los cogí yo. No me pareció prudente que fuesen a parar a las manos de las autoridades. Usted sabe lo que contienen, y lo que podría suceder si tales conocimientos se utilizaran equivocadamente.

Fiske volvió a colocar de mala gana el enorme libro en el estante, y tomó asiento frente al doctor, delante de la chimenea. Se puso la cartera sobre las rodillas y manoteó torpemente en el cierre para abrirla.

—Tranquilícese —dijo el doctor Dexter, con amable sonrisa—. Hablemos con confianza. Usted está aquí para averiguar cuál fue mi participación en el asunto que le costó la vida a su amigo.

—Sí, hay unas cuantas preguntas que desearía hacerle.

—Perdone —el médico alzó una mano flaca y morena—. No estoy muy fuerte de salud, y sólo puedo concederle unos minutos. Permítame anticiparme a sus preguntas y le contaré lo poco que sé.

—Como usted prefiera.

Fiske contempló a este hombre bronceado, preguntándose qué ocultaba detrás de su perfecta compostura.

—Solamente vi a su amigo Robert Harrison Blake una vez —dijo el doctor Dexter—. Fue una noche, en la segunda mitad del mes de julio de 1955. Vino a verme en calidad de paciente.

Fiske se inclinó hacia adelante, interesado.

—¡No sabía eso! —exclamó.

—No había razón alguna para que lo supiera nadie —observó el médico—. Era meramente un paciente. Dijo que padecía de insomnio. Le examine, le prescribí un sedante, y movido por una remota sospecha, le pregunté si había sufrido recientemente alguna impresión fuerte o algún trauma. Fue entonces cuando me relató su visita a la iglesia de Federal Hill y lo que encontró en ella. Debo decir que tuve el acierto de no considerar su historia producto de una imaginación histérica. Como miembro de una de las más viejas familias de aquí, estaba al corriente de las leyendas en torno a la secta de la Sabiduría de las Estrellas y al supuesto Huésped de la Negrura.

»El joven Blake me confió algunos de sus temores relativos al Trapezoedro Resplandeciente, insinuando que se trataba de un punto focal de primitiva maldad. Admitió, además, su propio miedo de quedar vinculado de algún modo a la monstruosidad de la iglesia.

»Naturalmente, yo no estaba dispuesto a aceptar esta última afirmación como algo con sentido. Trate de tranquilizar al muchacho, le aconsejé que se marchase de Providence y lo olvidase todo. Y lo hice con toda la buena fe. Luego, en agosto, me llegó la noticia de la muerte de Blake.

—Y fue a la iglesia —dijo Fiske.

—¿No habría hecho usted lo mismo? —preguntó a su vez el doctor Dexter—. Si Blake hubiese acudido a usted con esa historia, y le hubiese contado cuáles eran sus temores, ¿no le habría impulsado su muerte a ir allí? Le aseguro que hice lo que me pareció que era lo mejor. Antes que provocar un escándalo, antes que exponer al público a temores innecesarios, antes que permitir que existiese la posibilidad de cualquier peligro, fui a la iglesia. Cogí los libros. Cogí el Trapezoedro Resplandeciente de debajo de las narices de las autoridades. Y alquilé un bote y arrojé ese objeto maldito a la bahía de Narragansett, donde no hubiese posibilidad de que hiciera daño alguno a la humanidad. La tapa estaba abierta cuando arrojé la caja..., pues como usted sabe, sólo la oscuridad puede invocar al Huésped. Y ahora la piedra quedará eternamente expuesta a la luz.

»Pero eso es todo cuanto puedo decirle. Lamento que mi trabajo de estos últimos años me haya impedido verle y comunicarme con usted antes. Aprecio su interés en el caso y confío en que mis observaciones ayuden a aclarar de algún modo sus dudas. En cuanto al joven Blake, dado que soy el médico que le reconoció, me alegro de estar en disposición de facilitarle testimonio escrito de lo que yo pensaba sobre su salud mental antes de su muerte. Lo tendré redactado para mañana y se lo enviaré a su hotel, si me deja usted su dirección. ¿De acuerdo?

El doctor se levantó, dando a entender que la entrevista había terminado. Fiske siguió sentado manoseando su cartera.

—Ahora dispenseme —murmuró el médico.

—Un momento. Hay todavía una o dos preguntas que desearía que contestase.

—Desde luego.

Si el doctor Dexter se sentía irritado, no lo manifestó lo más mínimo.

—¿Vio por casualidad a Lovecraft antes o durante su última enfermedad?

—No. Yo no era su médico. De hecho, no le vi nunca, aunque naturalmente había oído hablar de él y de su obra.

—¿Qué le hizo marcharse de Providence tan repentinamente, después de la muerte de Blake?

—Mi interés por la física era superior a mi interés por la medicina. Puede que sepa que durante la pasada década o más he estado trabajando en problemas relativos a la energía atómica y a la fisión nuclear. De hecho, mañana mismo me voy de Providence otra vez para iniciar un ciclo de conferencias en diversas facultades de universidades orientales y determinados grupos oficiales.

—Eso es muy interesante, doctor —dijo Fiske—. A propósito, ¿ha conocido a Einstein?

—Sí, hace algunos años. Trabajé con él sobre..., pero no importa. Ahora le ruego que me disculpe. En otra ocasión quizá podamos hablar de estas cosas.

Su impaciencia era ahora manifiesta. Fiske se puso de pie, levantó su cartera con una mano, y con la otra apagó la lámpara de la mesa.

El doctor Dexter se acercó rápidamente y encendió la lámpara otra vez.

—¿Por qué teme usted la oscuridad, doctor? —preguntó Fiske, suavemente.

—Yo no temo...

Por primera vez, el médico pareció a punto de perder su serenidad.

—¿Qué le hace pensar eso? —susurró.

—Es el Trapezoedro Resplandeciente, ¿verdad? —prosiguió Fiske—. Cuando lo arrojó a la bahía obró con demasiada precipitación. No recordó entonces que aunque dejara abierta la tapa la piedra quedaría envuelta en la oscuridad, allá en el fondo del canal. Quizá no quiso el huésped que usted lo recordase. Usted había mirado la piedra lo mismo que Blake, dando ocasión a la misma vinculación psíquica. Y cuando la arrojó al agua, la sumió en una oscuridad perpetua, de la que el Huésped se nutría, incrementando su poder.

»Por eso se marchó usted de Providence, porque tenía miedo de que el Huésped acudiera a usted, como acudió a Blake. Y porque sabía que ahora ese monstruo se había liberado para siempre.

El doctor Dexter se acercó a la puerta.

—Por última vez, le ruego que se vaya —dijo—. Si lo que pretende es dar a entender que mantengo las luces encendidas porque tengo miedo de que me persiga el Huésped, del mismo modo que persiguió a Blake, se equivoca.

Fiske sonrió irónicamente.

—En absoluto —respondió—. Yo sé que usted no teme eso. Porque es demasiado tarde. El Huésped debió de haber acudido a usted hace mucho ya... quizá un día o dos después de conferirle fuerza, al arrojar el Trapezoedro a las tinieblas de la bahía. Acudió a usted; pero a diferencia del caso de Blake, no le mató.

»Le utilizó. Por eso teme usted a la oscuridad. La teme como teme el propio Huésped ser descubierto. Creo que en la oscuridad usted tiene un aspecto *diferente*. Se parece más a su *antigua* forma. Porque cuando el Huésped vino a usted, no le mató, sino que se *fundi*ó con usted. ¡Usted es el Huésped de la Negrura!

—Señor Fiske, por favor...

—No existe el doctor Dexter. Hace ya muchos años que no existe tal persona. Sólo hay un caparazón externo, poseído por un ser más antiguo que el mundo; un ser que actúa rápida y solapadamente con el fin de destruir a toda la humanidad. Fue usted quien se hizo «científico» y se introdujo en los círculos apropiados, para insinuar y apuntar a los necios y ayudarles a llegar al súbito «descubrimiento» de la fisión nuclear. ¡Cómo debió de reírse, cuando estalló la primera bomba atómica! Y ahora, les ha facilitado el secreto de la bomba de hidrógeno, y aún sigue enseñándoles más, enseñándoles nuevos modos de provocar su propia destrucción.

»He tardado años en descubrir las claves, las claves de los supuestos disparatados mitos sobre los que escribió Lovecraft. Porque él escribía en forma de parábolas o alegorías, pero decía la verdad. Consignó con toda claridad, una y otra vez, la profecía de su venida a la tierra: Blake lo supo al final, cuando identificó al Huésped por su verdadero nombre.

—¿Y cuál es? —interrumpió el doctor.

—¡Nyarlahotep!

El rostro moreno se arrugó en una mueca de burla.

—Me temo que es usted víctima de las mismas provocaciones fantásticas del pobre Blake y de su amigo Lovecraft. Todo el mundo sabe que Nyarlahotep es una pura invención..., parte de los mitos de Lovecraft.

—Eso creía yo, hasta que descubrí la clave de su poema. Entonces fue cuando encajó todo; el Huésped de la Negrura, su huida y su repentino interés por la investigación científica. Entonces las palabras de Lovecraft adquirieron un nuevo significado:

*Y por fin vino del corazón de Egipto  
el extraño orcurio, a quien adoraban los fellahs.*

Fiske recitó los versos con los ojos fijos en el moreno rostro del médico.

—Tonterías... si quiere saberlo, esta alteración mía de la piel se debe a la exposición a la radiación, en los Álamos.

Fiske no le escuchó; siguió recitando el poema lovecraftiano:

*...Que las bestias salvajes le seguían y lamían sus manos  
Y no tardó el mar en dar a luz una ponzoña:  
Tierras olvidadas, con espiras de oro cubiertas de algas.  
El suelo se hendió, y locas auroras descendieron  
Sobre los pueblos estremecidos de los hombres.  
Entonces, aplastando lo que había formado por puro juego  
El Caos Idiota borraré de un soplo el polvo que es la Tierra.*

El doctor Dexter negó con la cabeza.

—Eso es completamente ridículo —afirmó—. Incluso en su... esto... alterado estado de ánimo, puede darse cuenta de ello. Ese poema carece de significación literal. ¿Vienen acaso las bestias a lamerme las manos? ¿Ha surgido alguna cosa del mar? ¡Tonterías! Usted sufre lo que llamamos una crisis de «psicosis atómica»; ahora me doy cuenta. Está angustiado, como lo están hoy muchos otros profanos, por la estúpida obsesión de que nuestros trabajos en la fisión nuclear podrían desencadenar la destrucción de la Tierra. Todas estas especulaciones son producto de su fantasía.

Fiske tenía su cartera fuertemente sujeta.

—¡Afirmó que esta profecía de Lovecraft es una parábola! Sabe Dios lo que él *sabía* o *temía*; fuera lo que fuese, bastó para inducirle a enmascarar su significado. Y aun así, *ellos* se lo llevaron porque sabía demasiado.

—¿Ellos?

—Los del Exterior; aquellos a quienes sirve usted. Usted es su Mensajero, Nyarlathotep. Ha venido, vinculado al Trapezoedro Resplandeciente, del corazón de Egipto, como dice el poema. Y los fellahs, los obreros corrientes de Providence que se convirtieron a la secta de la Sabiduría de las Estrellas, se inclinaron en adoración ante el «extraño oscuro», al que adoraron como el Huésped de la Negrura.

»El Trapezoedro fue arrojado a la bahía, y no tardó el mar en dar a luz una ponzoña: usted, o su encarnación en el cuerpo del doctor Dexter. Y usted enseñó a los hombres métodos nuevos de destrucción; destrucción mediante bombas atómicas, en la que «el suelo se hendió, y locas autoras descendieron sobre los pueblos estremecidos de los hombres». ¡Oh!, Lovecraft sabía lo que se decía, y Blake le reconoció a usted, también. Y los dos murieron. Supongo que ahora tratará de

matarme a mí, para poder seguir adelante. Dará conferencias y se pegará a los hombres de los laboratorios para apremiarles y facilitarles nuevas sugerencias que redunden en una destrucción aún mayor. Y finalmente, «borrará de un soplo este polvo que es la Tierra».

—Por favor —el doctor Dexter extendió las manos—. ¡Domínese; permítame que le dé algo! ¿No se da cuenta de que todo eso es absurdo?

Fiske avanzó hacia él manoteando el cierre de la cartera. Abrió la solapa, metió la mano dentro y luego la sacó. Ahora empuñaba un revólver, y apuntó con él directamente al pecho del doctor Dexter.

—Naturalmente que es absurdo —gruñó Fiske—. Nadie creyó jamás en la secta de la Sabiduría de las Estrellas, salvo unos cuantos fanáticos y algunos extranjeros ignorantes. Nadie tomó las historias de Blake o de Lovecraft o mías, sino como una morbosa forma de entretenimiento. Por la misma razón, nadie creerá que haya nada anormal en usted, ni en la supuesta investigación de la energía atómica, o en los demás horrores que usted se propone desatar en el mundo para hacerlo desaparecer. ¡Y por eso le voy a matar ahora mismo!

—¡Deje esa pistola!

Fiske empezó a temblar súbitamente; todo su cuerpo se sacudió en un espasmo espectacular. Dexter se dio cuenta y se acercó. Los ojos del joven se desorbitaron y el médico se aproximó un poco más.

—¡Atrás! —advirtió Fiske; sus palabras se alteraron con el temblor convulsivo de su mandíbula—. Es todo lo que quería saber. Puesto que ocupas un cuerpo humano, te pueden destruir las armas ordinarias. Así que lo voy a hacer. ¡Nyarlathept!

Apretó el dedo.

El doctor Dexter movió la mano también. La llevó rápidamente hacia atrás y tocó el interruptor de la luz. Sonó un clic, y la habitación se sumió en tinieblas.

Pero *no* era una oscuridad absoluta, ya que había un resplandor.

El rostro y las manos del doctor Ambrose Dexter brillaban con una especie de fosforescencia en la oscuridad. Es probable que existan formas de contaminación de radio que puedan causar tal efecto, e indudablemente el doctor Dexter le habría explicado así a Edmund Fiske el fenómeno, de haber tenido ocasión.

Pero no la tuvo. Edmund Fiske oyó el clic, vio resplandecer fantásticamente el semblante, y se desplomó en el suelo.

El doctor Dexter volvió a encender las luces tranquilamente, se acercó al joven caído y permaneció largo rato arrodillado junto a él. Buscó su pulso en vano.

Edmund Fiske había muerto.

El doctor suspiró, se levantó y abandonó la habitación. Una vez en el vestíbulo llamó a su criado.

—Ha ocurrido un lamentable accidente —dijo—. Ese joven que ha venido a verme, un histérico, ha sufrido un ataque cardíaco. Será mejor que llame a la policía inmediatamente. Luego siga haciendo el equipaje. Debemos irnos mañana, para el

ciclo de conferencias.

—Pero la policía puede detenerle.

El doctor Dexter negó con la cabeza.

—No lo creo. Es un caso que no admite dudas. De cualquier modo, puedo explicarlo con claridad. Cuando lleguen, comuníquemelo. Estaré en el jardín.

El médico siguió bajando hasta la puerta de atrás y salió al esplendor de la luna que bañaba el jardín, detrás de su casa de Benefit Street.

El radiante escenario estaba aislado del mundo, completamente desierto. El hombre oscuro permaneció bajo la luz de la luna, y su resplandor se mezcló con su propia aura.

En ese momento, dos sombras sedosas saltaron por encima de la tapia. Se agazaparon en el frescor del jardín, luego avanzaron sigilosas hacia el doctor Dexter. Sus respiraciones eran jadeantes.

A la luz de la luna, reconoció las formas de dos panteras negras.

Aguardó inmóvil, mientras avanzaban calladas hacia él, con los ojos encendidos y las fauces babeantes y entreabiertas.

El doctor Dexter se volvió de espaldas. Su rostro, bajo la luna, asumió una mueca de burla, mientras las bestias se inclinaban ante él y le lamían las manos.



**CUADERNO HALLADO EN UNA CASA  
DESHABITADA**

**ROBERT BLOCH**

**(Notebook Found in a Desert House)**

Ante todo, quiero decir que yo no he hecho nunca nada malo. A nadie. No tienen ningún derecho a encerrarme aquí, sean quienes fueren. Y no tienen ningún motivo para hacer lo que presiento que van a hacer.

Creo que no tardarán en entrar, porque hace ya mucho tiempo que se han marchado. Supongo que estarán excavando en el pozo viejo. He oído que buscan una entrada. No una entrada normal, por supuesto, sino algo distinto.

Tengo una idea concreta de lo que pretenden, y estoy asustado.

Quisiera asomarme a las ventanas, pero naturalmente las han clavado con tablas, y no puede ser.

Pero he encendido la lámpara, y he encontrado este cuaderno, así que voy a contarle todo. Luego, si tengo suerte, quizá pueda hacerlo llegar a alguien capaz de ayudarme. O tal vez lo encuentre alguien. En cualquier caso, es preferible contarle lo mejor que pueda, a estar sentado aquí esperando. Esperando a que *vengan ellos* a cogerme.

Será mejor que empiece por decir mi nombre, que es Willie Osborne, y que cumplí los doce años en julio pasado. No sé dónde he nacido.

Lo primero que recuerdo es que vivía en la carretera de Roodsford, en lo que la gente llama la loma de atrás. Es un paraje solitario rodeado de espeso bosque, y de montañas y colinas a las que nadie sube jamás.

Abuela solía contármelo cuando era más pequeño. Era con quien yo vivía, porque mis padres habían muerto. Abuela me enseñó a leer y escribir. Nunca he ido a la escuela.

Abuela sabía toda clase de cosas sobre las montañas y los bosques, y me contaba algunas historias que eran muy extrañas. Al menos me lo parecían a mí, cuando era pequeño y vivía solo con ella. Eran historias como las que vienen en los libros.

Como las historias sobre que *ellos* se ocultaban en los pantanos, y estaban ya aquí antes que los colonizadores y los indios, y que había círculos en los pantanos, y grandes piedras llamadas altares donde *ellos* solían ofrecer sacrificios a lo que adoraban.

Abuela decía que esas historias se las había contado su abuela... las que se ocultaban *ellos* en los bosques y los pantanos, porque no podían soportar la luz del sol, y de que los indios se mantenían alejados de esos lugares. Ella decía que a veces los indios abandonaban a algún niño atado a los árboles del bosque como sacrificio, para tenerlos a *ellos* contentos y pacíficos.

Los indios lo sabían todo sobre *ellos* y procuraban que los blancos no supieran nada ni se fueran a vivir demasiado cerca de las montañas. *Ellos* no les molestaban demasiado, pero cuando eran muchos sí. Así que los indios ponían pretextos para no asentarse, y decían que no había bastante caza ni había rastros y que estaba demasiado lejos de la costa.

Abuela me contó que por eso no había muchos lugares colonizados aun hoy. Sólo unas cuantas granjas aquí y allá. Y me contó que *ellos* estaban vivos todavía y que a

beces, en algunas noches de primavera y otoño, se podía ver luz y oír ruidos allá en la cima de las montañas.

Abuela me dijo que yo tenía una tía Lucy y un tío Fred que vivían justo en mitad de los montes. Y dijo que Papá solía visitarlos antes de casarse, y que una vez les oyó a ellos tocar un tambor de tronco una noche, en la víspera de Todos los Santos. Eso fue antes de conocer a Mamá, y se casaron y ella murió cuando yo nací y él se marchó.

Yo le oía toda clase de historias. Sobre brujas y demonios y hombres murciélagos que te chupaban la sangre y te atormentaban. Sobre Salem y Arkham, porque yo nunca he estado en una ciudad y quería que me contara cómo eran. Sobre un pueblo llamado Innsmouth, de casas podridas, donde la gente ocultaba seres horribles en los sótanos y los áticos. Y me contó que cavaban las sepulturas muy hondas en Arkham. Parecía como si toda la región estuviese llena de fantasmas.

Solía asustarme contándome lo que parecían algunos de esos seres y todo, pero en cambio nunca quiso decirme cómo eran ellos por mucho que yo le preguntaba. Decía que no quería que yo andara pensando en esas cosas, bastante malas, por lo que ella y su familia sabían, casi demasiado para gente decente y temerosa de Dios. Tuve suerte al no preocuparme por tales ideas, como una antepasada mía por parte de mi padre, Mehitabel Osborne, a la que colgaron por bruja en tiempos de Salem.

Así que para mí no fueron más que consejos, hasta el año pasado en que Abuela murió y el Juez Crubinthorp me metió en el tren, y me fui a vivir con Tía Lucy y Tío Fred, en los mismos montes de los que tanto me había hablado Abuela.

Desde luego que estaba yo escitado, y el conductor me dejó conducir todo el camino y me habló de los pueblos y de todo.

Tío Fred me esperaba en la estación. Era un hombre alto y flaco con una barba larga. Me llevó en una calesa desde el pequeño apeadero —no había casas ni nada por los alrededores— hasta los bosques.

Hay algo raro en esos bosques. Estaban muy quietos y callados. Me daban escalofríos el verlos tan oscuros y solitarios. Parecía como si nadie hubiese gritado o reído jamás en ellos. No podía imaginarme a alguien hablando, como no fuera en susurros.

Los árboles y todo eran muy viejos, también. No había animales ni pájaros. El camino era una especie de maleza como no había otra. Pero Tío Fred iba deprisa; no me habló apenas, y hacía que el viejo caballo echara el bofe.

No tardamos en adentrarnos entre los montes, que eran muy altos. Había bosques en ellos, también, y a veces bajaba algún arroyo, pero no vimos ninguna casa y allí donde mirábamos estaba oscuro como en el anochecer.

Finalmente llegamos a la granja: era un pequeño lugar, una casa de viejo almacén y un granero en un claro, con árboles de aspecto sombrío alrededor. Tía Lucy salió a recibirnos; era una especie de señora bajita, de mediana edad, que me abrazó y entró mis cosas.

Pero todo esto no tiene nada que ver con lo que yo quiero contar aquí. No importa que todo este año pasado viviese en la casa con ellos, comiendo de lo que Tío Fred cultivaba, sin bajar nunca al pueblo. No había otra granja en seis kilómetros a la redonda, ni escuela tampoco; así que por las noches Tía Lucy me tomaba la lectura. Nunca he jugado mucho.

Al principio tenía miedo de internarme en el bosque por lo que me había contado la Abuela. Además, diría que Tía Lucy y Tío Fred tenían miedo de algo, por la manera de cerrar las puertas por la noche y nunca se internaban en el bosque después de oscurecer, ni aun en verano.

Pero al cabo de un tiempo, me acostumbre a la idea de vivir en el bosque, y ellos no parecieron tan asustados. Yo hacía tareas para Tío Fred, naturalmente, pero a veces, las tardes en que él estaba ocupado, salía a dar una vuelta solo. Sobre todo en el otoño.

Y así fue como oí a uno de los seres. Fue a principios de octubre, y yo estaba en la cañada que hay junto a la gran peña. Entonces empezó el ruido. Yo me escondí rápidamente detrás de esa roca.

Escucha, me dije, en el bosque no hay animales. Ni gente. Salvo, quizá, el viejo Cap Pritchett, el cartero, que sólo viene los jueves por la tarde.

Así que al oír el ruido, no siendo Tío Fred o Tía Lucy que me llamaban, pensé que era mejor esconderme.

Y sobre ese ruido. Al principio era muy lejano, una especie de goteo. Sonaba como la sangre al caer en pequeños chorritos en el fondo de un cubo, cuando Tío Fred colgaba un cerdo sacrificado.

Miré a mi alrededor pero no pude descubrir nada, ni tampoco averiguar la dirección del ruido. El ruido pareció parar durante un minuto, y todo era oscuridad y árboles, quietos como la muerte. Luego empezó el ruido otra vez, más fuerte y más alto.

Sonaba como un montón de gente corriendo o andando todos a la vez, hacia donde yo estaba. El chasquido de ramitas al quebrarse bajo los pies y el remover de arbustos se mezclaban con el ruido. Yo me aplasté detrás de aquella peña y me estuve completamente quieto.

Puedo decir que, fuera lo que fuese, estaba ahora muy cerca, justo en la cañada. Quiero mirar, pero no puede ser porque el ruido es alto y ruín. Y también hay un olor espantoso como de algún animal muerto y enterrado que ha sido destapado después al sol.

De repente el ruido se para otra vez y puedo decir que, sea lo que sea lo que lo produce, está muy cerca. Durante un minuto, los bosques están tremendamente silenciosos. Luego vuelve el ruido.

Es como una voz que no es voz. O sea, no *suen*a como una voz, sino como un zumbido o un gruñido profundo y ronroneante. Pero *tiene* que ser voz porque dice palabras.

No palabras que yo pueda entender, pero son palabras. Palabras que hacen que mantenga la cabeza bajada, temeroso de que me vean, y temeroso también de ver algo. Permanecí allí sudando y temblando. El hedor me estaba poniendo enfermo, pero esa voz espantosa, profunda, ronroneante, era peor. Una y otra vez repetía algo que sonaba a una cosa así como:

«E uh shub nigger ath ngaa ryla neb shoggoth».

No creo que lo haya escrito tal como sonaba, pero lo oí las suficientes veces como para recordarlo. Aun lo estaba escuchando, cuando el hedor se hizo tan espantosamente denso que creo que me desmayé, porque cuando desperté la voz había desaparecido y estaba oscureciendo.

No paré de correr hasta la casa esa tarde, aunque antes fui a ver dónde había estado el que habló... y *era* un animal.

Ningún ser humano puede dejar huellas en el barro que son como pezuñas de cabra, todas verdes de limo, con un olor nauseabundo... y no eran cuatro ni ocho, ¡eran lo menos *doscientas!*

No se lo dije a Tía Lucy ni a Tío Fred. Pero esa noche, cuando me fui a la cama, tuve sueños terribles. Estaba de nuevo en la cañada, sólo que esta vez pude ver a la monstruosidad. Era muy alta y negra como el betún, sin una forma concreta, salvo un montón de cuerdas negras que remataban como pezuñas. O sea, tenía forma, pero cambiante: se combaba y retorció en diferentes maneras. Tenía un montón de bocas por todas partes que se arremolinaban como hojas en las ramas.

Es lo más parecido que se me ocurre. Las bocas eran como hojas y todo el ser aquél era como un árbol al viento, un árbol negro con montones de ramas que azotaban el suelo, y un sinfín de raíces que acababan en pezuñas. Y el limo verdoso que goteaba de sus bocas y se escurría por las patas era ¡como la savia!

Al día siguiente me acordé de mirar en un libro que Tía Lucy tenía abajo. Se llamaba mitología. Este libro hablaba de ciertas gentes que vivían en Inglaterra y en Francia antiguamente y que se llamaban druidas. Adoraban a los árboles y creían que estaban vivos. A lo mejor ese ser era como los que ellos adoraban, un llamado espíritu-naturaleza.

Pero si estos druidas vivían al otro lado del océano, ¿cómo podía ser? Esto me hizo pensar un montón, los dos días siguientes, y os aseguro que no volví a jugar más en aquellos bosques.

Finalmente me figuré más o menos lo siguiente:

Que esos druidas fueron expulsados de los bosques de Inglaterra y de Francia y que algunos fueron lo bastante listos como para construir embarcaciones y cruzar el océano, como se cuenta que hizo el Viejo Leaf Erikson. Entonces pudieron asentarse en estos bosques de aquí y ahuyentar a los indios con sus hechizos mágicos.

Sabrían ocultarse en los pantanos, y seguirían celebrando sus cultos paganos e invocando a estos espíritus de la tierra o de donde quiera que vengan.

Los indios suelen creer que los dioses blancos vinieron del mar hace mucho

tiempo. ¿Y si eso es ni más ni menos que otra manera de decir cómo llegaron aquí los druidas? Algunos indios verdaderamente civilizados de México o Sudamérica — aztecas o incas, supongo— decían que un dios blanco vino en un barco y les enseñó toda clase de magia. ¿No pudo ser un druida?

Eso también explicaría las historias de Abuela sobre *ellos*.

Aquellos druidas que se ocultaban en los pantanos serían los que batían y golpeaban tambores y encendían fogatas en los montes. Y los llamarían a ellos espíritus de los árboles o lo que fuera, haciéndolos salir de la tierra. Entonces les harían sacrificios. Estos druidas hacían siempre sacrificios de sangre, igual que las viejas brujas. ¿Y no decía Abuela que la gente que vivía demasiado cerca de los montes desaparecía y no se la volvía a ver?

Nosotros vivíamos en un lugar exactamente así.

Y se acercaba el Día de Difuntos. Abuela siempre decía que ése era un día grande.

Yo empecé a preguntarme, ¿qué pasará ahora?

Me daba tanto miedo que no salía de casa. Tía Lucy me hizo tomar un tónico; decía que yo estaba chupado. Supongo que lo estaba. Todo lo que sé es que una tarde en que oí llegar una calesa por el bosque eché a correr y me escondí debajo de la cama.

Pero sólo era Cap Pritchett con el correo. Tío Fred lo cogió y se puso muy excitado al ver una carta.

Primo Osborne iba a venir a estar con nosotros. Era pariente de Tía Lucy y tenía vacaciones y quería pasar una semana. Llegaría aquí en el mismo tren que yo —el único tren que pasaba por esta parte— el 25 de octubre a mediodía.

Los días siguientes estuvimos todos tan excitados que a mí se me olvidaron todas las ideas como por encanto. Tío Fred arregló la habitación de atrás para que Primo Osborne durmiese allí, y yo le ayude con la carpintería.

Los días se iban acortando, y las noches se hicieron frías y con grandes vientos. Era la madrugada del 25, y Tío Fred se abrigó bien para cruzar el bosque con la calesa. Quería traer a Primo Osborne a mediodía, y había diez kilómetros hasta el apeadero. No quiso llevarme, y yo no dije nada. El bosque estaba lleno de ruidos y crujidos del viento... ruidos que podían ser debidos a otras cosas, también. Bueno, se marchó, y Tía Lucy y yo nos quedamos en la casa. Ella guardaba conservas — ciruelas— para el invierno. Yo sacaba cántaros del pozo.

Creo que tenía que haber dicho antes que teníamos dos pozos. Uno nuevo con una bomba grande y flamante junto a la casa. Y luego otro de piedra al lado del granero, con una bomba estropeada. Nunca había servido para nada, decía Tío Fred; ya estaba así cuando compraron el lugar. El agua estaba llena de limo. Y era curioso, porque, aunque no funcionaba la bomba, a veces parecía que bajaba el nivel. Tío Fred no sabía por qué, pero algunas mañanas el agua se desbordaba... un agua verdosa, llena de limo, que olía terriblemente.

No nos acercábamos a él, y yo estuve en el pozo nuevo hasta el mediodía, cuando empezó a nublarse. Tía Lucy preparó la comida, y empezó a llover fuerte y los truenos retumbaban en los grandes montes del oeste.

Pensé que Tío Fred y Primo Osborne iban a tener dificultades para llegar a casa con la tormenta, pero Tía Lucy no se inquietó por eso, me hizo que la ayudara a guardar las provisiones.

A las cinco empezó a oscurecer, y Tío Fred no había regresado. A lo mejor el tren se había retrasado, o le había pasado algo al caballo o a la calesa.

Las seis y Tío Fred sin venir. Había parado de llover, pero todavía se podían escuchar los truenos como gruñendo por los montes, y las ramas mojadas seguían goteando en el bosque, haciendo un ruido como de mujeres riéndose.

A lo mejor el camino estaba demasiado mal para meterse en él. La calesa podía atascarse en el barro. Tal vez habían decidido quedarse en el apeadero a pasar la noche.

Las siete, y fuera estaba oscuro como la boca de un lobo. Ya no se oía ruido de lluvia. Tía Lucy estaba muy asustada. Dijo que saliéramos a poner un farol en la cerca junto al camino.

Empezamos a bajar por el sendero, en dirección a la cerca. Estaba oscuro y el viento había parado. Todo estaba quieto, como en lo más profundo del bosque. Yo sentía una especie de miedo mientras bajaba por el sendero con Tía Lucy... era como si hubiese algo en la quieta oscuridad, en algún lugar, esperando para atraparme.

Encendimos el farol y estuvimos mirando hacia el camino y «¿Qué es eso?», dijo Tía Lucy con un grito muy fuerte. Escuché y oí como un redoblar a lo lejos.

—El caballo y la calesa —dije. Tía Lucy se reanimó.

—Tienes razón —dijo de repente. Y es, porque lo vemos. El caballo corre deprisa y la calesa va saltando detrás como loca. No tardamos ni un segundo en ver que algo ha pasado, porque la calesa no se para junto a la entrada, sino que sigue hasta el granero con Tía Lucy y yo corriendo por el barro detrás del caballo. El caballo está lleno de espuma, y cuando se para no puede estar quieto. Tía Lucy y yo esperamos que bajen Tío Fred y Primo Osborne, pero no. Entonces miramos dentro.

No hay nadie dentro de la calesa.

Tía Lucy dice «¡Oh!», dando un grito muy fuerte, y luego se desmaya. Yo tuve que llevarla a casa y meterla en la cama.

Esperé toda la noche junto a la ventana, pero Tío Fred y Primo Osborne no aparecieron. Ya más.

Los días siguientes fueron espantosos. No encontramos nada en la calesa que indicara qué había pasado, y Tía Lucy no me dejó que emprendiese el camino hasta el pueblo ni cruzar el bosque hasta el apeadero.

Al día siguiente encontramos el caballo muerto en el granero, y como es natural nos tocaba ir andando al apeadero o recorrer a pie todos los kilómetros que hay hasta la granja de Warren. Tía Lucy tenía miedo de ir y miedo de quedarse, y decidió que

cuando viniese Cap Pritchett sería mejor que nos fuéramos con él al pueblo y presentar la denuncia y luego quedarnos allí hasta que averigüemos qué ha pasado.

Yo tenía mis propias ideas sobre lo pasado. Ya faltaban pocos días para el Día de Difuntos, y tal vez *ellos* habían atrapado a Tío Fred y a Primo Osborne para el sacrificio. *Ellos* o los druidas. El libro de mitología decía que los druidas podían hasta desatar tormentas si querían con sus hechizos.

Aunque no tenía sentido hablar con Tía Lucy. Estaba como trastornada de angustia, y daba vueltas de un lado para otro y murmuraba una y otra vez: «Han muerto», y «Fred siempre me lo advirtió», y «es inútil, es inútil». Tuve que hacer yo las comidas y atenderla a ella. Y por las noches era difícil dormir, porque estaba atento a ver si se oían tambores. No llegué a oírlos de todos modos, pero era preferible velar a dormir y tener esos sueños.

Esos sueños sobre el ser negro que era como un árbol, que andaba por los bosques y echaba raíces en un determinado lugar para ponerse a rezar con todas aquellas bocas... a rezar a ese viejo dios de debajo del suelo.

No sé de dónde saqué la idea de cómo rezaba: pegando sus bocas al suelo. Tal vez porque vi el limo verde. ¿O es que lo presencié en realidad? Nunca volví a aquel lugar a mirar. Tal vez no eran más que figuraciones mías, la historia de los druidas y *ellos* y la voz que decía «shoggoth» y todo lo demás.

Pero entonces, ¿dónde estaban Primo Osborne y Tío Fred? ¿Y qué asustó al caballo para venir de esa manera y morir al día siguiente? Los pensamientos me seguían dando vueltas y más vueltas en la cabeza, cada uno expulsando al otro, pero todo lo que sabía era que no estaríamos aquí la noche del 31 de octubre, víspera de Todos los Santos.

Porque la noche del 31 de octubre caía en jueves, y Cap Pritchett vendría y podríamos irnos al pueblo con él.

La noche antes hice que Tía Lucy recogiera unas cuantas cosas y lo dejamos todo preparado, y entonces me eché a dormir. No hubo ruidos, y por primera vez me sentí un poco mejor.

Sólo que volvieron los sueños. Soñé que un puñado de hombres venían en la noche y entraban por la ventana de la habitación donde dormía Tía Lucy y la cogían. La ataban y se la llevaban en silencio, a oscuras, porque tenían ojos de gato y no necesitaban luz para ver.

El sueño me asustó tanto que me desperté cuando ya despuntaba el día. Bajé corriendo a buscar a Tía Lucy.

Había desaparecido.

La ventana estaba abierta de par en par, como en mi sueño, y había algunas mantas desgarradas.

El suelo estaba duro, fuera de la ventana, y no vi huellas de pies ni nada. Pero había desaparecido.

Creo que grité entonces.



Es difícil recordar lo que hice a continuación. No quise desayunar. Salí gritando «Tía Lucy» sin esperar ninguna respuesta. Fui al granero y encontré la puerta abierta, y que las vacas habían desaparecido. Vi una huella o dos que se dirigían al camino, pero no me pareció prudente seguir las.

Poco después fui al pozo y entonces grité otra vez, porque el agua estaba verdosa de limo en el nuevo, igual que el agua del viejo.

Cuando vi aquello supe que estaba en lo cierto. Debieron de venir *ellos* por la noche y ya no trataron de ocultar sus fechorías. Porque estaban seguros de las cosas.

Ésta era la noche del 31 de octubre, víspera de Todos los Santos. Tenía que marcharme de aquí. Si *ellos* vigilaban y esperaban, y no podía confiar en que Cap Pritchett apareciese esta tarde. Tenía que intentar bajar al camino, así que era mejor que me fuera ahora, por la mañana, mientras había luz para llegar al pueblo.

Conque me puse a revolver y encontré un poco de dinero en el cajón de la mesa de Tío Fred y la carta de Primo Osborne, con el remite de Kingsport, desde donde escribió. Ahí es a donde yo habría ido después de contar a la gente lo sucedido. Debo de tener familia allí.

Me preguntaba si me creerían en el pueblo cuando les contara la forma en que Tío Fred había desaparecido, y Tía Lucy, y el robo de ganado para un sacrificio y lo del limo verde en el pozo donde algún animal se había parado a beber. Me preguntaba si se enterarían de los tambores, y las fogatas que habría en los montes esta noche y si formarían una partida y vendrían esta noche para tratar de cogerlos a todos *ellos* y a lo que se proponían hacer salir de la tierra. Me preguntaba si sabrían qué era un «shoggoth».

Bueno, tanto si iban a venir como si no, yo no iba a quedarme a averiguarlo. Así que hice mi pequeña maleta y me dispuse a marcharme. Debía de ser alrededor de mediodía y todo estaba tranquilo.

Fui a la puerta y salí sin molestarme en cerrarla con llave después. ¿Para qué, si no había nadie en muchos kilómetros a la redonda?

Entonces oí el ruido abajo en el camino.

Era ruido de pasos.

Alguien venía por el camino, exactamente por la curva.

Me quedé quieto un minuto, esperando a ver, esperando para echar a correr.

Entonces apareció.

Era alto y delgado, y se parecía un poco a Tío Fred, sólo que mucho más joven y sin barba, y vestía una especie de traje elegante como de ciudad y un sombrero de copa. Sonrió al verme y vino hacia mí como si me conociera.

—Hola, Willie —dijo.

Yo no dije nada, estaba muy confundido.

—¿No me conoces? —dijo—. Soy Primo Osborne. Tu primo Frank —me tendió la mano para estrecharme—. Pero supongo que no te acuerdas de mí, ¿verdad? La última vez que te vi eras sólo un bebé.

—Pero yo creía que tenías que venir la semana pasada —dije—. Te esperábamos el 25.

—¿No recibisteis mi telegrama? —preguntó—. Tuve que hacer.

Negué con la cabeza.

—Nosotros no recibimos nada, aparte del correo que nos traen los jueves. A lo mejor está en la estación.

Primo Osborne hizo una mueca.

—Estáis bastante lejos del bullicio, desde luego. Este mediodía no había nadie en la estación. He esperado a Fred para que me recogiera en su calesa, así no me habría dado la caminata, pero no he tenido suerte.

—¿Has venido a pie todo el trayecto? —pregunté.

—Desde luego.

—¿Y has venido en tren?

Primo Osborne asintió.

—Entonces, ¿dónde está tu maleta?

—La he dejado en el apeadero —me dijo—. Está demasiado lejos para traerla en la mano. Pensé que Fred me puede llevar en su calesa para recogerla —notó mi equipaje por primera vez—. Pero, un momento, ¿adónde vas con esa maletita, hijo?

Bueno, no me quedaba otro remedio que contarle todo lo que había sucedido.

Así que le dije que fuéramos a la casa a sentarnos, y se lo explicaría.

Volvimos y él preparó un poco de café y yo hice un par de bocadillos y comimos, y entonces le conté que Tío Fred había ido al apeadero y no había vuelto, y lo del caballo, y lo que le ocurrió luego a Tía Lucy. Me callé lo que me pasó a mí en el bosque, naturalmente, y ni siquiera le insinué lo de *ellos*. Pero le dije que estaba asustado y que me disponía a irme hoy mismo antes de que oscureciese.

Primo Osborne me escuchaba, asentía y no decía nada ni me interrumpía.

—Así que por eso tenemos que irnos de aquí.

Primo Osborne se levantó.

—Puede que tengas razón, Willie —dijo—. Pero no dejes correr demasiado la imaginación, hijo. Trata de separar los hechos de las fantasías. Tus tíos han desaparecido. Eso es un hecho. Pero esa otra tontería sobre unos seres de los bosques que vienen por ti... eso es fantasía. Me recuerda todas aquellas estupideces que contaban en casa, en Arkham. Y por alguna razón, me recuerdan más en este tiempo, ya que es 31 de octubre. Porque, cuando me marché...

—Perdona, Primo Osborne —dije—. Pero ¿no vives en Kingsport?

—Pues claro —me contestó—. Pero antes vivía en Arkham, y conozco a la gente de por aquí. No me extraña que te asusten los bosques y que imagines cosas. De hecho, admiro tu valentía. Para tus doce años, te has portado con mucha sensatez.

—Entonces pongámonos en camino —dije—. Son casi las dos, y lo más prudente es que nos vayamos si queremos llegar al pueblo antes de la puesta del sol.

—Aún no, hijo —dijo Primo Osborne—. No me iré tranquilo sin echar antes una

ojeada y ver qué podemos averiguar sobre este misterio. Al fin y al cabo, debes comprender que no podemos marcharnos al pueblo y contarle al *sheriff* cualquier disparate sobre extrañas criaturas de los bosques que vinieron y se llevaron a tus tíos. La gente sensata no cree en esas cosas. Podrían pensar que estoy mintiendo y se reirían de mí. Podrían creer que has tenido algo que ver con... bueno, con la desaparición de tus tíos.

—Por favor —dije—. Vámonos ahora mismo.

Negó con la cabeza.

No dije nada más. Podía haberle dicho un montón de cosas, lo que había soñado y oído y visto y lo que sabía... pero pensé que no serviría de nada.

Además, había cosas que yo no quería decirle ahora que había hablado con él. Me sentía asustado otra vez.

Primero dijo que era de Arkham y luego, cuando le pregunté me dijo que era de Kingsport pero a mí me sonaba a mentira.

Luego dijo algo sobre que yo tenía miedo en los bosques, pero ¿cómo podía saber eso él? Yo no le había contado ese detalle.

Si queréis saber qué es lo que yo pensaba de verdad, pensaba que tal vez no era Primo Osborne.

Y si no era él, entonces ¿quién era?

Me puse de pie y me dirigí al vestíbulo.

—¿Adónde vas, hijo? —preguntó.

—Afuera.

—Iré contigo.

Con toda seguridad, me vigilaba. No iba a perderme de vista. Vino a mí y me cogió del brazo amistosamente... pero yo no podía soltarme. No, se pegó a mi lado. Sabía que yo me proponía echar a correr.

¿Qué podía hacer? Estaba a solas en la casa del bosque con este hombre, y de cara a la noche, víspera de Todos los Santos, y ellos aguardando fuera. Salimos, y noté que ya empezaba a oscurecer, aun en plena tarde. Las nubes habían ocultado el sol, y el viento agitaba los árboles de forma que alargaban las ramas como si trataran de retenerme. Hacían un ruido susurrante, como si cuchichearan cosas sobre mí, y él levantó la vista como para mirarlos y escucharlos. A lo mejor comprendía lo que decían. A lo mejor le estaban dando órdenes.

Luego casi me eché a reír, porque se puso a escuchar algo, y yo lo oí también.

Era un golpear en el camino.

—Cap Pritchett —dije—. Es el cartero. Ahora podremos irnos al pueblo en su calesa.

—Deja que hable con él —dijo—. Y sobre tus tíos, no hay por qué alarmarle y no vamos a armar escándalo, ¿no te parece? Corre adentro.

—Pero, Primo Osborne —dije—. Tenemos que decir la verdad.

—Pues claro que sí, hijo. Pero eso es cosa de mayores. Ahora corre. Ya te

llamaré.

Hablaba con mucha amabilidad y hasta sonrió, pero de todos modos me llevó a la fuerza hasta el porche y me metió en la casa y cerró con un portazo. Me quedé en el vestíbulo a oscuras y pude oír a Cap Pritchett y llamarle, y que él subía a la calesa y hablaba, y luego oí un murmullo muy bajo. Miré por una raja de la puerta y los vi. Cap Pritchett le hablaba amistosamente, con humor, y no pasaba nada.

Después, al cabo de un minuto o dos, Cap Pritchett hizo un gesto de despedida y cogió las riendas, ¡y la calesa se puso en marcha otra vez!

Entonces me di cuenta de lo que tenía que hacer, pasara lo que pasase. Abrí la puerta y eché a correr, con la maletita y todo, sendero abajo, y luego por el camino, detrás de la calesa. Primo Osborne trató de cogerme cuando pasé por su lado, pero lo esquivé y grité:

—¡Espéreme, Cap, quiero irme, lléveme al pueblo!

Cap se detuvo y miró hacia atrás, realmente desconcertado.

—¡Willie! —dijo—. Creía que te habías ido. Él me ha dicho que te habías marchado con Fred y con Lucy.

—No le haga caso —dije—. No quería que me fuera. Lléveme al pueblo. Tengo que contarle lo que ha pasado. Por favor, Cap, tiene que llevarme.

—Claro que sí, Willie. Sube.

Salté arriba. Primo Osborne vino en seguida a la calesa.

—Baja ahora mismo —dijo con astucia—. No puedes marcharte así como así. Te lo prohíbo. Estás bajo mi custodia.

—No le escuche —supliqué—. Lléveme, Cap. ¡Por favor!

—Muy bien —dijo Primo Osborne—. Si insistes en no ser razonable, iremos todos. No puedo consentir que te vayas solo.

Sonrió a Cap.

—Como ve, el chico está trastornado —dijo—. Espero que no le molesten sus desvaríos. El vivir aquí como él... bueno, usted me comprende, no es el mismo. Se lo explicaré todo camino del pueblo.

Se encogió de hombros e hizo un gesto como de golpearse la cabeza con los dedos. Luego sonrió otra vez, y se dispuso a subir y tomar asiento junto a nosotros.

Pero Cap no le correspondió.

—No, usted, no —dijo—. Este chico, Willie, es un buen chico. Yo le conozco. A usted no le conozco. Parece que ya me ha explicado bastante, señor, al decirme que Willie se había ido.

—Pero sólo quería evitar que hablase; escuche, me han llamado como médico para que atienda al muchacho... está mentalmente desequilibrado.

—¡Maldita sea! —Cap disparó un escupitajo de jugo de tabaco a los pies de Primo Osborne—. Nos vamos.

Primo Osborne dejó de sonreír.

—Entonces insisto en que me lleve con usted —dijo, y trató de subir a la calesa.

Cap se metió la mano en la chaqueta y cuando la sacó otra vez, tenía una enorme pistola en ella.

—¡Baje! —gritó—. Señor, está hablando con el Correo de los Estados Unidos, y usted no manda en el Gobierno, ¿entiende? Ahora baje, si no quiere que le esparza los sesos en el camino.

Primo Osborne arrugó el ceño, pero se apartó en seguida de la calesa.

Me miró a mí y encogió los hombros.

—Cometes una gran equivocación, Willie —dijo.

Yo no le miré siquiera. Cap dijo: «Vamos», y salimos al camino. Las ruedas de la calesa rodaron más y más deprisa, y no tardamos en perder de vista la casa y Cap se guardó la pistola y me palmeó en el hombro.

—Deja de temblar, Willie —dijo—. Ahora estás a salvo. Nadie te molestará. Dentro de una hora o así estaremos en el pueblo. Ahora sosiégate y cuéntale al viejo Cap todo lo que ha pasado.

Se lo conté. Tarde mucho tiempo. Corríamos a través de los bosques, y antes de que me diera cuenta, casi había oscurecido. El sol se deslizó furtivamente detrás de los montes. La oscuridad empezaba a invadir los bosques a ambos lados del camino, y los árboles empezaban a susurrar, diciéndoles a las sombras que nos siguiesen.

El caballo corría y brincaba y muy pronto oímos otros ruidos a lo lejos. Podían ser truenos o podían ser otra cosa. Pero lo que era seguro es que se acercaba la noche y que era víspera de Todos los Santos.

La carretera cruzaba entre los montes ahora, y no veías adónde te iba a llevar la siguiente curva. Además, oscurecía muy deprisa.

—Sospecho que nos va a caer un chaparrón —dijo Cap, mirando hacia el cielo—. Eso son truenos, creo.

—Tambores —dije yo.

—¿Tambores?

—Por la noche pueden oírse en los montes —dije—. Los he oído todo este mes. Son ellos, se están preparando para el *sabbath*.

—¿El *sabbath*? —Cap me miró—. ¿Dónde has oído hablar del *sabbath*?

Entonces le conté algo más sobre lo que había ocurrido. Le conté todo lo demás. No dijo nada, y al poco tiempo no pudo haber contestado tampoco porque los truenos sonaban alrededor nuestro, y la lluvia azotaba la calesa, la carretera, todo. Ahora había oscurecido completamente, y sólo podíamos ver cuando surgía algún relámpago. Tenía que gritar para hacerme oír, contarle a voces los seres que se habían apoderado de Tío Fred y habían venido por Tía Lucy, los que se habían llevado nuestro ganado y luego enviaron a Primo Osborne por mí. Le conté a gritos también lo que había oído en el bosque.

A la luz de los relámpagos pude ver la cara de Cap. Sonreía o arrugaba el ceño... parecía que me creía. Y noté que había sacado otra vez la pistola y que sostenía las riendas con una mano a pesar de que corríamos muy deprisa. El caballo estaba tan

asustado que no necesitaba que lo fustigaran para mantenerse al galope.

La vieja calesa saltaba y daba bandazos y la lluvia silbaba en el viento y era todo como un sueño espantoso, pero real. Era real cuando le conté a gritos a Cap lo que oí aquella vez en el bosque.

—Shoggoth —grité—. ¿Qué es un shoggoth?

Cap me cogió del brazo, y luego surgió un relámpago y pude ver su cara con la boca abierta. Pero no me miraba a mí. Miraba el camino y lo que teníamos delante.

Los árboles se habían como juntado cubriendo la siguiente curva, y en la oscuridad parecía como si estuviesen vivos... se movían y se inclinaban y se retorcían para cerrarnos el paso. Surgió un relámpago y pude verlos con claridad, y también algo más.

Era algo negro que estaba en el camino, algo que no era un árbol. Algo enorme y negro, agachado, esperando con unos brazos como cuerdas extendiéndose y contorsionándose.

—¡Shoggoth! —gritó Cap. Pero yo apenas le oí porque los truenos retumbaban ahora y el caballo soltó un relincho y sentí un tirón de la calesa hacia un lado y el caballo se encabritó y casi caímos sobre aquello negro. Pude notar un olor espantoso, y Cap apuntó con la pistola y soltó un disparo casi tan fuerte como el trueno y casi tan ruidoso como el estampido que se produjo cuando herimos a aquella negra monstruosidad.

Entonces sucedió todo en un momento. El trueno, la caída del caballo, el tiro, y nuestro choque al pasar la calesa por encima. Cap debía de llevar las riendas atadas alrededor de su brazo, porque cuando cayó el caballo y se volcó la calesa salió de cabeza por encima del guardafango y fue a parar sobre la agitada confusión que era el caballo... y la monstruosidad negra que lo había atrapado. Yo sentía que salía despedido hacia la oscuridad, y luego que aterrizaba en el barro y la grava del camino.

Hubo truenos y gritos y otro ruido que yo había oído antes una vez, en los bosques... un zumbido como de una voz.

Por eso no miré hacia atrás. Por eso ni se me ocurrió pensar en el daño que me había hecho al caer... me puse de pie y eché a correr por la carretera lo más deprisa que podía, en medio de la tormenta y la oscuridad, mientras los árboles se contorsionaban y retorcían y agitaban sus cabezas y me apuntaban con sus ramas y se reían.

Por encima de los truenos oí el relincho del caballo y oí el alarido de Cap, también, pero no me volví a mirar. Los relámpagos se sucedían ahora a intervalos, y yo corría entre los árboles ahora porque el camino no era más que un cenagal que me sujetaba y me sorbía las piernas. Al cabo de un rato comencé a gritar yo también, pero no podía ni oírme yo mismo debido a los truenos. Y más que truenos. Oía tambores.

De repente, salí del bosque y llegué a los montes. Corrí hacia arriba y el rumor de

los tambores se hizo más fuerte, y no tardé en ver un poco medianamente, aunque no ya por los relámpagos. Porque había fogatas encendidas en el monte; y el percutir de los tambores venía de allí.

Me extravié en el ruido; el viento gemía y los árboles se reían y los tambores palpitaban. Pero me detuve a tiempo. Me detuve cuando vi con claridad las fogatas; eran unos fuegos rojos y verdes que ardían aun con toda la lluvia.

Vi una gran piedra blanca en el centro de un claro que había en lo alto de una colina. Había fuegos rojos y verdes detrás y a su alrededor, de modo que todo se recortaba contra las llamas.

Había hombres junto al altar, hombres de largas barbas grises y rostros arrugados, hombres que echaban al fuego unos polvos que olían espantosamente mal y hacían las llamas rojas y verdes. Y tenían cuchillos en las manos, y podía oírles aullar por encima de la tormenta. De espaldas, acucillados en el suelo, había más hombres que hacían sonar los tambores.

Poco después llegó algo más a la loma: dos hombres conduciendo ganado. Podría asegurar que eran nuestras vacas lo que conducían y las llevaron derecho al altar y luego los hombres de los cuchillos las degollaron como sacrificio.

Todo esto lo pude ver por los relámpagos y las llamas de las hogueras, y yo me agazapé en el suelo de modo que no me pudieran descubrir.

Pero en seguida dejé de ver bien, debido a la forma de echar polvos en el fuego. Se levantó un humo muy espeso. Cuando este humo se levantó los hombres empezaron a cantar y a rezar más alto.

Yo no podía oír las palabras, pero sonaba como lo que escuché en los bosques la otra vez. No podía ver muy bien, pero sabía lo que iba a pasar. Dos hombres que habían conducido el ganado bajaron por el otro lado de la loma y cuando volvieron a subir traían nuevas víctimas para el sacrificio. El humo no me dejaba ver bien, pero las víctimas tenían dos piernas, no cuatro patas. Tal vez hubiera podido ver mejor en ese momento, pero me tapé la cara cuando las arrastraron ante el altar blanco y levantaron los cuchillos y el fuego y el humo se avivaron de pronto y los tambores resonaron y cantaron todos y llamaron en voz alta a alguien que aguardaba en el otro lado de la loma.

El suelo empezó a estremecerse. Creció la tormenta y redoblaron los relámpagos y los truenos y el fuego y el humo y los cánticos y yo estaba medio muerto de miedo, pero una cosa podría jurar: que el suelo empezó a estremecerse. Se sacudió y tembló, y ellos llamaron a alguien y ese alguien acudió como al cabo de un minuto.

Acudió arrastrándose cuesta arriba hasta el altar y el sacrificio, y era negro como aquella monstruosidad de mis sueños, como aquella cosa negra con cuerdas y en forma de árbol y con una gelatina verdosa de los bosques. Y subió con sus pezuñas y bocas y brazos serpeantes. Y los hombres se inclinaron y retrocedieron y entonces aquello se acercó al altar donde había algo que se retorció encima, que se retorció y chillaba.

La monstruosidad negra se inclinó sobre el altar y entonces oí el zumbido por encima de los gritos al agacharse. Sólo miré un minuto, pero en este tiempo la negra monstruosidad empezó a inflarse y a crecer.

Eso pudo conmigo. Perdí todo sentido de la prudencia. Tenía que correr. Me levanté y corrí y corrí y corrí, gritando a voz en cuello sin importarme que me oyeran.

Seguí corriendo y gritando en medio de los bosques y la tormenta y huyendo de aquella loma y aquel altar y entonces de repente supe dónde estaba y que había vuelto aquí a la casa de mis tíos.

Sí, eso es lo que había hecho: correr en círculos y regresar. Pero ya no podía continuar, no podía seguir soportando la noche y la tormenta. Así que corrí adentro. Al principio, después de cerrar la puerta me dejé caer en el suelo, cansado de tanto correr y gritar.

Pero al cabo de un rato me levanté y busqué clavos y un martillo y unas tablas de Tío Fred que no estuvieran hechas astillas.

Primero clavé la puerta y luego todas las ventanas. Hasta la última. Creo que estuve trabajando varias horas. Al terminar, la tormenta se había disipado y todo quedó tranquilo. Lo bastante tranquilo como para poderme echar en la cama y quedarme dormido.

Me he despertado hace un par de horas. Era de día. He podido ver la luz a través de las rajadas. Por la forma de entrar el sol, he comprendido que ya es por la tarde. He dormido toda la mañana y no ha venido nadie.

Calculaba que tal vez podría abrir y marcharme a pie al pueblo como había planeado ayer.

Pero calculaba mal.

Antes de ponerme a quitar los clavos, le he oído. Era Primo Osborne, naturalmente. El hombre que dijo que era Primo Osborne quiero decir.

Ha entrado en el cercado gritando: «¡Willie!». Pero yo no he contestado. Luego ha intentado abrir la puerta y después las ventanas. Le he oído golpear y maldecir. Eso ha estado mal.

Pero entonces se ha puesto a murmurar, y eso ha sido peor. Porque significaba que no estaba solo.

He echado una ojeada por una raja, pero se habían ido a la parte de atrás de la casa, así que no he visto quiénes estaban con él.

Creo que da lo mismo, porque si estoy en lo cierto, es mejor no berlos.

Ya es bastante desagradable oírlos.

Oír ese ronco croar, y luego oírle a él hablar y después croar otra vez.

El olor es un olor espantoso, como el limo verde de los bosques y del pozo.

El pozo... han ido al pozo de atrás. Y he oído a Primo Osborne decir algo así como: «Esperad hasta que oscurezca. Podemos utilizar el pozo si encontráis la entrada. Buscad la entrada».

Ahora ya sé lo que significa. El pozo debe de ser una especie de entrada al lugar



que tienen bajo tierra, que es donde esos druidas viven. Y esa monstruosidad negra.

He estado escribiendo de un tirón y ya la tarde se va yendo. Miro por las rajadas y veo que está oscureciendo otra vez.

Ahora es cuando vendrán por mí; cuando oscurezca.

Romperán las puertas y las ventanas y entrarán y me cogerán. Me bajarán al pozo, me llevarán a los negros lugares donde están los shoggoths. Debe de haber todo un mundo debajo de los montes, un mundo donde se ocultan y esperan para salir por más víctimas, por más sacrificios. No quieren que haya seres humanos por aquí, salvo los que necesitan para los sacrificios.

Yo vi lo que esa monstruosidad negra hizo en el altar. Sé lo que me va a pasar.

Tal vez echen de menos a Primo Osborne en su casa y envíen a alguien a averiguar qué le ha pasado. Puede que las gentes del pueblo echen de menos a Cap Pritchett y vengan a buscarle. Pero si no vienen pronto, será demasiado tarde.

Por eso he escrito esto. Es verdad lo que digo, con la mano sobre el corazón, cada palabra. Y si alguien encuentra este cuaderno donde yo lo escondo, que vaya y se asome al pozo. Al pozo viejo, que está detrás.

Que recuerde lo que he dicho de *ellos*. Que ciegue el pozo y seque las charcas. No tiene sentido que me busquen... si no estoy aquí.

Quisiera no estar tan asustado. No lo estoy tanto por mí como por otras gentes; los que pueden venir a vivir por aquí, y les pase lo mismo... o peor.

Tenéis que creerme. Id a los bosques, si no. Id a la loma. A la loma donde ellos hicieron los sacrificios. Puede que ya no estén las manchas y la lluvia haya borrado las huellas. Puede que no encontréis ningún rastro de fuego. Pero la piedra del altar tiene que estar allí. Y si está, sabréis la verdad. Debe de haber unas manchas redondas y grandes en esa piedra. Manchas de medio metro de anchas.

No he hablado de ellas. Al final, miré hacia atrás. Vi a la monstruosidad negra aquella que era un shoggoth. La vi cómo se hinchaba y crecía. Creo que he dicho ya que podía cambiar de forma, y que se hacía enorme. Pero no podéis ni imaginar el tamaño ni la forma y yo no lo quiero decir.

Lo único que digo es que miréis. Que miréis y veréis lo que se esconde debajo de la tierra en estos montes, esperando salir para celebrar su festín y matar a alguien más.

Esperad. Ya vienen. Se está haciendo de noche y puedo oír sus pasos. Y otros ruidos. Voces. Y otros ruidos. Están aporreando la puerta. Y estoy seguro de que deben de tener un tronco o tablón para derribarla. Toda la casa se estremece. Oigo hablar a voces a Primo Osborne, y también ese zumbido. El olor es espantoso. Me estoy poniendo enfermo, y dentro de un minuto...

Mirad el altar. Luego comprenderéis qué estoy tratando de decir. Mirad las grandes manchas redondas, de medio metro de anchas, a cada lado. Es donde la enorme monstruosidad negra se agarró.

Mirad las marcas, y sabréis lo que vi, lo que me da miedo, lo que espera para

atraparos, a menos que lo sepultéis para siempre bajo tierra.

Marcas negras de medio metro de anchas. Pero no son manchas.

En realidad, son *¡huellas de dedos!*

Han derribado la puerta *d...*

# **EL HORROR DE SALEM**

**HENRY KUTTNER**

**(The Salem Horror)**

La primera vez que Carson reparó en los ruidos de su sótano los atribuyó a las ratas. Más tarde, empezó a oír historias que circulaban entre los supersticiosos polacos que trabajaban en el molino de Derby Street acerca de la primera persona que ocupó la antigua casa, Abigail Prinn. Ya no vivía nadie que recordara a la diabólica bruja, pero las morbosas leyendas que proliferaban por el «distrito de las brujas» de Salem como hierbas en una tumba, daban inquietantes detalles sobre sus actividades, y eran desagradablemente explícitas respecto de los detestables sacrificios que se sabía había realizado a una imagen carcomida y cornuda de dudoso origen. Los más ancianos aún hablaban en voz baja de Abbie Prinn y de sus monstruosos alardes sobre lo que era la gran sacerdotisa del poderoso dios que moraba en la profundidad de los montes. En efecto, fueron estos alardeos de la vieja bruja los que acarrearón su súbita y misteriosa muerte en 1692, época de los famosos ahorcamientos de Gallows Hill. A nadie le gustaba hablar de esto, aunque a veces alguna vieja desdentada se atrevía a comentar medrosamente que las llamas no podían quemarla, porque todo el cuerpo había asumido la peculiar anestesia de su condición de bruja.

Abbie Prinn y su anómala estatua habían desaparecido hacía muchísimo tiempo, pero aún resultaba difícil encontrar inquilinos para su casa decrepita, de fachada en gabletes, con un segundo piso sobresaliente, y curiosas ventanas con cristales en rombos. La fama de malignidad de la casa se había extendido por todo Salem. En realidad, no había sucedido nada allí, en los recientes años, que pudiese dar origen a historias inexplicables; pero quienes llegaban a alquilar la casa solían mudarse a toda prisa, generalmente con vagas y poco satisfactorias explicaciones relacionadas con las ratas.

Y fue una rata la que llevó a Carson a la Habitación de la Bruja. Los apagados chillidos y golpeteos en el interior de las podridas paredes habían alarmado a Carson más de una vez durante las noches de su primera semana en la casa, que había alquilado para conseguir la soledad que necesitaba para terminar una novela de amor que añadir a la larga lista de éxitos populares. Pero hasta algún tiempo después, no empezó a abrigar ciertas sospechas disparatadamente fantásticas acerca de la inteligencia de la rata que una noche se escabulló de debajo de sus pies, en dirección al oscuro vestíbulo.

La casa tenía instalación eléctrica, pero la bombilla del vestíbulo era floja y daba una luz muy pobre. La rata era una sombra negra, deforme, cuando saltó a pocos metros de él y se detuvo, al parecer, para observarle.

En otra ocasión, Carson pudo echar el animal con un gesto amenazador, y reanudar su trabajo. Pero el tráfico de Derby Street era desusadamente ruidoso, y le resultaba difícil concentrarse en su novela. Sus nervios, sin razón aparente, estaban tensos; por otra parte, la rata, vigilándole fuera de su alcance, le contemplaba con burlona diversión.

Sonriéndose de su propia presunción, dio unos pasos hacia la rata, ésta echó a correr hacia la puerta del sótano, y entonces vio él con sorpresa que estaba entornada.

Pensó que debía de habersele olvidado cerrarla la última vez que estuvo allí, aunque generalmente tenía cuidado de dejar todas las puertas cerradas, pues la vieja casa tenía corrientes de aire. La rata aguardó en la puerta.

Irrracionalmente molesto, Carson se fue hacia ella a toda prisa, poniendo en fuga a la rata escaleras abajo. Encendió la luz del sótano y la vio en un rincón. La rata le observó atentamente con sus ojillos relucientes.

Al descender las escaleras no había podido evitar la sensación de que se estaba comportando como un idiota. Pero su trabajo había sido agotador, y subconscientemente aceptaba con agrado cualquier interrupción. Cruzó el sótano en dirección a la rata, viendo con asombro que la bestezuela permanecía inmóvil, vigilándole. «La rata se comporta de manera anormal», pensó; y la mirada fija de sus ojos como botones resultaba un tanto inquietante.

Luego se rió de sí mismo, pues la rata dio un brinco repentino y desapareció por un agujero de la pared del sótano. Desmañadamente, rascó una cruz con la punta del pie en la suciedad que había delante de la madriguera, decidiendo poner allí mismo un cebo por la mañana.

El hocico de la rata y sus desiguales bigotes aparecieron cautelosamente. Avanzó y luego vaciló y retrocedió. Después, el animal empezó a conducirse de un modo singular e inexplicable, casi como si estuviese bailando, pensó Carson. Avanzaba como a tientas, y luego se retiraba otra vez. Daba un saltito hacia adelante, y se paraba en seco, luego saltaba hacia atrás apresuradamente, como si —el símil le vino a Carson de pronto a la cabeza— hubiese una serpiente enroscada ante la madriguera, alerta para evitar la huida de la rata. Pero no había nada, salvo la cruz que Carson había trazado en el polvo.

Indudablemente, era el propio Carson quien impedía la fuga de la rata, pues estaba a poca distancia de la madriguera. Así que dio un paso adelante, y el animal desapareció apresuradamente por el agujero.

Picado en su curiosidad, Carson buscó un palo y hurgó en el agujero, tanteando. Al hacerlo, sus ojos, próximos a la pared, descubrieron algo extraño en la losa de piedra que había encima de la madriguera de la rata. Una rápida ojeada en torno a su borde confirmó sus sospechas. La losa debía de ser movable.

Carson la inspeccionó minuciosamente, y notó una depresión en su borde a modo de asidero. Sus dedos se acoplaron cómodamente a la muesca, y probó a tirar. La piedra se movió un poco y se paró. Tiró con más fuerza y, con una rociada de tierra seca, la losa se separó del muro girando como si tuviese goznes.

Un rectángulo negro, hasta la altura de un hombro, quedó abierto en la pared. De sus profundidades emanó un hedor mohoso, desagradable, de aire estancado, y Carson, involuntariamente, retrocedió un paso. Súbitamente, recordó las monstruosas historias sobre Abbie Prinn y los espantosos secretos que se suponía guardaba en su casa. ¿Había tropezado él con alguna cámara secreta de la bruja, tanto tiempo desaparecida?

Antes de entrar en la negra abertura tomó la precaución de coger una linterna de arriba. Luego, cautelosamente, agachó la cabeza y se deslizó por el estrecho y maloliente pasadizo, dirigiendo el haz de luz ante sí para explorar el terreno.

Estaba en un estrecho túnel, escasamente más alto que su cabeza, con pavimento y paredes de losas. Seguía recto quizá unos cinco metros, y luego se ensanchaba formando una cámara espaciosa. Al llegar Carson a la habitación del subsuelo — indudablemente escondite de Abbie Prinn, cuarto secreto, pensó, que sin embargo, no pudo salvarla el día en que el populacho enloquecido de pavor invadió furioso Derby Street— aspiró con una boqueada de asombro. La habitación era fantástica, asombrosa.

Fue el suelo lo que atrajo la mirada de Carson. El oscuro gris de la pared circular cedía sitio aquí a un mosaico de piedra multicolor en el que predominaban los azules y los verdes y los púrpuras: en efecto, no había colores más cálidos. Debía de haber miles de trocitos de piedras de colores componiendo el dibujo, pues ninguno era mayor que el tamaño de una nuez. El mosaico parecía seguir algún trazado concreto, desconocido para Carson; había curvas de color púrpura y violeta combinadas con líneas angulosas verdes y azules, entremezcladas en fantásticos arabescos. Había círculos, triángulos, un pentágulo, y otras figuras menos familiares. La mayoría de las líneas y figuras irradiaban de un punto concreto: el centro de la cámara, donde había un disco circular de piedra completamente negra de alrededor de medio metro de diámetro.

Era muy silenciosa. No se oían los ruidos de los coches que de cuando en cuando pasaban por Derby Street. En una alcoba poco profunda excavada en el muro, Carson descubrió unas marcas sobre las paredes, y se dirigió lentamente hacia allí, recorriéndolas de arriba abajo con la luz de su linterna.

Las marcas, fuera lo que fuesen, habían sido pintadas en la piedra hacía tiempo, pues lo que quedaba de los misteriosos símbolos era indescifrable. Carson vio varios jeroglíficos parcialmente borrados que le recordaban el estilo árabe, aunque no estaba seguro. En el suelo de la alcoba había un disco de metal corroído de unos dos metros y medio de diámetro, y Carson tuvo la clara sensación de que era movable. Aunque no hubo modo de levantarlo.

Se dio cuenta de que se hallaba de pie exactamente en el centro de la cámara, en el círculo de piedra negra donde convergía el singular trazado. Nuevamente se le hizo patente el completo silencio. Movido por un impulso, apagó la luz de su linterna. Instantáneamente reinó la oscuridad más absoluta.

En ese momento, una singular idea se deslizó en su mente. Se imaginó a sí mismo en el fondo de un pozo, y que de arriba descendía un flujo que se derramaba por el eje de la cámara para tragárselo. Tan fuerte fue su impresión que realmente le pareció oír un tronar apagado, como el rugido de una catarata. Singularmente alarmado, encendió la luz y miró rápidamente en torno suyo. El percutir que sentía era, naturalmente, el pulso de su sangre, que se hacía audible en el completo silencio:

fenómeno bastante familiar. Pero si este lugar era tan silencioso...

La idea le asaltó como una súbita punzada en su conciencia. Éste era un sitio ideal para trabajar. Podía instalar la luz eléctrica, bajar una mesa y una silla, utilizar un ventilador si era necesario..., aunque el olor a moho que había notado al principio parecía haber desaparecido por completo. Se dirigió hacia la entrada del pasadizo, y al salir de la habitación experimentó un inexplicable relajamiento de sus músculos, aunque no se había dado cuenta de que los había tenido contraídos. Lo atribuyó al nerviosismo, y subió a prepararse un café y a escribir al dueño de la casa, que vivía en Boston, contándole el descubrimiento que había hecho.

El visitante miró con curiosidad hacia el vestíbulo, una vez que hubo abierto Carson la puerta, y asintió para sí con satisfacción. Era un hombre de figura alta y flaca, con espesas cejas de color gris acero que sobresalían por encima de unos penetrantes ojos grises. Su rostro, aunque fuertemente marcado y flaco, carecía de arrugas.

—¿Viene por la Habitación de la Bruja? —preguntó Carson con sequedad. El dueño de la casa se había ido de la lengua, y durante la última semana había estado atendiendo de mala gana a anticuarios y oculistas deseosos de echar una ojeada a la cámara secreta en la que Abbie Prinn había murmurado sus ensalmos. El mal humor de Carson había ido en aumento, y hasta pensó en la posibilidad de mudarse a un lugar más tranquilo; pero su innata obstinación le había hecho quedarse, decidido a terminar su novela, pese a todas las interrupciones. Ahora, mirando a su visitante fríamente, dijo—: Lo siento, pero no se puede visitar ya más.

El otro le miró sobresaltado, pero casi inmediatamente brilló en sus ojos un destello de comprensión. Extrajo una tarjeta y se la ofreció a Carson.

—Michael Leigh... ocultista, ¿eh? —repitió Carson. Aspiró profundamente. Los ocultistas, había descubierto, eran los peores, con sus oscuras alusiones a cosas innominadas y su profundo interés en el trazado del mosaico del suelo de la Habitación de la Bruja—. Lo siento, señor Leigh, pero... de veras; estoy muy ocupado. Discúlpeme.

Y secamente, dio media vuelta hacia la puerta.

—Un momento —dijo Leigh con rapidez.

Antes de que Carson pudiese protestar, había cogido al escritor por el hombro, y le miraba fijamente a los ojos. Sobresaltado, Carson retrocedió, pero no antes de ver aparecer una extraordinaria expresión, mezcla de aprensión y satisfacción, en el flaco rostro de Leigh. Era como si el ocultista hubiese visto algo desagradable... aunque no inesperado.

—¿Qué es esto? —preguntó Carson con aspereza—. No estoy acostumbrado...

—Lo siento muchísimo —dijo Leigh. Su voz era profunda, agradable—. Debo disculparme. Pensaba... bien, discúlpeme otra vez. Me temo que estoy algo excitado. Mire, he venido de San Francisco para ver la Habitación de la Bruja. ¿De veras no me

permite verla? Le pagaría lo que fuese.

—No —dijo; empezaba a sentir una perversa simpatía por este hombre, con su voz agradable y modulada, su rostro poderoso y su atractiva personalidad—. No, sencillamente deseo un poco de paz; no tiene usted idea de lo que me han molestado —prosiguió, vagamente sorprendido al darse cuenta de que hablaba en tono de disculpa—. Es una molestia espantosa. Casi desearía no haber descubierto esa habitación.

Leigh se acercó con ansiedad.

—¿Puedo verla? Representa muchísimo para mí; estoy inmensamente interesado en esas cosas. Le prometo no robarle más de diez minutos de su tiempo.

Carson vaciló, y luego asintió. Mientras conducía a su visitante al sótano, se puso a contarle las circunstancias del descubrimiento de la Habitación de la Bruja. Leigh escuchaba atentamente, interrumpiéndole de cuando en cuando con alguna pregunta.

—Y la rata, ¿sabe usted qué ha sido de ella? —preguntó. Carson se quedó sorprendido.

—Pues no. Supongo que se ocultaría en su madriguera. ¿Por qué?

—Nunca se sabe —dijo Leigh enigmáticamente, cuando entraban en la Habitación de la Bruja.

Carson encendió la luz. Había instalado la electricidad, y había unas cuantas sillas y una mesa; por lo demás, la habitación estaba intacta. Carson observó el rostro del ocultista, y vio con sorpresa que se había puesto ceñudo, casi enfadado.

Leigh se encaminó al centro de la habitación, mirando la silla colocada sobre el círculo de piedra negra.

—¿Trabaja usted aquí? —preguntó lentamente.

—Sí. Es un sitio tranquilo... He visto que no hay manera de trabajar arriba. Hay demasiado ruido. Pero este sitio es ideal; me resulta muy fácil escribir aquí. Mi pensamiento se siente... —dudó— libre; o sea, desvinculado de las demás cosas. Es una sensación de lo más extraordinaria.

Leigh asintió como si las palabras de Carson confirmasen alguna idea suya. Se volvió hacia la alcoba del disco metálico en el suelo. Carson le siguió. El ocultista se acercó a la pared, repasó los borrosos símbolos con el dedo índice. Murmuró algo en voz baja, unas palabras que a Carson le sonaron como una especie de galimatías:

—*Nyogtha... k'yarnak...*

Se volvió, con el rostro serio y pálido.

—Ya he visto bastante —dijo suavemente—. ¿Nos vamos?

Sorprendido, Carson asintió, y le condujo de nuevo al sótano.

Una vez arriba, Leigh vaciló, como si le resultase difícil abordar el tema. Por último, preguntó:

—Señor Carson, ¿le importaría decirme si ha tenido usted algún sueño extraño últimamente?

Carson se quedó mirándole, con la burla bailándole en los ojos.



—¿Sueños? —repitió—. ¡Oh!, comprendo. Bueno, señor Leigh, puedo decirle que no me va a asustar. Sus colegas, los otros ocultistas que han venido a visitar la casa, lo han intentado también.

Leigh alzó sus cejas espesas.

—¿Sí? ¿Le preguntaron si había tenido sueños?

—Varios..., sí.

—¿Y qué les contestó?

—Que no. —Luego, mientras Leigh se echaba hacia atrás en la silla, con una expresión confundida en el rostro, Carson prosiguió lentamente—: Aunque en realidad no estoy muy seguro.

—¿Qué quiere decir?

—Creo... tengo la vaga impresión... de que he soñado últimamente. Pero no estoy seguro. No puedo recordar nada del sueño. Y... ¡bueno, lo más probable es que sus colegas ocultistas me hayan metido la idea en la cabeza!

—Quizá —dijo Leigh circunstancialmente, mientras se levantaba. Vaciló—. Señor Carson, voy a hacerle una pregunta más bien impertinente. ¿Le es necesario vivir en esta casa?

Carson suspiró con resignación.

—Cuando me hicieron la primera vez esta pregunta, expliqué que quería un lugar tranquilo para trabajar en una novela, y que cualquier lugar tranquilo podría servirme. Pero no es fácil encontrarlo. Ahora que tengo esta Habitación de la Bruja, y me está saliendo el libro con tanta facilidad, no veo por qué razón me tengo que mudar y alterar quizá mi programa. Dejaré esta casa cuando haya terminado la novela; entonces podrán ocuparla ustedes los ocultistas y convertirla en museo o hacer con ella lo que quieran. Me tiene sin cuidado. Pero hasta que no haya terminado la novela, no pienso permanecer aquí.

Leigh se frotó la barbilla.

—Desde luego. Entiendo su punto de vista. Pero ¿no hay otro lugar en la casa donde pueda usted trabajar?

Miró a Carson en el rostro un instante, y luego continuó rápidamente:

—No espero que me crea. Usted es materialista. La mayoría de la gente lo es. Pero algunos de nosotros sabemos que por encima y más allá de lo que los hombres llaman ciencia, hay un saber que se funda en leyes y principios que a los hombres corrientes les resultarían incomprensibles. Si ha leído a Machen, recordará que habla del abismo que existe entre el mundo de la conciencia y el de la materia. Es posible tender un puente sobre este abismo. ¡La Habitación de la Bruja es ese puente! ¿Sabe qué es una sala de los secretos?

—¿Eh? —exclamó Carson, mirando con asombro—. Pero no hay...

—Es una analogía... solamente una analogía. Un hombre puede susurrar una palabra en una galería o cueva, y si usted se sitúa en un punto concreto, a unos treinta metros, oye ese susurro, aunque no lo oiga alguien que se encuentre a sólo tres

metros. Es un simple truco de acústica: consiste en la proyección del sonido en un punto focal. Ahora bien, este principio es aplicable a otras cosas, además del sonido. A cualquier onda de impulsos... *¡incluso al pensamiento!*

Carson trató de interrumpirle, pero Leigh prosiguió:

—Esa piedra negra del centro de su Habitación de la Bruja es uno de esos puntos focales. El dibujo del suelo, cuando usted se sienta en el círculo negro, se vuelve anormalmente sensible a ciertas vibraciones, a ciertos mandatos mentales... ¡peligrosamente sensible! ¿Le parece que tiene la cabeza muy clara cuando trabaja allí? Es una ilusión, una falta de sensación de lucidez... en realidad, usted es un mero instrumento, un micrófono, sintonizado para captar determinadas vibraciones malignas cuya naturaleza no podría comprender.

El rostro de Carson era un estudio de asombro e incredulidad.

—Pero no querrá decirme que cree usted realmente...

Leigh retrocedió, desapareció la intensidad de sus ojos, que se volvieron ceñudos y fríos.

—Muy bien. Pero he estudiado la historia de Abigail Prinn. Ella conocía también esa ciencia superior de que le hablo. La utilizó para fines maléficos: artes negras, como suelen llamarse. He leído que, en sus últimos días, maldijo a la ciudad de Salem... y la maldición de una bruja puede ser algo pavoroso. ¿Quiere usted... —se levantó, mordiéndose el labio—, quiere usted, al menos, permitirme que pase a verle mañana?

Casi involuntariamente, Carson asintió.

—Pero me temo que desperdiciará su tiempo. No creo... es decir, no tengo... —tartamudeó, sin saber qué decir.

—Sólo es para cerciorarme de que usted... ¡Ah!, otra cosa. Si sueña esta noche, ¿querría tratar de recordar el sueño? Si intenta evocarlo inmediatamente después de despertar, es posible recordarlo.

—De acuerdo. Si sueño...

Esa noche, Carson soñó. Se despertó poco antes de amanecer con el corazón latiéndole furiosamente, y con una extraña sensación de desasosiego. Dentro de las paredes, y procedentes de abajo, podía oír las furtivas carreras de las ratas. Saltó de la cama apresuradamente, temblando en la fría claridad de la madrugada. Una luna desmayada brillaba aún débilmente en un cielo pálido.

Entonces recordó las palabras de Leigh. *Había* soñado; de eso no cabía la menor duda. Pero cuál era el contenido de dicho sueño, era otra cuestión. Por mucho que lo intentó, no pudo recordarlo en absoluto, aunque tenía la vaga sensación de que corría frenéticamente en la oscuridad.

Se vistió rápidamente, y como la quietud de la casa en la madrugada le ponía nervioso, salió a comprar el periódico. Era demasiado temprano para que las tiendas

estuviesen abiertas, sin embargo, y se dirigió hacia el oeste en busca de un vendedor de periódicos, torciendo por la primera esquina. Mientras caminaba, una extraña sensación empezó a apoderarse de él: una sensación de... ¡familiaridad! Había andado por aquí antes, y notaba una oscura y turbadora familiaridad en las formas de las casas, en las siluetas de los tejados. Pero —y esto era lo fantástico—, que él supiera, jamás había estado antes en esta calle. Se entretenía poco paseando por esa parte de Salem, pues era de naturaleza indolente; sin embargo, tenía una extraordinaria impresión de recuerdo, y se le hacía más vivida a medida que avanzaba.

Llegó a una esquina, torció maquinalmente a la izquierda. La singular sensación iba en aumento. Siguió andando despacio, reflexionando.

Indudablemente, *había* pasado por aquí antes, y muy probablemente lo había hecho abstraído, de suerte que no había tenido conciencia de su trayecto. Sin duda, era ésta la explicación. Sin embargo, al desembocar en Charter Street, Carson sintió en su interior una rara intranquilidad. Salem despertaba; con la claridad del día, los impasibles trabajadores polacos comenzaban a cruzarse con él, presurosos, en dirección a los molinos. De cuando en cuando, pasaba un automóvil.

A cierta distancia, vio que se había congregado una multitud en la acera. Apretó el paso, con la sensación de una inminente calamidad. Con extraordinario estupor, vio que se encontraba en el cementerio de Charter Street, la antigua y mal afamada «Necrópolis». Se abrió paso entre la multitud.

A sus oídos llegaron comentarios en voz baja, y vio ante sí una espalda voluminosa en uniforme azul. Miró por encima del hombro del policía y aspiró aire, horrorizado.

Había un hombre inclinado sobre la verja de hierro que cercaba el cementerio. Llevaba un traje barato, llamativo, y se agarraba a las herrumbrosas barras con una fuerza tal que los tendones le sobresalían como cuerdas en el dorso peludo de sus manos. Estaba muerto, y en su cara vuelta hacia el cielo en un gesto dislocado se había congelado una expresión de abismal y espantoso horror. Sus ojos, totalmente en blanco, sobresalían de manera horrible; su boca era una mueca contraída y amarga.

El hombre que estaba junto a Carson volvió su pálido rostro hacia él.

—Parece como si hubiese muerto de miedo —dijo roncamente—. Me horrorizaría ver lo que ha debido presenciar este hombre. ¡Uf, mire esa cata!

Carson se alejó maquinalmente de allí, sintiendo el hálito helado de algo desconocido que le produjo un escalofrío. Se restregó los ojos, pero aquel rostro contorsionado y muerto flotaba ante su vista. Comenzó a desandar su camino, inquieto y algo tembloroso. Involuntariamente, miró hacia un lado, sus ojos se posaron en las tumbas y monumentos que punteaban el viejo cementerio. Hacía un siglo que no enterraban a nadie allí, y las lápidas manchadas de líquenes, con sus cráneos alados, sus ángeles mofletudos y sus urnas funerarias, parecían exhalar un miasma indefinible de antigüedad. ¿Qué habría asustado al hombre hasta el punto de

causarle la muerte?

Carson aspiró profundamente. Desde luego, el cadáver había sido un espectáculo horrible, pero no debía permitir que esto alterara sus nervios. No podía consentirlo; esto perjudicaría su novela. Además, razonó consigo mismo, el caso estaba lo suficientemente claro. El muerto era con toda seguridad un polaco, del grupo de inmigrantes que vivían en el puerto de Salem. Al pasar junto al cementerio por la noche, lugar en torno al cual habían surgido numerosas y horribles leyendas durante casi tres siglos, los ojos embriagados de aquel desdichado debieron de dar realidad a los brumosos fantasmas de su mente supersticiosa. Estos polacos eran de emociones inestables, propensos a la histeria colectiva y a figuraciones insensatas. El gran Pánico de los Inmigrantes de 1853, en el que ardieron tres casas de brujas, se debió a la confusa e histérica declaración de una vieja de que había visto a un misterioso forastero vestido de blanco que se «había quitado la cara». ¿Qué podía esperarse de semejante gente?, pensó Carson.

Sin embargo, seguía nervioso, y no regresó a casa hasta casi mediodía. Cuando, a su llegada, encontró a Leigh, el ocultista, esperándole, se alegró de verle y le invitó a pasar con cordialidad.

Leigh estaba muy serio.

—¿Ha sabido alguna cosa sobre su amiga Abigail Prinn? —preguntó sin preámbulos, y Carson se le quedó mirando, detenido en el acto de ir a llenar un vaso con un sifón. Tras un prolongado intervalo, presionó la palanca, soltando el chorro de líquido y espuma en el Whisky. Tendió a Leigh la bebida, y sirvió otro vaso para sí (whisky solo), antes de contestar.

—No sé de qué me habla. Ha... ¿Qué pasa con ella? —preguntó, con un aire de forzada despreocupación.

—He estado revisando los informes —dijo Leigh—, y he averiguado que Abigail Prinn fue enterrada el 14 de diciembre de 1690 en el cementerio de Charter Street, con una estaca en el corazón. ¿Qué ocurre?

—Nada —dijo Carson con voz neutra—. ¿Y bien?

—Pues... resulta que han abierto su tumba, y han robado su cadáver; eso es todo. Han encontrado la estaca arrancada, y hay huellas de pisadas por todo alrededor de la tumba. Huellas de zapatos. ¿Soñó usted anoche, Carson? —Leigh soltó la pregunta como un latigazo, y sus ojos se endurecieron.

—No lo sé —contestó Carson confundido, frotándose la frente—. No puedo recordarlo. He estado en el cementerio de Charter Street esta madrugada.

—¡Ah! Entonces debe de haber oído algo sobre el hombre que...

—Le he visto —interrumpió Carson, con un estremecimiento—. Me ha dejado trastornado.

Apuró el whisky de un trago. Leigh le miró atentamente.

—Bien —dijo luego—, ¿aún está decidido a permanecer en esta casa?

Carson dejó el vaso y se levantó.

—¿Por que no? —replicó con sequedad—. ¿Hay alguna razón por la que deba irme?

—Después de lo que sucedió anoche...

—¿Qué sucedió? Han robado una tumba. Un polaco supersticioso vio a los ladrones y se murió del susto. ¿Y qué?

—Está tratando de convencerse a sí mismo —dijo Leigh serenamente—. En su corazón sabe, debe saber, la verdad. Usted se ha convertido en un instrumento en manos de unas fuerzas poderosas y terribles, Carson. Abbie Prinn ha estado en su tumba durante tres siglos... *no-muerta*, esperando a que alguien cayese en la trampa: la Habitación de la Bruja. Quizá preveía ella lo que iba a suceder cuando la construyó; previó que algún día, alguien cometería el error de introducirse en esa cámara infernal y sería atrapado en ese diagrama de mosaico. Ha caído usted, Carson: y ha permitido que ese horror no-muerto cruzase el abismo que se abre entre la conciencia y la materia, para ponerse en *rapport* con usted. El hipnotismo es un juego de niños para un ser con los sobrecogedores poderes de Abigail Prinn. ¡Ella podía obligarle fácilmente a ir a su tumba y arrancarle la estaca que la tenía aprisionada, y luego borrar de su mente el recuerdo de esa acción, de forma que no pudiese siquiera saber si fue un sueño!

Carson estaba de pie, y en sus ojos ardía una luz extraña:

—¡En nombre de Dios! ¿Sabe usted lo que está diciendo?

Leigh se echó a reír agriamente:

—¡En nombre de Dios! Diga más bien en nombre del diablo; del diablo que amenaza a Salem en este momento; porque Salem está en peligro, en un terrible peligro. Los hombres, mujeres y niños del pueblo que Abbie Prinn maldijo cuando la ataron al palo... ¡y descubrieron que no la podían quemar! He examinado unos archivos secretos esta mañana, y he venido a rogarle por última vez que abandone esta casa.

—¿Ha terminado? —preguntó Carson fríamente—. Muy bien. Me quedaré aquí. Usted estará chiflado o bebido, pero no me va a impresionar con sus insensateces.

—¿Se marcharía si le ofreciese mil dólares? —preguntó Leigh—. ¿O más, quizá... diez mil? Dispongo de una suma considerable.

—¡No, maldita sea! —espetó Carson en un arrebato de cólera—. Todo lo que quiero es que me dejen solo para terminar mi novela. No puedo trabajar en ninguna otra parte... además; no quiero, yo no...

—Me lo esperaba —dijo Leigh, con voz súbitamente tranquila, y con una extraña nota de simpatía—. ¡Señor, usted no puede marcharse! Usted está atrapado, y es demasiado tarde para sustraerse a los controles cerebrales de Abbie Prinn, a través de la Habitación de la Bruja. Y lo peor es que ella sólo puede manifestarse con su ayuda: le extrae sus fuerzas vitales, Carson, se alimenta de usted como un vampiro.

—Está usted loco —farfulló Carson torpemente.

—Tengo miedo. Ese disco de hierro de la Habitación de la Bruja... me da miedo;

y lo que hay debajo. Abbie Prinn tenía culto a extraños dioses, Carson; y he leído algo en la pared de esa alcoba que me ha hecho pensar. ¿Ha oído hablar alguna vez de Nyoghta?

Carson negó impacientemente con la cabeza. Leigh se hurgó en el bolsillo y sacó un trozo de papel.

—He copiado esto de un libro de la Biblioteca Kester —dijo—; el libro se titula *Necronomicón*, y fue escrito por una persona que sondeó tan profundamente los secretos prohibidos que los hombres le tacharon de loco. Léalo. Las cejas de Carson se juntaban a medida que iba leyendo la cita:

Los hombres conocen con el nombre de Morador de la Oscuridad al hermano de los Primordiales llamado Nyoghta, la Entidad que no debiera existir. Puede ser traído a la superficie de la Tierra a través de ciertas cavernas y fisuras secretas, y los hechiceros le han visto en Siria, y bajo la torre negra de Leng; ha ido al Thang Grotto de Tartaria para sembrar el terror y la destrucción entre los pabellones del gran Khan. Sólo por la cruz ansada, por el conjuro de VachViraj y por el elixir Tikkoun, puede ser devuelto a las tenebrosas cavernas de oculta impureza donde mora.

Leigh sostuvo la confundida mirada de Carson.

—¿Comprende ahora?

—¡Conjuros y elixires! —exclamó Carson, devolviéndole el papel—. ¡Estupideces!

—Ni mucho menos. Los ocultistas y adeptos conocen ese conjuro y ese elixir desde hace miles de años. Yo he tenido ocasión de utilizarlos en otro tiempo en determinadas... ocasiones. Y si estoy en lo cierto... —se volvió hacia la puerta, con los labios apretados en una línea descolorida—, esas manifestaciones han sido vencidas anteriormente, pero la dificultad está en conseguir el elixir; es más difícil obtenerlo. Pero espero... Volveré. ¿Puede abstenerse de entrar en la Habitación de la Bruja hasta que yo vuelva?

—No le prometo nada —respondió Carson. Tenía un tremendo dolor de cabeza que le había aumentado hasta imponerse a su conciencia, y ahora sentía una vaga náusea—. Adiós.

Vio a Leigh dirigirse a la puerta, y aguardó en la escalera de entrada, con esa extraña renuencia a entrar en la casa. Mientras miraba alejarse la figura del ocultista, salió una mujer de la casa adyacente. Al verle, sus enormes pechos se agitaron. Estalló en una chillona y furiosa diatriba.

Carson se volvió y se quedó mirándola con ojos desconcertados. La cabeza le latía dolorosamente. La mujer se acercaba agitando un puño gordo y amenazador.

—¿Por qué asusta usted a mi Sarah? —gritó, con su cara morena congestionada—. Porque la asusta con sus trucos estúpidos, ¿eh?

Carson se humedeció los labios.

—Lo siento —dijo lentamente—. Lo siento muchísimo. Yo no he asustado a su Sarah. No he estado en casa en todo el día. ¿Qué es lo que la ha asustado?

—Ese bicho oscuro... dice Sarah que se metió en su casa...

La mujer se calló de pronto, con la mandíbula colgando de asombro. Sus ojos se agrandaron. Hizo un signo extraño con la mano derecha, señalando con sus dedos índice y meñique a Carson, mientras cruzaba el pulgar sobre los otros dedos.

—¡La vieja bruja!

Se retiró apresuradamente, murmurando palabras en polaco con voz asustada.

Carson dio media vuelta y entró en la casa. Se sirvió un poco de whisky en un vaso, reflexionó, y luego lo apartó sin haberlo probado. Empezó a pasear arriba y abajo, frotándose de cuando en cuando la frente con dedos que sentía secos y ardientes. Vagos, confusos pensamientos se agolpaban en su mente. Tenía la cabeza febril y le latía con violencia.

Por último, bajó a la Habitación de la Bruja. Se quedó allí, aunque no trabajó; su dolor de cabeza no era tan opresivo en la mortal quietud de la cámara del subsuelo. Al cabo de un rato se durmió.

No sabía cuánto había dormido. Soñó con Salem, y con un ser confusamente definido, negro y gelatinoso, que recorría las calles a sobrecogedora velocidad, un ser como una ameba increíblemente grande, negro como el azabache, que perseguía y se tragaba a los hombres y mujeres que gritaban y huían en vano. Soñó con un rostro de calavera que escudriñaba en su interior, un semblante reseco y contraído en el que sólo los ojos parecían vivos y brillaban con una luz infernal y perversa.

Despertó finalmente, y se incorporó con un sobresalto. Tenía mucho frío.

Reinaba el más completo silencio. A la luz de la bombilla eléctrica, el mosaico verde y púrpura parecía retorcerse y contraerse hacia él, ilusión que se disipó al aclararse sus ojos enturbiados por el sueño. Consultó el reloj. Eran las dos. Había dormido toda la tarde y la mayor parte de la noche.

Se sentía débil, y el cansancio le tenía inmovilizado en su silla. Le daba la sensación de que le habían extraído las fuerzas del cuerpo. El penetrante frío parecía traspasarle el cerebro, pero se le había ido el dolor de cabeza. Tenía la mente muy despejada, expectante, como si esperase que sucediera algo. Un movimiento, no lejos de él, atrajo su mirada.

Se estaba moviendo una losa de la pared. Oyó un suave ruido chirriante, y lentamente, se ensanchó la negra cavidad, convirtiéndose la ranura en un cuadrado. Algo se movió en la sombra. Un tenso y ciego horror traspasó a Carson al ver avanzar a rastras hacia la luz a aquella monstruosidad.

Parecía una momia. Durante un segundo que fue eterno, insoportable, el pensamiento golpeó espantosamente en el cerebro de Carson: *¡Parecía una momia!*

Era un cadáver de una delgadez descarnada, con la piel ennegrecida y el aspecto de un esqueleto con el pellejo de un enorme lagarto extendido sobre sus huesos. Se agitó, avanzó, y sus largas uñas arañaron audiblemente en la piedra. Salió a la Habitación de la Bruja, su rostro impasible se reveló cruelmente bajo la luz cruda, y sus ojos centellearon con una vida sepulcral. Pudo ver la línea dentada de su espalda negruzca y encogida...

Carson se quedó paralizado. Un horror abismal le había privado de la capacidad de moverse. Parecía estar atrapado en los grillos de la parálisis del sueño, en el que el cerebro, espectador distante, es incapaz o reacio a transmitir los impulsos nerviosos a los músculos. Se dijo frenéticamente que estaba soñando, que dentro de un momento despertaría.

El seco horror se incorporó. Se puso en pie, descarnadamente flaco, y se dirigió a la alcoba en cuyo suelo estaba encajado el disco de hierro. Se detuvo de espaldas a Carson, y un susurro reseco crepité en la quietud mortal. Al oírlo, Carson quiso gritar, pero no pudo. El espantoso murmullo continuó en un lenguaje que a Carson se le antojó extraterreno, y como en respuesta, un casi imperceptible estremecimiento sacudió el disco de hierro.

Se estremeció y comenzó a levantarse, muy lentamente; y como en un gesto de triunfo, el encogido horror alzó sus delgadísimos brazos. El disco tenía más de veinte centímetros de espesor; y a medida que se separaba del suelo, comenzaba a penetrar en la habitación un hedor insidioso. Era vagamente un olor a reptil, almizclado y nauseabundo. El disco se elevó inexorablemente, y un dedo de negrura surgió de debajo del borde. Súbitamente, Carson recordó el sueño que había tenido, de una criatura negra y gelatinosa que recorría veloz las calles de Salem. Trató en vano de romper los grillos de la parálisis que le tenían inmovilizado. La cámara estaba quedándose a oscuras, y un vértigo tenebroso aumentaba progresivamente para tragárselo a él. La habitación parecía vacilar.

El disco siguió elevándose; siguió el arrugado horror con sus brazos esqueléticos levantados; y siguió fluyendo la negrura en un movimiento ameboide.

Se oyó un ruido por encima del seco susurro de la momia, un vivo resonar de pasos presurosos. Por el rabillo del ojo, Carson vio que alguien entraba corriendo en la Habitación de la Bruja. Era el ocultista, Leigh, con los ojos llameantes en su rostro mortalmente pálido. Pasó por delante de Carson y se dirigió a la alcoba donde estaba emergiendo la negra abominación.

Aquel ser arrugado se volvió con horrible lentitud. Carson vio que Leigh traía una especie de herramienta en su mano izquierda, una *crux ansata* de oro y marfil. Y llevaba la mano derecha pegada a un costado. Su voz retumbó entonces sonora y autoritaria. Su blanco rostro estaba cubierto de pequeñas gotas de sudor:

—*Ya na kadishtu nilgh'ri... stell'bsna kn'aa Nyogtha... k'yarnak phlegethor...*

Tronaron las fantásticas y aterradoras palabras, y retumbaron en las paredes de la bóveda. Leigh avanzó lentamente, sosteniendo en alto la *crux ansata*. ¡Y entretanto,



la negra abominación seguía manando de debajo del disco!

Cayó el disco a un lado, y una gran oleada de iridiscente negrura, ni sólida ni líquida, una espantosa masa gelatinosa, se derramó en dirección a Leigh. Sin detenerse, éste hizo un gesto rápido con su mano derecha, y lanzó un pequeño tubo de cristal a aquella cosa negra, en la que se hundió.

La informe abominación se detuvo. Vaciló con un espantoso estremecimiento de indecisión, y luego se retiró rápidamente. Un hedor asfixiante de ardiente corrupción empezó a invadir el aire, y Carson vio cómo la negra monstruosidad se descomponía en grandes pedazos, arrugándose como bajo el efecto de un ácido corrosivo. Se contrajo en un vivo movimiento licuescente, goteando su espumosa carne negra a medida que se consumía.

Un seudópodo de negrura se alargó desde la masa central y atrapó como un tentáculo gigantesco al ser cadavérico, arrastrándolo al pozo por encima del borde. Otro tentáculo cogió el disco de hierro, lo arrastró sin esfuerzo por el suelo, y cuando la abominación desapareció de la vista, el disco cayó en su sitio con un estampido atronador.

La habitación osciló en amplios círculos en torno a Carson, y una náusea espantosa se apoderó de él. Hizo un tremendo esfuerzo para tenerse de pie, y luego la luz se desvaneció rápidamente y se apagó. La oscuridad se había apoderado de él.

Carson no llegó a terminar la novela. La quemó, pero siguió escribiendo, aunque ninguno de sus libros posteriores ha sido publicado. Sus editores hicieron un gesto negativo, y se preguntaron por qué un escritor de literatura popular tan brillante se había convertido de repente en un aburrido partidario de lo horripilante y lo espectral.

—Resulta convincente —dijo un hombre a Carson, al devolverle su novela, *El dios negro de la locura*—. Es buena en su género, pero la encuentro morbosa y horrible. Nadie la leería. Carson, ¿por qué no escribe usted el tipo de novelas que solía escribir, del género que le hizo famoso?

Fue entonces cuando Carson rompió su promesa de no hablar sobre la Habitación de la Bruja, y le contó toda la historia con la esperanza de que le comprendiera y creyera. Pero al terminar, su corazón desfalleció al verle al otro la cara de simpatía y escepticismo.

—Lo ha soñado, ¿verdad? —preguntó el hombre, y Carson sonrió amargamente.

—Sí, lo he soñado.

—Debe de haberle producido una impresión terriblemente vívida en su espíritu. Algunos sueños la producen. Pero lo olvidará con el tiempo —predijo, y Carson ásintió.

Y porque sabía que sólo despertaría sospechas acerca de su cordura, no mencionó lo que bullía permanentemente en su cerebro, el horror que había visto en la Habitación de la Bruja al despertar de su desvanecimiento. Antes de huir, él y Leigh, pálidos y temblorosos, de la cámara, Carson había lanzado una fugaz mirada hacia atrás. Los pedazos arrugados y corroídos que había visto desprenderse de aquel ser de

loca blasfemia habían desaparecido inexplicablemente, aunque habían dejado negras manchas en las piedras. Abbie Prinn, quizá, había regresado al infierno que había adorado, y su dios inhumano se había retirado a los secretos abismos más allá de la comprensión del hombre, derrotado por las fuerzas poderosas de una magia anterior que el ocultista había manejado. Pero la bruja había dejado un recuerdo, una cosa espantosa, que Carson, en esa última mirada hacia atrás, había visto emerger del borde del disco de hierro, como alzándose en irónico saludo: *¡una mano arrugada en forma de garra!*

# **EL TERROR DE LAS PROFUNDIDADES**

**FRITZ LEIBER**

**(The Terror from the Depths)**

*¿Que me acuerde de ti?  
Sí, pobre espectro, mientras la memoria tenga un sitio  
en este globo trastornado.*

### *HAMLET*

El manuscrito que sigue fue encontrado en una arqueta de cobre y plata alemana, curiosamente repujada, de manufactura moderna sumamente singular, comprada en una subasta de objetos no reclamados después de permanecer en el depósito de la policía el número de años que prescribe la legislación del condado de Los Ángeles, California. Junto con el manuscrito, la arqueta guardaba dos delgados volúmenes de versos: *Azathoth y otros horrores*, de Edward Pickman Derby, Onyx Sphinx Press, Arkham, Massachusetts; y *El tunelador de abajo*, de Georg Reuter Fischer, Ptolemy Press, Hollywood, California. El manuscrito lo había escrito el segundo de estos poetas, salvo dos cartas y un telegrama que había intercalados en él. La arqueta, con su contenido, había quedado bajo la custodia de la policía el 16 de marzo de 1937, a raíz del descubrimiento del cuerpo mutilado de Fischer por el derrumbamiento de su morada en la colonia de «La Buitrera», en circunstancias espantosas.

Hoy sería inútil buscar en los planos de Hollywood Hills el área que ocupaba la colonia: poco después de ocurrir los acontecimientos que se relatan en estas páginas se le cambió el nombre (ya muy criticado), a insistencia de los agentes inmobiliarios, por el de «Monte Paraíso», que más tarde fue absorbida por la ciudad de los Ángeles... acontecimiento que no careció de paralelo en su periferia en general, como cuando, tras ciertos escándalos que es mejor olvidar, se cambió el nombre de «Runnymede» por el de «Tarzana», en honor a la gran creación literaria de su más ilustre e intachable habitante.

El método magneto-óptico de detección a que se hace referencia aquí, «que ha descubierto ya dos nuevos elementos», no es una impostura ni una fantasía, sino una técnica altamente estimada en la década de 1930 (aunque posteriormente caído en el descrédito), como se puede comprobar consultando cualquier tabla de elementos de ese periodo, o las entradas «alabamino» y «virginium» en el *Webster International Dictionary*, segunda edición no resumida (naturalmente, no figuran en las tablas actuales). Mientras que el «desconocido maestro constructor Simón Rodia», con el

que tuvo relación el padre de Fischer, es el universalmente considerado arquitecto (hoy fallecido), creador de las inigualables Torres de Watt:

Sólo con gran esfuerzo consigo no lanzarme a la descripción de esas sombras inequívocamente monstruosas que me han decidido a dar —en espacio de dieciocho horas a más tardar— un paso desesperado y en principio destructor. Tengo que contar muchas cosas y me queda muy poco tiempo.

Por lo que a mí respecta, no necesito de ningún testimonio escrito que confirme mi convicción. Todo es más real para mí que la experiencia diaria. No tengo más que cerrar los ojos para ver el rostro prognático de Albert Wilmarth pálido de terror y con el ceño atormentado. Puede que esto sea en cierto modo clarividencia, porque supongo que su expresión no habrá cambiado mucho desde la última vez que le vi. Y no necesito esforzarme en absoluto para oír esas voces espantosamente atrayentes, como zumbidos de abejas infernales o de avispas enormes, chocando en un oído interior que no puedo ni podré cerrar. A decir verdad, mientras las oigo, me pregunto qué gano con escribir este documento necesariamente asombroso. Lo descubrirán —si llegan a descubrirlo—, en una localidad donde la gente sería no da importancia a las revelaciones extrañas y donde el charlatanismo es demasiado corriente. Puede que eso sea lo mejor; y quizá fuera más seguro para mí romper esta hoja, porque no tengo ninguna duda de las consecuencias que acarreará el esfuerzo sistemático y científico por investigar esas fuerzas solapadas que no tardarán en reclamarme... y tal vez en acogerme.

Pero quiero dejarlo escrito, aunque sólo sea para satisfacer un antojo mío particular. Desde que tengo uso de razón he sentido gran atracción por la creación literaria; pero hasta hoy mismo, determinadas circunstancias inhibitoras y fuerzas oscuras me han impedido terminar nada, aparte de unos cuantos poemas, la mayoría breves, y algún pequeño bosquejo en prosa. Quiero saber si los nuevos conocimientos me han liberado de esas trabas. Tendré tiempo suficiente, cuando haya concluido esta declaración, para considerar la conveniencia de destruirla (antes de llevar a cabo una destrucción más grande y decisiva). La verdad es que no me preocupa especialmente lo que pueda sucederles a mis semejantes: ha habido influencias *profundas* (¡sí, de las profundidades!) que han modelado mi desarrollo emocional y orientado la última de mis lealtades, como quedará claro en su momento.

Podría empezar esta relación exponiendo escuetamente las consecuencias que tuvieron los hallazgos conseguidos con el geoescáner magneto-óptico de los profesores Atwood y Pabodie; o la horrenda revelación de Albert Wilmarth de unas investigaciones desquiciantes y planetarias llevadas a cabo durante la pasada década por un círculo secreto de miembros de la remota

Universidad de Miskatonic (de la sombría ciudad de Arkham) y unos pocos colegas solitarios de Boston y de Providence, Rhode Island; o las claves estremecedoras que con insidiosa inocencia se han infiltrado incluso en la poesía que yo venía cultivando en los últimos años. Si lo hiciera, al punto concluiríais que soy un psicópata; las razones que me han conducido, paso a paso, a mi sobrecogedora convicción actual parecerían síntomas progresivos de mi deterioro, y el monstruoso horror que hay detrás de todo esto una descomunal fantasía paranoide. Al final, probablemente, ésa será sin duda vuestra conclusión; no obstante, os lo voy a contar todo tal como me ha sucedido. Así tendréis los mismos elementos que yo para discernir, si podéis, dónde la realidad da paso a la imaginación, y dónde acaba la imaginación y aparece la psicosis.

Quizá dentro de las próximas diecisiete horas ocurra o se revele algo que establezca en parte lo que voy a decir. No lo creo, porque aún hay una astucia oculta en el decadente orden cósmico que me ha atrapado. Quizá no me dejen terminar esta declaración; quizá se adelanten a mis intenciones. Tengo el convencimiento de que no han intervenido hasta ahora porque están seguros de que les ahorraré la molestia. No importa.

Está saliendo el sol, rojo y frío, por encima de estas colinas traicioneras y en descomposición del Parque («desierto» sería un término más apropiado) de Griffith. La niebla del mar aún envuelve los barrios periféricos que se desparraman en la parte de abajo, sus últimos vestigios resbalan del alto y seco Laurel Canyon, pero allá lejos, hacia el sur, aún puedo distinguir los negros armazones de vigas de los pozos petrolíferos cercanos a Culver City como robots de piernas rígidas agrupándose para el ataque. Y si estuviera en la ventana noroeste de esta habitación vería las sombras de la noche demorándose aún en los cerros agrestes de Hollywoodland, que dominan los modestos y tortuosos senderos poblados de maleza y de serpientes por los que he andado, cojo como estoy, durante la mayor parte de mi vida natural, y que he recorrido en una y en otra dirección de manera cada vez más obsesiva.

Ya puedo apagar la luz eléctrica; los haces tenues y rojizos del sol comienzan a penetrar en este despacho. Estoy ante la mesa, dispuesto a pasarme el día escribiendo. Todo a mi alrededor tiene aspecto de una gran normalidad y seguridad. No queda ningún signo de la frenética marcha de Albert Wilmarth, a media noche, con el aparato magneto-óptico que había traído del este; sin embargo, como por clarividencia, lo veo con el rostro contraído de horror, aferrado al volante de su pequeño Austin, corriendo veloz por el desierto como un escarabajo asustado, con el geoescáner en el asiento de al lado. El sol hoy le habrá llegado antes que a mí, mientras huye en dirección a su querida e inalcanzable Nueva Inglaterra. Hace rato que le debe de estar dando en los ojos este resplandor rojizo y vaporoso del sol, porque sé

que ningún poder es capaz de hacerle volver a la tierra que se hunde abruptamente en la inmensidad del Pacífico. No le guardo rencor: no hay motivo. Tenía los nervios deshechos por los terrores que con toda valentía insistió en ayudar a investigar durante diez largos años en contra de los consejos de sus camaradas más equilibrados. Al final, estoy seguro, vio horrores que superan lo imaginable. Sin embargo, esperó para pedirme que me fuera con él, y yo sólo sé lo que debió de costarle. Me brindó la oportunidad de escapar. Y podía haberlo intentado.

Pero creo que mi destino estaba trazado desde hacía años.

Me llamo Georg Reuter Fischer. Nací en 1912, de padres suizos, en la ciudad de Louisville, Kentucky, con el pie derecho torcido hacia dentro, lo que habría podido corregirse mediante un aparato ortopédico; pero mi padre no era partidario de enmendar lo que la naturaleza, su deidad, había dispuesto. Era albañil y cantero, y estaba dotado de gran fuerza física, una energía desbordante, asombrosa intuición (era un zahorí para descubrir agua, metales o petróleo), y de un gran talento artístico; no había cursado estudios, pero tenía una profunda formación autodidacta. Poco después de la Guerra Civil, niño aún, había llegado a este país con su padre, también albañil, y a la muerte de éste heredó un pequeño pero provechoso negocio. Tarde ya se casó con mi madre, Marie Reuter, hija de un granjero al que ayudó no sólo a descubrir un manantial de agua sino también un yacimiento de granito perfectamente explotable. Yo era hijo de su vejez, e hijo único, mimado por mi madre, y objeto de los más cuidadosos desvelos de mi padre. Guardo pocos recuerdos de nuestra vida en Louisville, pero los que me quedan son de lo más agradables: escenas de una casa alegre y ordenada, con muchos primos y amigos, visitas y risas, y dos grandes fiestas en Navidad; también, recuerdos de cómo observaba fascinado a mi padre labrando la piedra, sacando a la vida, del granito inerte, multitud de flores y hojas.

Y quiero decir aquí, porque es importante para esta relación, que más tarde me enteré de que nuestros parientes Fischer y Reuter me consideraban excepcionalmente inteligente para mi tierna edad. Mis padres así lo creían, pero uno debe tener en cuenta que en eso los padres son siempre parciales.

En 1917 mi padre vendió ventajosamente su negocio y se llevó a su minúscula familia al oeste, construyó con sus propias manos su última residencia en esta tierra de sol, arenisca, y colinas de origen marino del sur de California. Esta decisión la tomó en parte porque los médicos la habían considerado esencial para la frágil salud de mi madre, víctima lenta del temible azote de la tuberculosis; pero mi padre había tenido siempre, también, un gran anhelo de cielos claros, calor todo el año, un mar primigenio, y la profunda convicción de que su destino, de alguna manera, se encontraba en el oeste y estaba vinculado al océano más grande de la tierra, del que quizá había

sido arrancada la luna.

Me ha hecho pensar mucho el vehemente anhelo de mi padre por este paisaje, saludable y luminoso por fuera y por dentro siniestro y carcomido, en el que la naturaleza muestra un rostro ingenuo y joven y oculta las corrupciones de la vejez; aunque no se trata en absoluto de un anhelo original. Mucha gente sana y enferma viene a establecerse aquí atraída por el sol, la promesa de un verano perpetuo, y unos campos inmensos aunque áridos. El único detalle destacable es que hay un número ligeramente elevado de personas con reconocida inclinación a la mística y a la utopía. Aquí tienen representación los hermanos de la rosa, los teósofos, los evangélicos, los cristianos de la ciencia, los unitarios, la hermandad del Grial, los espiritistas, los astrólogos y muchos otros. Creyentes en la necesidad de regresar a estados y saberes primitivos, practicantes de pseudodisciplinas dictadas por pseudociencias (incluso ermitaños excesivamente sociales) los ve uno por todas partes; aunque la mayoría sólo me inspiran lástima y desagrado, tan faltos de lógica y tan ávidos de publicidad los encuentro. Nunca —y permitidme subrayar esto— he sentido el menor interés por sus actividades o sus principios neciamente cacareados, salvo, si acaso, desde el punto de vista de la psicología comparada.

Y los ha traído aquí ese exagerado amor al sol que caracteriza a los maniáticos de todas clases que se empeñan en buscar una tierra inestable y sin orden en la que puedan arraigar y germinar sus utopías sin que les moleste una oposición urbana ridícula y tradicionalista; el mismo empeño llevó a los mormones a Salt Lake City, su paraíso en el desierto. Ésta parece explicación suficiente; sin contar con que Los Ángeles, ciudad de agricultores y pequeños comerciantes jubilados cuyo pulso se ha vuelto agitado a causa de la zafia industria cinematográfica, atrae naturalmente a charlatanes de todo pelaje. Sí, para mí esa explicación es suficiente. Y me satisface; porque ni aun ahora quiero pensar que esas voces horrendas y seductoras que murmuran secretos de más allá del cosmos de alguna manera puedan tener un alcance continental.

[«El borde de la caverna —están murmurando ahora, aquí, en el despacho —; los protoshoggoths, el corredor trazado, el Pharos más antiguo, los sueños de Cutlu...»].

Una vez instalados mi madre y yo en una cómoda casa de huéspedes de Hollywood, donde la actividad de la naciente industria del cine nos proporcionaba animada distracción, mi padre se dedicó a recorrer las colinas en busca de un terreno apropiado, poniendo en ello su excepcional talento para localizar en el subsuelo agua y yacimientos rocosos de valor. Durante esa etapa, se me ocurre ahora, es casi seguro que recorrió estos mismos senderos que acostumbro patear yo invariablemente y de manera cada vez más obsesiva. A los tres meses había descubierto y comprado la finca que buscaba



cerca de una colonia de franceses y alsacianos (un disperso puñado de casas de campo nada más) a la que habían puesto el nombre, exageradamente pintoresco, quizá, de «La Buitrera», lo que le daba un sabor a Viejo Oeste.

La limpieza y excavación de la finca reveló un estrato levantado de sólida roca metamórfica de grano fino, mientras que una pequeña prospección alumbró un excelente pozo ante los ojos atónitos de sus anteriormente hostiles vecinos. Mi padre no dijo nada, e inició, mayormente con sus propias manos, la construcción de un edificio de ladrillo de moderadas proporciones, que por su trazado y sus planos prometía ser una morada de sorprendente belleza. Esto dio lugar a más de un gesto de desaprobación y a más de una reconvención sobre la temeridad de hacer casas de ladrillo en una región en la que no eran raros los terremotos. Lo llamaron «La locura de Fischer», según me enteré más tarde. ¡Ignoraban la habilidad de mi padre y la resistencia de sus trabajos!

Compró un pequeño camión y recorrió la zona hacia el sur hasta Laguna Beach, y hacia el norte hasta Malibú, buscando hornos que le abastecieran de ladrillos y tejas de la calidad que necesitaba. Al final forró parcialmente de cobre el tejado, que con los años adquirió un hermoso color verdoso. Durante estas búsquedas se hizo muy amigo del visionario y notable progresista abate Kinney, que estaba construyendo el balneario de Venecia en la costa, a diez millas, y con el desconocido constructor Simón Rodia, individuo de piel atezada y ojos brillantes, autodidacta como él. Los tres participaban de la rica vena de la poesía de piedra, cerámica y metales.

Sin duda había prodigiosas reservas de fuerza en el viejo (porque eso era mi padre ahora, con el pelo ya casi blanco) para llevar a cabo tan arduo trabajo; porque en dos años mi madre y yo pudimos mudarnos a nuestro nuevo hogar de «La Buitrera» y reiniciar nuestra vida allí.

Yo estaba muy contento de mi nuevo entorno y de reunirme con mi padre, y un poco contrariado por el tiempo que debía pasar en la escuela, a la que mi padre me llevaba todos los días y me recogía después. Sobre todo disfrutaba vagando, a veces con mi padre, aunque la mayoría de las veces solo, por los cerros agrestes, secos, peñascosos, ágil a pesar del pie torcido. Mi madre tenía miedo por mí; sobre todo de las peludas tarántulas negras y marrones que te encontrabas a veces, y por las serpientes, incluidas las de cascabel; pero nada de eso me arredraba.

Mi padre era feliz, pero también parecía sumergido en un sueño mientras trabajaba sin descanso en las innumerables tareas, principalmente artísticas, que requería la terminación de nuestra casa. Era un edificio de suntuosa belleza, aunque nuestros vecinos seguían meneando la cabeza con desaprobación y expresando sus dudas sobre su forma hexagonal, su techumbre parcialmente abovedada, sus gruesos muros de ladrillo y hormigón (aunque no armado), y la parte de teja de color brillante y piedra tallada con

motivos florales. «La locura de Fischer», murmuraban, y soltaban una risita. Pero el cetrino Simón Rodia asentía con aprobación cuando nos visitaba. Una vez vino con el abate Kinney en un lujoso coche que conducía un negro con el que parecía tener gran amistad.

Los relieves en piedra de mi padre eran desde luego fantásticos, y hasta algo desconcertantes en cuanto a los motivos y su ubicación. Uno estaba en el suelo del sótano de roca natural, que él había alisado; de vez en cuando me acercaba a verle trabajar en él; los motivos parecían ser plantas del desierto y serpientes, pero, si los examinabas, descubrías que tenían muchos temas marinos también: algas dentadas y ondulantes, anguilas, peces que arrastraban tentáculos, pulpos con brazos dotados de ventosas, y dos ojos gigantes de calamar observando desde un castillo incrustado de corales. Y en medio había esculpido una florida leyenda: «Puerta de los sueños». Todo lo cual me disparaba la imaginación; aunque también me asustaba un poco.

Fue por esta época —1921 más o menos— cuando empezó mi sonambulismo, o en todo caso dio signos de volverse preocupantemente persistente. Varias veces me descubrió mi padre a cierta distancia de la casa, por senderos que solía frecuentar en mis vagabundeos, me cogió en brazos y me devolvió tiritando; porque en verano, a diferencia de Kentucky, las noches al sur de California son sorprendentemente frías. Y más de una vez me encontré acurrucado, dormido todavía, en nuestro sótano, sobre el grotesco bajorrelieve de la «Puerta de los sueños», al que por cierto mi madre había cogido una aversión que procuraba ocultar a mi padre.

Por entonces, también, mis hábitos de sueño empezaron a mostrar otras anomalías, algunas de ellas contradictorias. Aunque era un chico de diez años dinámico y aparentemente sano, por las noches dormía doce horas o más como un pequeñuelo. Sin embargo, a pesar del exagerado número de horas, y de lo que el desasosiego del sonambulismo pudiera hacer pensar, jamás soñaba, o al menos no recordaba haberlo hecho cuando despertaba. Y salvo una notable excepción, así ha sido a lo largo de toda mi vida.

La excepción ocurrió algo más tarde, cuando ya tenía once o doce años: en 1923 más o menos. Recuerdo aquellos pocos sueños (no fueron más que ocho o nueve) con toda intensidad. ¿Y cómo no? Son los únicos que he tenido en mi vida; y desde... Pero no quiero adelantarme. Entonces preferí guardármelos; no les dije nada a mis padres por temor a que se preocuparan, o (¡qué raros son los niños!) los desaprobaran, hasta una última noche.

En esos sueños, me veía a mí mismo caminando por pasadizos y túneles toscamente excavados, o quizá roídos, en la sólida roca. A menudo me daba cuenta de que estaba a gran distancia de la superficie de la tierra, aunque no sé por qué lo sabía, salvo que muchas veces notaba calor y una indescriptible sensación de presión de arriba. Aunque esta última disminuía a veces hasta

desaparecer. Y a veces notaba que había cantidades inmensas de agua encima de mí, aunque no sé por que sospechaba eso, dado que los túneles estaban siempre secos. No obstante, en mis sueños llegué a suponer que tales madrigueras se extendían ilimitadamente por debajo del Pacífico.

En esos corredores no había una clara fuente de iluminación. Mi explicación en el sueño de cómo conseguía verlos era fantástica, aunque bastante ingeniosa: el suelo de los túneles era de un extraño color verdoso y purpúreo. Esto me lo explicaba a mí mismo diciéndome que se debía al reflejo de los rayos cósmicos (de los que se hablaba mucho en la prensa en aquel entonces, y excitaban mi imaginación de adolescente) que penetraban en la corteza rocosa procedentes del espacio exterior. El techo abovedado de los túneles, por otro lado, poseía una luminiscencia azul-anaranjada. Ésta, sabía yo la ocasionaba el reflejo de ciertos rayos desconocidos por la ciencia que atravesaban la roca desde el núcleo comprimido e incandescente de la Tierra.

La misteriosa claridad resultante me revelaba extraños grabados o representaciones incisas que cubrían todas las paredes de los túneles. Recordaban enormemente a motivos marinos y también a seres monstruosos, aunque extrañamente esquematizados, como si fuesen diagramas geométricos de océanos con sus habitantes y de universos enteros de vida extraña. Si pudiera darse forma visual a los sueños de un monstruo de mentalidad supranatural, sería como las formas interminables que veía en las paredes de los túneles. Si los sueños de tal monstruo se materializasen y pudiesen moverse por dichos túneles, darían esa forma a las paredes.

Al principio, en mi sueño, no era consciente de tener cuerpo. En cierto modo, me desplazaba flotando a un ritmo determinado; unas veces deprisa y otras despacio.

Y al principio no veía a nadie en aquellos túneles atormentadores, aunque en todo momento era consciente de un miedo a que pudiera... de un miedo no exento de deseo. Era un sentimiento tan extenuante y turbador que no habría podido ocultarlo al despertar; pero (salvo en una ocasión) nunca me despertaba hasta que el sueño se había desarrollado en su totalidad, y me había quedado temporalmente vacío de sentimientos, por así decir.

En el segundo sueño empecé a ver seres —criaturas— en los túneles; se movían flotando, de la misma manera rítmica y general que yo (o mi punto de vista). Eran gusanos del tamaño de un hombre y del grosor de un muslo humano, cilíndricos, romos. De un extremo al otro, como patas de ciempiés, tenían pares de minúsculas alas traslúcidas como de mosca que vibraban incesantemente produciendo un bordoneo bajo, siniestro, imposible de olvidar. Carecían de ojos: la cabeza era una boca circular bordeada de filas de dientes triangulares como las del tiburón. Aunque ciegos, parecían percibirse unos a otros a corta distancia y sus consiguientes virajes súbitos y violentos

para evitar chocar entre sí me producían un horror especial (era un poco como mi cojera).

En el sueño siguiente tuve conciencia de mi cuerpo onírico. Resumiendo: era también uno de aquellos gusanos alados. El horror que sentí fue indecible, aunque una vez más el sueño duró hasta que decayó su intensidad y pude despertar con sólo el recuerdo del terror, y todavía con fuerzas —pensé— para guardar secreto sobre mis sueños.

En la siguiente vez que tuve el sueño vi tres gusanos alados contorsionándose en un tramo más ancho del túnel donde la sensación de presión desde arriba era mínima. Yo seguía siendo más espectador que partícipe, y flotaba con mi cuerpo de gusano en un pasadizo lateral más estrecho. La lógica del sueño no me daba la explicación de cómo era capaz de ver, ocupando como ocupaba uno de los cuerpos ciegos.

Estaban acosando a una pequeña víctima humana. Sus tres hocicos convergían sobre su cara de manera que la ocultaban. El zumbido siniestro denotaba una ansiedad impaciente y hambrienta, y lo acompañaban de incesantes ruidos de succión.

El cabello rubio, el pijama blanco, y (sobresaliendo por debajo de la pernera derecha) un pie ligeramente consumido y pronunciadamente torcido hacia dentro me revelaron que la víctima era yo.

En ese instante noté que me sacudían violentamente, se diluyó la escena y, a través de ella, me miró desde arriba el rostro horrorizado de mi madre, con el rostro ansioso de mi padre asomando detrás.

Experimenté convulsiones de terror, las piernas me flaqueaban, y seguí gritando y gritando. Tarde literalmente horas en tranquilizarme, y tuvieron que pasar días antes de que mi padre me dejara contar mi pesadilla.

A partir de entonces impuso una norma estricta: nadie debía tratar de despertarme sacudiéndome, por muy agitada que fuera la pesadilla que pareciese que estaba sufriendo. Más tarde supe que en esas ocasiones me observaba con el ceño contraído, reprimiendo su propio impulso de sacarme del sueño y procurando que nadie lo intentase.

Durante varias noches, después, me esforcé en dormir; y como la pesadilla no volvió a repetirse, y otra vez me era imposible recordar lo que soñaba al despertar, recuperé la tranquilidad; y mi vida, dormido o despierto, volvió a discurrir apacible. De hecho, mi sonambulismo se hizo menos frecuente, aunque seguí durmiendo un exagerado número de horas, práctica ahora alentada por la orden de mi padre de que dejaran que me despertara por mí mismo.

Pero desde entonces me he preguntado siempre si esta aparente disminución de mis inconscientes vagabundeos nocturnos no se debían a que alguna parte de mi ser se había vuelto más disimulada y astuta. En cualquier

caso, los hábitos encuentran siempre el medio de sustraerse poco a poco a la observación de los que están alrededor.

A veces, no obstante, sorprendía a mi padre mirándome pensativo, como deseoso de hablar conmigo sobre alguna importante cuestión seria; pero al final reprimía invariablemente ese impulso (si yo lo interpretaba correctamente) y se limitaba a animarme en mis estudios escolares y mis excursiones, a pesar de que éstas no carecían de peligro: probablemente porque estaban exterminando las zarigüeyas y los mapaches, abundaban las serpientes de cascabel en mis senderos favoritos; así que me obligaba llevar botas altas de recio cuero.

Y una o dos veces tuve la impresión de que él y Simón Rodia hablaban en secreto de mí estando este de visita.

En general, mi vida era solitaria, y lo ha seguido siendo hasta hoy. No teníamos vecinos amigos, ni amigos vecinos. Al principio esto se debía al relativo aislamiento de nuestra residencia, y al recelo que inevitablemente despertaban nuestros apellidos alemanes en los años subsiguientes a la Guerra Mundial. Pero la situación siguió siendo la misma cuando empezamos a tener más vecinos, personas más tolerantes. Quizá las cosas habrían sido diferentes si mi padre hubiera vivido más tiempo (su salud era buena, quitando la vista un poco cansada: a veces los colores le bailaban brevemente).

Pero no pudo ser. Un fatal domingo de 1925 decidió acompañarme en uno de mis habituales paseos; y habíamos llegado a uno de mis lugares favoritos, cuando cedió el terreno bajo sus pies y desapareció de mi lado; y su grito sobresaltado se interrumpió súbitamente. Por una vez le abandonó su instinto sobre la constitución del subsuelo. Hubo un rumor apagado de rocas y grava resbalando hacia el fondo, y después silencio. Me acerqué, tumbado boca abajo, al negro agujero bordeado de yerba, y me asomé sobrecogido.

Muy abajo (me pareció), oí a mi padre que gritaba débilmente: «¡Georg! ¡Ve a buscar ayuda!». Su voz sonaba forzada, con un timbre más alto, como si tuviera oprimido el pecho.

—¡Padre! Voy a bajar —grité haciendo bocina con las manos, y metí el pie por el agujero buscando un apoyo, cuando me llegaron sus palabras claras y frenéticas, con un timbre de voz aún más atiplado y forzado, como si le costase mucho coger aire: «¡No bajes, Georg: provocarás una avalancha! ¡Ve a traer ayuda... una cuerda!».

Tras un momento de vacilación, retire la pierna y emprendí el camino de casa con un trotecillo cojitranco. Mi horror aumentaba (o quizá aliviaba un poco) la sensación de drama: a principios de ese año habíamos oído durante semanas por la pequeña radio de galena que yo había construido noticias sobre los largos y emocionantes esfuerzos (finalmente infructuosos) por rescatar a Floyd Collins de la cueva de la Arena próxima a Cave City,

Kentucky, donde había quedado atrapado. Supongo que presagiaba un drama parecido respecto a mi padre.

Providencialmente, se hallaba un joven médico efectuando una visita al contorno, y encabezó el grupo que no tardé en guiar a donde mi padre había desaparecido. Ningún ruido subía del agujero negro, aunque llamamos y llamamos. Y recuerdo que un par de hombres habían empezado a mirarme con recelo, como si me hubiese inventado toda la historia, cuando el esforzado doctor, en contra del consejo de la mayoría, decidió bajar: habían traído una cuerda resistente y una linterna eléctrica.

Tardó bastante en llegar abajo —una profundidad de unos cincuenta pies—, intercambiando voces sin parar con los de arriba mientras lo bajaban, y casi lo mismo en subir. Cuando reapareció, todo sucio de tierra —con grandes manchurroneos anaranjados— fue para decir (me puso significativamente una mano en el hombro, al tiempo que mi madre llegaba presurosa entre dos mujeres) que mi padre había quedado encajado en una angostura, que asomaba poco más de la cabeza, y que estaba muerto, sin que cupiera la más pequeña duda.

En ese instante oímos otro desprendimiento, y se cegó el agujero. Uno de los hombres que estaba junto al borde tuvo el tiempo justo de saltar y ponerse a salvo. Mi madre profirió un alarido, se arrojó sobre la yerba seca que se estremecía, y tuvieron que apartarla también.

En las semanas que siguieron se llegó a la conclusión de que era imposible recuperar el cuerpo de mi padre. Rellenaron lo que quedaba de agujero con sacos de cemento y arena, y lo sellaron. No le permitieron a mi madre erigir ninguna clase de monumento en el lugar; pero a modo de compensación —no entendí la lógica—, el condado de Los Ángeles le concedió unos metros de tierra en otro lugar para cementerio (ahora ella descansa allí). Finalmente se celebró en el lugar un servicio funerario clandestino oficiado por un sacerdote latinoamericano, y Simón Rodia, desafiando la orden, colocó un pequeño monumento Ovoide, hecho con su propio cemento blanco, enormemente resistente, con el nombre de mi padre hermosamente inscrito, y un motivo vagamente acuático o náutico en vidrio craquelado azul y verde. Aún sigue allí.

Tras la muerte de mi padre me volví más introvertido y taciturno que nunca; en cuanto a mi madre, una mujer tímida y tísica, llena de miedos histéricos, no me animaba a ser sociable. De hecho, casi desde que tengo memoria, y desde luego desde el súbito fallecimiento de Anton Fischer, nada ha tenido importancia para mí salvo mis propias meditaciones, esta casa de ladrillo con sus extraños relieves en piedra, y los cerros, esos cerros arenosos, esponjosos, impregnados de sal y tostados por el sol. Tienen demasiada presencia en mi vida pasada: he hollado cojeando sus contornos erosionados,

he recorrido el pie de sus agrietados y traicioneros peñascos de arenisca, y los cauces que surcan sus cañones, secos durante meses. He pensado mucho en los tiempos en que, según creencia de los indios, bajaron seres extraños de las estrellas con la gran lluvia de meteoros, los hombres-lagarto perecieron mientras excavaban frenéticamente buscando agua, y los hombres del océano, de piel escamosa, abrieron túneles y salieron de sus concentraciones bajo el inmenso Pacífico que constituía al oeste un mundo tan vasto como el de las estrellas. Muy pronto concebí una gran pasión por estas bárbaras fantasías. El paisaje físico se me convirtió en esencia misma de mi paisaje mental. Y estoy seguro de que, de alguna manera, he vagado por el uno y el otro en las noches de mis largos, de mis larguísimos sueños, en tanto de día me venían visiones fugaces y horribles de mi padre bajo tierra, muerto-vivo, acompañado por los gusanos alados de mis pesadillas. Más aún, concebí la idea o la quimera de que había una serie de túneles bajo los senderos que yo frecuentaba que corrían paralelos a ellos, aunque a profundidades diversas, y que se acercaban a la superficie en mis «lugares favoritos».

[«La leyenda de Yig», murmuraban las voces. «Los fuegos fatuos violeta, las nebulosas globulares, los canes de Tíndalos y su esencia sucia, la naturaleza de los Doels, el caos irisado, los secuaces de Cutlu...». Me he preparado el desayuno, pero no soy capaz de comer. Estoy sediento y me bebo el café ardiendo de una sola vez].

No repetiría tanto lo de mi sonambulismo y el exagerado número de horas que dormía, tan profundamente que mi madre aseguraba que me abandonaba el espíritu, si no fuera porque ambas cosas tenían relación con una laguna intelectual en la promesa que decían que me había convertido yo en los años anteriores. Es cierto que aproveché bastante en la escuela primaria semirrural a la que asistí, y más tarde en la secundaria suburbana a la que me llevaba un autobús; también es cierto que muy pronto mostré interés por muchas materias y revelé atisbos de excelente lógica y razonamiento discursivo. Lo malo era que no parecía capaz de perseverar en ninguno de esos atisbos y mantener un esfuerzo prolongado. A veces los profesores abrumaban a mi madre con informes sobre mi falta de atención y mi abandono de los deberes, aunque cuando llegaban los exámenes casi invariablemente sacaba buenas notas. Mi interés en otras cuestiones más personales parecía que se agotaba pronto también. Desde luego, carecía por completo de capacidad de concentración. Recuerdo que muchas veces me sentaba ante un libro o un texto predilecto, y me descubría minutos u horas más tarde pasando páginas muchísimo más adelante de lo último que recordaba haber leído. A veces sólo el recuerdo de las exhortaciones de mi padre a que estudiase, a que aprovechase lo más posible, me hacían seguir.

Quizá penséis que no vale la pena que hable de esto. No es raro que un

niño solitario y protegido revele apatía y falta de energía intelectual; no es raro que un niño así se vuelva abúlico e indeciso; no, desde luego: sólo es digno de lástima y de reproche. Yo me reprochaba a mí mismo tener conciencia de esas aptitudes, porque como mi padre me había alentado, sentía que tenía dentro de mí una fuerza y unas capacidades, aunque inhibidas en cierto modo. Pero es verdad que hay mucha gente dotada de potencialidades que no es capaz de liberar. Sólo los acontecimientos posteriores me han hecho ver que había algo importante en estos fallos míos.

Mi madre siguió al pie de la letra las instrucciones de mi padre en lo referente a mi educación superior, cosa de la que me he enterado hace poco. Al terminar mis estudios secundarios me envió a una venerable institución del este no tan famosa como la de la Ivy League, aunque de la misma categoría: la Miskatonic University, situada junto al sinuoso río de ese nombre, dentro de esa antigua ciudad de Arkham de tejados a la holandesa, de avenidas sombreadas de olmos y silenciosa como el paso del familiar de una bruja. Mi padre había oído hablar por primera vez de esa universidad a un cliente, un tal Harley Warren, para el que había realizado un trabajo de prospección en un cementerio cercano a un terreno pantanoso cubierto de cipreses; y los elogios que este hombre prodigó a la Miskatonic se le quedaron grabados en la memoria. Mi expediente académico no me lo permitía (me faltaba cierta puntuación), pero —para gran sorpresa de todos mis anteriores profesores— logré aprobar un difícil examen de ingreso en el que se exigían, como el de Dartmouth, conocimientos de latín y griego. Pero yo contaba con una imaginativa, una frenética penetración intuitiva. Y no soportaba la idea de defraudar las esperanzas que mi padre había puesto en mí.

Desgraciadamente, fueron inútiles mis esfuerzos. Antes de acabar el primer curso tuve que regresar al sur de California física y psíquicamente agotado por una serie de depresiones, nostalgia, decaimiento (anemia), un aumento de las horas de sueño, y una casi increíble reaparición del sonambulismo que más de una vez me llevó hasta los montes desérticos al oeste de Arkham. Traté de resistir durante lo que me pareció que era mucho tiempo; pero los médicos de la universidad, tras unos accesos especialmente severos, me aconsejaron que regresara a casa. Estoy convencido de que creían que no llegaría a ser un muchacho con una salud normal, y de que les inspiraba más lástima que simpatía. No es alentador ver a un joven atormentado por sentimientos y anhelos propios de un niño medroso.

Y pareció que tenían razón (aunque ahora sé que estaban equivocados); porque daba la impresión de que mi enfermedad no era nada más que nostalgia. Volví con mi madre, a nuestra casa de ladrillo, con una inmensa sensación de alivio, y cada habitación que recorría de nuevo me transmitía más seguridad; incluso —o, quizá, sobre todo— el sótano, con su suelo de



sólida roca, las herramientas y productos químicos (ácidos, etc.) de mi padre, y los relieves de motivos marinos, con la inscripción esculpida en el suelo de roca: «Puerta de los sueños». Era como si todo el tiempo que estuve en la Miskatonic hubiese tenido un cordón invisible tirando de mí, y ahora hubiera aflojado por completo su tensión.

[Esas voces tienen un alcance continental, desde luego: «Las sales esenciales, el templo de Dagon, la frágil y contorsionada monstruosidad gris, el pandemónium de flautas atormentadas, las torres de Rulay incrustadas de coral...].

Los cerros me ayudaron tanto como mi hogar. Durante un mes los estuve recorriendo a diario, pateando los viejos y familiares senderos entre la maleza reseca y marrón, con el cerebro lleno de viejas historias y retazos de fantasías infantiles. Creo que fue entonces, a mi regreso, cuando llegué a comprender de verdad cuánto (y *qué*) significaban para mí estos cerros. Desde el monte Waterman y el enhiesto Wilson con su gran observatorio y reflector de cien pulgadas hasta el cavernoso cañón de Tujunga con sus múltiples ramales hasta las tierras llanas y después a través de las chafadas colinas de Verdugo y las más cercanas con el Observatorio de Griffith y sus pequeños telescopios, hasta los cañones siniestros y casi inaccesibles de Potrero y el enorme y sinuoso cañón de Topanga que se abre con una brusquedad de cataclismo al monstruoso y primordial Pacífico... todos ellos (los cerros), salvo pocas excepciones, arenosos, hendidos y traicioneros, con la tierra como roca y la roca como tierra reseca, podrida, inconsistente, porosa: todos ejercían tal influjo en mí (oyente apocado e inválido) que rayaba en lo obsesivo. Y a decir verdad, ahora se me manifestaban cada vez más síntomas de obsesión: prefería unos senderos a otros sin un motivo claro y había lugares por los que no podía pasar sin demorarme unos momentos en ellos. Se me hizo más fuerte que nunca mi fantasía o idea de que había túneles debajo de los senderos, de que los recorrían seres que atraían a las serpientes venenosas del mundo exterior porque eran semejantes a ellas. ¿Acaso subyacía alguna clase de realidad en las pesadillas de mi infancia? Me aterraba la posibilidad de tal quimera.

De todo esto, como digo, me di cuenta durante el mes siguiente a mi fracasado regreso del este. Y al final de ese mes decidí vencer mi obsesión, mi morbosa nostalgia, y todas las sutiles debilidades y barreras interiores que me impedían ser el hombre que mi padre había soñado. Había comprendido que una separación radical como la que mi padre había planeado para mí (enviándome a la Miskatonic) no daba resultado; así que decidí solucionar mis problemas sin huir. Seguiría estudiando en la cercana UCLA (la Universidad de Los Ángeles de California). Fortalecería el cuerpo y el intelecto haciendo ejercicio y estudiando. Recuerdo que mi determinación era tajante. Hay una

gran ironía en esto; porque este plan, aparentemente lógico, era el camino más seguro de quedar psicológicamente atrapado.

Durante bastante tiempo, sin embargo, me pareció que mejoraba. Con ejercicio físico sistemático, una dieta más controlada, y descanso (todavía mis doce horas de sueño), me sentí más fuerte que nunca. Y se me disiparon por completo las preocupaciones que me habían atormentado en el este. Ya no me despertaba temblando de mi sonambulismo sin sueños. Efectivamente, según podía constatar, esta vida metódica había resultado beneficiosa. Y en la universidad, de la que volvía a casa por la noche, hacía constantes progresos. Fue entonces cuando empecé a escribir esos poemas imaginativos y pesimistas teñidos de especulación metafísica que me han granjeado la atención de un pequeño círculo de lectores. Especialmente les entusiasmaba una curiosa selección de poemas que me había traído de la sombría Arkham, un librito que había comprado en una polvorienta librería de viejo de esa ciudad, titulado *Azathoth y otros horrores*, de un tal Edward Pickman Derby, un poeta local.

Ahora sé que mis empeñados esfuerzos durante los años de universidad fueron falaces en gran medida. Porque la nueva orientación que había dado a mi vida me condujo a situaciones inéditas para mí que (aunque me retenían en casa) tomaba como de enorme progreso. Así lo creí durante toda mi etapa universitaria. El que no pudiera estudiar en profundidad ninguna materia, el que no fuera capaz de emprender nada que requiriese un esfuerzo prolongado, me lo explicaba diciéndome que lo que estaba haciendo era «prepararme», «entrenarme intelectualmente» para un gran esfuerzo futuro. Durante varios años conseguí ocultarme a mí mismo el hecho de que sólo podía llamar mía una décima parte de mis energías, mientras que el resto estaban siendo desviadas por sólo los poderes que existen saben qué canales interiores.

[Creía que sabía qué libros estaba estudiando, pero ahora las voces dicen: «Las runas de Nug-Soth, la clavícula de Nyarlathotep, las letanías de Lomar, las meditaciones seculares de Pierre-Louis Montagny, el *Necronomicón*, los cánticos de Crom-Ya, las visiones de Yiang-Li...».

Fuera es mediodía, o pasado, pero la casa está fría. He podido comer un poco y hacerme más café. He estado en el sótano, revisando las herramientas y las cosas de mi padre: su almadena, sus garrafas de ácido, etc., y echando una ojeada a la «Puerta de los sueños», pisándola suavemente. Encima de ella las voces se vuelven más fuertes].

Basta decir que durante mis seis años universitarios y «poéticos» (no pude con todas las asignaturas de los cursos) no viví como un hombre, sino como una parte de hombre. Poco a poco había ido renunciando a mis grandes ambiciones y me había conformado con llevar una vida en miniatura. Pasaba el tiempo asistiendo a las clases fáciles, escribiendo fragmentos de prosa y

algún que otro poema, cuidando de mi madre (que salvo las preocupaciones por mí no era nada exigente) y de la casa (tan bien construida que no necesitaba ningún cuidado), vagando casi abstraídamente por los cerros, y durmiendo un número prodigioso de horas. Yo no tenía amigos. En realidad, ni mi madre ni yo los teníamos. El abate Kinney había muerto y Los Ángeles le había robado su Venecia. Simón Rodia había dejado de visitarnos, ocupado como estaba ahora en un edificio grande que estaba construyendo él solo. Una vez, por insistencia de mi madre, fui a verle a Watts, un asentamiento de modestos bungalows engalanados con flores y empequeñecidos por las torres que se alzan detrás como un sueño persa verdeazul. Le costó recordar quién era yo; después me observó con extrañeza mientras trabajaba. El dinero que mi padre había dejado (en dólares de plata) era suficiente para mi madre y para mí. En resumen, acabé por resignarme, sin ningún sentimiento de frustración.

Fue muy fácil para mí, dado que cada vez estaba más embebido en las doctrinas de hombres como Oswald Spengler, que cree que la cultura y la civilización funcionan por ciclos y que nuestro faustiano mundo occidental, con todo su sueño grandioso de progreso científico, está dirigido por una barbarie que lo hundirá indefectiblemente, como hundieron los godos, los vándalos, los escitas y los hunos la poderosa Roma y su más longeva hermana Bizancio. Mientras contemplaba desde lo alto de mis cerros la hirviente ciudad de Los Ángeles en perpetua construcción, pensaba con placer en los días futuros en que pequeñas hordas de bárbaros, fanfarrones y desaliñados, anduvieran por las calzadas de asfalto abombado y lleno de baches y consideraran sus ruinosos edificios de múltiples funciones como «cabañas»; cuando el Planetario de Griffith Park, románticamente erigido y firmemente murado, fuera fortaleza de algún pequeño dictador; cuando la industria y la ciencia hubieran desaparecido y todas sus máquinas e instrumentos se hubieran estropeado y oxidado y nadie recordará su uso... y todas nuestras obras se hubieran olvidado tan completamente como las de la desaparecida civilización de Mu en el Pacífico, cuyos únicos vestigios hoy son las ciudades Nan Matol y Rapa Nui, y la isla de Pascua.

Pero ¿de dónde me venían realmente estas ideas? No entera ni principalmente de Spengler. Estoy seguro. No. Mucho me temo que tenían un origen más profundo.

Sin embargo, así lo creía yo, y ésas eran las ideas que me apartaban de las actividades y las metas tentadoras de nuestro mundo mercantil. Lo veía todo en términos de transciencia, de decadencia, de descomposición... como si los tiempos estuviesen tan podridos y desintegrados como los cerros que frecuentaba.

Ésa era mi convicción; no que yo estuviera enfermo. No; mi salud era

mejor que nunca y no me sentía aburrido ni descontento. Bueno, a veces me reprochaba a mí mismo no haber logrado hacer realidad la promesa que mi padre había visto en mí; pero en general yo estaba extrañamente contento. Tenía una misteriosa sensación de poder y de autosatisfacción, como si fuese un hombre entregado a alguna empresa absorbente. Ya conocéis la inefable complacencia y la honda satisfacción que se experimenta después de un día de trabajo intenso y fructífero. Así es como me sentía yo casi todo el tiempo, día sí y día no. Y me tomaba esa felicidad como un don de los dioses. No se me ocurría preguntarme: «¿Qué dioses? ¿Los del cielo... o los del submundo?».

Incluso mi madre era más feliz, con la enfermedad detenida, y su hijo dedicado a ella y llevando una vida ocupada (a muy pequeña escala), y no haciendo nada que la preocupase más allá de los ocasionales vagabundeos por los cerros infestados de serpientes.

La suerte nos sonreía. Nuestra casa de ladrillo resistió sin sufrir ningún daño el fuerte terremoto que sacudió Long Beach el 10 de marzo de 1933. Los que aún la llamaban «La locura de Fischer» estaban estupefactos.

El año pasado (1936) recibí de la UCLA el título de licenciado en Literatura Inglesa, con un diploma en Historia. Mi madre asistió orgullosa a la ceremonia; y un mes o así más tarde se puso tan infantilmente contenta como yo cuando llegaron los primeros ejemplares encuadernados de mi librito de versos, *El tunelador de abajo*, publicado por mi propia cuenta. Y movido por la arrogancia y la fatuidad de autor, no sólo envié varios ejemplares para su recensión, sino que también done dos a la biblioteca de la UCLA y otros dos a la Miskatonic. En la carta de envío al erudito doctor Henry Armitage, bibliotecario de esa institución, mencionaba no sólo mi breve asistencia allí, sino también mi inspiración en un poeta de Arkham. También le contaba un poco las circunstancias de cómo había compuesto los poemas.

Hice un comentario jocoso a mi madre acerca de este último gesto expansivo mío. Pero ella sabía cuán profundamente sentía yo mi fracaso en la Miskatonic y cómo deseaba reivindicar mi reputación allí; así que cuando, unas semanas después, me llegó una carta con el sello de Arkham, se dirigió apresuradamente a los cerros, en contra de su costumbre, a llevármela, ya que yo había salido a dar uno de mis paseos.

Desde donde me encontraba, la oí a duras penas; sin embargo reconocí sus gritos angustiados. Regresé corriendo, con mi exasperante cojera. En el mismo sitio donde había muerto mi padre, la encontré retorciéndose en el suelo reseco, gritando aún, y cerca de ella, agitándose, una joven serpiente de cascabel que la había mordido en la pantorrilla, que ya empezaba a hinchársele.

Maté el horrible bicho con el bastón que llevaba; a continuación le hice a mi madre un torniquete con el pañuelo, le chupé la mordedura, y le inyecté un

antídoto del equipo que siempre llevo conmigo en los paseos.

Todo fue inútil. Murió dos días más tarde en el hospital. Nuevamente viví horas de conmoción y abatimiento, y tuve que afrontar la penosa tarea del funeral (al menos poseíamos ya un lugar de enterramiento). Esta vez fue una ceremonia más convencional; pero esta vez estuve completamente solo. Tuvo que pasar una semana antes de que me sintiera con ánimos para abrir la carta que mi madre había querido llevarme. Al fin y al cabo, había sido la causa de su muerte. Estuve a punto de romperla sin abrir. Pero una vez que acepté la situación, me fui sintiendo más interesado, incrédulamente perplejo... y hasta asustado. Hela aquí íntegramente:

C/ Saltonstall, 118  
Arkham, Massachusetts  
12 de agosto de 1936

Sr. Georg Reuter Fischer  
«La Buitrera»,  
Hollywood, California

Distinguido señor:

El doctor Henry Armitage me ha permitido leer su libro *El tunelador de abajo* antes de hacerle la ficha y ponerlo a disposición de los lectores de la biblioteca de esta universidad. ¿Le permite a alguien que sirve sólo en el patio exterior del templo de las musas, y sobre todo fuera de los santuarios de Polihimnia y de Erato, expresar el más sincero elogio de su talento creador? ¿Y transmitirle respetuosamente la misma admiración del profesor Wingate Peaslee, de nuestro Departamento de Psicología, y del doctor Francis Morgan, de Medicina y Anatomía comparada, quienes comparten mi especial interés y el del propio doctor Armitage? «Profundidades verdes», en particular, es un poema notablemente bien construido y profundamente emotivo.

Soy profesor auxiliar de literatura de Miskatonic y entusiasta del folclore de Nueva Inglaterra y otras regiones. Si la memoria no me engaña, usted estuvo en mi clase de literatura inglesa de primero hace seis años. Sentí entonces que su estado de salud le obligara a dejar los estudios, y me alegro ahora de tener ante mis ojos la prueba evidente de que ha superado por completo sus dificultades. ¡Enhorabuena!

Y ahora, si me permite, paso a una cuestión muy diferente, y no obstante periféricamente relacionada con su obra poética: la Miskatonic tiene actualmente en marcha una investigación interdisciplinar en el área del folclore, el lenguaje y los sueños, y un estudio del vocabulario del inconsciente colectivo, particularmente del que encuentra expresión en la poesía. Los tres profesores que digo se hallan entre los

más comprometidos con esta empresa, junto a personalidades académicas de la Brown University de Providence, Rhode Island, que han retomado la labor pionera del difunto profesor George Gammell Angell, a los que me cabe el honor de prestar a veces mi colaboración. Son ellos los que me han rogado que solicite su ayuda en este terreno, que podría ser de mucha importancia para nosotros. Se trataría tan sólo de responder a unas preguntas sobre aspectos accidentales de sus textos; de ningún modo cuestionarán su esencia, ni le robarán un tiempo excesivo. Como es natural, cualquier información que usted decida confiarnos se considerará estrictamente reservada.

Permítame señalarle concretamente dos versos de «Profundidades verdes»:

*Dentro de las torres de Rulay  
la Inteligencia crece cubierta de corales.*

Al escribir dicho poema, ¿se le ocurrió la posibilidad de una ortografía más excéntrica respecto a ese nombre (¿presumiblemente inventado?) del primer verso? ¿Por ejemplo, «R'lyeh»? Y tres versos más arriba, ¿tuvo en cuenta la opción de escribir «Nath» (¿inventado también?) con otra inicial; por ejemplo «P», o sea «Pnath»?

Y en el mismo poema:

*Sueña el dragón rampante con Cathay  
mientras Cutlu duerme en la Rulay profunda.*

Este nombre, «Cutlu» (¿también inventado?), es de especialísimo interés para nosotros. ¿Tiene Vd. alguna dificultad fonética que le impida escoger letras que representen los sonidos que ha pensado? ¿Quizá ha querido simplificar en interés de la claridad poética? ¿Alguna vez se le ha ocurrido «Cthulhu»?

(Como puede ver, estamos descubriendo que el lenguaje del inconsciente colectivo es casi cacofónicamente gutural y sibilante. Es como carraspear y escupir; como el alemán).

También, hay un cuarteto en su impresionante poema «Tumbas marinas»:

*En las fosas más profundas, sus agujas se alzan  
con una luz del hombre conocida;  
sólo los gusanos amados recorren avenidas  
entre la superficie diurna y esa bóveda bajo las aguas.*

¿No contiene erratas, o algo equivalente? Concretamente en el segundo verso, ¿no debería decir «desconocida»? (Y otra cosa: ¿podríamos decir que la luz en la que Vd. estaba pensando era azul-anaranjada o verde-purpúrea, o ambas cosas a la vez? Y en

el verso siguiente: ¿qué le parece «alados» en vez de «amados»?

Por último, respecto a «Tumbas marinas», y también al poema que da título al libro: el profesor Peaslee tiene una pregunta que él califica de «peregrina» sobre los túneles subterráneos y submarinos que Vd. evoca. ¿Se le ha ocurrido alguna vez la fantasía de que tales túneles podrían existir realmente en la región en la que Vd. escribió ese poema? Las colinas de Hollywood y las montañas de Santa Mónica se hallan cerca del Pacífico. ¿Quizá ha frecuentado los senderos que corren paralelos a esos túneles fantásticos? ¿Y ha observado por casualidad (perdone lo extraño de la pregunta), ha observado un número inusitado de serpientes venenosas en esos senderos: de cascabel, imagino (en nuestra región serían víboras; y en el sur, mocasines de agua y serpientes coral)? ¡Si es así, vaya con mucho cuidado!

Puede que le interese saber que si por alguna extraña coincidencia existiesen esos túneles, sería posible comprobarlo de manera científica sin necesidad de efectuar ninguna excavación ni perforación (ni tratar de descubrir alguna posible abertura). ¡Incluso el vacío —o sea, la nada— deja huellas! Dos de los profesores que forman parte del programa interdisciplinar a que me he referido han diseñado un aparato portátil a tal propósito y lo han llamado geoescáner magneto-óptico (seguro que, como poeta, este término debe de parecerle un tecnicismo de lo más prosaico y bárbaro, pero ya sabe cómo son los científicos). Es sorprendente, ¿verdad?, pensar que una investigación sobre los sueños tenga derivaciones geológicas. El ingenioso pero mal bautizado aparato es una versión simplificada de otro que ya ha descubierto dos nuevos elementos.

Tengo el propósito de realizar un viaje al oeste el año próximo a fin de entrevistarme con una persona de San Diego, Harry Wentworth Akeley, hijo del solitario erudito cuyas investigaciones fueron el origen de nuestro programa interdisciplinar (otro pionero, por extraño que parezca, fue el poeta local, desgraciadamente desaparecido, al que Vd. rinde tan generoso homenaje). Iré en mi coche deportivo británico, un pequeño Austin. Confieso que soy un entusiasta del automóvil, ¡incluso un loco de la velocidad!, aunque sé que esto no concuerda muy bien con un profesor auxiliar de Literatura Inglesa. Me encantaría aprovechar la ocasión para saludarle personalmente, si Vd. no lo considera una impertinencia. ¡Llevaría conmigo un geoescáner a fin de tratar de detectar algún hipotético túnel!

Pero quizá me estoy adelantando, y excediéndome en mis planes. Le pido disculpas. En todo caso le agradeceré cualquier atención que tenga a bien conceder a esta carta, y a las preguntas que me tomo la libertad de formularle.

Una vez más reitero mi felicitación por su libro, *El tunelador de abajo*.

Le saluda cordialmente,

Albert N. Wilmarth

Me es imposible describir de una vez las emociones que me embargaron al

terminar de leer esta carta. Sólo puedo hacerlo por pasos. Para empezar, me sentí halagado y satisfecho, incluso intensamente turbado, por este elogio aparentemente sincero de mis versos (¿cómo no iba a sentirse así un joven poeta?). Y que un psicólogo y un viejo bibliotecario (¡incluso un profesor de Anatomía!) los admiraran también, era casi demasiado.

En cuanto citó la clase de primero de inglés descubrí que guardaba un vivo recuerdo de él. Aunque había olvidado su nombre en el transcurso de los años, me volvió como un fucilazo tan pronto como miré el final de la carta y lo comprobé. Por entonces era sólo auxiliar de prácticas, un joven alto, cadavéricamente flaco, siempre moviéndose con nerviosa rapidez, y cargado de hombros. Tenía la mandíbula pronunciada y la tez pálida, con unas ojeras que le daban un aspecto febril, como si estuviese constantemente bajo una tensión a la que nunca aludía. Tenía la costumbre de sacarse un cuadernito y tomar notas sin parar de disertar con soltura, incluso con brillantez. Parecía pozo de sabiduría, y había contribuido no poco a estimular y ahondar mi interés por la poesía. Incluso recuerdo su coche; los estudiantes solían hacer chistes sobre él con envidia mal disimulada. En esa época tenía un Ford modelo T que siempre conducía a gran velocidad por los alrededores del campus universitario, tomando muy cerradas las curvas.

El programa de investigación interdisciplinar al que hacía referencia sonaba impresionante, incluso emocionante, pero sobre todo convincente (yo estaba descubriendo entonces a Jung y también la semántica); y ser invitado tan amablemente a participar en él... me hizo sentirme doblemente halagado. De no haber estado solo mientras lo leía, me habría puesto colorado.

Y a continuación me vino una idea que me hizo parar en seco y casi volverme irritado contra todo este asunto: la sospecha de que el objetivo de ese programa no fuera el confesado, de que fuera (la presencia en él de un psicólogo y de un médico la avalaba) un estudio de los delirios de personas fantasiosas y chifladas... no tanto las visiones interiores del poeta como su psicopatología.

Pero era tan amable y razonable que... No, me estaba volviendo paranoico, me dije a mí mismo. Además, en cuanto pasé a los detalles de sus preguntas, la reacción que me invadió fue completamente distinta: de perplejidad... y de *temor*.

Para estar en los inicios su investigación eran tan asombrosamente atinadas sus sospechas (¿qué otra cosa podían ser?, me pregunté con inquietud) sobre esos nombres imaginarios que me hicieron dar un respingo. Al principio me había salido escribir «R'lyeh» y «Pnath»; o sea, exactamente como él sugería; aunque naturalmente la memoria puede ser engañosa en cosas así.

Y luego estaba ese Cthulhu: nada más escribirlo de esta manera me produjo un escalofrío, a tal punto transmitía el grito o cántico áspero, inhumano y profundamente bajo que yo había imaginado que brotaba de negros e insondables abismos; finalmente lo cambié por «Cutlu», inseguro, pero por temor a que si daba una transcripción más compleja pudiera parecer afectado (y verdaderamente es imposible



ajustar los ritmos internos de vocablos como «Cthulhu» en poesía inglesa).

Y después, descubrir que había localizado esas dos erratas, porque eso es lo que eran. La primera se me había escapado. La segunda («amado» por «alado») la había visto, pero no la había corregido por dejadez, con la sensación repentina de que habría perpetuado algo excesivamente fantástico al plasmar una pesadilla de mi vida (un gusano con alas) en un poema.

Y más aún, ¿cómo, en nombre de cuanto hay maravilloso, podía él describir los colores extramundanos que yo sólo había soñado y jamás había trasladado a un poema? ¡Y utilizaba exactamente los mismos términos que yo para describirlos! Empecé a pensar que el proyecto de investigación interdisciplinar de la Miskatonic había hecho sin duda descubrimientos trascendentales sobre los sueños y la actividad onírica e imaginativa humana en general, suficientes para convertir a sus eruditos en brujos y confundir a Adler, a Freud e incluso a Jung.

Al llegar a este punto de la carta pensé que mi corresponsal me había dejado tocado; pero en el siguiente párrafo abrió un pozo de horror aún más profundo, y alarmantemente cercano a la realidad diaria. Era verdaderamente asombroso que pudiera saber, o inferir de alguna manera, todo lo relativo a mis senderos de las colinas, y mis divagaciones sobre ellos y los túneles que imaginaba que corrían paralelos bajo tierra... y que me preguntase, e incluso me previniese, sobre las serpientes venenosas. Que se hablase de ellas en la misma carta que mi madre me llevaba sin abrir cuando murió a causa de una mordedura, verdaderamente, hizo por un momento que me preguntase si me estaba volviendo loco.

Y cuando por último, pese a sus adjetivos «quimérico», «peregrino», «hipotético» y a sus agudezas de profesor de Literatura Inglesa, hablaba como si mis imaginados túneles fuesen reales, y de un aparato científico que lo probaría... En fin, cuando terminé de leer la carta me quedé como si fuera a presentarse de un momento a otro, como si fuera a aparecer a toda velocidad por nuestro camino de entrada con un chirrido de ruedas y frenos, en su modelo T (no, en su Austin), y detenerse en medio de una nube de polvo ante la puerta, ¡con el geoescáner en el asiento del acompañante como un grueso telescopio enfocado hacia abajo!

Sin embargo, hablaba de todo esto en un tono condenadamente trivial. Así que, sencillamente, no sabía que pensar.

[Acabo de estar otra vez abajo en el sótano, echando una ojeada a todo. Esto que escribo me desasosiega y me pone horriblemente nervioso. He salido a la puerta de la casa, y he visto una serpiente de cascabel cruzando el camino al sol sesgado de poniente. Una prueba más, si es que necesitaba alguna, de lo que temo que sea realidad. ¿O espero? En todo caso la he matado. Las voces repiten; «Mundos seminacidos, orbes extraños, agitación en la negrura, formas encapuchadas, nocturnas profundidades, torbellinos irisados, brumas púrpura...»].

Un poco calmado al día siguiente, escribí a Wilmarth una larga carta confirmando todas sus suposiciones, confesando mi absoluto asombro al respecto, y pidiéndole

que me explicase cómo había llegado a ellas. Me ofrecí a colaborar en el proyecto interdisciplinar en lo que fuera, e invitándole a mi casa cuando visitase el Oeste. Le hice un breve resumen de mi vida y la anomalía de mi sueño, y le mencioné la muerte de mi madre. Experimenté una extraña sensación de irrealidad al enviar la carta, y me puse a esperar su respuesta con una mezcla de impaciencia y de morosa (y también recuperada) incredulidad.

Cuando llegó, bastante abultada, reavivó todas mis anteriores emociones, aunque no satisfizo en absoluto mi curiosidad. En ella persistía en hablar de las deducciones que sus colegas extraían de las palabras escogidas por mí, y de mis sueños y en considerar mis fantasías atinadas conjeturas, aunque se extendía en el proyecto lo suficiente como para mantener mi curiosidad en efervescencia; sobre todo en lo referente a su descubrimiento de oscuros vínculos entre la vida de la imaginación y los hallazgos arqueológicos en lugares remotos. Parecía suscitarle especial interés el hecho de que yo no tuviera sueños, y de que durmiera tantas horas. Se deshacía en agradecimientos por mi cooperación y mi invitación, prometiendo incluirme en su itinerario cuando llegara. A continuación pasaba a hacerme un montón de preguntas más.

Los meses siguientes fueron muy extraños. Yo continuaba haciendo una vida normal, si la puedo calificar así, con mis lecturas, estudios y visitas a la biblioteca, incluso escribiendo poesía de vez en cuando. Y continuaba dando paseos por las colinas, aunque con mucha precaución. A veces me detenía a observar la tierra seca bajo mis pies como esperando descubrir el contorno de una trampa. A veces me consumía un súbito y apasionado sentimiento de dolor y de culpa, al pensar en mi padre encerrado allí debajo, y también por la horrible muerte de mi madre. Sentía que, de alguna manera, debía reunirme con ellos a toda costa.

Y sin embargo, al mismo tiempo, vivía para las cartas de Wilmarth, y para el asombro, la especulación fantástica y el terror —aunque un terror casi delicioso— que despertaban en mí. Me hablaba de toda clase de cosas, además del proyecto: de mi poesía y mis nuevas lecturas e ideas (en esto ejercía de mentor profesoral de vez en cuando), sobre lo que ocurría en el mundo, sobre el tiempo, la astronomía, los submarinos, sus gatos, la Facultad de Ciencias Políticas de la Miskatonic, sobre el ayuntamiento de Arkham, sobre sus clases y las exploraciones que había hecho por esa región. Lo hacía todo de lo más interesante. Era evidentemente un amante del género epistolar; y por su influencia, me aficioné yo también.

Pero sobre todo, como es natural, me sentía fascinado por lo que me confiaba de tiempo en tiempo sobre el proyecto. Me contó detalles asombrosos de la expedición a la Antártida de la Miskatonic en 1930-31, con sus cinco grandes aeroplanos Dornier, y sobre la en cierto modo frustrada del año anterior a Australia, en la que habían participado el psicólogo Peaslee y su padre, economista en otro tiempo. Yo recordaba haber leído algo en los periódicos sobre ambas expediciones, aunque las noticias eran extrañamente fragmentarias y poco satisfactorias; casi como si la prensa estuviera

predispuesta contra la Universidad de Miskatonic.

Daba la impresión de que a Wilmarth le habría gustado enormemente haber formado parte de esas expediciones y que guardaba cierto resentimiento por no haber podido (o porque no le habían dejado); aunque ocultaba paladinamente su frustración. Más de una vez se refirió a su «desdichada fragilidad de nervios», su sensibilidad al frío, sus intensos ataques de jaqueca, y sus «periodos de mala salud» que le hacían guardar cama algunos días. Y a veces hablaba con melancólica admiración de la prodigiosa energía y constitución de varios colegas suyos, como los profesores Atwood y Pabodie, inventores del geoescáner, el doctor Morgan, gran aficionado a la caza mayor, e incluso el octogenario Armitage.

A veces tardaba en contestar (lo que siempre me llenaba de impaciencia y desasosiego), casi siempre porque se ausentaba más tiempo del previsto en sus viajes. Uno de éstos fue a Providence, para conferenciar con unos colegas y ayudar a investigar la muerte en misteriosas circunstancias (entre ellas un rayo inexplicable) de Robert Blake, poeta como yo, autor de relatos y pintor, cuya obra había aportado bastante material al proyecto.

Justo después de su visita a Providence, y con una extraña especie de cautela y renuencia, me refirió su visita a un colega de salud quebradiza que residía allí, un tal Howard Phillips Lovecraft, quien había novelado (aunque de manera sensacionalista, me advertía Wilmarth) determinados escándalos ocurridos en Arkham, así como ciertas investigaciones y actividades llevadas a cabo por la Miskatonic. Algunos de estos relatos había conseguido publicarlos en revistas baratas, particularmente en una titulada *Weird Tales* («Seguro que le arrancará la tapa si un día decide comprar un ejemplar», me aseguró). Recordé haber visto esa revista en los kioscos del centro de Hollywood y en Westwood. No me habían parecido de mal gusto las cubiertas. La mayoría de las mujeres desnudas que aparecían en ellas, realizadas por alguna artista sentimental, eran pasteles decorosamente suaves en posturas sólo pícaramente atrevidas. Otras, ejecutadas por un tal Senf, eran de una artesanía florida que me recordaba bastante los motivos florales tallados por mi padre.

Pero como es natural, después frecuente las librerías de viejo en busca de números de revistas (de *Weird Tales* sobre todo) que contuvieran relatos de Lovecraft. Hasta que encontré unos cuantos y los leí; uno de ellos era «La llamada de Cthulhu», nada menos. Confieso que me produjo una impresión tremenda volver a ver este nombre en letra impresa, y en circunstancias tan singulares. Sinceramente, mi sentido de la realidad se tambaleó. Y si lo que Lovecraft contaba con extraña dignidad y fuerza contenía algo de verdad, entonces Cthulhu era real, y se trataba de un monstruo extraterrestre de otra dimensión que soñaba aletargado en una metrópoli sumergida en el Pacífico y enviaba mensajes mentales (y quién sabía si practicaba túneles) a todas las partes del mundo. En otro relato, «El que susurra en la oscuridad», Albert N. Wilmarth era un personaje destacado; y también mencionaba a Akeley.

Todo era terriblemente desconcertante y turbador. De no haber asistido a la Miskatonic y haber vivido en Arkham, habría creído que eran proyecciones de escritor.

Como podéis imaginar, seguí recorriendo librerías polvorientas y bombardeando a Wilmarth con preguntas frenéticas. Sus respuestas eran invariablemente contemporizadoras y apaciguadoras. Sí, temía que me pusiese demasiado excitado, aunque no resistía la tentación de hablarme de esos relatos. A menudo Lovecraft cargaba las tintas demasiado. Lo comprendí todo mucho mejor cuando pudimos hablar, y me lo explicó personalmente. En realidad, Lovecraft poseía una imaginación verdaderamente prodigiosa, y a veces se le disparaba. No, la Miskatonic jamás había tratado de ocultar los sucesos ni de emprender una acción legal, por temor a una menos deseable publicidad... y porque los integrantes del proyecto estaban convencidos de que estas historias podían ser una buena preparación para el mundo si se confirmaban algunas de sus estremecedoras hipótesis. Lovecraft era una persona realmente encantadora y bienintencionada, aunque a veces iba demasiado lejos. Etcétera, etcétera.

Verdaderamente, no creo que hubiera podido contenerme, si no llega a ser porque, ahora ya en 1937, Wilmarth me anunció que al fin emprendía su viaje al Oeste. Había hecho una revisión completa al Austin y lo había llenado «hasta los topes» de equipaje, junto con el geoscáner, montones de libros y papeles, y una porción de otros instrumentos y materiales, incluido un brebaje que Morgan acababa de preparar, «inductor del sueño, que según dice puede facilitar la percepción extrasensorial. Incluso puede hacer soñar, si uno acepta ingerir una dosis experimental».

Mientras estuviera ausente de Saltonstall, 118, el piso quedaría todo para sus gatos, de los que su preferido era *Aborígen*. De ellos se ocuparía un buen amigo llamado Danforth, quien por cierto había pasado los últimos cinco años en un sanatorio psiquiátrico, recuperándose de su horrible experiencia antártica en las Montañas de la Locura.

No le hacía gracia a Wilmarth emprender un viaje en estos momentos, me decía; sobre todo porque le preocupaba la salud languideciente de Lovecraft. ¡Pero se había puesto en camino!

Las semanas siguientes (que se alargaron a dos meses) fueron para mí de especial nerviosismo, ansiedad y desasosegada expectación. Wilmarth tenía muchas más personas y lugares que visitar e investigaciones que hacer (incluidas algunas exploraciones con el geoscáner) de las que yo había supuesto. Ahora me enviaba casi siempre postales, algunas ilustradas, aunque me llegaban seguidas y urgentes (salvo un par de interrupciones alarmantes); y las llenaba tanto con su letrita minúscula (incluso las ilustradas) que a veces casi tenía la impresión de que hacía el viaje con él, y me preocupaban las tripas del Austin, que él llamaba su «gacela de chapa» por la «gacela de oro» de sir Francis Drake. Por mi parte, sólo tenía unas cuantas direcciones que me había enviado a las que poder escribirle con antelación:

Baltimore; Winchester, Virginia; Bowling Green, Kentucky; Memphis; Carlsbad, Nuevo México; Tucson; y San Diego.

Primero tuvo que detenerse en el condado de Hunterdon, New Jersey, con sus comunidades de granjas típicamente atrasadas, con objeto de investigar ciertas ruinas posiblemente precoloniales y explorar con el geoscáner una cueva de la que había oído hablar. A continuación, después de Baltimore, inspeccionó vastas cavernas de caliza en las dos Virginias. Cruzó la apalachiana Winchester hasta Clarksburg, un trayecto con suficientes curvas cerradas como para dejarle satisfecho incluso a él. Al acercarse a Louisville, el desbordamiento del Gran Ohio (que acaparó durante días las noticias de la radio; yo ese tiempo estuve pegado a mi aparato superheterodino) casi se traga a la «gacela de chapa», y no pudo visitar a un nuevo corresponsal de Lovecraft que vivía en dicha localidad. Después tuvo más trabajo con el geoscáner cerca de Mammoth Cave. La verdad es que en su viaje abundaban las visitas a cuevas; porque tras desviarse a Nueva Orleans para entrevistarse con un experto en ocultismo, francés de origen, les tocó a las cavernas de Carlsbad y otras cavidades cercanas menos conocidas. Yo me hacía cada vez más preguntas sobre mis túneles.

La «gacela de chapa» aguantó bien, aunque se cargó un cilindro al cruzar Texas («quizá la he forzado un poco demasiado tiempo»), y perdió tres días con la reparación.

Entretanto, yo estaba encontrando y leyendo nuevos relatos de Lovecraft. Uno lo descubrí en una revista de segunda mano, aunque reciente, de ciencia ficción; en él novelaba de manera impresionante la expedición australiana; sobre todo los sueños del viejo Peaslee, que le habían llevado allí. En ellos, intercambiaba su personalidad con un monstruo de cuerpo cónico, y vagaba perpetuamente por largos corredores de piedra poblados de presencias silbadoras invisibles. Me recordaba tanto mis pesadillas en las que hacía lo mismo con un gusano alado y bordoneante, que mandé a Wilmarth por avión una desesperada carta a Tucson, hablándole de todo esto. Me contestó desde San Diego, tranquilizándome, al tiempo que me hablaba del hijo del viejo Akeley, de ciertas cavernas marinas que estaban explorando, y (¡por fin!) poniendo fecha a su llegada.

El día antes hice un raro hallazgo en mi librería predilecta de Hollywood. Se trataba de un librito de Lovecraft titulado *La sombra sobre Innsmouth* y lo publicaba Vissionary Press, fuera cual fuese esa editorial. Me pasé la mitad de la noche en vela leyéndolo. El narrador descubre unos seres siniestros y escamosos que habitan en una ciudad submarina frente a Nueva Inglaterra; pero de repente se da cuenta de que él mismo se está convirtiendo en uno de ellos, y al final decide (para bien o para mal) zambullirse y unirse a la horda. Me hizo pensar en las extravagantes fantasías que yo había tenido sobre que bajaba al interior de la tierra en las colinas de Hollywood y rescataba a mi padre o me reunía con él.

A todo esto había empezado a llegarme correo dirigido a Wilmarth: me había pedido permiso para incluir mi dirección en el itinerario que había enviado a otros

corresponsales. Había cartas y postales de Arkham (como indicaban los matasellos) y lugares intermedios de la ruta, otras del extranjero (la mayoría de Inglaterra y de Europa; una de Argentina), y un paquete de Nueva Orleans. El remite de reenvío de muchas de ellas era el suyo propio: Saltonstall, 118; así que finalmente llegaban a él aun cuando no las hubiera recibido en el trayecto (me había pedido que hiciera lo mismo con mis propias notas). El efecto era de lo más raro, como si Wilmarth fuese el autor de todo: casi reavivó mis primeros recelos sobre él y el proyecto (una carta, una de las últimas en llegar, abultada, con un sello de seis centavos de correo aéreo y otro urgente de diez, iba dirigida a George Goodenough Akeley, Pleasant St., 176, San Diego, California, y de ahí remitida a mi dirección, escrita en el ángulo superior izquierdo).

Al final de la tarde siguiente (domingo, 14 de abril —casualmente víspera de mi vigesimoquinto cumpleaños—), Wilmarth llegó tal como yo lo había imaginado al acabar de leer su primera carta; salvo que la «gacela de chapa» era más pequeña de lo que yo me figuraba, y de color azul metalizado, aunque ahora no podía estar más polvorienta. En el asiento del acompañante había una extraña caja negra, con un montón de cosas más... mapas sobre todo.

Me saludó con jovialidad, y en seguida se puso a hablar precipitadamente, empedrando su discurso con multitud de gracias y frecuentes risas.

Lo que me asombraba de verdad era que aunque yo sabía que sólo estaba en la treintena, el pelo se le había vuelto blanco, y la expresión huidiza (o acosada) de sus ojos que yo recordaba en él se le había intensificado de manera terrible. Y le notaba nerviosísimo; al principio no podía estarse quieto un segundo. Poco después tuve la certeza de algo que jamás hubiera sospechado: su jovialidad y su viveza, sus bromas y sus risas, eran una forma de combatir un temor... no: un terror, que de otro modo le habría dominado.

Sus primeras palabras fueron literalmente: «¿El señor Fischer, supongo? ¡Me alegro muchísimo de conocerle en carne y hueso! Y de compartir su enormemente salutífero sol. Se me nota que lo necesito, ¿a que sí? ¡Mi aspecto no puede ser más horrible! Este paisaje tiene toda la pinta de estar plagado de cuevas y túneles. Voy a tener que recurrir a un experto para que me haga unos cuantos informes geológicos. Danforth escribe que Blackfellow se ha repuesto completamente de su indisposición. Pero Lovecraft está en el hospital... y eso me preocupa. ¿Observó la brillante conjunción de anoche? Me gustan estos cielos claros y nítidos. Deje, yo me haré cargo del geoescáner (sí, es esto); es un poco estrambótico. Pero puede coger la maletita. ¡Me alegro muchísimo, de veras!

No hizo ningún comentario sobre mi pie torcido ni pareció notarlo siquiera (algo que yo no le había mencionado en mis cartas; pero quizá me recordaba de seis años atrás), ni dio a entender que esto implicara ninguna minusvalía insistiendo en llevar él la maleta también. Esto me hizo cobrarle más simpatía.

Y antes de entrar en la casa se detuvo a alabar su inusitada arquitectura (otra cosa

de la que no le había hablado); y pareció impresionarse sinceramente cuando le dije que la había construido enteramente mi padre (había temido que la encontrara excesivamente excéntrica y preguntara si alguien podía trabajar con sus manos y al mismo tiempo ser un caballero). Asimismo, fue comentando en términos elogiosos los relieves en piedra de mi padre a medida que nos salían al paso, y se empeñó en detenerse a estudiarlos, sacando el cuaderno y tomando notas apresuradas. No tuve más remedio que llevarle a efectuar un recorrido por toda la casa antes de que consintiera en tomar un refrigerio. Dejé su maleta en el dormitorio que le había asignado (el de mis padres, naturalmente), pero no quiso descargarse del geoescáner. La caja era rara, más alta que ancha o larga, con tres gruesas patas ajustables, de manera que podía colocarse en posición vertical en cualquier sitio.

Animado por su aprobación de los relieves de mi padre, le hablé de Simón Rodia y las hermosas torres que estaba construyendo en Watts; con lo que sacó otra vez el cuaderno e hizo más anotaciones. Especialmente le impresionó el carácter marino que descubrió en el trabajo de Rodia.

En el sótano (quiso visitarlo también) se quedó boquiabierto ante lo que mi padre había esculpido en el suelo, en la «Puerta de los Sueños», y la estuvo estudiando bastante más tiempo que el resto de los trabajos (a mí me tenía perplejo la leyenda y su extraño emplazamiento). Finalmente señaló los ojos de cefalópodo mirando fijamente por encima del castillo, y comentó: «¿Cutlu, quizá?».

Era la primera alusión al proyecto de investigación que se hacía por parte de él o mía desde su llegada, y me hizo un efecto extraño; aunque él no pareció advertirlo, y prosiguió: «¿Sabe, señor Fischer?, quisiera efectuar una medición ahora mismo con este condenado aparato de Atwood y Pabodie. ¿Le importa?».

Le contesté que de ningún modo, y que procediera; aunque le advertí que debajo de la casa no había más que roca sólida (le había hablado de los estudios del subsuelo de mi padre e incluso le había mencionado a Harley Warren, del que resultó que Wilmarth tenía noticia a través de un tal Randolph Carter).

Asintió, pero dijo: «De todas maneras tomaré una placa. Por algún sitio hay que empezar». Y se puso a preparar el geoescáner con cuidado, colocándolo vertical sobre sus tres cortas patas justo en el centro del relieve. Antes se quitó el calzado para no estropear la delicada obra de cincel. A continuación quitó la tapa superior del geoescáner. Observé que tenía dos diales y un gran ocular. Se arrodilló y acercó el ojo a éste, sacó una capucha negra y metió la cabeza en ella a la manera de los antiguos fotógrafos cuando enfocaban su cámara antes de disparar. «Perdone, pero son muy difíciles de distinguir los datos que necesito ver —dijo con voz apagada—. ¡Vaya, qué es esto?».

Hubo un silencio largo durante el que no ocurrió nada salvo un ligero encogimiento de hombros por su parte, y algún débil clic. A continuación salió de la capucha, la embutió en la caja negra, la cerró, y procedió a calzarse y atarse los zapatos otra vez.

—Este escáner se ha vuelto loco —explicó en respuesta a mi pregunta—; detecto oquedades fantasma. No se preocupe. Al parecer necesita pilas; pero he traído. Mañana, para la expedición, estará en condiciones. Es decir, si... —alzó los ojos hacia mí con una sonrisa interrogante.

—Por supuesto; estaré encantado de enseñarle mis recorridos predilectos por los cerros —le aseguré—. La verdad es que ardo en deseos.

—¡Excelente! —dijo él con jovialidad.

Pero en el momento de abandonar el sótano, me dio la impresión, de que el suelo de roca resonaba como hueco bajo sus zapatos de tacón y suela de cuero (yo llevaba zapatillas con suela de goma).

Estaba anocheciendo, así que después de servirle té frío, que se tomó con gran cantidad de limón y azúcar, me fui a preparar la cena. Freí huevos y unos filetitos, calculando por su aspecto demacrado que necesitaba una comida lo más reparadora posible. También encendí un buen fuego en la chimenea para ahuyentar el casi invariable frío de la noche.

Mientras cenábamos ante sus llamas inquietas y crepitantes, me entretuvo con breves impresiones de su viaje: me describió los bosques fríos y primordiales del sur de Nueva Jersey, con sus habitantes vestidos de negro y hablando un inglés casi isabelino; las carreteras estrechas y oscuras del oeste de Virginia; las aguas del Ohio discurriendo tersas, calladas, heladas, de un color gris naval, e indeciblemente amenazadoras bajo un cielo encapotado; el profundo silencio de la Mammoth Cave; el sur del Medio Oeste con sus ladrones de bancos surgidos de la Depresión, pero ya legendarios, los nerviosos criollos del barrio francés de Nueva Orleans; los solitarios e increíblemente largos trechos de carretera de Texas y Arizona, que le hacen creer a uno que está viendo el infinito; las olas dilatadas, azules, de bordes misteriosos del Pacífico («tan diferentes del oleaje corto, picado, del Atlántico») que había contemplado en compañía de George Goodenough Akeley, quien había demostrado ser un compañero de verdad, y estaba más al tanto de las espantosas investigaciones de Vermont de lo que Wilmarth había esperado.

Cuando le dije que había encontrado *La sombra sobre Innsmouth* asintió y murmuró: «El original del joven héroe del relato ha desaparecido: y su primo también del sanatorio psiquiátrico de Canton. ¿Estarán en Y'hanthlei? ¡Quién sabe!». Pero al recordarle que tenía correspondencia acumulada para él hizo un gesto de agradecimiento, aunque con una ligera mueca, como de rechazo. La verdad era que parecía extremadamente cansado.

Cuando terminamos de cenar, no obstante, y se hubo tomado un café solo (también con cantidades de azúcar) y el fuego danzaba vacilante, ahora ya azulenco y amarillo, se volvió hacia mí con una sonrisa dubitativa, amistosa; y arqueando las cejas como con asombro, dijo con voz sosegada: «Y ahora, mi querido Fischer, espera con toda justicia que le hable del proyecto sobre el que me he mostrado reticente por carta; que dé respuesta a sus lógicas preguntas, que le haga las



revelaciones que he estado aplazando hasta que nos viéramos. En verdad, ha sido usted muy paciente, y se lo agradezco».

A continuación meneó la cabeza pensativo al tiempo que la mirada se le volvía lejana; y con un movimiento lento e involuntario encogió sus hombros, paradójicamente anchos y frágiles, hizo una mueca como si se hubiera llevado a la boca algo de sabor inesperadamente amargo, y dijo con voz aún más apagada:

—Ojalá tuviera más cosas que contarle definitivamente probadas. No sé lo que pasa, que siempre nos detenemos antes de llegar al final. Eso sí, hay cosas que son desde luego reales e innegables: las joyas de Innsmouth, la esteatita del Antártico, el trapezoedro resplandeciente de Blake, aunque se perdió en el lago Narragansett, el pedazo de balaustre que Gilman trajo del embrujado país de los sueños (o de la cuarta dimensión no-temporal, si prefiere), incluso los elementos desconocidos, aerolíticos y no aerolíticos, que escapan a todo análisis; y también, cómo no, la nueva sonda magneto-óptica, que nos ha dado el virginium y la alabaminina. Y es casi igualmente cierto que han existido todos o casi todos esos seres extraños, extraterrestres, extracósmicos; y por eso quería que leyese los relatos de Lovecraft, a pesar de sus extravagancias horripilantes, a fin de que se hiciese una idea de las entidades de las que le hablaba. Si bien esas entidades, y las pruebas de su existencia, consiguen desvanecerse exasperantemente sin dejar una sola prueba constatable: los restos destrozados de Wilbur Whateley, el enorme e invisible cadáver de su hermano, el plutoniano al que Akeley mató y no pudo fotografiar, el meteoro de 1882 que cayó en la granja de Nahum Gardner y que decidió al viejo Armitage (joven en aquel entonces) a estudiar el *Necronomicón* (origen de todo lo que ocurrió en la Miskatonic), y que el padre de Atwood vio con sus propios ojos y trató de analizar, o lo que Danforth vio en la Antártida cuando se asomó al otro lado de las cumbres altas de las Montañas de la Locura, ¡y hoy sufre una amnesia que le ha devuelto la razón! ... ¡Todo, todo ha desaparecido!

»Pero ¿si existe alguno de esos seres hoy? Bueno, ahí está el *quid*, la abrumadora pregunta que no podemos contestar, aunque siempre estamos a punto de hacerlo. El asunto es —prosiguió cada vez más deprisa— que si existen, son tan inimaginablemente poderosos y sagaces que podrían estar —miró con atención alrededor— en cualquier lugar en cualquier momento.

»Por ejemplo, *Cthulhu* —exclamó.

No pude reprimir un estremecimiento al oír pronunciar ese nombre por primera vez en mi vida: el gruñido ronco, opaco, monosílabo, abismal fue muy parecido al que originalmente me había llegado desde el fondo de mi imaginación, o de mi subconsciente, o quizá desde mis sueños no recordados, o...

—Si existe *Cthulhu* —prosiguió—, entonces puede trasladarse a donde quiera a través del espacio, o del aire, o incluso de la tierra. Sabemos por la relación de Johansen (le había vuelto el pelo blanco) que *Cthulhu* puede existir como un fluido gaseoso, descomponerse en átomos y recombinarse a continuación. No necesitaría

túneles para desplazarse a través de la roca, podría filtrarse por ella “no por los espacios que conocemos, sino entre ellos”. Y sin embargo, en su inescrutabilidad, podría elegir los túneles para hacerlo. Eso es lo que hay que tener en cuenta. O bien (y ésta es otra posibilidad), quizá no existe ni deja de existir, sino que se halla en un estado intermedio: “aguarda soñando”, como dice el viejo cántico de Angell. Quizá sus sueños, encarnados como los gusanos alados de sus sueños, Fischer, excavan túneles».

»Son esos mundos de monstruosos túneles y cavernas del subsuelo, no únicamente Cthulhu ni mucho menos, lo que se me ha encomendado investigar con el geoescáner; en parte porque fui el primero en saber de ellos a través del viejo Akeley, y también (¡Creador Misericordioso!) del plutoniano que adoptó su personalidad: “Ahí abajo existen grandes mundos de vida desconocida: K’nyan de luz azul; Yoth de luz roja; Nikay tenebroso y sin luz, hogar de Tsathoggua; y los extraños espacios aún más interiores, iluminados por colores del espacio y del corazón tenebroso de la Tierra. Así es, mi querido Fischer, como adiviné los colores de sus sueños o pesadillas (o cambios de personalidad) de niño. Los he detectado también en el geoescáner, donde son, sin embargo, de lo más fugaces y difíciles de discernir...”.

Su voz se apagó cansada; mi inquietud, sin embargo, se volvió de lo más febrilmente intensa ante su alusión a «intercambios de personalidad».

Parecía asombrosamente exhausto. Aun así, hice acopio de fuerzas, y murmuré: «Tal vez consiga que se me repitan los sueños si tomo el preparado del doctor Morgan. ¿Por qué no probamos esta noche?».

—Imposible —replicó él, meneando lentamente la cabeza—. En primer lugar, me temo que mis cartas han sido demasiado optimistas sobre el particular; en el último minuto el doctor Morgan no pudo facilitarme el preparado. Ha prometido enviármelo por correo; pero lo cierto es que no lo ha hecho. En segundo lugar, me inclino a pensar ahora que sería un experimento demasiado peligroso.

—Bueno; al menos podrá comprobar los colores de los sueños y los túneles con su geoescáner, ¿no? —insistí, algo desinflado.

—Sí, si puedo repararlo... —dijo, asintiendo con la cabeza y ladeándola. Las languidecientes llamas se habían vuelto ahora de color azul. Murmuró—: Si me dejan repararlo...

Tuve que llevarlo a la cama. Después me retiré a mi habitación, nervioso e insatisfecho, y con un torbellino en la cabeza. No entendía este cambio de humor de Wilmarth del optimismo más jovial a un desaliento que parecía producto del miedo. Pero ahora me di cuenta de que yo también estaba cansadísimo: al fin y al cabo, me había pasado casi toda la noche anterior leyendo *Innsmouth*. Y no tardé en dormirme.

[Las voces gruñen de manera estridente: «La sima de la vida primordial, el Signo amarillo, Azathoth, el Magnum Innominandum, las centelleantes alas violeta y esmeralda, las garras bermellón y cerúleas, las avispas de Cthulhu...». Ha caído la noche. He recorrido toda la casa, cojeando, desde el bajo ático con sus portillas

circulares hasta el sótano, donde he sopesado la almádena de mi padre y he echado una ojeada a la «Puerta de los sueños». Se acerca el momento. Tengo que escribir deprisa].

Me desperté —ya había salido el sol— completamente descansado, y después de dormir mis habituales doce horas. Encontré a Wimarh ocupado en escribir en la mesa junto a la ventana norte de su habitación. Su rostro sonriente tenía un aspecto juvenil a la luz fría, a pesar de su bien peinada mata de pelo blanco: casi no lo he reconocido. Tenía abierta toda su correspondencia acumulada, salvo una carta, y ordenada en la esquina izquierda de la mesa, y en la de la derecha un mazo de postales recién escritas y con las señas puestas, cada una con su correspondiente sello de un centavo pegado.

—Buenos días, Georg —me saludó (pronunciando correctamente GI-org)—, si puedo llamarle así. ¡Y buenas noticias! El escáner está recargado, funciona perfectamente, y listo para la exploración del día; en cuanto a esa carta remitida por George Goodenough, es de Francis Morgan y trae una provisión de brebaje para las exploraciones psíquicas de esta noche. Exactamente dos dosis, Georg. ¡Soñaré junto a usted! —agitó en el aire un paquetito.

—Espléndido, Albert —le dije completamente en serio—. A propósito, es mi cumpleaños —añadí.

—¡Felicidades! —dijo él alegre—. Esta noche lo celebraremos brindando con el preparado de Morgan.

Y nuestra expedición resultó magnífica, al menos hasta casi el final. Las Colinas de Hollywood pusieron su cara más juvenilmente encantadora; incluso las desintegradas y carcomidas corrupciones inferiores parecían recientes. Hacía calor, pero soplaba una brisa fresca constante del oeste y de vez en cuando grandes nubes blancas proyectaban sombras enormes. Sorprendentemente, Albert parecía conocer el territorio casi tan bien como yo: había estudiado sus mapas y los llevaba consigo, incluidos los que yo le había dibujado y enviado. Y de manera espontánea identificaba correctamente la manzanita, el zumaque, el chaparro y demás especies de vegetales a través de la que nos abríamos paso.

De vez en cuando, y en especial en mis lugares predilectos, efectuaba lecturas con el geoescáner, que llevaba preparado, en tanto yo cargaba con dos cantimploras y una pequeña mochila. Mientras él se cubría la cabeza con la capucha negra, yo permanecía alerta, con el bastón. Una de las veces descubrí una gran serpiente de colores negro y rosa pálido que se adentraba en la maleza. Antes de que yo pudiera abrir la boca, exclamó él: «Ésa es enemiga de las crotaloideas: buen presagio».

Y... en cada medición, la caja negra de Albert señalaba alguna clase de oquedad —túneles o cuevas— inmediatamente debajo de nosotros, a profundidades que variaban de unos pocos metros a unos centenares. A la luz del día y al aire libre, esto no nos inquietaba en realidad. Creo que era lo que los dos esperábamos. Sacaba la cabeza de la capucha, asentía y anunciaba: «Quince metros» (o algo así); anotaba la

medición en su cuadernito, y seguíamos andando. Una de las veces me dejó probar a mí debajo de la capucha, pero lo único que pude distinguir a través del ocular fue lo que parecía una intensificación de los puntos danzantes de luz polícroma que uno ve en la oscuridad con los ojos cerrados. Me dijo que hacía falta bastante práctica para reconocer los datos significativos.

Arriba, en las colinas de Santa Mónica, nos tomamos unos emparedados de carne y la limonada con sabor a té con que yo había llenado las dos cantimploras. Disfrutábamos del sol y el aire. Los cerros se desplegaban a nuestro alrededor; y al otro lado, al oeste, teníamos el Pacífico azul. Hablamos de sir Francis Drake, de Magallanes, del capitán Cook y sus grandes viajes circumpolares, y de las tierras fabulosas de las que les habían llegado leyendas, y de cómo los túneles que estábamos investigando no eran, en realidad, más extraños. Hablamos de los relatos de Lovecraft casi como si sólo fueran eso. Los puntos de vista, de día, pueden ser extrañamente alegres y despreocupados.

Cuando ya volvíamos, noté que a Albert empezaba a ponérsele otra vez la cara cansadísima y ojerosa... tremendamente ojerosa. Le insistí en que me dejara llevar la caja negra. Para lo cual tuve que abandonar la mochila y las cantimploras vacías. Él no pareció enterarse.

Cerca de casa, nos detuvimos ante el pequeño monumento que señalaba el lugar donde estaba sepultado mi padre. El sol había recorrido casi todo su camino al poniente, y había sombras oscuras y también haces de luz rojiza casi paralelos al suelo. Albert, muy cansado ahora, murmuró unas frases de alabanza a la obra de Rodia, cuando salió veloz de la maleza que tenía detrás lo que al principio me pareció una gran serpiente de cascabel. Pero cuando me abalancé sobre ella golpeando con el bastón, y corría a esconderse asombrosamente veloz mientras Albert se daba la vuelta, me pareció por un instante que el ser sinuoso y escurridizo era, por la parte de arriba, de un reluciente color verde violeta, con alas que no paraba de agitar, y por abajo de color escarlata-azulado, con garras; y su amenazador tableteo era más como un zumbido de gaita.

Echamos a correr hacia casa sin decir palabra, cada uno preocupado sólo de que su compañero no se rezagase. No sé de dónde saqué las fuerzas.

Habían recogido las postales que había dejado en el buzón junto al camino, y habían dejado media docena de cartas para él y un aviso de paquete para mí.

Era mejor no hacer nada más por ese día, pero Albert se empeñó en llevarme a Hollywood a recoger el paquete antes de que cerrasen la estafeta de correos. Tenía la cara horriblemente demacrada; pero parecía súbitamente dotado de una fantástica energía nerviosa y (cuando manifesté que seguramente no tendría mucha importancia) una tremenda determinación a la que no me sentí con fuerzas para oponerme.

Condujo como un auténtico demonio, como si el destino de los mundos dependiera de su velocidad —Hollywood debió de pensar que era Wallace Red que

había regresado de entre los muertos para otra de sus películas de carreras transcontinentales. La «gacela de chapa» volaba como un auténtico antílope asustado, mientras él manejaba nervioso, adelante y atrás, la palanca del cambio. Lo inexplicable es que no nos detuvieron ni chocamos. Pero llegué a la ventanilla correspondiente justo antes de cerrar y firme la entrega del paquete: un paquete envuelto en papel marrón, fuertemente atado con cordel y precintado, enviado (descubrí con un sobresalto) por Simón Rodia.

A continuación regresamos igual de deprisa, pese a mis protestas, con la «gacela de chapa» chirriando en las esquinas y las curvas. El rostro de mi compañero era una impasible, atenta máscara de la muerte, mientras subíamos por las desgastadas y resacas colinas y las últimas franjas del día se tornaban violeta a poniente y comenzaban a surgir las primeras estrellas.

Obligué entonces a Albert a descansar y a que se tomara un café solo con mucho azúcar en tanto yo preparaba la cena: al salir del coche al frío de la noche casi se había desmayado. Me puse a asar unos filetes; si la noche anterior había necesitado alimento reconfortante, ahora lo necesitaba el doble, después de la agotadora excursión y de nuestra *danza de la muerte* por caminos tortuosos y resacos («O la *tarantella* de la Segadora, ¿eh, Georg?», contestó con una débil pero invencible sonrisa).

Al poco rato estaba en pie otra vez —no podía parar—, atisbando por la ventana. A continuación cogió el geoscáner y bajó al sótano, «a completar las mediciones», explicó. Acababa yo de encender la chimenea cuando subió corriendo. El intenso resplandor de las primeras llamas, al prender la leña, me reveló su cara cenicienta y sus ojos azules cercados de ojeras blanquecinas. Le temblaba literalmente todo el cuerpo.

—Siento, Georg, tener que parecer un invitado molesto y desagradecido —dijo, haciendo un gran esfuerzo por hablar de manera coherente y tranquila (aunque imperiosa)—, pero creo que debemos irnos de aquí inmediatamente. No hay un lugar seguro para nosotros a este lado de Arkham; allí tampoco estaremos seguros, pero al menos tendremos el consejo y el apoyo de veteranos del proyecto Miskatonic, cuyo temple es más fuerte que el mío. Anoche tomé una medición (no se la dije porque estaba convencido de que era errónea); dio, debajo del relieve, quince *centímetros*; no metros. Ahora he bajado a comprobarla, y no ofrece la más mínima duda; sólo que se ha reducido a *cinco*. O sea que ese suelo es una cáscara de huevo: suena a hueco como una cripta de San Luis de Nueva Orleans; han estado royendo desde abajo y siguen haciéndolo. ¡No, no es momento de discutir! Tiene tiempo para hacer un pequeño equipaje; coja sólo lo necesario; y llévese también el paquete que le ha mandado Rodia; tengo curiosidad por saber qué es.

Y dicho esto corrió a su dormitorio; poco después reapareció con su maleta y la metió en el coche junto con la caja negra.

Entretanto, yo había decidido bajar al sótano. El suelo sonaba mucho más hueco

que la noche anterior: me hizo dudar si pisarlo; por lo demás, no parecía haber ningún cambio. No obstante, notaba una extraña sensación de irrealidad, como si no hubiera objetos tangibles en el mundo, sino sólo un decorado frágil con unos cuantos accesorios escenográficos, entre ellos una almádena de madera de balsa, un paquete certificado sin nada dentro, un ciclorama de colinas oscuras, y dos actores.

Subí apresuradamente, retiré los filetes de la parrilla, los serví en la mesa preparada delante del fuego ligeramente crepitante (porque ya estaban) y fui en busca de Albert.

Pero él se me anticipó: reapareció en la puerta, me miró con atención —tenía aún los ojos muy abiertos y fijos—, y preguntó:

—¿Por qué no ha hecho el equipaje?

Yo le hablé con firmeza:

—Escuche, Albert: anoche tuve la impresión de que el suelo del sótano sonaba hueco, o sea que para mí no es completamente una sorpresa. De todas maneras no podemos emprender un viaje a Arkham en este estado de nervios. Y la verdad es que no sería prudente ponernos de viaje sin haber comido algo. Dice usted que corremos peligro en cualquier sitio, incluso en Miskatonic, y por lo que hemos visto (por lo que he visto yo al menos) en la sepultura de mi padre, puede que ande ya por ahí alguna de esas criaturas. Así que vamos a cenar (tengo un miedo terrible a que se le vaya enteramente el apetito): echamos una ojeada al paquete de Rodia, y después nos vamos.

Hubo un largo silencio. Seguidamente su expresión se distendió en una sonrisa desmayada. Y dijo:

—Muy bien, Georg; me parece razonable. Desde luego, estoy asustado; de eso no hay duda. La verdad es que llevo diez años sumergido en el terror. Pero en este caso, para ser totalmente sincero, he estado aún más preocupado por usted: no me parecía justo, no me parecía limpio, involucrarle en este asunto espantoso. Pero como usted dice, uno debe inclinarse ante lo inevitable, en sentido literal o no... y procurar mostrar un poco de estilo —concluyó con una risa un poco lúgubre.

Así que nos sentamos ante el fuego dorado y danzante y despachamos nuestros filetes con su guarnición (yo tomé un poco de borgoña mientras que él siguió con su café solo) y hablamos de todo un poco, especialmente de Hollywood. Él había visto desde el coche una librería, y ahora me preguntó sobre ella; y esto nos llevó a otros temas.

Acabada la cena, volví a llenar su taza y mi copa; a continuación despejé la mesa y abrí el paquete de Rodia, utilizando el trinchante para cortar el cordel y despegar los lacres. Contenía, cuidadosamente protegido con viruta, el cofrecillo de plata alemana repujada que en este momento tengo delante. En seguida reconocí el trabajo de mi padre: reproduce con bastante fidelidad en metal batido sus relieves en piedra del sótano, aunque sin la inscripción de «Puerta de los Sueños». El dedo de Albert señaló los ojos de Cutlu, aunque no pronunció su nombre. Abrí el cofre. Contenía

varias hojas de papel. Esta vez fue la letra de mi padre lo que reconocí. De pie, leímos juntos, Albert y yo, el documento que añado aquí:

15 de marzo de 1925

Querido hijo:

Hoy cumples 13 años, pero te escribo para cuando tengas 25, con la esperanza de que estés bien entonces. Cuando hayas leído esta carta comprenderás por qué lo hago. Tuyo es el cofre: *Leb' wohl!* Lo deposito en manos de un amigo a fin de que te lo haga llegar en caso de que en el lapso de los doce años que faltan yo ya no esté. La Naturaleza me envía signos de que puede acontecerme esa eventualidad: léela con atención, porque se trata de secretos.

Cuando yo era niño y vivía en Louisville tenía a veces sueños durante el día que después no conseguía recordar. Ocurría en momentos de total oscurecimiento de la conciencia que me duraban minutos; el más largo fue de media hora. A veces volvía en mí en otro lugar y haciendo algo diferente, aunque nunca nada malo. Yo creía que esos sueños eran una debilidad o un fallo, pero que la naturaleza era sabia: no era fuerte, y no sabía aún lo suficiente para resistirlos. Bajo el gobierno de mi padre, aprendí mi oficio y fortalecí el cuerpo y estudié siempre que pude.

A los 25 años —antes de conocer a tu madre— me enamoré perdidamente de una hermosa muchacha que murió de tisis. Desfallecido sobre su tumba, tuve un sueño; pero esa vez la fuerza de mi anhelo mantuvo lúcido mi cerebro: buceaba hacia abajo a través de la tierra y nos uníamos físicamente. Ella dijo que esta cópula sería la última, pero que ahora yo tenía poder para desplazarme a voluntad a través de la tierra de tiempo en tiempo. Nos dimos un último beso, Lorchen y yo, y nadé hacia abajo y hacia arriba, como caballero suyo, gozando de mi fuerza como un viejo gnomo desafiando la roca. En las regiones inferiores no reina la negrura, hijo mío, como podría pensarse. Hay colores espléndidos. El agua es azul; los metales, de un rojo y un amarillo brillantes; las rocas, verdes y marrones; *undsoweiter*. Un rato después regresé nadando a mi cuerpo, de pie ante la sepultura reciente. Ya no me sentí abrumado de dolor, sino profundamente agradecido.

Así aprendí a adivinar, hijo mío; a ser pez terrestre cuando hace falta y la Naturaleza consiente, a bucear hasta la mansión del rey de las Montañas que baila con ligereza. Los colores más delicados y los matices más singulares se hallan siempre a poniente. Los científicos, que son sabios, aunque ciegos, han puesto nombre a tierras extrañas. Por eso he querido que viniéramos aquí. Bajo el más grande océano, la tierra es una red irisada, y la Naturaleza una araña que la teje al tiempo que la recorre.

Ahora has demostrado que tienes mi poder, *mein Sohn*, pero en mayor medida. Tienes negras pesadillas. Conozco —porque he permanecido sentado junto a ti mientras dormías y he oído lo que decías y he visto tu terror— lo que no tardaría en destruirte si llegases a recordarlo, como una noche se puso en evidencia. Pero la Naturaleza, que es sabia, te vendará los ojos hasta que adquieras la fuerza y la ciencia necesarias. Como sabes a estas alturas, he provisto para tu educación en una buena universidad del este recomendada por Harley Warren, el cliente más generoso que he tenido, y gran conocedor de todo lo relacionado con los reinos del submundo.

Y ahora eres ya lo bastante fuerte, *mein Sohn*, para pasar a la acción... y confío en que, como acólito de la Naturaleza, lo bastante prudente. Has hecho buenos estudios y eres físicamente fuerte. Tienes poderes y ha llegado el momento. El tritón toca su cuerno. Levanta, *mein lieber Georg*, y sígueme. Es la hora. Construye sobre lo que yo he levantado, pero que sea más grande. Tu reino es más dilatado. Purifica tu mente. Con ayuda de una mujer hermosa, o sin ella, ¡rompe ahora la puerta de los sueños!

Tu padre que te quiere.

En cualquier otro momento esta carta me habría emocionado y alarmado; y la verdad es que me emocionó y me alarmó; pero estaba ya tan predispuesto por los últimos acontecimientos del día que lo primero que pensé fue lo mucho que concordaban con ellos.

Repetí las palabras de la carta: «Rompe ahora la puerta de los sueños»; y a continuación añadí, rehuyendo toda otra interpretación: «quiere decir con eso que tome el preparado del doctor Morgan esta noche. Hagámoslo, Albert, tal como proponías esta mañana».

—La última voluntad de tu padre —comentó él gravemente, visiblemente impresionado por ese aspecto de la carta. Y a continuación—: ¡Georg, es de lo más fantástica, esta conmovedora misiva! Ese signo del que habla... suena a jaqueca. Y sus referencias a los elementos de tierras raras... podrían ser decisivas. ¡Y colores de la tierra captados por clarividencia! El proyecto Miskatonic debía haber empezado hace años con prospecciones. Hemos estado ciegos... —se interrumpió—. Tienes razón, Georg, y siento una enorme tentación. Pero ¿y el peligro? ¿Cómo escoger? Por un lado, una solemne exhortación paterna y nuestra irreprimible curiosidad... porque a mí me tiene en ebullición. Y por otro, el Gran Cthulhu y sus esbirros. ¡Ah, ojalá tuviéramos una indicación sobre qué decidir!

Sonó una fuerte llamada a la puerta. Los dos nos sobresaltamos. Tras un momento de silencio, acudí de prisa, seguido de Albert. Ya con la mano en el cerrojo, me detuve otra vez. No había oído detenerse ningún coche fuera. A través de la gruesa hoja de roble me llegó el grito: «¡Telegrama!». Abrí.

Apareció un muchacho flaco, de aspecto algo vivo, cara pálida salpicada de



grandes pecas y con un pelo de color zanahoria que le asomaba por debajo de la visera de la gorra. Llevaba las perneras del pantalón sujetas a los tobillos con gafas.

—¿Quién de ustedes es Albert N. Wilmarth? —preguntó fríamente.

—Yo —dijo Albert dando un paso.

—Entonces firme aquí, por favor.

Firmó Albert y le dio una propina, sustituyendo la moneda de níquel por una de plata en el último instante.

El muchacho esbozó una amplia sonrisa, dijo: «Buenas noches», y se esfumó. Cerré la puerta y volvimos adentro rápidamente.

Albert había abierto el sobre y había sacado y desplegado el mensaje. Estaba pálido ya, pero tras recorrerlo con ojos encendidos su palidez se volvió más intensa. Era como si dos terceras partes de él fueran ya espectro, y el telegrama hubiera terminado de convertir la tercera. Me tendió la hoja amarilla sin decir palabra:

### LOVECRAFT FALLECIDO. LOS CHOTACABRAS DEJARON DE CANTAR. VALOR. DANFORTH

Alcé los ojos. El rostro de Albert tenía aún una palidez espectral, pero su expresión había cambiado de la incertidumbre y el miedo a la determinación y el desafío.

—Esto decide la balanza —dijo—. ¿Qué más puedo perder? ¡Diablos, Georg, bajemos a echar una mirada al abismo en cuyo borde vacilamos! ¿Te atreves?

—Pensaba hacerlo —dije—. ¿Traigo sus cosas del coche?

—No hace falta —dijo él, sacando de un bolsillo interior el sobrecito del doctor Morgan que me había enseñado por la mañana—. Tenía el presentimiento de que lo íbamos a utilizar, hasta que esa aparición que nos ha sorprendido junto a la tumba de su padre me ha hecho perder los nervios.

Traje dos vasos. Repartió en partes iguales la pequeña cantidad de polvos blancos, y se disolvieron rápidamente en el agua que yo añadí a indicación suya. A continuación me miró burlonamente, y alzó el vaso para brindar.

—No hace falta decir por quién brindamos —dije señalando el telegrama que aún tenía él en la otra mano.

Le noté un leve estremecimiento. «No; no pronuncie su nombre. Bebamos más bien por los valientes camaradas que han perecido o han sufrido por la causa del proyecto Miskatonic».

Ese plural me animó. Entrechocamos los vasos y los vaciamos. El preparado tenía un sabor ligeramente amargo.

—Morgan dice en su escrito que los efectos son bastante rápidos —dijo—. Primero pesadez, después sopor, y a continuación los sueños prometedores. Él los ha probado dos veces con Rice y el viejo y valeroso Armitage, que tuvo el Horror de Dunwich con él. La primera vez visitaron en sueños el hiperespacio de Walpurgis de

Gilman; la segunda, la ciudad interior en los dos polos magnéticos, área topológicamente única».

Entretanto me apresuré a servirnos un poco más de vino y café templado, y nos sentamos cómodamente en nuestras butacas junto al fuego, cuyas llamas iba viendo cada vez más borrosas, al tiempo que un poco deslumbrantes, conforme el preparado empezaba a hacer efecto.

—Verdaderamente, la misiva de tu padre es de lo más asombrosa —prosiguió Albert con rapidez—. Tejer una telaraña irisada bajo el Pacífico, identificar los hilos con esos túneles preternaturalmente iluminados... es realmente de lo más vivido. ¿Será Cthulhu la araña? ¡Por Dios, no! Prefiero mil veces a la diosa Naturaleza de tu padre. Al menos, es más amable.

—Albert —dije algo soñoliento pensando en los intercambios de personalidad—, ¿no es posible que sean benévolos esos seres, o menos malévolos de lo que sospechamos, como las visiones subterráneas de mi padre parecen señalar, incluidos mis gusanos alados?

—La mayoría de nuestros camaradas no los encontraron así —contestó él con sensatez—; aunque, por supuesto, está nuestro héroe de *Innsmouth*. ¿Qué descubrió en realidad en Y'ha-nthlei? ¿Esplendor y gloria? ¡Quién sabe! Y el viejo Akeley en el espacio exterior: ¿está sufriendo su cerebro las torturas de un condenado en su cilindro de metal resplandeciente? ¿O vive una constante exaltación inducida por visiones perpetuamente cambiantes de infinitud? ¿Y qué creyó ver el pobre Danforth al otro lado de las dos horrendas cadenas de montañas, antes de hundirse en la amnesia? ¿Y es esa amnesia una bienaventuranza o una maldición? ¡Dios mío, la verdad es que él y yo nos complementamos muy bien: el de juicio arruinado ayudando al de nervios deshechos... alimento ideal para felinos...

—Es esa noticia dolorosa que te ha mandado —comenté, con un pequeño bostezo, señalando el telegrama sobre Lovecraft que todavía sujetaba con el índice y el pulgar—. La verdad es que antes de que llegara ese cable yo tenía la peregrina idea de que en realidad tú y él erais la misma persona. No me refiero a Danforth, sino a...

—¡No lo digas! —me atajó él. Y su voz se volvió soñolienta mientras proseguía—: Pero la lista de los desaparecidos es bastante más larga: el pobre Lake, el no menos desventurado Gedney, y todos los demás, sepultados bajo la Cruz del Sur y las Nubes de Magallanes... El genio matemático Walter Gilman, que se desmoronó de manera terrible... el nonagenario Angell asesinado en la calle, y Blake fulminado por un rayo en Providence... Edward Pickman Derby, el gordo Shelley de Arkham licuándose en el cadáver de su mujerbruja... Dios mío, el asunto no puede ser más alentador... ¿Sabes, Georg?, en San Diego, el joven Akeley (G.G.) me enseñó una cueva marina secreta más azul que Capri; y, en su playa negra de magnetita, la huella de pies palmeados de un tritón... ¿uno de los gnorri?... Después está... ¡Ah, sí, por supuesto!... Wilbur Whateley, que medía casi nueve pies de estatura... aunque no se le puede considerar investigador de la Miskatonic... pero no se hicieron con él los

chotacabras... ni con su hermano mayor...

Yo seguía mirando el fuego; los puntos de luz que danzaban dentro y alrededor de él se habían convertido en estrellas, espesas como las Pléyades y las Hyadas, a través de las cuales el viejo Akeley viaja eternamente, cuando la inconsciencia se abatió sobre mí también, negra como el abismo de tinieblas infinito y Ventoso que Robert Blake vio en el Trapezoedro Resplandeciente, y negro como Nikai.

Me desperté frío y anquilosado. Del fuego que había estado observando sólo quedaban ahora cenizas blancas. Sentí, con una punzada de decepción, no haber soñado nada. Entonces tuve conciencia de un zumbido o bordoneo bajo, modulado, irregular que me inundaba los oídos.

Me levanté con dificultad. Mi compañero seguía dormido, pero su rostro mortalmente pálido y sus ojos cerrados tenían una expresión terriblemente atormentada, y de vez en cuando se contraía lenta, agónicamente, como en las garras de la más horrenda pesadilla. El telegrama se le había caído de los dedos y estaba en el suelo. Al acercarme me di cuenta de que el extraño bordoneo brotaba de sus labios, que se contraían continuamente, y al inclinarme y acercar el oído, el zumbido articulado se convirtió en palabras y frases reconocibles:

—La cabeza pulposa y tentaculada —oí con horror—. *Cthulhu fhtagn*, la geometría contradictoria, el miasma polarizante, la distorsión prismática, *R'lyeh de Cthulhu*, la negrura positiva, la nada viviente...

No podía seguir mirando su espantosa angustia y oyendo esas palabras horrendas y gangosas un momento más, así que lo cogí por los hombros y lo sacudí violentamente; pero en el instante de hacerlo, me vino a la memoria el último consejo de mi padre de que no se me ocurriera hacer eso.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente en su rostro pálido y cerró la boca al tiempo que se incorporaba con un enérgico movimiento de brazos, apoyándolos sobre los brazos de la butaca que sus manos agarraban con fuerza. Fue como si todo sucediera muy despacio, aunque paradójicamente parecía que lo hacía a gran velocidad. Me dirigió una última y muda mirada de absoluto horror, se volvió a continuación y echó a correr, dando zancadas fantásticamente largas, y desapareció por la puerta, que abrió ante sí con la mano extendida, y se perdió en la oscuridad de la noche.

Corrí tras él, cojeando, lo más deprisa que pude. Oí arrancar el motor al segundo intento. Grité: «¡Espera, Albert, espera!» ya cerca de la «gacela de chapa». Se encendieron los faros, rugió el motor, y me envolvió el humo del tubo de escape al alejarse chirriando por el camino, y arrojando hacia atrás una rociada de grava al tomar la primera curva.

Me quedé allí, de pie, en el frío, hasta que el ruido y las luces se perdieron en la oscuridad, que ya palidecía levemente anunciando el amanecer.

Y entonces me di cuenta de que aún seguía oyendo esas voces malignas, triunfales, resonantes.

—*Cthulhu fhtagn* —decían (y siguieron y siguen diciendo, y seguirán diciendo eternamente)—, los túneles de la araña, los oscuros infinitos, los colores de las tinieblas, las filas de torres de Yuggoth, los miriápodos relucientes, los gusanos alados...

En algún lugar, no lejos oía un zurrido bajo, semiarticulado.

Regresé a la casa y me puse a escribir este manuscrito.

Bien, voy a guardarlo, junto con sus comunicaciones intercaladas y los dos libros de poesía que me han conducido a todo esto, en el cofrecillo de cobre y plata alemana, y me lo llevaré abajo, al sótano, donde cogeré la almádena de mi padre (me pregunto en qué cuerpo seguiré viviendo, si es que sigo viviendo) y cumpliré la última petición que me hace en su carta.

En la madrugada del martes 16 de marzo de 1937, los vecinos de «Monte Paraíso» (entonces «La Buitrera») se despertaron a causa de un estruendo y una fuerte sacudida que atribuyeron a un terremoto; y desde luego los Observatorios de Griffith, UCLA y USC registraron pequeños temblores, aunque en ningún otro sismógrafo más. La luz del día reveló que la casa de ladrillo conocida en el contorno como «La locura de Fischer» se había hundido tan completamente que no quedaba ladrillo sobre ladrillo. Más aún, parecía que a la vista había menos ladrillos que los que la fábrica de la casa habría requerido, como si se hubiesen llevado la mitad del material durante la noche, o hubiera sido tragado por alguna gran cavidad debajo del sótano. De hecho, el aspecto de las ruinas era el de un cono gigantesco de hormigas-león sembrado de ladrillos en vez de granos de arena. El lugar fue declarado peligroso (como efectivamente era), y poco después lo cegaron y lo cubrieron parcialmente de hormigón. Algún tiempo más tarde construyeron encima.

El cadáver del dueño, un joven cojo y taciturno llamado Georg Reuter Fischer, fue descubierto tendido boca abajo en el borde de los escombros con las manos extendidas (una de ellas agarraba el cofrecillo metálico), como si hubiese intentado huir de la casa cuando le sorprendió el derrumbamiento. Su muerte, no obstante, se atribuyó a un accidente inmediatamente anterior o a un acto frenético de autodestrucción mediante ácido, del que se sabe que su excéntrico padre guardaba grandes cantidades. No fue difícil identificarle por la deformidad de su pie derecho; porque cuando le dieron la vuelta al cadáver descubrieron que tenía devorada o corroída la cara, así como la parte delantera del cráneo y de la mandíbula, y también del cerebro.

# **SUBEN CON SURTSEY**

**BRIAN LUMLEY**

**(Rising with Surtsey)**

*Con el descubrimiento de un celacanto vivo —pez que se creía extinguido hace más de setenta millones de años —puede que tengamos que revisar nuestras ideas establecidas sobre los periodos geológicos de vida de determinados animales marinos...*

#### MARAVILLAS DEL FONDO OCEÁNICO

Apellido..... Haughtree  
Nombre..... Philip  
Fecha de nacimiento..... 2 /XII/1927  
Edad..... 35 años  
Lugar de nacimiento..... Old Beldry, Yorkshire  
Domicilio..... carece  
Profesión..... escritor

DECLARA (Consígnese por extenso):

He pedido la asistencia letrada habitual, pero me dicen que dado mi estado no la necesito... La implicación es evidente; en vista de lo cual me veo obligado a empezar como sigue:

Quiero adelantar al que lea este documento —antes de que haga una lectura desavisada— que nunca he sido un creyente fanático de lo sobrenatural. Tampoco he sido propenso a los delirios y las alucinaciones, ni he padecido de los nervios, ni he tenido dolencia psíquica de ningún género. No hay ninguna historia médica que aporte una sola prueba de demencia de ninguno de mis mayores, y el doctor Stewart comete una gran injusticia conmigo al diagnosticarme enajenación mental.

Es preciso que esto quede claro desde el principio, porque una lectura sin la debida precaución podría inducir a cualquiera con los prejuicios convencionales a sacar la errónea conclusión de que no estoy en mi sano juicio. No tengo el menor deseo de reforzar la opinión del doctor Stewart...

Admito que poco después de la medianoche del 15 de noviembre de 1963 el

cuerpo de mi hermano murió por mi mano; pero al mismo tiempo proclamo con toda energía que no soy su asesino. Mi propósito al hacer esta declaración —que ha de ser necesariamente larga, porque insisto en que debo contarlo todo— es probar de manera concluyente mi inocencia. Porque efectivamente, no soy culpable de ningún crimen, y esa acción mía que ha acabado con la vida que animaba el cuerpo de mi hermano no ha sido sino la acción refleja del hombre que ha comprendido la espantosa amenaza que representaba para la salud mental del mundo entero. Por tanto, y a la luz de la acusación de enajenación presentada contra mí, debo exponer ahora esta historia lo más detalladamente posible; debo evitar cualquier sombra que pueda desvirtuarla, y redactar las frases y los párrafos con cuidado meticuloso, procurando no pensar siquiera en el final hasta que llegue inevitablemente a ese horror...

Así que, ¿por dónde empezar?

Si se me permite citar a sir Amery Wendy-Smith:

Hay leyendas fabulosas sobre seres de las estrellas que habitaron esta Tierra millones de años antes de que el Hombre apareciese y que aún estaban aquí, en rincones oscuros, cuando finalmente acaeció el fenómeno humano. Y aún siguen aquí de alguna manera, estoy seguro.

Se recordará que esas palabras las pronunció el eminente arqueólogo y anticuario poco antes de emprender su último y desventurado viaje al interior de África. Sir Amery se refería, lo sé, a la misma raza de horrores que comenzaron a hacérseme espantosamente presentes hace dieciocho meses; y me vienen al pensamiento cuando recuerdo la manera en que regresó del continente negro, solo y delirando, a la civilización.

Por entonces mi hermano Julian era lo más opuesto a mí, en el sentido de que creía firmemente en el misterio. Era un devorador de libros terribles sin importarle si eran realistas —como *La rama dorada* de Frazer o el *Culto de las brujas* de Margaret Murray— o fantasiosos, como su colección de antiguos e inestimables números de *Weird Tales* y otras revistas por el estilo. Imagino que muchos amigos habrán sacado la conclusión de que su singular trastorno se debió a ese apetito insano por lo monstruoso y lo anormal. Naturalmente, no soy de esa opinión, aunque confieso que lo fui en un tiempo.

En cuanto a Julian, siempre había sido físicamente fuerte, aunque nunca reveló mucha fortaleza de carácter. De niño tenía una estatura como para salir airoso de cualquier fregado; pero nunca la determinación. Ahí es donde fallaba también como escritor; porque, si bien sus tramas era buenas, era incapaz de dar vida a sus personajes. Carente de personalidad, era como si sólo pudiera trasladar a su obra su propia debilidad. Trabajábamos en colaboración; yo me encargaba de desarrollar sus argumentos y de crear vida alrededor de sus personajes poco menos que de escayola.

Hasta la época a la que me refiero, ganábamos para vivir con comodidad, y hasta ahorrábamos bastante, lo cual nos vino muy bien, porque durante la enfermedad de Julian, en que yo apenas escribía una línea, me habría sido muy difícil ganar para los dos. Por suerte, aunque es triste decirlo, después me descargaron de él; pero eso fue a raíz de su trastorno...

Fue en mayo de 1962 cuando Julian sufrió su derrumbamiento; pero el principio de todo se remonta al 2 de febrero de ese año, día de la Candelaria, fecha que sé que tiene especial significado para cualquiera con algunas nociones de ocultismo. Esa noche soñó con gigantescas torres de basalto cubiertas de limo y lègamo oceánico, festoneadas de grandes algas marinas, con sus bases sobrecogedoramente hundidas en un suelo verdoso, y sus antepechos de ángulos no-euclidianos desdibujándose en la distancia acuosa de ese reino inquieto y submarino.

Por entonces estábamos metidos en una novela de ambiente dieciochesco, y recuerdo que nos habíamos acostado tarde. Al poco rato me despertaron los gritos de Julian y, completamente desvelado, me relató una desquiciada pesadilla que acababa de tener. Balbuceando, me habló de los seres que había visto acechar tras esas defensas monolíticas y tapizadas de limo; y recuerdo que al mirarle —se había calmado ya un poco—, pensé cuán extraño me parecía: era escritor de novelas de aventuras y al mismo tiempo lector y soñador de horrores. Pero se le podía reprender fácilmente; y fue tal el miedo y la aversión que le produjo el sueño que acababa de tener que no quiso volver a la cama, sino que pasó el resto de la noche en su cuarto de trabajo, ante la máquina de escribir, con todas las luces de la casa encendidas.

Podría pensarse que una pesadilla tan horriblemente intensa le habría disuadido de una vez por todas de seguir atiborrándose con esos festines nocturnos de lo menos dos horas de lectura espantosa. Pero, si acaso, tuvo el efecto contrario. Pero ahora sus estudios se encauzaban todos en una dirección determinada. Empezaba a mostrar un morboso interés por todo lo que tuviera relación con el horror oceánico, y adquiría y leía ávidamente tratados tales como el alemán *Unter-Zee Kulturen*, *Moradores de las profundidades* de Gaston le Fe, *Hydrophinnæ* de Gantley, o el maligno *Cthaa Aquadingen*, de autor anónimo. Aunque eran los libros de ficción los que acaparaban su interés. De ellos sacaba casi todos sus conocimientos sobre los Mitos de Cthulhu —que sostenía vehementemente que no eran tales—, y a menudo decía que lo que más le gustaría sería poder ver un ejemplar auténtico del *Necronomicón*, del árabe loco Abdul Al-Hazred, porque el que tenía de las Notas de Feery no valía prácticamente nada, dado que eran breves comentarios superficiales sobre lo que Julian decía que Alhazred desarrollaba en profundidad.

Durante los tres meses siguientes nuestro libro avanzó poco. No conseguíamos poner una fecha tope al trabajo y, de no ser porque nuestro editor era amigo personal, podía haber representado un serio perjuicio económico. Todo se debía a que Julian



había perdido interés por escribir. Vivía demasiado inmerso en sus lecturas para trabajar, y yo no conseguía que habláramos siquiera de los argumentos de los relatos. Y no sólo eso, sino que le volvían los sueños con una frecuencia y una intensidad cada vez mayores. Noche tras noche tenía esas mismas visiones sumergidas en el lúgubre y pobladas de terrores obscenos cuyo aspecto vislumbraba sólo en esos libros tenebrosos que constituían su lectura predilecta. Pero ¿sufría realmente? No estoy seguro. Porque a medida que pasaban las semanas, mi hermano se iba poniendo desasosegado y nervioso durante el día, y en cambio acogía con ansiedad la llegada de la noche y la cama en la que era presa de pesadillas y sueños horribles...

Teníamos alquilada en Glasgow, por una cantidad mensual razonable, una casa modesta donde disponíamos de dormitorios separados y un cuarto de trabajo que compartíamos. Los sueños de Julian habían empeorado —aunque yo notaba ahora que los esperaba con ansiedad—; y durante dos o tres noches seguidas habían sido especialmente malos cuando, a mediados de mayo, ocurrió. Él había mostrado un creciente interés por ciertos pasajes del *Cthaat Aquadingen* y había subrayado un pasaje de dicho libro que decía así:

*¡Emerge,  
oh Innominado!  
Que en tu hora  
los escogidos,  
por tu hechizo y tu magia,  
con sueños y encantamientos  
conozcan tu venida;  
que gocen de tu complacencia,  
por el amor de nuestro Señor,  
caballero de Cthulhu,  
Soñador de las profundidades Verdes,  
Othuum...*

Éste y otros fragmentos y párrafos extraídos de diversas fuentes, especialmente de textos de un puñado de autores, muchos de ellos censurados y todos supuestamente «desaparecidos» o muertos en extrañas circunstancias (Andrew Phelan, Abel Keane, Clairborne Boyd, Nayland Colum y Horvath Blayne) habían tenido una influencia de lo más inquietante en él; de manera que estaba al borde del agotamiento cuando finalmente se retiró, a hora tardía, la noche en que empezó verdaderamente el horror. Su estado se debía a que llevaba enfrascado tres días casi seguidos en esas obras morbosas, y en ese tiempo había dormido sólo a ratos, y sólo durante el día; nunca de noche. Y si se me ocurría amonestarle, contestaba que no quería dormir de noche «cuando está tan cercana la hora» y cuando «había tanto que sería extraño para él en las Profundidades». No sabía a qué podía referirse...

Después de retirarse él esa noche seguí trabajando como una hora más antes de acostarme. E iba a abandonar ya el estudio cuando, al pasar junto a la mesa de Julian, eché una ojeada a lo que le había tenido tan absorto, y vi —igual que la bobada que acabo de citar, según me pareció entonces— algunas citas copiadas de la Vida de san Brandán, abad de Clonfert, Galway:

Todo ese día los hermanos, aunque ya no tenían a la vista la isla, oyeron grandes gemidos de sus habitantes; y un olor pestilente era perceptible a gran distancia. Entonces san Brandán trató de levantar el ánimo de los hermanos, diciendo: «¡Soldados de Cristo, sed fuertes en la fe sin fingimiento y en la armadura del espíritu, porque ahora estamos en los confines del infierno!».

Más tarde he leído la Vida de san Brandán, y me ha sobrecogido, aunque mientras leía no podía establecer ninguna relación entre la palabra escrita y mi espantosa inquietud; sólo que había algo en el libro que me desasosegaba terriblemente; y más aún, he encontrado otras referencias a erupciones oceánicas históricas; a saber: las que hundieron la Atlántida y Mu; las consignadas en el *Liber Miraculorum* del monje y capitán francés Herberto de Clairvaux, en los años 1178-80, y la más cercana a nuestro tiempo, y que se ha conocido a través de médium del prohibido *Relato de Johansen*. Pero en la época a la que me estoy refiriendo estas cosas sólo me producían perplejidad; en ningún momento, ni siquiera en mis sueños más disparatados, habría sospechado lo que iba a venir.

No estoy seguro de cuánto tiempo dormí esa noche hasta que me despertó definitivamente Julian y, medio atontado aún, le descubrí acurrucado junto a mi cama, susurrando a oscuras. Su mano me agarraba del hombro, y aunque no me había espabilado del todo, recuerdo la fuerza con que me apretaba, y lo que dijo. Su voz tenía la calidad de trance del que está bajo una profunda hipnosis, y su mano se contraía cada vez que daba énfasis a una palabra.

—Se están preparando... Saldrán. No han invocado al Poder Superior; no tienen la bendición de Cthulhu, y su salida no será permanente ni se registrará... Pero será suficiente esfuerzo para la Transferencia de identidades... para la Gloria de Othuum...

»Utilizando a los Otros de África, a los que se apoderaron de sir Amery Wendy-Smith, *Shudde-M'ell* y sus hordas, para difundir sus mensajes e imágenes-sueño, han vencido finalmente el encanto mágico de las aguas profundas y ahora pueden controlar los sueños como antes, ¡a pesar de los océanos que los cubren! Una vez más tienen el dominio de los sueños, pero para llevar a cabo la transferencia no necesitan turbar siquiera la superficie del agua... una disminución de la presión les bastará.

»¡¡¡Ce'haie, ce'haie!!!

»*Incluso están subiendo ahora*. Y Él me conoce, me busca... Y mi mente, que ellos han preparado en mis sueños, estará aquí para recibirle, porque estoy listo y no

hace falta que esperen. Mi ignorancia no importa: ¡no necesito comprender! Ya me enseñarán ellos; como me han enseñado en sueños los Lugares Profundos. Pero no pueden obtener de mi mente, ni de ningún cerebro mortal, el conocimiento de la superficie... Las imágenes mentales de los hombres no son transmitidas con fuerza suficiente... Y el agua profunda —aun cuando han vencido en gran medida sus malos efectos merced al trabajo de Shudde-M'ell— perturba todavía esas imágenes borrosas que han conseguido obtener...

»Yo soy el elegido... A través de Sus ojos en mi cuerpo volverán a familiarizarse con la superficie; y llegado el momento, cuando las estrellas estén en posición, ¡podrán llevar a cabo la Gran Subida! ¡La maldición de Hastur! El sueño de incontables milenios de Cthulhu... En que todos los moradores profundos, habitantes oscuros, durmientes de las ciudades del légamo oceánico, confundirán nuevamente al mundo con sus poderes...

»Porque no está muerto el que puede yacer eternamente, y cuando hayan pasado los tiempos de misterio, volverá a ser lo que fue en otro tiempo... Pronto, cuando la Transferencia haya concluido, caminará Él sobre la Tierra con mi apariencia carnal; y yo, en las grandes profundidades, con la suya. De manera que donde dominaron antes podrán dominar otra vez; sí, incluso los hermanos de Yibb-Tstll y los hijos del soñador *Cthulhu* y sus siervos, *por la Gloria de R'lyeh...*».

Es cuanto recuerdo confusamente; aunque ni siquiera entonces entendí nada; porque como he dicho, en aquel momento no era más que un galimatías. Sólo más tarde he conocido ciertas leyendas y textos antiguos; y en particular, en relación con la última parte de las febriles palabras de mi hermano, el inexplicable dístico del árabe loco Abdul Alhazred:

«Que no está muerto lo que puede yacer eternamente  
y con los evos extraños aún la muerte puede morir».

Pero me estoy desviando.

Tardé un rato, después de apagarse el murmullo extravagante de su monólogo, en darme cuenta de que ya no estaba en la habitación conmigo, y que una fría brisa matinal recorría la casa. Aún estaban en su habitación sus ropas cuidadosamente dobladas donde las había dejado antes de acostarse; pero él se había ido, dejando abierta de par en par la puerta de la casa.

Me vestí de prisa y salí a buscarlo por los alrededores... sin resultado. Luego, cuando empezaba a amanecer, me dirigí a la comisaría de policía y descubrí —para mi horror— que tenían a Julian bajo «detención preventiva». Lo habían encontrado vagando sin rumbo por las calles del distrito norte de la ciudad, murmurando incoherencias sobre «dioses gigantes» que esperaban que alguien emergiera de las profundidades del océano. No tenía conciencia de que estaba en bata, ni pareció reconocerme cuando me pidieron que le identificara. Efectivamente, parecía estar

bajo los efectos de un terrible shock que le había dejado en un estado de estupor, y totalmente incapaz de razonar. Sólo murmuraba cosas incomprensibles y miraba con fijeza la pared norte de su celda, con un fulgor espantoso, demente, en el fondo de los ojos...

Mis quehaceres esa mañana me tuvieron completamente atareado, y de manera terrible; porque el estado de Julian era tal que por orden de un psiquiatra de la policía fue trasladado de la celda de la comisaría al sanatorio de Oakdeene, a fin de tenerlo «en observación». Pero no le fue fácil al personal del sanatorio ocuparse de él. Al parecer habían tenido bastantes problemas esa noche. Cuando finalmente llegué a casa, hacia mediodía, mi primer pensamiento fue echar una ojeada a la prensa diaria para ver si traía alguna noticia de mi hermano. Me alegró —en la medida que era posible dadas las circunstancias— descubrir que las andanzas de Julian habían sido desplazadas de un lugar destacado —que muy bien habrían podido ocupar— por un montón de sucesos muchísimo más graves.

Extrañamente, estos sucesos guardaban cierta semejanza con el trastorno de mi hermano, en el sentido de que todos consistían en aberraciones psíquicas sufridas por personas hasta ese momento absolutamente normales; y también, como en Oakdeene, en una hiperactividad de los enfermos más peligrosos de los hospitales psiquiátricos de la región. En Londres, un hombre de negocios de cierta posición se había arrojado desde el tejado, proclamando que debía «volar a Yuggoth, que esperaba en el borde». Chandler Davis, que murió más tarde delirando en Woodholme, pintó «en un trance de pura inspiración» un maligno «Paisaje de G'harne», en negro y gris, que su ofendida y asustada amante redujo a cenizas. Más extraño aún, un sacerdote de Cotswold había dado muerte a cuchilladas a dos feligreses suyos porque, según declaró después a la policía, «no merecían vivir»; y en la costa, cerca de Harden, Durham, habían visto extraños nadadores llevándose a un pescador que gritaba que eran «ranas gigantes», hasta que desapareció bajo las aguas tranquilas... Era como si en esa noche aciaga se hubiese abatido sobre el mundo una locura... o —como ahora me inclino a creer— como si hubiese emergido, infundiendo en los espíritus más sensibles un absoluto horror.

Pero todas estas cosas, con ser espantosas, no eran lo más turbador para mí. Recordando lo que Julian había murmurado en mi dormitorio mientras yo estaba en la cama medio dormido, sentí que me recorría un extraño e inexplicable frío al leer, en esos mismos periódicos, que un aficionado a la sismología decía haber registrado una perturbación submarina en el océano entre Groenlandia y el extremo norte de Escocia...

¿Qué había farfullado Julian sobre una salida que no se registraría? ¡Desde luego, algo había ocurrido en las profundidades del mar que sí se había notado!... Pero naturalmente, esto era una ridiculez; así que deseché el temor que me había asaltado

al leerlo. Cualquiera que fuese la perturbación ocurrida en el fondo oceánico, su relación con el comportamiento de mi hermano sólo podía ser casual.

Conque, más que empezar a darle vueltas a cuál podía ser la causa de los extraños sucesos de esa noche aciaga, di gracias a que Julian hubiera merecido una brevísima alusión en la prensa; porque lo ocurrido podía habernos perjudicado a los dos, de haber recibido más publicidad.

A Julian, sin embargo, no le preocupaban estas cosas. Era imposible que le preocupasen, porque durante un año siguió en el mismo estado de semiinconsciencia en que lo encontró la policía. Durante ese año sus delirios fueron de naturaleza tan increíble que le convirtieron, por así decir, en el caso y proyecto de investigación favorito de un famoso alienista de Harley Street. Efectivamente, como al mes de tratarlo, el buen doctor se sintió tan fascinado por el cuadro que presentaba mi hermano que no consintió que pagáramos los gastos de hospitalización en su sanatorio; y aunque yo visitaba a mi hermano a menudo —cada vez que iba a Londres—, el doctor Stewart no quiso oír mis repetidos intentos de pagar. Era tal la excepcionalidad del caso de su paciente que consideraba un privilegio la oportunidad que le brindaba de poder estudiar una mente tan absolutamente singular. Ahora no deja de asombrarme que este hombre que demostró tanta comprensión al tratar a mi hermano no tenga ninguna por lo que se refiere a mí; pero ésa es la situación a la que me ha conducido el curso de los acontecimientos. Sea como sea, era evidente que mi hermano estaba en buenas manos, y en cualquier caso yo apenas podía permitirme insistir en pagar: los honorarios del doctor Stewart son elevados.

Poco después que el doctor Stewart se hiciera cargo de Julian empecé a estudiar las cartas del cielo de mi hermano, la astronómica y la astrológica, y buceé en sus tratados sobre las artes y las ciencias supranaturales. Leí raros libros en esa etapa y me familiaricé con las obras de Fermold, Lévi, Prinn y Gezrael; y —en determinadas secciones oscuras del Museo Británico— me estremecieron la locura literaria del Magno, de Glynd y de Alhazred. Tuve en mis manos el *Texto de R'lyeh* y la *Historia de Johansen* y estudié las leyendas de las desaparecidas Atlántida y Mu. Hojeé tomos quebradizos de obras reservadas y rastreeé las fuentes de ciertas historias y mitos oceánicos. Leí el manuscrito de Andrew Phelan, la declaración de Abel Keane, el testamento de Clairborne Boyd, la confesión de Nayland Colum, y el relato de Horvath Blayne. Sometí los papeles de Jefferson Bates a un frío análisis, y velé noches enteras meditando sobre el hipotético destino de Enoch Conger.

Ya no necesito preocuparme más.

Todo este trabajo que cito me tuvo absorto casi el año entero, y al cabo de ese tiempo no estaba más cerca de la clave de la locura de mi hermano que cuando empecé. No; quizá esto no es del todo verdad. Pensándolo bien, creo que un hombre podría enloquecer después de explorar caminos tan tenebrosos como los que acabo de citar; sobre todo un hombre como Julian, que tenía una sensibilidad fuera de lo normal. Pero no estaba yo muy convencido de que fuese ésa la única explicación ni

mucho menos. En realidad, su interés por tales temas era de siempre; sólo que yo no veía por qué le había aumentado de repente, y de manera tan terrible. No; estaba seguro de que el origen de todo fue ese sueño que tuvo el día de la Candelaria.

Pero en cualquier caso, no consideraba enteramente perdido ese año. Aún no creía en cosas tales como oscuras pervivencias de tiempos remotos; grandes dioses antiguos aguardando en las profundidades del océano; un destino acechando a la especie humana, en forma de pesadillescos moradores del océano, desde el principio de los tiempos. ¿Cómo podía yo conservar mi propia cordura? Pero me había familiarizado con los misterios oscuros de la vieja Tierra. Y ciertos aspectos de esta investigación habían sido de especial interés para mí. Me refiero en especial a lo que había leído sobre los casos sorprendentemente parecidos de Joe Slater, que exploró las montañas de Catskill en 1900-01, de Nathaniel Wingate Peaslee, perteneciente a la Universidad de Miskatonic, en 1908-13, y de Randolph Carter, de Boston, cuya desaparición en 1928 se relacionó con el misterioso caso del swami Chandraputra en 1930. Por supuesto, había estudiado otros de supuesta posesión demoníaca —todos autenticados—; pero los que cito poseían especial significación, ya que guardaban un inquietante paralelismo con el que estaba investigando y afectaba terriblemente a mi hermano.

Pero el tiempo había corrido deprisa y fue una sorpresa inesperada para mí, aunque de inmenso alivio y satisfacción, encontrar en el buzón, una mañana del mes de julio de 1963, una carta del doctor Stewart en la que me informaba que mi hermano había experimentado una súbita mejoría. Es fácil imaginar mi alegría y mi asombro cuando, de nuevo en Londres a la mañana siguiente para visitar la consulta del doctor Stewart, encontré a mi hermano —hasta donde pude comprobar en los breves momentos— completamente recuperado de su enajenación. A decir verdad, fue el propio doctor quien, a mi llegada, me anunció que la curación de Julian era total, y que había vuelto a ser persona de la noche a la mañana; sin embargo, yo no las tenía todas conmigo. Me pareció notar en él un par de detalles que no eran propios de él.

Aparte de esto, no obstante, el grado de recuperación que manifestaba era asombroso. La última vez que le había visto, que había sido un mes antes, me había sentido hondamente afectado ante la insondable negrura de sus delirios. En dicha ocasión había ido a estar con él, al otro lado de la reja de la ventana, desde la que, según me habían dicho, se pasaba horas mirando hacia el norte; y en respuesta a mi precavido saludo había dicho: «Cthulhu, Othuum, Dagon, los Profundos de las tinieblas... todos duermen y descansan aguardando el momento de despertar...». No pude sacarle nada, aparte de este galimatías mitológico.

¡Qué transformación! Ahora me saludó efusivamente; aunque a decir verdad me dio la impresión de que tardaba un instante en reconocermme; y después de departir animadamente un rato con él llegué a la conclusión de que, hasta donde yo podía discernir, y salvo una actitud que encontraba nueva en él, parecía el mismo de

siempre. Esta actitud que digo consistía sobre todo en que parecía habersele manifestado una extraña fofobia, y ahora llevaba unas gafas grandes con cristales oscuros y protección lateral, de manera que era imposible verle los ojos, ni siquiera de lado. Pero, como averigüé más tarde, estas enigmáticas gafas tenían su explicación.

Mientras Julian preparaba sus cosas para regresar a Glasgow, el doctor Stewart me llevó a su despacho para que firmase los necesarios documentos de conformidad y hablarme de la sorprendente recuperación de mi hermano. Por lo visto una mañana, sólo una semana antes, al entrar en la habitación de su excepcional paciente, el doctor había encontrado a Julian encogido debajo de las sábanas. No consintió en asomar la cabeza ni que le destapasen hasta que le trajeron esas gafas de cristales oscurísimos. Aunque esta petición de ocultarse detrás de las gafas era una rareza inesperada, el asombrado alienista la encontró positiva, ya que constituía el primer reconocimiento consciente de la realidad que Julian revelaba desde el comienzo de su tratamiento. Y las gafas demostraron valer su peso en oro; porque a partir del instante en que se las puso se operó en él una progresiva mejoría hasta la absoluta normalidad. El único detalle que el doctor lamentaba de veras era que hasta el momento mi hermano se hubiera negado a dar una explicación: dijo simplemente *¡que la luz le hacía daño a los ojos!* Sin embargo, en cierto modo, me dijo el doctor, era de esperar una cosa así. Durante su larga enfermedad Julian había vivido tan alejado de los espacios libres, por así decir, que se le habían atrofiado los sentidos por la falta de uso, habían estado sin funcionar. Su recuperación le había dejado en la condición del hombre que, encerrado en una caverna durante mucho tiempo, es liberado de repente para enfrentarse a la luz del exterior; lo que explicaba también, en parte, la torpeza que había acompañado a cada acto físico suyo durante los primeros días de su recuperación. Uno de los ayudantes del doctor había tenido ocasión de observar cómo al principio había intentado envolver con los brazos los objetos que pretendía levantar o examinar —incluso objetos pequeños— ¡como si hubiera olvidado el uso de los dedos! También, al principio, el paciente había pretendido caminar casi a la manera de los pingüinos, en vez de andar como una persona; en cuanto a sus recién recobradas facultades de expresión inteligente, a veces descendían de la manera más extraña, y su habla degeneraba en un mero remedo gutural y siseante de la lengua inglesa. Pero todas estas anomalías desaparecieron en pocos días, y su recuperación quedó tan envuelta en el misterio como había quedado su deterioro.

Acomodados en el compartimento de primera del tren de Londres a Glasgow, en nuestro viaje de regreso, una vez agotadas las naturales preguntas que no tenía más remedio que hacerle a mi recobrado hermano —preguntas a las que, dicho sea de paso, contestó con reservada cautela—, había sacado un libro y me había puesto a leer. Al cabo de unos minutos, sobresaltado por un tren que cruzaba en sentido

contrario, alcé los ojos... y me alegre de que estuviéramos solos en el compartimento. Porque mi hermano había descubierto algo de gran interés para él en un periódico atrasado, y no sé lo que otros habrían podido pensar de la expresión que asomaba a su rostro... Mientras leía, su gesto se iba volviendo más desagradable y... sí, malévolos. Y las gafas negras lo acentuaban aún más: era una mezcla de sarcasmo cruel, triunfo siniestro y absoluto desprecio. Me quedé estupefacto, aunque no dije nada. Un rato más tarde —cuando él salió al pasillo a respirar un poco de aire fresco—, cogí el periódico y busqué la página que había estado leyendo, y que quizá era la causa de la espantosa contracción de sus facciones. En seguida descubrí el artículo que le había afectado, y una sombra del viejo temor me pasó por el pensamiento al leerlo. No tenía nada de extraño que la noticia fuera enteramente nueva para mí: apenas había hojeado un periódico desde que comenzó el horror el año antes; no obstante, era calcada de la que leí entonces. Allí estaba, con todos los pormenores; era casi un duplicado de los sucesos de aquella noche aciaga: una repentina hiperactividad de los lunáticos de la región, actos vesánicos y monstruosos de personas hasta entonces apacibles, incremento del fervor cultural en las sectas diabólicas de la región central de Inglaterra, seres marinos divisados frente a la costa de Harden, y otros sucesos más inexplicables en Cotswolds.

Un frío extraño, como de fondo oceánico, me heló el corazón. Pasé rápidamente el resto de la hojas, y casi se me cayeron de las manos cuando topé con el titular que casi me esperaba: se habían registrado temblores submarinos entre Groenlandia y en el extremo norte de Escocia. Y más aún: miré instintivamente la fecha que traía la cabecera de la página, y descubrí que el periódico era de hacía exactamente una semana: había llegado a los kioscos la misma mañana en que el doctor Stewart descubrió a mi hermano escondido bajo las sábanas en su habitación de ventanas enrejadas.

Mis temores, no obstante, parecían carecer de fundamento. De regreso a nuestra casa de Glasgow, lo primero que hizo mi hermano, para mi alivio y satisfacción, fue quemar todos sus tratados de antiguos saberes y de brujería; pero no hizo ningún intento de volver a escribir. En cambio se pasaba el día deambulando por la casa como un alma en pena, con un sentimiento que yo imaginaba de frustración por todos los meses perdidos, de los que decía que no recordaba nada. Y ni una sola vez, hasta la noche en que murió, pude verle sin esas gafas. Creo que no se las quitaba ni para dormir; pero el significado de esta norma, y de algo que murmuró esa noche en mi habitación, no se me hizo claro hasta mucho después.

Pero volviendo a las gafas, me habían asegurado que se le pasaría esta ftofobia; sin embargo, a medida que transcurrían los días se hacía cada vez más evidente que las seguridades del doctor Stewart carecían de fundamento. ¿Y cómo podía explicarme ese otro cambio que había observado en él? Así como antes Julian había



sido casi tímido y retraído, con su barbilla huida y su carácter igual, ahora estaba desconocido, en el sentido de que imponía su criterio en las cosas más triviales cada vez que había ocasión, y su cara —los labios y la barbilla en particular— adquiría una firmeza completamente ajena a su anterior fisonomía. Todo era de lo más desconcertante; y a medida que se iban las semanas me daba más cuenta de que, lejos de ir mejorando este cambiado hermano mío, le estaba pasando algo grave. Aparte de su ensimismamiento, un horror más oscuro anidaba en él. ¿Por qué no quería reconocer que sus sueños estaban constantemente poblados de pesadillas monstruosas? Bien sabe el cielo que soñaba poco para como estaba; y cuando lo hacía, a menudo venía a despertarme murmurando en plena noche aquellos mismos horrores que tan fuertemente habían figurado en su larga enfermedad.

Pero entonces, a mediados de octubre, Julian experimentó lo que yo tomé por una verdadera mejoría. Se volvió un poco más alegre; incluso se interesó por unos manuscritos abandonados hacía tiempo; aunque no creí que fuera a hacer nada con ellos. Y hacia final de mes me reveló un secreto: desde hacía bastante, me dijo, le estaba dando vueltas a un buen argumento, aunque no conseguía ponerse a trabajar en él. Era un relato que quería escribir por su cuenta; aunque requería mucha labor de investigación, ya que debía preparar meticulosamente el material necesario. Me pidió que tuviera un poco de paciencia con él mientras estuviese en ello, y le permitiese disponer de todo el aislamiento que nuestra casa podía proporcionar. Accedí a sus peticiones, aunque no veía la necesidad de encerrarse con llave; ni entendí por qué vació la espaciosa bodega de debajo de la casa «para un futuro uso». No le hice preguntas: me pedía intimidad, y la tendría en lo que yo pudiera ayudarle. Pero confieso que me sentía más que medianamente curioso.

A partir de ese momento vi a mi hermano sólo en las comidas —que por su parte no eran frecuentes— y cuando abandonaba su habitación para ir a la biblioteca a sacar libros, cosa que hacía a diario con puntualidad cronométrica. Al principio, yo procuraba estar en el portal de casa a la hora en que regresaba, porque no sabía qué dirección iría a tomar su trabajo y pensaba que quizá podía hacerme una idea si veía los títulos de los libros que consultaba.

En todo caso, los volúmenes que Julian sacaba de la biblioteca sólo servían para aumentar mi perplejidad. ¿Qué diablos podía buscar en libros como *Armas e ingenios nucleares*, de Lauder, *Los rayos X*, de Schall, *El universo exterior*, de Couderc, *El hombre y la energía*, de Ubbelohde, *Maravillas de la ciencia moderna*, de Keane, *La psiquiatría hoy*, de Stafford Clarke, *Einstein*, de Schubert, *El mundo de la electricidad*, de Geber, y todos aquellos manuales de *El Nuevo científico* y de *El progreso de la ciencia* con los que volvía cargado a casa día tras día? Sin embargo, nada de cuanto estuviera haciendo me causaba la inquietud que había sentido antes, cuando sus lecturas eran todo menos científicas y consistían en aquellos tratados espantosos que él mismo había arrojado a la hoguera. Pero mi relativa tranquilidad estaba destinada a durar poco tiempo.

Un día de mediados de noviembre —eufórico por el éxito que para mí suponía haber logrado terminar un capítulo difícil de un libro que avanzaba despacio—, fui a la habitación de Julian a contárselo. No lo había visto en toda la mañana; pero no me había enterado de que había salido hasta que, tras llamar y no recibir respuesta, entré en su habitación. Julian había adoptado la costumbre de cerrar su puerta con llave cuando se ausentaba, y me sorprendió que en esta ocasión no lo hubiera hecho. Comprendí que la había dejado así a propósito; para que yo pudiese ver la nota que me había dejado en la mesita de noche. Garabateado con letra torpe y vacilante sobre un folio blanco, el escueto mensaje decía:

Philip;

Me marcho a Londres por cuatro o cinco días,

A investigar. Museo Brit...

Julian

Un poco contrariado, me volví para salir de su cuarto; y al hacerlo mis ojos descubrieron su diario abierto al pie de la cama, donde lo había dejado caer. No era para mí una sorpresa que llevara un diario —antes de su trastorno solía guardar anotaciones personales—. Y como no soy chismoso habría salido al instante, si no llega a ser porque en la página abierta vi una palabra —o un nombre— escrita a mano que reconocí: «Cthulhu».

No era más que eso; sin embargo, removió en mi cerebro antiguas aprensiones. ¿Se le estaba reproduciendo el trastorno? ¿Necesitaba aún tratamiento psiquiátrico y le estaban volviendo los delirios de antes? Recordando que el doctor Stewart me había advertido de la posibilidad de una recaída, consideré mi deber leer lo que mi hermano había escrito; pero me encontré con una dificultad aparentemente insuperable. En otras palabras: era incapaz de leer su diario porque estaba redactado con una escritura extraña, crípticamente cuneiforme, que sólo había visto en los libros que él había quemado. Se parecían estos horribles caracteres a los minúsculos grupos de puntos de los *Fragments de G'harne* —recordaba haber leído sobre ellos un artículo en un libro de Julian, una revista de arqueología—, aunque sólo ligeramente. No contenía nada que yo entendiera salvo esa única palabra: «Cthulhu»; e incluso parecía que la había escrito y, tras recapacitar, había trazado encima un garabato a modo de sustitución.

En seguida tomé una decisión sobre lo que debía hacer: ese mismo día cogí el diario y embarqué en el tren de las doce a Wharby. El artículo sobre los *Fragments de G'harne* que me había venido a la memoria era del profesor Gordon Walmsley, conservador del museo Wharby, de Goole; quien, dicho sea de paso, había reivindicado la primera traducción de los fragmentos frente a la pretensión del excéntrico y hace tiempo desaparecido anticuario y arqueólogo sir Amery Wendy-

Smith. El profesor Walmsley es una autoridad en la Piedra de Phitmar, contemporánea de la Piedra de Rosetta —esa piedra con inscripciones-clave en dos tipos de jeroglíficos egipcios—, y en los caracteres de las columnas de Geph, y tiene en su haber otras traducciones y proezas epigráficas por el estilo. La verdad es que fue una enorme suerte que lo encontrara en el museo; porque tenía previsto marcharse a Perú a la semana siguiente, donde aguardaba a su talento otro trabajo similar. Con todo, pese a lo ocupado que estaba con los preparativos, se mostró profundamente interesado en el diario; al preguntarme de dónde habían sido copiados estos jeroglíficos, por quién y con qué objeto, le mentí: le dije que los había copiado mi hermano, y que eran inscripciones de un monolito de piedra negra hallado en las montañas de Hungría; porque sabía que existe esa piedra, y la había encontrado citada en un libro de mi hermano. El profesor entornó los ojos con recelo ante esta mentira; pero sentía tanto interés por los extraños caracteres del diario que en seguida olvidó lo que había despertado su desconfianza, fuera lo que fuese. Y desde ese instante, hasta el momento en que me levanté para abandonar su despacho, situado en una de las dependencias del museo, no intercambiamos una sola palabra. Se sumió de tal manera en la contemplación del diario que creo que se olvidó por completo de mí. Antes de salir, no obstante, conseguí arrancarle la promesa de que me lo mandaría a mi dirección de Glasgow en el plazo de tres días, acompañado de su traducción si podía ser. Me alegré de que no me preguntara por qué le pedía la traducción.

Mi fe en el talento del profesor se vio finalmente confirmada... aunque demasiado tarde. Porque Julian regresó a Glasgow al tercer día por la mañana: veinticuatro horas antes de lo que yo había calculado, cuando aún no me había llegado su diario... Y en seguida notó su falta. Estaba trabajando yo sin mucho entusiasmo en mi novela, cuando apareció Julian. Evidentemente, antes había pasado por su habitación. De repente noté una presencia en mi cuarto.

Estaba tan absorto en mis ficciones y mis ideas que no había oído abrirse la puerta; sin embargo, noté una presencia dentro; digo una presencia porque ésa fue la sensación. Estaba siendo observado; ¡pero no por un ser humano! Me volví despacio, con los cabellos de la nuca erizándose como si tuviesen vida propia. Y de pie, en el vano de la puerta abierta, con una expresión en la cara que sólo puedo calificar de absolutamente repugnante, estaba Julian. Pero aun en el instante de descubrirlo, sus horribles facciones se distendieron tras sus enigmáticas gafas negras, y esbozó una sonrisa forzada.

—No sé dónde he puesto mi diario, Philip —dijo despacio—. Acabo de llegar de Londres y no lo encuentro por ningún lado. ¿No lo habrás visto tú? —había un atisbo de ironía en su voz, una muda acusación—. En realidad no lo necesito; pero contiene una o dos cosas que he escrito en clave, ideas que quiero utilizar en mi relato. Te voy a hacer una revelación: ¡Estoy escribiendo una fantasía! O para ser más exacto, una

mezcla de terror, ciencia ficción y fantasía; es lo que hace furor hoy en día. La situó en la época en que decidimos venirnos al campo. En cuanto tenga listo el borrador te lo enseñaré. Pero ahora, puesto que no has visto el diario, si me disculpas, voy a ordenar unas cuantas notas que he tomado.

Abandonó rápidamente la habitación, antes de que yo pudiera contestar, y mentiría si dijese que no me alegre de que se fuera. Y no pude por menos de notar que con su marcha desapareció también la sensación de una presencia extraña. Entonces sentí las piernas flojas, al tiempo que un aura premonitoria invadía mi habitación como una nube negra. No se me disipó esa sensación: más bien se me fue haciendo más intensa a medida que avanzaba la noche.

Tumbado en la cama, esa noche, no paré de pensar en lo extraño que estaba Julian, y tratando de encontrar algún sentido a todo. ¿Una fantasía? ¿Podía ser? No era propio de Julian. Y si sólo era que estaba trabajando en un relato, ¿por que asomó una expresión tan terrible a su cara al no encontrar el diario? ¿Y por qué escribir un relato en un diario? ¡Ah, siempre le había gustado leer esa literatura espectral —claramente excesiva, como he explicado—; pero jamás había manifestado el menor deseo de cultivarla! ¿Y qué libros sacaba de la biblioteca? ¡No parecía que pudieran tener ninguna relación con la elaboración de un relato fantástico! Y había algo más, algo que de vez en cuando se me aparecía brevemente a los ojos de la imaginación, pero que no lograba identificar. Entonces caí en la cuenta de lo que me estaba inquietando desde que había visto ese diario: ¿dónde, en nombre de lo más sagrado, había aprendido Julian a escribir en jeroglíficos?

¡Eso lo corroboraba!

No; no creía que Julian estuviese escribiendo ningún relato. Eso era sólo un subterfugio que se había inventado para apartarme de su camino. Pero ¿tenía un camino? ¿Qué hacía en realidad? ¡Ah, lo que sí me parecía evidente era que estaba al borde de otra crisis; y cuanto antes me pusiera en contacto con el doctor Stewart, mejor! Todos estos pensamientos tumultuosos me tuvieron desvelado hasta muy tarde, y si mi hermano volvía a ponerse desasosegado esa noche no lo oiría. Me encontraba tan agotado mentalmente que cuando por fin me dormí me quedé como un tronco.

¿No es asombroso cómo la luz del día tiene el don de disipar los más grandes terrores de la noche? Con la llegada de la mañana se aplacaron mis aprensiones, y decidí esperar unos días más antes de ponerme en contacto con el doctor Stewart. Julian pasó la jornada encerrado en la bodega, y finalmente —sintiéndome preocupado otra vez a medida que se acercaba la noche—, decidí hablar con él, si era posible, durante la cena. Mientras comíamos le comenté lo extraño que me parecía su comportamiento y mencioné de pasada mi temor de que tuviese una recaída. Sus respuestas me dejaron estupefacto. Dijo que era culpa mía el que hubiera tenido que

refugiarse en la bodega para trabajar, añadiendo que la bodega era el único refugio donde podía estar seguro de su intimidad. ¡Se echó a reír ante mi miedo a que pudiera sufrir una recaída, y dijo que nunca se había sentido mejor! Cuando aludió a su «intimidad» comprendí que se refería al desdichado incidente de la desaparición del diario, y sentí vergüenza por dentro. Maldije mentalmente al profesor Walmsley y su museo.

Sin embargo, pese a todas sus hábiles explicaciones, esa noche fue la peor; porque la pasó farfullando y gimiendo en sueños, impidiéndome pegar ojo; así que cuando me levanté, ojeroso y de mal humor, avanzada ya la mañana del 13, decidí hacer algo.

Esa mañana sólo vi a Julian un instante, al salir de su habitación y dirigirse a la bodega, con la cara pálida y hasta cadavérica. Sospeché que sus pesadillas habían tenido tan malos efectos en él como en mí; no obstante, más que cansado o atormentado, parecía presa de una excitación febril.

Ahora mi alarma fue más intensa que nunca; incluso escribí atropelladamente al doctor Stewart un par de cartas, que arrugué sucesivamente y arrojé a la papelera. Si Julian era sincero y estaba haciendo algo, no quería defraudar su confianza —la que le quedara—. Pero ¿y si no decía la verdad? Una morbosa curiosidad por saber el resultado de sus misteriosas actividades me dominaba. Incluso dos veces ese día, a las doce y al anochecer, momentos en que me solían aumentar los temores, llamé a la puerta del sótano para preguntarle qué hacía. Ignoró por completo mis llamadas; pero yo estaba decidido a hablar con él. Cuando finalmente salió de la bodega, avanzada la noche, le estaba esperando en la puerta. Cerró con llave tras él, cuidando de que no vislumbrara yo el interior desde donde estaba, y me miró inquisitivamente desde detrás de sus horribles gafas negras antes de esbozar un levísimo remedo de sonrisa.

—Philip; has sido muy paciente conmigo —dijo cogiéndome por el codo y obligándome suavemente a subir la escalera de la bodega—, y sé que debo dar la impresión de que me comporto de manera extraña y misteriosa. En realidad tiene una explicación muy sencilla; pero aún no ha llegado el momento de dártela. Sólo te pido que tengas confianza en mí y esperes. Si te preocupa que esto vaya a derivar en otro ataque de... bueno, en otra crisis, estate tranquilo. Me siento completamente bien. Lo que necesito es un poco más de tiempo para acabar lo que estoy haciendo. En cuanto termine, que será pasado mañana, yo mismo te pediré que entres ahí —hizo una seña por encima del hombro, hacia la bodega—, y te lo enseñaré todo. Lo único que te ruego es que tengas paciencia un día más. Créeme, Philip; te voy a hacer una revelación que te hará estremecer hasta los huesos; y entonces... lo comprenderás todo. No me pidas que te lo explique ahora, ¡no lo creerías! En cambio, cuando te lo enseñe y lo tengas delante de los ojos, lo comprenderás por ti mismo.

Parecía tan razonable, tan sensato —un poquitín ansioso si acaso— y tan excitado como un niño a punto de enseñar su juguete nuevo. Como quería creerle, me dejé convencer en seguida; y nos dispusimos a despachar la última comida del día.

Julian se pasó la mañana del 14 trasladando sus escritos —resmas de papeles cuya existencia yo ni siquiera sospechaba—, junto con multitud de objetos en cajas de cartón, de su habitación a la bodega. Tras una comida frugal a mediodía se fue a la biblioteca, a «hacer una comprobación final», y regresó con varios libros, pedidos a última hora. Mientras estuvo ausente bajé a la bodega, sólo para descubrir que la había cerrado y se había llevado la llave. Al volver se pasó la tarde entera abajo encerrado, y reapareció, ya de noche, con la expresión singularmente exaltada. Más tarde, cuando ya me había retirado a mi habitación, vino a llamar a mi puerta.

—Hace una noche excepcionalmente clara, Philip, y me gustaría echar una ojeada al cielo... Siempre me han fascinado las estrellas, ¿lo sabías? Pero desde la ventana de mi habitación no se ven bien. ¿Me dejas contemplarlas un rato desde aquí?

—¡Adelante muchacho, no faltaba más! —contesté, gratamente sorprendido. Me levanté de mi butaca al tiempo que él cruzaba la habitación, y me acodé a su lado en el alféizar. Se puso a mirar, a través de sus lentes extraños y oscuros, hacia la oscuridad de la noche. Observe que estudiaba con atención las constelaciones. Y desviando la mirada del firmamento hacia su cara, murmuré: «Observando las estrellas, uno casi se inclina a creer que están ahí con una finalidad distinta de la de hacer hermosa la noche».

De repente, la actitud de mi hermano cambió. «¿Qué te hace decir eso?», me preguntó con brusquedad, mirándome de manera evidentemente recelosa. Había sido un comentario totalmente inocente.

—Me refiero a que los antiguos astrólogos tenían al fin y al cabo sus ocurrencias —contesté.

—La astrología es una ciencia antigua y muy precisa, Phillip; no deberías hablar tan a la ligera —lo dijo despacio, como conteniéndose. Algo me advirtió que no debía replicar, así que no dije nada más. Cinco minutos después se marchó. Meditando sobre la extraña reacción de mi hermano, seguí levantado un rato más; y al levantar la vista hacia las estrellas parpadeantes a través de la ventana, me vinieron a la memoria las palabras que él había murmurado en la oscuridad de mi dormitorio, hacía tiempo, al principio de su crisis. Había dicho:

«Llegado el momento, cuando las estrellas estén en posición, podrán realizar la Gran Salida...».

No conseguí dormir en toda esa noche; no me lo permitieron los ruidos, murmullos, gruñidos y barboteos que me llegaban alto y claro de la habitación de Julian. Hablaba en sueños de cosas asombrosas e inexplicables como el Desierto Verde de las Profundidades, el Devorador Escarlata, el Soggoth encadenado, el Acechador del Umbral, Yibb-Tstll, Tsathoggua, los Gritos Cósmicos, los Labios de Bugg-Shash y los habitantes del Abismo Helado. Hacia el amanecer, rendido de cansancio, me llegaron una serie de sueños malignos que dominaron mi subconsciente hasta que desperté poco antes del mediodía del 15.

Julian estaba ya en la bodega; y en cuanto me lavé y me vestí, recordando su promesa de «enseñarme» lo que había hecho, me apresuré a bajar. Pero cuando llegaba al tramo que bajaba a la bodega me detuvo el clac metálico de la tapa del buzón, en la puerta.

¡El diario!

Temiendo irrazonablemente que Julian lo hubiera oído también, retrocedí, recogí el paquete de papel marrón que yacía en el felpudo de dentro, y corrí a mi habitación. Cerré la puerta y abrí el paquete. Antes me cercioré de que Julian no había cerrado su cuarto con llave. Mi idea era entrar y dejar el diario detrás de la cabecera de su cama mientras él estaba abajo. Así le haría creer que lo había puesto en mal sitio. Pero al dejar el diario, y recoger las hojas grapadas que se habían caído al suelo, y leerlas, se me olvidó por completo el plan ante la revelación de que mi hermano estaba al borde de la locura. Walmsley había hecho lo que me había prometido. Arrojé la carta breve e inquisitiva que adjuntaba y leí apresuradamente, con creciente horror, su traducción de las notas crípticas de Julian. Todo estaba en ellas, toda la prueba que yo necesitaba, redactada en párrafos claros y separados. Pero no me hacía falta leerlas de principio a fin. Determinadas palabras y frases parecían resaltar especialmente, y atraer mi mirada ansiosa:

Esta forma/aspecto (?) me repugna. Por suerte no tengo que esperar mucho tiempo. Está la dificultad de que esta forma/cuerpo/aspecto/apariencia (?) no quería obedecer al principio, y temo que haya despertado algún recelo en... (¿...?). También debo ocultar/proteger/esconder/disimular (?) esa parte de mí que me ha acompañado en la transferencia/viaje/paso (?).

Sé que la mente de (¿...?) funciona mal en las Profundidades... y naturalmente sus ojos se han estropeado/destruido/inutilizado (?) por completo...

Maldita el agua que aquietta/somete (?) el poder del Gran (¿...?). En estos pocos periodos/etapas (?) he visto/observado (?) mucho y he estudiado lo que he visto y leído; pero necesito adquirir conocimientos en secreto. Los impulsos psíquicos/mensajes mentales (¿telepatía?) de mis parientes/hermanos (?) de (¿...?), cerca de ese lugar que los hombres llaman (¿...?) del Diablo, han sido de poca utilidad para mí, porque el progreso que estos seres/criaturas (?) han hecho es fantástico durante los tiempos/momentos/periodos (?) profundos, desde su ataque en (¿...?) Diablo.

He visto mucho, y sé que aún no ha llegado el momento de subir/emergir (?). Han desarrollado armas de (?) poder. Correríamos el peligro/riesgo (?) de una derrota... y entonces no podría ser.

Pero si vuelven sus ingenios contra sí, se arrojan naciones contra naciones (¡¡entonces!!) destrucción/hecatombe (?) entre rivales (posiblemente *Azathoth*, como en los *Manuscr. Pnakóticos*).

La mente de (¿...?) se ha roto por la presión de la profundidad; ahora será necesario abrazar mi forma verdadera a fin de reconvertirme/volver a traerlo (?).

¿Cthulhu? triunfa (???) Estoy ansioso por volver a mi apariencia/forma/cuerpo (?). No me gusta cómo este hermano (¿la palabra hermano implica falsedad?) me mira... Pero no sospecha nada...

Había más, mucho más; pero me salté casi toda la traducción restante y leí el último párrafo que, posiblemente, había escrito Julian poco antes de salir para Londres:

(¿Fecha?) esperar seis... (¿breves periodos de tiempo?) más. Entonces las estrellas estarán en posición/en orden/-situadas (?), y si todo va bien podrá realizarse/cumplirse (?) la transferencia.

No contenía nada más; ¡pero era suficiente! ¡El comentario de que yo no «sospechaba» nada con relación a esos horrores causantes de su primera crisis bastaba para convencerme de manera concluyente de que mi hermano estaba muy mal!

Cogí el diario y salí corriendo de la habitación con una idea en la cabeza: fuera lo que fuese lo que Julian creía que estaba haciendo, tenía que detenerlo. Ya sus desvaríos eran una terrible amenaza para su salud; y quién sabía si la siguiente vez tendría curación. Si sufría un segundo ataque, era muy posible que no volviera a salir de la locura.

Empecé a golpear frenéticamente la puerta de la bodega. Abrió y caí literalmente dentro. Caí efectivamente; me precipité del mundo de la racionalidad a una dimensión demente, extraña, de pesadilla, absolutamente ajena a toda experiencia anterior. Jamás olvidaré mientras viva lo que vi. El suelo del centro de la bodega estaba completamente limpio; y en él, dibujado con firmes trazos de tiza roja, había un símbolo enorme e inequívocamente maligno. Yo lo había visto antes en los libros que él había destruido... ¡y me estremecí al recordar lo que había leído sobre él! Más allá del símbolo dibujado, en un rincón, un montón de cenizas era todo lo que quedaba de la multitud de notas de Julian. Había una vieja parrilla colocada horizontalmente sobre ladrillos, y encima de ella estaban ya los elementos para encender un fuego. Un texto criptográfico, que reconocí como el blasfemo *Código de Nyhargo*, estaba garabateado con tiza verde y azul en las paredes; en el aire flotaba un espeso olor a incienso. La escena entera era espantosa, irreal, un cuadro vivo de Eliphas Levi: ¡nada menos que la madriguera de un hechicero! Horrorizado, me volví hacia Julian... a tiempo de verle levantar un pesado atizador de hierro e iniciar el movimiento de descargarlo con fuerza sobre mi cabeza. No levanté un solo dedo para



detenerlo. No pude... *porque se había quitado las gafas, y la visión de su terrible rostro me había paralizado ...*

Recobrar la conciencia fue como emerger de las profundidades de un mar tenebroso y oscuro. Subí entre multitudes de nadadores a un mundo exterior donde la superficie rizada del océano se hallaba débilmente iluminada por el resplandor de un sol anaranjado y moribundo. Cuando los latidos de mi cabeza se apaciguaron, las ondulaciones de las aguas se resolvieron en las rayas de mi chaqueta; ¡pero seguía el resplandor rojizo! Mi inmediata esperanza de que todo hubiera sido una pesadilla se vino abajo; porque al levantar precavidamente la cabeza, que me colgaba sobre el pecho, todo el ámbito de la bodega quedó expuesto a mi incrédulo escrutinio. Gracias a Dios Julian estaba de espaldas a mí y no me vio la cara. De haberme mirado otra vez en el instante en que me recobraba, estoy seguro de que sus ojos infernales me habrían hecho perder la razón.

Ahora descubrí que el resplandor anaranjado era el reflejo del fuego que ardía sobre la parrilla horizontal; que el atizador con que me había golpeado estaba hundido en el centro de las llamas y el rojo vivo del hierro subía visiblemente hacia el mango de madera. Miré mi reloj y vi que había estado inconsciente varias horas: eran cerca de las doce de la noche. Esa mirada me bastó también para comprobar que estaba atado a la vieja silla de mimbre en la que me hallaba sentado, porque vi las cuerdas. Doblé los músculos contra las ligaduras y noté, no sin cierta alegría, que cedían un poco. Había conseguido no pensar en lo cambiada que tenía la cara Julian; pero al darse la vuelta hacia mí, tuve que hacer acopio de valor para resistir la impresión.

Su cara era una máscara blanca, impasible, en la que brillaban, fríos y malévolos e indeciblemente extraños, ¡esos ojos! Juro, como que vivo y respiro, que eran el doble de grandes que los de una persona normal, y totalmente escarlata, y sobresalían de sus cuencas con fría y orgullosa hostilidad.

—Ah, ya vuelves a nosotros, querido hermano. Pero ¿por qué me miras así? ¿Tan espantosa te parece esta cara? ¡Permite que te diga que no la encuentras ni la mitad de espantosa que yo!

La monstruosa verdad, o lo que yo tomaba por verdad, empezó a esbozarse en mi confuso cerebro. «¡Las gafas oscuras! —jadeé—. No me extraña que tengas que llevarlas incluso de noche. ¡No soportas la idea de que la gente vea esos ojos enfermos!».

—¿Enfermos? No; tu deducción es sólo parcialmente correcta. Tenía que llevar esas gafas, es cierto; tenía que llevarlas, o delatarme, lo que no habría gustado nada a los que me han enviado, créeme. Porque Cthulhu, bajo las aguas de la región apartada del mundo, ha hecho ya saber a Othuum, mi señor, su desagrado. Han hablado en sueños, y Cthulhu está irritado —se encogió de hombros—. Además, necesito las

gafas. Estos ojos están acostumbrados a penetrar las profundidades más negras del océano. Al principio, vuestro mundo de la superficie ha sido angustioso para mí; pero ya me he habituado a él. De todos modos, no me queda mucho tiempo de estar aquí; y cuando me vaya, me llevaré conmigo este cuerpo —tiró de sí con desprecio—; por gusto.

Yo sabía que lo que decía no era posible, que no podía ser, y le grité, rogándole que reconociera su propia locura. Le dije, entre tartamudeos, que la moderna ciencia médica podría sin duda corregir cualquier anomalía que tuviera en los ojos. Ahogó mis palabras con una risotada. «¡Julian!», exclamé.

—¿Julian? —contestó—. ¿Julian Haughtree? —inclinó su cara espantosa hasta que estuvo a unas pulgadas de la mía—. ¿Estás ciego, muchacho? Yo soy Pesh-Tlen, hechicero del norte del Profundo Gell-Ho —se apartó, dejando que mi cerebro turbado ordenase un cúmulo desquiciante de datos: los Mitos de *Cthulhu*; esos pasajes del *Cthaat Aquadingen* y de la *Vida de san Brandán*; los sueños de Julian: «Ahora ya pueden controlar los sueños como antes»; la transferencia de mentes; «Emergerán»; «a través de sus ojos en mi cuerpo»; dioses gigantes que aguardan en las profundidades oceánicas; «Caminará sobre la tierra con mi apariencia», ¡una perturbación submarina frente a la costa de Groenlandia! El Profundo Gell-Ho del norte...

¡Dios mío! ¿Podían existir tales cosas? ¿No era, entonces, un fantástico delirio de Julian, sino una realidad increíble? ¿Y este ser que ahora tenía delante? ¿Era capaz de ver, de verdad, con esos ojos de monstruo abisal? Y si veía, ¿lo hacía gobernado por esa mente monstruosa?

Después, no fue la locura lo que me invadió —no entonces—, sino más bien una rebelión de todo mi ser a aceptar lo que era inaceptable. No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado, pero el sortilegio se rompió con la primera, distante campanada de las doce.

Con el sonido de este clamor lejano, mi cerebro recobró una claridad de cristal, al tiempo que los ojos del ser llamado Pesh-Tlen centellearon con más intensidad aún; y sonrió —si puede calificarse así la expresión que esbozó su rostro— triunfalmente. Al ver esa sonrisa, comprendí que algo espantoso iba a ocurrir, y forcejeé con mis ligaduras. Noté con alivio que se aflojaban un poco alrededor de mi cuerpo. El... ser, entretanto, se había alejado unos pasos y se disponía a sacar el atizador del fuego. Mientras seguían sonando débilmente las horas a lo lejos, alzó los brazos, hizo unos signos extraños en el aire con el extremo al rojo del atizador, e inició un cántico o invocación con unos hipidos y acentos de tan discordante y cacofónica asociación que me encogieron el alma. Era fantástico que lo que gruñía, roncaba, siseaba y silbaba con increíble fluidez pudiera brotar de la garganta de un ser al que había llamado hermano, independientemente de la fuerza que moviera sus cuerdas vocales. Pero, fantástico o no, lo oí. ¿Lo oí? Lo cierto es que, cuando se apagó esa algarabía demente, perdiéndose en un chillido atiplado y final, ¡vi su resultado!

En un rincón de la bodega comenzaron a hacerse presentes en el aire unas volutas contorsionantes de humo verde; no lo vi surgir, ni sabía de dónde procedía; ¡pero, de repente, estaba allí! Las volutas se convirtieron rápidamente en una columna que empezó a girar y girar, cada vez más deprisa, adquiriendo densidad, y formó... ¡una figura!

Fuera, en la oscuridad de la noche, fulguraban los relámpagos y estallaban los truenos sobre la ciudad en lo que me dijeron después que fue la peor tormenta desde hacía años. Pero yo apenas oía los truenos ni la lluvia que caía torrencial. Todos mis sentidos estaban concentrados en la figura del rincón que giraba y se iba materializando en silencio. La bodega tenía el techo alto, casi once pies; sin embargo, lo que se estaba formando parecía llenar el espacio.

Entonces grité. Y por fortuna, me desvanecí. Una vez más mi cerebro se había ocupado de sumar los hechos tal como yo los conocía... y me había preguntado cuál era el motivo de que Pesh-Tlen invocara a este horror de las profundidades, o de donde fuera. Arriba en mi habitación, a menos que Julian hubiera pasado por allí y me lo hubiera quitado, estaba la respuesta donde yo la había dejado: ¡la traducción de Walmsley! ¿No había escrito en ese diario Julian, o Pesh-Tlen, o quienquiera que fuese: «ahora será necesario abrazar mi forma natural a fin de volver a ella»?

Mi desvanecimiento debió de ser sólo momentáneo; porque al recobrarme por segunda vez vi que el ser del rincón aún no se había materializado del todo. Había dejado de girar y ahora era opaco en su centro, pero su silueta era borrosa y fluctuante como una escena contemplada a través del humo. La criatura que había sido Julian estaba a un lado, con los brazos levantados hacia el bulto semiconsistente del rincón, con el rostro tenso y presa de contracciones de espantosa ansiedad.

—Mira —dijo fríamente, medio vuelto hacia mí—; ¡mira lo que hemos hecho los Profundos y yo! ¡Contempla, mortal, a tu hermano... a Julian Haughtree!

¡Jamás en lo que me quede de vida, que no creo que sea mucho, podré borrar de mi memoria esa visión! Mientras otros se entregan al sueño, yo me agarro desesperadamente al borde de la conciencia, y jamás consentiré cerrar los ojos; me asusta demasiado lo que perdura detrás de mis párpados. Mientras Pesh-Tlen pronunciaba esas palabras... el ser del rincón acabó de adquirir corporeidad.

Imaginad una masa negra, reluciente, de unos diez pies de altura, con tentáculos viscosos y bocas entreabiertas... Imaginad los contornos de un rostro babeante en el que, hundidos en oquedades cavernosas, se alojan los restos de unos ojos humanos... ¡Imaginad mis gritos, sobrecogido de horror... e imaginad al ser que acabo de describir respondiendo a esos gritos con una voz enloquecedoramente familiar, una voz que reconocéis instantáneamente!

—¡Philip! ¡Philip!, ¿dónde estás? No puedo verte... Hemos subido a la superficie, y a continuación un remolino me ha traído a un lugar donde oigo tu voz —el horror oscilaba adelante y atrás—. ¡Philip, no dejes que me lleven otra vez!

Era la voz de mi hermano, no cabía duda; ¡pero no era el Julian de antes, el que

yo había conocido! Fue entonces cuando me hundí yo también en la locura, en una locura predeterminada, si no era algo más. Al desmayarme antes, el súbito aflojamiento de mi cuerpo debió de completar el forcejeo que había empezado con las cuerdas. La misma oscilación de mi cuerpo había hecho que se desprendieran y cayeran al suelo. La voluminosa y ciega monstruosidad del rincón se estaba desplazando en mi dirección, al tiempo que extendía y contraía sin parar, anárquicamente, los tentáculos de su rostro. Entretanto, el demonio de ojos rojos que poseía el cuerpo de mi hermano avanzaba hacia ella con los brazos ansiosamente abiertos.

—¡Julian —grité—, cuidado; sólo si te abraza podrá volver a entrar!... ¡Después piensa matarte, llevarte con él a las profundidades!

—¿Devolverme a las profundidades? ¡No! ¡No lo conseguirá!

El horror oscilante con la voz de mi hermano se dio la vuelta a ciegas, y sus tentáculos tropezaron con el hechicero híbrido derribándolo al suelo. Agarré el atizador que estaba otra vez en el fuego y, blandiéndolo, me arrojé sobre la figura semihumana tendida.

—¡No te muevas, Julian! —farfullé por encima del hombro al horror marino mientras el hechicero, delante de mí, se ponía en pie de un salto. La mole de detrás se detuvo—. Tú, Pesh-Tlen, retrocede —el cerebro me hervía. Pero no tenía ningún plan; sólo sabía que debía mantener separados a los dos. Yo bailaba como un boxeador, esgrimiendo el atizador incandescente para mantener a distancia al súbitamente frenético Pesh-Tlen.

—¡Es el momento, es el momento! ¡El contacto ha de ser ahora! —chilló el ser de ojos rojos—. Aparta... —su voz apenas era ya humana—. No puedes impedírmelo... Tengo... tengo que... establecer un contacto... ¡un contacto fuerte! ¡Tengo... bhfg... ngyy fhtlhlh hegm... yeh'hhg nercchh'yy! ¡No me lo vas a impedir!

El gigante que yo tenía detrás había dejado un rastro de baba, como el de un caracol inmenso; y Pesh-Tlen, sin dejar de chillar, saltó de repente hacia él; pero sus pies resbalaron en la hedionda suciedad. Perdió el equilibrio, agitó los brazos y se cayó hacia delante, repugnantemente, sobre el atizador al rojo que yo sostenía en la mano. Cuatro pulgadas de metal al rojo penetraron, como un cuchillo caliente en la mantequilla, en uno de sus ojos espantosos. Hubo un siseo, casi sofocado por un alarido desgarrado de la criatura, y una nubecilla de vapor se elevó mefítica del rostro del ser al tiempo que se desplomaba al suelo.

En ese momento, el gigante negro y reluciente dejó escapar un grito de terror. Me volví, al tiempo que soltaba el atizador, para presenciar cómo oscilaba la monstruosidad del fondo del mar, mientras se envolvía la cabeza protectoramente con los tentáculos. Unos segundos después se quedó inmóvil, y sus gomosos apéndices cayeron exánimes revelando su rostro de múltiples bocas y ojos aplastados y podridos.

—Lo has matado, lo sé —dijo la voz de Julian, más calmado ahora—. Su muerte

es el fin para mí... ya siento que me llaman —a continuación su voz se elevó histérica—: ¡No me tendrán vivo!

La monstruosa figura tembló, y su contorno comenzó a desdibujarse. Súbitamente, noté que se me doblan las piernas y que me desplomaba. Quizá me volví a desmayar; no estoy seguro; pero cuando miré otra vez el horror había desaparecido. Lo único que quedaba era la baba y el cadáver grotesco.

No sé dónde encontraron fuerzas mis músculos para sacar mi cuerpo torpe y embotado de esa casa. Admito que no fue la lucidez lo que me hizo salir, porque me había abandonado totalmente. Quería estar bajo los relámpagos que herían el cielo, y gritar a las estrellas ahora borradas por la lluvia. Quería saltar, flotar en mi locura a través de horrendas profundidades de impía sangre negra. Quería abrazarme al pecho contorsionante de Yibb-Tstll. Enloquecido, enloquecido, lo aseguro, empecé a farfullar y a gemir mientras caminaba vacilante por las calles estremecidas por los truenos de la tormenta, hasta que, con un estallido tremendo, me abatió un rayo invocado de lucidez ...

El resto ya lo conocen: me he despertado en este mundo de sábanas blancas; así que, ¿por qué insiste con voz persuasiva en que siga contando, señor psiquiatra de la policía? ¿Acaso cree que si la repito la voy a cambiar? ¡Es verdadera, se lo aseguro! Admito haber matado el cuerpo de mi hermano... ¡pero no era él lo que pereció! Déjese de historias sobre horribles enfermedades de los ojos; ¡Julian tenía los ojos completamente sanos! ¿De veras cree que el otro ojo, el que no tenía quemado cuando hallaron ustedes el cuerpo, era suyo? ¿Y el charco de baba que había la bodega y la fetidez que reinaba allí? ¿Son ustedes estúpidos o qué? Me han pedido una declaración; bien, ¡aquí la tienen! Observen, maldita sea, observen, mientras escribo ese ojo grande y rojo que no deja de mirarme... ¿Quién habría imaginado que los labios de Bugg-Shash eran capaces de succionar de esa manera? Observen ese color rojo... ¡Y estén alerta, por si llega el Comensal Escarlata! No, no se lleve este papel...

NOTA:

Distinguido señor:

Hemos recabado del doctor Stewart su opinión de experto sobre la salud mental de Haughtree como Vd. sugería, y tras someterlo a un exhaustivo reconocimiento nos comunica que su grado de enajenación es mayor que el de su hermano. Asimismo, señala la posibilidad de que Julian Haughtree contrajera esa enfermedad ocular poco después de su transitorio retorno a la lucidez, y que probablemente la favoreció el constante uso de gafas oscuras. Poco después de abandonar el doctor Stewart el hospital policial, Haughtree

se mostró muy indignado y redactó la declaración arriba transcrita.

Davies, nuestro especialista, ha examinado el cuerpo de la bodega y está convencido de que el hermano menor debía de sufrir efectivamente una enfermedad ocular especialmente horrible.

Se aprecian una o dos notables coincidencias de las disparatadas fantasías de los dos hermanos con relación a ciertos sucesos recientes; aunque sin duda se trata de algo meramente casual. Uno de estos sucesos es la aparición de la isla volcánica de Surtsey. Haughtree debió de oír hablar de Surtsey cuando ya se hallaba en observación. Pidió que se le permitiese leer la noticia que traía el periódico, tras lo cual empezó a gritar de manera insistente: «¡Dios mío! ¡Le han puesto un nombre de esos mitos!». Y era tal su agitación que hubo que ponerle una camisa de fuerza.

### \_\_\_\_\_NACIMIENTO DE UNA ISLA\_\_\_\_\_

En la mañana de ayer, 16 de noviembre, el sol brilló sobre una isla larga y estrecha de tefrita, situada al norte de Escocia, en la latitud de 63° 18' N, longitud 20° 36 ½' W. Surtsey, surgida el 15 de noviembre, tenía en el momento de su aparición una altura de 130 pies; pero ha seguido aumentando. El fantástico «nacimiento» de esta isla ha sido presenciado por la tripulación del pesquero *Isleifer II* que se hallaba al oeste de Geirfuglasker, la más al sur de las islas Vestmann. Se observó una considerable turbulencia en las aguas —que impidió una visión clara de lo que sucedía—; algunos fenómenos, consecuencia de la actividad volcánica, alcanzaron proporciones sobrecogedoras, como las inmensas columnas de humo, que llegaron a una altura de dos millas y media, o las fantásticas tormentas eléctricas y las aullantes bombas volcánicas que acribillaron una extensa área del océano. La isla ha recibido el nombre de Surtsey por el gigante Surter, que según la mitología nórdica «llegó del Sur con fuego para combatir al dios Freyr en Ragnarok», batalla que precedió al fin del mundo y al crepúsculo de los dioses. Más detalles y documentación gráfica en páginas interiores.

Todavía con la «camisa de fuerza», Haughtree se calmó finalmente y pidió que le leyesen más artículos de interés del periódico. El doctor Davies se los leyó; y volvió a acometerle una gran excitación al llegar a la siguiente noticia:

### \_\_\_\_\_PLAYAS CONTAMINADAS\_\_\_\_\_

La bahía de Garving, en el extremo de la costa norte, ha amanecido horriblemente sucia. La marea ha depositado a lo largo de sus playas, en un tramo de un cuarto de milla, una sustancia negra, viscosa, grasienta. El hedor de estos oscuros sedimentos era tan intenso que los pescadores no han podido

salir a faenar. Análisis científicos han revelado que dicha sustancia es de origen orgánico; se cree que se trata de algún tipo de petróleo. Las autoridades portuarias de la localidad están perplejas, dado que no tienen noticia de que haya pasado ningún petrolero por dicha zona desde hace tres meses. Asimismo, la enorme cantidad de peces muertos y podridos que han aparecido ha obligado a la gente de los alrededores de Belloch a adoptar fuertes precauciones sanitarias. Se espera que la marea de la noche contribuya a la limpieza de la zona afectada...

Al terminar de leer la noticia, dijo Haughtree: «Julian dijo que no se lo llevarían vivo». A continuación, y con la camisa de fuerza puesta, saltó de la cama, corrió a la ventana y se arrojó por ella, desde la tercera planta del hospital policial. Su embestida fue tan tremenda y feroz que se llevó por delante la reja y el marco. Todo ocurrió tan deprisa que no pudo hacerse nada por impedirlo.

[Anexo al informe original].

Sargento J. T. Muir  
Agente adscrito a la C. de Glasgow  
23 de noviembre de 1963

**EDICIÓN FRÍA**  
**RAMSEY CAMPBELL**  
**(Cold Print)**



...Porque ni aun los esbirros de Cthulhu se atreven a hablar de Y'gononac; sin embargo, llegará el tiempo en que Y'gononac surgirá de la soledad de los tiempos inmemoriales y una vez más andará entre los hombres.

## REVELACIONES DE GLAAKI, VOL. XII

Sam Strutt se chupó los dedos y se los secó con el pañuelo; tenía las yemas grises por la nieve del pasamanos de la plataforma del autobús. Luego sacó el libro de la bolsa de plástico que tenía en el asiento de al lado, extrajo el billete de entre sus páginas, lo sujetó contra la tapa para protegerlo con sus dedos y comenzó a leer. Como ocurría a menudo, el cobrador supuso que el billete de Strutt era válido; Strutt no le sacó del error. Fuera, la nieve caía en las calles laterales y se deslizaba bajo las ruedas de los coches que avanzaban cautelosos.

El barro le salpicó y cayó dentro de sus botas al apearse en Brichester Central, y cobijando la bolsa bajo la chaqueta para mayor precaución, apretó el paso hacia el quiosco de periódicos, pisando los copos recién caídos. Los cristales del quiosco no estaban completamente cerrados; la nieve se había filtrado por las ranuras y deslustraba los brillantes libros de bolsillo.

—¡Mire esto! —se quejó Strutt a un joven que estaba junto a él y miraba a la multitud, metiendo el cuello hacia dentro como una tortuga—. ¿No es una asquerosidad? ¡A la gente no le importan estas cosas!

El joven, sin dejar de mirar las caras mojadas que pasaban, asintió abstraído. Strutt se dirigió a otro mostrador del quiosco, donde el dependiente despachaba periódicos.

—¡Oiga! —llamó Strutt.

El dependiente, que estaba contando el cambio para un cliente, le indicó con un gesto que esperase. Por encima de los libros, a través del cristal empañado, Strutt vio que el joven se acercaba a una chica y la abrazaba, y luego le secaba el rostro suavemente con un pañuelo. Strutt miró el periódico del cliente que esperaba el cambio. *Brutal asesinato en las ruinas de una iglesia*, leyó; la noche anterior habían encontrado un cadáver entre las desmoronadas paredes de lo que había sido la iglesia

de Lower Brichester; cuando quitaron la nieve de la figura marmórea, descubrieron en el cadáver horribles mutilaciones que parecían... El cliente cogió su periódico y el cambio y se alejó hacia la estación. El dependiente se dirigió a Strutt con una sonrisa:

—Siento haberle hecho esperar.

—No importa —dijo Strutt—. ¿Se da cuenta de que está cayendo nieve encima de los libros? La gente puede querer comprarlos.

—¿Y usted? —replicó el dependiente.

Strutt apretó los labios, y volvió a las ráfagas cargadas de nieve. Tras de sí oyó el sonido del cristal al cerrarse.

Los *Buenos Libros* de The Highway le proporcionaron cobijo; se sacudió el aguanieve y se puso a mirar los lomos. Los títulos corrientes de los estantes mostraban su cara anterior, mientras que otros estaban vueltos de espaldas. Un grupito de chicas se reía con las tarjetas cómicas de Navidad; un hombre sin afeitar fue empujado al interior por una ráfaga de afilados copos y se detuvo, mirando en torno suyo con inquietud. Strutt chascó la lengua; no debería permitirse que los vagabundos entraran en las librerías a ensuciar los libros. Mirando de soslayo para ver si el hombre abría las cubiertas o rompía los lomos, Strutt fue de estantería en estantería sin encontrar lo que buscaba. Charlando con la cajera, no obstante, había un dependiente que le había alabado el *Last Exit to Brooklyn*, cuando vino a comprarlo la semana anterior, y había escuchado pacientemente la lista de las recientes lecturas de Strutt, aunque no pareció reconocer los títulos. Strutt se acercó a él y le preguntó:

—Hola, ¿tiene más libros esta semana?

El hombre le miró desconcertado.

—¿Más...?

—Bueno, libros como éste —Strutt alzó su bolsa de plástico para mostrarle la cubierta gris de Ultimate Press, cuyo título era *The Caning-Master*, de Hector

—¡Ah, no! Creo que no —se dio un golpecito en el labio—. Espere, ¿Jean Gener?

—¿Quién? Ah, quiere decir *Jannet*. No, gracias, es aburrido como una ostra.

—Bueno, pues lo siento, señor; me temo que no puedo serle útil.

—¡Oh! —Strutt se sintió desairado.

El hombre parecía no reconocerle, o quizá lo aparentaba. Strutt había conocido a otros así que le habían orientado en sus lecturas. Buscó en las estanterías otra vez, pero ninguna cubierta atrajo su mirada. En la puerta se desabrochó la camisa para proteger aún más su libro, y una mano se posó en su brazo. La mugrienta mano se deslizó hasta la suya y tocó la bolsa. Strutt la apartó furioso y se encaró con el vagabundo.

—¡Un momento! —siseó el hombre—. ¿Busca usted más libros de ese género? Yo sé dónde hay.

Esta proximidad ofendía a su estricto sentido de la lectura de libros, y no tenía por qué disimularlo. Arrancó la bolsa de los dedos que la cogían.

—Así que a usted le gustan también, ¿eh?

—¡Oh, sí!, tengo muchos.

Strutt le tendió una trampa.

—¿Cuáles?

—¡Oh!, *Adán y Eva, Tómame como quieras*, todas las aventuras de Harrison; ya sabe, hay montones.

Strutt admitió de mala gana que el ofrecimiento del hombre parecía sincero. El dependiente, junto a la caja, les observaba; Strutt miró hacia atrás.

—De acuerdo —dijo—. ¿Dónde está ese lugar del que me habla?

El otro le cogió del brazo y le sacó ansiosamente a la nieve que caía sesgada. Apretándose el cuello del sobretodo, los dos peatones se deslizaron por entre los coches que esperaban a que retirasen un autobús que había patinado. Los limpiaparabrisas aplastaban los copos de nieve en las esquinas de los parabrisas. El hombre tiró de Strutt en medio del concierto de cláxones que bramaban y alborotaban, luego pasaron entre dos escaparates desde los que les miraron despectivamente unas chicas que vestían a unas figuras sin cabeza, y descendieron por un callejón. Strutt reconoció la zona, que había explorado minuciosa e inútilmente en busca de librerías apartadas; decepcionantes tienduchas de revistas para hombres, ocasionales vaharadas pungentes de cocinas, coches cubiertos de costras de nieve, calor de tabernas bulliciosas contra el frío. El guía de Strutt se refugió en la entrada de un bar para sacudirse el abrigo; la blanca capa de cristal se quebró y cayó de sus hombros. Strutt se unió a él y ajustó el libro en su bolsa, cobijada debajo de la camisa. Se puso a patear para desprender la costra de sus botas, y dejó de hacerlo cuando el otro siguió su ejemplo: no deseaba establecer relación alguna con el hombre ni aun mediante un gesto trivial. Miró con fastidio a su compañero, su nariz hinchada a través de la cual sorbía ahora un moco, el intermitente inflarse de sus mejillas al soplar las manos temblorosas. Strutt sentía horror a tocar a alguien que no fuese remilgado. Más allá de la puerta, los copos cubrían ya las huellas que ellos habían dejado, y el hombre dijo:

—Tengo una sed espantosa, de tanto andar a este paso.

—Así que éste era el truco, ¿no? —pero la librería estaba más adelante. Strutt entró en el bar y pidió dos pintas a una camarera colosal y con el pecho erizado de volantes, que navegaba de aquí para allá con vasos y accionaba las espitas con placer. Unos viejos fumaban sus pipas en dudosos compartimentos; una radio transmitía marchas; unos hombres, con la jarra en la mano, hacían puntería con jovial despreocupación sobre una diana o sobre una escupidera. Strutt se sacudió el abrigo y lo colgó junto a él; el otro siguió con el suyo puesto, y miró su cerveza. Decidido a no hablar, Strutt miró los oscuros espejos que reflejaban gesticulantes tertulias en torno a sucias mesas no directamente visibles. Pero se iba sintiendo gradualmente sorprendido ante la taciturnidad de su compañero de mesa; ¿no era esta gente, pensó, bastante charlatana, de hecho prácticamente imposible de acallar? Resultaba

intolerable, esto de permanecer sentado ociosamente en un bar asfixiante de una calle apartada, cuando podía estar paseando o leyendo... debía hacer algo. Se bebió su cerveza de un trago y golpeó con el vaso el de su compañero. El otro se sobresaltó. Luego, visiblemente avergonzado, empezó a sorber, extrañamente nervioso. Por último, se hizo evidente que se entretenía con la espuma; dejó el vaso sobre la mesa y se quedó mirándolo.

—Parece que es hora de irnos —dijo Strutt.

El hombre alzó la vista; el temor agrandó sus ojos.

—Demonios, estoy empapado —murmuró—. Ya le llevaré cuando pare la nieve.

—Ése era el truco, ¿no? —gritó Strutt. En los espejos, los ojos le buscaron—. ¡Pues no le voy a invitar a un vaso a cambio de nada! ¡No he venido hasta aquí...!

El hombre se agitó, atrapado.

—De acuerdo, de acuerdo; sólo que a lo mejor no encuentro la tienda con este tiempo.

Strutt encontró esta observación demasiado tonta para hacer ningún comentario. Se levantó, se abrochó el abrigo, salió a la nieve, y miró hacia atrás para asegurarse de que el otro le seguía.

Después de las últimas tiendas, en cuyo interior se veían pirámides de latas con carteles mal rotulados, pasaron una línea de ventanas furtivamente encortinadas, distribuidas en un paisaje monótono de ladrillo rojo; detrás de los cristales, los adornos de Navidad colgaban en guirnaldas. Al otro lado de la calzada, enmarcada en la ventana de un dormitorio, una mujer de mediana edad corrió las cortinas y ocultó a un menor que tenía junto a su hombro: «Vaya, allá van», dijo Strutt para sus adentros; sabía que podía controlar sin hablar a la figura que iba delante, y efectivamente, no le dijo nada cuando se detuvo temblando, indudablemente de frío, y prosiguió al aparecer tras él Strutt, un par de centímetros más alto que el metro setenta de su mejor constituida persona. Por un instante, mientras el cuerpo nevado caminaba delante por la calle con los copos recortando la figura y cortándole las mejillas como efímeras cuchillas de hielo, Strutt sintió deseos de hablar, hablar de las noches en que permanecía en la cama sin poder dormir, escuchando a la hija de su patrona cuando la pegaba su padre, en la habitación de arriba, o esforzándose en oír los apagados ruidos de muelles de una cama, quizá de la pareja de abajo. Pero pasó el momento, como barrido por la nieve; el final de la calle se había abierto, bifurcándose, con un refugio de peatones en medio, en dos calles espesamente tapizadas de nieve, una de las cuales se alejaba ocultándose entre las casas, y la otra, más corta, comunicaba con una circunvalación. Ahora Strutt supo dónde estaba. Esa misma semana había visto desde un autobús el letrero de *Mantenga su izquierda* tumbado boca arriba en el refugio de peatones, con su superficie cubierta de pisadas.

Cruzaron la calzada de circunvalación, salvaron los desmoronados bordes de surcos llenos de charcos engañosamente vidriados que se agrupaban detrás de las huellas de un tractor-oruga de unas obras, y siguieron por en medio del blanco

torbellino hasta un descampado donde una chimenea solitaria se tragaba la nieve. El guía de Strutt se internó por un callejón y Strutt le siguió, dispuesto a mantenerse cerca de él, mientras se sacudía el polvo de nieve de las pestañas y vacilaba ante la puerta de un patio trasero en la que unos perros arañaban y gruñían. El hombre dio unos pasos a la izquierda, luego otros a la derecha, en el cerrado laberinto de paredes, entre casas de crueles esquinas, mellados cristales de ventanas y puertas entornadas, a las que ni la nieve, más benévola con los edificios que con sus ocupantes, podía suavizar. Torcieron por última vez, y el hombre avanzó bamboleante por un pavimento junto a los restos de un almacén, cuya fachada se abría vacía para enmarcar un montón de botellas de vino, abandonadas bajo un enorme cartel que anunciaba *Aquí 57 variedades*. Un pedazo de nieve cayó del esqueleto del toldo para ser tragado por el montón de abajo. El hombre movió la cabeza, pero al acercársele Strutt, señaló temerosamente la acera opuesta y dijo:

—Ahí es. Hemos llegado.

Los surcos de barro salpicaron las perneras de Strutt al cruzar corriendo, calculando mentalmente que, mientras el hombre había tratado de desorientarle, él había deducido que la calle principal se encontraba a unos quinientos metros; luego leyó el cartel de la tienda: *Libros Americanos. Compra-venta*. Tocó una reja que protegía un tragaluz opaco por debajo del nivel de la calle, notó una herrumbre mojada y deshecha bajo sus uñas, y contempló lo que el escaparate exhibía ante él: *History of the Rod* —libro que encontraba monótono—, arrimado entre novelas de Aldiss, Tubb y Harrison, que se ocultaban vergonzosamente detrás de otras tapas espeluznantes: *Le Sadisme au Cinéma*; el *Voyeur* de Robbe-Grillet parecía insensible; *The Naked Lunch*... nada merecía el haber venido hasta aquí, pensó Strutt. «Bueno, es hora de que entremos»; instó al hombre a entrar, y con una mirada a los corroídos ladrillos rojos de la ventana del primer piso, que tenía un espejo de tocador contra ella, en sustitución del cristal que le faltaba, entró también. El otro se había detenido otra vez, y durante un desagradable segundo los dedos de Strutt rozaron el mohoso abrigo del hombre.

—Vamos, ¿dónde están los libros? —preguntó ya en la tienda.

La amarillenta luz del día se hacía más lóbrega debido al escaparate y a las revistas que colgaban delante del cristal de la puerta; el polvo flotaba perezosamente en los rayos de luz extraviados. Strutt se inclinó a leer los títulos de los libros de bolsillo metidos en cajas de cartón que había sobre la mesa; pero las cajas no contenían más que novelas del Oeste, fantásticas y eróticas, y se vendían a mitad de precio. Haciendo una mueca ante los libros que alzaban sus esquinas como pétalos florecientes, Strutt cruzó por delante de los volúmenes encuadernados y se asomó a la parte de atrás del mostrador, ligeramente preocupado; antes, al cerrar la puerta bajo su muda campanilla, le había parecido oír un grito allí cerca, súbitamente interrumpido. Desde luego, en estos sitios se oían cosas así continuamente, pensó, y se volvió hacia el otro.

—¿No atiende nadie aquí?

Con ojos muy abiertos, el hombre miró por encima del hombro de Strutt; Strutt se volvió y vio el cristal esmerilado de una puerta, con uno de sus ángulos reparado con un trozo de cartón, negro contra una débil luz amarillenta que se filtraba por el cristal. La oficina del librero, seguramente... ¿habría oído éste la observación de Strutt? Strutt se dirigió a la puerta, dispuesto a importunar. Entonces el hombre, movido de un impulso, buscó atribuladamente detrás del mostrador, abrió un estante de puertas de cristal, lleno de libros con oscuras sobrecubiertas, y extrajo finalmente un paquete envuelto en papel gris de un escondite que había en un rincón de una de las baldas. Se lo arrojó a Strutt, murmurando:

—Éste es uno, éste es uno —y se quedó mirando, con un súbito temblor de piel debajo de los ojos, mientras Strutt rompía la envoltura.

—*La vida secreta de Wacford Squeers*. ¡Ah!, me gusta —aprobó Strutt, olvidándose momentáneamente de lo demás y echando mano de su cartera; pero los dedos mugrientos sujetaron su muñeca.

—Páguelo la próxima vez —suplicó el hombre.

Strutt vaciló; ¿podía marcharse con el libro sin pagar? En ese momento se agitó una sombra en el cristal esmerilado: un hombre sin cabeza arrastraba algo pesado. Sin duda aparecía decapitado por el cristal y por su postura inclinada, concluyó Strutt; luego se dio cuenta de que el tendero debía de mantener contacto con Ultimate Press; convenía entonces no perjudicar este contacto robando un libro. Apartó los dedos frenéticos y contó dos libras; pero el otro retrocedió, extendiendo sus dedos con gran temor, a situarse contra la puerta de la oficina —de cuyo cristal había desaparecido la silueta—, casi cayendo antes en brazos de Strutt. Strutt lo rechazó y dejó los billetes en el hueco que había dejado el *Wacford Squeers*, y luego se volvió hacia él:

—¿No va a envolvermelo? No; bien pensado, lo haré yo mismo.

El rollo del mostrador hizo un ruido sordo liberando una banda de papel marrón; Strutt cortó un trozo no descolorido. Al envolver el libro, mientras apartaba con los pies el trozo desechado, algo cayó al suelo. El otro se había retirado hacia la puerta de la calle con tal torpeza que un botón de la bocamanga que llevaba colgando se había enganchado en el borde de una caja llena de libros; se quedó helado ante los libros esparcidos, con la boca y las manos abiertas de asombro, un pie encima de una novela abierta como una polilla aplastada, y las partículas de polvo flotando a su alrededor en los rayos de luz moteada por la nieve que caía como cribada. Sonó el clic de una cerradura. Strutt dio un respingo, ató el paquete y, rodeando al hombre con disgusto, abrió la puerta. El frío atacó sus piernas. Empezó a subir los peldaños y el otro se apresuró a seguirle. El pie del hombre estaba en el umbral, cuando unos pasos pesados avanzaron por el entarimado. El hombre giró rápidamente sobre sus talones y volvió a entrar; detrás de Strutt la puerta se cerró de golpe. Strutt aguardó; luego se le ocurrió que podía marcharse apresuradamente y desembarazarse de su guía. Salió a la calle y una brisa fría le picoteó las mejillas limpiándole el polvo rancio de la tienda.

Volvió el rostro, pisó la costra de nieve del titular de un periódico mojado, y se encaminó hacia la calle principal, que sabía que pasaba cerca.

Strutt se despertó temblando. El letrero de neón de la ventana de su apartamento, un *cliché* implacable como un dolor de muelas, se recortaba deslumbrante contra la noche cada cinco segundos, y por esto, y por los dardos de frío, supo Strutt que era de madrugada. Cerró los ojos otra vez, pero aunque tenía los párpados febriles y pesados, su mente no descansaba. Más allá de los límites de su memoria, acechaba el sueño que le había despertado; se removió inquieto. Por alguna razón pensó en el pasaje de la lectura de la noche anterior: «Cuando Adán llegó a la puerta sintió la mano de Eva que le cogía la suya y le retorció el brazo por la espalda, obligándole a caer en el suelo...». Sus ojos se abrieron y miraron hacia la estantería de los libros para cerciorarse: sí, allí estaba el libro, seguro dentro de sus cubiertas, cuidadosamente alineado entre sus compañeros. Recordó que al volver a casa encontró una tarde *Miss Wippe, Institutriz de Old Style* metida dentro de *Prefects and Fags*; la patrona le había explicado que debió de ser ella que había colocado mal los libros después de limpiar el polvo, pero Strutt sabía que los había alterado a propósito. Strutt había comprado una estantería con cerradura, y cuando ella le pidió la llave, le había contestado: «Gracias, yo los limpiaré». Hoy en día no se podían tener amigos. Cerró los ojos otra vez; la habitación y la estantería de libros, creadas cada cinco segundos por el neón y destruidas con igual regularidad, llenaban su vacío, recordándole que aún le quedaban algunas semanas, antes de empezar el siguiente trimestre, en que afrontaría la primera clase de la mañana y añadiría «ahora ya me conocéis» a su habitual introducción: «Si vosotros os portáis bien conmigo, yo me portaré bien con vosotros». Algunos chicos pondrían a prueba con seguridad esta advertencia, y Strutt tendría que demostrarlo; vio arrugarse un pantalón blanco de gimnasia allí donde él había dirigido una zapatilla con fuerza satisfactoria... Strutt se relajó; y apaciguado por un eco abrumador de pies resonando acompasados en el suelo de madera del gimnasio, con las agitadas sacudidas de las espaldas al trepar los chicos en enjambre hasta el techo mientras él los contemplaba desde abajo, se durmió.

Terminó jadeando sus ejercicios matinales, y luego se bebió de un tirón el zumo de fruta que era siempre su primera visita a la bandeja que le traía la hija de la patrona. Maliciosamente, puso el vaso en la bandeja con un sonoro golpe; el vaso se hizo añicos (diría que había sido un accidente; pagaba lo bastante como para cubrir el gasto, así que podía permitirse esta pequeña satisfacción). «Que tenga unas buenas Navidades», había dicho la muchacha, paseando la mirada por toda la habitación. Tenía que haberla cogido por la cintura y haber sometido su descarada feminidad... pero ya se había ido con un revuelo de pliegues de su falda, dejándole el estómago cálidamente apretado de deseo.

Más tarde, se encaminó al supermercado. De varios jardines surgía el estridente raspar de las palas quitando la nieve. Se debilitó el ruido, y fue reemplazado por el crujido de la nieve bajo las botas. Cuando salió del supermercado, con un montón de latas, una bola de nieve le rozó la cara y fue a aplastarse contra el escaparate, formando una barba translúcida que se escurrió hacia abajo como aquel fluido de las narices de los chiquillos que tan a menudo ponía furioso a Strutt, pues estaba decidido a quitarles a palos esta maldad, este indignante comportamiento. Strutt buscó en torno suyo al francotirador: era un chiquillo de siete años, montado en un triciclo y dispuesto a emprender una rápida retirada; Strutt hizo un gesto involuntario como para atrapar al niño. Pero la calle no estaba desierta; la madre, con pantalones y los rulos asomando por debajo del pañuelo de la cabeza, le dio una palmada en la mano a su hijo.

—Te he dicho que *no hagas* esas cosas... Lo siento —le gritó a Strutt.

—Nada, no tiene importancia —refunfuñó él, y regresó a su apartamento.

Su corazón latía alocadamente. Deseaba fervientemente haber podido hablar con alguien como el librero de la esquina de Goatswood, que compartía sus impulsos. Cuando el hombre murió, aquel año, Strutt se sintió abandonado en una tácita conjura, en un mundo hostil. ¿Tal vez el nuevo librero resultaría de un carácter similar? Strutt esperaba que el hombre que le había conducido allí el día anterior no trabajara en dicha librería; pero de ser así, seguramente podría librarse de... Un librero que vendía libros de la Ultimate Press debía de ser un alma gemela de Strutt, y tan opuesto como él a la presencia de otra persona, mientras hablasen con franqueza. Y tanto como una charla así, Strutt necesitaba libros para leer durante las Navidades, ya que el *Squeers* no le duraría mucho; seguramente no cerraba el día de Nochebuena. Tranquilizado de este modo, descargó las latas en la mesa de la cocina y bajó corriendo.

Strutt descendió del autobús en silencio; el latido del motor se apagó rápidamente entre las casas cargadas. La nieve acumulada aguardaba algún ruido. Strutt saltó chapoteando entre los carriles que los coches dejaban en la calzada, con su oscura chaqueta deslucida por las incontables salpicaduras. La calle torcía solapadamente; tan pronto como perdió de vista la calle principal, la callejuela reveló su verdadero carácter. La nieve caída sobre las fachadas se volvió desmedrada, dejando asomar herrumbrosas protuberancias. Una o dos ventanas mostraban árboles de Navidad con sus viejas agujas medio caídas y sus ramas inclinadas con cárdenas luces chisporroteantes. Strutt, sin embargo, no tenía ojos para estas cosas, sino que iba atento al pavimento, procurando evitar las suciedades rodeadas de huellas de patas de perro. Una vez se encontró con la mirada de una vieja que contemplaba algún punto debajo de su ventana que quizá constituía el ámbito de su mundo exterior. Tuvo un escalofrío momentáneo, apretó el paso, seguido de una mujer que protegía a su niño en el cochecito con una capa de periódicos, y se detuvo ante la tienda.

Aunque el cielo naranja apenas conseguía iluminar el interior, no se veía ningún



resplandor eléctrico a través de las revistas, y en el roto cartelito que colgaba detrás de la mugre podía leerse: CERRADO. Lentamente, Strutt bajó la escalera. El niño del cochecito se puso a berrear, esparciendo los últimos copos de encima del periódico. Strutt miró a su inquisitiva propietaria, dio la vuelta y casi se hundió en una súbita oscuridad. Abajo, la puerta se había abierto y una figura obstruía la entrada.

—No tiene cerrado, ¿verdad? —farfulló la lengua de Strutt.

—Tal vez no. ¿En qué puedo servirle?

—Estuve ayer aquí. Me llevé un libro de Ultimate Press —dijo Strutt a la cara impasible, con la suya incómodamente cerca.

—Pues claro, fue usted; sí, ya recuerdo.

El otro se cimbreaaba incesantemente con las flexiones de un atleta, y su voz oscilaba de manera constante entre el bajo y el falsete, lo que producía a Strutt un enorme desasosiego.

—Bueno, pase antes de que la nieve le cubra —dijo el otro, y cerró la puerta de golpe tras ellos, despertando una nota del fantasma de lengua de la campanilla.

El librero —era él, supuso Strutt— asomó detrás de él una cabeza más alto; en la penumbra, entre las vagas y vindicativas esquinas de las mesas, Strutt sintió un oscuro impulso a darse importancia, y observó:

—Espero que encontraría el dinero del libro. Su empleado no parecía desear que pagase. Otro le habría tomado la palabra.

—No está con nosotros hoy —el librero encendió la luz de su oficina.

Al iluminarse su cara arrugada y llena de bolsas, pareció aumentar; tenía los ojos hundidos en curvadas estrellas de pliegues; las mejillas y la frente se combaban desde los surcos; la cabeza flotaba como un globo inflado a medias encima de un traje relleno. Bajo la desnuda bombilla, las paredes se estrecharon, flanqueando un escritorio desvencijado y desbordante de ejemplares de *The Bookseller* llenos de huellas de dedos, amontonados junto a una máquina de escribir cubierta de suciedad, al lado de la cual había una barra de lacre y una caja de cerillas abierta. Dos sillas se encaraban una a otra a ambos lados de la mesa, y detrás había una puerta cerrada. Strutt se sentó ante la mesa, sacudiendo el polvo al suelo. El librero dio unos pasos a su alrededor y de repente, como asaltado por alguna cuestión, preguntó:

—Dígame, ¿por qué lee usted esos libros?

Esta pregunta se la había hecho a menudo su director en la sala de profesorado, hasta que Strutt tuvo que dejar de leer novelas durante los recreos. La súbita reaparición de dicha pregunta le cogió desprevenido, y sólo se le ocurrió replicar con su vieja salida ingeniosa:

—¿Cómo dice, por qué? ¿Y por qué no?

—No le critico —se apresuró a decir el otro, paseando inquieto alrededor de la mesa—; me interesa verdaderamente. Iba a decirle que... ¿no desearía que las cosas que lee sucedieran, en cierto modo?

—Bueno, quizá —Strutt sintió recelo ante el giro de la conversación, y deseó

poder dominarla; sus palabras parecían hundirse en un silencio nevado entre aquellas paredes polvorientas, para desvanecerse inmediatamente sin dejar huella.

—Me refiero a lo siguiente: cuando usted lee un libro, ¿no hace que suceda ante usted, mentalmente? Sobre todo si trata de visualizarlo de manera consciente, aunque eso no es lo esencial. Podría tirar el libro, por supuesto. Yo conocía a un librero que trabajaba en esta teoría; uno no tiene mucho tiempo para sí en esta clase de ocupación, pero cuando podía trabajaba en ella, aunque nunca la formuló enteramente... Un segundo, le enseñaré algo.

Se alejó rápidamente de la mesa y entró en la tienda. Strutt se preguntó qué habría al otro lado de la puerta de detrás de la mesa. Medio se levantó, pero al mirar hacia atrás vio al librero que regresaba ya entre flotantes sombras, con un volumen extraído de entre las obras de Lovecraft y de Derleth.

—Éste está relacionado con los libros de Ultimate Press, en realidad —dijo, cerrando de un portazo la oficina—. Van a publicar un libro de Johannes Henricus Pott el año que viene, he oído, que trata también del saber prohibido, como éste; sin duda le sorprenderá saber que se cree que tendrán que dejar algunos pasajes de Pott en el latín original. Pero éste puede interesarle: es un ejemplar único. Probablemente no conoce las *Revelaciones de Glaaki*; es una especie de Biblia escrita bajo inspiración sobrenatural. Se conocían sólo once ejemplares... pero éste es el duodécimo; escrito por un hombre en la cima de Mercy Hill, movido por un sueño —su voz se hizo insegura al continuar—: No sé cómo iría a parar a otras manos; supongo que la familia debió de encontrarlo en algún desván después de la muerte del autor y pensó que valdría unos peniques, ¿quién sabe? El librero aquel... Bueno, había un pasaje que, como probaba su teoría, le pareció providencial. Mire.

El librero rodeó a Strutt otra vez y colocó el libro en su regazo, posando sus brazos sobre los hombros de Strutt. Strutt apretó los labios y miró al rostro del otro; pero le flaqueó un poco la energía, renunció a manifestar su desaprobación, y abrió el volumen. Era un viejo libro mayor; tenía las bisagras rajadas, y sus páginas amarillentas estaban cubiertas con las líneas irregulares de una escritura angulosa. A Strutt le tenía desorientado todo el largo monólogo introductorio; ahora, con el libro ante sí, recordó vagamente aquellos mazos de hojas mecanografiadas y duplicadas que habían circulado en los aseos durante su adolescencia. La palabra «Revelaciones» sugería lo prohibido. Intrigado de este modo, leyó al azar. Aquí, en Lower Brichester, la bombilla desnuda definía cada fragmento de pintura descascarillada de la puerta opuesta, y unas manos se movían sobre sus hombros, pero en algún lugar, por debajo de él, unas pisadas inmensas y blandas le seguían en la oscuridad; al volverse a mirar, vio una figura hinchada y encendida por encima de él. ¿Qué era todo esto? Una mano se cogió a su hombro izquierdo, mientras la mano derecha iba volviendo páginas; finalmente, un dedo subrayó un párrafo:

Más allá de un abismo de noche subterránea, un pasadizo conduce a un

muro de macizos ladrillos, y más allá de ese muro se yergue Y'gononac, servido por las harapietas y ciegas criaturas de las tinieblas. Mucho tiempo ha dormido él, al otro lado del muro, y aquellos que pisan los ladrillos pululan por su cuerpo ignorando a Y'gononac; pero cuando se pronuncia o se lee su nombre viene él para ser adorado o alimentado y adopta la forma y el alma de aquellos de quienes se alimenta. Pues aquellos que leen sobre el mal y buscan su forma, le invocan en sus mentes y así es como puede Y'gononac volver a caminar entre los hombres y esperar el tiempo en que la tierra quede libre y salga Cthulhu de su tumba entre las algas, y Glaaki rompa la trampa de cristal, y la descendencia de Eihort surja a la luz, y Shub-Niggurath pise la lente lunar, y Byatis irrumpa de su prisión, y Daoloth arroje la ilusión y manifieste la realidad que se oculta detrás.

Las manos sobre sus hombros se movían constantemente, aflojando y apretando. La voz fluctuó:

—¿Qué piensa usted de eso?

Strutt pensaba que era una divagación sin sentido, pero en cierto modo su calor le había abandonado; respondió inseguro:

—Bueno, no es... la clase de lectura que uno encuentra a la venta.

—¿No le resulta interesante? —la voz se hizo profunda; ahora era de un bajo dominante. El otro dio la vuelta y se colocó detrás del escritorio; parecía más alto: su cabeza chocó con la bombilla, sacando sombras escrutadoras de los rincones, barriéndolas, y sacándolas otra vez—. ¿Le interesa? —su expresión era intensa, dentro de lo que cabía, porque la luz movía la oscuridad en las oquedades de su cara, como si la estructura ósea se derritiera visiblemente.

En las brumas de la mente de Strutt surgió una sospecha; ¿no había oído decir a su querido y difunto amigo el librero de Goatswood que existía un culto de magia negra en Brichester, un círculo de jóvenes dominados por un tal Franklin o Franklyn? ¿No estaría hablando precisamente con él?

—Yo no diría tanto —replicó.

—Escuche. Había un librero que leyó esto, y yo le dije: usted puede convertirse en sumo sacerdote de Y'gononac. Podrá hacer bajar a las formas de la noche para que adoren a Y'gononac en determinadas épocas del año; usted se postrará ante él y a cambio sobrevivirá cuando la Tierra sea barrida por los Grandes Primordiales; usted traspasará los límites más allá de los cuales se agita en las tinieblas...

Antes de que pudiese continuar, Strutt exclamó:

—¿Se refiere usted a mí?

Entonces se dio cuenta de que estaba a solas en una habitación con un loco.

—No, no; hablaba del librero. Pero la oferta es ahora para usted.

—Bueno, lo siento; tengo cosas que hacer —Strutt se dispuso a levantarse.

—Él también la rechazó —el timbre de la voz chirrió en los oídos de Strutt—.

Tuve que matarlo.

Strutt se quedó helado. ¿Cómo debía uno tratar a un loco? Ante todo, apaciguarle.

—Vamos, vamos... aguarde un momento...

—¿Qué sacaría poniéndolo en duda? Tengo a mi disposición más pruebas de las que usted podría soportar. Usted será mi sumo sacerdote, o no saldrá de esta habitación.

Por primera vez en su vida, mientras las sombras de aquellas paredes toscas y opresivas disminuían su balanceo como expectantes, Strutt luchó por dominar una emoción; reprimió su mezcla de temor y de ira con calma.

—Si no le importa, tengo una cita.

—No, cuando su realización se encuentra aquí entre estas cuatro paredes —la voz se espesó—. Usted sabe que he matado al librero... está en los periódicos. Huyó y se refugió en las ruinas de una iglesia, pero le cogí con mis manos... Entonces dejé el libro en la tienda para que fuese leído, pero el único que lo cogió por equivocación fue el hombre que le trajo a usted aquí... ¡Necio! ¡Se volvió loco, y se acurrucó en un rincón cuando vio las bocas! Le dejé porque pensé que podría traerme a algunos de sus amigos, de los que se sumergen en los tabúes físicos y desperdician las auténticas experiencias, las regiones prohibidas para el espíritu. Pero sólo se puso en contacto con usted y le trajo aquí mientras yo me alimentaba. Hay alimento de vez en cuando: jovencitos que vienen en busca de libros en secreto; ¡se aseguran de que nadie sepa lo que leen!, y se les puede convencer para que lean las *Revelaciones*. ¡Imbécil! Ya no podrá traicionarme con sus tartamudeos... ¡Ah! Yo sabía que volvería usted. Y será mío.

Strutt apretó los dientes en silencio hasta que creyó que se le partía la mandíbula; se levantó, asintió, y tendió el volumen de las *Revelaciones* hacia la figura; estaba preparado para, cuando la mano cogiese el libro mayor, salir disparado de la oficina.

—No puede salir, se lo advierto; está cerrado con llave —el librero se meció sobre sus pies, pero no saltó hacia él; las sombras eran ahora despiadadamente claras, y el polvo fluctuaba en el silencio—. Usted no tiene miedo... parece calcular demasiado. ¿Es posible que no me crea aún? De acuerdo... —posó la mano en el pomo de la puerta que había detrás de la mesa—. ¿Quiere ver lo que queda de mi alimento?

En la mente de Strutt se abrió una puerta, y retrocedió ante lo que podía haber al otro lado.

—¡No! ¡No! —gritó.

La furia sucedió a esta involuntaria manifestación de temor; deseó tener un bastón para someter a la figura que le humillaba. A juzgar por su cara, pensó, y los abultamientos que llenaban su traje, era una persona obesa; si luchaban, vencería Strutt.

—¡Abra paso —gritó—; ya hemos jugado bastante! Usted me va a dejar salir o... —pero miró en torno suyo en busca de un arma. De repente pensó en el libro que

todavía tenía en la mano. Agarró la caja de cerillas de encima de la mesa, detrás de la cual vigilaba la figura ominosamente impassible. Strutt encendió una cerilla, luego sostuvo las dos tapas con los dedos y sacudió al aire las páginas—. ¡Quemaré el libro! —amenazó.

La figura se puso tensa, y Strutt sintió frío ante su próximo movimiento. Acercó la llama al papel, y las páginas se enroscaron y carbonizaron tan rápidamente que Strutt sólo tuvo la sensación de una repentina llamarada y de que las sombras se hacían más móviles y macizas en las paredes, antes de sacudir las cenizas al suelo. Durante un instante, se miraron inmóviles el uno al otro. Tras las llamas, una oscuridad anegó los ojos de Strutt. A través de ella, vio cómo se desgarraba pesadamente el traje mientras se inflaba la figura.

Strutt se abalanzó contra la puerta de la oficina, que resistió la embestida. Dio un puñetazo y miró con un extraño desasimismamiento intemporal cómo saltaba en pedazos el cristal esmerilado; el acto parecía aislarle, como si toda acción quedara ajena a él. A través de los cuchillos de vidrio, en los que brillaban gotas de sangre, vio posarse los copos de nieve a través de una luz ámbar infinitamente lejana; demasiado lejana para pedir ayuda. El horror le invadió al sentirse dominado desde atrás. Al otro lado de la oficina, sonó un ruido; Strutt se volvió, y al hacerlo cerró los ojos, aterrado al enfrentarse con el motivo de tal ruido... pero cuando los abrió, vio por qué la sombra de cristal esmerilado del día anterior carecía de cabeza, y gritó. Al apartar la mesa y ver la enorme figura desnuda, de cuya superficie colgaban aún jirones del traje desgarrado, el último pensamiento de Strutt fue el de la absoluta convicción de que todo esto sucedía porque había leído las *Revelaciones*; en algún lugar, alguien *había deseado* que esto le sucediese a él. No estaba bien, él no había hecho nada por lo que mereciese esto... pero antes de poder gritar su protesta, se le cortó en seco la respiración, al descender unas manos sobre su rostro, y abrirse unas rojas bocas en sus palmas.

# **EL REGRESO DE LOS LLOIGOR**

**COLIN WILSON**

**(The Return of the Lloigor)**

Me llamo Paul Dunbar Lang, y dentro de tres semanas cumpliré setenta y dos años. Mi salud es excelente, pero dado que uno nunca sabe cuántos le quedan, dejaré escrita esta historia, y quizá la publique, si me da por ahí. En mi juventud fui un firme creyente de la autoridad baconiana de las obras de Shakespeare, pero procuré no manifestar nunca mis convicciones por temor a mis colegas académicos. Pero la edad tiene una ventaja: le enseña a uno que las opiniones de los demás no son en definitiva muy importantes; la muerte es mucho más real. Así que, si publico esto, no será por el deseo de convencer a nadie de su verdad, porque me importa bien poco que lo crean o no.

Aunque nací en Inglaterra —en Bristol—, he vivido en América desde que tenía doce años. Y durante cuarenta, he enseñado literatura inglesa en la Universidad de Virginia, en Charlottesville. Mi *Vida de Chatterton* es todavía una obra clásica en esta materia, y durante los pasados quince años he sido editor de los *Poe Studios*.

Hace dos años, en Moscú, tuve el placer de conocer al escritor ruso Irakli Andronikov, conocido principalmente por sus «historias de investigación literaria», género que puede decirse creó él. Fue Andronikov quien me preguntó si había llegado a conocer personalmente a W. Romaine Newbold, cuyo nombre está relacionado con el manuscrito de Voynich. No sólo no conocía yo al profesor Newbold, muerto en 1927, sino que jamás había oído hablar del manuscrito. Andronikov me resumió la historia. Quedé fascinado. Cuando volví a Estados Unidos, me apresuré a leer la *Clave de Rogerio Bacon* (Filadelfia, 1928), y dos artículos del profesor Manly sobre este tema.

La historia del manuscrito de Voynich es, brevemente, como sigue: lo encontró en un viejo arcón de un castillo italiano un comerciante de libros raros, Wilfred M. Voynich, quien lo trajo a Estados Unidos en 1912. Con el manuscrito, Voynich encontró también una carta que, según afirmaba, había pertenecido a dos famosos sabios del siglo XVII, y que había sido escrita por Rogerio Bacon, el monje franciscano muerto hacia el año 1294. El manuscrito constaba de 116 páginas, y, al parecer, estaba en clave. Era evidentemente una especie de documento científico o mágico, ya que contenía dibujos de raíces o plantas. Por otra parte, tenía también bocetos que sorprendentemente parecían ilustraciones de algún texto de biología moderna sobre células y organismos diminutos; por ejemplo, de espermatozoos. Había también diagramas astronómicos.

Durante nueve años, profesores, historiadores y criptógrafos trataron de desentrañar la clave. Entonces, en 1921, Newbold anunció a la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia que había logrado descifrar ciertos pasajes. La conmoción fue enorme; el hecho se consideró una suprema hazaña de la erudición americana. Pero el asombro aumentó cuando Newbold reveló el contenido del manuscrito. Pues parecía que Bacon había sido capaz de adelantarse en varios siglos a su propia época. Al parecer, había inventado el microscopio unos cuatrocientos años antes que Leewenhoek, y había mostrado una agudeza científica que rebasaba incluso la de su

homónimo del siglo XVI, Francis Bacon.

Newbold murió antes de completar su obra, pero sus «descubrimientos» fueron publicados por su amigo Roland Kent. Fue en este momento cuando el profesor Manly emprendió el estudio del manuscrito, y concluyó que el entusiasmo de Newbold le había inducido a error. Examinado al microscopio, se vio que la extraña naturaleza de los caracteres no se debía enteramente a una redacción en clave. La tinta había saltado del pergamino al secarse, de suerte que aquella especie de «taquigrafía» se debía en realidad al natural roce y deterioro de los siglos. Con el anuncio de Manly de su descubrimiento en 1931, el interés por el «manuscrito más misterioso del mundo» (según frase de Manly), desapareció, decreció la fama de Bacon y todo el asunto cayó rápidamente en el olvido.

A mi regreso de Rusia, visité la Universidad de Pennsylvania y examiné el manuscrito. Fue una extraña sensación. No estaba dispuesto a considerarlo desde un punto de vista romántico. En mi juventud había sentido erizárseme el pelo frecuentemente al manejar una carta de puño y letra de Poe, y había pasado muchas horas en su habitación de la Universidad de Virginia, tratando de comunicarme con su espíritu. Al envejecer, me volví más positivista —reconozco que los genios son fundamentalmente como los demás hombres—, y dejé de imaginar que los objetos inanimados tratan de algún modo de «contarnos una historia».

Sin embargo, tan pronto como tuve en mis manos el manuscrito de Voynich, sentí una sensación repulsiva. No puedo describirla con más precisión. No fue una sensación de maldad ni de horror ni de temor: fue de repulsión, como la sensación que solía tener de niño cuando pasaba por delante de la casa de una mujer que tenía fama de haberse comido a su hermana. Me hizo pensar en un asesinato. Esta sensación perduró en mí durante dos horas, mientras examinaba el manuscrito, como un olor desagradable. Evidentemente, la bibliotecaria no compartía mi sensación. Cuando le devolví el manuscrito, dije en broma:

—No me acaba de gustar.

Se limitó a mirarme extrañada; comprendí que no tenía idea de lo que yo había querido decir.

Dos semanas más tarde, me llegaron a Charlottesville las dos fotocopias del manuscrito que había pedido. Envié una a Andronikov, como le había prometido, y la otra la destiné a la biblioteca de la universidad. Pasé algún tiempo examinándola con una lupa, leyendo el libro de Newbold y los artículos de Manly. No me volvió la sensación de repulsión. Pero unos meses más tarde, cuando llevé a mi sobrino a que echase una mirada al manuscrito, volví a experimentar esa misma sensación. Mi sobrino no notó nada.

Mientras estábamos en la biblioteca, un conocido me presentó a Averel Merriman, un joven fotógrafo cuya obra se utiliza profusamente en lujosos libros de arte de la categoría de los publicados por Thames y Hudson. Merriman me dijo que había fotografiado recientemente una página del manuscrito de Voynich en color. Le



pregunté si podía verla. Esa misma tarde, pasé a visitarle en su hotel y me enseñó la fotografía. ¿Cuál era el motivo? Creo que fue una especie de morboso deseo de averiguar si la «repulsión» perduraba en la foto en color. No fue así. Pero había algo más interesante aún. Resulta que la página que Merriman había fotografiado me era bastante familiar. Y ahora, al contemplarla detenidamente, tuve el firme convencimiento de que, en cierto modo muy sutil, era distinta del original. La examiné largamente, antes de darme cuenta del porqué. El color de la fotografía —revelada mediante un proceso inventado por Merrimanera ligeramente «más rico» que el del manuscrito original. Y cuando miré indirectamente determinados símbolos —concentrado en la línea que había justo encima de ellos— me pareció que estaban en cierto modo «completos», como si la decoloración debida a la tinta saltada se hubiese vuelto visible.

Procuré no manifestar mi excitación. Por alguna razón, me sentí enormemente reservado, como si Merriman me hubiese facilitado la clave de un tesoro escondido. Una especie de sensación de «Mr. Hyde» se apoderó de mí: un sentimiento de disimulo y una especie de codicia. Le pregunté como al azar cuánto costaría fotografiar todo el manuscrito de este modo. Me dijo que varios cientos de dólares. Entonces se me ocurrió la idea. Le pregunté si por una suma mucho mayor —digamos mil dólares— estaría dispuesto a sacarme ampliaciones de las páginas, a unos cuatro aumentos. Me dijo que sí, y le extendí un cheque inmediatamente. Estuve tentado de pedirle que me enviara las fotografías una a una, a medida que las hiciera, pero pensé que esto podía despertar su curiosidad. A mi sobrino Julian le expliqué al marcharnos que la biblioteca de la Universidad de Virginia me había pedido que encargara dichas fotografías..., una mentira tonta que a mí mismo me extrañó. ¿Por qué diría yo esa mentira? ¿Tenía el manuscrito algún dudoso influjo del que yo me había convertido en víctima?

Un mes más tarde llegó el paquete certificado. Cerré con llave la puerta de mi despacho, y me senté en la butaca junto a la ventana, mientras rompía la envoltura. Cogí al azar una fotografía en medio del mazo y la sostuve a la luz. Me dieron ganas de gritar de alegría, ante lo que vi. Muchos de los símbolos parecían estar «completos», como si las rotas mitades se hubiesen unido merced a un leve oscurecimiento del pergamino. Mire hoja tras hoja. No cabía la más mínima duda. La fotografía en color mostraba de algún modo las huellas de tinta invisibles incluso al microscopio.

Lo que ahora siguió fue un trabajo de rutina, aunque tardé muchos meses. Fijé las fotografías, una tras otra, y luego las calqué. Pasé los rasgos con el máximo cuidado a un grueso papel de dibujo. Luego, trabajando con deliberada lentitud, tracé la parte «invisible» de los símbolos, completándolos. Cuando hube terminado toda la tarea, lo pegué en un gran infolio, y me dispuse a estudiarlo. Había completado más de la mitad de los símbolos, que quedaron, naturalmente, cuatro veces más grandes de su tamaño natural. Luego, con la ayuda de una especie de cuidadoso trabajo

detectivesco, pude completar prácticamente todos los demás.

Sólo entonces, después de diez meses de trabajo, me permití abordar la parte más importante de mi tarea: la cuestión de descifrarlo.

Para empezar, me consideraba totalmente a oscuras. Los símbolos estaban completos, pero ¿qué representaban? Enseñé unos cuantos a un colega que había escrito un libro sobre el descifrado de lenguas antiguas. Dijo que guardaban semejanza con los jeroglíficos egipcios más modernos del período en que había desaparecido toda similitud con las «imágenes». Perdí un mes siguiendo esta falsa pista. Pero los hados estaban de mi parte. Mi sobrino iba a regresar a Inglaterra, y me pidió que le dejase llevarse fotos de unas cuantas páginas del manuscrito de Voynich. Sentí una profunda renuencia, pero no pude negarme. Todavía mantenía mi trabajo en el más completo secreto, y me justificaba diciéndome a mí mismo que sólo quería asegurarme de que nadie usurpara mis ideas. Finalmente, decidí que tal vez la mejor manera de prevenir que Julian sintiese curiosidad sobre mi trabajo fuese darle la menor importancia posible. Así que días antes de embarcar, me presenté ante él con la fotografía de una página del manuscrito, y con mi versión reconstruida de otra. Lo hice casualmente, como si fuese una cuestión que apenas me interesase.

Diez días más tarde, recibí una carta de Julian que hizo que me alegrase de mi decisión. En el barco, había hecho amistad con un joven miembro de la Asociación Cultural Árabe, quien iba a Londres a ocupar un puesto. Una noche, por casualidad, le enseñó las fotografías. La página original del manuscrito de Voynich no significaba nada en árabe; pero cuando vio mi «reconstrucción» dijo inmediatamente: «¡Ah, esto es una forma de árabe!». No árabe moderno, por lo que no fue capaz de leerlo. Pero no le cabía ninguna duda de que el manuscrito procedía del Próximo Oriente.

Fui corriendo a la biblioteca de la universidad y encontré un texto árabe. Una simple ojeada me reveló que aquel individuo había tenido razón. El misterio del texto de Voynich estaba resuelto: parecía ser árabe medieval.

Me costó dos semanas aprender a leer árabe, aunque naturalmente no lo entendía. Me puse a estudiar esa lengua. Si le dedicaba seis horas diarias, calculaba que podría hablarlo con fluidez en cuatro meses. Sin embargo, este trabajo resultó innecesario. Porque una vez había llegado a dominar la escritura lo bastante como para transmitir unas cuantas frases con caracteres ingleses, me di cuenta de que no estaba en árabe, sino que era una mezcla de latín y griego.

Mi primer pensamiento fue que alguien se había tomado el enorme trabajo de ocultar sus pensamientos de ojos suspicaces. Luego comprendí que esto era una suposición superflua. Los árabes, naturalmente, estaban entre los más versados doctores de Europa en la Edad Media. Si un médico árabe quería escribir un manuscrito, ¿qué más probable que lo hiciera en latín o en griego, utilizando los caracteres árabes?

Yo estaba ahora tan excitado que apenas podía comer ni dormir. Mi ama de llaves me decía continuamente que necesitaba unas vacaciones. Decidí seguir su consejo y

hacer un viaje por mar. Volvería a Bristol para ver a mi familia, y me llevaría conmigo el manuscrito, dado que en el barco podría trabajar el día entero sin que me interrumpiesen.

Dos días antes de que el barco se hiciera a la mar, descubrí el título del manuscrito. Faltaba la primera página, pero había una referencia en la catorce que aludía claramente a la obra misma. Se llamaba *Necronomicón*.

Al día siguiente, estaba yo sentado en el salón del hotel Algonquin de Nueva York, tomando un martini antes de cenar, cuando oí una voz familiar. Era mi viejo amigo Foster Damon, de la Brown University, Providence. Nos habíamos conocido hacía años cuando él recopilaba canciones populares de Virginia, y mi admiración por su poesía, así como por sus trabajos sobre Blake, nos había mantenido en estrecho contacto desde entonces. Me alegré de encontrarle en Nueva York. Él también se hospedaba en el Algonquin. Naturalmente, cenamos juntos. A mitad de la cena, me preguntó en qué estaba trabajando.

—¿Has oído hablar alguna vez del *Necronomicón*? —le pregunté, sonriente.

—Por supuesto.

Le miré asombrado.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En Lovecraft. ¿No te referías a él?

—¿Quién demonios es Lovecraft?

—¿No lo conoces? Uno de nuestros escritores locales de Providence. Murió hace unos treinta años. ¿Nunca te has tropezado con su nombre?

Un recuerdo se agitó entonces en mi memoria. Cuando estuve investigando la casa de la señora Whitman en Providence —para mi libro *La sombra de Poe*—, Foster había aludido a Lovecraft más o menos con estas palabras: «Deberías leer a Lovecraft. Es el mejor autor de relatos de horror, después de Poe». Recuerdo que dije que creía que ese título le correspondía más bien a Bierce, pero luego lo olvidé.

—¿Quieres decir que el nombre de *Necronomicón* aparece realmente en Lovecraft?

—Estoy completamente seguro.

—¿Y de dónde crees que lo sacó él?

—Siempre he supuesto que se lo había inventado.

Mi interés por la comida había desaparecido. Éste era un sesgo que nadie podía haber previsto. Pues, que yo supiese, yo era la primera persona que había leído el manuscrito de Voynich. ¿O no? ¿Y los dos eruditos del siglo XVII? ¿Lo habría descifrado alguno de ellos y había mencionado su nombre en sus escritos?

Evidentemente, lo primero que había que hacer era comprobar lo que decía Lovecraft, y averiguar si el recuerdo de Foster no me había fallado. No sé por qué, deseé que se equivocara. Después de la cena, cogimos un taxi y nos dirigimos a una librería de Greenwich Village, donde pude encontrar una edición de bolsillo de los relatos de Lovecraft. Antes de salir de la tienda, Foster hojeó sus páginas, y luego

señaló con el dedo en una de ellas:

—Ahí está. «El *Necronomicón*, del árabe loco Abdul Alhazred...».

Allí estaba, no cabía duda. En el taxi, de regreso al hotel, procuré que no se me notase lo alterado que me sentía. Pero poco después de volver, me excusé y me retiré a mi habitación. Traté de leer el libro, pero no podía concentrarme.

Al día siguiente, antes de zarpar, busqué más obras de Lovecraft en la librería Brentano, y pude encontrar dos libros encuadernados, así como varios otros en edición de bolsillo. Los encuadernados eran *La habitación cerrada* y *El horror sobrenatural en la literatura*. En el primero encontré un extenso comentario sobre el *Necronomicón*, juntamente con varias citas. El comentario explicaba: «Mientras que el libro mismo, y la mayoría de sus traductores, y su autor, son todos imaginarios, Lovecraft empleó aquí... *sus técnicas de insertar hechos realmente históricos en amplias zonas de saber puramente imaginario*».

Puramente imaginario... ¿Sería quizá una mera cuestión de coincidencia de nombre? El *Necronomicón*: el libro de los nombres muertos<sup>[1]</sup>. No era un título difícil de inventar. Cuanto más lo pensaba, más probable me parecía que fuera ésta la correcta explicación. Así que antes de embarcar aquella tarde, me sentí ya mucho más tranquilo. Cené estupendamente, y estuve leyendo a Lovecraft hasta que me dormí.

No estoy seguro de cuántos días transcurrieron, antes de que empezase a experimentar gradualmente una creciente fascinación por este nuevo descubrimiento literario. Sé que mi primera impresión fue, sencillamente, que Lovecraft era un hábil constructor de historias horripilantes. Quizá fue mi labor de traducción del manuscrito de Voynich lo que condicionó mi acercamiento a él. O posiblemente fuera el darme cuenta de que Lovecraft estuvo excepcionalmente obsesionado por este extraño mundo de su propia creación... excepcionalmente, aunque se le compare con escritores de antropología, quienes, aunque carentes de habilidad literaria, impresionan por la pura autenticidad del material empleado.

Dedicándole varias horas al día, completé rápidamente la traducción del manuscrito de Voynich. Mucho antes de terminar, me había dado cuenta de que era un fragmento, y que implicaba ciertos misterios que iban más allá del cifrado; era una clave dentro de otra clave, por así decir. Pero lo que más me asombraba —hasta el punto de que a veces tenía la mayor dificultad en reprimir el impulso de salir corriendo a cubierta y ponerme a hablar con la primera persona que encontrase— era el increíble conocimiento científico que revelaba este manuscrito. Newbold no anduvo muy descaminado en esto. El autor sabía infinitamente más de lo que cualquier monje —o erudito mahometano, si era el caso— del siglo XIII podía abarcar. Hay un largo y oscuro pasaje acerca de un «dios» o demonio que es, de algún modo, una especie de vórtice henchido de estrellas, al que le sigue otro en el que el constitutivo primordial de la materia está descrito como energía (utilizando para ello los términos griegos *dúnamis* y *enérgeia*, así como el latino *vis*), *en unidades limitadas*. Esto indica una clara anticipación de la teoría cuántica. Además, la semilla

del hombre se describe como formada por unidades de fuerza, cada una de las cuales dota al hombre de una característica vital. Esto, evidentemente, suena de manera palpable a una referencia a los genes. El dibujo de un espermatozoo humano aparece en medio de un texto que alude al *Sefer Yeziráh*, el Libro de la Creación de la Kábala. Varias alusiones de pasada al *Ars Magna*, de Ramon Llull apoyan la idea de que el autor de la obra fue Rogerio Bacon, contemporáneo del místico matemático, aunque en un lugar del texto hace referencia a sí mismo bajo el nombre de Martinus Hortulanus, que podría traducirse por Martín Hortelano.

¿Qué es, en última instancia, el manuscrito de Voynich? Se trata del fragmento de una obra que declara ser una explicación completa del universo: su origen, su historia, su geografía (si se me permite denominarla de este modo), su estructura matemática y sus profundidades ocultas. Las páginas que yo poseía contenían una síntesis preliminar de este material. Había partes que eran terriblemente ininteligibles, y había otras que parecían ser la típica *mélange* medieval de magia, teología y especulación precopernicana. Saqué la impresión de que la obra podía deberse a varios autores, o que la parte que yo poseía era el compendio de algún otro libro imperfectamente asimilado por Martín Hortelano. Hay las habituales alusiones a Hermes Trigemisto y a la Tabla Esmeraldina, al libro de oro de Cleopatra, el *Crysopeia*, a la serpiente gnóstica *Ouroboros*, y a un misterioso planeta o astro llamado Tormantius, del que se dice es morada de deidades pavorosas. Había también muchas referencias a una «lengua khiana», la cual, según se deducía del contexto, no tenía relación alguna con la isla del Egeo llamada Quiós, cuna de Homero.

Fue esto lo que me llevó al segundo paso de mi descubrimiento. En *El horror sobrenatural en la literatura*, de Lovecraft, hay una pequeña sección dedicada a Arthur Machen, donde encontré una alusión a la «lengua Chiana», relacionada de algún modo con el culto de la brujería. También hablaba de los «doles», «voolas» y de ciertos «caracteres aklo». Esto último atrajo mi atención; en el manuscrito de Voynich había encontrado una alusión a las «inscripciones aklo». Al principio supuse que aklo sería una especie de corrupción del «agla» cabalística, palabra utilizada en el exorcismo; luego modifique mi opinión. Apelar a la coincidencia más allá de ciertos límites es signo de mentalidad obtusa. La hipótesis que ahora se presentaba en mi mente era ésta: que el manuscrito de Voynich era un fragmento o compendio de una obra mucho más vasta llamada *Necronomicón*, quizá de origen cabalístico. Existen, o han existido, ejemplares de este libro, y podía ser que se conservasen por tradición oral entre sociedades secretas tales como la Iglesia del Carmelo del infame Naundorff, o la Cofradía de Tlön, descrita por Borges. Machen, que pasó algún tiempo en París en la década de 1880, entró casi con seguridad en contacto con un discípulo de Naundorff, el Abbé Boullan, de quien se sabe que practicaba la magia negra (aparece en *Là Bas*, de Huyman). Esto podría explicar las huellas del *Necronomicón* que se encuentran en su obra. En cuanto a Lovecraft, puede que se tropezara con él, o con tradiciones orales que aludían a dicha obra, o bien

personalmente, o quizá incluso a través de Machen.

En ese caso, puede que hubiera ejemplares de dicho libro ocultos en alguna buhardilla, o quizá en otro arcón del castillo italiano. ¡Qué triunfo, si yo lograra localizar uno y pudiese publicarlo juntamente con mi traducción del manuscrito de Voynich! O incluso si pudiese probar de manera definitiva que tal obra existía.

Éste era el sueño que me preocupó durante cinco días en el Atlántico. Y leí y releí mi traducción del manuscrito, con la esperanza de descubrir alguna clave que pudiese conducir a la obra completa. Pero cuanto más leía, menos claro veía. En la primera lectura, había captado un esquema global, una oscura mitología, nunca consignada claramente, aunque deducible de las alusiones. Al releer la obra, empecé a preguntarme si no sería todo esto producto de mi imaginación. El libro parecía disolverse en un montón de fragmentos inconexos. En Londres, pasé inútilmente una semana en el British Museum, buscando referencias al *Necronomicón* en diversas obras sobre magia, desde el *Azoth*, de Basil Valentine, a Aleister Crowley. La única referencia prometedora fue una nota de pie de página en *Remarks on Alchemy*, de E. A. Hitchcock (1865), sobre «los actualmente inalcanzables secretos de las tabletas aklo». Pero el libro no contenía ninguna otra referencia a estas tabletas. ¿Significaría la palabra «inalcanzable» que se sabía que las tabletas habían sido destruidas? Si era así, ¿cómo llegó Hitchcock a tener conocimiento de ellas? La lóbreguez de un octubre londinense, y la fatiga que me producía un persistente dolor de garganta, casi me habían persuadido de regresar a Nueva York en avión, cuando cambié de idea. En una librería de Maidstone me encontré con fray Anthony Carter, un monje carmelita editor de una pequeña revista literaria. Éste había conocido a Machen en 1944, tres años antes de la muerte del escritor, y más tarde había dedicado un número de su revista a su vida y obra. Acompañé a fray Carter al Priorato, cerca de Sevenoaks, y mientras conducía su anticuado «Austin» a la moderada velocidad de cincuenta kilómetros por hora, me habló largo y tendido de Machen. Finalmente, le pregunté si sabía si Machen había tenido algún contacto con sociedades secretas o con la magia negra.

—¡Oh, lo dudo! —respondió, para decepción mía; otra pista falsa—. Supongo que recogería diversas tradiciones extrañas cerca de Melincourt, su lugar de nacimiento; la que fue Isca Silurum, en tiempos de Roma.

—¿Tradiciones? —traté de adoptar un tono casual—. ¿Qué clase de tradiciones?

—Bueno, ya sabe. Ese tipo de cosas que él describe en la colina de los sueños. Cultos paganos y demás.

—Yo creía que eran pura imaginación.

—¡Oh, no! Una vez me dijo que había visto un libro que revelaba toda clase de cosas horribles relativas a esa zona de Gales.

—¿Dónde? ¿Qué clase de libro?

—No tengo ni idea. No presté mucha atención. Creo que lo vio en París... o puede que fuera en Lyon. Pero recuerdo el nombre de la persona que se lo enseñó.

Stanislav de Guaita.

—¡Guaita! —no pude evitar la exclamación, y fray Carter casi se sale de la carretera. Me miró con dulce reproche.

—Exactamente. Ese hombre estuvo implicado en cierta absurda sociedad que practicaba la magia negra. Machen me decía que él consideraba todo eso en serio, pero estoy seguro de que lo decía para tomarme el pelo...

Guaita estuvo implicado en el círculo de magia negra de Boullon y de Naundorff. Era un ladrillo en el edificio.

—¿Dónde está Melincourt?

—En Monmouthshire, creo. En las proximidades de Southport. ¿Piensa usted ir?

La trayectoria de mis pensamientos había sido clara. No vi motivo alguno para negarlo.

El sacerdote no dijo nada hasta que el coche se detuvo en el sombrío poblado de árboles, detrás del Priorato. Entonces me miró fijamente y dijo con suavidad:

—Yo no me metería demasiado a fondo en esas cosas, si estuviese en su lugar.

Hice un ruido circunstancial con la garganta, y dejamos el tema. Pero unas horas más tarde, de nuevo en mi habitación del hotel, recordé su comentario y me sorprendió. Si creía que Machen le había estado tomando el pelo con sus «cultos paganos», ¿por que me aconsejaba que no me metiera en eso? ¿Acaso creía realmente en ellos, pero prefería callárselo? Como católico, naturalmente, estaba obligado a creer en la existencia de un mal sobrenatural...

Reservé habitación en el hotel de Branshaw antes de irme a dormir. Había un tren a Newport desde Paddington a las 9.55, con un cambio para Caerleon a las 2.30. A las diez y cinco estaba yo sentado en el coche-restaurant, tomando café, contemplando cómo las oscuras casas de Ealing dejaban paso a los verdes campos de Middlesex, y experimentando una honda y pura excitación, completamente nueva para mí. No puedo explicarlo. Sólo puedo decir que, a estas alturas de mi investigación, tenía la clara sensación de que empezaba lo más importante. Hasta entonces, me había sentido ligeramente desanimado, a pesar de los desafíos del manuscrito de Voynich. Tal vez se debiera a una ligera aversión al tema del manuscrito. Soy romántico como el que más —y creo que la mayoría de la gente es saludablemente romántica en el fondo—, pero supongo que todo este parloteo sobre magia me resultaba en definitiva una estupidez degradante para el entendimiento humano y para su capacidad de evolución. Pero en esa mañana gris del mes de octubre, sentía algo distinto: el erizamiento de cabello que Watson solía experimentar cada vez que Holmes le sacudía para despertarle, gritándole: «El asunto marcha, Watson». Yo no tenía aún ni la más remota idea de cuál podía ser el asunto. Pero estaba empezando a experimentar una rara intuición de su gravedad.

Cuando me cansé de mirar el paisaje, abrí la cartera y saqué una guía de Gales y

dos libros de Arthur Machen: algunos relatos escogidos y el autobiográfico *Far Off Things*. Este último me hacía esperar descubrir una tierra de encanto en la parte de Gales de Machen. Dice: «Siempre consideré como la parte más grande de la fortuna que me ha tocado en suerte, el haber nacido en el corazón de Gwent». Su descripción del «túmulo místico», la «ola gigantesca y redonda» de la Montaña de Piedra, los bosques profundos y el río serpeante, sugerían un paisaje de ensueño. De hecho, Melincourt es la morada legendaria del rey Arturo, y Tennyson sitúa allí sus *Idylls of the King*.

La guía de Gales que había comprado en una librería de segunda mano de Charing Cross Road, describía Southport como un pueblecito campesino con su feria, «en medio del apacible, ondulado y lujuriente paisaje de bosques y prados». Tenía media hora de tiempo entre uno y otro tren, y decidí dar una vuelta por el pueblo. Me bastaron diez minutos. Pueran cuales fuesen sus encantos en 1900 (fecha de la guía), ahora es una ciudad típicamente industrial, con grúas recortadas en el cielo y el aullido de los trenes y los barcos. Me tomé un whisky doble en el hotel de junto a la estación para reconfortarme ante un posible desencanto semejante al de Caerleon. Pero incluso esto supuso un escaso alivio, ante el impacto que me produjo el lúgubre y modernizado pueblo al que llegué una hora más tarde, tras un corto trayecto por las afueras de Southport. El pueblo está dominado por una inmensa monstruosidad de ladrillo rojo, que, como adiviné acertadamente, era un sanatorio mental. Y el «Usk de poderosos rumores» de Chesterton me pareció como un riachuelo de barro cuyo aspecto no mejoraba con la lluvia que ahora caía de un cielo gris pizarra.

Me registré en el hotel —un lugar sin pretensiones ni calefacción central— a las tres y media, eché una mirada al papel floreado que cubría las paredes de mi dormitorio —superviviente, lo menos, del año 1900—, y decidí salir a pasear bajo la lluvia.

A un centenar de metros de la calle principal, pasé por delante de un garaje con un cartel pintado a mano que decía: «Se alquilan coches». Un hombre bajito y con gafas estaba inclinado sobre el motor de un automóvil. Le pregunté si era chófer y estaba libre.

—¡Oh, sí, señor!

—¿Esta tarde?

—Si lo desea. ¿Adónde quiere que le lleve?

—A dar una vuelta por el campo. Me miró, incrédulo.

—¿Es usted turista, señor?

—En cierto modo, sí, supongo.

—En seguida estoy con usted.

Su aire, mientras se secaba las manos, indicaba que consideraba la ocasión demasiado buena para despreciarla. Cinco minutos más tarde, esperaba delante del edificio, vestido con una chaqueta de cuero de la década de 1920, conduciendo un coche de la misma época. Los faros vibraban arriba y abajo al ritmo del parloteo del



motor.

—¿Adónde vamos?

—A cualquier sitio. Vamos hacia el norte... hacia Monmouth.

Me arrebujié en el asiento trasero, contemplando la lluvia, mientras percibía claros signos del frío que se avecinaba. Pero al cabo de diez minutos, el coche se calentó y mejoró el paisaje. A pesar de la modernización y de la llovizna de octubre, el valle de Usk seguía siendo extremadamente hermoso. El verdor de los campos era sorprendente, incluso comparado con el de Virginia. Los bosques eran, como decía Machen, misteriosos y sombríos, y el escenario parecía casi demasiado pintoresco para ser auténtico, como esos grandiosos paisajes románticos de Asher Durand. Al norte y al nordeste se hallaban las montañas, apenas visibles a través de las desflecadas nubes: tenía el paisaje desolado de *El pueblo blanco* y *La novela del Sello Negro* muy frescos en la memoria. El señor Evans, mi chófer, tuvo la delicadeza de no hablar, permitiendo que me sumergiera en el sentimiento del paisaje.

Pregunté a mi chófer si había visto alguna vez a Machen, pero tuve que deletrear el nombre antes de que el señor Evans supiera de quién le hablaba. Por lo que yo podía apreciar, Machen parecía completamente olvidado en su pueblo natal.

—¿Lo está estudiando usted, señor?

Empleó la palabra «estudiar» como si se tratase de alguna actividad ritualista. Asentí; de hecho, exageré un poco, diciendo que pensaba escribir un libro sobre Machen. Esto despertó su interés. Fuera cual fuese la actividad que tuviera para con los escritores ya fallecidos, para con los vivos no tenía otra que la de respeto. Le dije que varios relatos de Machen se desarrollaban en aquellas colinas desoladas que teníamos ante nosotros, y añadí en tono casual:

—Lo que realmente quiero averiguar es dónde recogió él las leyendas que solía incluir en sus relatos. Estoy casi seguro de que no las inventaba. ¿Sabe de alguien por aquí que pudiera conocerlas? ¿El vicario, por ejemplo?

—¡Oh, no! El vicario no sabe nada de leyendas —lo dijo como si las leyendas fueran una materia totalmente pagana.

—¿Conoce a algún otro que sí?

—Déjeme pensar. Está el Coronel, si tiene la suerte de caerle bien. Es un tipo raro, ese Coronel. Si no le cae usted bien, gastará saliva en balde.

Traté de saber algo más sobre el Coronel; si era aficionado a la arqueología, quizá; pero los comentarios de Evans fueron célticamente vagos. Desvié la conversación hacia el escenario, y obtuve un chorro inacabable de información que duró todo el camino de regreso a Melincourt. A sugerencia del señor Evans, seguimos hacia el norte hasta Raglan; luego torcimos hacia el oeste y regresamos con las Montañas Negras a nuestra derecha, que parecían más frías y amenazadoras de cerca que desde las verdes tierras bajas de los alrededores de Melincourt. En Pontypool, me detuve y compré un libro sobre los restos romanos en Melincourt, y un ejemplar de segunda mano de Giraldus Cambrexis, el historiador y geógrafo galés

contemporáneo de Rogerio Bacon.

Las tarifas del taxi del señor Evans resultaron sorprendentemente razonables, así que convine con él en alquilarlo por todo el día, tan pronto como el tiempo mejorase. Luego, de regreso en el hotel, con una bebida llamada grog, consistente en ron negro, agua caliente, zumo de limón y azúcar, me puse a leer los periódicos londinenses, e hice unas cuantas preguntas discretas sobre el Coronel. En vista de lo infructuoso de este método de aproximación —los galeses no son afables con los forasteros—, busqué su nombre en la guía de teléfonos. Coronel Lionel Urquart, *Los Pastos*, Melincourt. Entonces, reconfortado por el grog, entré en la helada cabina telefónica y marqué su número. Una voz de mujer con un acento galés casi incomprensible dijo que el Coronel no estaba en casa; luego, que puede que estuviera, y que iría a ver.

Tras una larga espera, una voz áspera, de la clase superior británica, ladró al teléfono:

—Diga, ¿quién es?

Me identifiqué, pero antes de que pudiera terminar, me espetó:

—Lo siento, yo nunca concedo entrevistas.

Le expliqué rápidamente que yo era profesor de literatura, no periodista.

—¡Ah, literatura! ¿Qué clase de literatura?

—En este momento, estoy interesado en las leyendas locales. Me han dicho que usted conoce muchísimas.

—Conque sí, ¿eh? Bien, supongo que sí. ¿Cómo me ha dicho que se llamaba?

Lo repetí, y mencioné la Universidad de Virginia, y mis publicaciones principales. Hubo curiosos tartamudeos en el otro extremo de la línea, como si estuviese comiéndose el bigote y le costara tragar. Finalmente, dijo:

—Mire..., ¿por qué no viene usted a última hora de la tarde, digamos a las diez? Podríamos tomar unas copas y charlar.

Le di las gracias, y regresé al salón, donde había un buen fuego, y pedí otro ron. Consideró que debía felicitarme, después de las advertencias del señor Evans sobre el Coronel. Sólo me preocupaba una cosa. Aún no tenía idea de quién era, ni que clase de leyendas le interesaban. Sólo podía suponer que sería un apasionado de la historia.

A las ocho y media, después de una abundante aunque poco imaginativa cena a base de chuletas de cordero, patatas cocidas y unas verduras inidentificables, salí en dirección a la casa del Coronel, tras preguntar previamente su dirección al conserje en su mostrador, quien se quedó manifiestamente intrigado. Aún llovía y hacía viento, pero pude rechazar el frío gracias a un grog.

La casa del Coronel se hallaba fuera del pueblo, a mitad de una cuesta empinada. Tenía una verja de hierro oxidado, con un camino para carruajes lleno de charcos de agua embarrada. Al tocar la campanilla, diez perros comenzaron a ladrar inmediatamente, y uno de ellos se acercó al otro lado de la verja y gruñó disuasoriamente. Una rolliza galesa abrió la puerta, le dio una manotada al doberman que gruñía y babeaba, y me condujo por delante de una jauría de perros gruñidores —

algunos, según observé, con cicatrices y desgarrones en las orejas—, a una biblioteca escasamente iluminada que olía a humo de carbón. No estoy seguro de la clase de hombre que esperaba conocer —probablemente alto y británico, con la cara tostada y el bigote hirsuto—, pero resultó una sorpresa. Era bajito y caminaba torcido —una caída de caballo le había fracturado la cadera derecha—; su piel oscura hacía pensar en una mezcla de sangre, mientras que su barbilla deprimida le daba un aspecto ligeramente reptilisco. La primera impresión fue de un personaje repugnante. Tenía ojos brillantes y sagaces, pero desconfiados. Me pareció un hombre capaz de despertar una considerable cantidad de resentimiento. Me estrechó la mano y me pidió que me sentara. Me senté junto al fuego. Inmediatamente, brotó una nube de humo que me asfixió, haciéndome toser y boquear.

—Necesita una limpieza —dijo mi anfitrión—. Siéntese en esa otra silla.

Unos momentos más tarde, cayó algo de la chimenea juntamente con un montón de hollín, y antes de que las llamas lo hicieran irreconocible, me pareció distinguir el esqueleto de un murciélago. Supuse —correctamente, como pude comprobar más tarde—, que el coronel Urquart recibía muy pocas visitas, y que por tanto raramente hacía uso de la biblioteca.

—¿Cuál de mis libros es el que ha leído? —me preguntó.

—Yo... esto... para ser sincero, sólo los conozco de oídas.

Sentí alivio cuando dijo secamente:

—Como casi todo el mundo. De todos modos, es alentador saber que le interesan.

En ese instante, al mirar por encima de su cabeza, vi su nombre en el lomo de un libro. Parecía una sobrecubierta horrendamente diseñada; y su título: *Los misterios de Mu*, era claramente visible con letras escarlata. Así que añadí rápidamente:

—Naturalmente, no sé gran cosa sobre Mu. Recuerdo haber leído un libro de Spence...

—¡Un completo charlatán! —exclamó Urquart, y me pareció que sus ojos adquirirían un tinte rojizo con el resplandor del fuego.

—Luego —añadí—, Robert Graves tiene curiosas teorías sobre Gales y los galeses...

—¡Por las tribus perdidas de Israel! ¡En mi vida he visto una idea más infantil y descabellada! Cualquiera podría decirle que lo que afirma es un disparate. Yo he demostrado de manera concluyente que los galeses son supervivientes del desaparecido continente de Mu. Tengo pruebas que lo demuestran. Sin duda las conoce.

—No tanto como desearía —contesté, un tanto azarado.

En ese momento, se interrumpió para ofrecerme un Whisky, y yo tuve que tomar una rápida determinación: rogarle que aplazásemos nuestra entrevista para otro momento y huir, o aguantar como fuera. El ruido de la lluvia en las ventanas me decidió. Había que resistir.

Mientras servía el whisky, dijo:

—Creo que adivino en qué está pensando. ¿Por qué Mu y no la Atlántida?

—Pues sí, en efecto —dije, algo confundido. Yo ni siquiera sabía que se supusiera que Mu estuvo situada en el Pacífico.

—Lógico. Yo mismo me hice esa pregunta hace veinte años, cuando acababa de realizar mis descubrimientos. ¿Por qué Mu, cuando los restos más importantes se hallan en el sur de Gales y en Providence?

—¿En Providence? ¿En qué Providence?

—La de Rhode Island. Tengo pruebas de que fue el centro de la religión de los supervivientes de Mu. Reliquias. Ésta, por ejemplo.

Me tendió un pedazo de piedra verde, casi demasiado pesada para sostenerla con una sola mano. Nunca había visto esa clase de piedra, aunque sé muy poca geología. Tampoco había visto nada parecido al dibujo e inscripción que tenía grabados, salvo una vez, en un templo de las selvas del Brasil. La inscripción estaba en caracteres curvos, no muy distintos de la taquigrafía de Pitman; la cara que había en medio de dichos caracteres podía ser una máscara de demonio, o un dios serpiente, o un monstruo marino. Al contemplarlo, sentí la misma sensación desagradable —la sensación de repulsión— que experimenté la primera vez que vi el manuscrito de Voynich. Bebí un largo sorbo de Whisky. Urquart señaló el «monstruo marino».

—Es el símbolo del pueblo de Mu. El Yambi. Esta piedra es su color. Es uno de los medios de saber dónde estuvieron: el agua de ese color.

Le miré sin comprender.

—¿En qué sentido?

—Cuando ellos destruyen un lugar, les gusta dejar tras de sí charcas de agua, pequeños lagos, de ser posible. Siempre se puede averiguar cuáles son esas charcas porque tienen un aspecto ligeramente distinto de una alberca corriente. Tienen esta combinación del verde típico del agua estancada y este gris azulenco que ve aquí.

Se volvió hacia la estantería y sacó un lujoso libro de arte titulado *Los placeres de las ruinas*. Lo abrió y señaló una fotografía. Estaba en color.

—Mire esto: Sidón, en Líbano. La misma agua verde. Y mire esto: Anuradhapura, Ceilán: el mismo verde y azul. Los colores de la ruina y la muerte. Ambas son ciudades destruidas por ellos, en cierto modo. Hay seis más, que yo sepa.

Yo me sentía fascinado e impresionado a pesar de mí mismo. Quizá se debía todo a la piedra.

—Pero ¿cómo hicieron eso?

—Usted comete el error habitual: el de creer que ellos son como nosotros. Pero no. En términos humanos, digamos que eran informes e invisibles.

—¿Invisibles?

—Como el viento o la electricidad. Tiene que comprender que eran fuerzas, más que seres. No eran entidades claramente separadas, como nosotros. Es lo que se consigna en las tabletas naacal de Churchward.

Siguió hablando, pero no voy a transcribir aquí todo lo que dijo. La mayoría de

las cosas me parecieron puras tonterías. Pero había una lógica extravagante en casi todo ello. Sacó libros de las estanterías y me leyó diversos pasajes, la mayoría, según me pareció, escritos por toda clase de chiflados. Pero luego cogió un texto de antropología o paleontología, y leyó cierto resumen que parecía confirmar lo que acababa de decir.

Lo que me contó, en suma, fue esto. El continente de Mu existió en el Pacífico Sur hace entre veinte mil y doce mil años. Estaba poblado por dos razas, una de las cuales era semejante al hombre de hoy. La otra la constituían los «invisibles de las estrellas», de Urquart. Estos últimos, dijo él, eran decididamente ajenos a nuestro mundo, y el jefe de todos ellos se llamaba Ghatanothoa el oscuro. A veces, adoptaban formas, como la del monstruo de la tableta —que era una representación de Ghatanothoa—, pero existían como «vórtices» de fuerza en su estado natural. No eran benevolentes, según nuestro sentido, pues sus instintos y deseos eran completamente distintos de los nuestros. Una tradición recogida en las tabletas naacal afirma que estos seres crearon al hombre; pero esto, dice Urquart, debe de ser inexacto, ya que las pruebas arqueológicas han demostrado que el hombre evolucionó durante millones de años. Sin embargo, los hombres de Mu eran evidentemente esclavos de estos seres, y fueron tratados con lo que nosotros consideramos increíble brutalidad. Los lloigor, o seres-estrellas, podían amputar miembros sin causar la muerte, y lo hacían al menor signo de rebelión. Podían asimismo hacer crecer tentáculos a manera de cánceres en sus esclavos humanos, y utilizar también esto como castigo. Un grabado de las tabletas naacal muestra a un hombre creciéndole tentáculos en las cuencas de los ojos.

Pero la teoría de Urquart sobre Mu tenía un rasgo extremadamente original. Me dijo que había una diferencia muy importante entre los lloigor y los seres humanos. Los lloigor eran profunda y enteramente pesimistas. Urquart subrayó que difícilmente podíamos imaginar lo que esto significaba. Los seres humanos viven con esperanzas de diversa índole. Sabemos que tenemos que morir. No tenemos idea de dónde venimos, ni adónde iremos. Sabemos que estamos expuestos a los accidentes y a las enfermedades. Sabemos que raramente alcanzamos lo que queremos; y si lo alcanzamos, dejamos de apreciarlo. Sabemos todo esto, y sin embargo, seguimos siendo incurablemente optimistas, aun engañándonos a nosotros mismos con creencias absurdas y visiblemente disparatadas sobre la vida más allá de la muerte.

—¿Por qué hablo con usted —exclamó Urquart—, si sé perfectamente que ningún profesor posee una mentalidad abierta, y que todos aquellos con los que he tenido algún trato me han traicionado? Porque creo que usted podría ser la excepción; podría captar la verdad de lo que digo. Pero ¿por qué quiero que sepa, cuando tengo que morir como todos los demás? Es absurdo, ¿no? Pero es que nosotros *no* somos criaturas razonables. Vivimos y obramos con un insensato reflejo de optimismo... un mero reflejo, como el de la rodilla al golpearla. Evidentemente, estúpido por demás. Sin embargo, vivimos por él.

Me sentí impresionado, a pesar de mi convicción de que estaba algo chiflado. Desde luego, era inteligente.

Siguió explicándome que los lloigor, infinitamente más poderosos que los hombres, sabían también que ese optimismo era absurdo en este universo. Sus mentes formaban una unidad, no estaban compartimentadas como las nuestras. En ellos no había distinción alguna entre mente consciente, mente subconsciente y mente supraconsciente. De modo que veían las cosas con claridad en todo momento, sin posibilidad de desviar el intelecto de la verdad, ni de olvidar. Mentalmente hablando, lo más parecido a ellos sería uno de aquellos románticos suicidas del siglo XIX, henchido de tristeza, convencido de que la vida es un abismo de miseria, y aceptando esa tesis como fundamento de la vida diaria. Urquart negó que los budistas se pareciesen a los lloigor en su pesimismo esencial, no sólo por el concepto de nirvana, que ofrece una especie de absoluto equivalente del Dios cristiano, sino porque ningún budista vive realmente en la contemplación de su pesimismo. Lo acepta intelectualmente, pero no lo siente en sus nervios y en sus huesos. Los lloigor vivían su pesimismo.

Desgraciadamente —y aquí me resultó difícil seguir a Urquart— la Tierra no es propicia a tal pesimismo, a nivel subatómico. Es un planeta joven. Todos sus procesos de energía se hallan aún en una etapa ascendente, por así decir; son evolutivos, tienden progresivamente a hacerse más complejos, y por tanto a neutralizar las fuerzas negativas. Un simple ejemplo de esto es la forma en que murieron tantos jóvenes románticos; la Tierra, sencillamente, no tolera las fuerzas subversivas.

De ahí la leyenda de que los lloigor crearon al hombre para que fuese su esclavo. Pues ¿por qué iban a necesitar esclavos estos seres omnipotentes? Sólo por la activa hostilidad, por así decir, de la Tierra misma. Para contrarrestar esta hostilidad, para llevar a cabo sus más simples designios, necesitaban criaturas que actuaran sobre una base optimista. Y así, crearon a los hombres, seres deliberadamente miopes, incapaces de contemplar firmemente la verdad evidente en torno al universo.

Lo que había sucedido entonces era absurdo. Los lloigor se habían ido debilitando progresivamente a causa de su existencia en la Tierra. Urquart dijo que los documentos no dan razón alguna de por qué los lloigor abandonaron su lugar de origen, probablemente situado en la nebulosa de Andrómeda. Habían ido debilitándose cada vez más como fuerzas activas. Y sus esclavos habían llegado a predominar, convirtiéndose en los hombres de hoy. Las tabletas naacal y demás obras que nos han llegado de Mu se deben a estos hombres, no a los «dioses» originales. La Tierra ha favorecido la evolución de sus hijos torpes y optimistas, y debilitó a los lloigor. Sin embargo, estas antiguas potencias aún perviven. Se han retirado al interior de la tierra y del mar, con el fin de concentrar su poder en las piedras y las rocas, cuyo normal metabolismo son capaces de invertir. Esto les ha permitido subsistir en la Tierra durante muchos miles de años. Ocasionalmente acumulan suficiente energía

para irrumpir de nuevo en la vida humana y los resultados son ciudades destruidas. Llegó un momento en que fue el continente entero —el propio Mu— y más tarde otro, el de la Atlántida. Siempre han sido especialmente virulentos cuando han logrado descubrir vestigios de sus antiguos esclavos. A ellos deben atribuirse muchos de los misterios arqueológicos: las grandes ciudades en ruinas de Sudamérica, Camboya, Birmania, Ceilán, África del Norte, incluso de Italia. Y también, según Urquart, las dos grandes ciudades ruinosas de Norteamérica, Gurdèn Itza, ahora hundida bajo las tierras pantanosas de los alrededores de Nueva Orleans, y Nam-Ergest, ciudad floreciente que una vez se alzó en la tierra donde hoy se abre el Gran Cañón. El Gran Cañón, dijo Urquart, no se originó por la erosión de la tierra, sino por una tremenda explosión subterránea seguida de una «lluvia de fuego». Él sospechaba que, como la gran explosión de Siberia, fue producida por una especie de bomba atómica. A mi pregunta de por qué no había signos de explosión alguna en la zona del Gran Cañón, Urquart dio dos respuestas: que había ocurrido hacía tantísimos años que los elementos naturales habían borrado la mayoría de los vestigios, y segundo, que para cualquier observador imparcial, estaba bastante claro que el Gran Cañón era un cráter inmenso e irregular.

Tras dos horas de conversación, y de recurrir varias veces a su excelente Whisky, me sentía tan confundido que se me fueron de la cabeza completamente las preguntas que le quería formular. Le dije que debía irme a acostar y pensar sobre todo esto, y el Coronel se ofreció a llevarme en su coche. Me acordé de una de mis preguntas precisamente cuando me acomodaba en el asiento delantero, junto al del conductor, de un antiguo «Rolls Royce».

—¿Qué quería decir con eso de que los galeses eran los supervivientes de Mu?

—Pues lo que he dicho. Estoy seguro de eso; tengo pruebas que confirman que son descendientes de los esclavos de los lloigor.

—¿Qué clase de pruebas?

—De todo tipo. Necesitaría otra hora para explicárselo.

—¿No podría darme alguna idea?

—De acuerdo. Eche una mirada al periódico de esta mañana. Dígame qué es lo que le choca de él.

—Pero ¿qué es lo que tengo que mirar?

Le divertía el que me negara a «esperar a ver». Debería saber que los viejos somos más impacientes que los niños.

—Las cifras de crímenes.

—¿No puede decirme más?

—De acuerdo.

Nos habíamos detenido delante del hotel, y aún llovía copiosamente. A esas horas de la noche no se oía otro ruido que el de la lluvia y el gorgoteo del agua en los canalones.

—Descubrirá que el promedio de crímenes en esta zona es unas tres veces el del

resto de Inglaterra. Las cifras son tan elevadas que raramente se publican. En lo que se refiere a asesinatos, crueldades, violaciones, toda clase de perversiones sexuales... esta zona tiene el más alto índice de las Islas Británicas.

—Pero ¿por qué?

—Ya se lo he dicho. Los lloigor realizan esfuerzos para reaparecer a cada momento —y para dar a entender que quería regresar a su casa, se inclinó por encima de mí y me abrió la portezuela. Antes de que llegase yo al umbral del hotel, se había ido.

Pregunté al vigilante de turno si podía prestarme un periódico local; me sacó uno detrás de su silla, y dijo que podía quedármelo. Subí a mi fría habitación, me desvestí y me metí en la cama... Luego me puse a hojear el periódico. A primera vista, no descubrí prueba alguna de las afirmaciones de Urquart. La primera página aludía a una huelga en los astilleros de la localidad, y las noticias principales se referían a un concurso de ganadería local, en el que se acusaba a los jueces de haber aceptado sobornos, y a una nadadora de Southport que casi había batido el récord del cruce del canal a nado. En la página central, el editorial hablaba sobre cierta cuestión de la observancia del domingo. Parecía bastante inocente.

Luego empecé a leer una serie de noticias más escuetas que venían entre anuncios o noticias deportivas. En el depósito de agua de Bryn Mawr se había descubierto flotando un cadáver sin cabeza que provisionalmente había sido identificado como el de una joven de Llandalffen. Un menor de catorce años había sido condenado a reclusión en un correccional por haber infligido heridas a una oveja con un hacha pequeña. Un granjero solicitaba el divorcio, alegando que su mujer parecía haberse enamorado locamente de su hijastro imbécil. Un vicario había sido condenado a un año de prisión por agredir a los niños del coro. Un padre había matado a su hija y a su novio por celos sexuales. Un viejo de un asilo de ancianos había incinerado a dos de sus compañeros derramando parafina sobre sus camas y prendiéndoles fuego. Un niño de doce años había ofrecido a sus hermanas mellizas, de siete años, un helado espolvoreado con raticida, y luego se reía incontroladamente en el tribunal de menores (por suerte, las dos niñas sobrevivieron, con grandes trastornos intestinales). Una breve nota informaba que la policía había imputado a un hombre los tres asesinatos de Loveris Lane.

Era la crónica de una pacífica zona rural, si bien admitiendo que Southport y Cardiff, con sus elevados porcentajes de crímenes, estaban bastante cerca. Desde luego, no era un récord demasiado malo, comparado con la mayoría de las ciudades de América. Incluso Charlottesville puede dar una cifra de delitos que en Inglaterra podría considerarse como una de las mayores olas de crímenes.

Antes de dormirme, me puse una bata, bajé al salón, donde había visto un ejemplar del *Amanac*, de Whitaker, y miré el promedio de crímenes en Inglaterra. Sólo 166 asesinatos en 1967: tres asesinatos por cada millón de habitantes; el índice de homicidios en América es unas veinte veces más elevado. Sin embargo, aquí, en la



sencilla edición de un periódico local, había encontrado la referencia de nueve homicidios... aunque había que admitir que algunos de ellos databan de tiempo atrás (los asesinatos de Loveris Lane se repartían en dieciocho meses).

Dormí muy mal esa noche; mi espíritu se vio atormentado constantemente por monstruos invisibles, espantosos cataclismos, sádicos asesinos y jovenzuelos demoníacos. Fue un alivio despertar en una mañana radiante de sol y tomar una taza de té. Aun así, me sorprendí a mí mismo mirando furtivamente a la camarera —una joven menuda de pálido rostro, ojos apagados y pelo lacio y duro—, y preguntándome qué anómala unión le habría dado el ser. Desayuné; me enviaron a la habitación el periódico de la mañana, y lo leí con morboso interés.

Nuevamente, las noticias más horribles se hallaban reducidas a pequeñas notas. Dos escolares de once años habían sido acusados de estar implicados en el asesinato de la chica sin cabeza, pero afirmaban que en realidad la había decapitado un vagabundo «de ojos llameantes». Un droguero de Southport fue obligado a dimitir como concejal del Ayuntamiento al ser acusado de haber tenido «conocimiento carnal» de su dependienta de catorce años. Las pruebas sugerían que una comadre difunta había sido eficiente en velar por los niños a la manera de la infame señora Dyer de Reading. Una vieja dama de Llangwn había sido gravemente herida por un hombre que la acusaba de brujería: concretamente, de hacer que naciesen los niños con deformidades. Un atentado contra la vida del alcalde de Chepstow, perpetrado por un hombre dominado por cierto oscuro rencor... Omito más de la mitad de la lista, pues los crímenes son tan estúpidos como sórdidos.

No cabía duda de que toda esta preocupación por el crimen y la corrupción estaba ejerciendo su efecto en mi opinión. Siempre me habían gustado los galeses, con su baja estatura, su pelo negro y su piel pálida. Ahora me daba cuenta de que los miraba como si fuesen trogloditas, tratando de descubrir algún rasgo que delatase vicios secretos en sus ojos. Y cuanto más los miraba, más los veía. Observe el número de palabras que empezaban por LL, desde Lloyd's Bank a Llandudno, y pensé en los lloigor con un estremecimiento (a propósito, la palabra me resultaba familiar, y la encontré en la página 258 del libro de Lovecraft titulado *La habitación cerrada*, registrado como el dios «que camina en los vientos de los espacios estelares». También encontré Ghatanothoa, el Dios Oscuro, citado allí, aunque no como el principal de los «moradores de las estrellas»).

Era casi insoportable deambular por aquella calle soleada, mirando la población rural que se dirigía a sus quehaceres cotidianos, a sus compras, viendo alabarse unas a otras a sus bebés, sentir este espantoso secreto dentro, y luchar con arrojarlo fuera de mí. Quise considerar todo esto como una mera pesadilla, como el desvarío de una mente medio desquiciada; luego tuve que admitir que todo tenía una conexión lógica con el manuscrito de Voynich y los dioses de Lovecraft. Sí, era difícil ponerlo en

duda: sencillamente, Lovecraft y Machen habían llegado a tener conocimiento de todo esto a merced a una antigua tradición que quizá existiera ya antes de que apareciese ninguna civilización sobre la Tierra.

La única otra alternativa posible era la de que fuese alguna complicada broma literaria, organizada entre Machen, Lovecraft y Voynich, quien debería ser considerado como un falsario, cosa imposible. Pero ¡qué alternativa! ¿Cómo podría yo creer en eso, y creer además que estaba en mi sano juicio, aquí en esta calle soleada, con el alegre sonido del galés en mis oídos? Un mundo perverso, oscuro, tan extraño a nosotros que el ser humano es incapaz siquiera de vislumbrarlo; extraños poderes cuyas acciones parecen increíblemente crueles y vengativas, y sin embargo, están regidas por leyes abstractas hechas por seres incomprensibles para nosotros. Urquart, con su rostro de reptil y su taciturna inteligencia. Y por encima de todo, unas fuerzas invisibles sojuzgando las mentes de estas gentes en apariencia inocentes a mi alrededor, y volviéndolas corrompidas y depravadas.

Yo había decidido ya lo que iba a hacer ese día. Pediría al señor Evans que me llevase a las Colinas Grises de las que hablaba Machen, tomaría algunas fotografías y haría algunas discretas averiguaciones. Incluso llevaría una brújula —normalmente tenía una en mi coche, en América—, para el caso de que me *perdiera*.

Vi un grupo de gentes que se había congregado en la puerta del garaje del señor Evans, y una ambulancia aparcada junto a la acera. Cuando me acercaba, dos enfermeros salieron transportando una camilla. Vi al señor Evans de pie, con expresión lúgubre, en el interior de una tiendecita contigua a su garaje, contemplando a la multitud. Le pregunté:

—¿Qué ha ocurrido?

—Un tipo de arriba se ha suicidado esta noche. Ha dejado abierta la llave del gas. Cuando se alejaba la ambulancia, pregunté:

—¿No cree que hay bastantes, por aquí?

—¿Bastantes, qué?

—Suicidios, homicidios y demás. Los periódicos locales están llenos.

—Supongo que sí. Hoy en día son los jóvenes. Hacen lo que les da la gana.

Vi que no tenía objeto prolongar el tema. Le pregunté si estaba libre para llevarme a las Colinas Grises. Negó con la cabeza.

—He prometido esperar aquí para prestar declaración ante la policía. Pero puede llevarse el coche, si lo desea.

Así que compré un mapa de la región y me puse al volante. Me detuve diez minutos a admirar el puente medieval mencionado por Machen, y luego me dirigí despacio hacia el norte. La mañana era ventosa, pero no fría, y el sol le daba al paisaje un aspecto totalmente distinto del de la tarde anterior. Aunque iba atento tratando de descubrir indicios de las Colinas Grises de Machen, no vi en el pacífico y ondulado paisaje nada que respondiese a esa descripción. Poco después rebasé el poste de señales que anunciaba Abergavenny a diez millas. Decidí echar una mirada

al lugar. Cuando llegué, el sol había disipado de tal modo los vapores nocturnos de mi cabeza que di una vuelta en coche por el pueblo —bastante ordinario arquitectónicamente—, y luego subí a pie a contemplar las ruinas del castillo de la parte alta. Pregunte a un par de nativos que me parecieron más ingleses que galeses. Efectivamente, el pueblo no estaba muy lejos del valle del Servan y del condado de Shropshire de A. E. Houseman.

Pero me recordaron el mito de los lloigor unas frases que traía la guía local sobre William de Braose, lord de Brecheindog (Brecon), «cuya sombra entenebrece el pasado de Abergavenny», cuyas «fechorías» habían asombrado al parecer incluso a los ingobernables ingleses del siglo XII. Tomé nota mentalmente para preguntar a Urquart cuánto tiempo habían estado presentes los lloigor en el sur de Gales, y hasta dónde se había extendido su influencia. Luego me dirigí hacia el noroeste recorriendo la parte más atractiva del valle del Usk. En Crickhowell me detuve ante una agradable y anticuada taberna, pedí una pinta de pálida cerveza, y trabé conversación con un individuo de la localidad que demostró haber leído a Machen. Le pregunté dónde suponía él que se encontraban las Colinas Grises, y me dijo sin más que estaban directamente hacia el norte, en las Montañas Negras, en los altos, agrestes paramos entre los valles del Usk y del Wye. Seguí durante otra media hora, hasta lo alto del puerto llamado Bwlch, cuyo panorama se encuentra entre los más grandiosos de Gales, con los Faros de Brecon al oeste, y los bosques y colinas al sur, donde los destellos del Usk reflejaban el sol. Pero las Montañas Negras del este parecían todo menos amenazadoras, y su descripción no correspondía a la página de Machen que yo utilizaba de guía. Así que me desvié hacia el sur otra vez, a través de Abergavenny (donde tomé una ligera comida), y luego, a través de carreteras de segundo orden hacia Llandalffen, desde donde la carretera subía pronunciadamente otra vez.

Fue aquí donde empecé a sospechar que me acercaba a mi objetivo. Reinaba una aridez en las colinas que sugería la atmósfera de *La novela del Sello Negro*. Pero no quise hacerme ilusiones, pues la tarde se había nublado, y sospechaba que podía ser pura imaginación. Paré el coche en la cuneta, junto a un puente de piedra, y bajé a asomarme por el pretil. El agua corría rápida, y la fuerza de la corriente cristalina me fascinó hasta el punto de sentirme hipnotizado por ella. Baje por un lado del puente, hundiendo los tacones para mantener el equilibrio en el empinado terraplén, y llegué a una roca plana que había junto a la corriente. Fue casi un acto de desafío, pues experimentaba una clara sensación de intranquilidad y yo sabía perfectamente que se debía parcialmente a la autosugestión. Un hombre de mi edad tiende a sentirse cansado y deprimido después de comer, sobre todo si ha bebido.

Yo llevaba colgando del cuello mi cámara *polaroid*. El verde de la hierba y el gris del cielo formaban tal contraste que decidí tomar una fotografía. Ajusté el diafragma y enfoqué la cámara corriente arriba; disparé y me metí la máquina debajo del abrigo para revelar la foto. Un minuto después, la saqué. El papel estaba en negro. Evidentemente, le había dado demasiada exposición. Levanté la cámara y disparé por

segunda vez, arrojando al río la primera fotografía. Mientras sacaba la segunda foto de la cámara tuve la súbita certeza de que también iba a estar en negro.

Miré nerviosamente alrededor, y a punto estuve de caerme al agua, al ver una cara que me miraba desde lo alto del puente. Era un chiquillo, o un joven, inclinado sobre el pretil, vigilándome. El cronometrador del tiempo dejó de zumbear. Ignorando al muchacho, extraje el papel de la cámara. Estaba en negro. Solté una maldición en voz baja y arrojé la segunda foto al agua. Entonces miré hacia la pendiente para calcular el trayecto más fácil para subir, y vi que el joven estaba justo en lo alto. Vestía unas ropas raídas y pardas, absolutamente indescriptibles. Su rostro era delgado y moreno, y me recordó a los gitanos que había visto en la estación de Newport. Sus ojos castaños eran inexpresivos. Empecé a subir hacia él sin sonreír, al principio curioso por averiguar qué quería.

Pero él no hizo ningún gesto amistoso, y me asaltó el súbito temor de que quisiera robarme, quizá la cámara, o tal vez los cheques de viaje de mi billetero. Una segunda mirada me convenció de que no sabría qué hacer con ninguna de las dos cosas. Sus ojos ausentes y sus orejas separadas indicaban que tenía ante mí a un imbécil. Y entonces, con súbita y total certidumbre, supe cuáles eran sus intenciones con la misma claridad que si me lo hubiera dicho. Quería arrojarme por la pendiente y tirarme al agua. Pero ¿por qué? Miré hacia la corriente. Era muy rápida, y quizá me llegara a la cintura —tal vez un poco más—, pero no era lo bastante profunda como para que se ahogase un hombre adulto. Había rocas y piedras en su cauce, pero no lo bastante grandes como para herirme, si mi cuerpo chocaba contra ellas.

Jamás me había ocurrido nada semejante; al menos, en mis cincuenta últimos años. Me sentí invadido por el miedo y la debilidad, de forma que me dieron ganas de sentarme. Sólo la decisión de no delatar mi miedo me impidió hacerlo. Hice un esfuerzo, y le miré con el ceño arrugado y la expresión irritada, como solía mirar a veces a mis alumnos. Para sorpresa mía, me sonrió —aunque creo que fue una sonrisa maliciosa, más que divertida— y se alejó. Sin perder tiempo, trepé por la pendiente para lograr una posición menos vulnerable.

Cuando llegué a la carretera, unos segundos después, el muchacho había desaparecido. El único sitio donde podía haberse ocultado, en veinte metros a la redonda, era el otro lado del puente, o detrás de mi coche. Me agaché para mirar bajo el coche, para ver si descubría sus pies, pero no. Me sobrepuse al pánico, y fui a asomarme por el otro pretil del puente. Tampoco estaba allí. La única posibilidad era que se hubiese escondido debajo mismo del puente, aunque el agua parecía demasiado rápida. En todo caso, no iba a asomarme allí. Volví al coche, conteniéndome para no echar a correr, y sólo me sentí seguro cuando lo puse en marcha.

En lo alto de la colina comprobé con sorpresa que había olvidado qué camino llevaba. La alarma me había borrado todo recuerdo de cuál era la dirección que traía al llegar al puente y aparcar perpendicularmente en una de las salidas. Me detuve en

un ensanche de la carretera para consultar la brújula. Pero su aguja negra giraba suavemente en círculos, al parecer indiferente a la dirección. Le di unas palmadas, pero siguió lo mismo. No estaba rota; la aguja seguía montada sobre su eje. Sencillamente, se había desmagnetizado. Seguí conduciendo, hasta que encontré un poste de señales; descubrí que seguía la dirección correcta, y proseguí hacia Pontypool. El problema de la brújula me inquietó vagamente, aunque no demasiado. Sólo más tarde, cuando pensé en ello, me di cuenta de que era imposible que se desmagnetizase una brújula, a no ser que le quitase la aguja y la calentara, o que la golpeará violentamente. Al mediodía la había mirado y estaba bien. Entonces se me ocurrió que el asunto de la brújula, como el del chico, había sido una advertencia. Una vaga, indiferente advertencia, como el roce de una mosca en un durmiente.

Todo esto suena absurdo y fantástico; y admito francamente que casi me sentía inclinado a echarlo todo en olvido. Pero tengo tendencia a confiar en mis instintos.

Me sentía nervioso; lo bastante nervioso como para tomarme un largo trago de coñac de mi frasco, al llegar al hotel. Luego llamé a conserjería y me quejé del frío de la habitación, y a los diez minutos vino una camarera a encender un fuego de carbón en un hogar que yo ni siquiera había visto. Sentado frente a él, fumando una pipa y sorbiendo un coñac, empecé a sentirme mejor. Al fin y al cabo, no había pruebas de que estas «fuerzas» fuesen activamente hostiles... aun admitiendo por un momento que existiesen. Cuando era joven solía reírme de las cosas sobrenaturales, pero a medida que me iba haciendo viejo, la acusada línea que separa lo creíble de lo increíble tendía a volverse borrosa; me doy cuenta de que el mundo resulta ligeramente increíble.

A las seis decidí de pronto ir a ver a Urquart. No me molesté en llamarle por teléfono, pues había llegado a considerarle un aliado, no un extraño. Así que mi dirigí a pie, bajo la fina lluvia, a su casa, e hice sonar el timbre. Casi inmediatamente, se abrió la puerta, y apareció un hombre. La galesa dijo:

—Adiós, doctor.

Yo me aparté y me quedé mirándola, presa de un súbito temor.

—¿Se encuentra bien el Coronel?

Fue el médico quien me contestó:

—Bastante bien, si tiene cuidado. Si es usted amigo suyo, no le distraiga demasiado. Necesita dormir.

La galesa me dejó entrar sin hacerme preguntas.

—¿Qué ha sucedido?

—Un pequeño accidente. Se cayó por la escalera del sótano, y tardamos dos horas en encontrarle.

Mientras subía, noté que había algunos perros en la cocina. La puerta estaba abierta, pero no ladraron al oír mi voz. El corredor de arriba era húmedo y estaba mal alfombrado. El doberman se hallaba echado al pie de la puerta. Me miró con aire cansado, sumiso, y ni siquiera se movió cuando pasé junto a él.

Urquart dijo:

—¡Ah, es usted, muchacho! Me alegro de que haya venido. ¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie. Venía simplemente a charlar con usted. ¿Qué ha pasado?

Esperó a que el ama hubiese cerrado la puerta tras de sí.

—Me han empujado en la escalera del sótano.

—¿Quién?

—No debería preguntarme eso.

—Pero ¿qué ha pasado?

—He bajado al sótano a coger un poco de cuerda. A mitad de la escalera he notado una sensación repulsiva, sofocante... creo que pueden producir una especie de gas. Luego, he recibido un claro empujón desde un lado. He caído directamente sobre el carbón. Me he torcido el tobillo, y creía que me había roto una costilla. Luego han cerrado la puerta y han echado el cerrojo. He gritado como un loco durante dos horas, hasta que me ha oído el jardinero.

Ahora no dudé de su palabra, ni pensé que estaba chiflado.

—Pero usted se encuentra en evidente peligro aquí. Debería mudarse a otra parte de la región.

—No. Son bastante más fuertes de lo que yo creía. Pero al fin y al cabo, yo estaba bajo tierra, en el sótano. Tal vez sea ésa la explicación. Pueden llegar a la superficie del suelo, pero les cuesta más energía de la que poseen. En cualquier caso, no me han hecho ningún daño grave. Sólo tengo un tobillo torcido, y no tengo ninguna costilla rota, en definitiva. Ha sido una suave advertencia... por haber hablado con usted la pasada noche. ¿Qué le ha sucedido a usted?

—¡Así que es eso! —Mis propias experiencias encajaban ahora. Le conté lo que me había pasado. Me interrumpió para decir:

—Usted bajó una pendiente empinada, exactamente como yo en el sótano. Hay que evitar eso.

Y cuando le mencioné lo de la brújula, se rió sin mucho humor.

—Eso es fácil para ellos. Se lo he dicho, pueden penetrar la materia con tanta facilidad como el agua en una esponja. ¿Una copa?

Acepté, y él se sirvió también. Entre sorbo y sorbo, dijo:

—Ese chico del que me habla... creo que sé quién es. Es el nieto de Ben Chickno. Le he visto por ahí.

—¿Quién es Chickno?

—Un gitano. La mitad de su familia es idiota. Se cruzan todos entre sí. Uno de sus hijos permaneció encarcelado cinco años por estar implicado en un asesinato, uno de los más repulsivos que se han perpetrado por aquí. Torturaron a un viejo matrimonio para averiguar dónde guardaban el dinero, y después los mataron a los dos. Encontraron algunos de los bienes robados en la caravana del hijo, pero él pretendía que los había dejado allí un desconocido. Tuvo suerte de escapar de la

acusación de asesinato. Y, por cierto, el juez murió una semana después de juzgar al hijo. De un ataque cardíaco.

Yo conocía a Machen más que Urquart, y la sospecha que ahora me asaltó era natural. Porque Machen habla del contacto sexual entre ciertas gentes de campo medio imbéciles, y sus extrañas potencias del mal. Le pregunté a Urquart:

—¿Podría ese anciano, Chickno, estar en relación con los lloigor?

—Depende de lo que entienda usted por estar en relación. No creo que sea él tan importante como para saber gran cosa sobre ellos. Sí es en cambio la clase de persona que a ellos les gusta alentar: un puerco degenerado. Puede preguntarle por él al inspector Davison, el jefe de la policía local. Chickno tiene una ristra de delitos tan larga como su brazo: incendio intencionado, violación, robo con violencia, bestialidad, incesto. Es un completo degenerado.

La señora Dolgelly entró con la cena en ese momento, dando a entender que era hora de que me marchase. En la puerta, pregunté:

—¿Está la caravana de ese hombre por aquí cerca?

—A un par de kilómetros o así del puente que usted ha mencionado. No pensará ir allá, ¿verdad?

Nada estaba más lejos de mis pensamientos, y así se lo dije.

Esa noche, escribí una larga carta a George Lauerdale, de la Brown University. Lauerdale escribe relatos detectivescos bajo seudónimo, y es autor de dos antologías de poesía moderna. Yo sabía que estaba escribiendo un libro sobre Lovecraft, y necesitaba su consejo. A estas alturas tenía la sensación de estar totalmente implicado en el asunto. Ya no tenía ninguna duda. Así que, ¿había alguna prueba de los lloigor en el área de Providence? Quería saber si existía alguna teoría acerca de las fuentes de las que había obtenido su información básica. ¿Dónde había visto u oído hablar del *Necronomicón*? Tomé la precaución de ocultar mis verdaderas preocupaciones en la carta a Lauerdale; le expliqué simplemente que había logrado traducir gran parte del manuscrito de Voynich, y que tenía razones para creer que era el *Necronomicón* al que hacía referencia Lovecraft. ¿Qué podía decir Lauerdale a esto? Seguí contándole que había pruebas de que Machen había utilizado leyendas auténticas de Monmouthshire en sus relatos, y que yo sospechaba que en la obra de Lovecraft subyacían leyendas similares. ¿Tenía el conocimiento de alguna de dichas leyendas locales? Por ejemplo, ¿había alguna historia desagradable relacionada con la «apartada casa» de Lovecraft en Benefit Street, Providence?

Al día siguiente del accidente de Urquart sucedió algo muy extraño, que mencionaré brevemente, dado que no tuvo consecuencias. Ya he hablado de la camarera, una muchacha de pálido rostro, pelo hirsuto y flacas piernas. Después de desayunar, subí a mi habitación y la encontré aparentemente inconsciente, tendida sobre la alfombra junto a la chimenea. Trate de llamar a conserjería, pero no cogieron

el teléfono. Era una muchacha pequeña y delgada, así que decidí trasladarla a la cama o a una butaca. No me fue difícil; pero al levantarla, no pude por menos de darme cuenta de que llevaba poca o ninguna ropa bajo el uniforme negro. Esto me extrañó; el tiempo era frío. Entonces, al depositarla, abrió los ojos y me miró con astuta complacencia, convenciéndome de que había estado fingiendo, y una de sus manos cogió la muñeca de la mía que trataba de apartarse, con la inequívoca intención de prolongar nuestro contacto.

Pero todo se redujo a un movimiento brusco, y yo me incorporé. Al hacerlo, oí un ruido en el otro lado de la puerta, y la abrí rápidamente. Un hombre de aspecto rudo y rostro agitanado estaba allí, algo sobresaltado de verme. Empezó a decir:

—Estaba buscando... —y vio a la muchacha en la habitación.

Dije rápidamente:

—La he encontrado inconsciente en el suelo. Voy a buscar a un médico.

Yo lo único que quería era huir escaleras abajo, pero la muchacha me oyó y dijo:

—Ya no hace falta —y saltó de la cama.

El hombre dio media vuelta y se alejó, y ella le siguió unos segundos después sin tratar de excusarse siquiera. No hacía falta una perspicacia especial para comprender lo que habían tramado: él abriría la puerta y me sorprendería acostado con ella. No se me ocurre qué hubiera podido suceder entonces; quizá me hubiese pedido dinero. Pero creo que lo más probable es que me hubiera atacado. Había un claro parecido familiar con el chico que me estuvo mirando en el puente. Nunca le volví a ver, y a partir de entonces, la camarera pareció dispuesta a olvidarme.

El incidente me confirmó cabalmente que la familia de gitanos estaba más íntimamente implicada con los lloigor de lo que Urquart imaginaba. Llame a su casa, pero me dijeron que dormía. Pasé el resto del día escribiendo cartas a casa, y visitando las ruinas romanas del pueblo.

Por la tarde, vi a Chickno por primera vez. Camino de la casa de Urquart, tuve que pasar por delante de una pequeña taberna, con un cartel en la ventana que decía: *No se admiten gitanos*. Sin embargo, en la entrada de la taberna había un viejo vestido con ropas holgadas —un viejo de aspecto inofensivo— que me miró fijamente con las manos en los bolsillos. Fumaba un cigarrillo que colgaba flojamente en sus labios. Era inequívocamente gitano.

Le conté a Urquart el incidente de la camarera, pero él no pareció concederle demasiada importancia; en el peor de los casos, creía él, podían haber intentado hacerme chantaje. Pero cuando le mencioné al viejo, se sintió más interesado y me hizo describírselo con detalle.

—Era Chikno, desde luego. Me pregunto qué demonios querrá.

—Parece inofensivo —dije.

—Inofensivo como una araña venenosa.

El encuentro con Chikno me inquietó. Creo que no soy más cobarde, físicamente hablando, que cualquiera; pero el joven del puente y el asunto de la camarera me



hicieron comprender que todos somos bastante vulnerables. Si el novio de la camarera —o su hermano o quien fuese— hubiera querido golpearme violentamente en el estómago, podía haberme dejado inconsciente. Y ningún tribunal habría castigado a un hombre que trataba de defender el «honor» de su novia, especialmente cuando ella alegara que había vuelto en sí de un desmayo para encontrarse con que la habían violado... La sola idea me produjo la más desagradable sensación en el estómago, y un auténtico temor de estar jugando con fuego.

Este temor explica otro incidente que debo consignar aquí. Pero tengo que decir primero que Urquart se había levantado de la cama al tercer día, y que fuimos en coche juntos a las Colinas Grises, tratando de averiguar si tenía algún fundamento la alusión de Machen a cuevas subterráneas donde se suponía que habitaban sus maliciosos trogloditas. Interrogamos al vicario de Llandalffen, y de los pueblecitos vecinos, y hablamos con varios granjeros con quienes nos cruzamos, explicando que estábamos interesados en prospecciones. Nadie puso en duda nuestro plausible pretexto, pero nadie nos facilitó información alguna, aunque el sacerdote de Llandalffen dijo que *había* oído rumores sobre la existencia de aberturas en las laderas, ocultas por peñas.

Urquart estaba agotado, después de un día de andar renqueando de un lado para otro conmigo, y regresamos a casa a las seis, con el fin de acostarnos temprano. Cuando me dirigía a mi hotel, tuve la sensación —o quizá lo imaginé— de que un hombre de aspecto agitanado me seguía a unos centenares de metros. Alguien parecido al joven andaba rondando por la entrada del hotel, y se alejó al aparecer yo. Empecé a considerarme un hombre vigilado. Pero después de cenar, sintiéndome más reconfortado, decidí acercarme a la taberna donde había visto al viejo Chickno, y averiguar discretamente si le conocían allí.

Cuando aún me encontraba a medio kilómetro del lugar, le vi en la puerta de una lechería, mirándome y sin molestarse lo más mínimo en disimular. Yo sabía que si le ignoraba, mi sensación de inseguridad aumentaría y me costaría quizá una noche de insomnio. Así que hice lo que hago a veces con los monstruos de las pesadillas: me dirigí hacia él y me acerqué. Tuve la satisfacción de comprobar, por un momento, que le había cogido de sorpresa. Sus ojos acuosos se desviaron rápidamente... gesto típico del hombre que tiene habitualmente algo sobre su conciencia.

Entonces, mientras me acercaba, comprendí que no tenía sentido abordarle directamente; si yo le preguntaba: «¿Por qué me sigue?», él reaccionaría con la instintiva astucia del hombre que está normalmente fuera de la ley, y lo negaría de plano. Así que en vez de eso, sonreí y dije:

—Agradable noche.

Él me hizo una mueca y dijo:

—¡Oh, sí!

Entonces me puse a su lado e hice como que contemplaba el paso del mundo. Tuve otra intuición. Él se hallaba en posición ligeramente incómoda en su papel de

cazador, por así decir; estaba más acostumbrado a ser presa. Un instante después dijo:

—Usted es forastero aquí —su acento no era galés; era más áspero, más norteño.

—Sí, soy americano —dije. Y tras una pausa, añadí—: Usted es forastero también, a juzgar por su acento.

—Sí. De Lancashire.

—¿De qué parte?

—De Dowham.

—¡Ah!, el pueblo de las brujas —yo había dado una clase sobre los novelistas victorianos, y recordé *Las brujas de Lancashire*, de Ainsworth.

Me sonrió con una mueca, y vi que no tenía un solo diente entero; los trozos que asomaban eran marrones y quebrados. Viéndole de cerca, comprendí también que me había equivocado por completo al considerar su aspecto inofensivo. La comparación de Urquart con una araña venenosa no era del todo disparatada. Para empezar, era mucho más viejo de lo que parecía a lo lejos; tendría unos ochenta años, pensé (más tarde me llegó el rumor de que tenía unos cien. Desde luego, su hija contaba sesenta y cinco años). Pero la edad no le había suavizado ni le había hecho más benévolo. Había en él un vago aspecto degenerado, y una especie de desagradable vitalidad, como si pudiese gozar aún haciendo daño o inspirando temor. Incluso al hablar con él producía una sensación ligeramente inquietante, como el acariciador restregarse de un perro, cuando sospechas que tiene la rabia. Urquart me había contado ciertos rumores, de lo más repugnantes sobre él, aunque yo no los había creído. Se refería a la historia de la hija pequeña de un trabajador del campo que había aceptado su hospitalidad una noche de lluvia y me costó trabajo disimular mi repugnancia.

Permanecimos diez minutos más contemplando la calle iluminada y los escasos jóvenes que, con sus radios portátiles, pasaban por delante de nosotros ignorándonos.

—Extienda la mano —dijo.

La extendí. Entonces me la examinó con interés. Luego trazó con su pulgar las líneas que recorrían la base del dedo pulgar de mi mano derecha.

—Tiene una línea de la vida larga.

—Me alegro de oírsele decir. ¿Puede ver algo más?

Me miró y sonrió maliciosamente.

—Nada que pueda interesarle.

Había algo irreal en esta entrevista. Miré mi reloj.

—Es hora de tomar algo —dije, y me dispuse a marcharme; entonces, como si se me acabara de ocurrir la idea, añadí—: ¿Le importa acompañarme?

—No faltaría más.

Pero la sonrisa fue tan declaradamente insultante que, de no mediar otro motivo, cualquiera la habría considerado una ofensa. Yo sabía qué pensaba: que le tenía miedo, y que intentaba imponerme a él. Había algo de verdad en la primera parte; pero de ningún modo en la segunda. Y me di cuenta de que el hecho de no comprenderme me otorgaba una ligera ventaja.

Nos dirigimos a la taberna que yo tenía intención de visitar. Luego vi el cartelito de la ventana y vacilé.

—No se preocupe. Ese aviso no reza conmigo —dijo.

Un momento más tarde, vi por qué. El mostrador estaba medio lleno. Unos cuantos trabajadores jugaban a los dardos. Chickno fue a sentarse directamente bajo la diana. Algunos hombres parecieron enfadarse, pero nadie dijo nada. Dejaron los dardos en el alféizar de la ventana y regresaron al mostrador. Chickno enseñó los dientes a modo de sonrisa. Me daba cuenta de que disfrutaba mostrando su poder.

Dijo que tomaría un ron. Me acerqué al mostrador, y el tabernero me sirvió sin mirarme directamente a la cara. Los parroquianos se hicieron a un lado, a una distancia que juzgaron conveniente sin que resultase llamativa. Evidentemente, Chickno era temido. Quizá la muerte del juez que sentenció a su hijo tuviera algo que ver; más tarde, Urquart me contó otras historias.

Una cosa hizo que me sintiese menos preocupado. No pudo aguantar su bebida. Yo le había pedido un ron sencillo, para que no creyese que quería emborracharle, pero él lo miró y dijo:

—Un poco pequeño, resulta.

Así que fui y le pedí otro. Él se bebió el primero antes de que yo le trajese el segundo. Y diez minutos más tarde, sus ojos habían perdido un tanto de astucia y de perspicacia.

Pensé que no perdería nada con hablar francamente.

—He oído hablar de usted, señor Chickno. Y tenía mucho interés en conocerle.

Él dijo:

—Sí. Ya lo sé —se llevó a los labios su segundo vaso, pensativo, y sorbió por una mella. Luego dijo—: Usted parece una persona razonable. ¿Por qué permanece aquí, donde no se le quiere?

No quise aparentar que no comprendía.

—Me voy a marchar dentro de poco..., probablemente a finales de semana. Pero he venido para tratar de averiguar algo. ¿Ha oído hablar del manuscrito de Voynich?

Evidentemente, no. Así que, pese a que me daba la sensación de que malgastaba saliva —miraba por encima de mí con ojos ausentes—, le conté brevemente la historia del manuscrito, y cómo lo había descifrado. Terminé diciéndole que Machen también quería conocer la obra, y que yo sospechaba que su otra mitad, o quizá otro ejemplar del mismo libro, podía encontrarse en esta parte del mundo. Cuando me contestó, vi que me había equivocado al creerle estúpido o distraído.

—Conque piensa hacerme creer que busca usted un manuscrito en esta región, ¿eh? ¿Eso es todo? —dijo.

Su tono tenía la brusquedad típica de Lancashire, pero no era hostil. Dije:

—Ése es el motivo por el que he venido.

Se inclinó sobre la mesa, echándome encima su aliento cargado de ron.

—Escuche, señor, sé mucho más de lo que usted cree. Lo sé todo sobre usted. Así

que dejemos todo eso. Usted puede ser un profesor, pero eso a mí no me impresiona.

Experimenté la fuerte sensación de que tenía delante de mí a una rata o una comadreja, la sensación de que era peligrosa, y que debía ser exterminada como una serpiente venenosa; pero hice un esfuerzo por apartar esto de mi imaginación. De pronto, supe algo más sobre él: estaba *impresionado* por el hecho de que yo fuera profesor; y disfrutaba de poder ordenarme prácticamente que me fuera y me metiese en mis asuntos.

Así que tomé aliento y dije cortésmente:

—Créame, señor Chickno; mi interés principal está en ese manuscrito. Si pudiese encontrarlo, sería completamente feliz.

Él se bebió todo el ron, y por un momento pensé que se iba a levantar y a marcharse. Pero se limitó a pedir más. Me acerqué al mostrador y le traje un doble, y otra *haig* para mí.

Cuando me senté nuevamente, él dio un buen trago de ron.

—Sé por qué está usted aquí, señor. Y también sé lo de su libro. No soy individuo vengativo. Todo lo que digo es que usted no les interesa. Conque, ¿por qué no regresa a América? Le puedo asegurar desde ahora que no encontrará por aquí el resto de su libro.

Ninguno de los dos dijimos nada durante unos minutos. Luego decidí llegar a unos términos de completa franqueza:

—¿Por qué quieren que me marche?

Por un instante, no entendió lo que yo había dicho. Luego su rostro se volvió más sobrio y serio... aunque sólo por breves momentos.

—Será mejor no hablar de eso —pero un instante después, pareció reconsiderar su sugerencia. Sus ojos eran maliciosos otra vez. Se inclinó hacia mí—: Usted no les interesa, señor. No podrían mostrar menos interés por usted. Es él quien no les gusta —agitó la cabeza vagamente; yo supuse que hablaba de Urquart—. Está loco. Ha recibido un montón de advertencias; y puede decirle de mi parte que no se van a molestar en advertírselo otra vez.

—Él no cree que tengan ellos poder alguno. Al menos, el suficiente para hacerle daño —dije.

Pareció incapaz de decidir si sonreírse o burlarse. Su rostro se contrajo, y por un instante tuve la impresión de que sus ojos se volvían rojos, como los de una araña. Luego me espetó:

—Entonces es que no es más que un condenado... loco, y que merece lo que se le va a venir encima.

Al tiempo que sentí una punzada de temor, experimenté también un hormigueo de triunfo. Había empezado a hablar. Mi franqueza había sido recompensada. Y a menos que se volviese súbitamente cauto otra vez, estaba a pique de descubrir algunas cosas que yo deseaba averiguar.

Se dominó, y luego dijo menos violentamente:

—Ante todo, está loco porque en realidad no sabe nada. Ni un maldito detalle — me dio un golpecito en la muñeca con un dedo encorvado.

—Me lo sospechaba —dije.

—¿Sí, de verdad? Bueno, pues estaba en lo cierto. Todo ese asunto sobre la Atlántida... —No había duda de que ese desprecio era real. Pero lo que más me sorprendió de cuanto dijo fue lo que añadió a continuación. Se inclinó hacia delante, y confesó con singular sinceridad—: Esos seres no son un cuento de hadas, sépalo usted. Ni son juegos de niños.

Y comprendí algo que no había visto claro hasta entonces. Él «los» conocía; los conocía con el realismo indiferente del científico que habla de la bomba atómica. Creo que, hasta entonces, yo no había creído en «ellos»; había abrigado la esperanza de que fuesen alguna extraña ilusión; o que, como los fantasmas, no pudieran incidir en los asuntos humanos desde un punto de vista material. Sus palabras me hicieron comprender que estaba equivocado. «Esos seres». Se me erizó el cabello, y sentí un frío que me recorrió las piernas hasta los pies.

—¿Qué *hacen* ellos, entonces?

Vació su vaso, y dijo en tono casual:

—Eso no es de su incumbencia, compadre. Usted no puede hacer nada. Ni usted ni nadie —dejó el vaso—. Mire, en cualquier caso, este mundo es de ellos. Nosotros somos un error. Lo quieren otra vez. —Captó la mirada del tabernero, y señaló su vaso.

Me levanté y le traje otro ron. Ahora quería dejarle lo antes posible, para hablar con Urquart. Pero sería difícil, sin correr el riesgo de ofenderle.

Chickno resolvió el problema. Después de su tercer doble de ron, dejó repentinamente de ser inteligible. Empezó a murmurar cosas en un lenguaje que a mí me pareció gitano. Mencionó varias veces a una «Liz Meridional», pronunciando «miridional», y sólo más tarde recordé que ése era el nombre de una de las brujas de Lancashire, ejecutada en 1612. No logré averiguar de qué estaba hablando, ni si se refería de hecho a la bruja. Sus ojos se volvieron vidriosos, aunque él creía evidentemente que me estaba revelando algo. Finalmente, tuve la pavorosa impresión de que no era ya el viejo Chickno quien me hablaba, sino que estaba poseído de alguna otra criatura. Media hora más tarde, dormitaba con la cabeza apoyada sobre la mesa. Me dirigí al tabernero.

—Siento que haya pasado esto —señalé al viejo Chickno.

—No se preocupe —dijo él. Creo que se había percatado ya de que yo no era amigo del gitano—. Telefonaré a su nieto. Él se lo llevará a su casa.

Llamé a la casa de Urquart desde la cabina telefónica más próxima. El ama me dijo que estaba dormido. Me sentí tentado de acercarme y despertarle; luego lo pensé mejor, y regresé al hotel, deseando tener a alguien con quien hablar.

Traté de ordenar mis pensamientos, para ver qué significado tenía lo que había dicho Chickno. Si no había negado la realidad de los lloigor, entonces ¿por qué

Urquart estaba tan equivocado? Pero yo había bebido demasiado, y me sentía agotado. Me acosté a las doce de la noche y me quedé profundamente dormido; pero dormí mal, agobiado por las pesadillas. A las dos de la madrugada, me desperté con la horrible sensación de la maligna realidad de los lloigor, aunque mezclada en mi espíritu con pesadillas sobre el marqués de Sade y Jack el Destripador. Mi sensación de peligro era tan fuerte que encendí la luz. Esto mejoró las cosas. Entonces decidí que sería mejor escribir mi entrevista con Chickno, y dársela a Urquart para que la leyera, por si él podía añadir alguna de las piezas que faltaba al rompecabezas. La redacté detalladamente.

Con los dedos entumecidos de frío, me dormí otra vez, pero me despertó un débil temblor de la habitación que me recordó el de un terremoto que sentí en México. Luego me dormí otra vez, hasta mediada la mañana.

Antes de entrar a desayunar, pregunté en conserjería si había recibido correspondencia. Había contestación a la carta que le enviara a Lauerdale, de la Brown University, y la leí mientras tomaba unos arenques ahumados.

Gran parte de la carta era literaria: una disertación acerca de Lovecraft y su psicología. Pero había páginas que tenían mucho más interés para mí. Decía Lauerdale: «Yo mismo me inclino a creer, basándome en las cartas, que una de las experiencias más importantes que Lovecraft tuvo en sus primeros años fue una visita que hizo a Cohasset, un ruinoso pueblecito pesquero situado entre Quonochontang y Weekapaug, en el sur de Rhode Island. Como el *Innsmouth*, de Lovecraft, este pueblo tuvo que ser borrado más tarde de los mapas. Yo he estado allí, y su descripción corresponde en muchos aspectos a la que hace Lovecraft de Innsmouth, que él sitúa en Massachusetts: “más casas vacías que habitantes”, el ambiente de ruina, el olor a pescado rancio. Había efectivamente un personaje conocido como el capitán Marsh, que vivía en Cohasset en 1915, en el tiempo en que Lovecraft estuvo allí, el cual pasó algún tiempo en los Mares del Sur. Puede que fuera él quien le contó al joven Lovecraft las historias de los malignos templos polinesios y las gentes que vivían bajo el mar. Lo principal de estas leyendas —como dicen también Jung y Spence— gira en torno a dioses (o demonios) de las estrellas, los cuales fueron en un tiempo los señores de este mundo, y perdieron su poderío al practicar la magia negra, si bien retornarán algún día y volverán a imperar sobre la Tierra. En la versión citada por Jung, se dice que estos dioses crearon a los seres humanos a partir de monstruos subhumanos.

»En mi opinión, Lovecraft sacó el resto de los “mitos” de Machen, o quizá de Poe, quien alude de cuando en cuando a esos seres. En el *Manuscrito hallado en una botella*, por ejemplo. No he encontrado prueba alguna acerca de los siniestros rumores sobre la “solitaria casa” de Benefit Street ni sobre ninguna otra casa de Providence. Me interesaría profundamente leerlo que usted pueda decirme acerca de las fuentes de Machen. Aunque pienso que es posible que Machen oyese alguna historia sobre algún volumen “arcano” del tipo del que usted menciona, no encuentro

prueba de ninguna clase de que Lovecraft tuviese conocimiento de primera mano de tal libro. Estoy seguro de que cualquier relación entre su *Necronomicón* y el manuscrito de Voynich, como usted sugiere, es pura coincidencia».

Se me erizó el pelo al leer la frase sobre los dioses «que retornarán algún día y volverán a imperar sobre la Tierra», y también ante la referencia a leyendas polinesias. Pues, como ha escrito Churchward, «la isla de Pascua, Tahití, Samoa... Hawai y las Marquesas, son los dedos patéticos de ese gran país, y perduran hoy como centinelas de una tumba silenciosa». Las islas de la Polinesia son los restos de Mu.

Todo esto aportaba muy poco más a lo que yo ya sabía o sospechaba. Pero mi encuentro con Chickno me planteaba un problema práctico: ¿en qué medida se encontraba realmente Urquart en peligro? Podía estar en lo cierto con respecto a que los lloigor carecían de poder en sí mismos, o tener muy poco en todo caso; pero Chickno y su familia eran una cuestión diferente. Incluso adoptando la postura más escéptica de todas, la de que el asunto no fuera más que pura imaginación y superstición, los Chickno representaban un peligro muy real. Por alguna razón, odiaban a Urquart.

El conserje me tocó en la manga:

—Al teléfono, señor.

Era Urquart. Dije:

—Gracias al cielo que me llama. Tengo que hablar con usted.

—¿Lo ha oído entonces?

—¿Oír el qué?

—La explosión. Chickno ha muerto.

—¡Qué! ¿Está seguro?

—Bastante. Aunque no es mucho lo que han podido encontrar de él.

—Voy inmediatamente.

Ésa fue la primera vez que oí hablar de la gran explosión de Llandalffen. Tengo en mi mesa un volumen titulado *Stranger than Logic*, del fallecido Frank Edwards, consistente en una de esas recopilaciones informales de misterios y maravillas. Tiene una sección titulada «La gran explosión de Llandalffen», y lo que dice, en esencia, es que fue una explosión atómica, debida probablemente a un fallo en el mecanismo de un «objeto volante no identificado»; cita al científico astronáutico ruso Willey Ley, quien afirma que el cráter siberiano de 1908 puede haber sido producido por una explosión de antimateria, y establece paralelos entre la explosión de Llandalffen y la depresión de la Podkamennaya tunguska. Esto sonaba sencillamente absurdo. Vi la zona de la explosión, y no había destrozo suficiente como para que se tratase de una explosión atómica, por pequeña que fuese.

Pero me estoy adelantando a mi relato. Me encontré con Urquart a mitad de camino de su casa, y nos fuimos en coche a Llandalffen. Lo que había sucedido era sencillamente una tremenda explosión alrededor de las cuatro de la madrugada; puede

que fuera eso lo que me sacudió y me despertó a esa hora. La zona es desértica, por suerte, pero un peón que vivía en una casita a cinco kilómetros de distancia fue arrancado de su cama por la sacudida. El detalle más extraño de todo este asunto es que produjo poco ruido en realidad; él creyó que se trataba de un temblor de tierra, y se acostó otra vez. Dos hombres del pueblo, que regresaban a sus casas de una reunión, dijeron que habían oído la explosión, y que sonó apagada, como una voladura o un trueno lejano, y preguntaron si no se habría estrellado un avión cargado de bombas. El peón fue en bicicleta a investigar lo ocurrido a las siete de la mañana, pero no encontró nada. Sin embargo, lo comentó con el granjero para el que trabajaba, y fueron los dos en el coche de la granja, un poco después de las nueve. Esta vez, el granjero se desvió por un camino vecinal, dirigiéndose hacia las caravanas de los gitanos que se encontraban a unos tres kilómetros más allá. Lo primero que encontraron no fue, como pretende la señora Edwards, un trozo de cuerpo humano, sino parte de una pata delantera de un asno, que yacía en mitad de la carretera. Más adelante, descubrieron que las cercas de piedra y los árboles habían quedado arrasados. Y había esparcidos fragmentos de carromatos y demás restos en un radio de cientos de metros, alrededor del centro de la explosión, cubriendo el prado de unos dos acres en el que habían acampado los gitanos.

Vi el prado personalmente; el inspector de policía de Llandafffen, que conocía a Urquart, nos permitió acercarnos. Mi primera impresión fue que había sido un terremoto, más que una explosión corriente. Una explosión produce un cráter, o arrasa una zona más o menos llana, pero aquí el suelo estaba desgarrado y agrietado como por una convulsión interior. Un riachuelo que recorría el prado se había desviado ahora y había convertido la zona en un lago. Por otra parte, habían quedado atrasados algunos árboles, convertidos ahora en tocones destrozados; otros, en cambio, estaban intactos. La tapia entre el prado y la carretera principal estaba casi indemne, aunque se extendía hasta lo alto de una pequeña loma o dique, si bien otra tapia mucho más alejada del siguiente prado había sido arrasada en gran parte.

Estaban también, naturalmente, los desfigurados restos humanos y animales que habíamos esperado encontrar; jirones de piel, fragmentos de huesos. Pocos eran identificables; la explosión parecía haber fragmentado a toda criatura viviente del prado. La parte de asno encontrada por el granjero fue el trozo más grande que quedó.

No tardé en sentirme bastante mal, y tuve que ir al coche a sentarme; Urquart, en cambio, estuvo deambulando por allí durante una hora, recogiendo diversos fragmentos. Oí a un sargento de la policía preguntarle qué buscaba, y a Urquart contestarle que no sabía. Pero sí lo sabía; esperaba encontrar una prueba concreta que relacionase a los gitanos con Mu. Y, de algún modo, yo estaba seguro de que no la encontraría.

A la sazón, debía de haber un millar de visitantes en toda la zona, que trataban de acercarse bastante para averiguar qué había sucedido. Nuestro coche fue detenido una docena de veces o más, cuando tratábamos de alejarnos. Urquart dijo a todos los que



le preguntaron que creía que había sido un platillo volante que había estallado.

De hecho, estábamos los dos bastante seguros de lo que había pasado. Creo que el viejo Chickno había ido demasiado lejos, que me había dicho demasiado. Urquart creía que su principal error había sido considerar a los lloigor un poco como seres humanos, y a sí mismo como su servidor, con derecho a tomarse ciertas libertades. No se había dado cuenta de que no era en absoluto indispensable, y de que su natural tendencia a alardear y a presentarse como embajador de los lloigor le había hecho peligroso a ojos de ellos.

Llegamos a esta conclusión, después de contarle yo a Urquart mi conversación con Chickno. Cuando hube terminado de leer mis notas, Urquart dijo:

—No cabe duda de que le han matado ellos.

—Habló demasiado. Y quizá creyeron que podíamos deducir más de lo que dijo.

Comimos en el hotel, y lo lamentamos. Todo el mundo parecía saber dónde habíamos estado, y nos miraban y trataban de oír nuestra conversación. El camarero se pasó tanto tiempo revoloteando alrededor de nuestra mesa que finalmente el *maître* tuvo que llamarle la atención. Comimos a toda prisa y regresamos a casa de Urquart. Tenía encendida otra vez la chimenea de la biblioteca, y la señora Dolgelly trajo café.

Aún recuerdo cada momento de esa tarde. Reinaba una atmósfera presagiosa, de peligro físico. Lo que más impresionaba a Urquart era el desprecio de Chickno, cuando le dije que aquél creía que «ellos» carecían de poder real. Aún recuerdo el chorro de palabras desdeñosas que soltó, haciendo volver la cabeza a media clientela en la taberna. Y Chickno había demostrado que tenía razón: «Ellos» tenían muchísimo poder: varias clases de poder. Pues llegamos a la conclusión de que la devastación del campamento de gitanos no se debía ni a un terremoto ni a una explosión, sino a una especie de mezcla de ambas cosas. Una explosión lo bastante violenta como para arrasar las caravanas habría sido oída con claridad en Southport y en Melicourt, y también, lo más seguro, en Llandalffen, que distaba unos ocho kilómetros de allí. Las grietas y las hendiduras de la tierra sugerían una convulsión del suelo. Pero la convulsión del suelo no habría destrozado y diseminados las caravanas. Urquart creía —y finalmente coincidí con él— que las caravanas y sus habitantes *habían* sido literalmente barridos. Pero en ese caso, ¿cuál era el objeto de la convulsión de la tierra? Había dos explicaciones posibles. Que había ocurrido esto al abrirse camino las «criaturas» desde el subsuelo. O que el «terremoto» era un rastro deliberadamente falso, una maniobra de distracción. Y las consecuencias que se derivaban de tal suposición eran tan sobrecogedoras que nos escanciamos sendos whiskys a pesar de que aún era media tarde. Significaba que «ellos» deseaban proporcionar una explicación aparentemente natural a lo que había sucedido. E implicaba que tenían alguna razón para obrar con este sigilo. Y, por lo que nosotros podíamos ver, sólo podía existir una razón: tenían algún «plan», algún plan para el futuro. Recordé las palabras de Chickno: «En cualquier caso, este mundo es de ellos... Quieren volver otra vez».

Lo desesperante era que, con todos sus libros sobre ocultismo y sobre la historia de Mu, Urquart no podía aportar nada que sugiriera una respuesta. Era difícil luchar contra una paralizadora sensación de desespero, de no saber por dónde empezar. El periódico de la tarde aumentó nuestra depresión, ya que declaraba con total seguridad que la explosión había sido causada por ¡nitroglicerina! Los «expertos» habían llegado a una teoría que parecía explicar los hechos. El hijo y el yerno de Chickno habían trabajado en unas canteras del norte, y habían utilizado con frecuencia explosivos. A veces se había tenido que emplear nitroglicerina en dichas canteras porque resulta fácil de manejar. Según la información del periódico, se sospechaba que los hijos de Chickno habían robado cierta cantidad de glicerina y de ácidos sulfúrico y nítrico. Su intención, decía el informante, era utilizarlos para desvalijar cajas fuertes. Debieron de conseguir fabricar bastantes cantidades de nitroglicerina, y alguna especie de terremoto la hizo estallar.

Era una explicación absurda; habría sido necesaria una tonelada de nitroglicerina para provocar tanto destrozo; en cualquier caso, una explosión de nitroglicerina deja huellas características; y no se veía huella alguna de ese tipo en el prado devastado. Una explosión de nitroglicerina, además, se oye; y ésta no se oyó.

Y sin embargo, no se puso en duda seriamente tal explicación, pese a que hubo una posterior investigación oficial en la zona del desastre. Probablemente porque los seres humanos tienen miedo de los misterios para los que no existe absolutamente ninguna explicación, la mente necesita algún tipo de solución, por absurda que sea, que la tranquilice.

El periódico de la tarde traía otro artículo que al principio me pareció sin importancia; el titular decía: «¿Ha provocado la explosión algún misterioso escape de gas?». Se trataba de una breve nota en la que se declaraba que mucha gente de la zona se había despertado con grandes dolores de cabeza y con una sensación de flojedad, signos aparentes de una inminente epidemia de gripe. Ambas sensaciones se habían disipado al avanzar el día. ¿Había provocado la explosión un escape de gas, se preguntaba el periodista, que produjo estos síntomas? El «corresponsal científico» del periódico añadía una nota, diciendo que el anhídrido sulfuroso podía producir exactamente estos síntomas, y que varias personas habían notado un olor así durante la noche. La nitroglicerina, naturalmente, contiene una pequeña cantidad de ácido sulfúrico, lo que podía explicar el olor...

Urquart dijo:

—Averiguaremos eso en seguida, de todos modos.

Y llamó al departamento de meteorología de Southport. De allí nos llamaron diez minutos más tarde con la respuesta; había soplado viento del noroeste esa noche. Y Llandalffen se halla al norte del lugar de la explosión.

Y ninguno de los dos encontramos tampoco significado alguno al artículo. Perdimos horas buscando alguna clave en mi traducción del manuscrito de Voynich, y luego en una treintena de libros sobre Mu y temas relacionados.

Y entonces, cuando iba a echar mano de otro volumen sobre Lemuria y la Atlántida, mis ojos repararon en un libro titulado *Poltergeists*, de Sacheverell Sitwell. Me detuve y me quedé mirándolo. Mi mente buscó a tientas algún hecho semiolvidado.

Y entonces me vino a la memoria.

—¡Dios mío, Urquart! —exclamé—, se me acaba de ocurrir algo. ¿De dónde sacaban esas criaturas su energía? —Me miró perplejo—. ¿Tienen energía natural propia? Se necesita un cuerpo físico para generar energía física. Pero ¿cómo los *poltergeists*...?

Y entonces comprendió él también.

—Los *poltergeists* sacaban energía de los seres humanos, normalmente de muchachas adolescentes. Una escuela de pensamiento considera que los *poltergeists* carecen de existencia independiente; son una especie de manifestación psíquica de la mente inconsciente de los adolescentes, una explosión de alguna frustración o un anhelo de atención. Otra escuela cree que son «espíritus» que necesitan sacar energía de una persona emocionalmente perturbada; Sitwell cita casos de trastornos debidos a *poltergeists* en casas que han permanecido deshabitadas durante largos períodos.

¿Podía ser por esto que mucha gente de la zona se había sentido cansada y «griposa» al despertarse, porque la energía de la explosión provenía *de ellos*?

Si esto era así, entonces el peligro no era tan grave como habíamos creído. Significaba que los lloigor carecían de energía propia, tenían que extraerla de las personas... probablemente de la gente dormida. Sus poderes eran, por tanto, limitados.

Un mismo pensamiento nos vino a los dos simultáneamente. Que el mundo, naturalmente, estaba lleno de gente...

No obstante, los dos nos sentimos súbitamente eufóricos, y con este nuevo estado de ánimo, afrontamos nuestra tarea fundamental: enterar al género humano de la existencia de los lloigor. No eran indestructibles, ni tampoco se habrían molestado en destruir a Chickno por el mero hecho de haber hablado de ellos. Era posible destruirlos con una explosión nuclear subterránea. El que hubiesen permanecido en estado letárgico durante tantos siglos significaba que su poder era limitado. Si podíamos aducir una prueba concreta de su existencia, entonces la posibilidad de contrarrestar la amenaza era grande.

El evidente punto de partida era la explosión de Llandalffen: enterar al público de que ésta delataba inequívocamente la realidad de estas fuerzas ocultas. En cierto modo, la muerte de Chickno era lo mejor que había podido suceder; con ella habían revelado sus intenciones. Decidimos visitar el lugar de la explosión otra vez, por la mañana, y recoger todo un expediente de datos sobre ella. Entrevistaríamos a los habitantes de Llandalffen y averiguaríamos si alguno de ellos *había notado* realmente olor a dióxido sulfuroso durante la noche, y si persistían en la historia cuando nosotros les hiciéramos ver que el viento había estado soplando en la dirección

opuesta. Urquart conocía a unos periodistas de Fleet Street interesados por las cuestiones ocultas y sobrenaturales; hablaría con ellos y les daría a entender que allí había un asunto interesante.

Cuando regresé a mi hotel, ya de noche, me sentía contento como no lo había estado desde hacía días. Dormí profunda y pesadamente. Al despertarme, era muy avanzado el día ya, y me sentí agotado. Lo atribuí a haber dormido tanto, hasta que me levanté para ir al cuarto de baño, y me di cuenta de que la cabeza me latía como si hubiese cogido la gripe. Tomé dos aspirinas, me afeité, y luego bajé. Para mi alivio, nadie más había mostrado signos de agotamiento parecido. El café y las tostadas con mantequilla me sirvieron para reconfortarme ligeramente; decidí que sufría un agotamiento normal y corriente. Entonces llamé a Urquart.

La señora Dolgelly dijo:

—Me temo que aún no se ha levantado, señor. No se siente demasiado bien esta mañana.

—¿Qué le pasa?

—Nada grave. Parece que se siente muy cansado.

—Voy ahora mismo —dije.

Pedí en conserjería que me llamaran un taxi; estaba demasiado exhausto para ir a pie.

Veinte minutos más tarde, me encontraba sentado junto a la cama de Urquart. Tenía mal aspecto y se sentía peor que yo.

—No me agrada tener que sugerirlo —dije—, encontrándonos como nos encontramos, pero creo que sería conveniente que nos fuéramos de aquí lo antes posible.

—¿No podríamos esperar hasta mañana? —preguntó él.

—Mañana sería muchísimo peor. Nos extraerán las fuerzas de tal modo que moriremos en cuanto cojamos la más leve enfermedad.

—Creo que tiene razón.

Aunque todo esto parecía demasiado engorroso para expresarlo con palabras, me las arreglé para volver al hotel, hice las maletas y pedí al taxista que me llevase a la estación de Cardiff, donde podíamos coger el tren de las tres para Londres. Urquart se tropezó con más dificultades que yo; la señora Dolgelly dio muestras de una inesperada tozudez, y se negó a prepararle la maleta al Coronel. Me llamó éste, y tuve que volver a su casa, cuando de lo único que tenía ganas era de meterme en la cama. Pero el esfuerzo me reanimó; antes de mediodía, el dolor de cabeza me había desaparecido, y me sentía menos agotado, aunque extrañamente aturdido. La señora Dolgelly creyó mi explicación de que habíamos recibido un telegrama urgente, según el cual nuestro viaje era cuestión de vida o muerte, aunque estaba convencida de que Urquart se desmayaría en el viaje a Londres.

Esa noche dormimos en el Regent Palace Hotel. Y por la mañana nos despertamos sintiéndonos perfectamente normales. Fue Urquart quien dijo, mientras esperábamos un desayuno de huevos con jamón:

—Creo que estamos ganando, muchacho.

Pero, en realidad, ninguno de los dos lo creíamos.

Y a partir de aquí, mi historia deja de ser un relato continuo y se convierte en una serie de fragmentos, y en una crónica de frustración. Pasamos semanas en el Museo Británico, buscando alguna clave, y más tarde en la Bibliothèque Nationale. Los libros sobre los cultos religiosos en los Mares del Sur indican que muchas tradiciones de los lloigor sobreviven allí, y es bien sabido que un día retornarán y reclamarán su mundo. Un texto citado por Leduc y Poitier dice que provocarán una «desgarradora locura» para propagarla entre aquellos a los que quieren destruir, y en el pie de página se dice que el vocablo «desgarradora» empleado en el texto significa destrozar con los dientes, como al comer un hombre una pata de pollo. Von Storch tiene referencias de una tribu haitiana en la que los hombres llegaron a estar poseídos por un demonio que indujo a muchos de ellos a matar a sus esposas e hijos destruyéndoles la garganta a mordiscos.

Lovecraft nos proporcionó una importante alusión. En La llamada de *Cthulhu* cita una colección de recortes de prensa, todos los cuales revelan que los «sepultados primordiales» se están volviendo más activos en el mundo. Después, en ese mismo día, conocí a una chica que trabajaba en una agencia de recortes de prensa, la cual me contó que su trabajo consistía simplemente en leer docenas de periódicos al día, buscando artículos donde se mencionaba el nombre de los clientes. Le pregunté si podía buscar artículos de interés «poco corriente» —cualquiera que hiciese referencia a cosas misteriosas o sobrenaturales—, y dijo que por qué no. Le di un ejemplar de *Lo!*, de Charles Fort, para que se hiciera una idea del género de artículos que yo deseaba.

Dos semanas más tarde, me llegó un delgado sobre marrón, con una docena de recortes de prensa. La mayor parte carecían de importancia —niños con dos cabezas y curiosidades médicas por el estilo, un hombre muerto en Escocia por un pedrisco enorme, noticias de haber visto al abominable hombre de las nieves en las laderas del Everest—, pero dos de ellos estaban más acordes con nuestras investigaciones. Inmediatamente nos pusimos en contacto con varias agencias dedicadas a recortes de prensa de Inglaterra, América y Australia. El resultado fue una enorme cantidad de material, que finalmente ocupó dos gruesos volúmenes, ordenado en diversas secciones: explosiones, homicidios, brujería (y casos preternaturales en general), demencia, observaciones científicas, miscelánea. Los detalles de la explosión próxima a Al Kazimiyah son tan similares a los del desastre de Llandalffen —incluido el agotamiento que experimentaron los habitantes de Al Kazimiyah— que no me cabe la menor duda de que esta zona es otra plaza fuerte de los lloigor. La explosión que cambió el curso del Thula Gol, cerca del Ulan Bator, en Mongolia,

movió a los chinos a acusar a los rusos de haber lanzado una bomba atómica. La extraña locura que exterminó al noventa por ciento de los habitantes de la isla de Zaforas, en el Mar de Creta, es todavía un misterio sobre el que el gobierno griego se niega a hacer ningún comentario. La matanza de Panagyurishte, en Bulgaria, la noche del 29 de marzo de 1968, fue achacada, en los primeros informes oficiales, a un «culto de vampiros» que «consideraba la nebulosa de Andrómeda como su verdadero lugar de origen». Estos son algunos de los sucesos más llamativos que nos convencieron de que los lloigor planean un magno ataque a los habitantes de la Tierra.

Pero había literalmente docenas —centenares, en realidad— de artículos de menor importancia que encajaban igualmente. La criatura marina que arrastró consigo al fondo a un pescador en el Loch Eilt dio lugar a varios artículos periodísticos sobre «supervivientes prehistóricos»; pero la edición del *Daily Express* (18 de mayo de 1968), de Glasgow, publicaba una historia de un culto brujeril en el que se adoraba a un demonio marino que desprendía un insoportable hedor a podredumbre que recordaba al descrito por Lovecraft en Innsmouth. Una noticia sobre el estrangulador de Melksham me impulsó a ir allí y pasar varios días, hasta que obtuve una declaración firmada por el sargento detective Bradley, confirmando que las palabras que profirió el asesino repetidamente antes de morir fueron: «Ghatanothoa», «Nug» (otra fuerza elemental descrita por Lovecraft) y «Rantegoz» (¿Ran Tegoth, el dios-bestia mencionado también por Lovecraft?). Robbins (el estrangulador) gritaba que estaba poseído por una «potencia del subsuelo», cuando mató a tres mujeres y les amputó los pies.

No tendría objeto seguir enumerando esta lista. Esperamos publicar una cantidad suficiente de casos seleccionados —unos quinientos en total—, en un volumen que enviaremos a cada miembro del Congreso americano y de la Cámara de los Comunes británica.

Hay ciertos artículos que no publicaremos en dicho libro, y que quizá sean los más inquietantes de todos. A las 7.45 del día 7 de diciembre de 1967, una pequeña avioneta particular pilotada por R. D. Jones, de Kingston, Jamaica, salió de Fort Lauderdale, Florida, con destino a Kingston. Iban tres pasajeros a bordo. El trayecto era de 500 kilómetros y debería haber tardado dos horas. A las diez, la esposa de Jones, que le esperaba en el campo de aterrizaje, empezó a preocuparse y pidió que le buscaran. Todos los intentos de establecer contacto por radio resultaron inútiles. La búsqueda empezó por la mañana. A las 13.15, Jones envió un radiomensaje al campo pidiendo permiso para tomar tierra, al parecer, ignorando la angustia que había ocasionado. Cuando le preguntaron dónde había estado, pareció perplejo, y dijo: «Volando, naturalmente». Cuando le dijeron la hora se quedó asombrado: *Su propio reloj marcaba las 10.15*. Dijo que había estado volando a través de una nube baja casi todo el trayecto, pero que no observó nada anormal. Los informes meteorológicos indicaban que era un día excepcionalmente despejado, para estar en diciembre, y que

no debía haber encontrado nube alguna (*Gleaner*; 8 dic., 1967).

Los otros cuatro casos de los que poseemos detalles son similares a éste, si bien en uno de ellos, el de *Jeannie*, se trataba de un guardacostas del litoral occidental de Escocia, y no de un aeroplano. En éste, los tres hombres de a bordo se encontraron con una «niebla» espesa, descubrieron que no funcionaba la radio, y que, por alguna razón, los relojes se habían parado. Supusieron que se trataba de alguna extraña perturbación magnética. Sin embargo, los otros instrumentos del barco funcionaban a la perfección, y a su debido tiempo, el barco llegó a Stornoway on Lewis... tardando veintidós horas, en vez de tres o cuatro como creía la tripulación. El avión de entrenamiento naval *Blackjack*, lejos de la península Baja, California sur, tiene el récord; estuvo perdido tres días y cinco horas. La tripulación creía que se había ausentado de la base unas siete horas.

No hemos conseguido averiguar que explicación facilitó la Marina de este singular episodio, ni el servicio de guardacostas de Gran Bretaña del incidente del *Jeannie*. Probablemente supusieron que la tripulación se había emborrachado en alta mar y se había dormido. Pero hay una cosa que nosotros aprendimos muy pronto de manera patente: los seres humanos no desean saber nada que amenace su sensación de seguridad y de «normalidad». Esto fue también un descubrimiento del fallecido Charles Port; él dedicó su vida a analizarlo. Y supongo que los libros de Fort presentan el ejemplo clásico de lo que William James llamaba «una cierta ceguera de los seres humanos». Pues invariablemente aduce notas periodísticas sobre los increíbles sucesos que cita. ¿Por qué nadie se molestó jamás en comprobar sus referencias —o algunas de ellas— y escribió luego una declaración admitiendo su honestidad o acusándole de fraude? El señor Tiffany Thayer me dijo una vez que los lectores críticos son de la opinión de que había alguna «circunstancia especial» en cada caso que Fort cita que lo invalida: un testigo dudoso aquí, un periodista imaginativo allá, y así. Y jamás se cae en la cuenta de que utilizar esta explicación para cubrir mil páginas repletas de hechos cuidadosamente reunidos equivale a pura sugestión.

Como la mayoría de la gente, he supuesto siempre que mis semejantes son relativamente honestos, relativamente razonables, relativamente curiosos. Si necesitara algo para confirmarme la curiosidad sobre lo aparentemente inexplicable, no tendría más que echar una mirada al puesto de periódicos de cualquier aeropuerto, con sus docenas de libros de bolsillo de Frank Edwards et al., todos con títulos como *El mundo de lo preternatural*, *Cien casos que superan la ficción*, etc. Produce sorpresa el descubrir que todo esto no da prueba alguna de una auténtica honradez respecto de lo «preternatural», sino sólo un deseo de sentir emoción y estupor. Estos libros son una especie de pornografía de lo oculto, parte del juego de «hagamos creer que el mundo es muchísimo menos anodino de lo que realmente es».

El 19 de agosto de 1968, Urquart y yo invitamos a doce «amigos» a las habitaciones que habíamos alquilado en el número 83 de Gower Street, la casa donde

Darwin vivió inmediatamente después de su casamiento. Consideramos que esta asociación con Darwin era apropiada, pues no nos cabía la menor duda de que la fecha sería largamente recordada por todos los presentes. No voy a entrar en detalles; sólo diré que había cuatro profesores —tres de Londres y uno de Cambridge—, dos periodistas, ambos de periódicos bastante respetables, y varios miembros de diversas profesiones, incluso médicos.

Urquart me presentó, y yo leí una declaración preparada de antemano, demorándome allí donde lo consideré necesario. Al cabo de diez minutos, el profesor de Cambridge se aclaró la garganta y dijo: «Dispensen», y salió precipitadamente de la habitación. Más tarde averigüé que se creyó víctima de una broma pesada. Los demás escucharon hasta el final, y durante la mayor parte del tiempo, me daba cuenta de que también ellos se preguntaban si no sería todo aquello una broma. Cuando se dieron cuenta de que no era así, se volvieron sensiblemente hostiles. Uno de los periodistas, un joven recién salido de la Universidad, me estuvo interrumpiendo a cada momento con: «¿Debemos entender...?» Una de las damas se levantó y se fue, aunque más tarde oí decir que no fue tanto por su escepticismo como porque de pronto se dio cuenta de que ahora éramos trece en la habitación, y consideró que esto traería mala suerte. El joven periodista traía consigo dos libros de Urquart sobre Mu, y leyó unas cuantas citas de ellos, lo que produjo un efecto fatal. Desde luego, Urquart no es precisamente un maestro de la lengua inglesa, y hubo un momento en que yo habría visto en esas citas un pretexto para un buen comentario sarcástico.

Pero lo que me asombraba era que ninguno de los presentes parecía aceptar nuestra «conferencia» como un aviso. Discutían de todo ello como si se tratase de una interesante teoría, o quizá de un relato extraordinario. Finalmente, tras una hora de comentar diversos recortes de periódicos, un abogado se levantó y pronunció un discurso que evidentemente reflejaba el sentir general, y que empezaba: «Creo que el señor Hough (el periodista) ha expresado las sospechas que todos experimentamos...». Su principal observación, que repitió varias veces, era que *no había pruebas concretas*. La explosión de Llandalffen podía haber sido causada por nitroglicerina o incluso por el impacto de una lluvia de meteoros. Los pobres libros de Urquart fueron tratados de modo tal que me habría hecho estremecer aun en mis tiempos más escépticos.

No tiene objeto seguir. Hemos grabado toda la sesión, y la hemos mecanografiado por duplicado, con la esperanza de que un día sea considerada casi como la increíble prueba de la ceguera y la estupidez humanas. Luego, nada más ha sucedido. Los dos periódicos decidieron no publicar siquiera una crítica a nuestros argumentos. Numerosas personas se enteraron de nuestra reunión y vinieron a vernos; damas pechugonas cargadas con esos tableros de letras y signos de los espiritistas, un individuo flaco que creía que el monstruo del Loch Ness era un submarino ruso, y toda una variedad de chiflados. Entonces fue cuando decidimos trasladarnos a América.



No tardamos en desilusionarnos, aunque es cierto que encontramos a una o dos personas, al menos, dispuestas a no poner en tela de juicio nuestra cordura. Pero, en general, los resultados fueron negativos. Pasamos un día interesante en el casi muerto pueblecito pesquero de Cohasset, el Innsmouth de Lovecraft; fue lo suficiente para descubrir que es un centro de los lloigor tan activo como Llandalffen, o quizá más, y que, de permanecer allí, correríamos gravísimo peligro. Sin embargo, nos las arreglamos para localizar a Joseph Cullen Marsh, nieto del capitán Marsh de Lovecraft, que ahora vive en Popasquash. Nos dijo que su abuelo había muerto loco, y creía que había poseído ciertos libros y manuscritos «ocultos», los cuales fueron destruidos por su viuda. Puede que fuera aquí donde Lovecraft viera realmente el *Necronomicón*. Mencionó también que el capitán Marsh aludía a los Primordiales como los «Dueños del Tiempo»; interesante comentario, si tenemos en cuenta los casos del *Jeannie*, del *Blackjack* y demás.

Urquart está convencido de que los manuscritos no fueron destruidos... y se funda en la extraña suposición de que tales obras antiguas poseen un carácter muy particular, y tienden a evitar la destrucción. Ha iniciado una abundantísima correspondencia con los herederos del capitán Marsh, y los procuradores de su familia, en un intento de encontrar el rastro del *Necronomicón*.

A estas alturas...

*Nota del editor:* Las últimas palabras de más arriba fueron escritas por mi tío unos minutos antes de recibir un telegrama del senador James R. Pinckney, de Virginia, viejo compañero suyo de estudios, y probablemente uno de aquellos a los que mi tío alude cuando dice que hay quien «no está dispuesto a poner en tela de juicio nuestra cordura». El telegrama decía: «Ven a Washington lo antes posible. Trae recortes. Ven a verme. Pinckney». El senador Pinckney me ha confirmado que el secretario de Defensa había accedido a hablar con mi tío, y que, si le convenía, era probable que pudiera concertarle una entrevista con el propio presidente.

Mi tío y el coronel Urquart no consiguieron alcanzar el vuelo de las tres quince de Charlottesville a Washington; fueron al aeropuerto en espera de que hubiese cancelaciones. Sólo hubo una, y, tras una breve discusión, el coronel Urquart convino con mi tío en que era preferible seguir juntos a ir a Washington cada uno por su lado. En ese momento, el capitán Harvey Nichols, accedió a llevarles a Washington en un Cessna 311, del que era propietario en parte.

El avión salió de una pista lateral a las 3.43 el 19 de febrero de 1969; el cielo estaba completamente despejado, y los informes meteorológicos eran excelentes. Diez minutos más tarde, el campo recibió un mensaje desconcertante: «Nos metemos en una nube baja». Por entonces, el aparato debía de encontrarse por la zona de Gordonsville, y el tiempo allí era excepcionalmente claro. Los intentos subsiguientes de establecer contacto por radio con el aparato fueron inútiles. A las cinco de la tarde,

se informó que se había perdido el contacto. Pero durante las horas que siguieron, se reavivaron nuestras esperanzas, ya que las amplias exploraciones iniciadas informaron no haber descubierto ningún accidente. Hacia las doce de la noche, supusimos que el informe del siniestro llegaría más tarde o más temprano.

Pero no ha llegado. Han transcurrido dos meses desde entonces, y no se ha vuelto a saber nada más de mi tío ni del avión. Mi opinión —apoyada por muchas personas con amplia experiencia en vuelos—, es que el aparato tuvo un fallo en sus instrumentos, y de algún modo se desvió hacia el Atlántico, donde fue a hundirse.

Mi tío ya había acordado la publicación de este libro sobre recortes de prensa con la Black Cockerell de Charlottesville, y parece apropiado que estas notas tuyas vayan a modo de introducción.

En las historias de los periódicos que han aparecido sobre mi tío durante los pasados dos meses, se ha supuesto que estaba loco, o al menos que sufría alucinaciones. Yo no comparto esa opinión. Hablé con el coronel Urquart en numerosas ocasiones, y creo que era totalmente indigno de confianza. Mi madre me lo describió como «una persona sumamente astuta». Incluso el comentario de mi tío sobre él, con ocasión de su primer encuentro, lo pone de manifiesto. Sería caritativo el suponer que Urquart se creía todo lo que escribía en sus libros, pero me resulta difícil admitirlo. Son cuestiones baratas y sensacionalistas, y algunas partes están completamente inventadas (por ejemplo, no menciona jamás el nombre del monasterio hindú —o siquiera su enclave—, donde realizó los sorprendentes «descubrimientos» sobre Mu; ni menciona tampoco el nombre del sacerdote que se supone le enseñó a leer la lengua de las inscripciones).

Mi tío era un hombre sencillo y pacífico, casi una caricatura del profesor abstraído. Esto se revela en su ingenuo relato de la reunión en el 83 de Gower Street, y la reacción de su auditorio. No tenía idea de las posibilidades de la duplicidad humana que, en mi opinión, se revelan en los escritos del coronel Urquart. Y, muy característicamente, mi tío no dice que fue él quien pagó el pasaje del Coronel para cruzar el Atlántico, así como las habitaciones de Gower Street. Los ingresos del Coronel eran extremadamente exigüos, mientras que mi tío gozaba, supongo, de una posición relativamente desahogada.

Y aún hay, creo, otra posibilidad que debe ser tenida en cuenta, sugerida por Foster Damon, amigo de mi tío. Mi tío era muy querido por sus estudiantes y colegas, por su satírico sentido del humor, y ha sido comparado muchas veces con Mark Twain. Pero la semejanza no termina ahí; también compartía con Twain esa honda vena de pesimismo acerca del género humano.

Yo conocí bien a mi tío en los últimos años de su vida, y le vi con frecuencia en los últimos meses. Él sabía que yo no creía en sus historias sobre los lloigor, y que consideraba a Urquart un charlatán. Un fanático habría tratado de convencerme, y quizá me habría negado la palabra, al oponerme a discutir sobre el tema. Mi tío siguió tratándome con el mismo buen humor de siempre, y mi madre y yo notamos que sus

ojos chispeaban cuando me miraban. ¿Se congratulaba de tener un sobrino demasiado pragmático para dejarse sorprender por su broma?

Me gusta pensarlo así. Pues era un hombre bueno y sincero, y son innumerables los amigos que ha dejado.

Julian F. Lang. 1969

**MI BARCA**

**JOANNA RUSS**

**(My Boat)**

¡Milty, tengo un argumento para ti!

No; siéntate. Tómate ese panecillo untado con queso. Te aseguro que puede ser una película de televisión de primera categoría; ya estoy trabajando en él: Un reparto pequeño, presupuesto reducido... Muy sencillo. Verás: empezamos con la clásica chavala chiflada, de unos diecisiete años; pero es hija abandonada, y vive apartada del mundo, ¿comprendes? Ha sufrido un trauma terrible. Y habita en un viejo apartamento de una barriada espectral como un mundo de fantasía. Melena larga y rubia; puede ir descalza, con vestidos teñidos que ella misma se hace con sábanas viejas. Y está el ejecutivo que la conoce en Central Park y se enamora de ella porque es como una dríada o un espíritu de la naturaleza.

Bueno. Por ahí va la cosa. Yo pago mi comida. Haremos como que no eres mi agente, ¿vale? Y no hace falta que digas que no es original; lo sé. La verdad es que...

Milty, necesito hablar con alguien. De acuerdo, la idea es un churro; y no estoy trabajando en ella ni he trabajado en ella. Pero ¿qué crees que puede hacer uno un fin de semana, el Día de los Caídos, si se encuentra solo y todo el mundo se ha ido de la ciudad?

Necesito hablar con alguien.

Sí, dejaré el *yiddische schtick*. Demonio, no pienso en ello; a veces me viene a la cabeza cuando estoy nervioso, ya sabes cómo es. A ti te pasa lo mismo. Pero quiero contarte una historia, y no para un guión. Es algo que me ocurrió en el instituto en 1952. Necesito contársela a alguien. Me da igual si no sirve de aquí a Singapur. Lo único que quiero es que me digas después si estoy como una regadera; nada más.

De acuerdo.

Verás, fue, como digo, en 1952. Yo era estudiante de último año de un Instituto de segunda enseñanza de la isla; Instituto, pero muy selecto, con un programa de arte dramático completísimo. Se estaba empezando a integrar, en los primeros años cincuenta, un vecindario muy liberal; todo el mundo daba palmaditas en la espalda a todo el mundo porque miraba con benevolencia la incorporación de cinco chavales negros en nuestro Instituto. ¡Cinco, de ochocientos que éramos! Daba la impresión de que esperaban que bajara Dios de Flatbush y le diera a cada uno un aro de santo.

En todo caso, nuestra clase de arte dramático también cumplía una función integradora: incorporó a una jovencita negra de quince años llamada Cissie Jackson, una especie de genio. Lo único que recuerdo del primer día del curso de primavera es que era la única persona de color que yo veía en carne y hueso; sólo que no sabíamos entonces qué demontre era; tenía una pinta espectral, como si acabara de salir de un sanatorio o algo parecido.

Cosa que, dicho sea de paso, acababa de hacer. ¿Recuerdas que Malcolm X presenció, cuando tenía cuatro años, cómo unos blancos mataban a su padre, y que eso lo convirtió en militante de por vida? Bueno, pues al padre de Cissie lo habían matado de un tiro en la frente delante de ella cuando era una cría —nos enteramos más tarde—. Sin embargo, eso no la convirtió en militante; le infundió tal miedo a

todos y a todo que se encerró en sí misma y no quiso hablar con nadie durante semanas. A veces se abstraía de este mundo, y la mandaban al manicomio. Y puedes creerme si te digo que a los dos días todo el Instituto lo sabía. Y tenía toda la pinta: permanecía sentada en el teatro del Instituto —¡Ah, Milty, los Institutos de secundaria de la Isla tienen dotación económica para eso y más, te lo aseguro!—, y trataba de pasar inadvertida en el último asiento como un conejillo asustado. De todas maneras, sólo tenía catorce años, y quizá cuarenta y dos kilos mojada. Seguramente por eso no se había hecho militante. Pero, diablos, esto no tiene nada que ver. El caso es que se asustaba de la gente. Pero no se trataba del contencioso blancos-negros; una vez la vi en un rincón con otro estudiante negro: un muchacho respetable y formal, trajeado, con camisa blanca y corbata, y una cartera flamante; hablaba con ella como si le fuera la vida en ello. En realidad estaba llorando y suplicando. Y ella se limitaba a retraerse hacia el rincón como si quisiera desaparecer, a la vez que negaba con la cabeza. No. No. No. Cuando hablaba su voz era un susurro, menos en el escenario; y aun a veces también allí. La primera semana olvidó su entrada cuatro veces —se había quedado de pie, paralizada, a punto de desmoronarse al suelo—, y otras dos abandonó el escenario en mitad de una escena como si la obra hubiera terminado.

Así que Al Coppolino y yo fuimos a hablar con el director. Yo siempre había pensado que Alan era un mirlo blanco —recuerda que estoy hablando de 1952—: solía leer todas esas chifladuras sobre el Culto de Cthulhu, Llamadas de Dagon, El horror de los habitantes de Leng... sí; recuerdo que Lovecraft te proporcionó a ti el diez por ciento en Hollywood y en la televisión, más los reestrenos; pero ¿qué sabíamos nosotros? En aquel tiempo la diversión eran los guateques, donde acababas excitado bailando mejilla con mejilla, y las chicas llevaban calcetines y combinación almidonada para ahuecar la falda, y si aparecías en el Instituto con camisa deportiva no pasaba nada porque el Instituto Central era un centro liberal, pero era mejor que no lo hicieras como norma. En fin, yo sabía que Al era despierto y le dejaba que llevara la voz cantante. Por mi parte, me limitaba a asentir con la cabeza; era un cero a la izquierda en aquel tiempo.

Conque dijo Al: «Señor, Jim y yo estamos a favor de la integración y nos parece estupendo que este Instituto sea un centro liberal. Pero... esto...».

El director captó el tono.

—¿Pero qué? —dijo, frío como el hielo.

—Pues verás, señor —prosiguió Al—; se trata de Cissie Jackson. Creemos que esa chica está... esto... enferma. Quiero decir, que si no sería mejor que... Quiero decir que acaba de salir del hospital y representa una tensión para todos nosotros, y una tensión mucho más grande para ella; y que quizá es un poco pronto para ella...

—Señor —dije yo—; lo que Coppolino quiere decir es que no nos importa que los negros se integren con los blancos; pero esto no es una integración racial, señor. Esto es integrar una rareza con gente normal. Quiero decir...

—Caballeros, puede que les interese saber que la señorita Cecilia Jackson ha

sacado en sus tests un cociente intelectual superior al de ustedes dos juntos. Y también me ha dicho el departamento de arte dramático que tiene más talento que ustedes dos juntos. Y a juzgar por las notas que han obtenido los dos en el primer trimestre, no me sorprende en absoluto.

Al apostilló en voz baja: «Sí, y con cincuenta veces más problemas».

Bueno; el director siguió hablándonos sobre cómo debíamos aprovechar esta oportunidad para trabajar con ella, porque era muy brillante; era claramente una superdotada, y cuanto antes dejáramos de hacer correr rumores estúpidos, antes tendría la señorita Jackson posibilidad de adaptarse al centro; y como él se enterase de que la molestábamos propalando infundios sobre ella nos iba a caer una buena; eso si no nos expulsaba.

A continuación su voz perdió el hielo, y nos contó que un policía blanco había disparado a su padre sin motivo alguno delante de ella cuando tenía cinco años; y cómo el hombre se desangró en la cuneta, y murió en el pequeño regazo de Cissie, y que su madre era pobre, y un par de cosas más igualmente dolorosas que le habían acontecido; y si no era eso suficiente para desequilibrar a cualquiera —aunque lo que dijo fue «causar problemas»—. El caso es que cuando terminó de hablar me sentí como una rata; en cuanto a Coppolino, salió del despacho del director, apoyó la cara contra los azulejos —hay un zócalo de azulejos que llega a la altura que puedes alcanzar con el brazo a fin de evitar los *graffiti*, aunque en aquel entonces no utilizábamos la palabra *graffiti*—, y gimoteó como un niño de pecho.

Así que iniciamos una campaña de Apoyo a Cecilia.

¡Y te juro por Dios, Milty, que la chica tenía madera de actriz! No era fiable, ésa era la pega: una semana la veías trabajar como una mula, haciendo ejercicios de voz, gimnasia, esgrima, leyendo a Stanislavsky en la cafetería y actuando espléndidamente, y a la semana siguiente no estaba. Bueno, sí: estaba físicamente; estaban los cuarenta y dos kilos que constituían su peso; pero hacía las cosas como si su alma estuviese en otra parte. Técnicamente era perfecta; emocionalmente, nada de nada. Más tarde oí decir que por entonces se negaba también a contestar en clase de Geografía e Historia, y se escabullía sin decir nada. Pero cuando se concentraba era capaz de subir al escenario y tomar posesión de él como si fuese suyo. Jamás conocí a nadie con tanto talento. ¡A los quince años! Y minúscula. No me refiero sólo a la voz —aunque yo pensaba que podría mejorarle con la edad—, o a la figura que, francamente, Milt, como un chiste del viejo WC. Fields: una tabla de plancha con dos aspirinas. Y tampoco era realmente guapa. Pero, Dios mío, tú y yo sabemos que eso no importa si tienes personalidad. Y ella la tenía para dar y tomar. Una vez hizo el papel de la Reina de Saba en una obra en un acto que representamos ante un auditorio de verdad —o sea, nuestros padres y los demás alumnos; ¿qué otro auditorio iba a ser?—, y se metió totalmente en el personaje. Otra vez la vi representar piezas de Shakespeare. Incluso hizo de leona en una clase de mimo. Lo dominaba todo. Tenía una concentración pura y absoluta. Y era despierta además; a todo esto ella y Al se

habían hecho amigos; una vez la oí explicarle (fue en el camerino, la tarde en que se representó *La reina de Saba*, mientras se quitaba el maquillaje con crema para el cutis), cómo había ideado cada rasgo del personaje. A continuación extendió el brazo hacia mí, apuntándome talmente como una ametralladora, y exclamó:

—En cuanto a ti, Jim, deja que te diga una cosa: ¡Lo esencial es la fe!

Era sorprendente, Milt. Cada vez eran más amigos ella y Al; y cuando me dejaban que les acompañara, lo consideraba un privilegio. Él le prestaba algún que otro libro, de esos disparatados que tenía; en cuanto a ella, la oía contar cosas de su vida, cosas sueltas: tenía una madre tan estricta y temerosa de Dios, y tan respetable, que era asombroso que Cissie pudiese respirar sin pedirle permiso. No le consentía que se estirase el pelo: no por razones ideológicas (era prematuro para eso), por supuesto, sino porque —entiéndelo— Cissie era demasiado joven. Creo que su mamá estaba más chiflada que ella. Naturalmente, yo era un condenado estúpido (¿quién no lo era?), y estaba convencido de que todos los negros eran unos viva-la-Virgen, que andaban siempre riendo y agarrándose a las farolas y cosas así, ya sabes, bailando y cantando. Pero aquí estaba este genio de una familia que no la dejaba salir de noche, no le permitía asistir a guateques, bailar ni jugar a las cartas; no podía maquillarse, y ni siquiera llevar pelendengues. Y créeme si te digo que si había algo que la descomponía era que trataran de llenarle la cabeza con historias de la Biblia. Supongo que su imaginación tenía que buscar alguna salida. A propósito, si su madre se llega a enterar de que participaba en las funciones de teatro la habría agarrado de los pelos y la habría sacado del Instituto; todos tuvimos que jurar solemnemente guardar secreto sobre eso. Sospecho que el teatro era más pecaminoso y malvado que el baile.

Creo que me indignó. De verdad. La familia de Al era católica del montón y la mía judía del montón. Y nunca he conocido a nadie con una madre así. Quiero decir, capaz de pegarle a Cissie si Cissie hubiera vuelto a casa con un broche de oro en aquella blusa blanca que solía llevar día sí y día no; sin duda recuerdas que la llevaban todas las chicas. Y naturalmente, la señorita Jackson no usaba combinación; la señorita Jackson vestía faldas plisadas que eran mucho más cortas, incluso para ella, y faldas rectas y fruncidas por arriba que parecían descoloridas. Durante un tiempo, tuve la vaga impresión de que la falda corta significaba que era atrevida, o sea provocativa. Pero no; eran faldas que le pasaban de una prima bastante más joven, alargadas. No podía permitirse ropa propia. Creo que fueron la madre y la Biblia las que finalmente me hicieron dejar de ver a Cissie como la lumbrera de los integrados con la que había que ser amable por el director, o el conejillo asustado que todavía, a propósito, hablaba en voz baja en todas partes salvo en clase de declamación. Yo no veía a Cecilia Jackson más que unos pocos minutos seguidos, pero sabía que era algo especial. Así que una vez en que me cruce con ella y con Al en el vestíbulo cuando me dirigía de un aula a otra, le dije: «Cissie, algún día acabarán poniendo tu nombre con letras luminosas. Creo que eres la mejor actriz que



he conocido, y quiero decirte que es un orgullo para mí conocerte»; y a continuación le hice una ampulosa reverencia a lo Errol Flynn.

Miró a Al, y Al a ella, con una especie de complicidad. Luego Cissie inclinó la cabeza hacia sus libros y dejó escapar una risita. Era tan minúscula que a veces te preguntabas cómo podía cargar con aquellos libros todo el día; la hacían ir encorvada.

Al dijo: «Bueno, venga. Vamos a decírselo».

Y me contaron su gran secreto: Cissie tenía una prima que se llamaba Gloriette. Esta Gloriette y Cissie poseían un amarradero, honesto a los ojos de Dios, para una barca en el puerto deportivo de Silverhampton. Cada una pagaba la mitad del amarradero —que en aquel tiempo costaba dos dólares al mes—; como recordarás, entonces un puerto deportivo consistía en un muelle de madera al que podías amarrar tu bote de remos.

—Gloriette se ha marchado —dijo Cissie con su voz susurrante—. Se ha ido a visitar a una tía que vive en Carolina. Y mamá se irá también el domingo que viene.

—¡Así que saldremos a pasear en barca! —terminó Al por ella—. ¿Quieres venir?

—¿El domingo?

—Sí; al salir de la iglesia, mamá se irá directamente a la estación de autobuses —dijo Cissie—. Eso será alrededor de la una. Tía Evelyn vendrá a cuidar de mí a las nueve. O sea que tendremos ocho horas.

—Y se tarda unas dos horas hasta allí —dijo Al—. Primero hay que coger el metro; después un autobús...

—¡A menos que vayamos en tu coche, Jim! —dijo Cissie, riendo de tal manera que se le cayeron los libros.

—¡Bueno; muchas gracias! —dije.

Cissie los recogió y me sonrió...

—No, Jim —dijo—. Queremos que vengas de todas maneras. Al no ha visto mi barca todavía. Gloriette y yo la llamamos *Mi Barca*.

Quince años y sabía cómo sonreírte para retorcerte el corazón como una rebanada de pan de molde. O puede que pensara yo: ¡qué secreto más malvado! ¡Un pecado capital, supongo, según su propia familia!

—Por supuesto que os llevaré —dije—. ¿Puedo preguntar qué clase de barca es, señorita Jackson?

—No seas ridículo —dijo ella con desparpajo—. Me llamo Cissie, o Cecilia, tonto. En cuanto a *Mi Barca* —añadió—, es un yate grande. Enorme.

Iba a echarme a reír, cuando observé que hablaba en serio. No: me estaba tomando el pelo. Me sonrió maliciosamente otra vez. Dijo que quedaríamos en la parada del autobús que había cerca de su casa, y a continuación se alejó por el vestíbulo de zócalo de azulejos, escoltada por el flaco y pequeño Al Coppelino, con su vieja y holgada falda verde y su sempiterna blusa blanca. La señorita Jackson no llevaba preciosos calcetines blancos; sólo unos mocasines viejos que se abrían por las costuras. Sin embargo, parecía diferente: con la cabeza alta, su andar ligero, y no

había estado apagada.

Y entonces caí en la cuenta de que era la primera vez que la veía sonreír, o reír, fuera del escenario. O sea: lloraba con facilidad; como la vez en que, en clase, comprendió, por algo que dijo la profesora, que Anton Chéjov —ya sabes, el gran autor ruso— había muerto. Más tarde oí que le decía a Alan que no creía que fuera verdad. Y montones de detalles así.

Así que el domingo fui a recogerla en lo que probablemente era el coche más viejo del mundo, incluso entonces; no se trataba de una pieza de museo, Milty, sino de una pura chatarra —de veras; era un milagro que funcionara—. Y al llegar a la parada de autobús cercana a la casa de Cissie, en Brooklyn, allí estaba ella, con su falda plisada y descolorida, de segunda mano, y su blusa sempiterna. Imagino que Cecilia Jackson invocaba por las noches a los elfos del entarimado para que se la lavaran y plancharan. Y extrañamente, ella y Al formaban realmente una pareja. Él era como el Woody Allen del Instituto Central, engolfado en sus libros estrafalarios; desde luego, de lo más estrafalarios en 1952; porque ¿qué podía hacer, si no, un pobre chaval italiano de cinco pies y tres pulgadas, y tan brillante que ningún otro chico entendía la mitad del tiempo de qué estaba hablando? No sé por qué era yo amigo suyo; creo que hacía que me sintiera mayor, generoso y bueno; igual que siendo amigo de Cissie. Los dos eran casi de la misma estatura, junto a la parada del autobús; y creo que sus cerebros estaban al mismo nivel, ahora lo sé. Creo que Al iba dos décadas por delante de su época, como sus libros. Y tal vez si el movimiento en favor de los derechos civiles se hubiera iniciado unos años antes...

En fin, salimos para Silverhampton, e hicimos un trayecto delicioso, con mucho campo, aunque todo llano —por entonces aún había bancales de hortalizas en la Isla—, y llegamos al puerto deportivo, que no era más que un muelle viejo y grande, aunque bastante sólido. Aparcamos el coche, y Al sacó la bolsa que Cissie había traído. «La merienda», dijo.

Allí estaba *Mi Barca*, en mitad, más o menos, del embarcadero. No sé por qué, no esperaba que fuera verdad. Era un bote viejo de madera con sólo un remo, y tres pulgadas de agua en el fondo. En una amura alguien le había pintado el nombre, *Mi Barca*, con letras temblonas de color naranja. *Mi Barca* estaba sujeta al amarradero con una boza delgada como un cordel. Sin embargo, no parecía que fuera a hundirse; en realidad llevaba allí meses aguantando lluvias, y quizá nevadas, sin hundirse. Conque salté a su interior, pensando que debía haber tenido la prudencia de quitarme antes los zapatos, y me puse a achicar agua con una lata que había traído del coche. Alan y Cissie sacaban las cosas de la bolsa y las ponían en el centro del bote. Supuse que estaban preparando la merienda. Era evidente que *Mi Barca* estaba casi todo el tiempo amarrada mientras Cissie y Gloriette se tomaban sus emparedados y seguramente fingían que navegaban en el *Queen Mary*; porque ni Alan ni Cissie parecían notar la falta de un remo. El día era bueno, aunque con sol y sombra; o sea hacía sol, y al minuto siguiente se nublaba. Aunque eran nubes plumosas, sin asomo

de lluvia. Achiqué bastante el fondo y a continuación me puse a proa; y al asomar el sol vi que me había equivocado en el color naranja de las letras: eran amarillas.

Entonces miré más de cerca: no era pintura sino algo adosado en el costado de *Mi Barca*; como los letreros que la gente pega en las puertas de los despachos. Supongo que no me había fijado bien antes. Era un letrero pulcro y fluido, un trabajo profesional. De bronce, supongo. No: una tablita, una especie de... ¿cómo se llama... escopladura, relieve? Cada letra estaba labrada por separado. Seguramente era obra de Alan; tenía talento para cosas así. Solía hacer ilustraciones horripilantes para sus libros estrafalarios. Me di la vuelta, y descubrí a Al y a Cissie sacando una gran pieza de lienzo de la bolsa de la compra y extendiéndola sobre los palos que se levantaban de los costados del bote. Estaban poniendo una especie de dosel. Dije:

—Eh, seguro que habéis traído todo esto del atrezo del teatro; ¿a que sí?

Ella se limitó a sonreír.

Al dijo: «¿Te importaría traer un poco de agua dulce, Jim?».

—Claro —dije—. ¿De dónde, del puerto?

—No, del cubo. Ahí a popa. Cissie dice que está marcado.

Ah, por supuesto, pensé, por supuesto. En medio del Pacífico, sacamos un cubo y hacemos rogativas para que llueva. Era cierto que había un cubo, y alguien había estarcido en él: «agua dulce» con pintura verde, un poco emborronadamente; pero ese cubo no iba a poder contener agua nunca más. Estaba seco, vacío, y tan herrumbroso que cuando te lo ponías delante podías ver a través de su fondo por dos agujeros. Dije: «Cissie, está vacío».

Ella contestó: «Vuelve a mirar, Jim».

Dije: «Pero, Cissie; observa», y volví el cubo boca abajo.

El agua fría me empapó de las rodillas a las suelas de los zapatos.

—¿Ves? —comentó—. Nunca está vacío.

Pensé: diablos, no he mirado bien. Tal vez había llovido el día anterior. Pero un cubo lleno de agua pesa, y yo lo había levantado prácticamente con un dedo. Lo dejé en el fondo: si había estado lleno, desde luego ahora no lo estaba... Y volví a mirar.

Estaba lleno hasta el borde. Metí la mano en su agua y bebí de ella. Estaba fría y clara como la de un manantial; y olía... no sé, a helechos calentados por el sol, a frambuesa, a yerba, a flores silvestres. Pensé: ¡Dios mío, me estoy volviendo mochales! Y entonces me di la vuelta y vi que Alan y Cissie habían sustituido el lienzo de los palos por un toldo listado con franjas azules y blancas, del estilo de los que se ven en las películas de Cleopatra, ¿recuerdas? Habían extendido la tela por encima de la embarcación para resguardo del sol. Y Cissie había sacado de la bolsa de la compra otra pieza con dibujo naranja-verde-azul y se había envuelto en ella, por encima de sus ropas viejas. Y llevaba pendientes de color oro, unos aros grandes, y un turbante negro sobre su pelo raro. Y sin duda había guardado sus mocasines en alguna parte, porque ahora estaba descalza. A continuación vi que también llevaba un hombro al aire; y me senté en uno de los bancos de mármol de *Mi Barca*, debajo del

dosel, porque sin duda estaba sufriendo alucinaciones. Quiero decir que ella no había tenido tiempo para todo eso; ¿y dónde estaba su ropa vieja? Pensé para mis adentros que sin duda se había traído una bolsa entera de atuendo del atrezzo del teatro, como el enorme cuchillo de aspecto siniestro que llevaba prendido de su cinturón de cuero tachonado de ámbar, con el puño cubierto de oro y piedras preciosas rojas y verdes y azules con reflejos parpadeantes en forma de minúsculas crucecitas que no podías seguir con la mirada. No se manejan zafiros en un taller de atrezzo. Ni hojas de acero de diez pulgadas, curvadas y tan finas que el sol te deslumbra al incidir en su filo.

Dije: «Cissie, pareces la Reina de Saba».

Ella sonrió. Me dijo: «Jim, no se dice Saba. Se dice Sabá. Recuérdalo cuando estemos delante de ella».

Pensé para mis adentros: Bueno, aquí es donde la pequeña genio Cissie Jackson viene a drogarse los domingos. Un fin de semana perdido. Pensé que era el momento de irme, poner alguna excusa, y avisar a su madre o a su tía, o quizá al hospital más cercano. Quiero decir, por su bien: Cissie no haría daño a nadie porque no era mala; eso nunca. Y de todas maneras, era demasiado pequeña para herir a nadie. Me levanté.

Sus ojos estaban a la altura de los míos. Y ella estaba de pie por debajo de mí.

Al dijo: «Sé precavido, Jim. Mira otra vez. Mira siempre otra vez». Volví a popa. Allí estaba el cubo en el que ponía «agua dulce»; pero en el momento en que miré salió el sol y vi que me había equivocado: no era viejo, de hierro galvanizado, con letras verdes pintadas a brochazos.

Era de plata, de plata pura. Descansaba en una especie de brocal de mármol construido a popa, y las letras eran de jade incrustado. Seguía estando lleno. Siempre estaba lleno. Miré a Cissie, de pie bajo el toldo de seda listada azul y blanco con su puñal de puño incrustado de zafiros y esmeraldas y rubíes, y sus raras palabras, ahora lo sé, Milt, en lengua indo-occidental, aunque entonces lo ignoraba; y supe con la misma certeza que si miraba las letras de *Mi Barca* al darle el sol, no serían de bronce sino de oro puro. Y que la madera sería de ébano. Yo no estaba siquiera sorprendido. Aunque todo había cambiado. No lo había visto cambiar; sólo que, o no había mirado bien la primera vez, o me había equivocado, o no había reparado en ello, o se me había olvidado. Como cuando me pareció que había un cuévano viejo en el centro de *Mi Barca*, y en realidad era el tejadillo de un camarote con pequeños ojos de buey, y al mirar por ellos vi abajo tres literas, un aseo, y una preciosa cocinita con nevera y fogón, y a un lado el fregadero, que no podía ver con claridad, una botella con una servilleta alrededor del cuello y metida en un cubo de hielo, exactamente igual que en las viejas películas de Fred Astaire y Ginger Rogers. Y todo el interior del camarote estaba revestido con madera de teca.

Cissie dijo: «No, Jim. No es teca. Es cedro del Líbano. ¿Te das cuenta ahora de por qué no puedo tomar en serio en clase esa estupidez sobre lugares y dónde están y qué ocurren en ellos? ¡Petróleo del Líbano! Es cedro lo que tienen. Y marfil. Yo he

estado allí muchas veces, muchísimas. He hablado con el sabio Salomón. He estado en la corte de la reina de Sabá y he concertado un pacto eterno con las mujeres de Knossos, el pueblo de la doble hacha: el creciente y el menguante de la luna juntos. He visitado a Akhenaton y a Nefertari, y he visto grandes reyes en Benin y en Dar. Incluso voy a la Atlántida, donde la Pareja Real me enseña muchas cosas. El sacerdote y la sacerdotisa me enseñan cómo hacer que *Mi Barca* visite los lugares que yo quiero, incluso que baje al fondo del mar. ¡Ah, tenemos muchas conversaciones provechosas en las terrazas de Pahlahss al anochecer!».

Era real. Todo era real. No tenía quince años, Milt. Estaba sentada a proa a los mandos de *Mi Barca*; y había tantos diales, indicadores, botones, interruptores y llaves como en un B-57. Y ella era lo menos diez años mayor. Al Coppolino, también, se parecía al retrato de sir Francis Drake que yo había visto en un libro de Historia, y tenía el pelo largo y una barba puntiaguda. Estaba vestido como Drake, salvo la gorguera, con rubíes en las orejas y anillos en todos los dedos; y tampoco él tenía diecisiete años. Tenía una cicatriz que le bajaba de la sien izquierda, en el nacimiento del pelo, pasaba junto al ojo, hasta el pómulo. También pude ver que debajo del turbante Cissie tenía el pelo trenzado de forma muy complicada. He visto llevarlo así más tarde. Ah, hace muchísimo todo el mundo lo llevaba en mazorca. Lo he visto en el Museo Metropolitano; en esculturas con máscara de plata de la ciudad de Benin, África. O sea de hace siglos, Milt; ¿te das cuenta?

Al dijo: «Conozco otros lugares, princesa. Puedo mostrártelos. ¡Ah, vayamos a Ooth-Nargai y a la hermosa Celephaïs, y a la Kadath de la Inmensidad Fría: es una región espantosa, Jim; pero no hay que tener miedo; y después, a la ciudad de Ulthar, donde rige una ley venturosa y amable que prohíbe molestar siquiera a los gatos».

—Los atlanteanos —dijo Cissie con voz suave y profunda— han prometido que la próxima vez no me enseñarán sólo a bajar a las profundidades del mar. Dicen que si centras tu pensamiento, si te concentras bien, si crees, puedes hacer que *Mi Barca* navegue hacia arriba. ¡Hacia las estrellas, Jim!

Al Coppolino, entretanto, salmodiaba nombres en voz baja: Cathuria, SonaNyl, Thalarion, Zar, Bahama, Nir, Oriab. Todos sacados de sus libros.

Cissie dijo: «Para venir con nosotros, tienes que hacer antes una última cosa, jim. Desata esa cuerda».

Conque bajé por la escala de *Mi Barca* al muelle y deshice el nudo de la cuerda de oro con que estaba amarrada al embarcadero. Oro y seda colchados, Milty; se escurría en mis manos como si estuviese viva. Conozco el tacto duro y escurridizo de la seda. Pensaba en la Atlántida y en Celephaïs y en navegar hacia las estrellas, y todo se mezclaba en mi cerebro con el baile de gala de los alumnos de último año y con la universidad, porque había tenido la suerte de aprobar el ingreso en la Universidad-de-mi-Elección, y en qué futuro tendría como abogado, abogado civil, después de ser una gran estrella del deporte, por supuesto. Ésos eran mis planes en aquel tiempo. Se habían esfumado todas mis certezas. Ante un yate de treinta y cinco

pies que habría vuelto verde de envidia a John D. Rockefeller y lugares del mundo en los que nadie había estado ni nadie volvería a visitar. Cissie y Al estaban arriba en la cubierta; los dos parecían sacados de una película: hermosos, peligrosos y extraños. Y de repente me di cuenta de que no quería ir. En parte por la absoluta seguridad de que si alguna vez ofendía a Cissie de alguna manera —no me refiero a una pelea o una desavenencia ni a coger ningún enfado, sino a una ofensa que la hiriera profundamente—, me descubriría de repente en un bote de remos que hacía agua, con un solo remo, en medio del océano Pacífico. O amarrado a un muelle de Silverhampton; porque Cissie no era mezquina. Al menos eso esperaba. Sólo que... supongo que no me parecía bien ir. Y había algo en sus caras además; como recubriéndolas, especialmente en la de Cissie: como nubes, como velos, pasaban otras caras, otras expresiones, otras almas, otros pasados y futuros, otra clase de saber; fluctuaban en ellas como un espejismo sobre una carretera de asfalto en un día de calor.

No quería ese saber, Milt. No quería ir tan hondo. Era esa clase de saber que la mayoría de los chicos de diecisiete años tardan años en aprender: la Belleza, la Desesperación, la Mortalidad, la Compasión, el Sufrimiento.

Y aún los estaba mirando, y contemplando cómo la brisa henchía la capa de terciopelo color ciruela de Al Coppolino y cómo brillaba su jubón negro y plata, cuando me agarró por el hombro una mano grande, pesada, dura, gruesa; y una voz gruesa, pesada, desabrida, sureña, dijo:

—¡Eh, muchacho, no puedes utilizar este amarradero! ¿Qué hace aquí ese bote de remos? ¿Cómo te llamas?

Me di la vuelta, y me descubrí frente al bisabuelo de los sheriffs del Sur: cara de bulldog, mandíbula en consonancia, piel tostada, gordo como un cerdo y grande como una montaña. Dije: «¿Cómo, señor? —todo chaval del Instituto era capaz de exclamar eso mismo incluso en sueños en aquel tiempo; y a continuación nos volvimos hacia la bahía, mientras yo proseguía—: “¿Qué bote, señor?”. Y el policía replicaba: «¿Qué di...?»».

Porque allí no había nada. *Mi Barca* había desaparecido. Sólo teníamos delante una extensión azul centelleante de bahía. Y no estaban ellos dos; ni más allá, ni en el otro extremo del muelle; el policía y yo corrimos alrededor; y cuando me sentí con valor suficiente para alzar los ojos hacia el cielo...

Nada. Una gaviota. Una nube. Una avioneta de Idlewild. Además, ¿no había dicho Cissie que sabía subir derecho hacia las estrellas?

No; nadie volvió a ver *Mi Barca* nunca más. Ni a la señorita Cecilia Jackson, chiflada y genial. Su madre fue al Instituto, y me llamaron al despacho del director. Les conté un cuento; el que había tenido que contarle al policía: que habían dicho que iban a dar un paseo en bote por el puerto y volver, que yo entretanto había ido comprobar si había aparcado bien el coche, y que al volver no estaban. No sé por qué, había pensado que la madre de Cissie sería como tía Jemima; pero era delgada y

pequeña, muy parecida a su hija, y nerviosa y tiesa como no había visto a nadie: una dama minúscula embutida en un vestido ajustado, pero muy limpio, de color gris, como de profesora, zapatos gastados, blusa con cuello blanco escarolado, sombrero de paja con una cinta blanca, y guantes blancos. Creo que Cissie sabía cómo esperaba yo que fuera su madre, y lo estúpido que era, aun para ser del montón, y jovenzuelo liberal por lo que respecta a las razas, y que por eso no quiso llevarme.

¿El policía? Me acompañó hasta el coche; y al llegar —yo iba sudando y asustado— desapareció también. Se había desvanecido.

Estoy convencido de que lo creó Cissie. Para gastarme una broma.

El caso es que Cissie no volvió. Y no pude convencer a la señora Jackson de que Al Coppolino no había raptado a su hija, la había llevado a algún paraje solitario y la había asesinado. Intenté disuadirla una y otra vez; pero la señora Jackson no quiso creerme.

Resultó que no existía ninguna prima Gloriette.

¿Alan? Ah, él sí que ha vuelto. Pero ha tardado. Mucho, mucho tiempo. Lo vi ayer mismo, en el metro de Brooklyn. Es un chico flaco, bajo de estatura, con las orejas separadas de la cabeza, vestido aún con la camisa y los pantalones deportivos que llevaba cuando salió aquel domingo, hace veinte años, y con el mismo corte de pelo de los años cincuenta que nadie llevaría hoy. La gente se le quedaba mirando.

El caso es, Milt, que aún tenía diecisiete años.

No; sé que no era otro. Porque no paraba de saludarme y sonreírme desde donde estaba de manera ostensible. Y cuando bajé con él en su antigua estación, empezó a preguntarme por todo el mundo del Instituto como si hiciera una semana que faltaba; o un día. Aunque cuando le pregunté dónde diablos había estado los últimos veinte años no me lo quiso decir. Sólo dijo que había olvidado algo. Y subimos los cinco tramos de escalera hasta su antiguo apartamento, como hacíamos al salir de clase, donde pasábamos un par de horas antes de que sus padres volvieran del trabajo. Llevaba su vieja llave en el bolsillo. Abrió, y todo estaba igual, Milt: la misma nevera de gas, las cañerías a la vista debajo del fregadero, fundas de verano en sillas y butacas que ya nadie utiliza, las cortinas de invierno retiradas, galería encima de la ventana de la que colgaba una sábana, suelos de parquet desnudo y linóleo en la cocina. Cada vez que le hacía una pregunta, él se limitaba a sonreír. Pero me conocía, porque me llamó por mi nombre un par de veces. Yo le pregunté: «¿Cómo me has reconocido?»; y dijo: «¿Que cómo? Pero si no has cambiado». Que no he cambiado, Dios mío. Entonces dije: «Dime, Alan, ¿por qué has vuelto?»; y con una sonrisa como la de Cissie, dijo: «Para recoger el *Necronomicón*, del árabe loco Abdul Alhazred, ¿por qué iba a ser?». Pero vi el libro que cogía y era otro. Buscó con atención en todos los estantes de la librería de su dormitorio. Aún había banderas del Instituto clavadas en las paredes de su habitación. A propósito, ahora conozco ese libro; es ése del que querías sacar un guión el año pasado para el muchacho que hace las películas de Poe y te dije que todo eran efectos especiales y animación: islas

exóticas, mundos extraños y disfraces de monstruos. Se trataba de *La búsqueda onírica de la ignota Kadath*, de H. P. Lovecraft. Y ya no volvió a abrir la boca. Bajó deprisa los cinco tramos de escalera, conmigo detrás, y siguió a lo largo de la manzana hasta la estación del metro. Cuando yo llegué al andén ya no estaba.

¿Su apartamento? No lo encontrarás. Cuando volví corriendo había desaparecido incluso la casa. Más aún, Milt: ni siquiera estaba la calle; no existe esa dirección: ahora pasa por allí la nueva autopista.

Por eso te he llamado, Dios mío. ¡Tenía que contárselo a alguien! Ahora esos dos casos psiquiátricos viajan entre las estrellas de Ulthar y Ooth-Nargai y Dylath-Leen...

Pero no son casos psiquiátricos: han ocurrido de verdad.

Aunque si no son casos psiquiátricos, ¿qué nos importa a ti y a mí, dos pobres ciegos?

Y voy a decirte otra cosa, Milt: el encuentro con Al me recordó lo que Cissie dijo una vez antes del episodio de *Mi Barca*, pero cuando ya éramos lo bastante amigos, y le pregunté qué la había inducido a abandonar el hospital. No se lo pregunté así, ni ella me contestó así; pero vino a decir que, tarde o temprano, en cada lugar que visitaba, encontraba a un hombre con heridas sangrantes en las manos y los pies que le decía: «Cissie, vuelve; te necesitan; Cissie, vuelve, te necesitan». Fui lo bastante estúpido para preguntarle si era blanco o negro. Me miró furibunda, dio media vuelta, y se fue. Bueno, no hace falta discurrir mucho para comprender qué significan las heridas en las manos y en los pies para una muchacha cristiana educada en la lectura de la Biblia. Lo que me pregunto es: ¿Volverá a encontrar a ese Hombre allá, entre las estrellas? Si las cosas se ponen feas para el poder negro o para la liberación de la mujer, o incluso para los autores de libros estafalarios o comoquiera que sean, ¿se materializará *Mi Barca* en Times Square o en Harlem o en Nueva York este, con una reina-guerrera etíope de capitana y sir Francis Drake Coppolino, y sabe Dios con que clase de armas de la perdida ciencia de la Atlántida? Te aseguro que no me sorprendería. De verdad. Aunque espero que ese Hombre —o la idea que Cissie tenía de Él— decida que las cosas aún no están tan mal, y que ellos pueden seguir visitando los lugares del libro de Al Coppolino. Y sinceramente espero que ese libro sea largo.

Sin embargo, si yo tuviera una segunda oportunidad...

No es cuento, Milt. Ocurrió. Por ejemplo, dime: ¿cómo sabía ella el nombre de Nefertari? Es la reina egipcia Nefertiti; así es como la conocemos todos, pero ¿cómo sabía ella el nombre verdadero, literalmente décadas antes que nadie? ¿Y Sabá? Es verdad también. ¿Y Benín? ¡Jamás nos dieron un curso de historia de África en el Instituto Central, cosa inimaginable en 1952! ¿Y qué me dices de la doble hacha de los cretenses de Knossos? Por supuesto, hemos estudiado Creta en el Instituto; pero en nuestros libros de historia no se hacía ninguna referencia al matriarcado ni al *labrys*, que así se llamaba esa hacha. Te doy mi palabra, Milt. Incluso hay una librería



feminista en Manhattan que se llama...

Como quieras.

Bueno, claro. No era negra: era verde. Presentaba un gran programa de televisión. Verde, azul, de los colores del arco iris. Lo siento, Milt, ya sé que eres mi agente, que has hecho un montón de trabajo por mí, y que últimamente no he vendido mucho. He estado leyendo. No; nada de tu gusto: existencialismo, historia, marxismo, algo de orientalismo...

Lo siento, Milt, pero los escritores nos pasamos la vida leyendo. Es un vicio que tenemos. He estado intentado sumergirme a fondo, como Al Coppolino; aunque quizá en otra dirección.

De acuerdo, así que quieres a ese marciano que se propone invadir la Tierra, para lo cual se convierte en una guapa muchacha bronceada de cabellera rubia, ¿no?, y se hace estudiante de un colegio rico de Westchester. Y esta hermosa rubia marciana tiene que introducirse en toda clase de organizaciones ciudadanas como asociaciones de concienciación de las mujeres, grupos de psicoterapia colectiva, talleres de animación cultural e iniciativas para la rehabilitación de jóvenes drogadictos, a fin de conocer la mentalidad de la Tierra. Sí. Y naturalmente, tiene que seducir al director, al entrenador y a todos los adultos del campus; así podremos convertirlo en una serie; cada semana, la marciana enamora a un terrestre o intenta hacer algo para destruir la Tierra o hacer saltar algo utilizando el Instituto como base. ¿Puedo utilizarlo? Es precioso. Está en mi línea. Me siento perfectamente capaz de trabajar en todo. Cissie hizo bien en no llevarme con ella; tengo espaguetis en vez de médula espinal.

Nada. No he dicho nada. Por supuesto. Es una buena idea. Aunque sólo sea como idea matriz.

No, Milt, en serio; me parece una serie realmente fantástica. Tiene un atisbo de genio. La voy a vender seguro. Sí; puedo confeccionar un esquema para el lunes. Por supuesto. ¿«La hermosa amenaza de Marte?»». Bien. Absolutamente. Sexo, peligro, comedia, de todo; podemos ampliarla a las vidas de los profesores, del director, de los padres de los chicos; e incluir problemas de actualidad como la droga. Claro. Otra Peyton Place. Incluso puedo volver a la Costa Oeste. Eres un genio.

¡Dios mío!

Nada, nada. Sigue hablando. Es que... ¿ves ese chico flaco de ahí abajo, en la cabina de teléfonos? ¿Ese que descuelga el auricular, con un corte de pelo pasado de moda? ¿No? Bueno, creo que no estás mirando hacia donde digo, Milt; en realidad, creo que yo tampoco. Debe de ser un extra de la Metro. A veces vienen durante el descanso: con el atuendo isabelino, capa de color ciruela, botas hasta el tobillo, jubón negro y plata. En realidad, ahora que recuerdo, la Metro se mudó a la parte alta de la ciudad hace un par de años; de manera que éste no podría ir vestido así, ¿no crees?

¿No lo ves aún? No me extraña. Apenas queda luz. Escucha, es un antiguo amigo... o sea, el hijo de un antiguo amigo. Voy a saludarlo; sólo es un minuto.

¡Ese joven es importantísimo, Milt! Quiero decir que se relaciona con alguien

importantísimo. ¿Con quién? ¡Con uno de los más grandes y mejores productores del mundo, nada menos! El... bueno, ellos, querían que yo... Podrías escribir un guión para ellos, sí. Yo antes no quería; pero...

No, no, tú quédate aquí. Yo me acercaré a decirle hola. Tú sigue hablando de la Hermosa Amenaza de Marte; puedo oírte desde ahí; y le diré que me tienen a su disposición, si quieren.

¿Tu diez por ciento? Naturalmente que tendrás tu diez por ciento. Eres mi agente, ¿no? Como que si no fuera por ti, seguramente yo no... Claro que tendrás el diez por ciento. Para gastártelo en lo que quieras: ¡en marfil, en monos, en pavos reales, en especias o en madera de cedro del Líbano!

Lo único que tienes que hacer es recaudarlo.

Pero sigue hablando, Milty, por favor. Quiero acercarme a la cabina sin dejar de oír tu voz. Seguir oyendo esas ideas. Tan originales. Tan creativas. Tan auténticas. Exactamente lo que quiere el público. Como es natural, hay una diferencia entre cómo la gente percibe las cosas, y cómo las percibimos nosotros; porque nosotros las vemos de manera diferente, ¿verdad? Y ésa es la razón por la que se nos respeta a los dos, al agente con éxito y a mí... Pero bueno, dejémoslo. No sería correcto por nuestra parte.

¿Eh? Ah, nada. No he dicho nada. Sólo escuchaba. Por encima del hombro. Sigue hablando mientras digo hola y presento mis más profundas y abyectas disculpas a sir Alan Coppolino. ¿Habías oído ya ese nombre, Milt? ¿No? Bueno, no me sorprende.

Sigue hablando...

**PALOS**

**KARL EDWARD WAGNER**

**(Sticks)**

## I

El armadijo de palos se levantaba sobre un pequeño montón de piedras junto al arroyo. Colin Leverett lo examinó con perplejidad: media docena de trozos de ramas unidos en ángulo con alambres, no sabía con qué fin. Le sugería, desagradablemente, un extraño crucifijo; y se preguntó qué podía haber debajo de las piedras.

Era la primavera de 1942: el día para ir a la Guerra parecía lejano e irreal, pero la notificación de incorporación a filas aguardaba sobre su mesa. Dentro de poco cerraría su estudio en el campo; no sabía si lo vería otra vez, o si volvería a utilizar las plumas, los pinceles y las gubias cuando regresara. Era un adiós al bosque y a los ríos del interior de Nueva York, también. En la Europa de Hitler no habría cañas de pescar ni excursiones campestres. No podría hartarse de pescar en este río truchero que había descubierto una vez explorando senderos escondidos del valle Otselic.

El Arroyo de Mann —así se designaba en el viejo mapa topográfico— discurría al sudeste de DeRuyter. El solitario camino rural lo cruzaba por un puente de piedra que ya era viejo antes de la aparición del primer automóvil; pero el Ford de Leverett lo pasó y llegó a un rellano. Cogió la caña y los aparejos, incluido una botella de petaca, y se ató una sartén al cinturón. Había hecho unas millas corriente abajo. A mediodía tendría truchas frescas para comer, o quizá ancas de rana.

Era un riachuelo de agua clara, aunque dificultoso para pescar debido a la espesa maleza que bordeaba las orillas, interrumpida por grandes trechos de orilla abierta a la que no podía acercarse sin ser visto. Pero las truchas subían a picar con decisión, y Leverett se sentía optimista.

Desde el puente, el valle a lo largo del Arroyo de Mann empezaba como un pacerero bastante abierto, pero media milla río abajo la tierra había dejado de cultivarse y estaba plagada de hijuelos y chupones de manzano. Y otra milla más abajo los rebrotes se mezclaban con un espeso matorral que ya continuaba sin interrupción. La tierra aquí, según había oído decir, había sido expropiada por el Estado muchos años atrás.

Siguiendo el arroyo, Leverett se encontró con un terraplén de ferrocarril. No había el menor vestigio de vías ni traviesas: sólo el terraplén coronado de grandes árboles. El artista se recreó en las bellas alcantarillas de piedra seca que dejaban pasar por debajo el arroyo en sus meandros por el valle. A su imaginación se le antojó misteriosa esta vía férrea olvidada que corría recta y uniforme a través de lo que prácticamente era una selva.

Podía imaginar una vieja locomotora con su chimenea cónica echando humo a lo largo del valle, y tirando de dos o tres vagones cargados de troncos. Sin duda era un ramal del viejo Ferrocarril de la región central de Oswego, abandonado repentinamente en la década de 1870. Leverett, que tenía buena memoria para los detalles, lo sabía por una historia que su abuelo le contó una vez a propósito del viaje que había hecho en esta línea en 1871, de Otselic a DeRuyter, en su luna de miel. La

máquina marchaba tan trabajosamente cuesta arriba en Crumb Hill que se bajó para caminar a su lado. Probablemente esa cuesta empinada había sido la razón del abandono de la línea.

Al llegar a una tabla clavada a varios palos hincados en un muro bajo de piedra, la parte oscura de su cerebro pudo leer: «Prohibido el paso». Extrañamente. Porque el letrero estaba tan desgastado por las inclemencias del tiempo que no contenía nada, si bien los clavos parecían bastante nuevos. Leverett no le dio importancia; hasta que un trecho más adelante descubrió otro armadijo igual. Y a continuación otro.

Ahora se rascó la barba de un día de su pronunciada mandíbula. Esto no tenía sentido. ¿Sería una broma? Pero ¿a quién? ¿O una diversión de niños? No, la disposición era demasiado complicada. Como artista, Leverett apreció la ejecución del trabajo: las proporciones, los ángulos calculados, y la estudiada complejidad de estas enigmáticas celosías. Le producían un claro desasosiego.

Leverett se dijo a sí mismo que había venido aquí a pescar, y siguió río abajo. Pero al rodear unos arbustos, se detuvo otra vez perplejo.

Aquí se encontró ante un pequeño espacio abierto con más celosías de palos, con una serie de losas ordenadas en el suelo. Las piedras —probablemente cogidas de una de las múltiples alcantarillas— formaban un trazado de unos veinte por quince pies que a primera vista semejaba el plano de una casa. Intrigado, Leverett comprobó rápidamente que no podía ser de una casa. Si era un plano, tenía que tratarse de un pequeño laberinto.

Y había celosías por todas partes: palos sacados de ramas de árbol, con tablas clavadas en disposiciones extrañas. Era imposible describirlas; no había dos iguales. Unas consistían en uno o dos palos atados en paralelo o en ángulo. Otras eran complicadas estructuras hechas con docenas de palos y tablas. Había una que podía ser una casita de árbol para niños; constaba de tres planos; pero era tan abstracta y tan poco práctica que no podía identificarse más que como un tinglado absurdo de palos y alambres. Unas veces estos armadijos se hallaban sujetos a una pila de piedras o a un muro, otras hincados en el terraplén del ferrocarril o clavados a un árbol.

Podían haber sido ridículas. No lo eran. Al contrario, resultaban en cierto modo siniestras... estas celosías absolutamente inexplicables, meticulosamente construidas, diseminadas por toda el área solitaria donde sólo un terraplén cubierto de hijuelos de frutales o un olvidado muro de piedra atestiguaban que el hombre había estado aquí. Leverett se olvidó de las truchas y las ancas de rana; se registró los bolsillos, y sacó un cuaderno y un trozo de lápiz. Se puso a copiar afanosamente las estructuras más intrincadas. Quizá podría explicárselas alguien; quizá había algo en su absurda complejidad que merecía un estudio más detenido para su propia obra.

Leverett se encontraba a unas dos millas del puente cuando topó con las ruinas de una casa. Era una fea granja colonial, cuadrada, con tejado a la holandesa medio hundido. Las ventanas estaban oscuras y vacías; las chimeneas de cada extremo parecían a punto de caerse. Las vigas asomaban en los espacios abiertos de la

techumbre, y el enmaderado de las paredes, donde se había podrido, dejaba al aire un almacén de troncos. Los cimientos eran de piedra seca, pero de un grosor desproporcionado; a juzgar por el tamaño de los sillares de piedra, su constructor había pretendido que fueran unos cimientos eternos. La casa se hallaba casi sepultada por la vegetación; las lilas eran exuberantes. Pero aún podía distinguirse lo que había sido un cuadro de césped con imponentes árboles de sombra. Detrás había torcidos y escuálidos manzanos, y un jardín invadido por una maleza descontrolada donde aún se abría algún arbusto de flor desperdigado, raquítrico, retorcido a causa de los años de asilvestrado crecimiento. Había celosías de palos en todas partes: el cuadro de césped, los árboles, incluso el edificio, estaban cubiertos de misteriosas celosías. A Leverett le recordaban un centenar de telarañas mal hechas, y tan juntas que casi abarcaban la casa entera y el claro donde se alzaba. Intrigado, tomó bocetos de ellas, página tras página, a medida que se acercaba precavidamente al abandonado edificio.

No estaba seguro de qué esperaba encontrar dentro. El aspecto de la granja era francamente amenazador, situada en esta lóbrega soledad donde el bosque había devorado los trabajos de la mano humana, donde el único signo de que el hombre había estado aquí en el presente siglo eran estas complicadas celosías de palos y tablas. Algunos, llegados a este paraje, habrían dado media vuelta. En cambio Leverett, cuya obras de arte revelaban una clara atracción por lo macabro, estaba fascinado. Trazó un esquema rudimentario de la granja y sus alrededores, poblados de enigmáticos artilugios, con raquítricos setos y macizos y arbustos. Lamentaba pensar que tardaría años en trasladar la atmósfera extraña de este lugar al papel o al lienzo.

La puerta estaba arrancada de sus bisagras, y Leverett entró precavidamente, esperando que el suelo fuese lo bastante resistente para aguantar su escaso peso. El sol de la tarde entraba por las ventanas vacías cubriendo de manchas de luz el entarimado del piso. El polvo formaba remolinos en los rayos de sol. La casa estaba desnuda de muebles, y no contenía otra cosa que escombros mezclados con vigas podridas y acumulaciones de hojas de multitud de otoños.

Alguien había estado aquí no hacía mucho; alguien que había cubierto literalmente las mohosas paredes con esquemas de las misteriosas celosías. Los dibujos estaban hechos directamente en las paredes, sobre el papel podrido y el yeso deshecho, con enérgicas rayas negras. Algunos, de una complejidad mareante, cubrían una pared entera como un furioso mural. Otros, pequeños, consistían sólo en rayas cruzadas, y recordaban a Leverett la escritura cuneiforme.

Su lápiz trabajaba deprisa sobre las páginas de su cuaderno. Entusiasmado, reconoció en varios de estos dibujos la disposición de celosías que había visto antes. ¿Se trataba, entonces, del estudio del chalado o idiota que las había construido? Las rayas de carbón, en el yeso blando, parecían recientes, hechas hacía unos días, unos meses todo lo más.

Una puerta oscura daba acceso al sótano. ¿Habría allí dibujos también? ¿Y algo más? Leverett no sabía si atreverse a bajar. Aparte de las franjas de luz que

penetraban por las grietas del piso, el sótano estaba a oscuras.

—¿Hola? —dijo en voz alta—. ¿Hay alguien aquí? —en este momento no le sonó estúpido. Las omnipresentes celosías de palos no parecían obra de un cerebro normal. No le hacía ninguna gracia la posibilidad de topar con semejante persona en un sótano a oscuras. Se le ocurrió que podía ocurrir cualquier cosa, y nadie en el mundo de 1942 llegaría a enterarse.

Pero esto en sí mismo era demasiado seductor para alguien del carácter de Leverett: y precavidamente, empezó a bajar la escalera del sótano. Era de piedra, y por tanto sólida, pero traicionera a causa del musgo y de los escombros.

El sótano era enorme: y con la oscuridad lo parecía aún más. Leverett llegó abajo, y se detuvo para que sus ojos se adaptaran a la húmeda lóbreguez. Un pensamiento que ya había tenido antes volvió a asaltarle: era un sótano demasiado grande para la casa. ¿Habría habido aquí originalmente otro edificio... y quizá se destruyó, y construyó otro alguien con menos recursos? Examinó la mampostería. Era de grandes sillares de gneis, capaces de sostener un castillo. Al observarlos más detenidamente le recordaron los de una fortaleza: porque esta técnica de sillar en seco era asombrosamente micénica.

Igual que arriba, el sótano parecía vacío; aunque, como no había luz, Leverett no estaba seguro de qué sombras se ocultaban en él. Había espacios más negros en las paredes de los cimientos que sugerían accesos a cámaras del otro lado. Leverett empezaba a sentirse nervioso a pesar de sí mismo.

Había algo, un bulto grande que parecía una mesa, en el centro del sótano. Parecía de piedra, según delataban unos pocos espectros de luz que incidían en sus ángulos. Con precaución, cruzó el enlosado hasta ella. Le llegaba a la altura de la cintura; quizá tenía unos ocho pies de largo y algo menos de ancho. Su tablero era una losa de gneis toscamente tallada, según le pareció, y se alzaba sobre pilares de piedra sin mortero. Dada la oscuridad, sólo podía hacerse una idea vaga de cómo era. Paseó la mano por encima. Tenía una especie de acanaladura paralela a los bordes.

Sus dedos tanteantes descubrieron un tejido; lo notó frío, correoso, flexible. Atelaje de caballería mohoso, pensó con repugnancia.

Algo se cerró alrededor de su muñeca, y le clavó unas uñas heladas en la carne.

Leverett profirió un grito y quiso retroceder frenéticamente. Pero lo que estaba sobre la mesa, fuera lo que fuese, lo sujetaba con fuerza, tiraba hacia arriba.

Una pálida raya de sol bajó a tocar una de las esquinas de la losa. Fue suficiente. Leverett luchaba por retirar el brazo mientras el ser que lo sujetaba tiraba de él hacia arriba, sobre la mesa de piedra. Y entonces su rostro pasó por la raya de luz.

Era un rostro de cadáver; tenía la carne desecada sobre la calavera, con inmundos mechones de pelo enmarañados sobre el cráneo; los labios despellejados y contraídos en un rictus dejaban al descubierto unos dientes rotos y amarillos; y hundidos en sus cuencas, unos ojos que debiendo estar muertos brillaban con una vida espantosa.

Leverett, frenético de terror, profirió otro grito. Su mano libre agarró la sartén que

llevaba colgando del cinturón; la arrancó, y con ella descargó un golpe con toda su fuerza sobre el rostro de la pesadilla.

Durante un instante horrible, la raya de sol le permitió distinguir cómo la sartén hería la frente mohosa como un hacha hendiendo la carne y rompiendo el hueso. Desapareció la presión que le atenazaba la muñeca. El rostro cadaverico retrocedió; y la visión de su frente hundida y sus ojos vidriosos, entre los que empezó a manar espesa sangre, imprimieron en Leverett una pesadilla que le duraría infinidad de noches.

Pero ahora Leverett se zafó y emprendió la huida. Y cada vez que le fallaban sus piernas doloridas, y caía sobre la maleza, el recuerdo de las pisadas que había oído tras él al abandonar el sótano le transmitía una energía desesperada.

## II

Cuando Colin Leverett regresó de la guerra, sus amigos lo notaron cambiado. Había envejecido. Tenía el cabello gris, y su paso había perdido viveza. La delgadez atlética de su cuerpo se había convertido en escualidez enfermiza. Había surcos indelebles en su rostro, y sus ojos se habían vuelto febriles.

Más sorprendente era el cambio que había sufrido su carácter. Un cinismo mordaz había corroído su anterior aire de asceta. Su fascinación por lo macabro había adquirido un cariz más tenebroso, se había convertido en una obsesión morbosa que sus antiguos amigos hallaban preocupante. Pero había sido esa guerra; sobre todo para los que habían luchado en los Apeninos.

Leverett habría podido darles otra explicación, de haber querido hablar de su pesadillesca experiencia en el Arroyo de Mann. Pero se la guardaba para sí; y cada vez que se acordaba del ser espectral con el que había luchado en el sótano abandonado, se convencía de que era un desheredado, un ermitaño chiflado cuyo aspecto le había distorsionado la escasez de luz y su propia imaginación. Y sin duda el golpe que le había dado con la sartén carecía de gravedad, puesto que el otro se había repuesto lo bastante deprisa como para perseguirle. Era mejor no obsesionarse con tales cosas; y esta explicación racional le ayudaba a recobrar la serenidad cuando despertaba de las pesadillas en que le sumía ese rostro.

Así que Colin Leverett volvió a su estudio, y retomó las plumas, los pinceles y las gubias. Las revistas en las que sus admiradores habían aplaudido su obra antes de la Guerra celebraron su regreso con largas listas de trabajos. De sus manos empezaron a



salir encargos para galerías y coleccionistas, esculturas y tallas en madera. Leverett se sumergió en su trabajo.

Pero entonces empezaron a surgir problemas: *Short Stories* le devolvió una portada por «demasiado grotesca». Los editores de una nueva antología de relatos de horror le devolvieron también dos ilustraciones interiores «demasiado tremendas; sobre todo los rostros hinchados y podridos de los ahorcados». Un cliente le devolvió una estatuilla de plata, con la queja de que el santo mártir mostraba excesivos estigmas del martirio. Incluso *Weird Tales*, después de anunciar el regreso de Leverett a sus páginas pobladas de gules, comenzó a devolverle ilustraciones que consideraba «demasiado fuertes; incluso para nuestros lectores».

Leverett, sin mucho entusiasmo, trató de dar menos expresividad a sus obras; pero encontraba los resultados insípidos y faltos de inspiración. Finalmente dejaron de llegarle encargos. Y, cada vez más solitario a medida que pasaban los años, se despidió definitivamente de sus tiempos de colaboración con las revistas. Trabajando en silencio en su estudio aislado, salía adelante haciendo de tarde en tarde piezas de encargo y alguna obra de galería, y vendiendo de vez en cuando un cuadro o una escultura a museos importantes. Las críticas elogiaban bastante sus extrañas esculturas abstractas.

### III

La Guerra había quedado veinticinco años atrás cuando Colin Leverett recibió una carta de un buen amigo de los tiempos de las revistas populares: Prescott Brandon, ahora editor de *Gothic House*, una pequeña editorial especializada en libros de fantasía espectral. A pesar de un silencio de bastantes años, la carta de Brandon empezaba con su estilo típicamente directo:

*The Eyrie/Salem, Mass./2 de agosto*

*Al macabro ermitaño de la Región Central:*

*Colin, estoy reuniendo una selección de relatos de horror de H. Kenneth Allard en tres volúmenes para una edición de lujo que tengo pensada. Recuerdo muy bien que los relatos de Kent eran tus predilectos. ¿Qué tal si salieras de ti mismo y me los ilustraras? Necesitaría dos sobrecubiertas a todo color y una docena de ilustraciones interiores a pluma. Me gustaría*

*poder asustar al aficionado con algo especialmente espectral, algo diferente de las consabidas calaveras y murciélagos y hombres lobo raptando señoras semidesnudas.*

*¿Te interesa? De ser así te mandaré el material y los detalles; y tendrás total libertad Hazme saber qué opinas.*

Scotty

Para Leverett fue una alegría. Sentía cierta nostalgia de los tiempos en que trabajaba para aquellas revistas, y siempre había admirado el talento de Allard para transformar las visiones de horror cósmico en prosa convincente. Escribió a Brandon una entusiasmada respuesta.

Pasó horas releendo los relatos que se iban a incluir, tomando notas y haciendo bocetos preliminares. No iba a tropezar aquí con jefes de redacción propensos a escandalizarse; Scotty quería lo que decía. Y Leverett se sumergió en su trabajo con verdadera fruición.

Scotty había pedido algo diferente. Y le dejaba mano libre. Leverett estudió con ojo crítico los bocetos a lápiz. Las figuras estaban bien encarriladas, pero el dibujo necesitaba algo más; algo que les diera el aire siniestro que impregnaba la obra de Allard. ¿Calaveras sonrientes y murciélagos correosos? Eso eran bobadas. Allard pedía más.

La idea se le impuso de manera irresistible. Quizá porque las historias de Allard evocaban esa misma sensación de horror; o quizá porque las visiones de Allard de casas de campo ruinosas con sus secretos depravados le recordaban aquella tarde de primavera en el Arroyo de Mann...

Aunque no había querido ver su cuaderno desde el día en que regresó tambaleante, medio muerto de agotamiento y de miedo, Leverett recordaba perfectamente dónde lo había arrojado: lo recuperó de detrás de un fichero que apenas utilizaba. Meditabundo, pasó sus páginas arrugadas. Estos apuntes apresurados le despertaron la sensación de mal ominoso, de horror sepulcral que había sentido aquel día. Y mientras contemplaba los extraños esquemas de celosías, le pareció imposible que otros no compartieran la sensación de horror que estas estructuras de palos le inspiraban a él.

Comenzó a copiar con gruesos trazos a lápiz partes de celosías. Conferían a los rostros sonrientes de las criaturas degeneradas de Allard una sombra de amenaza. Movié afirmativamente la cabeza, satisfecho con el resultado.

## IV

Unos meses más tarde, Leverett recibió una carta de Brandon en la que acusaba recibo de los últimos dibujos para los relatos de Allard, y se mostraba enormemente satisfecho con el trabajo. Y añadía una posdata:

*Dios mío, Colin: ¿qué son esos palos demenciales que asoman por todas partes? Acaban volviéndose realmente espeluznantes cuando los miras un rato. ¿Cómo diablos lo consigues?*

Leverett pensó que debía a Brandon una explicación; así que le escribió una carta larga, contándole las circunstancias de su experiencia en el Arroyo de Mann, aunque silenciando el horror que le había agarrado por la muñeca en el sótano. No le importaba que Brandon le creyera excéntrico, pero si un loco o un asesino.

La respuesta de Brandon fue inmediata:

*Colin: tu episodio en el Arroyo de Mann es fascinante... ¡increíble! Se lee como el principio de un relato de Allard. Me he tomado la libertad de remitir tu carta a Alexander Stefroi, de Pelham. El doctor Stefroi es especialista en la historia de esa región, como por lo demás ya sabes. Estoy seguro de que le interesará lo que cuentas, y puede que aporte alguna luz a ese extraordinario asunto.*

*Tenemos previsto que el primer volumen, Voces desde la sombra, entre en encuadernación el mes que viene. Las pruebas, espléndidas. Un abrazo. Scotty.*

A la semana siguiente le llegó a Leverett una carta sellada en Pelham, Massachusetts:

*Un amigo común, Prescott Brandon, me acaba de remitir su asombrosa relación del descubrimiento de curiosos artilugios ejecutados con palos y piedras en una granja abandonada del interior de Nueva York. Lo encuentro sumamente interesante, y desearía saber si recuerda más detalles. ¿Podría identificar el lugar exacto, después de 30 años? Si fuera posible, me gustaría examinar esta primavera los cimientos de esa casa, ya que recuerdan emplazamientos megalíticos similares de esta región. Varios de nosotros estamos interesados en localizar lo que creemos que son vestigios de construcción megalítica utilizada en la edad del bronce, y determinar su posible uso en ritos de magia negra durante la época colonial.*

*Hay testimonios arqueológicos en la actualidad que indican que hacia*

2000-1700 a. C. hubo en el nordeste una llegada de pueblos de la edad del bronce procedentes de Europa. Sabemos que la Edad del Bronce vio el surgimiento de una cultura muy avanzada, y que como navegantes no tuvieron parangón hasta los vikingos. Pueden verse restos de cultura megalítica originaria del Mediterráneo en la puerta de los leones de Micenas, en Stonehenge, así como en dólmenes, galerías dolménicas y túmulos de toda Europa. Por otra parte, parece que esto representó mucho más que un estilo de arquitectura peculiar de la época. Más bien debió de ser un culto religioso cuyos adeptos adoraban a una especie de madre tierra, a la que honraban con sacrificios y ritos de fertilidad, con la creencia de que podían asegurar la inmortalidad del alma mediante el enterramiento en tumbas megalíticas.

Los centenares de monumentos megalíticos hallados eliminan toda duda de que esta cultura llegó a América y, como ahora se reconoce, a nuestra región. El núcleo más importante hasta la fecha es Mystery Hill, en N. H., y contiene multitud de murallas y dólmenes de construcción megalítica, y sobre todo el túmulo y la mesa sacrificial de la Caverna de Y (v. postal). Existen asimismo construcciones megalíticas menos espectaculares, como el grupo de enterramientos y piedras talladas de Mineral Mount, galerías dolménicas como en Petersham y Shutesbury, e innumerables «celdas monacales» megalíticas subterráneas por toda esta región.

Un interés adicional está en que parece ser que tales emplazamientos siguieron conservando su aureola mística para los primeros colonizadores, y numerosos monumentos megalíticos atestiguan haber sido utilizados por hechiceros y alquimistas coloniales para sus fines siniestros; hecho que cobró especial relieve a raíz de las persecuciones de brujas que empujaron a multitud de practicantes hacia las regiones remotas del Oeste, lo que explica la aparición en los últimos años de tantos grupos culturales en el interior del Estado de Nueva York y Massachusetts occidental.

De especial interés aquí son los «Hermanos de la Nueva Luz», de Sadrak Irlanda, que creían que el mundo iba a ser destruido pronto por siniestros «Poderes del Exterior», y que ellos, los elegidos, alcanzarían la inmortalidad física. Los elegidos que muriesen antes de tiempo debían hacer que sus cuerpos se conservasen en mesas de piedra hasta la llegada de «Los Ancianos», quienes los devolverían a la vida. Hemos establecido definitivamente la existencia de un vínculo entre los emplazamientos megalíticos de Shutesbury y las prácticas insanas del culto de la Nueva Luz. En 1781 fueron absorbidos por los tembladores de la Madre Ann Lee, por lo que retiraron de la mesa de piedra de su celda el cadáver putrescente de Sadrak Irlanda, y lo enterraron.

Así pues, creo probable que la granja que usted exploró pudo ser escenario de prácticas ocultas similares. En Mystery Hill se construyó una

*granja en 1826 que incorporaba un dolmen en sus cimientos. La casa se incendió hacia 1848-55, y corrieron desagradables rumores locales sobre lo que tenía lugar allí. Mi teoría es que la granja que Vd. exploró había sido construida o incorporada a un emplazamiento megalítico similar, y que los armazones de «palos» indican que pervivió algún culto desconocido. Recuerdo alguna vaga alusión a que en determinadas ceremonias secretas figuraron estructuras en celosía, aunque sin concretar su función. Posiblemente representan un desarrollo de símbolos ocultos utilizados en determinadas invocaciones; aunque esto es sólo una hipótesis. Le recomiendo que consulte el libro *Ceremonial Magic*, de Waite, u otro por el estilo, y ver si puede reconocer algún símbolo mágico parecido.*

*Espero que mis sugerencias puedan serle de alguna utilidad Si es así, le ruego que me lo haga saber.*

*Entretanto, le saluda atentamente,*

*Alexander Stefroi*

Incluía una postal en la que se veía una losa de granito de cuatro toneladas y media, bordeada por una acanaladura, con un orificio de desagüe, identificada como «*mesa sacrificial de Mystery Hill*». En el dorso, Stefroi había escrito:

*Quizá ha encontrado algo parecido a esto. No son raras estas piedras: en Pelham tenemos una hallada en un emplazamiento hoy cubierto por el embalse de Quabbin. Eran utilizadas para los sacrificios —animales y humanos—; la acanaladura servía probablemente para recoger la sangre en un cuenco.*

Leverett dejó caer la postal y se estremeció. La carta de Stefroi volvió a despertarle el viejo horror, y ahora deseó que el cuaderno hubiera seguido olvidado detrás del fichero. Naturalmente, no podía olvidarlo; ni siquiera al cabo de treinta años.

Escribió a Stefroi una atenta carta agradeciéndole su información y añadiendo a su relato unos cuantos detalles sin importancia. Esta primavera, prometió —preguntándose si cumpliría dicha promesa— intentaría localizar la granja junto al Arroyo de Mann.

## V

Ese año la primavera llegó tarde, y hasta el mes de junio Colin Leverett no tuvo ocasión de volver al Arroyo de Mann. A primera vista había cambiado muy poco en las tres décadas. Aún estaba igual el vetusto puente de piedra; en cuanto al camino, seguía sin arreglar. Leverett se preguntó si habría pasado alguien por él desde su aterrorizada huida.

Encontró con facilidad el terraplén de la vía de ferrocarril siguiendo el curso del riachuelo. Treinta años, se dijo; pero sintió un intenso frío por dentro. La marcha se le hacía más trabajosa que la vez anterior. El día era insoportablemente caluroso y húmedo. Abriéndose paso en la espesa maleza, levantaba nubes de moscas negras que le picaban con furia.

Evidentemente, el río había sufrido grandes crecidas en los años pasados, a juzgar por la broza y troncos amontonados que obstruían el camino. Había trechos socavados en los que sólo quedaban rocas peladas y acumulaciones de grava. En otros lugares, gigantescas barricadas de broza y árboles arrancados semejaban fortificaciones antiguas y deshechas. Mientras descendía por el valle, se dio cuenta de que su exploración no iba a conducir a nada. Tan intensa había sido la fuerza de las inundaciones que incluso había cambiado el curso del río. Muchas de las alcantarillas de piedra no las atravesaba ya el arroyo, sino que se alzaban solitarias, lejos de su cauce actual. Otras se habían derrumbado y habían desaparecido, o habían quedado sepultadas bajo toneladas de troncos podridos.

En un lugar Leverett encontró vestigios de un huerto de manzanos que se alzaban entre una maraña de yerba y arbustos. Pensó que la casa debía de estar cerca; pero aquí la inundación había sido evidentemente grave, y hasta los pesados sillares de los cimientos habían caído y permanecían sepultados bajo la broza.

Leverett regresó finalmente al coche. Su paso era más ligero.

Unas semanas más tarde recibió respuesta de Stefroi a la noticia que le había mandado de su infructuosa excursión.

*Perdone mi tardanza en contestar a su atenta del 13 de junio. Últimamente he estado ocupado en ciertas investigaciones que espero que puedan conducir a la localización de un emplazamiento megalítico aún no registrado, pero de gran importancia. Naturalmente, ha sido una desilusión para mí saber que no ha quedado nada del emplazamiento vecino al Arroyo de Mann. Mientras trataba de no perder la esperanza, pensaba que subsistirían los cimientos. Ahora, estudiando los datos de la región, observo que ha habido dos graves desbordamientos en la comarca de Otselic: uno en*

julio de 1942 y otro en mayo de 1946. Muy probablemente, esa granja, con sus enigmáticos artilugios, desapareció por completo no mucho después de que Vd. la visitara. Es una región extraña y salvaje, y sin duda guarda muchas cosas que nunca sabremos.

Le comento esto en medio de un hondo sentimiento de pérdida personal por la muerte hace dos noches de Prescott Brandon. Ha sido un duro golpe para mí, como estoy seguro de que lo habrá sido para Vd., y para todo el que lo conocía. Sólo espero que la policía detenga pronto a los desalmados que han perpetrado esa acción atroz; evidentemente, ladrones a los que sorprendió desvalijando su oficina. La policía cree que sus asesinos debían de estar drogados, dada la brutalidad gratuita que emplearon en su crimen.

Yo acababa de recibir un ejemplar del tercer volumen de Allard, Lugares execrados. Un libro soberbiamente ilustrado, que esta tragedia hace aún más insuperable, consciente de que Scotty no dará al mundo más tesoros de esta clase.

Con gran sentimiento, le saluda atentamente,  
Alexander Stefroi

Leverett se quedó mirando la carta con estupor. No había recibido noticia alguna de la muerte de Brandon; sólo unos días antes había abierto un paquete de la editorial con las primeras pruebas de Lugares execrados. Le volvieron a la memoria unas líneas de la última carta de Brandon; unas líneas que le habían parecido divertidas en su momento:

*Esos palos tienen perplejo a más de un admirador, Colin: llevo gastada una cinta entera contestando peticiones de información. Un lector en particular —un tal Major George Leonard— me ha estado acosando para que le diese detalles, y me temo que le he dado demasiados. Ha escrito varias veces preguntando tu dirección, pero como sé lo que estimas tu intimidad le he dicho simplemente que me permita ser yo quien te remita cualquier correspondencia. Supongo que lo que quiere es ver tus bocetos originales; pero estos maniáticos de lo oculto me producen asfixia. Francamente, no quisiera toparme personalmente con éste.*

## VI

—¿El señor Colin Leverett?

Leverett examinó la figura alta, delgada, sonriente, que estaba de pie en el umbral de su estudio. El coche deportivo en el que había llegado era negro, y parecía caro. Lo mismo que el jersey de cuello vuelto y el pantalón de piel que vestía, y la elegante cartera que llevaba. El negro le hacía la cara delgada, y mortalmente pálida. Leverett le calculó unos cuarenta años por la escasez de pelo. Unas gafas oscuras le ocultaban los ojos, y unos guantes negros las manos.

—Scotty Brandon me dijo dónde podía encontrarlo —dijo el desconocido.

—¿Scotty? —la voz de Leverett fue cauta.

—Sí; siento decirle que hemos perdido un amigo común. Había estado hablando con él poco antes... Pero veo por su expresión que Scotty no tuvo tiempo de escribirle. Soy Dana Allard —añadió con embarazo.

—¿Allard?

Su visitante pareció confuso: «Sí; H. Kenneth Allard era mi tío».

—No sabía que Allard hubiera dejado familia —murmuró Leverett estrechando la mano que le tendía el otro. Nunca había conocido al escritor en persona, pero tenía un gran parecido con los pocos retratos que había visto. Y recordaba que Scotty había estado pagando a alguien los derechos de autor.

—Mi padre era hermanastro de Kent. Él adoptó el apellido de mi padre, aunque no hubo matrimonio; no sé si me comprende.

—Por supuesto —Leverett se sintió avergonzado—. Por favor, siéntese donde pueda. ¿Y qué le trae por aquí?

Dana Allard dio una palmadita a su cartera: «Algo que he estado deliberando con Scotty. Hace poco descubrí un mazo de manuscritos inéditos de mi tío —abrió la cartera y tendió a Leverett un montón de hojas amarillentas—. Mi padre, como pariente más próximo, se hizo cargo de los efectos personales de Kent que se habían quedado en el hospital; los subió al ático y se olvidó de ellos. Scotty se entusiasmó cuando le hablé de mi descubrimiento.

Leverett examinaba el manuscrito, página tras página de letra apretada, con revisiones superpuestas en todas partes que lo convertían en un rompecabezas indescifrable. Había visto fotografías de manuscritos de Allard. No había duda de que era suyo.

Y la prosa. Leverett leyó absorto unos cuantos pasajes. Era auténtica... y brillante.

—Parece que el cerebro de mi tío fue adquiriendo un sesgo especialmente morboso a medida que avanzaba su enfermedad —aventuró Dana—. Admiro profundamente su obra; pero encuentro estas pocas páginas... bueno, un poco demasiado horribles. Sobre todo su traducción del mítico *Libro de los Ancianos*.

El texto absorbió por completo a Leverett. Apenas tenía conciencia de la



presencia de su invitado mientras recorría con los ojos las hojas quebradizas: en ellas describía Allard una construcción megalítica que su infortunado narrador había descubierto en las criptas de un antiguo cementerio. Había referencias a «viejos glifos» parecidos a sus estructuras en celosía.

—Mire esto —señaló Dana—. Estas invocaciones que consigna aquí, sacadas del libro prohibido de Alorri-Zrokro: «Yogth-Yugth-Sut-Hyrath-Yogng»; diablos, soy incapaz de pronunciarlas. Y hay páginas enteras así.

—¡Es increíble! —exclamó Leverett. Trató de articular los extraños vocablos. Podía hacerse. Incluso percibía un ritmo en ellos.

—Bueno, me alegro de su aprobación. Temía que estos últimos relatos y fragmentos fueran demasiado disparatados para los admiradores de Kent.

—Entonces ¿los va a publicar?

Dana asintió.

—Los iba a publicar Scotty. Espero que no sean lo que buscaban esos ladrones: un coleccionista pagaría una fortuna. Pero Scotty dijo que guardaría el secreto hasta que todo estuviese listo para su anuncio oficial —había compunción en su rostro delgado—. Así que voy a publicarlo yo; en una edición de lujo. Y quiero que los ilustre usted.

—Me sentiría muy honrado —confesó Leverett, incapaz de creerlo.

—Me gustan de veras esos dibujos que ha hecho para la trilogía. Me encantaría ver más dibujos de esos... Los que usted quiera hacer. No escatimaré gastos en esta edición. Y esos armazones de palos...

—¿Sí?

—Scotty me contó su historia. ¡Fascinante! Y que tiene un cuaderno entero de dibujos así. ¿Podría verlo?

Leverett corrió a sacar el cuaderno de detrás del fichero, y volvió a absorberse en el manuscrito.

Dana hojeó el cuaderno con admiración.

—Estos trazos esquemáticos son realmente asombrosos... Y en el manuscrito hay referencias a cosas así, lo que los hace aún más fantásticos. ¿Podría reproducirlos todos para el libro?

—Todos los que recuerde —le aseguró Leverett—; y tengo buena memoria. Pero ¿no recargarán el libro demasiado?

—¡De ninguna manera! Encajan perfectamente. Y son de lo más singular. Sí; incluya todos los dibujos de este cuaderno. Lo voy a titular *Los moradores de la tierra*, por el relato más largo. Lo he enviado ya a la imprenta; así que empezaremos en cuanto usted tenga preparada la parte artística. Se que pondrá todo su empeño.

## VII

Flotaba en el espacio. Veía pasar objetos: estrellas, pensó al principio. Y los objetos desfilaban cada vez más cerca de él.

Palos. Celosías de palos con todas las figuras posibles. Poco después flotaba entre ellos, y descubrió que no eran palos. Estas celosías estaban hechas con una sustancia de una palidez espectral, como hebras de luz estelar congelada. Le recordaban los glifos de algún alfabeto extramundano: símbolos complejos, enigmáticos, ordenados para designar... ¿qué? Y guardaban una disposición, un orden tridimensional. Era un laberinto de complejidad absolutamente desconcertante...

A continuación, sin saber cómo, se hallaba en un túnel. En un túnel angosto, forrado de piedra, por el que tenía que avanzar arrastrándose boca abajo. Las piedras húmedas, cubiertas de limo, ceñían su cuerpo contorsionante y reproducían susurros estridentes de claustrofóbico horror.

Y después de arrastrarse indefinidamente por ésta y otras madrigueras empedradas, y a veces por pasadizos con ángulos que le hacía daño a la vista, llegó a una cámara subterránea. Grandes losas de granito de una docena de pies de lado formaban las paredes y el techo de esta cámara enterrada; entre ellas había más madrigueras que perforaban la tierra. Una gigantesca losa de gneis, a manera de altar, ocupaba el centro de la estancia. Un manantial brotaba oscuramente entre los pilares que sostenían esta tabla de piedra; paralela a sus bordes exteriores de ésta corría una acanaladura repugnantemente manchada de una sustancia que había formado un cuajarón en el cuenco de piedra que había bajo el agujero de desagüe.

De las madrigueras oscuras que rodeaban la cámara empezaron a salir una serie de figuras encorvadas, apenas discernibles, de aspecto vagamente humano. Uno de estos personajes, envuelto en una capa andrajosa, avanzó hacia él desde las sombras; alargó una mano ganchuda, lo agarró de la muñeca y lo llevó a la mesa sacrificial. Él se dejó conducir sin resistencia, consciente de que se esperaba algo de él.

Llegaron al altar, y al resplandor de las celosías cuneiformes cinceladas en la losa de gneis pudo ver el rostro de su guía: un rostro de cadáver putrefacto, con el hueso frontal hendido de manera que le manaba una sustancia hedionda...

Leverett se despertó al eco de sus propios gritos...

Había estado trabajando demasiado, se dijo, tambaleándose en la oscuridad, mientras se vestía, porque se sentía demasiado nervioso para intentar volver a conciliar el sueño. Estaba teniendo pesadillas noche tras noche. No era extraño este agotamiento.

Pero en el estudio le aguardaba el trabajo. Tenía terminados casi cincuenta dibujos, y planeaba realizar otra veintena. No eran extraños estos sueños tenebrosos.

El ritmo era agotador; pero Dana Allard estaba entusiasmado con el trabajo ya realizado. Y *Moradores de la tierra* estaba esperando. A pesar de los problemas que había habido en la composición, y las dificultades en conseguir el papel especial que

Dana quería, el libro ya sólo esperaba por él.

Así que, aunque le dolían los huesos de cansancio, Leverett trabajaba sin descanso hasta que se hacía de noche. Había detalles de las pesadillas que valía la pena incluir...

## VIII

Había salido el último dibujo hacia el domicilio de Dana Allard, en Petersham, y Leverett, quince libras más delgado y completamente exhausto, convirtió el cheque de adelanto en una caja de buen Whisky.

En cuanto tuvo las planchas de los dibujos, Dana mandó poner en marcha las prensas de offset. Y a pesar de tenerlo todo meticulosamente planificado, las prensas se habían averiado; un impresor había renunciado a terminar el trabajo sin dar explicaciones; el nuevo impresor había sufrido un grave accidente... y los problemas se volvían interminables, y cada retraso ponía furioso a Dana. La edición, sin embargo, seguía adelante contra viento y marea. Leverett le comentó en una carta que el libro estaba maldito; pero Dana le contestó que estaría listo en el espacio de una semana. Leverett se entretenía en su estudio construyendo celosías con palos y tratando de recuperar el sueño. Estaba esperando un ejemplar del libro cuando recibió una carta de Stefroi:

*He intentado contactar con Vd. por teléfono estos últimos días, pero no contesta nadie en su casa. El tiempo apremia ahora, así que debo ser breve. He descubierto un emplazamiento megalítico insospechado de enorme importancia. Se halla en el terreno de una prominente familia de Massachusetts, y como no puedo obtener autorización para visitarlo, prefiero no decir dónde está. He ido a explorarlo en secreto (clandestinamente) de noche, y casi me sorprenden. Encontré una referencia a él en una colección de cartas y doc. del s. XVII en la biblioteca de una Facultad de Teología. El autor acusa a la familia de ser una camada de hechiceros y brujas, alude a actividades alquímicas y otras menos confesables; y describe cámaras subterráneas de piedra, artefactos megalíticos, etc. construidos para «usos inmundos y prácticas diabólicas». He echado una ojeada superficial, y su descripción no me parece exagerada. K Colin, registrando el bosque para*

*localizar el emplazamiento, ¡he topado con docenas de misteriosos artilugios de palos como los suyos! Me he traído una pequeña «celosía» y la tengo aquí para enseñársela. Es de construcción reciente, y exacta a sus dibujos. Con suerte, conseguiré permiso y averiguaré su significado —porque sin duda lo tienen—; aunque esos cultistas suelen ser gente reacia a compartir sus secretos. Les explicaré que mi interés es meramente científico, que de ningún modo se arriesgan a ser objeto de burla. Veremos qué dicen. Sea como sea, echaré una ojeada más a fondo. ¡Ahora mismo salgo para allá!*

*Le saluda atentamente,*

*Alexander Stefroi*

Leverett arqueó sus pobladas cejas. Allard, en sus relatos, hacía alusión a ciertos ritos oscuros en los que figuraban celosías de palos. Pero de eso hacía treinta años, y Leverett pensaba que sin duda el escritor tropezó con un emplazamiento como el del Arroyo de Mann. En cambio Stefroi hablaba de algo actual.

Tenía la esperanza de que al final no fuera otra cosa que una broma inocua.

Aún tenía pesadillas... ahora familiares; aunque sus escenarios y sus fantasmas sólo los visitaba en sueños. Familiares; pero el terror que le inspiraban seguía siendo igual de intenso.

Caminaba por el bosque; por una región de colinas bastante cercana al parecer. Una enorme losa de granito había sido desplazada de su sitio, y había dejado al descubierto una profunda oquedad. Se metió por ella sin vacilar. Reconoció los peldaños desgastados que conducían abajo. Llegó a una cámara subterránea empedrada de la que salían numerosas galerías. Sabía por cuál tenía que meterse.

Y otra vez llegó a la estancia subterránea del altar sacrificial con el manantial debajo y el círculo de figuras oscuras. Un grupo se apiñaba alrededor de la mesa de piedra; y al acercarse, vio que sujetaban a un hombre que se debatía frenéticamente.

Era un individuo robusto, con el pelo blanco desordenado; tenía la carne desgarrada y sucia. Una expresión de reconocimiento pareció asomar a su semblante contraído, y Leverett se preguntó si conocía a este hombre. Pero ahora el cadáver de la hendidura en el cráneo empezó a susurrarle al oído. Trató de no pensar en las cosas inmundas que asomaban por esa herida: así que cogió el cuchillo de bronce que le presentaba la mano esquelética, y lo levantó en el aire. Y como no podía gritar y despertar, hizo lo que acababa de susurrarle el harapiento sacerdote...

Y cuando, tras un intervalo de impía locura, despertó al fin, descubrió que la pegajosidad que le cubría no era sudor frío, ni era una pesadilla el corazón semidevorado que tenía en la mano.

## IX

De alguna manera, Leverett encontró cordura suficiente para deshacerse del trozo de carne despedazado. Toda la mañana estuvo debajo de la ducha frotándose la piel. Deseaba poder vomitar.

Por la radio dieron una noticia: habían encontrado el cuerpo del doctor Alexander Stefroi, el conocido arqueólogo, aplastado debajo de una losa de granito cerca de Whately. La versión de la policía era que la gigantesca losa había caído a causa de la excavación que el científico estaba realizando en su base. Su identificación fue posible gracias a sus efectos personales.

Cuando las manos dejaron de temblarle lo suficiente para poder conducir, Leverett se dirigió a toda velocidad a Petersham, y llegó a la vieja casa de piedra de Dana Allard anochecido. Allard tardó en responder a sus frenéticas llamadas a la puerta.

—¡Hombre, buenas noches, Colin! ¡Qué coincidencia que haya venido en este momento! Los libros están ya listos. Acaban de llegar de la encuadernación.

Leverett entró en tromba:

—¡Tenemos que destruirlos! —dijo con brusquedad. No había parado de pensar desde que se había levantado.

—¿Destruirlos?

—Hay algo que ninguno de los dos podíamos imaginar siquiera: esas celosías... Hay un culto, un culto impío, y las celosías tienen un significado en su rito. Stefroi dijo una vez que podían ser una especie de glifos, no sé cuales. Pero ese culto aún subsiste: asesinaron a Scotty... ¡y han asesinado a Stefroi! Ahora van detrás de mí; no sé qué pretenden. ¡Y le matarán a usted por divulgar ese libro!

Dana arrugó el ceño con preocupación; pero Leverett notó que sus palabras no causaban el efecto que él había esperado.

—Colin; eso suena a disparate. Creo que ha estado trabajando demasiado. Venga; voy a enseñarle los libros. Están abajo en el sótano.

Leverett dejó atrás a su anfitrión y echó a correr escaleras abajo. Era un sótano bastante amplio, pavimentado con losas de piedra, y seco. Una montaña de cajas de cartón les aguardaban.

—Los han bajado aquí para no dañar el piso —explicó Dana—. Mañana vienen los distribuidores. Veamos, le voy a firmar su ejemplar.

Leverett abrió atribuladamente un ejemplar de *Moradores de la Tierra*. Contempló sus dibujos, amorosamente reproducidos, de seres putrefactos, cámaras subterráneas, altares manchados... y celosías por todas partes. Se estremeció.

—Tome —Dana Allard tendió a Leverett el libro que acababa de firmar—. Y para contestar a su pregunta, le diré que efectivamente son glifos antiguos.

Pero Leverett se había quedado mirando la dedicatoria con su letra inequívoca: «Para Colin Leverett, sin cuya colaboración no habría podido completarse la obra, H.

Kenneth Allard».

¡Estaba hablando con Allard! Leverett observó zonas de su cara en las que el maquillaje de color carne, apresuradamente aplicado, no lograba ocultar lo que había debajo. «Símbolos glíficos de dimensiones extramundanas, inexplicables para la mente del hombre, pero elementos esenciales de una invocación tan inconcebiblemente inmensa que el “pentagrama” (si usted quiere) se despliega en una extensión de millas. Probamos una vez; pero sus armas de hierro destruyeron parte del cerebro de Althol, y éste fracasó en el último instante... casi aniquiló a todos. Althol ha estado formulando esa invocación desde que huyó del avance del hierro, durante los cuatro pasados milenios.

»Y entonces reaparece usted, Colin Leverett; usted, con sus conocimientos artísticos y sus bocetos de los símbolos de Althol. Ahora, un millar de nuevas mentes leerán la invocación que usted nos ha devuelto, y se unirán a las nuestras cuando ocupemos los Lugares Ocultos. Entonces saldrán de la tierra los Antiguos Mayores; y nosotros, los muertos que les hemos servido sin desmayo, seremos señores de los vivos».

Leverett dio media vuelta para echar a correr; pero de las sombras del sótano surgió ahora una multitud, en tanto las gruesas losas de granito se levantaban dejando abiertos los túneles que ocultaban. Leverett empezó a gritar mientras Althol se acercaba para llevárselo lejos; pero no pudo despertar, sino tan sólo seguirle.

# **MATRICULADO EN PRIMERO**

**PHILIP JOSÉ FARMER**

**(The Freshman)**

El joven de pelo largo que iba delante de Desmond llevaba sandalias, unos vaqueros andrajosos y un niqui mugriento. En el bolsillo de atrás, embutido a medias, le asomaba un libro: *Relatos completos*, de Robert Blake. Al darse la vuelta, exhibió en el pecho dos grandes iniciales, M. U. En el delgado bigote a lo Fu Manchú se le habían quedado prendidas unas miguitas de pan.

Sus ojos amarillos —sin duda tenía ictericia— se abrieron aún más cuando vio a Desmond. Dijo: «Oye tío, esto no es un asilo de ancianos». Sonrió, mostrando unos caninos inusualmente largos; y a continuación se volvió hacia la mesa.

Desmond notó que se ponía colorado. Desde que se había puesto a la cola de la mesa con el cartel de Primer Curso se había percatado de las miradas de soslayo, las risitas disimuladas, los comentarios en voz baja. Destacaba entre estos jóvenes como un billar en un jardín de flores, o como un cadáver sobre la mesa de un banquete.

La fila avanzaba despacio. Los futuros estudiantes no paraban de hablar, aunque lo hacían en voz baja. Porque estos chicos eran bastante comedidos, salvo el espabilado que iba delante.

Quizá era que le oprimía el entorno. Hacía años que no habían pintado este gimnasio, construido a finales del siglo XIX. La pintura, en otro tiempo verde, se estaba descascarillando. Había ventanas rotas en lo alto de las paredes; una claraboya estaba cegada con tablas. El entarimado del piso se combaba y crujía, y los aros de baloncesto estaban herrumbrosos. Sin embargo, el M. U. había sido campeón de liga en todos los deportes durante muchos años. Si bien su matrícula era mucho menor que la de sus competidores, sus equipos conseguían alzarse con la victoria, a menudo con tanteos abultados.

Desmond se abrochó la chaqueta. Aunque era un día caluroso de otoño, el ambiente del edificio era frío. De no saber que no era posible, habría pensado que tenía detrás la pared de un iceberg. Arriba, las grandes luces pugnaban por vencer la oscuridad que bajaba como la parte inferior de una ballena muerta hundiéndose en las profundidades.

Se volvió. La muchacha que iba detrás le sonrió. Vestía un *dashiki* suelto cubierto de símbolos astrológicos; el pelo, negro, lo llevaba corto; tenía la cara pequeña y regular, aunque demasiado puntiaguda para que resultara bonita.

Entre toda esta juventud debía haber habido gente guapa. Había visitado suficientes universidades y tenía cierta idea del porcentaje de bellezas de una facultad. Pero aquí... Una chica de la fila de la derecha tenía una cara que habría podido hacerla candidata a modelo. Sin embargo, le faltaba algo.

No; había en ella algo más. Una calidad indefinible... ¿repugnante? No; había desaparecido. No: ahí estaba otra vez. Fluctuaba como un murciélago, irrumpiendo continuamente de la negrura a la claridad grisácea y al revés.

El muchacho de delante se volvió otra vez. Sonrió como el zorro que acaba de ver una gallina.

—Un bombón, ¿eh, tío? Le gustan los mayores. A lo mejor os entendéis y podéis



hacer buen dúo.

Alrededor de él flotaba un olor a ropa sucia y a cuerpo sin lavar como una nube de moscas alrededor de una rata muerta.

—No me interesan las chicas con complejo de Edipo —dijo fríamente Desmond.

—A tu edad no se puede ser exigente —dijo el joven; y le volvió la espalda.

Desmond se congestionó; imaginó brevemente que le daba un puñetazo y lo dejaba tendido. No le alivió mucho.

La fila avanzó otra vez. Miró el reloj. Dentro de media hora tenía previsto llamar a su madre. Debía haber llegado antes. Pero había seguido en la cama mientras el despertador gastaba toda la alarma y volvía a su tictac como si no le importara. Y no le importaba, por supuesto; aunque pensaba que sus objetos personales deberían tomarse algún interés por él. Era una idea irracional; ¿acaso estaría aquí si creyese en la superioridad de lo racional? ¿Estaría alguno de estos estudiantes?

La fila avanzaba a tirones como un ciempiés que se para de vez en cuando para asegurarse de que nadie le ha robado una pata. Cuando pasaban diez minutos de la hora en que debía hacer la llamada, llegó al primer puesto. Al otro lado de la mesa de admisiones había un hombre bastante más viejo que él. Su cara era un amasijo de arrugas, una bulto gris rayado con las uñas y amasado en forma de cara humana. La nariz era un pico de jibia pegado a la pella. Pero los ojos, debajo de unas cejas blancas y caóticas, se veían vivos como dos agujeros en la carne manando sangre.

La mano que cogió los papeles de Desmond y grapó las fichas no era de viejo: era grande, hinchada, con la piel suave. Tenía las uñas sucias.

—Roderick Desmond, supongo.

La voz era áspera; de ningún modo una voz temblona y cascada de viejo.

—¡Ah!, ¿me conoce?

—Sí, claro. He leído algunas de sus novelas sobre lo oculto. Y hace diez años rechacé su solicitud de xerografiar ciertas partes *del libro*.

En la tarjeta de identificación que llevaba prendida en su gastada chaqueta de *tweed* ponía: R. Layamon. DIDEHAO. Así que era el Director del Departamento de Historia y Artes Ocultas.

—Su trabajo sobre el origen no-árabe del nombre de Alhazred es una brillante contribución a la investigación lingüística. Yo sabía que no era árabe ni semítico; pero confieso que ignoraba el siglo en que el término se desgajó de la lengua árabe. Su exposición de cómo sólo tiene conexión con el yemení y cómo etimológicamente no significaba *loco* sino *el-que-ve-lo-que-no-debe-verse* fue totalmente correcta —calló; a continuación, sonriendo, añadió—: ¿Se quejó su madre cuando tuvo que acompañarlo al Yemen?

—Nadie la obligaba —replicó Desmond. Aspiró profundamente y dijo—: Pero ¿cómo sabe que...?

—He leído algunas reseñas biográficas sobre usted.

Layamon ahogó una risita. Sonó como si rascase sobre un tonel con las uñas:

—Su trabajo sobre Alhazred, y los conocimientos que revela en sus novelas, son la principal razón de que haya sido admitida su solicitud en este Departamento a pesar de sus sesenta años.

Firmó los impresos y devolvió la ficha a Desmond.

—Presente esto en la ventanilla de caja. Ah, sí; su familia es excepcionalmente longeva, ¿verdad? Su padre murió de accidente, pero el de él vivió hasta los ciento dos años. Y su madre tiene ochenta, pero cumplirá los cien. En cuanto a usted, puede llegar a cumplir cuarenta más, y lo sabe.

Desmond se sintió molesto, pero no hasta el extremo de atreverse a manifestarlo. La atmósfera gris se volvió negra, y el rostro del anciano brilló en ella. Flotó hacia él; se expandió, y de pronto Desmond estaba dentro de las arrugas grises. No era un sitio agradable.

Unas figuras diminutas danzaron sobre un horizonte vagamente nimbado, se desvanecieron a continuación, y Desmond sintió que caía a través de una neblina aullante. El aire se volvió nuevamente gris. Y se dio cuenta de que estaba inclinado hacia delante, agarrado al borde de la mesa.

—Señor Desmond, ¿sufre usted desmayos a menudo?

Desmond aflojó las manos y se enderezó:

—Demasiada excitación, supongo. No; no había sufrido un desmayo, ni ahora ni nunca.

El anciano rió.

—Sí; debe de ser efecto de una tensión emocional. Tal vez encuentre aquí el medio de aliviar ese estrés.

Desmond dio media vuelta y se fue. Hasta que salió del edificio, sólo fue viendo figuras y signos borrosos. Este anciano hechicero... ¿cómo sabía cuáles eran sus pensamientos? ¿Simplemente porque había leído las reseñas biográficas, había indagado, y luego había completado su retrato por deducción? ¿O se trataba de algo más?

El sol se había ocultado tras unas nubes perezosas. Más allá del campus universitario, más allá de los árboles que ocultaban las casas de la ciudad, estaban los montes Tamsiqueg. Según los indios hace tiempo extinguidos de los que recibieron el nombre, antiguamente fueron gigantes malvados que habían librado una batalla con el héroe Mikatoonis y su amigo Chegaspát, hacedor de magia. Chegaspát había muerto en el combate, pero Mikatoonis había convertido en piedra a los gigantes con una varita mágica.

Pero siglos más tarde Didehao, el gigante jefe, consiguió librarse del encantamiento. Un mago lo dejaba en libertad de tiempo en tiempo. Entonces Didehao podía andar por ahí, antes de volver a su sueño de roca. En 1724, tras una noche de tormenta, amanecieron aplastados una casa y multitud de árboles del límite de la ciudad como si los hubieran pisado unos pies colosales. Los árboles tronchados formaban un rastro que conducía al monte de extraña silueta conocido como Didehao.

No había nada en estas historias que no pudiera explicarse por la inclinación de los indios, y los blancos supersticiosos del siglo XVII, a transformar en leyenda cualquier fenómeno natural. Pero ¿no era una asombrosa coincidencia que el anagrama utilizado por Layamon como director de su departamento fuera exactamente el nombre del gigante?

De repente tuvo conciencia de que se dirigía hacia una cabina de teléfonos. Se miró el reloj y sintió pánico. El teléfono estaría sonando en su dormitorio. Sería mejor llamarla desde la cabina y ganar los tres minutos que tardaría en llegar allí.

Se detuvo. No; si llamaba desde la cabina, se encontraría con la línea ocupada.

«Puede llegar a cumplir cuarenta años más, y lo sabe», había dicho el Director.

Desmond se volvió. Un joven enormemente corpulento le obstruyó el paso. Era una cabeza más alto que él, con seis pies de estatura, y tan gordo que parecía una versión en pequeño del globo de Santa Klaus en el desfile de Navidad de Macy. Vestía una sudadera sucia sobre la que figuraban las omnipresentes M.U., pantalones arrugados, y unas destrozadas zapatillas de tenis. Entre los dedos, del tamaño de plátanos, llevaba un emparedado de salami que Gargantúa no habría encontrado excesivamente pequeño.

Al verlo, Desmond se dio cuenta de repente de que la mayoría de los estudiantes aquí eran demasiado gordos o demasiado delgados.

—¿El señor Desmond?

—Sí.

Se dieron la mano. El individuo tenía la piel húmeda y fría; pero su mano apretó con fuerza.

—Me llamo Wendell Trepan. Dados sus conocimientos, habrá oído hablar de mis antepasados. El más famoso, o más infame, fue la bruja de Cornualles, Rachel Trepan.

—Sí. Rachel, de la aldea de Tredannick Wollas; cercana a la bahía de Poldhu.

—Sabía que habría oído hablar de ella. Sigo los pasos de mis mayores, aunque más precavidamente como es natural. En fin, soy alumno de último año, y presidente del comité de actividades de la hermandad Lam Kha Alif.

Calló para darle un mordisco al emparedado. Con la mahonesa, el salami y el queso rezumándole en la boca, dijo:

—Está usted invitado a la reunión que vamos a celebrar esta tarde en la sede.

Se metió la otra mano en el bolsillo y sacó una tarjeta. Desmond le echó una breve ojeada.

—¿Quiere que sea miembro de su club? Soy demasiado viejo para esas cosas. Me sentiría fuera de lugar...

—Tonterías, señor Desmond. Somos un grupo bastante serio. En realidad, ninguna de las hermandades de aquí son como las de las demás universidades. Debería saberlo. Creemos que usted puede aportar estabilidad y prestigio; hay que reconocerlo. Es usted bastante conocido, y lo sabe. A propósito, Layamon es

miembro de la Lam Kha Alif. Y tiende a favorecer a los estudiantes que pertenecen a la hermandad. Él lo negará, por supuesto; y yo también si lo repite usted por ahí. Pero es verdad.

—Bueno, no sé. Supongamos que me afilio; es decir, en caso de que se me invitase; ¿tendría que vivir en la residencia del club?

—Sí. No hacemos excepciones. Naturalmente, eso es sólo durante el periodo de noviciado. En cuanto sea miembro de pleno derecho podrá vivir donde quiera. —Trepan sonrió, enseñando el bocado de emparedado sin tragar—. No está casado, así que no tendrá problemas.

—¿Eso qué quiere decir?

—Nada, señor Desmond. Sólo que nosotros no admitimos hombres casados a menos que no convivan con su mujer. Por supuesto, no exigimos que tenga que ser soltero. Además, organizamos unas fiestas espléndidas. Una vez al mes celebramos una buena kermés en un bosquecillo al pie del Didehao. La mayoría de las mujeres invitadas pertenecen a la hermandad femenina de Ba Ghay Sin. Algunas sienten debilidad por el tipo de hombre mayor, ya me entiende.

Trepan dio un paso para acercar su cara directamente sobre la de Desmond:

—Allí no nos dedicamos sólo a la cerveza, la marihuana, el hachís y las hermanas. Tenemos otras diversiones. Están los hermanos, si uno tiene esa inclinación. Y la comida se confecciona con una receta del propio marqués Manuel de Dembron. Aunque la mayor parte es cabrito. ¡Y tenemos una cabra también!

—¿Una cabra? ¿Una cabra *negra*?

Trepan asintió; le tembló la triple papada:

—Sí. El viejo Layamon estará allí para supervisar; aunque oculto detrás de una máscara, naturalmente. Con él como supervisor, no pasará nada. Aunque en la última víspera de Todos los Santos... —Calló. Y dijo a continuación—: Bueno, fue algo digno de ver.

Desmond se humedeció los labios. El corazón le palpitaba como un tamtam en el ritual del que sólo tenía noticia por cosas que había leído, pero que había imaginado multitud de veces.

Se guardó la tarjeta en el bolsillo:

—¿A la una?

—¿Va a venir? ¡Bien! Hasta luego, señor Desmond. No lo lamentaré.

Desmond siguió andando; pasó los edificios universitarios que formaban la plaza rectangular, el más imponente de los cuales era el museo. Era el más viejo del recinto, la universidad original. El tiempo había desgastado y mellado el ladrillo y la piedra de los otros; en cambio el museo parecía absorber el tiempo e irradiarlo como absorben el cemento y la piedra y el ladrillo el calor del sol y luego lo irradian en las horas de oscuridad. También, mientras las plantas trepadoras cubrían los otros edificios, el museo se conservaba desnudo de toda vida vegetal. La parra virgen que había intentado agarrarse a sus piedras de color gris hueso se había marchitado y

había caído.

La casa donde se alojaba Layamon era de piedra roja, estrecha, con tres plantas y dos hastiales puntiagudos. Estaba tan espesamente cubierta de parra virgen que parecía asombroso que su peso no la derrumbara; el color de las hojas era sutilmente diferente de las parras de los demás edificios: vistas desde un ángulo parecían cianóticas; vistas desde otro, eran del mismo verde que los ojos de cierta serpiente de Sumatra que Desmond había visto en las láminas de un manual de herpentología.

Ése era el reptil venenoso que utilizaban los hechiceros de las tribus yan para transmitir mensajes y a veces para matar. El autor del libro no explicaba qué entendía por «mensajes». Desmond había descubierto su significado en otro libro que le había exigido aprender malayo, en grafía árabe, para poder leerlo.

Se dirigió apresuradamente a la casa (que no era de las que un turista se pararía a contemplar) y llegó a la parte de los dormitorios. Había sido construido en 1888 en el solar de otro edificio, y remodelado en 1938. Su pintura gris estaba desconchada. Tenía varias ventanas con cristales rotos, sustituidos por cartones. El entarimado del pórtico tenía las tablas curvadas y crujían al pisarlas. La puerta principal era de roble, y su pintura había desaparecido hacía tiempo. Una cabeza de gato, en bronce, con un pesado aro colgándole de la boca, hacía de aldaba.

Cruzó el salón principal sobre una alfombra gastada, y subió al primer rellano donde alguien había escrito hacía mucho tiempo YOG-SOTHOTH CHUPA. Se habían hecho muchos intentos de lavar esas palabras ofensivas, pero era evidente que sólo la pintura podía borrarlas. Un joven miembro le había contado que nadie sabía quién lo había escrito, pero que a la noche siguiente habían encontrado muerto a un nuevo estudiante, colgado de un gancho en un aseo.

—El pobre se había mutilado atrocemente antes de suicidarse —había comentado el joven—. Yo no estaba aquí entonces, pero por lo visto fue atroz. Lo hizo con una navaja barbera y un hierro al rojo. Había sangre por todas partes; el pito y los huevos estaban sobre la mesa, colocados en forma de T; ya conoce el símbolo; y había arañado la pared de yeso dejando una gran huella ensangrentada. No parecía obra de una mano humana.

—Me sorprende que viviera lo bastante para poder ahorcarse —había dicho Desmond—. Con esa pérdida de sangre.

El joven había proferido una risotada:

—¡Es un chiste, claro!

Desmond tardó unos segundos en comprender. Entonces palideció. Pero se preguntó si el joven no le estaría gastando una novatada. De todos modos no pensaba preguntarle a nadie sobre el particular. Si le había estado tomando el pelo, no iba a dejar que lo hicieran por segunda vez.

Oyó sonar el teléfono en el fondo del largo pasillo. Suspiró, y se dirigió hacia allí, pasando ante una serie de puertas cerradas. A través de una de ellas le llegó una débil risita. Entró en su dormitorio y cerró detrás. Durante largo rato se quedó mirando el

teléfono mientras sonaba y sonaba; le recordaba, no sabía por qué, el poema del vagabundo australiano que quiso darse un baño en un charco. El bunyip (esa criatura misteriosa y siniestra del folclore de los antípodas, moradora del agua) se hizo con el vagabundo calladamente y sin alboroto. El hervidor que había puesto al fuego silbaba y silbaba sin que nadie le hiciera caso.

Y el teléfono sonaba y sonaba.

Al otro extremo del hilo estaba el bunyip.

De repente, como un rubor, le invadió un sentimiento de culpa.

Cruzó la habitación al tiempo que percibía algo por el rabillo del ojo, como una bestezuela pequeña, oscura y veloz que se zambullía debajo de la cama hundida y con olor a moho. Se detuvo ante la mesita, alargó la mano hacia el receptor, lo tocó, notó sus fríos latidos. Retiró la mano con un movimiento instintivo. Era una estupidez, pero le pareció que, al otro lado del hilo, ella había notado este tacto y sabía que él estaba allí.

Con un gruñido, dio media vuelta y volvió a cruzar la habitación. Observó que el agujero del rodapié estaba otra vez abierto. La botella de Coca-Cola que le había embutido con el cuello hacia dentro estaba quitada. La metió otra vez y la encajó.

Llegó al pie de la escalera mientras seguía oyendo el teléfono. Pero no estaba seguro de que no sonara sólo en su cabeza.

Después de pagar la matrícula y comer en la cafetería —la comida era mejor de lo que había esperado—, se dirigió al edificio ROTC. Se hallaba en mejor estado que los otros, probablemente porque dependía del Ejército. Con todo, no estaba para una inspección. ¿Y qué significaban esos cañones sobre cureñas de la parte de atrás? ¿Acaso los estudiantes debían adiestrarse con armamento de la Guerra hispanoamericana? ¿Y desde cuándo le salía verdín al acero?

El oficial que estaba al cargo se quedó sorprendido cuando Desmond le pidió los uniformes y los libros de texto.

—No sé. ¿No se ha enterado de que no se exige ya vestir uniforme a los de primero y segundo?

Desmond insistió en que quería alistarse. El oficial se rascó su mejilla sin afeitarse y exhaló el humo de un cigarro Tijuana Gold.

—Hum. Veamos.

Consultó un libro de cantos mordisqueados por los ratones.

—Está bien. En el reglamento no se dice nada de la edad. Desde luego, faltan páginas. Seguramente un descuido. No hemos tenido ningún aspirante de su edad. Pero bueno, si el reglamento no dice nada sobre el particular... ¡qué diablos! No habrá inconveniente; nuestros muchachos no tienen que practicar carreras de obstáculos ni nada parecido. ¡Pero, caramba, tiene sesenta años! ¿Por qué quiere alistarse?

Desmond no le contó que se había librado del alistamiento en la Segunda Guerra Mundial porque tenía que mantener a su madre enferma. Desde entonces se había

sentido culpable; pero al menos aquí podría ofrecer su pequeño esfuerzo —por diminuto que fuera— a su país.

El oficial se levantó, aunque no de manera coordinada.

—Muy bien. Veré que se le admita. Pero debo advertirle sinceramente que estos cabrones gastan unas novatadas de lo más inesperadas. Tendría que ver lo que disparan con sus cañones.

Quince minutos después, Desmond se fue con una pila de uniformes y manuales debajo del brazo. Dado que no quería volver a casa con ellos, los depositó en la biblioteca de la universidad. La chica los puso en un estante al lado de otras pertenencias, algunas inidentificables para un profano. Una de ellas era una cajita envuelta en un paño negro.

Desmond se dirigió a la zona de las residencias de los clubes de estudiantes. Todas tenían nombre árabe salvo la Casa de Hastur. Todas se hallaban en el mismo estado de decrepitud y abandono que los edificios de la Universidad. Desmond se adentró por el paseo de cemento, de cuyas grietas brotaban raquíuticos dientes de león y otras matas. A su izquierda se inclinaba un grueso poste de quince pies de alto. Las cabezas y símbolos tallados en él habían dado lugar a que la gente de la ciudad se refiriese a él como el tótem. No lo era, naturalmente, puesto que la tribu a la que había pertenecido no eran indios de la costa noroeste ni de Alaska. Éste y un compañero del museo de la universidad eran los últimos supervivientes de los centenares que en otro tiempo habían jalonado la región.

Desmond, al pasar, le puso la yema del pulgar debajo de la nariz y la del dedo índice en el centro de la frente, y murmuró la antigua frase de homenaje: «*Shesh-cotoaahd-ting-ononwa-senk*». Según varios textos que había leído, era lo que se exigía a todo tamsiqueg que pasaba por delante en esta fase de la luna. La jaculatoria era incomprensible incluso para ellos, dado que procedía de otra tribu, o quizá de algún antiguo estadio del lenguaje. Pero indicaba respeto; y la falta de él acarrearía alguna desgracia casi con seguridad.

Se sintió un poco ridículo, pero no había nada malo en hacerlo.

Los escalones de madera sin pintar crujieron bajo sus pies cuando subía. El porche era enorme. La tela metálica de la puerta mosquitera estaba herrumbrosa e inservible debido a los numerosos agujeros que tenía. La puerta principal estaba abierta; de ella salían ráfagas de música rock, fuertes voces de conversaciones de mucha gente, y un olor acre a marihuana.

Decidió dar media vuelta. Soportaba mal estar entre la multitud, y la conciencia de su edad le hacía sentirse embarazosamente llamativo. Pero la voluminosa figura de Wendell Trepan estaba en el umbral, y lo atrapó con su manaza.

—¡Adelante! —rugió Trepan—. Voy a presentarle a los compañeros.

Desmond se dejó arrastrar al interior de una gran sala atestada de jóvenes de

ambos sexos. Trepan se abría paso a empujones, deteniéndose de vez en cuando a darle una manotada en la espalda a alguien y gritar un saludo, y una vez a dar una palmadita en el culo a una joven bien formada. Por último llegaron a un rincón donde se encontraba sentado el profesor Layamon rodeado de gente que parecía más vieja que la mayoría de los asistentes. Desmond pensó que debían de ser graduados. Estrechó la mano hinchada del profesor y dijo:

—Encantado de saludarle otra vez —pero dudó que le oyera.

Layamon tiró de él para acercarlo, de manera que le pudiese oír, y dijo:

—¿Aún no se ha decidido?

No era desagradable el aliento del anciano, pero delataba que había estado bebiendo algo que Desmond no había olido nunca. Y sus ojos rojos parecían tener una luz, casi como si ardieran minúsculas velas dentro de los globos.

—¿Sobre qué? —replicó Desmond.

El anciano sonrió, y dijo:

—Usted lo sabe.

Le soltó la mano. Desmond se enderezó. Súbitamente, aunque en el salón hacía suficiente calor para sudar, sintió frío. ¿Qué insinuaba Layamon? No podía saber lo que pensaba. ¿O sí?

Trepan le presentó a los hombres y mujeres que había alrededor de la butaca del profesor Layamon, y después lo llevó entre la multitud. Siguieron otras presentaciones; la mayoría parecían miembros del Lam Kha Alif o del club femenino del otro lado de la calle. Al único que pudo identificar con seguridad como candidato a novicio era un negro, un gabonés. Cuando le dejaron dijo Trepan:

—Bukawai procede de una larga estirpe de médicos brujos. Va a ser un auténtico tesoro si acepta nuestra invitación; aunque la Casa de Hastur y la Kaf Dhal Waw están ansiosas por captarle. El Departamento anda un poco flojo en ciencia Centroafricana. Teníamos una gran profesora, Janice Momaya; pero desapareció hace diez años durante un sabbath en Sierra Leona. No me sorprendería que se le ofreciera a Bukawai una plaza de profesor auxiliar aunque sea prácticamente alumno de primero. La otra noche sin ir más lejos me enseñó parte de un ritual que no se lo creería si se lo contara. Yo... bueno, no vamos a entrar en eso ahora. En otra ocasión. De todos modos, siente el mayor respeto por Layamon; y desde que el viejo mostrenco está de director del Departamento, Bukawai es casi seguro que se unirá a nosotros.

De repente estiró los labios, apretó los dientes, su piel palideció debajo de la suciedad, y se agarró su enorme barriga.

Desmond preguntó: “¿Le ocurre algo?”.

Trepan meneó la cabeza, exhaló un profundo suspiro, y se enderezó.

—¡Caramba, qué dolor!

—¿Qué?

—No debía haberle llamado mostrenco. No creí que pudiera oírme; pero no



necesita del sonido para percibir. Diablos, no hay nadie en el mundo que sienta más respeto por él que yo. Pero a veces se me dispara la boca... Bueno, no volverá a suceder.

—¿Qué quiere decir? —dijo Desmond.

—Sí. ¿Quién lo iba a pensar? No importa. Venga conmigo donde podamos escuchar nuestros mutuos pensamientos.

Tiró de Desmond por una estancia más pequeña en la que había multitud de estanterías con novelas, libros de texto y algún que otro volumen encuadernado en piel.

—Tenemos una biblioteca buenísima aquí; la mejor de cuantas hay en las residencias. Es una de nuestras atracciones estelares. Pero ésta es de acceso libre.

Entraron por una puerta estrecha, pasaron a un pequeño vestíbulo, y se detuvieron mientras Trepan se sacaba una llave del bolsillo y abría otra puerta. Al otro lado había una escalera de caracol con los peldaños polvorientos. Una ventana, muy arriba, dejaba pasar una débil claridad a través de sus cristales sucios. Trepan encendió una luz de la pared, y subieron. Arriba del todo, en la tercera planta, Trepan abrió otra puerta con una llave diferente. Pasaron a una pequeña estancia cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías desde el suelo hasta el techo. Trepan encendió la luz. En un rincón había una mesa pequeña con una silla plegable. La mesa tenía una lámpara y un busto de piedra del Marqués de Dembron.

Trepan, jadeando de manera ruidosa tras la subida, dijo:

—Normalmente sólo se permite entrar aquí a los estudiantes de último año y a los graduados. Pero en su caso hago una excepción. Quería enseñarle una de las ventajas de pertenecer a la Lam Kha Alif. Ninguna otra residencia tiene una biblioteca como la nuestra.

Trepan le miró con los ojos entornados:

—Eche un ojo a los libros. Pero no los toque. Son... absorbentes; no sé si me entiende.

Desmond dio una vuelta mirando los títulos. Al terminar dijo:

—Estoy impresionado. Creía que algunos de éstos se encontraban sólo en la biblioteca de la Universidad. En seminarios reservados.

—Eso es lo que suele creer el público. Escuche: si se hace novicio tendrá acceso a todos estos libros. Pero no lo comente con los demás estudiantes. Se pondrían celosos.

Trepan, todavía con los ojos entornados, como sopesando hacer algo que quizá no debería, dijo:

—¿Le importa darse la vuelta y taparse los oídos con los dedos?

—¿Qué? —exclamó Desmond.

Trepan sonrió:

—Bueno, si firma usted con nosotros, le proporcionaré la pequeña receta para trabajar aquí. Pero hasta entonces preferiría que no la viese.

Desmond, sonriendo con embarazo, sin comprender la causa, y también excitado, se volvió de espaldas a Trepan y se metió los dedos en los oídos. Y mientras permanecía así en la habitación silenciosa —¿estaba insonorizada con algún aislamiento material, o inmaterial quizá?— contó los segundos: mil uno, mil dos...

Había transcurrido poco más de un minuto, cuando sintió la mano de Trepan en el hombro. Se volvió y se destapó los oídos. El joven corpulento le tendía un volumen alto pero delgado, encuadernado en una piel con multitud de pequeñas protuberancias. Desmond se sorprendió, ya que estaba seguro de que no lo había visto en las estanterías.

—He desactivado éste —dijo Trepan—. Tenga, cójalo —se miró el reloj—. Tiene diez minutos.

La tapa carecía de título. Y ahora que se fijaba y lo tocaba, no le parecía que fuera piel de animal.

Trepan dijo: «Es piel del viejo Atechironnon».

Desmond dijo: «¡Ah!», y tembló. Pero se recobró.

—Debió de estar cubierto de verrugas.

—Adelante, ábralo. Aunque es una pena que no pueda leerlo.

La primera página estaba amarillenta, lo que no era extraño, dado que el papel tenía cuatrocientos años. No se trataba de una impresión sino que estaba escrito a mano con una letra grande. Desmond leyó:

*Rito yamado Menor del Vrujo tamsiqueg Atechironum.*

*Copiado de los pitogramas de la Piel no quemada, por el Piadoso*

*Simon Conant, en el años de 1641, de su propia mano.*

*El que pronuncie estas palabras de figuras, escuche antes.*

Trepan dejó escapar una leve risa y dijo:

—La ortografía no era su fuerte, ¿eh?

—Simón, hermanastro de Roger Conant —dijo Desmond—. Fue el primer blanco en visitar a los tamsiqueg y no salir con un pulgar cortado y metido en el culo. Estuvo también con los colonizadores que atacaron a los tamsiqueg, aunque éstos no sabían con quién estaban sus simpatías. Huyó al desierto con Atechironnon malherido. Veinte años después apareció en Virginia con este libro.

Pasó despacio cinco páginas, fijando en su memoria fotográfica cada pictograma. Una de las Figuras le pareció sumamente desagradable.

—Layamon es el único capaz de leerlo —dijo Trepan.

Desmond no le dijo que conocía la gramática tamsiquega y que poseía un pequeño diccionario de esta lengua, escrito por William Cor Dunnes en 1624 y publicado en 1654. Contenía un glosario de pictogramas. Le había costado veinte años de investigación, y mil dólares que había pagado por una xerografía. Su madre le había armado un escándalo a causa de este despilfarro, pero por una vez se había

enfrentado a ella. Ni siquiera la universidad poseía un ejemplar.

Trepan se miró el reloj:

—¡Eh, queda un minuto! —Le cogió a Desmond el libro de las manos y dijo con aspereza—: ¡Dese la vuelta y tápese los oídos!

Trepan parecía presa de pánico. Se volvió Desmond y un minuto después Trepan le apartó uno de los dedos del oído.

—Lamento haber sido tan brusco, pero estaba empezando a perder efecto la suspensión. No sé qué podría ocurrir. Durante diez minutos, al menos, nunca ha pasado nada.

Desmond no había notado nada, pero quizá se debía a que Trepan, expuesto a los influjos otras veces, era más sensible en esto.

Trepan, visiblemente nervioso, dijo:

—Salgamos de aquí. Hay que enfriarse. —Mientras bajaban preguntó—: ¿Seguro que no es capaz de leerlo?

—¿Dónde habría podido aprender? —dijo Desmond

Se sumergieron en el mar de conversaciones y olores del salón. No estuvieron mucho tiempo, ya que Trepan quería enseñarle el resto de la casa, excepto el sótano.

—Podrá visitarlo esta misma semana. Ahora no sería aconsejable que bajara ahí.

Desmond no preguntó por qué.

Entraron en una pequeña habitación del segundo piso, y dijo Trepan:

—Normalmente no se permite que los novicios tengan habitación propia. Pero en su caso... Bien, ésta es suya, si acepta.

Esto agradó a Desmond. No habría querido compartir habitación con alguien cuyos hábitos podían chocar con los suyos y cuya conversación podía resultarle enojosa.

Bajaron a la planta baja. El gran salón no estaba ya tan concurrido. El viejo Layamon, que en ese momento se levantaba de su butaca, le hizo una seña. Desmond se acercó sin prisa. Por alguna razón, sabía que no iba a gustarle lo que Layamon iba a decirle. O quizá no estaba seguro de que le fuera a gustar.

—Trepan le ha enseñado algunos de los libros más apreciados de esta hermandad —dijo el presidente. No era una pregunta, sino una constatación—. Especialmente el de Conant.

Trepan dijo:

—¿Cómo lo...? —sonrió—: Lo ha captado.

—Naturalmente —dijo la voz cascada—. Bueno, Desmond; ¿no cree que es hora de contestar a ese teléfono?

Trepan se quedó desconcertado. Desmond sintió náuseas; y frío.

Layamon estaba ahora tan cerca de Desmond que casi se tocaban nariz con nariz; las múltiples arrugas de su piel color masa de pan sin cocer parecían jeroglíficos.

—Se ha decidido; pero usted mismo se impide saberlo —dijo—: Escuchar. Ése es el consejo de Conant, ¿verdad? Escuchar. Desde el momento mismo en que subió al

avión para Boston se comprometió. Podía haber dado media vuelta en el aeropuerto, pero no lo hizo. Aunque, imagino, su madre debió de armarle una escena allí. Pero no lo hizo. Así que es inútil seguir aplazándolo.

Dejó escapar una risita.

—El hecho de que me moleste en darle un consejo prueba que le tengo estima. Creo que llegará lejos y no tardará mucho. Si es capaz de eliminar ciertos defectos de carácter. Necesita fuerza, inteligencia, mucha autodisciplina y mucha dedicación para sacar un título aquí, Desmond.

»Son muchos los que se inscriben creyendo que van a recibir cursos acelerados. Adquirir poderes, familiarizarse con cosas que en realidad no están al alcance de la sociedad, por no hablar de otras cuestiones de más trascendencia, les parece tan sencillo como hacer rodar un tronco. Pero en seguida descubren que los niveles que exige el Departamento son más altos que, digamos, los del MIT en ingeniería. E infinitamente más peligrosos.

»Después está el aspecto moral. Nada más inscribirse aquí se pone de manifiesto. Y ¿cuántos tienen fuerza de voluntad suficiente para seguir? ¿Cuántos acaban concluyendo que han escogido un camino equivocado? Se van, ignorando que, salvo en poquísimos casos, es demasiado tarde para regresar al otro lado. Han decidido, se han puesto en pie, y se les ha tomado la palabra ya para siempre, por así decir.

Calló para encender un puro. El humo se enroscó alrededor de Desmond, que no captó el olor que esperaba: no era exactamente como aquel olor a murciélago muerto que en otro tiempo había percibido en un experimento.

—Cada hombre y cada mujer determina su propio destino. En fin, yo en su lugar me decidiría pronto. Tengo los ojos puestos en usted, y su progreso aquí depende de la valoración que yo haga de su carácter y su potencialidad.

»Buenos días, Desmond.

El anciano se alejó. Trepan dijo:

—¿Qué ha querido decir con todo eso?

Desmond no contestó. Se quedó un minuto o más en suspenso mientras Trepan se impacientaba. A continuación se despidió de este hombrón gordo y salió despacio. En vez de regresar a casa, estuvo vagando por el campus. Atraído por unas luces rojas intermitentes, se dirigió hacia allí para ver qué ocurría. Un coche con distintivo de la policía e la universidad y una ambulancia del hospital universitario se hallaban pareados frente a un edificio de dos plantas. La planta baja había sido antes tienda de comestibles según el letrero que exhibía en el cristal sucio de su escaparate. La pintura de dentro y de fuera estaba descascarillada, y en el interior el yeso de las paredes se desprendía dejando al aire las vigas. En el piso de madera desnuda había tres cuerpos. Uno era el del joven que había estado delante de él en la cola del gimnasio. Yacía boca arriba, con la boca abierta debajo de su bigote alborotado.

Desmond preguntó a uno de los que se apiñaban ante el escaparate qué había pasado. Un hombre de barba gris, probablemente profesor, dijo:

—Todos los años se repite lo mismo por esta época. Algunos chicos se sienten impulsados a intentar algo que no se le ocurriría a nadie salvo a un M. A. Está terminantemente prohibido; pero eso a la juventud no la detiene.

El cadáver del bigote parecía tener algo redondo y grande, quizá una quemadura, en la frente. Los hombres de la ambulancia cubrieron su cuerpo con una manta y lo sacaron.

El hombre de la barba gris dijo:

—La policía de la universidad y el hospital se harán cargo —rió brevemente—. La policía de la ciudad no quiere acercarse siquiera al campus. Se notificará a los familiares que ha sido una sobredosis de heroína.

—¿No hay problemas con eso?

—A veces. Han venido detectives privados por aquí; pero no se entretienen mucho.

Desmond se alejó deprisa. Su sentido común había tomado una decisión. La visión de esos cuerpos le había sacudido. Regresó a casa, a hacer las paces con su madre, vender todos los libros en los que había empleado tanto tiempo y dinero acumulándolos y estudiándolos. Acababa de ver el rostro de la muerte, y si hacía lo que había pensado, sólo como divagación naturalmente, fantaseando a modo de psicoterapia, vería el de su madre. Muerta. Y no podía hacerlo.

Al entrar en la habitación donde se alojaba, el teléfono seguía sonando. Se dirigió a él, lo descolgó, lo sostuvo unos momentos en la mano y luego lo colgó. Fue a la cama; observó que la botella de Coca-Cola estaba otra vez fuera del agujero del rodapié. Se arrodilló y la volvió a embutir en él. De detrás de la pared le llegó una débil agitación.

Se sentó en la cama hundida, sacó el cuaderno del bolsillo de la chaqueta y se puso a dibujar los pictogramas que recordaba. Tardó media hora, porque era absolutamente esencial reproducirlos con exactitud. El teléfono no paraba de sonar.

Alguien llamó a la puerta y gritó:

—¡Le he visto entrar! ¡Conteste al teléfono o descuélguelo! ¡O nos veremos las caras!

No contestó ni se levantó.

Le faltaba un dibujo de la serie. Ahora se quedó con el lápiz en suspenso a una pulgada del espacio en blanco. Sentada al otro extremo del hilo habría una mujer gordísima. Ahora era vieja y fea, pero le había dado el ser, y durante muchos años, después, había sido hermosa. Cuando murió su padre, ella se había puesto a trabajar para conservar la casa y dar a su hijo las cosas a las que los dos estaban acostumbrados. Trabajó muchísimo para pagarle la matrícula y demás gastos mientras fue a la universidad. Había seguido trabajando hasta que él vendió dos novelas. Más tarde había caído enferma; aunque no hasta que él empezó a llevar

mujeres a casa para presentárselas como posibles esposas.

Quería a su hijo, pero no quería dejarlo vivir en libertad, y eso no era verdadero cariño. Desmond no había sido capaz de liberarse, lo que significaba que aunque abrigaba resentimiento, había algo dentro de él que le gustaba estar enjaulado. Después, un día, había decidido dar un gran paso hacia la libertad. Y lo había hecho rápidamente y en secreto. Se había despreciado a sí mismo por tener miedo de ella, pero era como era. Si se quedaba aquí, su madre vendría a verle. Y no podría soportarlo. Así que era preferible volver a casa.

Miró hacia el teléfono; empezó a levantarse, pero se dejó caer otra vez.

¿Qué hacer? Podía suicidarse. Se liberaría, y al mismo tiempo se enteraría su madre de cuán enfadado había estado con ella. El teléfono dejó de sonar, y esto le provocó un sobresalto. Le dejaba tranquilo al menos un rato. Pero volvería a empezar. Miró el rodapié. La botella estaba saliendo del agujero muy poco a poco. La bestezuela, detrás de pared, empujaba con determinación. ¿Cuántas veces había intentado salir y había encontrado la abertura bloqueada? Demasiadas, debía de pensar el bicho si era capaz de pensar; pero no estaba dispuesto a renunciar, y algún día podría ocurrírsele resolver el problema matando al que se lo ocasionaba.

Si, no obstante, le disuadía el tamaño muchísimo más grande del causante del problema, si sentía que le faltaba valor, entonces tendría que seguir empujando la botella para despejar el agujero. Y...

Miró el cuaderno y meneó la cabeza. El espacio en blanco se había llenado. Había un dibujo que representaba a Didehao, al ser que, ahora lo veía, se parecía en cierto modo a su madre.

¿Lo había dibujado inconscientemente mientras pensaba?

¿O había aparecido el dibujo por sí mismo?

No importaba. En cualquier caso, sabía qué debía hacer.

A la vez que sus ojos observaban cada dibujo, y entonaba las palabras de esa lengua muerta hacía muchísimo, sintió que algo se agitaba en su pecho, le invadía el vientre, le recorría las piernas, le subía a la garganta, al cerebro. El símbolo de Didehao pareció arder en la hoja de papel cuando pronunció su nombre, con la mirada clavada en el dibujo.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, la oscuridad había ido creciendo en la habitación. Se levantó, encendió la lámpara que había encima de la mesa y se dirigió al sucio cuartito de baño. La cara del espejo no parecía de un asesino, sino de un viejo de sesenta años que se había sometido a una dura prueba y no estaba seguro de haberla superado.

Cuando abandonaba la habitación vio cómo la botella de Coca-Cola salía del agujero del zócalo. Pero fuera el bicho que fuera, aún no se decidía a salir.

Horas más tarde volvió tambaleante de la taberna del campus. El teléfono estaba sonando otra vez. Pero la llamada no era de su madre, aunque provenía de su ciudad natal de Illinois.

—Señor Desmond, aquí el sargento Rourke, de la Comisaría de Policía de Busiris. Siento darle una mala noticia, señor... Verá: su madre ha fallecido hace unas horas de un ataque al corazón.

Desmond no tuvo que fingir una fuerte impresión. Se quedó estupefacto. Incluso sintió como si la mano que sostenía el auricular se le hubiera vuelto de granito. Vagamente, tuvo conciencia de que la voz de Rourke sonaba rara.

—¿De un ataque al corazón? ¿Está seguro?

Exhaló un gemido. Su madre había muerto de muerte natural. No tendría que recitar las antiguas palabras. Y ahora se había comprometido para nada, y estaba atrapado para siempre. Una vez pronunciadas las palabras mientras las leían los ojos, no había posibilidad de volverse atrás.

Pero... si las palabras habían sido sólo palabras, que mueren normalmente al morir el sonido, y ninguna reacción física derivada de ellas se había transmitido a través de ese subcontinuo, entonces ¿se hallaba ligado?

¿No estaba libre, exento de todo compromiso? ¿No podía abandonar este lugar sin temor a represalias?

—Ha sido terrible, señor Desmond. Un accidente extraño. Ha muerto mientras hablaba con una vecina que había ido a visitarla; la señora Sammins. La señora Sammins ha llamado a la policía y a la ambulancia. Otros vecinos han entrado en la casa, y entonces... entonces...

A Rourke pareció atascársele la garganta.

—He acudido yo. Y justo cuando iba a entrar...

La casa se había desplomado de repente aplastando a tres vecinos, dos auxiliares de la ambulancia y dos policías.

—Fue como si un gigante la pisara con el pie. Si llega a tardar seis segundos en caerse me habría cogido a mí también.

Desmond le dio las gracias y le dijo que tomaría el próximo avión a Busiris.

Se acercó con paso inseguro a la ventana, y la abrió para respirar el aire. Abajo, a la luz de las farolas de la calle, cojeando con su bastón, cruzaba Layamon. Alzó su cara gris. Hubo un destello blanco de dientes.

Desmond lloró; pero las lágrimas sólo eran por él mismo.

# **JERUSALEM'S LOT**

**STEPHEN KING**



QUERIDO BONES:

¡Qué alegría me he llevado al entrar en el recibimiento frío y lleno de corrientes de aire, aquí en Chapelwaite, con los huesos molidos por culpa de ese coche detestable, impaciente por aliviar la vejiga hinchada, y descubrir una carta con tu letra inconfundible apoyada encima de la obscena mesita de madera de cerezo junto a la puerta! En cuanto he cumplido con la perentoria necesidad fisiológica (en ese cuarto de baño frío y suntuoso de la planta baja donde podía ver elevarse mi aliento delante de mí), me he sentado a descifrarla.

Me alegra saber que te has librado de los miasmas que tanto tiempo llevaban instalados en tus pulmones; aunque te aseguro que compadezco el dilema moral que te ha debido de plantear la cura: un abolicionista enfermo, sanado por el clima soleado de una Florida aquejada de esclavismo. Con todo, Bones, te pido, como amigo que ha recorrido también el valle de las sombras, que te cuides mucho y no te arriesgues a regresar a Massachusetts hasta que te lo permita tu cuerpo. Si eres polvo, tu fina inteligencia y tu pluma incisiva no nos servirán de nada; y si la zona sur es saludable, ¿no lo encuentras de una justicia poética?

Sí; la casa es todo lo espléndida que me habían hecho creer los albaceas de mi primo, aunque bastante más siniestra. Se alza en lo alto de una punta de tierra enorme y sobresaliente, quizá tres millas al norte de Palmouth y unas nueve al norte de Portland. Detrás hay unos cuatro acres de tierra que han dejado que vuelvan al estado más selvático imaginable: el enebro, las vides, los arbustos, y diversas clases de enredaderas trepan sin control por los pintorescos muros de piedra que separan la propiedad del campo comunal del pueblo. Unas imitaciones espantosas de la estatuaria griega atisban con ojos ciegos desde lo alto de diversos montículos; la mayoría parecen a punto de abalanzarse sobre el que pasa. Por lo visto, los gustos de mi primo Stephen han recorrido una gradación que va de lo inaceptable a lo francamente horroroso. Hay un curioso cenador medio sepultado por un zumaque escarlata, y un grotesco reloj de sol en medio de lo que en otro tiempo quizá fue un jardín que añade el toque lunático definitivo.

Pero la vista desde el salón disculpa más que de sobra todo esto: se domina una perspectiva impresionante de las rocas al pie de Chapelwaite Head, y el mismo Atlántico. Un mirador amplio y panzudo asoma sobre el océano, con un enorme escritorio con pinta de sapo instalado en él. Me ayudará bastante a arrancar con esa novela de la que llevo hablando tanto tiempo (seguramente hasta la pesadez).

Hoy el día ha sido gris, con chaparrones de vez en cuando. Levanto la vista hacia el exterior, y todo parece un estudio en pizarra: las rocas, viejas y gastadas como el mismo Tiempo; el cielo; y naturalmente, el mar, que se estrella abajo contra los dientes de granito con un rumor que no es exactamente estrépito sino más bien una vibración: noto el trabajo del oleaje incluso bajo los pies mientras escribo. Y la sensación no es enteramente desagradable.

Sé que desapuebas mis hábitos solitarios, querido Bones, pero te aseguro que me

siento contento y feliz. Tengo a Calvin conmigo, tan práctico, callado y formal como siempre, y para mediados de semana estoy seguro de que entre los dos habremos terminado los arreglos y habremos contratado el servicio necesario en el pueblo. ¡Y una cuadrilla de mujeres de la limpieza para que empiece a quitar el polvo de esta casa!

Termino: aún les quedan a estos ojos pecadores muchas cosas que ver, habitaciones que explorar y, evidentemente, docenas de muebles detestables que inspeccionar. Una vez más, gracias por el aliento de buen amigo que me trae tu carta, y por tu inquebrantable afecto.

Saluda de mi parte a tu mujer. Os quiere mucho,

CHARLES

QUERIDO BONES:

¡Qué lugar éste!

Sigue sorprendiéndome; como me sorprenden las reacciones de la gente del pueblo vecino. Es un pueblecito llamado Preacher's Corners. Ahí es donde Calvin ha concertado el envío semanal de provisiones. El otro encargo, asegurar suficiente abastecimiento de leña para el invierno, lo ha hecho también; pero ha vuelto con expresión sombría; y al preguntarle qué le pasaba, ha contestado arrugando el ceño:

—¡Creen que está usted mal de la cabeza, señor Boone! He soltado una carcajada; le he dicho que quizá se han enterado de la encefalitis que sufrí tras la muerte de Sarah: es verdad que desvariaba, como tú mismo podrías confirmar. Pero Calvin asegura que nadie puede haberse enterado de nada sobre mí, a menos que haya sido por mi primo Stephen, que contrató los mismos servicios de aprovisionamiento que yo ahora. «Pero lo que dicen, señor, es que quienquiera que pretenda vivir en Chapelwaite está loco, o corre peligro de estarlo».

Me ha dejado perplejo, como puedes imaginar; así que le he preguntado quién le ha dicho semejante cosa. Dice que le han dirigido a un maderero malhumorado y de pocas luces llamado Thompson, que posee cuatrocientos acres de pino, abedul y abeto y los tala con ayuda de sus cinco hijos para venderlos a las fábricas de Portland y a los que viven por los alrededores.

Cuando Calvin, totalmente ignorante de este sorprendente prejuicio, le ha dado la dirección a la que debía llevar la leña, el tal Thompson se ha quedado mirándolo con la boca abierta, y le ha dicho que enviará la leña con sus hijos cuando sea pleno día, y por el camino que va junto al mar.

Calvin, tomando al parecer mi perplejidad por preocupación, se ha apresurado a añadir que el hombre atufaba a Whisky barato y que a continuación se ha puesto a farfullar incoherencias sobre un pueblo abandonado y las relaciones de mi primo Stephen... ¡Y sobre gusanos! Calvin ha concertado el encargo con uno de los

muchachos de Thompson, que por lo visto es bastante atravesado y no demasiado sobrio tampoco, ni bienoliente. Al parecer ha topado con igual reacción en Preacher's Corners, en el almacén, donde ha trabado conversación con el tendero; aunque se trata más bien de un chisme, digamos, trasnochado.

Nada de esto me preocupa gran cosa. Sabemos cómo le encanta al aldeano sazonar su vida con el condimento del escándalo y la fábula, y supongo que el pobre Stephen y su rama de la familia son presa fácil. Como le he dicho a Calvin, cuando un hombre se mata en una caída casi delante mismo de su casa, es más que probable que dé que hablar.

La casa, también, es una constante sorpresa. ¡Veintitrés habitaciones, Bones! El enmaderado de las paredes de los pisos de arriba y de la galería de retratos está mohoso, aunque aún resiste. Mientras estaba arriba en el dormitorio de mi difunto primo he podido oír un rumor de ratas escabulléndose detrás de él; deben de ser grandes, a juzgar por el ruido que armaban... Casi como si fuese gente. No me haría ninguna gracia tropezarme con una de ellas en la oscuridad; o incluso con luz. Pero no he visto ni agujeros ni excrementos. Me sorprende.

La galería superior está flanqueada de retratos malos con marcos que deben de valer una fortuna. Algunos tienen cierto parecido con Stephen, según yo lo recuerdo. Creo que he identificado a mi tío Henry Boone y a su mujer Judith; a los otros nos los conozco. Supongo que uno de ellos debe de ser mi célebre abuelo Robert. Pero no conozco la rama Stephen de la familia, cosa que siento sinceramente. El mismo buen humor que irradiaba en las cartas de Stephen a Sarah y a mí, la misma luz de inteligencia, brilla en esos retratos, a pesar de que son malos. ¡Por qué estupideces riñen las familias! Un escritorio forzado, unas palabras agrias entre hermanos que murieron hace ya tres generaciones, y se vuelven la espalda descendientes que no tienen ninguna culpa. No puedo por menos de pensar en la suerte que fue que tú y John Petty lograrais contactar con Stephen cuando parecía que yo iba a seguir a Sarah y a cruzar las Puertas... Y qué pena que se nos frustrara la posibilidad de conocernos personalmente. ¡Cuánto me habría gustado oírle defender la estatuaria ancestral y el mobiliario!

Pero no quiero denigrar el lugar hasta el extremo. El gusto de Stephen no era el mío, es verdad, pero detrás del oropel de sus colecciones hay piezas (algunas sepultadas bajo capas de polvo en las habitaciones de arriba) que son auténticas obras maestras. Hay camas, mesas, torneados de teka y caoba; y los dormitorios, las salas de recibo, el despacho de arriba y el saloncito conservan un encanto oscuro. Los suelos son de rico pino que brilla con una secreta luz interior. Hay dignidad aquí: dignidad, y un peso de años. Aún no puedo decir que me gusta, pero lo respeto. Estoy deseoso de verlo cambiar a medida que se suceden los cambios de este clima nórdico.

¡Válgame Dios, no paro de hablar! Escíbeme pronto, Bones. ¡Cuéntame tus progresos, y qué nuevas sabes de Petty y de los demás! Y por favor, no cometas el error de intentar convencer demasiado vehementemente de tus opiniones a ningún

recién conocido sureño. Creo que no todos se conforman con responder meramente con palabras como nuestro locuaz amigo el señor Calhoun.

Un fuerte abrazo de tu amigo,

CHARLES

16 de octubre de 1850

QUERIDO RICHARD;

¿Qué tal estás? He pensado muchas veces en ti desde que me he instalado aquí en Chapelwaite, y medio esperaba tener noticias tuyas; ¡pero ahora recibo una carta de Bones diciéndome que se me olvidó dejar mis señas en el club! Ten la seguridad de que al final te habría escrito, porque a veces tengo el convencimiento de que mis auténticos y fieles amigos son lo único que me queda seguro y totalmente normal en el mundo. Y, ¡Dios mío, cuánto nos hemos alejado los unos de los otros! Tú en Boston, escribiendo sin parar para *The Liberator* (al que, dicho sea de paso, he enviado también mis señas), Hanson en Inglaterra, en otra de sus condenadas correrías, y el pobre Bones en la auténtica guarida del león, tratando de recuperar los pulmones.

Aquí las cosas marchan todo lo bien que cabe esperar, Dick; y estate seguro de que te daré cuenta de todo en cuanto dejen de acapararme algunos asuntos de aquí; creo que tu talante jurídico va a sentirse bastante intrigado con ciertas cosas que suceden en Chapelwaite y alrededores.

Pero, entretanto, tengo que pedirte un favor, si no te importa. ¿Te acuerdas del historiador que me presentaste en la cena en casa del señor Clary para recaudar fondos para la causa? Creo que se llamaba Bigelow. El caso es que habló de que había cogido la afición de recopilar vestigios de antiguas tradiciones de la misma comarca en la que vivo yo ahora. Así que el favor que te pido es éste: que hables con él, si te es posible, y le preguntes qué historias, sucesos, consejos o rumores en general —si los hay— conoce sobre un pueblecito abandonado llamado Jerusalem's Lot, vecino a un municipio llamado Preacher's Corners, en el río Royal. Este río es tributario del Androscoggin, en el que confluye aproximadamente unas once millas más arriba de ese pueblo abandonado, cerca de Chapelwaite. Te estaré inmensamente agradecido; y lo que es más importante, puede que sea de cierta trascendencia.

He releído esta carta, y veo que no te aclaro mucho; lo siento de veras, Dick; pero te doy mi palabra de que te lo explicaré en breve. Hasta ese momento, os mando todo mi afecto a tu mujer, a tus dos preciosidades de hijos, y naturalmente a ti.

Tu amigo que te quiere,

CHARLES

QUERIDO BONES:

Voy a contarte una historia un poco extraña (y hasta inquietante) que nos ha ocurrido a Calvin y a mí. A ver qué opinas. ¡Cuando menos, podrá divertirse mientras te peleas con los mosquitos!

Dos días después de escribirte la última carta, nos llegó un grupo de cuatro chicas de Corners, dirigidas por una señora mayor de aspecto severo y competente llamada señora Cloris, para poner orden en la casa y eliminar algo del polvo que me ha estado haciendo estornudar a cada paso. Todas parecían algo nerviosas mientras andaban en sus tareas. Incluso una jovencita pizpireta soltó un gritito al entrar yo en el salón de arriba mientras limpiaba.

Pregunté sobre el particular a la señora Cloris (estaba pasando el trapo abajo con tan ceñuda vehemencia que te habría dejado asombrado, con el pelo recogido debajo de un pañuelo viejo y descolorido). Y se volvió hacia mí y me dijo con determinación:

—No les gusta la casa. Y a mí tampoco, señor; esta casa ha sido siempre una casa mala.

Me quedé boquiabierto ante este inesperado comentario; y prosiguió en tono más sosegado:

—No quiero decir que el señor Stephen Boone no fuera un caballero; porque lo era. Yo venía a limpiarle cada dos jueves mientras estuvo aquí, lo mismo que a su padre, el señor Randolph Boone, hasta que desaparecieron él y su esposa en mil ochocientos dieciséis. El señor Stephen era una persona buena y amable, como usted, señor; y perdone la franqueza, pero no sé hablar de otra manera; pero ésta es una casa mala, y siempre lo ha sido; y ningún Boone ha sido feliz aquí desde que su abuelo y su hermano Philip riñeron por el robo de... —aquí hizo una pausa casi culpable— ciertos objetos, en mil setecientos ochenta y nueve.

¡Qué memoria tiene esta gente, Bones!

La señora Cloris prosiguió:

—Esta casa fue construida con desdicha, ha sido habitada con desdicha, se ha derramado sangre en sus suelos (no sé si sabes, Bones, que mi tío Randolph estuvo implicado en un accidente en la escalera del sótano que le costó la vida a su hija Marcella; poco después, en un arrebato de remordimiento, se quitó la vida. El suceso se halla recogido en una de las cartas que Stephen me escribió con ocasión del aniversario de su difunta hermana); ha habido desapariciones y accidentes.

»He trabajado aquí, señor Boone, y no soy ciega ni sorda. He oído ruidos horribles en las paredes, señor; horribles: porrazos y crujidos. Y una vez un alarido espeluznante que parecía medio risa. Me heló la sangre. Es un lugar tenebroso esta casa, señor.

Y aquí se calló, tal vez asustada de haber hablado demasiado.

En cuanto a mí, no sabía si mostrarme ofendido, divertido, curioso o simplemente

pragmático. Me temo que me incliné por lo divertido:

—¿Y qué sospecha que son, señora Cloris? ¿Fantasmas arrastrando cadenas?

Pero ella se limitó a mirarme con frialdad:

—Puede que haya fantasmas. Pero lo de las paredes no son fantasmas. No es fantasma eso que gime y llora como un condenado y choca y tropieza en la oscuridad. Es...

—Continúe, señora Cloris —la animé—. Puesto que ha empezado a contármelo, ¿por qué no termina?

Por su semblante pasó la más extraña expresión de terror, ofensa y (lo juro) temor religioso.

—Alguien no ha muerto —murmuró—. ¡Alguien vive en esas sombras intermedias del crepúsculo para rendirle servicio!

Y no dijo más. Seguí insistiéndole durante unos minutos, pero sólo conseguí que se encerrara aún más en su mutismo y no añadiera una sola palabra. Finalmente desistí, no fuera que le diese por renunciar al trabajo y abandonara la casa.

Hasta aquí un episodio; pero a la noche siguiente ocurrió otro: Calvin había dejado encendido un fuego abajo y yo, sentado en el cuarto de estar, medio adormilado, hojeaba *The Intelligencer* mientras oía cómo la lluvia que azotaba en los cristales del mirador. Me sentía a gusto como sólo puede sentirse uno en noches como esas en que fuera todo es desapacible y dentro todo comodidad y calor. Pero un momento después apareció Calvin en la puerta, excitado y un poco nervioso.

—¿Está despierto, señor? —preguntó.

—No mucho —dije—. ¿Qué ocurre?

—He descubierto algo arriba que creo que debe ver —contestó con el mismo aire de excitación reprimida.

Me levanté y le seguí. Mientras subíamos por la escalera principal, dijo:

—Estaba leyendo un libro arriba en el estudio; un libro raro por cierto, cuando he oído un ruido en la pared.

—Ratas —dije—. ¿Esto es todo?

Se detuvo en el rellano y me miró con solemnidad. La lámpara que sostenía arrojaba fantásticas sombras sobre los oscuros cortinajes y los retratos medio vislumbrados que ahora parecían burlarse más que sonreír. En el exterior, el viento elevó un breve gemido que acabó como si refunfuñase.

—No son ratas —dijo Calvin—. Era un ruido como de alguien que tropieza o golpea detrás de la estantería; y después, un gorgoteo horrible... Horrible, señor. Y como si un animal arañase tratando de salir... ¡para arrojarse sobre mí!

Puedes imaginarte mi estupor, Bones. Calvin no es de esas personas propensas a accesos histéricos de imaginación. Empecé a pensar que aquí, en definitiva, había un misterio; quizá un misterio desagradable.

—¿Y qué ha pasado después? —le pregunté. Habíamos llegado al pasillo, y podía ver que la luz del despacho se proyectaba en el suelo de la galería. Miré el rectángulo

de luz con cierta alarma; la noche ya no me parecía confortable.

—Han cesado los arañazos. Al poco rato han vuelto a empezar los golpes apagados, y como si arrastrasen algo, ahora alejándose. Ha vuelto a cesar el ruido, ¡y juro que ha sonado, casi inaudible, una risa extraña! He ido a la estantería y me he puesto a empujar y a tirar del mueble, pensando que había un tabique de madera o una puerta secreta.

—¿Y la ha encontrado?

Calvin se detuvo en el umbral del despacho.

—No... ¡pero he encontrado eso!

Entramos y vi un agujero cuadrado, oscuro en la estantería de la izquierda. Los libros de ese sitio eran fingidos, y lo que Calvin había descubierto era un pequeño escondrijo. Enfoqué la lámpara hacia él y no vi más que una gruesa capa de polvo; polvo que debía de tener docenas de años.

—Sólo había esto —dijo Calvin en voz baja, y me tendió una hoja de papel. Era un plano, dibujado con trazos finísimos a tinta china: el plano de una aldea o caserío. Había unos siete edificios; uno de ellos, claramente señalado con un campanario, tenía la siguiente leyenda: «El Gusano que Corrompe».

En el ángulo superior izquierdo, una flecha apuntaba hacia lo que debía de ser el noroeste del pueblecito. Debajo ponía: «Chapelwaite».

—En el pueblo, señor —dijo Calvin—, alguien ha mencionado con temor supersticioso una aldea abandonada llamada Jerusalem's Lot. Es un lugar que procuran evitar.

—Pero ¿y esto? —pregunté, señalando la extraña leyenda de debajo del campanario.

—No sé.

Por la cabeza se me pasó la imagen de la señora Cloris, firme aunque temerosa.

—El Gusano... —murmuré.

—¿Sabe usted algo, señor Boone?

—Puede... Puede que sea interesante echar una ojeada a ese pueblo mañana; ¿qué piensa usted, Cal?

Asintió, con los ojos brillantes. A continuación estuvimos casi una hora buscando alguna abertura en la pared, detrás del escondrijo que Cal había descubierto, pero sin éxito. No volvieron a repetirse los ruidos que Cal había descrito.

Esa noche nos retiramos a descansar sin más aventuras.

A la mañana siguiente salimos Calvin y yo a dar nuestro paseo por el bosque. Había cesado la lluvia de la noche anterior, pero el cielo estaba oscuro y cargado. Descubrí a Cal mirándome con cierta vacilación, y me apresuré a asegurarle que, en caso de cansarme, o de que viera que el trecho era demasiado largo, no dudaría en dar media vuelta. Nos proveímos de comida, una buena brújula Buckwhite y, naturalmente, del singular y antiguo plano de Jerusalem's Lot.

Hacía un día raro, y estaba encapotado; no cantaba ningún pájaro ni oíamos

escabullirse ninguna bestezuela mientras avanzábamos por la oscura espesura de pinos hacia el sur y el este. Los únicos ruidos eran los de nuestras propias pisadas y el constante batir del Atlántico contra los promontorios. El olor a mar, casi preternaturalmente denso, era nuestro compañero constante.

No habíamos recorrido más de dos millas, cuando topamos con un camino, del tipo que los militares llaman estriberón, invadido de matas; seguía más o menos nuestra dirección, así que fuimos por él, con lo que nuestro paso se hizo más cómodo. Hablábamos poco: el día, apagado y ominoso, nos pesaba en el espíritu.

Como a las once oímos el rumor de un curso de agua. Al final el camino describía una curva cerrada a la izquierda y, al otro lado de un riachuelo fragoroso y de color pizarra, como una aparición, ¡surgió Jerusalem's Lot!

El arroyo tenía quizá unos ocho pies de ancho, y lo cruzaba un puente para caminantes a pie. Al otro lado, Bones, se alzaba el pueblecito más perfecto que puedas imaginar, lógicamente castigado por la acción del tiempo, aunque bastante entero. Varias casas, construidas con ese gusto a la vez austero e imponente por el que son justamente famosos los puritanos, se agrupaban junto al empinado ribazo. Detrás, a lo largo de una calle invadida de maleza, había tres o cuatro de lo que quizá habían sido antiguos comercios; y más allá, el campanario de la iglesia señalado en el plano se alzaba hacia el cielo gris con aspecto indeciblemente severo, con la pintura descascarillada y ajada, y la cruz torcida.

—Le va bien el nombre —dijo Cal en voz baja junto a mí.

Entramos en el pueblo y empezamos a curiosear por las casas; y aquí es donde la historia se vuelve un poco asombrosa, Bones; ¡así que prepárate!

El aire parecía cargado, pesado si quieres, mientras avanzábamos. Las casas estaban deterioradas: las contraventanas arrancadas, los tejados hundidos bajo el peso de las nieves, los vanos polvorientos y vacíos. Las sombras de ángulos extraños y esquinas torcidas se extendían en forma de charcos siniestros.

Entramos en una taberna vieja y podrida en primer lugar. En cierto modo, nos parecía que no estaba bien invadir las casas en las que la gente se había recogido cuando quería intimidad. Un cartel viejo y desgastado por el tiempo encima de la puerta astillada anunciaba que había sido *La Cabeza del Jabalí, posada y taberna*. La puerta chirrió escandalosamente en la única bisagra que le quedaba cuando pasamos a su oscuro interior. El olor a moho y a podredumbre era vaporoso y casi irresistible. Y por debajo de él había otro olor aún más penetrante; un olor mucilaginoso y pestilente; un olor de siglos, y de podredumbre de siglos; un hedor como el que podría emanar de ataúdes corrompidos o de tumbas profanadas. Me tapé la nariz con el pañuelo, y Cal hizo lo mismo. Examinamos el lugar.

—¡Dios mío, señor...! —dijo Cal débilmente.

—No han tocado nada —terminé por él.

Porque, efectivamente, todo estaba intacto. Las mesas y las sillas seguían allí como guardianes de vigilancia, polvorientas, alabeadas por los cambios extremos de



temperatura típicos del clima de Nueva Inglaterra, pero en perfecto estado por lo demás; como si estuviesen esperando en silencio, reflejando lustros, a que los desaparecidos hacía tiempo entraran de nuevo a pedir una pinta de cerveza o un vasito de aguardiente, a jugar a las cartas y encender sus pipas de barro. Un pequeño espejo, intacto también, colgaba junto a las normas de la taberna. ¿Te das cuenta de lo que eso significa, Bones? Los jóvenes se caracterizan por su afición a las exploraciones y al vandalismo; no hay una casa «encantada» que permanezca con las ventanas enteras, por muy terribles que se rumoree que fueron sus habitantes; no hay un solo cementerio sombrío sin al menos una lápida levantada por la gamberra juventud. Desde luego, debe de haber una veintena de muchachos en Preacher's Corners, que está a menos de dos millas de Jerusalem's Lot. Sin embargo el espejo, que debió de costarle bastante dinero al tabernero, está intacto; igual que los otros objetos frágiles que descubrimos en nuestros fisgoneos. El único daño que ha sufrido Jerusalem's Lot se debe a la acción impersonal de la naturaleza. La conclusión es evidente: Jerusalem's Lot es un pueblo que la gente evita. Pero ¿por qué? Se me ocurre una explicación. Pero antes incluso de atreverme a decírtela, hablaré del inquietante final de nuestra visita.

Subimos a los dormitorios y descubrimos las camas hechas, con los aguamaniles junto a ellas. La cocina estaba igualmente intacta, con el polvo de los años, y ese hedor denso y horrible a corrupción. Sólo la taberna haría las delicias de un anticuario; la estufa de la cocina, asombrosamente extravagante, alcanzaría un precio nada despreciable en una subasta de Boston.

—¿Que piensa de todo esto, Cal? —pregunté a Calvin cuando salimos otra vez a la luz incierta del día.

—Me parece un mal asunto, señor —contestó con su tono lúgubre—; y que debemos seguir inspeccionando para saber algo más.

Prestamos escaso interés a los otros establecimientos: había un hostel con artículos de cuero colgados de perchas, una cerería, un almacén con roble y pino todavía almacenado dentro; una fragua.

Entramos en dos casas camino de la iglesia, en el centro del pueblo. Las dos reflejaban totalmente la moda puritana; estaban llenas de objetos por los que un coleccionista daría una mano; las dos igualmente abandonadas, e impregnadas del mismo olor a putrefacción.

Nada parecía vivir o moverse en todo esto, aparte de nosotros mismos. No vimos insectos ni pájaros; ni siquiera una telaraña desplegada en el ángulo de una ventana. Sólo polvo.

Finalmente llegamos a la iglesia. Se alzaba por encima de nosotros, fría, hosca. Sus ventanales se veían negros debido a la oscuridad del interior, y hacía tiempo que se había alejado de ella toda religiosidad o santidad. De eso estoy seguro. Subimos la escalinata, y puse la mano en el gran tirador de la puerta. Lancé una mirada resuelta a Calvin, y él a mí. Abrí el vestíbulo. ¿Cuánto tiempo haría que nadie había tocado esta

puerta? Yo diría, con total convencimiento, que la mía era la primera en cincuenta años; quizá más. Los goznes anquilosados de orín chirriaron al abrir. El olor a podredumbre y a descomposición que nos asaltó era casi palpable. Calvin profirió un ruido gutural de asco y volvió instintivamente la cabeza para aspirar aire más limpio.

—Señor —preguntó—, ¿seguro que...?

—Estoy bien —dije con serenidad. Pero no me sentía tranquilo, Bones; ni me siento ahora tampoco. Creo, con Moisés, con Jeroboám, con Increase Mather, y con nuestro Hanson cuando se encuentra de talante filosófico, que hay lugares espiritualmente insanos, casas en las que la leche cósmica se ha agriado y enranciado. Y esta iglesia es uno de esos lugares; podría jurarlo.

Entramos en un largo vestíbulo, provisto de un estante cubierto de polvo, con himnarios expuestos. Carecía de ventanales. Aquí y allá había lámparas de aceite alojadas en hornacinas. Un lugar de lo más corriente, pensé; hasta que oí dar un respingo a Calvin, y vi lo que acababa de descubrir.

Una obscenidad.

Sólo me atrevo a decir del cuadro, de marco labrado, que seguía el estilo opulento de Rubens, y representaba una grotesca parodia de Virgen con el niño, con extrañas criaturas medio en sombras que se refocilaban y se arrastraban en el fondo.

—¡Dios Todopoderoso! —susurré.

—Aquí no hay Dios —dijo Calvin, y sus palabras parecieron quedar flotando en el aire. Abrí la puerta que daba acceso a la nave, y el olor se convirtió en una pestilencia irresistible.

Envueltos en la penumbra dudosa de la tarde, los bancos se alineaban espectralmente hasta el altar. Por encima de ellos se alzaba un púlpito de roble con un nártex en sombra en el que centelleaba algo dorado.

Con una especie de suspiro Calvin, devoto protestante, hizo el signo sagrado, y yo le imité. Porque lo dorado era una cruz grande, hermosamente labrada... pero colgaba cabeza abajo, símbolo de la misa de Satanás.

—Debemos conservar la calma —me oí decir a mí mismo—. Debemos conservar la calma, Calvin.

Pero las tinieblas me habían rozado el corazón, y estaba asustado como nunca me había sentido. He caminado bajo la sombra de la muerte y creía que no había oscuridad más espesa. Pero la hay. La hay.

Nos dirigimos a la nave lateral. Nuestros pasos resonaban arriba y a nuestro alrededor. Dejábamos huellas en el polvo. Y en el altar descubrimos otros tenebrosos *objets d'art*. No quiero, no puedo demorar mi pensamiento en ellos.

Empecé a subir al púlpito.

—¡No suba, señor Boone! —exclamó Cal de repente—. Tengo miedo de que...

Pero ya había llegado. En el atril había abierto un libro enorme, escrito en latín y en runas indescifrables que, a mis ojos inexpertos, parecían drúidicas o precélticas. Te adjunto una tarjeta con algunos símbolos que he dibujado de memoria.

Cerré el libro y miré las palabras estampadas en la piel: *De Vermis Mysteriis*. Mi latín es rudimentario, pero suficiente para traducirlo: Los misterios del gusano.

Al tocarlo, la iglesia maldita y la cara blanca de Calvin, que miraba hacia arriba, fluctuaron ante mí. Me pareció oír voces salmodiando, presas de horrible y ansioso temor; y por debajo de ellas, otro rumor que poblaba las entrañas de la tierra. Fue una alucinación, no me cabe la menor duda... Pero en ese mismo instante la iglesia se inundó de un ruido completamente real que sólo puedo describir como una enorme y macabra convulsión bajo mis pies. El púlpito tembló debajo de mis dedos; la cruz profanada tembló en el muro.

Salimos a la vez, Cal y yo, dejando el lugar a su propia oscuridad; y ni él ni yo nos atrevimos a mirar hacia atrás hasta que pasamos el tosco puentecillo de tablas que cruza el río. No diré que manchamos los mil novecientos años que el hombre ha tardado en levantarse del salvaje acuclillado y supersticioso echando a correr; pero mentiría si dijera que nuestro paso era reposado.

Ésa es la historia. No quiero que ensombrezcas tu recuperación con el temor de que me ha vuelto la fiebre; Cal puede dar fe de la veracidad de cuanto hay en estas páginas, incluido el ruido espantoso.

Así que termino diciendo sólo que me gustaría poder verte (sé que gran parte de mi aturdimiento se me iría en el acto), y proclamándote mi admiración y toda mi amistad.

CHARLES

MUY SRES. MÍOS:

En la reciente edición de su catálogo de productos domésticos (verano de 1850) veo que ofertan un raticida llamado *Antirrata*. Desearía comprar un bote de 5 libras, al precio señalado de treinta centavos (0,30 \$). Adjunto los gastos de envío, con el ruego de que sea remitido a Calvin McCann, Chapelwaite, Preacher's Corners, condado de Cumberland, Maine.

Agradeciéndoles de antemano su atención, queda de Vds. s. s.,

CALVIN MCCANN

19 de octubre de 1850

QUERIDO BONES:

Novedades inquietantes.

Los ruidos de la casa han aumentado, y cada vez me siento más inclinado a creer que no son sólo ratas lo que se agita en el interior de estas paredes. Calvin y yo hemos efectuado otra infructuosa inspección en busca de grietas o pasadizos ocultos;

no hemos descubierto nada. ¡Qué mal papel haríamos en una novela de Anne Radcliffe! Cal afirma, no obstante, que gran parte de los ruidos provienen del sótano; así que hemos decidido explorarlo mañana. No es muy tranquilizador pensar que la hermana de mi primo Stephen encontró en él su desventurado fin.

A propósito, su retrato cuelga arriba en la galería. Marcella Boone era una joven de belleza triste (si el artista ha captado correctamente su semblante) y sé que no llegó a casarse. A veces pienso que la señora Cloris tiene razón, que esta casa posee malos efluvios. Desde luego, no destila otra cosa que melancolía a causa de sus pasados habitantes.

Pero tengo más cosas que contarte sobre la temible señora Cloris, porque hoy mismo he tenido una segunda conversación con ella. Dado que la considero la persona más cabal de cuantas conozco aquí en Corners, he ido a verla esta tarde después de una desagradable entrevista que te cuento:

Tenían que habernos subido leña esta mañana; así que, pasadas las doce, como no llegaba, decidí aprovechar mi paseo diario para ir al pueblo. Mi propósito era ver a Thompson, el hombre con el que Cal tiene apalabrada la leña.

Ha hecho un día espléndido, con un fresquito otoñal de lo más estimulante, y cuando he llegado a la casa de Thompson (Cal, que se quedó inspeccionando palmo a palmo la biblioteca de tío Stephen, me había dado las indicaciones oportunas), me sentía de mejor humor que estos últimos días, y totalmente predispuesto a pasar por alto el retraso de la leña.

El lugar es una espesa maraña de vegetación y construcciones ruinosas necesitadas de pintura; a la izquierda del granero, una enorme cerda a punto para la matanza de noviembre gruñía y se revolcaba en una pocilga fangosa; y en el patio entre la casa y los cobertizos, una mujer con un vestido andrajoso echaba comida de su delantal a las gallinas. Al saludarla, volvió hacia mí una cara pálida e insulsa.

El cambio súbito de expresión, de una total vacuidad y estupidez a un terror frenético, fue de lo más asombroso. Sólo puedo pensar que me tomó por el propio Stephen; porque alzó la mano, hizo el signo contra el mal de ojo y profirió un grito. Se le cayó al suelo el pienso, y las gallinas, espantadas, echaron a correr cacareando.

Antes de que yo abriera la boca salió pesadamente de la casa un hombrón en calzoncillos largos y camiseta de felpa, con un rifle en una mano y una jarra en la otra. Por el brillo inflamado de sus ojos y la manera insegura de andar deduje que se trataba de Thompson, el leñador.

—¡Señor Boone! —rugió—. ¡Vaya por Dios! —soltó la jarra e hizo el mismo signo.

—He venido —dije con toda la ecuanimidad de que era capaz, dadas las circunstancias— porque no hemos recibido la leña. Según tenía convenido con mi criado...

—¡Que se vaya al infierno! —y por primera vez noté que por debajo de su jactancia y sus bravatas estaba mortalmente asustado. Empezaba a preguntarme

seriamente si, dada su excitación, no sería capaz de utilizar el rifle contra mí.

Dije precavidamente:

—Como detalle de cortesía, podría usted...

—¡Al infierno la cortesía!

—De acuerdo, entonces —dije con toda la dignidad que podía—. Le deseo buenos días. Ya hablaremos cuando esté algo más sereno —y dicho esto di media vuelta y eché a andar por el camino en dirección al pueblo.

—¡No hace falta que vuelva! —me gritó detrás—. ¡Quédese en ese condenado lugar! ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! —me lanzó una piedra que me dio en el hombro. No quise darle la satisfacción de esquivarla.

Conque busqué a la señora Cloris, decidido a averiguar al menos el misterio de la hostilidad de Thompson. Es viuda, y una de tus detestables casamenteras, Bones; tiene seguro quince años más que yo (y yo he dejado ya atrás los cuarenta), y vive sola en una casita encantadora en el mismo umbral del océano. Encontré a la dama tendiendo la ropa, y pareció alegrarse sinceramente al verme. Esto me produjo un gran alivio; es de lo más irritante para uno verse tratado como un apestado sin saber el motivo.

—Señor Boone —dijo, haciendo media reverencia—, si ha venido a encargarme el lavado de la ropa, debo decirle que no lavo una vez pasado el mes de septiembre. Los dolores del reuma se me vuelven tan fuertes que bastante tengo con lavar la mía.

—Ojalá fuera ése el motivo de mi visita. Vengo a pedirle ayuda, señora Cloris. Quiero que me cuente lo que sepa sobre Chapelwaite y Jerusalem's Lot, ¡y por qué la gente me mira con tanto recelo!

—¿De Jerusalem's Lot? Entonces, ha oído hablar de eso.

—Sí —contesté—; y he ido allí con mi acompañante la semana pasada.

—¡Dios mío! —se puso pálida como la leche, y se tambaleó. Tendí la mano para sostenerla. Sus ojos giraron horriblemente, y por un momento temí que se desmayara.

—Señora Cloris; lo siento si he dicho algo que...

—Venga adentro —dijo—. Tiene que saberlo. ¡Jesús, otra vez han vuelto los malos tiempos!

No quiso decir nada más hasta que hubo preparado un té fuerte en su soleada cocina. Una vez que lo tuvimos delante se quedó mirando un momento pensativa hacia el océano. Inevitablemente, sus ojos y los míos acabaron atraídos por el morro saliente de Chapelwaite, donde la casa descollaba dominando el agua. Su amplio mirador centelleaba como un diamante con los rayos del sol poniente. La vista era hermosa, pero extrañamente turbadora. Y de repente la señora Cloris se volvió hacia mí y exclamó con vehemencia:

—¡Señor Boone, debe abandonar Chapelwaite en seguida!

Me quedé estupefacto.

—Un mal soplo ha cruzado el aire desde que usted se ha instalado en ella. A lo largo de esta semana pasada (desde que usted ha puesto el pie en ese odioso lugar), ha

habido augurios y presagios. Una membrana ha cubierto la cara de la luna; bandadas de chotacabras se han agrupado en los cementerios; y ha habido un nacimiento antinatural. ¡Creo que debe irse!

Cuando conseguí hablar, dije, tratando de que mi voz sonara serena:

—Señora Cloris, esas cosas no son más que quimeras. Lo sabe.

—¿Es una quimera que Bárbara Brown haya dado a luz un niño sin ojos? ¿O que Clifton Brockett haya encontrado un sendero de tierra pisoteada de cinco pies de ancho en el bosque, más allá de Chapelwaite, donde toda la yerba se ha marchitado y secado? ¿Y puede decirme con sinceridad, usted que ha visitado Jerusalem's Lot, que no vive nadie allí?

No pude contestar; la escena en esa horrenda iglesia me vino a la imaginación.

Entrelazó sus manos nudosas en un esfuerzo por calmarse.

—Yo sé estas cosas por mi madre y por la madre de mi madre. ¿Conoce la historia de su familia en lo que se refiere a Chapelwaite?

—Vagamente —dije—. La casa ha sido el hogar de la rama de Philip Boone desde la década de 1780; su hermano Robert, mi abuelo, se fue a vivir a Massachusetts tras una pelea a causa del robo de unos documentos. De la rama de Philip sé poco, salvo que una sombra de desdicha se abatió sobre ella, se alargó del padre al hijo, y ha alcanzado a los nietos: Marcella murió en un trágico accidente, y Stephen se cayó y se mató. Su deseo fue que Chapelwaite se convirtiera en mi hogar y el de los míos, para que de este modo se restableciese la unión de la familia.

—Nunca se restablecerá —murmuró ella—. ¿Conoce el origen de aquella pelea?

—Descubrieron a Robert Boone robando en el escritorio de su hermano.

—Philip Boone estaba loco —dijo—. Era un hombre que se relacionaba con lo impío. Lo que Robert Boone pretendió llevarse era una biblia escrita en antiguas lenguas: latín, druídico y otras. Un libro diabólico.

—*De Vermis Mysteriis*.

Se retrajo como si hubiese recibido un golpe.

—Yo lo he visto... lo he tocado —dije; otra vez pareció que iba a desmayarse. Se llevó una mano a la boca como para sofocar un grito—. Sí; en Jerusalem's Lot. En el púlpito de una iglesia profanada y corrompida.

—Todavía está allí; entonces todavía está allí —se meció en la silla—. Yo esperaba que Dios, con su sabiduría, la hubiera arrojado al abismo del infierno.

—¿Qué relación tenía Philip Boone con Jerusalem's Lot?

—Una relación de sangre —dijo lúgubrementemente—. Tenía la Marca de la Bestia, aunque se vestía con las ropas del Cordero. Y la noche del 31 de octubre de 1789, Philip Boone desapareció... y con él, toda la gente que habitaba en ese pueblo maldito.

Dijo muy poco más. En realidad, parecía saber poco más. Sólo repitió su súplica de que me fuera, alegando como motivo algo así como que «la sangre llama a la sangre», y murmurando cosas sobre «los que vigilan y custodian». A medida que

atardecía se iba poniendo más nerviosa; y para tranquilizarlale prometí que meditaría seriamente su petición.

Regresé a casa entre sombras tenebrosas y largas, sin humor, y dándome vueltas en la cabeza mil preguntas que me atormentaban. Cal me recibió con la noticia de que habían aumentado los ruidos de las paredes... cosa que puedo corroborar en este instante. Trato de decirme a mí mismo que son ratas lo que oigo... pero sigo viendo el rostro serio y aterrado de la señora Cloris.

La luna se ha elevado del mar, llena, del color sangre, extendiendo sobre el océano una mancha ponzoñosa. Mi pensamiento vuelve otra vez hacia esa iglesia, y... [aquí hay tachado un renglón].

Pero no deberás ver eso, Bones; es demasiado desquiciante. Creo que es hora de acostarme. No dejo de pensar en ti.

Un abrazo,  
CHARLES

*[Lo que sigue pertenece a la agenda de Calvin McCann]*

20-10-1850

Esta mañana me he tomado la libertad de forzar los cierres del libro; lo he hecho antes de que se levantara el señor Boone. No ha servido de nada: está todo en clave. Una clave simple, creo. Quizá dé con ella con la misma facilidad con que lo he abierto. Estoy seguro de que se trata de un diario, con una letra igual de rara que la del señor Boone. ¿De quién sería este libro, guardado en el rincón más oscuro de la estantería, y con las páginas protegidas con una cerradura? Parece viejo, pero ¿cómo saberlo? Sus hojas conservan un olor a putrefacción. Después, si tengo tiempo: el señor Boone ha bajado a inspeccionar el sótano. Temo que esas cosas horribles que ocurren sean demasiado para su salud todavía delicada. Debo intentar convencerle de...

Pero aquí llega.

20 de octubre de 1850

QUERIDO BONES:

No puedo escribirte no puedoscribirteaún [sic] Yo yo yo

*[De la agenda de Calvin McCann]*

20-10-1850

Como me temía, su salud se ha resentido...

¡Dios mío, Padre nuestro que estás en los Cielos!

No puedo soportar la idea, ¡y tengo ese horror del sótano impreso en el cerebro como un ferrotipo...!

Ahora estoy solo; las ocho y media pasadas. ¡La casa está en silencio, pero...!

Lo he encontrado desmayado sobre su mesa. Todavía duerme; sin embargo, durante esos pocos momentos, ¡cuán noblemente se ha portado mientras yo estaba paralizado y aturdido!

Tiene la piel fría y del color de la cera. Gracias a Dios, no le ha vuelto la fiebre. No me atrevo a moverlo ni a dejarlo solo para ir al pueblo. Y aunque fuera, ¿quién querría venir conmigo a esta casa maldita?

¡Ah, ese sótano! ¡Esas criaturas del sótano infestan nuestros muros!

22 de octubre de 1850

QUERIDO BONES:

Vuelvo a ser el mismo. Aunque débil después de treinta y seis horas de inconsciencia, vuelvo a ser el mismo... ¡Qué horrible y amargo sarcasmo! El mismo no volveré a serlo más. Jamás. Otra vez me he encontrado cara a cara con una locura, con un horror que supera la capacidad de expresión del ser humano. Y aún no se vislumbra el final.

Si no fuera por Cal, creo que daría fin a mis días en este instante: es un islote de cordura en medio de toda esta insania.

Voy a contártelo todo:

Para explorar el sótano nos habíamos provisto de velas que arrojaban un resplandor suficiente. ¡Condenadamente suficiente! Calvin había tratado de disuadirme, alegando mi reciente enfermedad y diciendo que lo más probable era que encontráramos unas cuantas ratas que tener en cuenta para envenenar.

Me mantuve en mi decisión. Calvin hizo un gesto y contestó:

—Entonces haga lo que crea que debe hacer, señor Boone.

Al sótano se baja por una trampa que hay en el suelo de la cocina (Cal asegura que después la ha condenado clavando sólidamente tablas encima), y que levantamos con mucho esfuerzo y apuntalando.

De la oscuridad brotó un olor fétido irresistible, no muy distinto del que reina en el pueblo abandonado del otro lado del río Royal. La vela que yo sostenía iluminó un tramo de empinada escalera que se perdía abajo en la oscuridad. Estaba bastante necesitada de reparación (a un escalón le faltaba entera la contrahuella, lo que dejaba por debajo un agujero negro), y no era difícil imaginar cómo la desventurada Marcella debió de encontrar ahí su fin.

—¡Vaya con precaución, señor! —dijo Calvin. Le contesté que no pensaba dejar de hacerlo. Y bajamos.

El piso era de tierra, las paredes de sólido granito, y había muy poca humedad. El



lugar no parecía en absoluto un refugio de ratas, porque no había cajas, muebles viejos, papeles o cosas así, que las ratas aprovecharan para anidar. Levantamos nuestras velas creando un círculo de luz, pero el espacio visible seguía siendo limitado. El suelo tenía una ligera inclinación que parecía descender hacia la parte situada debajo del salón principal y el comedor; o sea, hacia el oeste. Seguimos en esa dirección. Todo estaba en completo silencio. El hedor del aire se iba haciendo más intenso, y la oscuridad que nos envolvía parecía espesarse como el algodón, como si tuviese celos de la luz que acababa de hacerla retroceder temporalmente, después de tantos años de indiscutido dominio.

Al fondo del todo, las paredes en vez de granito son de una madera pulimentada totalmente negra y mate. Ahí termina el sótano, dejando lo que parece un cuarto separado de la cámara principal; está en ángulo, de manera que es imposible inspeccionarlo sin dar la vuelta a la esquina.

Y Calvin lo hizo.

Fue como si se alzara ante nosotros un espectro putrefacto del siniestro pasado de esta morada: aquí descubrimos una silla; y sobre ella, sujeta de un gancho clavado en una sólida viga del techo, una vieja sogá de cáñamo.

—¡Entonces es aquí donde se ahorcó! —murmuró Cal—. ¡Dios mío!

—Sí... con el cadáver de su hija tirado en la escalera, detrás de él.

Calvin empezó a decir algo; vi que su mirada se volvía rápidamente hacia un punto a mi espalda, y sus palabras se convirtieron en un grito.

¿Cómo puedo describirte, Bones, lo que vieron nuestros ojos?

La pared del fondo giró hacia atrás, y de la oscuridad asomó un rostro; un rostro con unos ojos negros como la laguna Estigia. Su boca esbozó una sonrisa desdentada y agónica, a la vez que extendía una mano amarilla y putrefacta hacia nosotros. Prorrumpió en un horrendo lloriqueo y dio un paso tambaleante. Entonces la luz de mi vela lo iluminó de lleno... *¡y vi, alrededor de su cuello, la señal enrojecida de la sogá!*

Detrás de él se movió algo; algo que atormentará mis sueños hasta que deje definitivamente de soñar: una muchacha de rostro pálido y mohoso, y de sonrisa cadavérica; una muchacha con la cabeza ladeada, torcida en un ángulo dislocado.

Querían apoderarse de nosotros, lo sé. Y sé que nos habrían atrapado y nos habrían arrastrado hacia la oscuridad, de no haberle arrojado yo la vela al ser del tabique, y a continuación la silla que estaba al pie del nudo corredizo.

Después, todo fue para mí confusión y oscuridad. Mi conciencia dejó caer un velo. Me he despertado, como digo, en mi habitación, con Cal a mi lado.

Si pudiera huir, ahora mismo saldría corriendo de esta casa de horror con el camisón tremolando a mis talones. Pero no puedo. Me he convertido en peón de un drama más profundo y tenebroso. No me preguntes cómo lo sé; sólo lo sé. La señora Cloris tenía razón al decir que la sangre llama a la sangre; y muchísima razón cuando habló de los que vigilan y custodian. Me temo que he despertado una Fuerza que

dormía desde hacía medio siglo en ese pueblo tenebroso de Salem's Lot, una fuerza que acabó con mis antepasados y ahora los tiene sometidos a una impía esclavitud como *nosferatus*: como no-muertos. Y me asalta un temor aún más grande, Bones, aunque sólo percibo una parte de él. Si supiera... ¡Ojalá lo supiera todo!

Charles

PD.— Naturalmente, escribo esto para mí solo: estamos incomunicados de Preacher's Corners. No me atrevo a llevar allí mi infección para mandar esto, y Calvin no quiere dejarme solo. Quizá te llegue esta carta de alguna manera, si Dios es bueno. C.

*[De la agenda de Calvin McCann]*

25-10-1850

Hoy se siente más fuerte; hemos hablado brevemente de las apariciones del sótano; coincidimos en que no han sido alucinaciones ni ectoplasmas, sino reales. ¿Sospecha el señor Boone, como yo, que se han ido? Seguramente. Los ruidos han desaparecido; sin embargo, todo aquí sigue siendo ominoso, y parece que lo envuelve un crespón negro. Da la sensación de que nos encontramos en el ojo engañoso de la tormenta...

He encontrado un montón de papeles en un dormitorio de arriba; estaban en el cajón de abajo de un viejo buró. Algunas cartas y recibos me llevan a pensar que era la habitación de Robert Boone, Sin embargo, lo más interesante son unas cuantas anotaciones en el dorso de un anuncio de gorros de castor. En la cabecera tiene escrito:

Bienaventurados los mansos.

y debajo, un aparente sinsentido:

b r e s a l e r t i r o d a s g o l m o n t o r  
r i s n a v a n j u s a m o c l i s t a r s a s

Creo que es la clave del libro cifrado de la biblioteca. Se trata desde luego de un cifrado rudimentario que se utilizó en la Guerra de la Independencia conocido como de barandilla. Cuando quitas las letras "nulas" del escrito, te queda lo siguiente:

b e a e t r d s o m n o  
i n v n u a o l s a s s

Leído de arriba abajo en vez de horizontal, el resultado es la cita de una de las Bienaventuranzas. Antes de enseñarle esto al señor Boone, debo averiguar el contenido del libro...

24 de octubre de 1850

QUERIDO BONES:

Ha ocurrido algo asombroso: Cal, siempre reservado hasta estar absolutamente seguro (¡raro y admirable rasgo humano!), ha descubierto el diario de mi abuelo Robert. Está escrito en una clave que el propio Cal ha logrado descifrar. Afirma con toda modestia que ha sido un descubrimiento accidental, pero sospecho que su perseverancia y su esfuerzo han tenido que ver no poco también.

Sea como sea, ¡qué luz tenebrosa arroja sobre los misterios que alberga esta casa! La primera anotación está fechada el 1 de junio de 1789, y la última el 27 de octubre de 1789: cuatro días antes de la desaparición en masa que me contó la señora Cloris. Habla de una creciente obsesión (más aún: de una locura), y aclara de manera temible la relación existente entre mi tío abuelo Philip, el pueblo de Jerusalem's Lot y el libro abierto que descansa sobre el atril de esa iglesia impía.

El pueblo mismo, según Robert Boone, es anterior a Chapelwaite (construida en 1782) y a Preacher's Corners (fundado en 1741, y conocido en aquel entonces como Preacher's Rest); fue creado por un grupo escindido de la fe puritana en 1710, una secta dirigida por un religioso severo y fanático llamado James Boon. ¡Qué sobresalto me ha producido ese nombre! Parece que hay poca duda de que ese Boon tenía alguna vinculación con mi familia. La señora Cloris no puede estar más acertada en su creencia de que la línea sanguínea es de importancia crucial en este asunto. Recuerdo con terror su respuesta a mi pregunta sobre Philip y su relación con Salem's Lot. «Una relación de sangre», dijo. Y mucho me temo que es así.

El pueblo se convirtió en una comunidad estable, construida alrededor de la iglesia en la que predicaba Boon, o celebraba juicios. Mi abuelo da a entender que él tenía también comercio con varias damas del pueblo, a las que aseguraba que ése era el deseo y la voluntad de Dios. El resultado fue que el pueblo se convirtió en una anomalía que sólo podía existir en aquellos tiempos de aislamiento y superstición en los que la creencia en las brujas y la creencia en la Inmaculada Concepción se daban la mano; un pueblo religioso híbrido y degenerado, controlado por un predicador medio loco cuyos libros sagrados eran la Biblia y el siniestro *Demon Dwellings*, de Goudge; una comunidad en la que los ritos de exorcismo se oficiaban de manera habitual; una comunidad de incesto, insania y deformaciones que tan a menudo acompañan al pecado. Sospecho (y creo que Robert Boone lo sospechaba también) que un vástago bastardo de Boon debió de marcharse (o huir secretamente) de Jerusalem's Lot para abrirse camino en el sur... y así fundó nuestra rama actual. Sé por mi familia que nuestro clan es originario de esa parte de Massachusetts que

recientemente se ha convertido en el Estado soberano de Maine. Mi bisabuelo, Kenneth Boone, se enriqueció con el entonces floreciente comercio de las pieles. Fue su dinero, incrementado con el tiempo y las inversiones acertadas, el que sufragó la construcción de esta casa solariega mucho después de morir él en 1763: sus hijos, Philip y Robert, construyeron Chapelwaite. *La sangre llama a la sangre*, dice la señora Cloris. ¿Es posible que Kenneth naciera de James Boon, huyera de la locura de su padre y del pueblo de su padre, sólo para tener a sus hijos totalmente ignorantes y construir el hogar de los Boone, *a menos de dos millas de la cuna de los Boon*? Si es así, ¿no parece que nos guía una mano poderosa e invisible?

Según el diario de Robert, James Boon era viejo en 1789; y así debía de ser. Concediendo que tuviera veinticinco años cuando la fundación del pueblo, en esa fecha habría tenido ciento cuatro; una edad prodigiosa. El siguiente párrafo lo transcribo directamente del diario de Robert:

4 de agosto de 1789

Hoy, por primera vez, he conocido a ese hombre cuyo influjo ha tenido morbosamente sometido a mi hermano; debo admitir que este Boon posee un extraño magnetismo que me turba enormemente. Es anciano de verdad, con la barba blanca, y viste una casaca negra que me parece un poco obscena. Más desasosegante me ha resultado verlo rodeado de mujeres como un sultán en su harén. P. me asegura que es aún activo, a pesar de que tendrá lo menos ochenta años...

He visitado el pueblo una vez, pero no lo volveré a hacer. Sus calles están en silencio y llenas del temor que el anciano inspira desde el púlpito. Me temo también que los semejantes se casan con los semejantes, dada la cantidad de caras parecidas que se veían. Adondequiera que me volvía contemplaba el rostro del anciano: todos son muy pálidos y apagados, como si les hubiesen succionado toda la vitalidad. He visto niños sin ojos o sin nariz, mujeres que lloraban y farfullaban y señalaban al cielo sin razón aparente, y mezclaban frases de las Escrituras con cosas sobre Demonios...

P. me pidió que me quedase a los oficios; pero la idea de ese anciano siniestro en el púlpito ante un auditorio formado por la chusma de híbridos de este pueblo me repugnaba; así que he puesto una excusa...

Las anotaciones anteriores y posteriores a la que acabo de transcribir hablan de la creciente fascinación de Philip por James Boon. El 1 de septiembre de 1789, Philip es bautizado en la iglesia de Boon. Su hermano comenta: «Estoy pasmado de asombro y de horror: mi hermano ha ido cambiando ante mis propios ojos; incluso parece haber adquirido cierto parecido con ese anciano desdichado».

La primera alusión al libro tiene lugar el 23 de julio. El diario de Robert consigna brevemente: «P. ha regresado del pueblecito esta noche con el rostro desencajado. No

me ha querido hablar hasta el momento de acostarse; entonces me ha dicho que Boon se ha interesado por un libro titulado *Los misterios del gusano*. Para complacer a P. le he prometido escribir a Johns & Goodfellow pidiéndoselo; P. se ha mostrado casi servilmente agradecido».

Del 12 de agosto hay esta anotación: «Rec. hoy dos cartas de correos... una de Johns & Goodfellow, de Boston. Tienen nota del volumen por el que P. está interesado. Sólo hay cinco ejemplares en esta región. La carta es bastante fría, lo que me sorprende. Conozco a Goodfellow desde hace años».

13 de agosto:

La carta de Goodfellow ha excitado terriblemente a P. No me quiere explicar por qué. Sólo dice que Boon está ansioso por conseguir un ejemplar de ese libro. No se me ocurre el motivo, ya que por el título parece un inofensivo tratado de jardinería...

Me preocupa Philip; cada vez lo veo más extraño. Ojalá no hubiéramos regresado a Chapelwaite. El verano es caluroso, opresivo, y está lleno de presagios...

Hay sólo dos alusiones más a ese libro infame en el diario de Robert (parece que no se dio cuenta de su verdadera importancia, ni siquiera al final). En la anotación del 4 de septiembre:

He pedido a Goodfellow que haga de agente de P. en el asunto de la compra, aunque mi sentido de la prudencia me grita que no. ¿A qué vacilar? Si el dinero es suyo, ¿qué sentido tiene negarme? Y a cambio le he sacado a Philip la promesa de retractarse de ese bautismo insano... Pero está demasiado agitado; casi febril. No me fio de él. Me siento desesperadamente inmerso en este asunto...

Por último, en la del 16 de septiembre:

Hoy ha llegado el libro, con una nota de Goodfellow diciendo que se niega a hacerme más encargos... P se ha excitado al extremo de que parecía un enajenado; me ha arrancado el libro de las manos. Está escrito en un latín vulgar y una letra tónica de la que no entiendo nada. Al tocarlo casi parecía caliente, y vibraba mientras lo tenía en las manos; como si encerrara un poder tremendo... Le he recordado a P. su promesa de abjurar y se ha reído de una manera agria y vesánica, gritando una y otra vez: «¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos! ¡El Gusano! ¡El Secreto del Gusano!».

Ha salido corriendo, supongo que en busca de su loco benefactor, y no lo he vuelto a ver en todo el día...

Del libro no se dice nada más; pero he llegado a ciertas conclusiones que al menos parecen probables. La primera es que, como afirma la señora Cloris, ese libro fue el motivo de la ruptura de Robert y Philip; la segunda, que se trata de una colección de conjuros impíos, posiblemente de origen druídico (muchos rituales de sangre druídicos los conservaron los conquistadores romanos de Britania en nombre de la erudición, y muchos de estos infernales recetarios se hallan en los índices de libros prohibidos del mundo); y la tercera, que Boon y Philip pretendían utilizar el libro para sus propios fines. Quizá, de alguna manera retorcida, lo pretendían con buenos fines, aunque no lo creo. Creo que mucho antes se habían ligado a poderes sin rostro que existen más allá de los límites del universo; poderes que quizá se extienden fuera de la fábrica del tiempo. Las últimas anotaciones del diario de Robert Boon arrojan una débil luz de confirmación de estas especulaciones, así que dejo que hablen por sí mismas:

26 de octubre de 1739

Un terrible rumor corre hoy en Preacher's Corners: Prawley, el herrero, me ha agarrado por el brazo y me ha exigido que le diga en qué andan metidos mi hermano «y ese Anticristo loco». Goody Randall afirma que ha visto en el cielo signos de un inminente desastre. Y ha nacido un ternero con dos cabezas.

En cuanto a mí, no sé qué se nos avecina; puede que la locura de mi hermano: el pelo se le ha vuelto gris casi de la noche a la mañana, sus ojos son grandes círculos enrojecidos de los que ha desaparecido la luz tranquilizadora de la cordura. Sonríe y murmura, y por alguna secreta razón, ha empezado a frecuentar nuestro sótano cuando no está en Jerusalem's Lot.

Los chotacabras se congregan alrededor de la casa y se posan en la yerba; su llamada desde la niebla se mezcla con el fragor del mar en un espantoso alarido que destierra toda posibilidad de dormir.

27 de octubre de 1789

He seguido esta noche a P. cuando salía para Jerusalem's Lot, manteniendo una prudente distancia para que no me descubriera. Los condenados chotacabras se arraciman en el bosque llenando el aire con su canto mortal y psicopómpico. No me he atrevido a cruzar el puente; el pueblo se veía totalmente a oscuras; salvo la iglesia, que estaba iluminada con un resplandor rojizo horrible que parecía transformar sus altos y picudos ventanales en los ojos del *Inferno*. Se oían voces que subían y bajaban en una letanía demoníaca, unas veces riendo, otras sollozando. El suelo mismo parecía hincharse y gruñir debajo de mí como si soportara un peso espantoso; y he echado a correr, dominado por el asombro y el terror, con los gritos

infernales y destemplados de los chotacabras resonando en mis oídos mientras atravesaba ese bosque plagado de sombras.

Todo camina hacia el clímax, aún imprevisible. No me atrevo a dormir por los sueños que me pueden venir, y no puedo permanecer en vela por los terrores vesánicos que pueden surgir. La noche está llena de ruidos espantosos y estoy terriblemente asustado. Y no obstante, siento como un deseo acuciante de ir otra vez a observar, a ver. Como si el propio Philip me llamara; y el anciano.

Los pájaros  
malditos malditos malditos

Aquí termina el diario de Robert Boone.

Observarás sin embargo, Bones, que al final dice que el propio Philip parece llamarle. Mi conclusión final la conforman estas líneas, las afirmaciones de la señora Cloris y los otros, y sobre todo esas criaturas terribles del sótano, muertas aunque vivas. La nuestra es una estirpe infortunada, Bones. Hay una maldición sobre nosotros que se niega a ser sepultada; vive una vida horrenda de sombra en esta casa y ese pueblo. Y otra vez está a punto de cerrarse el círculo. Soy el último de la sangre de los Boone. Me temo que alguien lo sabe, y que estoy en el nexo de una empresa maligna que rebasa toda sana comprensión. El aniversario es la víspera de Todos los Santos, dentro de una semana.

¿Cómo procederá? ¡Ojalá estuvieras aquí para aconsejarme, para ayudarme!  
¡Ojalá estuvieras aquí!

Voy a averiguarlo todo. Voy a ir a ese pueblo que todos evitan. ¡Que Dios me dé fuerzas!

CHARLES

*[De la agenda de Calvin McCann]*

25-10-1850

El señor Boone lleva durmiendo casi todo el día. Tiene la cara pálida y está mucho más delgado. Me temo que le va a volver irremediabilmente la fiebre.

Mientras le llenaba la jarra del agua he visto dos cartas todavía sin sellar para el señor Granson, de Florida. Se propone volver a Jerusalem's Lot. Puede costarle la vida si le dejo. ¿Me atreveré a ir entretanto a Preacher's Corners a alquilar una calesa? Debería hacerlo; pero ¿y si se despierta? ¿Y si me encuentro, al volver, con que se ha ido?

Otra vez han empezado los ruidos de las paredes. Gracias a Dios que duerme. Me estremece pensar en lo que eso significa.

Más tarde

Le he llevado la cena en una bandeja. Piensa levantarse más tarde, y a pesar de sus evasivas, sé qué se propone. De todos modos, iré a Preacher's Corners. Aún me queda algo de esos polvos para dormir que le recetaron durante su última enfermedad; le he administrado un sobrecito con el té sin que se entere. Ahora duerme otra vez.

Me aterra dejarlo a merced de esos seres que andan por detrás de los muros; pero permitir que siga un día más en esta casa me aterra más aún. Lo he encerrado.

¡Dios quiera que lo encuentre aún aquí, a salvo y durmiendo, cuando vuelva con la calesa!

Más tarde aún

¡Me han apedreado! ¡Me han apedreado como a un perro salvaje y rabioso! ¡Gente monstruosa y desalmada! ¡Y pretenden llamarse personas! O sea, que estamos prisioneros aquí...

Los pájaros, los chotacabras, han empezado a arremolinarse.

26 de octubre de 1850

QUERIDO BONES:

Es casi de noche, y acabo de despertar después de pasarme durmiendo prácticamente las últimas veinticuatro horas. Aunque Cal no me ha dicho nada, sospecho que ha puesto somnífero en el té; ha debido de adivinar mis intenciones. Es un amigo fiel que sólo pretende lo mejor, así que no le diré nada.

Pero he tomado ya la decisión. Mañana es el día. Estoy tranquilo, y resuelto; aunque empiezo también a notar otra vez el sutil principio de la fiebre. Si es así, tiene que ser mañana. Quizá sería mejor ahora mismo; pero ni el fuego del infierno podría inducirme a poner un pie en ese pueblo cuando empieza a oscurecer.

Tengo que dejar de escribir. Que Dios te bendiga y te guarde, Bones.

CHARLES

Posdata. Los pájaros no paran de chillar, y han empezado otra vez los horribles ruidos como de alguien que se arrastra. Cal se cree que no los oigo; pero los oigo. C.

*[De la agenda de Calvin McCann]*

27-10-1850

No hay manera de disuadirlo. Está bien. Iré con él.



4 de noviembre de 1850

QUERIDO BONES:

Me encuentro débil pero lúcido. No estoy seguro de la fecha, aunque el almanaque me asegura, por la marea y el ocaso, que debe de ser la que he puesto. Estoy sentado ante mi mesa, como cuando te escribí la primera vez desde Chapelwaite, y puedo ver desde aquí el mar oscuro, del que van desapareciendo rápidamente las últimas claridades. No lo volveré a ver más. Esta noche es mi noche: voy en busca de sombras, sean las que sean.

¡Cómo se levanta al estrellarse contra las rocas! Arroja a lo alto, hacia el cielo oscuro, nubes de espuma que son como banderas, y hace temblar el suelo debajo de mí. En el cristal de la ventana veo mi reflejo, pálido como un vampiro. Llevo sin probar la comida desde el 27 de octubre. Tampoco habría probado el agua de no haberme dejado Cal, ese día, la jarra llena en la mesita.

¡Pobre, Cal! Ya no está, Bones. Se ha ido en mi lugar; en lugar de este desdichado de brazos sarmentosos y rostro cadavérico que veo en el cristal oscuro. Y sin embargo, quizá sea el más afortunado de los dos; porque ya no le atormentan estas pesadillas que vienen acosándome en los últimos días: figuras deformes que acechan en los corredores del delirio. Ahora mismo me tiemblan las manos; he llenado la página de borrones de tinta.

Calvin se enfrentó conmigo la mañana en que iba a escabullirme, convencido de que había actuado con astucia. Le había dicho que había decidido que nos fuéramos, y le dije que por qué no iba a Tandrell, que está a unas diez millas, donde somos menos conocidos, y alquilaba un cabriolé. Accedió a ir andando, y le estuve observando mientras se alejaba por el camino del mar. Cuando se perdió de vista me vestí rápidamente, me puse el abrigo y la bufanda (porque el tiempo se ha vuelto frío; llegaban los primeros amagos del invierno con la brisa cortante, esa madrugada). Al principio había pensado llevarme un arma. Después me reí de la idea. ¿De qué valen las armas en un asunto como éste?

Salí por la puerta de la cocina, me detuve a mirar por última vez el mar y el cielo, a oler el aire ante la putrefacción que sabía que iba a respirar en breve, a contemplar una gaviota girando y oteando debajo de las nubes.

Me di la vuelta... y allí estaba Calvin McCann.

—No va a ir solo —dijo, con una expresión severa como no le había visto nunca.

—Pero, Calvin... —empecé.

—¡Nada; no quiero oír una palabra! ¡O vamos juntos a hacer lo que haya que hacer, o le vuelvo a casa aunque sea a la fuerza. No se encuentra bien. Así que no puede ir solo.

No puedo describir las emociones que me asaltaron: confusión, resentimiento, agradecimiento... pero sobre todo afecto.

Emprendimos la marcha en silencio. Dejamos atrás el cenador y el reloj de sol,

cruzamos la linde cubierta de maleza, y entramos en el bosque. Todo estaba mortalmente callado: no cantaba un solo pájaro, no chirriaba un solo grillo; el mundo parecía envuelto en un sudario de silencio. Sólo se percibía el omnipresente olor a sal, y otro a humo de leña atenuado por la lejanía. El bosque era una orgía de colores; aunque para mis ojos era el rojo el que predominaba en todas partes.

Poco después desapareció el olor a sal, y lo fue sustituyendo uno más siniestro: el hedor a podredumbre al que me he referido. Cuando llegamos al puentecillo que cruza el Royal, esperaba que Calvin me pidiera otra vez que desistiésemos; pero no lo hizo. Se detuvo, miró hacia el hosco campanario que parecía burlarse del cielo azul que se extendía por encima, y a continuación me miró a mí. Reanudamos la marcha.

Seguimos andando con paso rápido aunque temeroso, hasta la iglesia de James Boon. La puerta seguía entreabierta como la habíamos dejado, y la oscuridad del interior parecía burlarse de nosotros. Mientras subíamos la escalinata me pareció que el corazón se me llenaba de bronce. La mano me temblaba al coger el tirador de la puerta y abrir. El olor, dentro, era más denso, más pestilente que la vez anterior.

Entramos en el oscuro vestíbulo y, sin detenernos, pasamos a la nave principal.

Encontramos una confusión.

Algún ser de tamaño enorme había desatado allí su ira y había dejado la huella tremenda de su paso. Los bancos estaban volcados y amontonados como espantapájaros. La cruz perversa se hallaba torcida contra la pared este, y un gran desconchón en el yeso, arriba, daba testimonio de la fuerza con que había sido arrancada. Las lámparas de aceite habían sido derribadas de sus altas hornacinas, y el tufo a aceite de ballena se mezclaba con la pestilencia terrible que reinaba en el pueblo. Y abajo en el pasillo central, como un espantoso camino nupcial, había un rastro de un líquido negro mezclado con siniestros zarcillos de sangre. Nuestros ojos lo siguieron hasta el púlpito, el único elemento intacto a la vista. Arriba, mirándonos con ojos vidriosos por encima del libro blasfemo, descubrimos el cadáver de un cordero sacrificado.

—¡Dios mío! —murmuró Calvin.

Avanzamos sorteando la baba sanguinolenta del suelo. El edificio devolvía el eco de nuestras pisadas y parecía transmutarlas en la resonancia de una risa gigantesca.

Traspusimos juntos el nártex y subimos. El cordero no había sido descuartizado ni comido. Más bien parecía que lo habían estrujado hasta reventarle las venas. La sangre había formado espesos y repugnantes charcos en el mismo facistol y alrededor de su pie... ¡aunque sobre el libro era transparente, y a través de ella podían leerse las enrevesadas runas como a través de un cristal de color!

—¿Hay que tocarlo? —preguntó Cal con voz firme.

—Sí. Tengo que cogerlo.

—¿Qué va a hacer?

—Lo que debía haberse hecho hace sesenta años. Destruirlo.

Apartamos el cadáver del cordero haciéndolo rodar, y cayó al suelo con un golpe

espantoso. Dio la impresión de que las páginas manchadas de sangre tenían vida, de que estaban dotadas de una especie de incandescencia.

Los oídos empezaron a zumbarme; un cántico apagado parecía provenir de los mismos muros. Por la expresión de Cal, comprendí que él lo oía también. El suelo tembló debajo de nosotros como si el familiar que habitaba en esta iglesia acudiera a defender lo que era suyo. Entretanto, sentí como si el tejido del espacio y el tiempo racionales se retorciera y se desgarrara; la iglesia se llenó de espectros y se iluminó como con el resplandor infernal de un fuego frío y eterno. Me pareció ver a James Boon, espantoso y deforme, corveteando alrededor de un cuerpo boca arriba de mujer, y a mi tío abuelo Philip detrás de él, y un acólito vestido de negro, con hábito y capucha, y un cuchillo y un cuenco en las manos...

«*Deum vobiscum magna vermis...*»

Las palabras se estremecieron, se retorcieron en la página que tenía ante mí, empapadas en la sangre del sacrificio, ofrenda a un ser que fluctúa más allá de las estrellas...

Una congregación ciega y promiscua oscilando en estúpida, demoníaca glorificación; rostros deformes llenos de hambrienta, inexpresable ansiedad... Y el latín fue sustituido por una lengua anterior, vieja ya cuando Egipto era joven y las pirámides aún no existían, antigua cuando esta tierra flotaba en un firmamento amorfo, hirviente y gaseoso:

«*¡Gyyagin vardar Yogsoggoth! Verminis! ¡Gyyagin! ¡Gyyagin! ¡Gyyagin!*».

El púlpito empezó a levantarse, hendiéndose...

Calvin profirió un grito y alzó un brazo para protegerse la cara. Tembló el nártex con un movimiento enorme, tenebroso como de barco a punto de zozobrar en un temporal. Cogí el libro, sosteniéndolo lo más lejos de mí; parecía contener todo el calor del sol; y pensé que me iba a dejar ciego, que me iba a carbonizar.

—¡Corra! —exclamó Calvin—. ¡Corra!

Pero me sentía paralizado, y la presencia extraña me anegó como un vaso antiguo que ha estado esperando durante años... ¡durante generaciones!

—¡Gyyagin vardar! —exclamé—. ¡Siervo de Yogsoggoth, el Innombrable! ¡El Gusano de más allá del Espacio! ¡El Devorador estelar! ¡El Cegador del tiempo! ¡Verminis! ¡Ha llegado la hora de la Realización, la hora de que acontezca el desgarramiento! ¡Verminis! ¡Alyath! ¡Alyath! ¡Gyyagin!

Calvin me empujó; di un traspié, la iglesia giró a mi alrededor, y caí al suelo. Me golpeé la cabeza contra el borde de un banco volcado, y un fuego rojo me inundó el cerebro... aunque pareció conferirle más claridad.

Me busqué a tientas los fósforos que había traído.

Un trueno subterráneo llenó el aire del edificio. Cayó yeso. La campana oxidada del campanario emitió una resonancia apagada por simple vibración simpática.

Se encendió uno de los fósforos. Lo acerqué al libro en el instante mismo en que el púlpito reventaba hacia arriba con una dispersión de astillas. Debajo asomó un

buche negro y gigantesco; Cal se tambaleó en el borde, extendió las manos, y su cara se dilató en un grito mudo que seguiré oyendo mientras viva.

Y entonces surgió una oleada de carne grisácea y temblorosa. El olor se convirtió en una marea de pesadilla. Era una efusión de una gelatina viscosa, pustulosa, una masa enorme y nauseabunda que pareció surgir de pronto de las mismas entrañas del subsuelo. Y no obstante, con una comprensión horrible y repentina como ningún hombre ha podido experimentar jamás, ¡supe que era sólo un anillo, un segmento de un gusano monstruoso que habitaba ciego desde hacía años en oscuras cavernas bajo esta iglesia abominable!

El libro se inflamó en mis manos, y el ser pareció gritar en silencio por encima de mí. Calvin recibió un golpe de costado y salió despedido hacia el otro extremo de la iglesia como un muñeco con el cuello roto. Se retiró...

Se retiró el ser, dejando un boquete descomunal, astillado y manchado de un limo negro; y un alarido largo, doliente pareció perderse en colosales distancias, hasta que se apagó.

Miré al suelo. El libro se había convertido en ceniza.

Empecé a reír, y sin transición a aullar como un animal herido.

Me había abandonado la cordura; me senté en el suelo, con la sangre manándome de la sien, y seguí gritando y farfullando a esas sombras impías mientras Calvin, tendido en el otro extremo, me miraba con ojos desorbitados.

No tengo conciencia de cuánto tiempo permanecí en ese estado. Me es imposible saberlo. Pero cuando recobré la conciencia, las sombras habían trazado largos rastros a mi alrededor y avanzaba el crepúsculo. Mis ojos percibieron movimiento; movimiento en el agujero astillado del suelo del nártex.

Una mano tanteaba sobre las tablas destrozadas del entarimado.

La risa demente se me ahogó en la garganta. Toda la histeria se me fundió en una embotada insensibilidad.

Una figura medio deshecha emergió con terrible, vengativa lentitud de la oscuridad, y su cráneo se me quedó mirando. Sobre su frente descarnada vi moverse escarabajos. La sotana podrida que vestía se le pegaba en los hoyos torcidos de sus clavículas mohosas. Sólo estaban vivos los ojos: dos agujeros rojos y dementes que me miraban con un fuego que rebasaba la locura, y en los que destellaba la vida vacía de esa inmensidad inexplorada que hay más allá del universo.

Venía a bajarme a las tinieblas.

Entonces eché a correr, dejando el cuerpo de mi fiel amigo en ese lugar de terror. Corrí de tal manera que creía que el aire iba a estallarme como un magma en el cerebro y en los pulmones. No paré de correr hasta que llegué otra vez a esta casa poseída y contaminada, y a mi habitación, donde me derrumbe y donde he permanecido como muerto hasta hoy. Corrí porque, a pesar de mi enajenación, a pesar del estado de descomposición de ese cadáver animado, había adivinado los rasgos de mi familia. No los de Philip ni los de Robert, cuyos retratos cuelgan en la

galería de arriba. ¡Ese rostro putrefacto perteneció a James Boon, el Guardián del Gusano!

Aún vive en las madrigueras gigantescas que recorren el subsuelo de Jerusalem's Lot y de Chapelwaite... y aún vive el Ser. La destrucción del libro lo ha conjurado; pero quedan otros ejemplares.

Sin embargo, yo soy la puerta: soy el último vástago de la sangre de Boone. Así que por el bien de toda la humanidad, debo morir... y romper así la cadena para siempre.

Ahora voy a entregarme al mar, Bones. Mi viaje, como mi historia, termina aquí. Que Dios te dé descanso y os conceda la paz a todos.

CHARLES



Los extraños papeles arriba transcritos llegaron finalmente al señor Everett Granson, a quien habían sido remitidos. Al parecer, a Charles Boone se le reprodujo la perniciosa encefalitis que sufrió tras la muerte de su esposa en 1848, perdió el juicio, y en ese estado mató a su compañero e inveterado amigo, el señor Calvin McCann.

Las anotaciones de la agenda del señor McCann no son sino un fascinante ejercicio de mistificación, ejecutado evidentemente por el propio Charles Boone en un intento de reforzar sus propios delirios paranoides.

En al menos dos detalles, sin embargo, se demuestra que Charles Boone no dice la verdad: en primer lugar, cuando se *redescubrió* el pueblo de Jerusalem's Lot (empleo el término en sentido histórico, claro está), el piso del nártex, aunque podrido, no mostraba ningún signo de explosión o daño considerable; aunque los viejos bancos estaban volcados y había varios ventanales rotos, esto puede atribuirse con bastante probabilidad a la acción de los vándalos de los pueblos vecinos a lo largo de años. Entre los vecinos más viejos de Preacher's Corners y de Tandrell subsiste aún cierta historia sobre Jerusalem's Lot (quizá esta suerte de tradición popular imprimió al cerebro de Charles Boone una dirección de fatales consecuencias); pero por lo visto no tiene nada que ver.

En segundo lugar, Charles Boone no era el último miembro de su estirpe. Su abuelo, Robert Boone, tuvo dos bastardos. Uno murió en la infancia. El segundo adoptó el apellido Boone y se estableció en el pueblo de Central Falls, Rhode Island. Yo soy el último descendiente de esa rama de los Boone; primo segundo de Charles Boone, del que me separan tres generaciones. Hace diez años que estos papeles obran en mi poder. Los ofrezco ahora para su publicación con motivo de mi traslado a Chapelwaite, la residencia ancestral de los Boone, con la esperanza de inspirar en el

corazón del lector un sentimiento de simpatía hacia Charles Boone, pobre alma descarriada. Hasta donde he podido averiguar, sólo tenía razón en una cosa: este lugar necesita perentoriamente los servicios de una empresa de desratización.

A juzgar por los ruidos, hay ratas enormes en las paredes.

Firmado:  
James Robert Boone  
2 de octubre de 1971

# **DESCUBRIMIENTO DE LA ZONA GHOÓRICA**

**RICHARD A. LUPOFF**

**(Discovery of the Ghooric Zone)**

Estaban copulando Gomati y Njord y Shoten cuando sonó el gong de aviso. El trémulo y desvaneciente sonido indicaba el primer contacto a gran distancia con el cuerpo remoto, el largamente sospechado pero jamás visitado décimo cuerpo celeste que giraba mucho más allá de la órbita de Plutón, dando vueltas alrededor de su planeta primario a una velocidad irracional, con su enorme masa inmersa en eterna oscuridad e increíble frío, a unos dieciséis mil millones de kilómetros del lejano, casi invisible Sol.

Gomati era el miembro femenino de la tripulación de la nave. Era alta, casi dos metros de la coronilla de su cráneo terso y satinado a la punta de las relucientes y metalizadas uñas de los pies. Al sonar el gong prorrumpió en una risa larga y ondulante, alegre y aguda, ante la incongruente incidencia del acontecimiento cósmico en el carnal.

La nave había despegado de Plutón, aun cuando en ese punto de la órbita de Plutón estaba menos distante del Sol que de Neptuno. Fabricada en las condiciones de ingravidez casi absoluta de la diminuta luna Nereida de Neptuno, la nave había sido transportada de vuelta, sección a sección, para ensamblarla, ciborgar sus docenas de minúsculos cerebros bióticos, embarcar su tripulación de tres miembros, y lanzarla desde la superficie acibillada de cráteres de Plutón.

Njord, el miembro varón de la tripulación, profirió una maldición, ofendido por el gong del radar, irritado por la desconsideración de Gomati, humillado por su reacción y por apartarse de él y de Shoten. Njord notó cómo se le volvía flácido el órgano ante esta interrupción, y lamentó la decisión que había tomado —antes de someterse a la operación de ciborgación, en su adolescencia— de conservar el falo orgánico y las gónadas. Una capacidad ciborgada podía haber resultado potencialmente más duradera en tales circunstancias; pero el orgullo pubescente de Njord había rechazado la posibilidad de tener que enfrentarse perpetuamente a la inconveniente detumescencia.

Lanzada desde el rocoso Plutón mientras el planeta viajaba hacia la eclíptica en su giro de casi dieciocho grados, la nave fue prácticamente catapultada en dirección contraria al Sol; giró alrededor de Neptuno, saludó al pasar al satélite donde había nacido con impulsos correctores de trayectoria, y escapó a continuación, dando de la honda gravitatoria, hacia la negrura desconocida.

Shoten, el miembro de la tripulación más ciborgado, emitió una orden mental; y cogiendo los sensores de la nave, dirigió la conciencia de los cerebros bióticos de navegación a los lectores remotos que descifraban la situación del lejano objeto. Los lectores confirmaron los datos sospechados sobre dicho objeto: con su gran masa, su distancia increíble, más allá incluso del afelio de la órbita de Plutón, a unos ocho mil millones de kilómetros de Sol, el objeto giraba alrededor de su primario a una distancia dos veces superior a la más lejana de Plutón respecto del epicentro solar.

La nave —bautizada *Khons* en honor a una antigua deidad celeste— llevaba víveres, combustible y reservas de energía para la ida, posarse en el objeto distante,



despegar, y regresar y aterrizar, no en Plutón —que para el viaje de regreso de *Khons* se encontraría muy arriba de la eclíptica solar y más allá de la órbita de Neptuno—, sino en Tritón, la luna más grande de Neptuno, donde se había dispuesto una base de llegada antes de que *Khons* emprendiera su viaje de exploración.

En cuanto a Njord, murmuró para sus adentros, casi impertinentemente, que hubiera querido saber el sexo original de Shoten Binayakya antes de ser ciborgado. Njord Freyr, nacido en el Imperio Laddino de la Tierra, había conservado su masculinidad pese a haber sufrido las habituales implantaciones, extirpaciones, y modificaciones propias de la ciborgación pubescente.

Sri Gomati, del país de Gondwana khmérica, había conservado también sus primitivas características femeninas en cuanto a función y conformación, aunque había optado por implantarse labios y clítoris metálicos, sustitución que Njord Freyr encontraba a veces irritante.

Pero Shoten, Shoten Binayakya, que había sido dotado de genitales múltiples configurables, seguía siendo un enigma; y ambigua en cuanto a su origen: terrestre de nacimiento, o así lo afirmaba, no profesaba lealtad al Imperio Laddino gobernado por Yamm Kerit ben Chibcha, como Njord Freyr, ni al país khmérico de Gondwana, regido por Nrisimha, el Pequeño León, al que era fiel Sri Gomati.

—Vaya —chirrió Njord—. Vaya; el gran planeta anuncia su presencia —hizo una mueca cuando los servos automáticos de recuperación material se deslizaron inútilmente buscando proteoides reciclables de la abortada unión.

Sri Gomati, con los enigmáticos y plateados ciberópticos reluciendo, se volvió hacia el contrariado Njord, y a continuación hacia el ambiguo Shoten:

—¿Puedes verlo ya? —preguntó—. ¿Tienes una localización visual?

Shoten Binayakya alargó una cibergarra, dio un golpecito al mando del extensor visual, lo guió hacia un brillante ocular. Se recorrió el campo espejeante; se abrieron los receptáculos de entrada, listos para la inserción de conductores de fibra óptica.

Sonó un clic. Silencio.

*D68 / Y37 / C22 // FLASH*

*La coronación de Yamn Kerit ben Chibcha fue esplendorosa. Jamas había visto la Jerusalén del Polo Sur semejante pompa, semejante ostentación de boato y poderío. Miles de esclavos desnudos, dorados, cubiertos de joyas y plumas, desfilaron por la ancha avenida ante el palacio imperial. Tiraban de monstruos con cuerdas de oro y weizmanio trenzados. Los chambelanes arrojaban puñados de siclos jónicos a las muchedumbres vitoreantes.*

*El momento cumbre del espectáculo fue el paso de los antropociberfantes, resplandecientes elefantes mutados a los que se les había extraído el cerebelo*

en el momento de nacer y se les había sustituido por esferas de sustancia cerebral humana cultivada procedente de células clónicas donadas (en algunos casos involuntariamente) por los más grandes científicos, eruditos e intelectuales del reino de Yamm Kerit Chibcha. Una vez desarrollados los antropociberfantes y llegados a la adolescencia, se les extirpaban quirúrgicamente las gónadas y se las sustituía por diversos implantes electrónicos, entre ellos ordenadores de orientación inercial, giroscópicas magnéticas y transvectores neuronales.

Los antropociberfantes iban rodando y haciendo cabriolas por la gran avenida, tocando fanfarrias y melodías de Wagner, de Mendelssohn, de Bach, de Mozart, vanos autorretratos de Richard Strauss, fantasías eróticas de Scriabin, extensas líneas de Britten y percusiones discordantes de Edgard Varèse, todo en perfecta armonía orquestal, todo puntuado por los sonos de los tímpanos y címbalos que los desfilantes sujetaban con los tentáculos flexibles que les salían de los nodos de los hombros.

En el balcón engalanado con sedas y pedrerías del palacio imperial, el Último monarca del imperio Laddino sonreía, agitaba la mano, inclinaba la cabeza y aplaudía, se volvía hacia los chambelanes de grandes turbantes, y agarraba puñados de favores conmemorativos y los arrojaba graciosamente al cortejo y a las turbas que habían acudido a celebrar la grandiosa ceremonia.

El Imperio Laddino abarcaba todo el inmenso dominio antártico de la antigua Israel-en-el-Exilio y el territorio del Gran Hai Brasil que había llegado a reclamar la hegemonía sobre todas las Américas, desde la bahía de Hudson a la Patagonia, antes de caer bajo el dominio de la nación del Sur Polar. El último monarca, Yamm Kerit ben Chibcha, inclinaba la cabeza, saludaba con la mano, arrojaba favores a la muchedumbre. En las entrañas de la tierra, bajo las en otro tiempo heladas llanuras y montañas, enormes giróscopos latían y volvían a la vida.

El eje de la tierra empezaba a ladearse en un ciclo largo y cuidadosamente computado. Nadie sino los auxiliares y asesores del Último Monarca habían sido consultados, y ninguna voluntad sino la de Yamm Kerit ben Chibcha, el Último Monarca, había sido tomada en cuenta. La ambición de Yamm ben Chibcha era dar a cada ciudadano del planeta Tierra cada metro cuadrado de tierra, un acceso amplio y equitativo a la riqueza, y al disfrute de la luz y el calor del sol.

Con el movimiento de los enormes volantes de los inmensos giróscopos, la Tierra variaba su antigua inclinación.

*Las hordas fanáticas del Pequeño León Nrisimha, salieron en riada de la*

ciudad de Medina hacia el desierto de Arabia, conquistando cuanto tenían ante sí en el nombre sagrado del Pequeño León de Dios. Las fuerzas de Novum Romanum, el imperio construido por Pales Fortuna, y del Nuevo Dominio Khmer, creado un siglo antes por Vidya Devi, pasaron a cuchillo a cientos de miles de seguidores del Pequeño León Nrisimha; después, a millones.

¿Cómo podía Nrisimha seguir renovando sus ejércitos diezmados? ¿Cuántos soldados podía producir la simple ciudad de Medina? ¿Cuál era el secreto de sus hordas fanáticas?

Nadie lo sabía.

Pero salían a riadas, impetuosos, incontenibles, irrechazables. Lo único que las fuerzas de resistencia podían hacer era masacrarlos a millones; y caían, caían, pero sus compañeros seguían avanzando por encima de sus cuerpos, de sus extraños cuerpos que no se pudrían como los cadáveres de los soldados normales, sino que parecían convertirse en una especie de gel amorfo y se hundían en la misma tierra sin dejar rastro alguno de su presencia, ni siquiera el uniforme o las armas o los pertrechos, sino sólo, por donde habían pasado, flores y frutos extraños que brotaban suntuosamente formando altísimas columnas y pétalos y bayas del tamaño de melones que exhalaban un vaho dulzón y narcotizante que infundía a los que las cogían y comían ensueños de excepcional belleza e indecible singularidad.

Extraños emisarios cruzaron la arena de los desiertos de África y Asia llevando la nueva de que el Pequeño León Nrisimha había venido a traer la paz y el esplendor y la gloria con un nuevo Imperio, la Gondwana khmérica, una dictadura absoluta de incomparable benevolencia que se extendería de Siberia a Irlanda y del Ártico al Cabo de Buena Esperanza.

Pocos años tardaron en completar su conquista los seguidores del Pequeño León Nrisimha, y muy pocos más en establecer una infraestructura eficaz y designar satrapías regionales bajo el mando absoluto de Nrisimha.

La Gondwana khmérica fue así un éxito clamoroso.

Menos de un siglo después del éxito de Yamm Kerit ben Chibcha con el Imperio Laddino y del Pequeño León Nrisimha con la Gondwana khmérica, los dos grandes imperios vieron la necesidad de unirse ante la irrupción de las fuerzas batracias surgidas de los mares del planeta. Seguirá siendo un misterio insondable el tiempo que vivieron estas extrañas inteligencias batracias en las profundas y oscuras regiones, centenares de metros bajo la superficie de los océanos de la Tierra.

Se ignora asimismo qué las incitó a subir y atacar a las naciones moradoras de la superficie; aunque se apunta como causa probable el

constante desplazamiento del eje terrestre ocasionado por los gigantescos giróscopos subterráneos de Yamm Kerit ben Chibcha.

Emergieron, pues, los Profundos, y aparecieron en los litorales de todas las regiones a la vez. Sólo llevaban brazaletes extrañamente labrados y adornos de metal inoxidable. Portaban armas como los tridentes de la leyenda marina. Arrastraban tras ellos terribles estatuas de piedra de monstruosidades extramundanas ante las que oficiaban rituales de blasfemo abandono e innombrable perversión.

El Imperio Laddino y la Gondwana khmérica unieron sus fuerzas para enfrentarse a la amenaza, rechazaron a los extraños Profundos y los hicieron regresar a los reinos oscuros de los que habían emergido. Hacia el año 2337, una Tierra unificada volvió a vivir tranquila y próspera bajo el Sol radiante y benévolo.

La amenaza de los Profundos, al menos de momento, había sido conjurada.

Y a miles de millones de kilómetros de la tierra, la humanidad dirigió su heroico avance hacia las regiones más alejadas del sistema solar.

15 DE MARZO DE 2337

—Todavía no —exclamó la voz de Shoten Binayakya.

—Ahora mismo —replicó Gomati. Conectó el sensor del radar de *Khons*, dejando que los biots ciborgados convirtieran los impulsos en pseudovisuales—. ¡Mira! —exclamó—. ¡Es un sistema entero!

Njord Preyr se removió, decidido a apartar su atención de la frustración, y dirigirla hacia un asunto que le absorbiera. «Vaya, vaya —oyó que decía la voz de Gomati, no estaba seguro de si era orgánica o sintetizada—. ¡Pasa tu entrada a ultravioleta!».

Njord, obedeció; conectó los sensores externos de *Khons*.

—¡Asombroso!

—Ya lo creo.

—No es la primera vez. Al contrario —terció Shoten Binayakya—, todos los gigantes tienen sistemas complejos de lunas: Júpiter, Saturno, Urano. Busca en tus bancos de memoria, si no lo recuerdas.

De mal humor, Njord mandó petición de información a un ciberbiot implantado. «Mmh —gruñó—. Está bien. Casi treinta satélites importantes entre ellos. Más la basura. Conforme —asintió».

—¿Y ese nuevo gigante...?

—No es nuevo —corrigió Njord—. Ha estado ahí todo el tiempo como los demás. Sabes que la vieja teoría de Laplace sobre planetas viejos y planetas jóvenes

fue abandonada hacia la misma época que las del átomo sólido y de la tierra plana.

—Buen trabajo, Freyr —exclamó sarcásticamente Shoten.

—¿Y?

Sri Gomati dijo:

—Es evidente, Njord, que Shoten se refiere a que ha sido descubierto hace poco —calló una fracción de segundo—. Y que va a ser visitado dentro de poco.

Njord exhaló un suspiro de fastidio.

—Bien. Y ese viejo europeo, Galápagos o como se llame, vio las lunas principales de Júpiter hace setecientos años. Todas las demás se descubrieron después, en cuanto se perfeccionó el telescopio óptico. Ni siquiera necesitaron sensores de radiación, Y no digamos sondas para encontrarlas. Setecientos años.

—Setecientos veintisiete, Njord —Sri Gomati le hizo una caricia en los genitales.

—¡Tú y tu obsesión por la historia antigua! No te veo cualificada para esta misión, Gomati; ¡siempre a la caza de teóricos y de escritores oscuros!

—No es una obsesión. Galileo es una de las figuras clave en la historia de la ciencia. Y descubrió las cuatro grandes lunas de Júpiter en 1610. Es cuestión de simple aritmética restar esa fecha de 2337 para obtener siete-dos-siete. No hace falta recurrir a un ciberbiot para deducir eso, querido Njord.

—¡Aj! —a Njord se le coloreó lo que le quedaba de carne en el rostro.

Shoten Binayakya interrumpió la discusión.

—¡Ahí entra, en el campo visual! —exclamó—. Después de todos estos siglos, al fin se resuelven las perturbaciones de Urano y Neptuno. ¡El Planeta X!

Njord rió burlonamente.

—¡Tienes una gran inclinación a lo melodramático, Shoten! ¡Conque el Planeta X!

—Bueno —rió Shoten con sonido totalmente sintetizado—. Es una feliz coincidencia, querido Njord. Lowell aplicó ese término a su planeta misterioso, entendiendo por X lo desconocido. Hasta que lo descubrió Tombaugh y lo bautizó Plutón. Pero ahora X es no sólo lo desconocido, sino también el décimo planeta. ¡Muy apropiado!

Njord había empezado a replicar; pero calló, porque el lejano planeta se había vuelto visible por medio de los sensores de *Khons*. Efectivamente, era un sistema como los de los grandes planetas interiores; y los datos de radar que llegaban a raudales de las instalaciones exteriores de *Khons*, filtrados y procesados por los cerebros ciberbióticos, le abrumaron la conciencia.

Un gran cuerpo oscuro flotaba en la negrura sin reflejar luz ninguna del sol lejano, sino mostrando una incandescencia oscura, amenazadora, que pulsaba en olas lentas, latentes, con una radiación rojiza que transmitía un dolor subliminal a Njord aun a través de los mecanismos de la nave y de los procesamientos de los ciberbiots. Fascinado, aunque con repugnancia, Njord miraba fijamente el globo incandescente.

Alrededor de su obscuro achatamiento giraba una familia de cuerpos menores,

aparentemente oscuros e inertes, aunque iluminados por la siniestra y terrible incandescencia de su superior.

—Yuggoth —el susurro bajo de Sri Gomati sacó a Njord de su ensimismamiento—. Yuggoth —y repitió—: ¡Yuggoth!

—¿Qué dices? —exclamó Njord.

—Yuggoth —repitió Sri Gomati.

El varón siseó molesto; observaba cómo el cuerpo enorme y pulsante aumentaba de tamaño en los sensores exteriores de *Khons*; y observaba la familia de lunas, que se comportaban como planetas de juguete orbitando alrededor de esta miniatura de sol incandescente.

—El globo grande debe de ser Yuggoth —canturreó Gomati—. Y los más pequeños la pareja Nithon y Zaman. ¡Mira... míralos! Thog y su gemelo Thok, con el lago impuro donde chapotean los hinchados shoggoths.

—¿Sabes tú sobre qué delira ésta? —preguntó Njord a Shoten Binayakya; pero Shoten meneó su cabeza satinada y ambivalente, centellearon sus dos ojos plateados, y la contracción de sus labios orgánicos enseñó el monodiente superior y el inferior, de acero inoxidable.

Los sensores remotos de Khon habían acumulado ya bastante información, los ciberbiots de la nave procesaron y redujeron los datos para facilitar un continuo de lecturas sobre las características del nuevo grupo planetario. Shoten levantó una ciberplanta telescópica y apuntó hacia una pantalla resplandeciente en la que desfilaban los datos de arriba abajo.

—Mirad —susurró la voz ambigua, sintetizada—: la masa del planeta es gigantesca. Dos veces la de Júpiter. ¡El equivalente a seiscientas Tierras! Más achatada incluso que Júpiter, también; ¿cuál es su rotación? —calló Shoten mientras las líneas de información se deslizaban en la pantalla—. Es más corta incluso que la de Júpiter. La velocidad de superficie debe de ser... —calló, mandó una orden a través de la red neurocibérica de la nave; sonrió ante la respuesta que surgió en la pantalla.

—¡Imaginad que nos posamos en la superficie de ese planeta y giramos a unos ocho mil kilómetros por hora!

Njord Freyr se levantó de su asiento. Dado que era el miembro menos ciborgado de los tres, conservaba tres de sus miembros orgánicos. Se impulsó adelante utilizando los asideros interiores de *Khons* para estabilizarse, enganchó su brazo servomecanizado en dos asideros, e hizo un gesto irritado que abarcó a Shoten y a Sri Gomati.

—Todos sabemos leer en las pantallas. ¡Lo que pregunto es qué rezongaba esta perra euroasiática!

—Vamos, cariño —Shoten Binayakya ronroneó con ambigüedad.

Por una vez los ojos brillantes y plateados de Sri Gomati parecieron no estar totalmente enmascarados, sino fijos en algo distante. Sus manos —una dotada de una

serie de instrumentos mecánicos y científicos; la otra con una multitud de órganos flexibles cartilagosos implantados, e igualmente apta para la manipulación técnica y los devaneos eróticos— se movieron y fluctuaron ante su rostro. Hablaba tanto para sí misma como para alguna entidad invisible o ausente y para Njord Preyr y Shoten Binayakya. Era como si diera instrucciones a los grupos de cerebros ciberbióticos que poblaban la red electrónica de la nave.

—Tiempo estándar de la Tierra, 15 de marzo de 2337 —canturreó—. Le habría gustado. Le habría gustado saber que se le recuerda. Que tenía razón. Pero ahora me pregunto: ¿es posible que lo supiera? ¿O solamente lo intuía? ¿Estaba en contacto con entidades del exterior? ¿Con seres de este mundo extraño y gris, más allá del vacío sideral, de esa Tierra pálida y sombría?

»Muerto hace cuatrocientos años, Howard, ¿descansan tus cenizas aún en el antiguo suelo? ¿No habrá conseguido algún Curwen posterior despertar tus sales esenciales?

—¡Estúpida! —interrumpió Njord. Golpeó a Gomati en la cara con su mano orgánica, pero le rebotó en el hueso duro y en el metal más duro aún que ella tenía implantado debajo de la piel.

Los ojos de Gomati relampaguearon; apartó la cabeza, al tiempo que la volvía para clavar en él una mirada fulminante. Un arco de tensión se estableció entre ellos; los labios de ambos se contrajeron, y sus rostros se animaron en muda pelea. Salvo esto, ninguno de los dos hizo el menor movimiento.

Sólo la interrupción de la voz dominante de Shoten Binayakya quebró esta quietud:

—Mientras os peleáis, queridos, he ordenado a los ciberbiots que tracen el plano de nuestra órbita en el nuevo sistema.

—El sistema de Yuggoth —repitió Gomati.

—Como quieras.

La pantalla de datos empezó a ofrecer manchitas abstractas a fracciones de segundo, y a continuación se llenó con un diagrama luminoso del nuevo sistema: el planeta achatado y pulsante, los rasgos de su superficie escabrosa girando en el centro de la pantalla, las lunas, rocosas y más pequeñas, orbitando veloces alrededor de su señor.

—Sólo podemos posarnos una vez —ronroneó Shoten—. Hay que seleccionar cuidadosamente el lugar de aterrizaje. Luego, mediante expediciones, podemos explorar un área más amplia. Pero si escogemos mal, puede que los mundos abandonen este... Yuggoth —pronunció sardónicamente el nombre que Gomati había dado al planeta grande— para siempre —Shoten movió su ciborgada cabeza a manera de autoconfirmación; y las palabras sintetizadas repitieron—: Sí, para siempre.

*La Esfera de la Coprosperidad Asia-Pacífico seguía progresando. Era incuestionablemente el centro del poder mundial, del desarrollo económico, de la hegemonía política. Era asimismo un reino gigantesco que abarcaba continentes y océanos, e incluía grandes ciudades y miles de millones de ciudadanos.*

*Su primera ciudad era Beijing. Se habían creado centros secundarios de autoridad en Lhasa, Bombay, Mandalay, Quezon City, Adelaida, Christchurch y Santa Ana.*

*El primer gran dirigente de la Esfera, Vo Tran Quoc, se había convertido en una figura de dimensiones legendarias un siglo después de su muerte. Las escuelas contendían acerca de su verdadera identidad. A pesar de su nombre, no era vietnamita. Eso era lo que se sabía de cierto. Un grupo de eruditos sostenía que era maorí. Otro, que era ainu. Un tercero, que era una mujer bengalí raptada durante la guerra de independencia de Bangladesh respecto de Pakistán, que se hizo pasar por hombre (o posiblemente fue sometida a un cambio de sexo con implantación de pene y testículos).*

*En cualquier caso, Vo Tran Quoc había muerto.*

*Tras su muerte se había desatado una lucha. Algunos de los que disputaron el poder del líder muerto lo hicieron por pura ambición personal. Otros, por convicciones ideológicas. La gran disputa ideológica del año 2137 giró en torno a la correcta interpretación de una antigua sentencia política:*

*Del mismo modo que no hay un ser en el mundo que no tenga una naturaleza dual, así ocurre con el imperialismo y los reaccionarios: son a un tiempo tigres de carne y hueso y tigres de papel.*

*Mientras los politólogos de Beijing discutían sobre el significado de dicha sentencia, una nueva fuerza surgió con su centro en la espectral ciudad de Angkor Wat, en el corazón de la jungla de Camboya. La nueva fuerza política instauró un orden mundial feminista. Su líder, siguiendo el ejemplo de Vo Tran Quoc, adoptó el nombre de un personaje mítico de una cultura distinta de la suya.*

*Proclamó un Nuevo Imperio Khmer que se extendía de los Urales a las Rocosas.*

*Adoptó el nombre de Vidya Devi, que significa diosa de la sabiduría.*

*El anterior dominio Eslavo y el Maghreb sufrieron una rivalidad que condujo un siglo más tarde a la convergencia y al amalgamamiento final. Volvió a nacer el viejo imperio romano. Incluía Europa, Oriente Próximo, África y América del Norte desde el Atlántico al Pacífico (las cataratas del Niagara vertían ahora sus aguas directamente en el océano; la antigua orilla oeste del Hudson era una selecta propiedad marina; las Rocosas se alzaban sobre un oleaje batiente que se extendía hasta la costa de Asia).*

*El imperio estaba regido por una emperatriz absoluta bajo la tutela del*



orden feminista mundial. Era conocida como Fortuna Pales I. Latinoamérica, desde la Tierra del Fuego a la orilla sur de Río Grande (con exclusión de Baja), era el gran Hai Brasil. La emperatriz proclamaba que poseía pura ascendencia borbona. Se llamaba Astrud do Muiscos.

En el Antártico se había emprendido un gran proyecto de recuperación de tierra. Se utilizaba la energía geotérmica para derretir el hielo en un círculo centrado en el Polo Sur. La zona despejada medía un millón y medio de kilómetros cuadrados. Se había descubierto que el suelo era increíblemente rico en minerales. Era enormemente fértil. La belleza paisajística de la región era incomparable: había montañas, lagos, glaciares que empequeñecían los de Nueva Zelanda, de Suiza y del Tíbet. Se plantaron bosques que crecieron de manera rápida y lujuriente. Se desarrolló una fauna salvaje importada. Se protegieron las pocas especies autóctonas: pingüinos, mamíferos anfibios, y una extraña especie de ave recién descubierta llamada tekilili.

El nuevo país fue bautizado con el nombre de Diáspora de Yisroel.

Su líder en este orden mundial feminista era Tanit Shadrappa, que significa Isshtar la sanadora.

El orden mundial feminista impulsó la investigación científica, en especial desde las bases de Diáspora de Yisroel. Se reanudó la exploración espacial, largo tiempo abandonada salvo en lo relativo al desarrollo de sistemas armamentísticos orbitales. Se establecieron bases en el planeta Marte y entre los asteroides. En Venus orbitaba una nave tripulada que llevaba a cabo minuciosas observaciones y enviaba monitores robot y analizadores de muestras a la superficie del planeta. Se comprobó que Venus carecía de valor y que su suelo era inhóspito.

Se intentó un aterrizaje en la superficie de Mercurio. La expedición era una empresa ambiciosa. El transportador debía tomar contacto justo en el lado oscuro del límite de luz y sombra, y de allí ser trasladado a la noche. Durante la noche mercuriana había que esconderse bajo la superficie. Cuando la raya de luz y sombra y se desplazara y la nave entrara en el lado diurno, estaría oculta y a salvo, y preparada para estar durante el día abrasador de Mercurio.

Algo salió mal. Aterrizó la nave. Inició la excavación. Y entonces, casi como si el planeta se tragara la nave con tripulación y todo, desapareció bajo la superficie, y no volvió a saberse más de ella.

En la Tierra, la forma de arte predominante era algo llamado queomnaurismo; comportaba una mezcla y transformación de inputs sensoriales. Las combinaciones sensoriales predilectas eran las de sonido, olor y sabor. La queomnaurista más grande del mundo era una enana

*ecuatoriana que había encontrado su estilo en la capital de Hai Brasil y había obtenido una audiencia personal con la propia Astrud do Muiscos.*

*La enana empezó su exhibición con una presentación en la que intervenía el fragor de las olas rompiendo en las rocas de la costa del Pacífico donde el granito andino se sumerge centenares de pies en espuma helada. Éste se mezclaba con un olor rico y cálido a castañas asándose en un brasero de carbón. A esto la enana añadía el sabor sutil del coriandro molido.*

*A Astrud do Muiscos le agradó.*

*La enana continuó con una mezcla de voz sintetizada que podía proceder de un volcán en actividad, a la que añadía un perfume de natrón y un aceite desconocido fuera de la secreta cámara de embalsamar de los templos egipcios de seis mil años de antigüedad, a lo que añadía el sabor de la spithrus locusta. La spithrus locusta es un arácnido marino cuya carne tiene el sabor de la langosta marina corriente cocida, igual que el de ésta se parece al de la ladilla común.*

*A Astrud do Muiscos le agradó muchísimo.*

*La enana culminó su actuación con una combinación de ruido blanco en la gama ordinaria de audibilidad y sutiles efectos subsónicos y supersónicos, mezclados con el olor de un extracto quintaesencial de coca y el sabor del ácido fórmico concentrado, extraído de hormigas de la Amazonia.*

*Astrud do Muiscos la nombró su sucesora en el trono de Hai Brasil.*

*La religión del día, conforme al clima de realidades políticas, era una forma mutada del antiguo culto a Istar, con variaciones locales como Ashtoroth, Astarté y Afrodita. Había incluso una especie de mamaísmo universal con sede en la antigua pero restaurada Babilonia.*

15 DE MARZO DE 2337

—No comprendo por qué hemos tardado tanto en llegar aquí —dijo con brusquedad.

—¿Te refieres desde Plutón? —dijo Shoten—. Pero estamos llegando. Estamos en caída libre. Mira —los ciberbiots superpusieron un pequeño cuadro de datos en curso junto al diagrama orbitante del sistema de Yuggoth.

—Desde Plutón, no —exclamó Njord—. ¡Desde la Tierra! ¿Por qué hasta 2337 no se ha podido llegar a... Yuggoth? Cuando los vuelos espaciales empezaron casi en la época de la que habla Sri Gomati. Los primeros aterrizajes extraterrestres datan de 1969. El de Marte fue treinta años después. ¿Recuerdas el emotivo eslogan político que aprendimos de niños, cuando estudiábamos la historia de nuestra era? ¡Antes de

que acabe el siglo el hombre pondrá el pie en otro planeta! Fue en el siglo XX, ¿recuerdas?

—Eso lo sabe cualquier niño de la escuela —dijo Shoten con fastidio.

Gomati, sobrepuesta del enojo que le había producido la torta de Njord, dijo.

—Podíamos haber estado aquí hace cien años, Njord Preyr. Pero los idiotas de la Tierra se desanimaron. Iniciaron la empresa, pero se desanimaron. La empezaron otra vez... y otra vez se desanimaron. Y otra. Cuatro veces emprendieron la exploración de los planetas; y nada más empezar se desanimaron, perdieron el empuje, el interés. Les interrumpieron las guerras. Destinaron los recursos a objetivos más nobles.

La humanidad había llegado a Marte como se había propuesto. Y se había desanimado. Había empezado otra vez con Shahar Shalim, del viejo Nuevo Maghreb. Había llegado a Venus y a Mercurio. Y se había desanimado. Había llegado al Cinturón de Asteroides y a los gigantes gaseosos con Tanit Shadrappa de Ugarit. Y se había desanimado.

—Y ahora. Por fin. Estamos aquí —hizo un gesto con los tentáculos hacia el diagrama que brillaba sobre los instrumentos apagados de la nave.

—¿Qué curso, Shoten Binayakya? —preguntó bruscamente.

Los cuerpos que giraban en la pantalla aparecían en rojo, el rojo pulsante de las llamas interiores de Yuggoth, el rojo palpitante y reflejado de las lunas que orbitaban enloquecidas. Un objeto que contrastaba apareció en la pantalla: la silueta aplastada y cónica de la nave *Khons*, trazando una raya al cruzar entre los cuerpos para mostrar la trayectoria de su vuelo. Poco después la línea había pasado, había orbitado, y había dado la vuelta más allá de los cuerpos del diagrama, dejando la representación estilizada de *Khons* en perturbada órbita circular alrededor del sistema entero.

—Vamos —ronroneó Shoten Binayakya.

Y Sri Gomati y Njord Freyr al unísono: «Vamos». «Vamos».

Shoten Binayakya dio un golpecito a un botón con algún miembro, con algún implante. *Khons* se estremeció, inició un sinuoso descenso mediante una compleja corrección de la trayectoria. Shoten pulsó a otro botón, y se activaron todos los visores exteriores de *Khons*. Para los tres miembros de la tripulación, conectados al sistema ciberbiótico de la nave, era como si cayesen libremente a través de la noche salpicada de estrellas lejanas. Caían, caían hacia Yuggoth rojo, resplandeciente, pulsante, con su familia de siervos grises y danzarines.

*Khons*, metido en su nuevo pasillo de vuelo, pasó veloz la luna exterior de Yuggoth: un mundo de tamaño considerable. Los sensores y ciberbiots de la nave informaron sobre este cuerpo: no se diferenciaba mucho en masa y diámetro de los satélites familiares de roca-y-agua de los planetas exteriores. Cerca de cinco mil kilómetros hasta su centro, y marcado por los característicos cráteres, habituales en todos los mundos sólidos, desde Mercurio a Plutón.

Los gemelos, a los que Gomati había puesto los nombres de Thog y Thok, giraban en los extremos opuestos de sus órbitas entrecruzadas, de manera que *Khons*

pasó veloz la luna interior, otra réplica aparente del modelo familiar Ganímedes-Calixto-Titán-Tritón; a continuación descendió a la órbita ecuatorial alrededor del achatado Yuggoth.

Njord, Gomati y Shoten Binayakya habían enmudecido. Lo único que se oía eran los ruidos de los sistemas automáticos de *Khons*, el siseo bajo del aire recirculando, el ocasional zumbido o clic de un servo, la lenta respiración de Njord Freyr, de Sri Gomati (los pulmones cibermecanizados de Shoten Binayakya silbaban suave y constantemente dentro de su tórax de metal).

Una vez más, una extremidad, movida ahora meramente por el tacto, golpeó levemente un mando. La nave, completamente visible para cualquier hipotético observador que estuviese fuera de su casco, era, por motivos puramente prácticos, enteramente transparente a su tripulación. Un circuito se puso instantáneamente en funcionamiento. Los sensores de radiación captaron el campo eléctrico del planeta, lo convirtieron en banda de audio, y la transmitieron al interior de *Khons*: un aullido, un gemido. Con cada pulsación del resplandor rojizo y apagado del planeta, el sonido modulaba una obscena parodia de suspiro desesperado.

—¡Ojalá lo hubiera conocido Holst! —susurró la voz sintetizada de Shoten—. ¡Ojalá lo hubiera conocido!

La superficie de Yuggoth pasaba vertiginosa por debajo de la nave; su terrible velocidad de rotación hacía que unos rasgos huyeran fugaces a los ojos de los que miraban, mientras otros venían hacia ellos, pasaban y se precipitaban hacia atrás desapareciendo en el extenso horizonte de negrura interestelar. Grandes placas viscosas de roca incandescente semisólida, de una extensión de centenares de kilómetros, se mecían y entrechocaban majestuosamente. Entre ellas brillaba siniestro un magma rojo; grandes lenguas de roca líquida se alzaban entre las placas sólidas mientras el calor y el resplandor del magma crecía y decrecía con un ritmo lento y constante que los ciberbiots de *Khons* y los audioescáneres convertían en un trob-trob-trob de contrabajo.

—Aquí no puede haber vida —anunció Njord Freyr—. Nadie podría vivir en este medio. Nadie puede haber vivido ahí jamás.

Tras un silencio, Sri Gomati le rebatió:

—El planeta mismo, Njord Freyr. ¿No podría ser él un organismo simple? Los ruidos, el movimiento, la energía.

Se llevó su mano orgánica a la frente; corrieron docenas de dígitos desde la línea de la frente, encima de sus ojos plateados y brillantes, por el cráneo desnudo y satinado, hasta la base del cuello.

—Podría ser un sol incipiente —susurró Shoten Binayakya—. Ser un Júpiter más grande, más lleno de energía... Sabes que se ha sugerido que Júpiter es un intento frustrado de crear un duplicado del sol, que nuestro sistema solar es una empresa fallida de formación de una doble estrella.

—¿Y Yuggoth? —Gomati dejó caer su mano tentacular sobre su regazo.

La voz de Njord Freyr contenía un atisbo de sarcasmo.

—Podría haber sido enviado por alguna deidad para enmendar el fracaso de Júpiter, ¿no? ¿Cómo sabemos que ha estado siempre aquí? Sabíamos que existía sólo gracias a las perturbaciones de Neptuno y de Plutón. ¿Cómo sabemos que este Yuggoth no es un recién llegado al sistema? ¡Nadie sabía de la existencia de Neptuno y de Plutón hasta hace unos pocos siglos!

—O quizá, quizá —ronroneó Shoten—, nuestro sistema es una triple estrella fallida. ¡Ah, imaginad el espectáculo, si tuviéramos tres soles que iluminaran nuestros mundos en vez de uno!

Shoten Binayakya golpeó otra vez un mando, y otra vez se estremeció *Khons* y modificó su dirección. Hubo una aceleración continua y la nave abandonó su órbita alrededor del planeta rojizo y pulsante, se alejó de Yuggoth, acercándose a los pequeños mundos que ocupaban la órbita central alrededor del planeta.

—Deben de ser —graznó Gomati suavemente—, deben de ser Thog y Thok. Thog y Thok. ¿Cómo podía saberlo él hace siglos? ¡Ojalá un Curwen encuentre sus sales y le haga hablar!

—¡Ya estás desvariando otra vez! —casi gritó Njord—. Yo creía que nos habían seleccionado por equilibrados para esta misión. ¿Cómo lograste pasarla criba?

Molesta, Sri Gomati desvió lentamente la mirada de las lunas orbitantes y volvió sus ojos plateados hacia Freyr.

—De alguna manera, lo sabía —murmuró; sus labios se contrajeron en una sonrisa, mostrando sus brillantes monodientes de acero—. ¡Y de alguna manera, encontraremos la zona ghoórica donde crecen esos hongos!

Como en trance, se volvió lentamente, se inclinó hacia delante, con los ojos brillándole metálicamente, tendió las manos, la ciborgada y la genéticamente constituida, como para tocar los dos pequeños mundos de color gris rojizo.

—Escribió relatos de terror —dijo Gomati con voz completamente neutra, como en trance—. Escribió sobre un planeta exterior desconocido llamado Yuggoth; y sobre otros: Nithon, Zaman, Thog y Thok; y sobre esas bestias hinchadas y horrendas llamadas shoggoths que chapotean obscenamente en las charcas de la zona ghoórica.

»Murió hace cuatrocientos años, ese Howard. Pero antes habló en sus escritos de un tal Curwen, que podía hacer volver a los muertos con tal que tuviera sus sales esenciales. O lo que él llamaba sales esenciales —calló; dejó escapar una risita—. ¡Quizá tuvo una visión anticipada de la clonación!

## 15 DE MARZO DE 2037; CINTA DE VÍDEO

*Empieza con un logotipo reconocible que representa la política mundial.*

*El viejo siglo acabó con un claro desplazamiento del poder mundial. El movimiento hacia occidente, de dos milenios, prosiguió: Mesopotamia, Hellas, Italia, Franco-Germania, Inglaterra, América. Ahora el poder de*

*América cambió de orientación, del Atlántico al Pacífico.*

*Los nuevos poderes enfrentados eran Japón, China y el Asia soviética.*

*Europa occidental y los Estados Unidos orientales se habían hundido como escenarios de civilización en una decadencia terminal. Europa, del Danubio a los Urales, había pasado del brillo de los Habsburgo y los Romanoff a un trémulo parpadeo, a un crepúsculo sombrío y gris como Europa soviética, y a continuación a la noche eslava. Como su predecesor quince siglos antes, el Imperio soviético se escindió en dos mitades; como la mitad occidental de ese predecesor, el Imperio soviético occidental fue invadido por bárbaros. No en el sentido literal, sino que cayó en su propia decadencia interna. Y como la mitad oriental del predecesor, el Imperio soviético oriental prosperó.*

*Hacia el centésimo aniversario de esa muerte en el Jane Brown Memorial Hospital, la superficie terrestre del este comprendida entre los Urales y las Rocosas quedó unificada bajo un único gobierno. Incluía docenas de países semiolvidados: el Tíbet, Afganistan, India, Laos, Australia, Tonga, las Filipinas, Manchuria, Mongolia, California, Baja.*

*Se llamó la Esfera de la Coprosperidad Asia-Pacífico.*

*La Europa de los Urales al Canal de la Mancha se convirtió en una península de granjas y bosques. El poco vigor que aún subsistía se concentraba en la región comprendida entre el Danubio y los Urales. La influencia eslava, ataiada al este por el grande y vigoroso renacimiento asiático, se extendió hacia noroeste y el oeste. Tras una pausa en los bordes de una región que iba de la península escandinava a la ibérica, el imperio eslavo lanzó su violenta flota invasora. Cruzó el Canal de la Mancha. Halló poca resistencia. Los escasos defensores de la soberanía británica, bajo el mando de un individuo llamado Harald, fueron derrotados en una plaza denominada Runnymedes.*

*El salto siguiente de los eslavos fue a América. Tardaron un tiempo en prepararlo. Pero cuando lo dieron fueron saludados con flores y banderas. No tuvieron que conquistar. Se limitaron a ocupar y administrar.*

*La tercera potencia mundial en este tiempo tomó forma al sur del dominio eslavo. Dirigentes árabes, atiborrados de petrobuxes, compraron armas y contrataron mercenarios. Los gobiernos no habían conseguido la unidad, pero la consiguió un grupo oscuro conocido por el nombre críptico de Opec. Los gobiernos como tales se debilitaron. La oscura Opec fue haciendo sentir cada vez más su poder. Y más abiertamente cada vez.*

*Poco a poco, la influencia de la Opec se extendió al oeste y el sur, hasta que tuvo bajo su dominio África y el viejo Oriente Próximo.*

*Entonces se proclamó el Nuevo Maghreb.*

*Reduc. a logotipo represent. de liderazgo heroico.*

*La persona más poderosa del mundo era la Presidenta de la Esfera de la Coprosperidad Asia-Pacífico, Vo Tran Quoc.*

*La líder de la segunda potencia, el Imperio Esloveno, se llamaba Svarozits Perun. Este nombre significa rayo de Dios.*

*El jefe de la Opec, y soberano de facto del Nuevo Maghreb, se llamaba Shahar Shalim. Este nombre significa amanecer de la paz.*

*Reduc. a logotipo represent. del sexo.*

*La más importante actitud sexual de ese tiempo era la androginia, disputada pero no superada por el culto a la pansexualidad. La androginia implica el reconocimiento de todo el potencial sexual de cada individuo. Se habían abandonado las primitivas diferencias. Ya no se consideraba inadecuado buscar una relación macho-macho o hembra-hembra; tampoco se requería que la relación fuera de dos. Las prácticas aceptadas iban del onanismo a la participación en masa.*

*Los pansexualistas sostenían que la androginia comportaba una limitación superflua. Si se podía tener relación con cualquier hombre o mujer, ¿por qué no con una jirafa? ¿Con un cóndor? ¿Con una col? ¿Con un cuenco de arena? ¿Con una máquina?*

*¿Con el océano?*

*¿Con el cielo?*

*¿Con el cosmos?*

*¿Con Dios?*

*Reduc. a logotipo represent. de la música.*

*La composición musical más popular, de 15 Marzo de 2037, fue irónicamente una canción de un siglo atrás, completada con letra. Investigaciones sobre discos semiolvidados revelaron los nombres del compositor y el letrista. En una cripta estanca descubierta en una ciudad sumergida fue encontrada la grabación de una canción en disco de 78 rpm. Se transcribió y se difundió nuevamente el sonido en el mundo.*

*La letra original había sido escrita por un tal Jacob Jacobs. Se hizo una segunda versión, en inglés, en disco de laca. Letra de Sammy Cahn y Soul Chopiln. Música de Sholom Secunda. Cantantes Patti, Maxene, y LaVerne Andrews. La canción se llamaba «Bei Mir Bist du Schön».*

*Reduc. a logotipo represent. de la geodinamica.*

Los últimos años del siglo xx y primeros decenios del XXI estuvieron marcados por cambios climatológicos y geodinámicos. Acostumbrado a la ronda previsible de invierno-verano, estación lluviosa-estación seco, caudal fluvialmareas oceánicas, el hombre había llegado a considerar la Tierra como un hogar estable y seguro.

*Se equivocaba.*

*Una modificación insignificante de las pautas del viento, un pequeño temblor del manto planetario, un pequeñísimo aumento o disminución del calor solar recibido por el planeta, y las poderosas obras del hombre se desmoronaron como castillos de arena bajo las olas.*

*Un ejemplo: los terremotos eran más o menos esperables en determinadas regiones; la costa pacífica de América del Norte, Japón y China oriental, un cinturón euroasiático que iba desde Yugoslavia, atravesaba Grecia y Turquía, hasta Irán. Las tragedias se disfrazaban de heroísmo, el miedo se ocultaba tras un falso rostro de humor. «Cuando California se hunda en el océano, este trozo de desierto de Arizona sera un espléndido puerto de mar».*

*Nadie esperaba que Nueva Inglaterra y el Canadá marítimo se hundieran; pero se hundieron cuando ocurrió el gran terremoto: desde el San Lorenzo al Hudson. Empezó con un temblor y un ruido retumbante; fue aumentando hasta convertirse en un alarido y un estrépito, y acabó con un borboteo y un oleaje manso y regular de las aguas atlánticas.*

*Entre los trozos de tierra que emergieron del fondo del océano —de poquísima importancia— había un pedazo de las viejas plantaciones de Providence conocido como el Cementerio de Swan Point. Ahora los Profundos nadaban efectivamente por encima de la señal de piedra que marcaba la parcela familiar de los Lovecraft. La piedra tenía escritos los nombres de Winifield, Sarah y Howard. Las corrientes circulaban ahora del Arrecife del Diablo y el Puerto de Insmouth a la lejana Ponape, en el Pacífico; y los Profundos visitaban Swan Point.*

*En el campo de la religión, había habido una reviviscencia de antiguos cultos a los dioses marinos, especialmente a Dagon.*

15 DE MARZO DE 2337

*Khons* inició otra corrección, adoptó una órbita complicada que circundaba una luna, pasaba a otra, la circundaba, y volvía, describiendo una y otra vez el signo convencional de infinito.

Shoten golpeó un botón, y nuevamente, dentro de *Khons*, se encendió la gran pantalla, que pareció alzarse sin soporte ninguno ante un fondo con las dos lunas y la lejana negrura salpicada de estrellas. De vez en cuando la trayectoria de las dos lunas



y el camino que *Khons* recorría alrededor de ellas hacían que Yuggoth apareciese girando ante los tres miembros de la tripulación, de manera que uno o los dos pequeños globos y la pantalla de datos de la nave se veían opacos sobre el cuerpo achatado, oscuro y pulsante.

Shoten envió una orden, y los ciberbiots ampliaron los rasgos de la superficie en la pantalla. Surgieron los omnipresentes cráteres; pero a continuación, al aumentar la ampliación, se hizo evidente que no tenían los típicos bordes recortados del satélite carente de atmósfera, sino que estaban limados, redondeados por la típica erosión. Shoten hizo un gesto, y el foco se desplazó por la superficie del cuerpo más próximo. Encima del horizonte, las estrellas lejanas se desvanecían y parpadeaban.

—¡Aire! —declaró Shoten.

Y Njord y Gomati repitieron: «Aire». «Aire».

Shoten Binayakya hizo descender la nave a una órbita más baja, circundando sólo una de las dos lunas, la que Gomati había bautizado caprichosamente con el nombre de Thog. Aumentó otra vez la ampliación de la pantalla. En el centro de un cráter aparecieron formas de estructuras levantadas hacía eras por una inteligencia deliberada.

Asombrado, Njord Freyr preguntó:

—¿Habrà vida?

Shoten volvió su rostro metálico hacia él, meneó lentamente su cabeza ambigua.

—Ahora no. Pero en otro tiempo... —hubo un silencio. Respiraciones, alientos, clics y zumbidos apagados de *Khons*.

—En otro tiempo... —repitió Shoten Binayakya con su voz fría, sintetizada.

Sri Gomati hizo un gesto.

—Aquí es donde debemos aterrizar. Después de las exploraciones de los planetas y sus lunas, incluso de recoger la gran Astrud do Muiscos restos insignificantes de basura del Cinturón de Asteroides... ¡encontramos al fin vestigios de vida! ¡Aquí es donde debemos aterrizar!

Shoten Binayakya asintió sin esperar a que lo confirmara Njord Freyr. Extendió un miembro, dio un golpecito. *Khons* se inclinó, aceleró, y empezó a descender orbitando hacia la zona reticulada de la superficie de Thog.

Con una sacudida y un estremecimiento, *Khons* se posó en la superficie de esta luna, dentro de las paredes erosionadas del cráter, y a un kilómetro o menos de las protuberantes estructuras. Shoten redujo la actividad de los ciberbiots a nivel de mantenimiento, dejando calientes sólo los receptores y los telémetros. A continuación pidió a los otros dos que se preparasen para salir.

Njord Freyr y Sri Gomati se ajustaron los respiradores sobre la cabeza y los hombros. Shoten ordenó una serie de modificaciones de filtración interna en el sistema de recirculación que proporcionaba soporte vital. Tomaron las lecturas de los sensores exteriores de *Khons*, recorrieron las puertas de las escotillas, salieron de *Khons*, y se detuvieron ante lo que, ahora no había duda, eran restos de una

antigüedad increíble.

Avanzaron los tres en fila hacia las ruinas: Njord motorizado sobre un tren ciborgado de ruedas giroestables; Shoten Binayakya en un aparatoso mecanismo deslizante, seguro y eficaz; Sri Gomati dando zancadas, pie izquierdo, pie derecho, con las piernas orgánicas embutidas en el traje presurizado como una caricatura anacrónica de hombre espacial de la era tecnocompetitiva bipolar.

Se detuvieron a pocos metros de la primera hilera de estructuras. Igual que los bordes de los cráteres, las paredes, columnas y arcos estaban desgastados, suavizados, limados por la erosión. Un tentáculo telescópico de metal salió del centro de una de las ruedas ciborgadas de Njord y dio un latigazo. Un cubo de una materia esponjosa, de aspecto pétreo, se convirtió en ceniza, en polvo.

Njord volvió sus ojos plateados y fríos hacia los demás:

—En otro tiempo, quizá...

—Adelante —instó Gomati—. ¡Exploremos estas ruinas! —la excitación coloreaba su voz—. No sabemos qué vestigios de sus constructores pueden contener. Tal vez averigüemos si estos mundos y sus habitantes tuvieron su origen en nuestro sistema, o si vinieron de... otra parte.

Y mientras pronunciaba las últimas palabras volvió su rostro hacia el cielo; los otros siguieron su ejemplo. Era el mediodía del pequeño globo llamado Thog; o el equivalente al mediodía. El Sol estaba tan lejos —a dieciséis mil millones de kilómetros, dos veces la distancia de Plutón al Sol cuando éste se encontraba en su afelio, y 120 veces la de la Tierra— que para los tres que pisaban la superficie de Thog se hallaba totalmente perdido en la negrura estrellada.

Pero Yuggoth aparecía suspendido directamente encima, obscenamente hinchado y achatado; su superficie llenaba el cielo, como si estuviese a punto de precipitarse sobre *Khons* y los tres exploradores; y latía, latía, latía sin cesar como un corazón espantoso. Y ahora el pequeño globo gemelo de Thog, al que el miembro femenino de la tripulación había puesto el nombre de Thok, cruzó como una mancha estígea ante la faz tumultuosa de Yuggoth, con su negra silueta cambiante debido a las espesas sombras que las endentaduras de sus cráteres proyectaban sobre la roca gris pálido de Thog.

La negrura envolvió a la nave en primer lugar; a continuación recorrió veloz la superficie de Thog, pasó por encima de los tres exploradores, cruzó como una mancha sobre la coloración rojiza y pulsante de Yuggoth, y se hundió en la oscuridad más absoluta.

La fascinación de Gomati se quebró al oír la voz sintética y ronroneante de Shoten Binayakya:

—Una ocultación interesante —dijo Shoten—; pero sigamos: tenemos que llevar a cabo nuestra misión. *Khons* está mandando mediciones automáticas e información telemétrica a Neptuno. Por lo demás —los ojos plateados parecieron parpadear con la lejana luz estelar mientras un extensor cibernético ajustaba los mecanismos de la

carcasa—, mis aparatos de registro y telemetría enviarán datos a la nave.

### 15 DE MARZO DE 1937: UNA INSTANTÁNEA

*El doctor Dustin se hallaba junto al lecho. El paciente estaba semiinconsciente. Sus labios se movían, pero nadie podía oír lo que decía. Dos ancianas se hallaban sentadas cerca de la cabecera: una era su tía Annie; la otra era Edna, amiga íntima de Annie, que había ido a consolar a la tía apenada y a visitar al sobrino moribundo.*

*El doctor Dustin se inclinó sobre el enfermo. Observó su estado. Estuvo un rato tratando de entender sus palabras, pero no lo consiguió. De vez en cuando su paciente movía débilmente una mano. Parecía como si tratase de dar una palmada a algo.*

*A la anciana llamada Annie le corrieron unas lágrimas por las mejillas. Hurgó en su bolso negro y gastado, sacó un pañuelo y se las secó como pudo. Le agarró la mano al doctor Dustin y la retuvo entre las suyas. Preguntó:*

*—¿Hay alguna esperanza? ¿Alguna?*

*El doctor meneó la cabeza.*

*—Lo siento, señora Gamwell —y a la otra mujer, casi inclinando la cabeza—; y señorita Lewis.*

*—Lo siento —repitió el doctor.*

*La anciana llamada Annie soltó la mano del doctor. La otra anciana, Edna, se acercó a Annie. Estaban sentadas la una frente a la otra. Se abrazaron torpemente, como se abraza la gente cuando está sentada así. Cada una trataba de consolar a la otra.*

*El doctor exhaló un suspiro y se acercó a la ventana. Miró hacia el exterior. Era temprano. El sol había salido ya, pero sólo se hacía visible como un resplandor acuoso en el este. El cielo estaba gris de nubes. El suelo se hallaba cubierto de manchas de nieve, de hielo, de barro. Seguía nevando.*

*El doctor se preguntó por qué parecía que perdía pacientes sólo en invierno o durante las tormentas, o de noche. Nunca en días radiantes de primavera o de verano. Sabía que no era realmente así. Los pacientes morían cuando morían. Cuando su estado crítico, fuera el que fuese, llegaba a la culminación de su curso. No obstante, parecía que siempre ocurría en la oscuridad de la noche o del año.*

*Oyó silbar a alguien.*

*Se volvió y vio a dos jóvenes médicos residentes que pasaban ante la puerta. Uno de ellos iba silbando. Silbaba una canción popular que el doctor había oído por la radio. No recordaba en qué programa. Probablemente en El show de Kate Smith o en Tu lista de éxitos. Era una canción pegadiza, aunque la letra estaba en una lengua que al doctor Dustin se le escapaba. Se llamaba*

«Bei Mir Bist du Schön».

*A tres mil millas de allí, los españoles estaban inmersos en una confusa guerra civil. El viejo rey había abdicado años antes y se había proclamado una república. Pero una vez encauzada la dirección por el nuevo gobierno, un coronel que servía en las fuerzas coloniales españolas de África había vuelto con sus tropas —casi todas formadas por bereberes y rifeños— para cambiar las cosas.*

*Derrocaría a la república. Acabaría con la necedad de la democracia, el ateísmo y el libertinaje que la república toleraba. Restauraría la disciplina, la devoción, el pudor. Reinstauraría la monarquía.*

*De momento parecía que iban a vencer las Fuerzas republicanas: habían recuperado las ciudades de Trijueque y Guadalajara. Habían hecho prisioneros rebeldes, entre los que había monárquicos españoles y tropas africanas. Extrañamente, algunos de estos prisioneros sólo hablaban italiano. Decían que eran voluntarios. Decían que se les había obligado a alistarse voluntarios. Y siempre obedecían órdenes.*

*En China, las fuerzas del ejército imperial japonés avanzaban sin obstáculo. Apenas encontraban oposición. Los chinos se hallaban divididos. Habían estado inmersos en una guerra civil. No parecida a la de España: había durado mucho más. Había empezado con la muerte del presidente Sun Yat-sen en 1924. Los japoneses no eran la única potencia extranjera que intervenía en China.*

*Alemania había poseído concesiones comerciales en China hasta que las anuló el Tratado de Versalles. Alemania estaba renaciendo ahora y ambicionaba reconquistar sus privilegios perdidos.*

*Otros países habían sentido amenazados sus intereses por la guerra civil china. Inglaterra había enviado tropas. Francia había utilizado su influencia; le preocupaba la posibilidad de perder sus valiosas colonias en Indonesia. Rusia había tratado de influir en la política interior de China. Había habido gran peligro de que estallara la guerra entre Rusia y China. Sobre todo cuando los chinos saquearon la embajada rusa de Beijing y decapitaron a seis miembros de su personal.*

*Estados Unidos había intervenido también. Las cañoneras americanas recorrían las vías fluviales chinas. La cañonera Panay fue hundida por fuego de artillería y bombardeo. La Panay estaba en el río Yang-Tsé cuando ocurrió esto. El Yang-Tsé es un río chino. Pero la Panay fue hundida por fuerzas japonesas. China se alegró del incidente. Japón se excusó y pagó una*

compensación.

*Joe Louis y Joe DiMaggio, dos jóvenes atletas, se estaban preparando. Los dos tuvieron un buen año en 1937.*

*Un piloto acaudalado y temerario llamado Howard Hugues cruzó Estados Unidos en un vuelo de siete horas y veintiocho minutos. Esto despertó una nueva oleada de excitación e interés por «el aire». En Santa Mónica, California, la Compañía Aérea Douglas estaba terminando su nuevo avión de línea. Transportaría cuarenta pasajeros. Tenía cuatro motores. Desarrollaría una velocidad de 237 millas por hora.*

*Los más conservadores consideraban que el zepelín jamás sería desplazado por el aeroplano. El gran dirigible Hindenburg hacía la ruta del Atlántico. Era hermoso. Tenía un piano de cola en su salón de cócteles. La terminal de sus vuelos en Europa era el aeródromo de Tempelhol, en Alemania. La americana era Lakehurst, en Nueva Jersey.*

*La mañana del 15 de marzo, el rabí Louis I. Newman descubrió once grandes esvásticas naranja pintadas en las paredes del templo Rodeph Sholom, 7 West 83 Street, Nueva York. Era el tercer incidente de esta naturaleza en el templo Rodeph Sholom. El rabí Newman sospechaba que las habían pintado en represalia por las protestas del Secretario de Estado Hull contra las ofensivas afirmaciones de la prensa alemana.*

*En Turn Hall, Lexington Avenue, y 85 Street, replicó el cabecilla de los camisas plateadas de Nueva York. Se llamaba George L. Rafort. Dijo que las esvásticas las habían pintado los agitadores judíos. Lo sabía porque los brazos de las once esvásticas estaban al revés. Dijo: «Ése es un error que ningún nazi cometería».*

*En Providence, Rhode Island, seguía cayendo la nieve. Las cuestas de la ciudad estaban resbaladizas. Había accidentados en los hospitales.*

*En el Jane Brown Memorial Hospital de College Hill, Howard Lovecraft abrió los ojos. Nadie sabía qué veía. Desde luego, no al doctor Cecil Calvert Dustin. Howard dio una palmada sobre la colcha. Movi6 los labios. Brotó un sonido. Pareció que decía: «Pluma». Quizá había pretendido dar una manotada a una pluma volandera. O quizá dijo «padre». Puede que dijera: «Padre, pareces joven».*

15 DE MARZO DE 2337

Avanzaron unos metros más: sobre ruedas, deslizándose, a zancadas; se detuvieron nuevamente en el borde de las antiguas ruinas. Shoten Binayakya extendió dos analizadores de su compartimento de instrumentos mecanizados, uno para tomar una muestra del suelo y otro para coger otra de las mismas ruinas. El análisis del carbono se efectuaría automáticamente dentro del conjunto de componentes ciborgados de Shoten.

Sri Gomati miraba fijamente las ruinas. A la luz vaga de las estrellas tenían aspecto de escalinatas y de terrazas con muros y balaustradas de mármol. Gomati puso al máximo de ampliación los sensores ópticos de imagen para obtener una visión significativa en la oscuridad ocasionada por la ocultación de Yuggoth.

Y entonces —es muy dudoso que esta breve y exigua expedición hubiera logrado el descubrimiento trabajando a la luz rojiza y pulsante de Yuggoth; sin duda fue esa ocultación del planeta detrás de Thok la que tuvo el mérito del hallazgo— Gomati se volvió ante el respingo de Njord Freyr. Sus ojos siguieron la dirección que señalaba su mano.

De alguna profunda abertura que había bajo los escombros que tenían delante brotaba una luz vaga pero siniestra que latía de manera obscena. A diferencia de las rojas pulsaciones de Yuggoth, que mandaban un resplandor sobre los exploradores, esta que surgía del suelo era de un verde espantoso, horrible.

Sin decir una palabra, los tres siguieron adelante, se metieron entre los restos desmoronados y ruinosos de esta ciudad antigua que en su tiempo debió de alzar hacia el cielo negro torres abovedadas y columnas estriadas. Llegaron justo a tiempo al lugar de donde brotaba; porque al pasar el disco negro por la cara de Yuggoth, la sombra que había ido proyectando sobre el lugar donde se había posado la nave y después sobre las ruinas por las que avanzaba a tientas la tripulación se retiró de la faz gris pálido de Thog, dejándolos otra vez bajo el resplandor intermitente y rojizo del planeta gigante.

El horrendo resplandor metálico de color verde-bronce se disolvió en el rojo pulsante general de esta luz semidiurna. Pero Shoten Binayakya había extendido un analizador telescópico a la abertura de la que había brotado, y con palancas mecánicas retiró la losa de mármol cuya esquina rota y mellada había dejado escapar dicho resplandor.

Puso en marcha los servos, y la losa se apartó con un estallido. Una escalera descendía hacia las entrañas de este pequeño mundo. En la sombría oscuridad, la luz rojiza del gigante Yuggoth y la claridad siniestra y verdosa lucharon por hacerse retroceder la una a la otra.

—La zona ghoórica —susurró Sri Gomati para sus adentros—. La zona ghoórica.

Iniciaron el descenso. Dejaron atrás las pulsaciones de Yuggoth, avanzando metro a metro hacia la claridad verde-bronce de Thog. El cibermecanismo deslizador de Shoten Binayakya adoptó un adecuado procedimiento de descenso que no carecía de cierta rosca gracia. Njord Freyr, cuyo tren de ruedas se desplazaba a la perfección en

una superficie plana, se agarraba ahora desesperadamente a la carcasa acanalada de Shoten.

Sri Gomati marchaba con soltura, examinando el subsuelo de Thog. A unos kilómetros de la entrada encontraron un laberinto en el que se alzaban cúpula tras cúpula y torre tras torre. Gomati sacudió la cabeza; ajustó los sensores ópticos. Al parecer había un mar subterráneo en el interior del minúsculo Thog; un mar cuyas olas aceitosas y oscuras rompían y gorgoteaban obscenamente sobre una playa de arenas negras.

En el borde de este mar, de esta masa que en la Tierra habría sido poco más que un lago, de esta playa negra y granulada, se arrastraban y se balanceaban espantosamente multitudes de criaturas enormes y terribles.

—¡Shoggoths! —Sri Gomati se adelantó corriendo a los otros; casi se cayó de la escalera sin balaustrada—. ¡Shoggoths! ¡Exactamente como dijo él, chapoteando junto a un lago inmundo! —excitada, llegó al pie de la escalera, echó a correr por entre las columnas inmensas, pasó los muros de extensos bajorrelieves que representaban horrendas deidades inmoldando intrusos en sus altares mientras horribles acólitos se dirigían hacia vehículos enigmáticos en busca de presas con que saciar a sus dioses obscenos.

Gomati oyó los chirridos metálicos de Shoten Binayakya, que la seguía detrás, y el zumbido uniforme del tren de ruedas de Njord Freyr. Se volvió y se quedó mirándolos.

—Estamos en 2337 —exclamó—: ¡Es el cuatrocientos aniversario de su muerte! ¿Cómo pudo saberlo? ¿Cómo diablos pudo saberlo?

Y echó a correr por las salas de techos abovedados, cruzó ante relieves y pinturas de seres extraños y rugosos y de terribles obscenidades con rostro tentaculado que se alzaban espantosamente sobre la presa encogida. A continuación Gomati llegó a otra estancia iluminada con cirios negros que parpadeaban y goteaban de manera solemne.

El aire de la estancia estaba absolutamente quieto; las sombras de las columnas se proyectaban solemnes sobre las paredes con inscripciones cuyo significado tremendo había caído en el olvido antes de que las razas de la tierra llegasen a su juventud. Y en el centro, con cuatro altos cirios negros como la laguna Estigia señalando las cuatro esquinas, se alzaba un túmulo; y sobre éste, con la piel blancuzca como un gusano de carroña, los ojos cerrados y las facciones angulosas en sombrío reposo, yacía la figura amortajada de un hombre.

Sri Gomati se dirigió al catafalco, se detuvo a mirar en torno suyo a la luz de los cirios, siguió avanzando a continuación y llegó junto a la cabecera del cadáver. Sus ojos plateados reverberaron; y empezó a reír, a cloquear y sollozar a la vez, ya que los cibercirujanos habían juzgado oportuno dejarle intactos alguna glándula y algún conducto.

Y Sri Gomati siguió riendo y resoplando hasta que se acercaron Njord Freyr con sus ruedas ciborgadas y el ambiguo Shoten Binayakya con su tren deslizador

chirriante, y la cogieron para llevarla de vuelta a la nave espacial *Khons*.

Y he aquí lo más extraño: la escalera por la que pretendían volver a la superficie de este pequeño mundo, y a la seguridad de su nave espacial, se había desmoronado bajo el peso de incontables eras y de los cibermecanismos del grupo expedicionario, y descubrieron que estaban atrapados en la zona ghoórica, a kilómetros de la superficie de Thog.

Y allí se quedaron para siempre los tres, junto a este mar lento y oleaginoso, junto a este lago inmundo donde chapoteaban los shoggoths.



# Epílogo



Cthulhu noster qui es in maribus, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum; fiat voluntas tua sicut in R'lyeh et in Yha-nthlei.

OLAUS WORMIUS

# Notas

[1] Colin Wilson comete aquí una imprecisión. Etimológicamente, Necronomicón proviene de dos vocablos griegos, *necrós* (muerto) y *numicón* (relativo a las leyes), y significa el conjunto de normas o leyes que rigen la conducta de los muertos. Puede añadirse que, así entendida, la necronomía constituye un importante capítulo en casi todas las religiones. (*N. del T.*) <<